



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE DOCTORADO EN HISTORIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS**

***SAN JOSÉ, EL HOMBRE SIN PAR*
ANÁLISIS DE LA RETÓRICA IMPRESA Y VISUAL
EN NUEVA ESPAÑA, S. XVII-XVIII**

**TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
DOCTOR EN HISTORIA**

**PRESENTA:
JORGE LUIS MERLO SOLORIO**

**TUTORA PRINCIPAL:
DRA. GISELA VON WOBESER HOEPFNER
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM**

**MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR:

DR. ANTONIO BENIGNO RUBIAL GARCÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

DRA. MARÍA ALICIA MAYER GONZÁLEZ
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM**

CIUDAD UNIVERSITARIA, NOVIEMBRE DE 2022



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

1

INTRODUCCIÓN

7

Estado de la cuestión y especificidades del corpus sermocinal

13

Capítulo I

***De ser ayo a señor de su casa. Denostación, transformación y alabanza de José a partir de los paradigmas patriarcales* 25**

I.- La ambigüedad josefina: entre elogios y soslayos

1. Conflictos y resoluciones dispares sobre el papel de José en su interrelación con María y Jesús 28
 - 1.1 La minusvalía de José. Condicionamientos de su caracterización funesta..... 35
 - 1.2 Saberes de los evangelios apócrifos como pauta del vilipendio josefino..... 38
2. El *bricolage* josefino. ¿Mofas o santificaciones?..... 46
 - 2.1 Desavenencias sobre José desde las proyecciones de lo masculino. El declive de la feminización 53
 - 2.2 Masculinidades en encrucijada: José versus Jesús 60
 - 2.3 El anciano impotente: la sexualidad menguada de José para salvaguarda de María 63
 - 2.4 Un ejemplo tardío 68

II.- La metamorfosis de José mediante la coraza patriarcal 71

1. Jean Gerson. El adalid de san José 72
 - 1.1 Poderío ilimitado. La ostentación patriarcal de san José 74
 - 1.2 Dueño de la heredad celestial. Prerrogativas josefinas desde el halo patriarcal..... 79
 - 1.3 El brío mesurado. La anulación del fomes de la concupiscencia 82
 - 1.4 El hombre redivivo. La consolidación de san José como gran patriarca 84

Capítulo II

El poder patriarcal: san José, padre de Jesús y esposo de María 89

I.- San José: defensa del pudor y honor marianos

1. Alianza patriarcal: participación de san José en el plan salvífico para evitar el vituperio a María por parte del pueblo judío 91
2. Nobleza y honor como valores supremos de la santidad patriarcal 102
3. San José como guardián y soldado para defender a la Virgen 107

II.- San José, poderoso por ser padre (dignificación varonil)

1. La paternidad legítima como la gran prerrogativa de san José 113
2. Dar órdenes, obediencia sin rechistar y dueño de la heredad divina: génesis del poderío josefino 133
3. Mayor grandeza josefina: tener un hijo que es dios 146
4. San José, el más bienaventurado y “mártir por amor” (relación cotidiana con Cristo y conocimiento de la Pasión) 169

Capítulo III

La divinización patriarcal: la superioridad josefina por ser hombre

I.- San José, poderoso por ser esposo (mujeres como pertenencia masculina)

1. Ser varón: consustancialidad de mandato y dirigencia 196
2. “Emulación celosa”: San José dueño, gobernador y consuelo de María 206
3. María en deuda con San José 211
4. San José como parte del acuerdo patriarcal para efectuar el plan salvífico 220

II.- Los celos de San José como prueba de amor sin par 239

1. La virtud de la quietud: confianza plena en la virtud mariana 245
2. “Recelos sagrados” de hombre justo y fino amante: san José sintiéndose indigno de la reina de los cielos 248
3. *Ojos que no ven, corazón que no siente*: entre el agravio visible y las certezas divinas..... 254
4. Sed de justicia y sospechas: los celos josefinos somatizados 260

Capítulo IV

San José como vicediós

I.- Homologación de san José con el Espíritu Santo 266

1. San José suple al Espíritu Santo como esposo de María	267
II.- San José, señor del universo = semidios	274
1. San José y la <i>Pietas austriaca</i>	277
2. Obligaciones entre patrono y monarca	284
3. Continuidad del legado josefino en el horizonte dieciochesco	288
4. La coronación josefina: radiografía del poder cósmico	290

CONCLUSIONES

300

IMÁGENES

309

ANEXOS

I.- 362

II.- 364

III.- 368

IV.- 422

BIBLIOGRAFÍA

427

Agradecimientos

Al profesor de Matemáticas de la secundaria le resultaba totalmente despreciable. Su tirria era gigantesca porque veía en mí a un lastre que debía desecharse lo más pronto posible. Recuerdo que, en fechas cercanas al término del tercer y último año, me pidió que esperara al final de la jornada para hacerme una propuesta: si me comprometía a no volver más a la escuela, él se encargaría de que todos los maestros me pusieran calificaciones pasables. Triste y agobiado -tan sólo era un mocoso de doce años-, me negué. Entonces, lanzó iracundo una hiriente saeta: "Eres de lo peor. Espero que te quede claro que nunca vas a ser nadie en la vida". Este episodio amargo lo engarzo siempre con otro sucedido en el diván, años después, cuando cursaba la maestría. Mi terapeuta, alentándome a través de un singular espaldarazo, me dijo: "Debes estar consciente que personas como tú, difícilmente concretan algún proyecto".

Conuerdo con ambos. Si todo hubiese dependido sólo de mí, de mis capacidades y fuerza de voluntad, no estaría hoy redactando estas palabras. Soy gracias a muchas personas increíbles que me han dado la oportunidad de aprender en su presencia, quienes repelieron los impulsos de claudicar y, sobre todo, quienes motivan mis empeños por encontrar, día con día, el sentido de seguir vivo.

Comienzo agradeciendo infinitamente a los Dres. Antonio Rubial y Alicia Mayer, cuya erudición y sencillez son una gran inspiración. Fue un inmenso honor recorrer este dificultoso camino con ustedes como guías. En especial, estoy en deuda con la Dra. Gisela von Wobeser, de quien me asumo su discípulo. Además de lo académico, en los diez años de arduo trabajo en el Seminario del "más allá", me ha dado tantas enseñanzas de vida que haré todo lo posible por replicarlas como un continuo homenaje. En el mismo canal, siempre reconoceré el ser hechura de la Mtra. Doris Bieñko de Peralta, quien me instruyó con paciencia y afecto desde mis inicios en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Mil gracias por tanta generosidad inmerecida.

Con la intención de recabar fuentes, tuve la oportunidad de viajar a Santiago de Chile para consultar el Fondo Toribio Medina. Llegué en el momento más álgido del estallido

social contra la política represora y la desigualdad que aquejan a su pueblo. De modo que el intento de acercarme a los impresos novohispanos fue fallido, pues resultó imposible e imprudente que, por un solo individuo, se trastornase el movimiento huelguista de la Biblioteca Nacional, cuyo personal se sumó a las exigencias públicas. Afortunadamente, mi visita no fue infructuosa. Estoy agradecido sobremanera con los investigadores que me acogieron espléndidamente e hicieron todo lo posible por auxiliarme.

En primer lugar, agradezco a la Dra. Macarena Cordero por sus esfuerzos para obtener el acceso al fondo reservado y por la vinculación con otros académicos chilenos a través de su seminario de investigación. Entre ellos, muchísimas gracias a la Dra. María Carolina Odone quien, atentamente, facilitó que pudiese consultar la biblioteca de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Experiencia impagable fue la permitida por la Dra. Javiera Carmona y su familia, cuyo atinado ejercicio de recopilar los vestigios de la represión policiaca en Valparaíso, me reiteró que no puede existir mayor aprendizaje que transitar por la Historia bullente con una mirada crítica y una voz dispuesta a no callar ante las injusticias. Entre casquillos de gas lacrimógeno, las malditas balas de goma, el recorrer los escenarios del reclamo e intercambiar en la mesa los infortunios compartidos con Venezuela, Bolivia, México y Chile; en mi corazón fueron selladas las palabras del músico-poeta: “Juntos iremos unidos en la sangre. Hoy es el tiempo que puede ser mañana”. De consuno, agradezco las recomendaciones y sabios consejos de la Dra. Bernarda Urrejola, acompañados con esa gozosa sonrisa que avivó mi inclinación por la homilética sacra.

Aprovecho para reconocer la actitud diligente y comprometida del entonces coordinador del Posgrado, el Dr. Jorge Traslosheros, quien me comunicó con sus pares en tierra chilena y motivó que efectuase la estancia de investigación. Igualmente, mi mayor reconocimiento al Mtro. Felipe Cobos, cuyo esmerado trabajo ha sido indispensable para enfrentar los vericuetos de la tramitología universitaria. Por facilitarme la travesía meridional con sus recomendaciones, también agradezco a las Mtras. Montserrat Báez y Andrea Manrique, a Manuel Miranda por auxiliarme con las cuestiones operativas del viaje

a Sudamérica y a mi hermano Pablo A. Tonatiuh Álvarez por, a pesar de la renuencia del Santísimo, haber fotografiado el cuadro josefino de La Enseñanza.

En el cúmulo de socorros recibidos, agradezco el apoyo bibliográfico de la Dra. Anne L. Williams quien, desprendidamente, me compartió su reciente libro en el momento más crudo de la pandemia; y a la Mtra. Irma Barriga Calle por, además de sus palabras atentas, haberme extendido una copia del texto de Juan de Alloza, la cual atesoro con profundo cariño. A la Dra. Alma Montero Alarcón, toda mi gratitud por su aliento amabilísimo, sobre todo, por darme la posibilidad de profesionalizarme a través del programa académico del Museo Nacional del Virreinato. Por el acceso a su vasto acervo desde la licenciatura, estoy sumamente agradecido con el Centro de Estudios Josefinos en México y, en particular, con el bibliotecario Jorge Gurrola por buscar los materiales adecuados para mis investigaciones. Gracias a mis condiscípulos Dimas Asiote Hernández y Diego Alonso Mamani por dispensarme libros vitales para la tesis, y a mi hermano Axur Eneas Torres por convertirse en mecenas de algunos títulos difíciles de adquirir.

De todo corazón, agradezco a la Mtra. Alfa Viridiana Lizcano. Sin sus manos siempre abiertas para salvarme de mis torpezas, no hubiera concretado ni el primer semestre del doctorado. A la par, gracias infinitas a la Dra. Carolina Aguilar por su respaldo constante y su amistad leal. Asimismo, he tenido la buenaventura de contar con la simpatía de un grupo de talentosas mujeres, a quienes aprecio enormemente. Gracias a las Dras. Carolina Sacristán y Karen Mejía, y a las Mtras. Aurora Avilés, Iliana Tintori, Angélica Montiel y Patsy de la Cruz. La lista de agradecimientos quedaría inconclusa si no mencionase a los integrantes del *Seminario Historia de las Creencias y Prácticas Religiosas*, quienes más que condiscípulos son mis maestros. Gracias a los Dres. María Mora y Ramón Jiménez, y a los Mtros. Abraham Villavicencio, Eduardo Ángel Cruz y Adrián Hernández.

Para concluir con el rubro académico, quiero agradecer las enseñanzas obtenidas en el *Seminario Investigación con perspectiva de género: herramientas para un análisis crítico*, del Centro de Investigaciones y Estudios de Género (UNAM), impartido por la Dra. Ana Buquet Corleto, con las exquisitas retroalimentaciones de las Dras. Hortensia Moreno y

Lucia Ciccía. Sin duda, cambiaron por completo mi percepción del quehacer intelectual y, además, corroboraron muchas de mis convicciones.

Realizar una tesis, en múltiples ocasiones, es doloroso e, incluso, genera problemas de salud física y mental por una mala gestión de las emociones, entre otras causas. Quiero agradecer a mis tíos Arturo Merlo y Aminta Reyes, así como a Pepita y Alejandra Solorio, por haberme ayudado con mi operación quirúrgica. Sin ustedes, seguiría quemándome por dentro. Mención aparte para mi tía Puchus Solorio. No sólo le doy las gracias por haberme trasladado del hospital a casa y el llevarme a las revisiones médicas, también agradezco que no ha dejado de respaldarme, tanto en lo personal como en lo académico.

Nunca tendré palabras suficientes para homenajear a mi familia y describir la enorme fortuna de ser parte de ella. Mis papás, Jorge Merlo y Lourdes Solorio, son seres excepcionales y un gran ejemplo a seguir. Gracias por aceptarme con todas mis deficiencias y por jamás haberme soltado, al igual que mis hermanos Miriam, Lourdes y Pablo. Mi amor les pertenece. Para mis queridas sobrinas, Chabela, Natis y Chuleta, unas breves palabras: si algún día leen este mamotreto, sepan que merecen toda la felicidad que se le pueda extraer a nuestro mundo aciago.

Esta tesis la redacté aislado y en silencio. Hazaña imposible sin el aprecio, la compañía y la comprensión de mi *nueva familia*. Por el cariño incondicional que ahuyenta la desesperanza, gracias a Molly Sánchez-Serrano, mi princesa “que tiene ojos de lucero y capulín”, y a la pequeña Pirru, alias Doña Naborita. Finalmente, ofrendo mi trabajo a Berenice Alba. Ella fue la razón por la que empecé esta travesía y, de su mano, es que pude concluirla. Gracias por elegirme, por inspirarme y por ser mi motivación cardinal. Créeme que lucho con todas mis fuerzas para ganar, en el último suspiro, que me digas al oído: “Fuiste mejor de lo que tú pudiste imaginar”. Te amo.

Valle de Aragón, julio de 2022

Alba es predecesora de la noche.

Mi noche, que con su luz acaba.

Cesen ya de los predicadores las voces, entorpezcase la lengua, enmudézcanse los labios. Toda elocuencia calle, lo sutil de la retórica sepúltese en el silencio. No dé hoy preceptos de bien hablar, porque hoy ni las voces, ni la lengua, ni los labios, pueden hablar. Hoy la elocuencia no tiene lugar. Lo sutil de la retórica con sus preceptos no sirve. La agudeza, ni los hipérboles con sus encarecimientos, valen. Porque de mi santísimo patriarca san Joseph, ni los hombres todos, ni los ángeles, ni todos los santos juntos, pueden predicar. Sólo Dios ha de ser el predicador de las glorias de Joseph (...) Es tan grande, es tan realzada, es tan sumamente única la santidad de Joseph, son tan singulares sus méritos, tanto levanta entre los más esclarecidos santos el contrapunto mayor, en el punto de su santidad y dignidad, que entre todos es único, es singular, es sin segundo y sin ejemplar.

Francisco de la Encarnación, *Sermón panegírico del dignísimo esposo de María*

Pero disimulando con vuestra benignidad mis impurezas, permitidme el que me acerque a vos a preguntaros: si a la penitente Magdalena, antes pública pecadora, un solo llegar a los sagrados pies del soberano maestro, a inundárselos, aún más, que con los aromáticos unguentos, con los copiosos raudales de sus lágrimas, le adquirió tan elevados créditos de amante, que perdonados al punto sus delitos, la misma sabiduría encarnada quiso ser panegirista de su amor (...); a vos, cuya nevada inocencia jamás se contaminó con los borrones del pecado, ¿quién podrá dignamente celebraros? (...) ¿Cuánto será vuestro poder? ¿Cuánto vuestro imperio? ¿Qué lengua podrá explicar vuestras prerrogativas? ¿Qué retórica alcanzará a brujulear vuestros dominios?

Antonio Manuel de Folgar, *Competencias de amor entre el Eterno Padre y san Joseph*

Encender en el pasado la chispa de la esperanza es un don que sólo se encuentra en aquel historiador compenetrado con esto: tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer.

Walter Benjamin, *Sobre el concepto de Historia*

Introducción

Tal y como hemos demostrado en investigaciones previas, la devoción a san José logró consolidarse muy tardíamente en el cristianismo universal. Fueron los siglos XVII y XVIII el escenario del auge josefino, experimentado singularmente al interior de la monarquía hispánica, siendo el virreinato novohispano copartícipe de la innovación pía.

Como lo testimonian los acervos nacionales y extranjeros, la producción cultural josefina de este periodo histórico es multivariada y abundante, que va desde una amplia gama de representaciones visuales hasta las elucubraciones teológicas más sofisticadas que prevalecieron a través de impresos. Como historiadores culturales, este material invaluable nos exhorta a efectuar análisis desde aristas diversos, tanto en estudios que se limitan a indagar en un tipo de fuente primaria determinada, como otros que favorecen un enfoque plural al entrecruzar fuentes mixtas para evidenciar sus correlaciones.

Bajo esta última metodología que privilegia el escrutinio de documentos varios, las pesquisas de la presente investigación no se limitaron a un corpus de sermones josefinos, aunque estos fueron la base de trabajo para indagar sobre la ideología religiosa del momento, expresada entre óleos, tornavoces y tinta. También se echó mano de tratados e imágenes de la época, cuyas razones de ser fueron alimentadas por expectativas, intenciones, temores, aspiraciones, reticencias y doctrinas similares. Comprender estas fuentes como parte de un mismo *universo simbólico*¹ es encomienda axial, pues nos abre un panorama más extenso sobre la particularidad del pensamiento josefino de los siglos XVII y XVIII.

Para comprender las peculiaridades de la *josefología* moderna fue preciso iniciar nuestras averiguaciones en la época tardomedieval, pues en ese momento se suscitaron cambios esenciales en la percepción teológica sobre el carpintero de Nazareth. A partir de ciertas iniciativas clericales, mediante un trasvase discursivo, san José fue transformado

¹ Cfr. Alicia Mayer, "De vista y de oído: la imagen y el sermón guadalupanos como creadores de un universo simbólico", en *De palabras, imágenes y símbolos. Homenaje a Pascual Buxó*, México, UNAM, 2002, p. 186.

radicalmente por una serie de apologías cargadas de valoraciones de género, mismas que propiciaron el surgimiento de su embrionaria devoción, la cual fue *in crescendo* con el paso de los años. Al otrora desdeñado personaje le fueron resignificadas sus funciones y beneficios, acorde con un halo patriarcal. Así, dejó atrás la servidumbre que lo caracterizó en la piedad medieval, para convertirse en dueño y señor de María y Jesús; perspectiva que se forjó con homogeneidad desde el siglo XV y alcanzó su apoteosis en las centurias subsecuentes, a grado tal que se conservan evidencias de haberse mantenido vigente hasta el alba del periodo decimonónico. Entonces, será interés cardinal de este trabajo sondear en los ideales y utopías sobre lo masculino, en cariz ontológico y pragmático, que anidaron en la teología imperante; conocer pues cómo fueron configuradas las nociones de un *hombre paradigmático* a imagen de san José, bajo el entendido de que las manifestaciones de las retóricas impresa y visual, al fungir como mecanismos moralizantes y adoctrinadores, fueron instructivos sociales sobre los deberes, quehaceres, obligaciones, derechos y privilegios de todo varón al encabezar el núcleo familiar, cuya responsabilidad y primacía frente a esposa e hijos era sustancial.

Por las especificidades de nuestro tema de estudio, al referirnos a lo *patriarcal*, por supuesto, aludimos a la comprensión primigenia que sobre ello hicieron los estudios feministas, es decir, la prevalencia de los varones en el espectro familiar, donde lideran y rigen tanto a su cónyuge como a su descendencia, concebidos todos como subalternos que forman parte de su heredad. Asimismo, nos incumbe el cómo esta estructura es proyectada a nivel social, aupada mediante un imaginario simbólico que pone de manifiesto a los hombres y al orbe de lo masculino “como dominantes, como centro, como punto de referencia” que norma la percepción de la realidad.² En las sociedades occidentales esta estructura ordenadora tiene en la religión católica, una de sus principales vías de legitimación y reproducción; tanto así que ha subsistido diacrónicamente, haciendo coincidentes actitudes y pensamientos en temporalidades tan distantes como el siglo XVII,

² Nadia Rosso, “El sistema patriarcal: sus fundamentos y funcionamiento” en *El continuo de la violencia feminicida: sus raíces profundas*, ponencia presentada en *Diálogo internacional: feminicidios en América Latina*, Colombia, Fundación Mujer y Futuro, 2016, pp. 1-3.

el XIX o el XXI, pues más allá de vanguardias intelectuales o reformas pastorales -casi siempre tardías o de cambio obligado por los avances seculares-, los principios ordenadores del patriarcado, además de convenientes y de probada eficacia para sus fines, son medulares en el marco epistémico católico. Pero, al tratarse de una *construcción sociocultural* que, al día de hoy, ha perdido el velo de misticismo que impedía su crítica -aunque las reticencias son feroces-, podemos declarar su obsolescencia y el profundo daño que ha ocasionado. Entonces, como herramienta de transformación social, estudiar la edificación de *lo masculino* en el cristianismo, adquiere carácter de urgencia.³

Por los intereses investigativos y el uso de una perspectiva de género, nuestro sustento teórico estriba en un conjunto de postulados, cuya premisa es la concepción del *género* como una construcción cultural de la diferencia sexual, “que da cuenta de un sistema primario de relaciones de poder y dominación, transhistóricas y transculturales”.⁴ Es pues, *grosso modo*, la consolidación de modelos mandatorios del deber ser y hacer de los hombres y mujeres en sociedad.⁵ Para abordar sus implicaciones, nos avenimos a la propuesta teórica de Estela Serret, iluminadora de los procesos que han justificado la subordinación del ámbito femenino. Aquí campea la categoría *género simbólico*, concerniente al campo de las ideas. Serret parte de una conceptualización a través de la negación, la cual erige al género como un ordenador primario de significación donde lo masculino es equivalente al orden, categoría epistémica central. Lo femenino surge como antípoda por ser en tanto que *no es masculino*. Es caos por ausencia de orden, categoría

³ Cfr. Joan Sanfélix Ambelda y Antonio López Amores, “Sobre la necesidad de estudiar la masculinidad(es) en tiempos de incertidumbre”, en *Asparkia. Investigació feminista*, núm. 35, España, Universitat Jaume I, 2019, pp. 13-17.

⁴ Estela Serret, “Hacia una redefinición de las identidades de género”, en *GenEros, Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género*, vol. 18, núm. 9, México, Universidad de Colima, 2011, p. 73.

⁵ Cfr. Marta Lamas, “Género”, en Hortensia Moreno y Eva Alcántara (coords.), *Conceptos clave de los estudios de género*, vol. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones y Estudios de Género, 2017, pp. 155-170; Joan W. Scott, “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Marta Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Centro de Investigaciones y Estudios de Género (UNAM), 2018, pp. 269-308; Mabel Burin e Irene Meler, *Varones. Género y subjetividad masculina*, Argentina, Paidós, 2000, pp. 22-24.

epistémica limítrofe. Derivativamente, la cosmovisión es modelada a partir de *parejas simbólicas* que catalogan lo principal y lo secundario, lo positivo y lo negativo, lo activo y lo pasivo, lo deseable y lo repudiable, el nosotros y los otros. En suma, *lo masculino y lo femenino*.

Como aportación nuestra vinculada con la esfera religiosa, proponemos que este armazón de significación binomial define y pervive en lo que denominamos *dicotomías estructurales del cristianismo*. Desde una óptica providencialista primordialmente androcéntrica, la creación, en sintonía con el mundo inmaterial, sus lógicas internas e interrelacionales, procede de una voluntad maestra que es el gran patriarca: Dios.⁶ Por lo

⁶ Hay un par de conceptos bordieuanos que se avienen perfectamente a lo que estamos reflexionado: el credo cristiano conlleva intrínsecamente una *visión falonarcisista* y una *cosmología androcéntrica*. El dios masculino heredado del judaísmo, a placer, crea, dictamina, destruye, reinventa, cosifica, salva, desdeña, castiga, complace, amenaza, confabula, etc. Todo ello, por el simple y sencillo hecho de ser “Él”; asumiendo un derecho conferido por consustancialidad nativa. Si entendemos a las deidades como creaturas sociales, siguiendo la esquematización procesal de Peter L. Berger, éstas son reverberaciones de lo humano y su “construcción del mundo”. Son la exteriorización de una idea que deviene en metamorfosis ontológica, es decir, se convierten en “una realidad que se enfrenta a sus productores originales como si fuera una facticidad que les es exterior y, a la vez, distinta a ellos”. Como sinopsis de lo dicho, trastoquemos -o rectifiquemos- el versículo de la *Imago Dei* (Gn 1, 26): *hicimos a Dios a nuestra imagen y semejanza*. Ergo, una deidad nacida como siamesa de sus masculinidades legitimadoras y dominantes, es asumida como justa, impositiva, perfecta e infranqueable. Un acto de caridad inmensa, cuyo complemento es una humanidad rea de persecución sempiterna, la cual se acepta siempre en falta por su innata imperfección. Por ello necesita de redención, a manos de quien la condenó en primera instancia, y agradece la oportunidad de reivindicarse. Por ponerlo en figuración mitológica, somos la piedra de Sísifo que sólo detendrá su interminable caída, el día del Juicio Final. Esta estructura de cognición y conducta, genetizada en los protagonistas de la historia sacra con miras al enraizamiento en los feligreses, se reproduce mediante el *habitus*.

A grandes rasgos, empleando la revisión de José Saturnino Martínez García a la propuesta de Pierre Bourdieu, el *habitus* es un sistema de patrones de comportamiento, “un conjunto de principios de percepción, valoración y de actuación debidos a la inculcación generada por el origen y la trayectoria sociales”. Una vez asimilado dicho sistema a nivel cerebral, se producen prácticas inconscientes, “concebidas como decisiones libres por parte del actor social”. Más allá de las voluntades individuales, “hay pautas establecidas para alcanzar ciertos fines con ciertos medios, hay formas ‘normales’ de actuar, de ‘sentido común’”. Es decir, la divinidad, parlante a través de las elucubraciones teológicas, se *naturaliza*, haciéndose verosímil, invariable, lógica y perdurable desde su encarnación a través de la moral y, en varias ocasiones a lo largo de la Historia, mediante la coerción legislativa, punitiva y social; a grado tal que la culpa en alianza con el miedo, así como las condicionantes de género, han sido vena capital por donde se canalizan, desde hace siglos, las esencias del cristianismo. Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2007, pp. 17-19; Peter L. Berger, “Religión y construcción del mundo”, en *Teoría social e historia*. La

tanto, el orden de las cosas es asumido como sacro, sempiterno e inmutable, no afecto a los matices. Como sistema organizador de la realidad, absolutamente todo se adhiere a una semántica bifásica, a una alineación que engloba materia, espíritu, ideas, acciones y decisiones en las inmensas gavetas de *lo bueno y lo malo*: virtud/pecado, redención/condena, angélico/demoniaco, luz/oscuridad, belleza/fealdad, arriba/abajo, diestro/siniestro, etéreo/terrenal, alma/cuerpo, continencia/deseo, razón/impulso, pauperismo/exceso pecuniario, sufrimiento y desapego material/indolencia y afición mundana, virginidad/impureza, cristiano/pagano, Adán/Eva, ovejas/cabritos, trigo/cizaña, etc. Estas abstracciones se arraigan en una moral colectivizada, aterrizando a través del *género imaginario social*, es decir, la socialización de lo nocional, la puesta en práctica que construye identidades, precisa códigos conductuales y legitima regímenes político-económicos, donde “el binomio hombre-mujer encarna representaciones aceptadas como naturales, tipificaciones que tienen la fuerza de verdades asumidas”.⁷ Verdades encumbradas a nivel de lo apodíctico en la *episteme cristiana* por su inmanencia celestial.

Si por *episteme* comprendemos al marco de percepción de la realidad, a partir de ella debemos valorar las formas de vinculación asimétrica que se han retroalimentado en el devenir de la cultura cristiana, perceptibles a través de sus emisores doctrinales. Ergo, las discrepancias entre lo masculino y lo femenino, terminan por funcionar como ejes axiales de su cosmovisión, promoviendo insistentemente la concreción de su régimen simbólico en praxis social para, con ello, legitimar y reproducir sus dictámenes vía institucional. Para el caso que nos compete, las relaciones e intercambios entre Jesús, María y José fueron definidos por la teología, el área eclesiástica donde se clasificó, defendió y dictaminó lo perteneciente a cada género, transmitiendo sus normas, estatus, valores y prohibiciones a través de mediaciones como las imágenes y los sermones.

perspectiva de la antropología social, México, instituto Mora, 2005, pp. 108-109; José Saturnino Martínez García, “El habitus. Una revisión analítica”, en *Revista Internacional de Sociología*, vol. 75, España, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2017, pp. 1-6.

⁷ Estela Serret, “Hacia una redefinición...”, p. 83.

En el periodo moderno, la infravaloración de lo femenino estuvo enraizada en varios géneros literarios. Además de la oratoria sacra y los tratados de moral, otros como los enfocados a la extirpación de idolatrías o la poesía satírica, hicieron eco de la admitida “constitución débil y moralmente defectuosa” de las mujeres, condicionante *sine qua non* para la preservación del régimen sociopolítico y eclesiástico de aliento patriarcal. Al extremo tal que, como veremos en el tercer capítulo, en las consignas edificantes, la condena a los desenfrenos masculinos es soslayada en pro del vituperio a las mujeres, al ser estigmatizadas como insubordinadas. Por ser innatamente imperfectas, tendientes a los yerros y el pecado, son ellas las responsables del *des-orden*, las causantes principales de la desdicha familiar. A decir de Manuel Pérez, aun con la presencia simultánea del humanismo, el cual supondría un cambio de paradigmas que dejarían atrás los modelos del pensamiento medieval; en la literatura clerical de la época moderna continuó incólume y hegemónica la añeja misoginia -a pesar de algunos cuestionamientos y repulsas-, experimentando más bien una revivificación. Conservándose el contenido del discurso aunque cambiando de forma, esta superioridad del halo masculino y la depreciación del femenino, es el mismo contraste cualitativo que hizo de san José un objeto de burlas y, siglos después, un gallardo varón. Más que cambiar el entendimiento sobre lo propio e impropio de cada género, lo modificado fue el círculo al cual fue circunscrito el carpintero y devino por consecuencia una resignificación de María. Bajo las determinantes maritales, en el ceñimiento a la regla, se encarriló el deber ser y hacer de la santa pareja: ahora él manda; ella, gustosa, obedece.⁸

Si bien, nuestra investigación navega por el ámbito de la retórica, tanto impresa como visual, para reflexionar en torno a los valores patriarcales que engrandecieron al san José de los siglos XVII y XVIII, valores intercambiados por la moral y el pensamiento teológico de aquellos tiempos; debemos evitar confusiones o malos entendidos. Por ende,

⁸ Manuel Pérez, “Doble ejemplaridad de la mujer en discursos religiosos novohispanos del siglo XVII”, en *Edad de Oro*, vol. 38, España, Universidad Autónoma de Madrid, 2019, pp. 217-233; Alberto Baena Zapatero, “Las mujeres españolas y el discurso moralista en Nueva España (s. XVI-XVII)”, en Jaime Contreras Contreras (ed.), *Familias, poderes, instituciones y conflictos*, España, Universidad de Murcia, 2011, pp. 93-106; Estela Castillo Hernández, “Del sermón y sus excesos: aversión a las mujeres en Nueva España del siglo XVIII”, en *Dieciocho: Hispanic enlightenment*, núm.1, vol. 37, E.U.A., University of Virginia, 2014, pp. 33-62.

es fundamental apuntar que, tal y como advierte Pilar Gonzalbo, el tránsito del discurso al ejercicio nunca fue inmediato ni perfecto. En otras palabras, entre el ideal moral y la práctica social hubo diferencias abismales, tanto que incurriríamos en error si dijésemos que lo plasmado en las obras edificantes es un espejo de la realidad cotidiana de las sociedades modernas, entre ellas, la novohispana. Transgresiones, experiencias y relaciones fuera de la norma, hubo en abundancia, muchas de ellas nacidas más de estrategias por el ímpetu de subsistir que por acción contestataria, tomando en cuenta la multiplicidad de variables que estaban en juego, desde las económicas y raciales, hasta las simbólicas y de género. De hecho, la reiteración del organigrama divino y el llamado insistente desde el púlpito a la obediencia, nos da pistas sobre la heterogénea y antagónica existencia, pues no habría necesidad de repetir *ad nauseam* si todo corriese conforme a la norma. Pero el peso de las ideas es algo a tomar en cuenta, sobre todo, cuando se propagan como verdades absolutas, ya que por siglos han abanderado injusticias y abusos al hermanarse con el cinismo y la ignorancia. En este sentido, mediante los temas abordados aquí, la Historia sí puede ataviarse como *magistra vitae* al develar que opresiones e inequidades son una fatídica herencia que por desconocimiento, desinterés, negación o conveniencia, permanece viva y acechando desde las sombras.⁹

Pero antes de entrar de lleno con la investigación, creemos pertinente desplegar un sucinto estado de la cuestión sobre la oratoria sacra y lo concerniente al ámbito josefino.

Estado de la cuestión y especificidades del corpus sermocinal

De sobra ha quedado demostrado que los sermones son una fuente primaria viable para el estudio del periodo moderno, cuando se gestó la Nueva España. A pesar de ser un recurso

⁹ Cfr. Pilar Gonzalbo Aizpuru, "Con amor y reverencia. Mujeres y familias en el México colonial", en *Anuario de Historia de América Latina*, núm. 35, Alemania, Hamburg University Press, 1998, pp. 1-24; Pilar Gonzalbo Aizpuru, *Los muros invisibles. Las mujeres novohispanas y la imposible igualdad*, México, El Colegio de México, 2018, *passim*.

bastante reciente en la historiografía mexicana, sus perspectivas metodológicas se han especializado paulatinamente, empleándose desde nuevos enfoques temáticos que incentivan el cuestionamiento y vinculación de los sermones con otras fuentes, comprendiéndose la religiosidad novohispana desde una relación multidisciplinar.

A grandes rasgos, el estudio de la literatura homilética puede esquematizarse en tres principales derroteros que se nutren correlativamente:

1. Desde la Historia, se han aprovechado los sermones para comprender cuestiones socioculturales, políticas y eclesiales vinculadas a la presencia del catolicismo en tierras americanas, y la consecuente diversificación de cultos, tanto locales como en espectro amplio.¹⁰
2. En la Historia del Arte, los sermones han fungido como llave interpretativa de los significados ínsitos en las tipologías de representación artística, es decir, han permitido decodificar aquello que incorrectamente se ha denominado como “iconografía” de las imágenes religiosas.¹¹
3. A partir de la Literatura y la Filosofía se ha ahondado en el análisis hermenéutico de los textos, reconociendo estructuras y fórmulas de implementación discursiva, así

¹⁰ Algunos trabajos representativos: Carlos Herrejón Peredo, *Del sermón al discurso cívico: México, 1760-1834*, México, El Colegio de Michoacán-El Colegio de México, 2003; Perla Chinchilla, *De la Compositio Loci a la República de las Letras. Predicación jesuita en el siglo XVII novohispano*, México, Universidad Iberoamericana, 2004; Alicia Mayer, *Flor de primavera mexicana. La Virgen de Guadalupe en los sermones novohispanos*, México, UNAM, 2010; Bernarda Urrejola Davanzo, *El reloj del púlpito. Nueva España en el contexto de la monarquía, según sermones de la época*, México, El Colegio de México-Universidad de Chile, 2017; Adrián Hernández González, *Religiosidad, teología y política. Catálogo comentado de sermones poblanos, 1650-1750*, Puebla, BUAP, tesis de licenciatura en Historia, 2018.

¹¹ Jaime Cuadriello es quien más se ha destacado en este rubro. Véase Jaime Cuadriello, “San José en tierra de gentiles: Ministro de Egipto y Virrey de las Indias”, en *Memoria, Revista del Museo Nacional de Arte*, núm. 1, México, MUNAL, 1989, pp. 5-33; “Atribución disputada: ¿Quién pintó a la Virgen de Guadalupe?”, en *Los discursos sobre el arte. XV Coloquio Internacional de Historia del Arte*, México, UNAM, 1995, pp. 231-257; *Zodiaco Mariano. 250 años de la declaración pontificia de María de Guadalupe como patrona de México*, México, Museo de la Basílica de Guadalupe-Museo Soumaya, 2004.

como las relaciones y deudas con el ejercicio retórico en la transmisión y persuasión de la feligresía cristiana a través del enraizamiento de los dogmas de la Iglesia.¹²

Como puede advertirse, es copiosa la bibliografía sobre el estudio de la oratoria sacra en Nueva España desde los ángulos recién mencionados, y ya se ha dado cuenta de ella exhaustivamente.¹³ Pero, en términos de la investigación sobre san José, el panorama es algo reducido. No obstante, sin lugar a duda, el interés por elucidar diversos aspectos culturales y teológicos de san José en Nueva España no es afán yermo. Desde el cariz religioso se han elaborado empeños eruditos, cuyo máximo representante es el misionero

¹² Ana Castaño Navarro, "Sermón y literatura. La imagen del predicador en algunos sermones de la Nueva España", en *Acta Poética*, México, UNAM, 2008, pp. 191-212; Hugo Ibarra Ortiz, *El paradigma sermocinal en la Nueva España, siglo XVII*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2013; *La palabra discurrida: historia de las ideas en el siglo XVIII a través de la retórica sagrada*, Zacatecas, Policromías Servicios Editoriales, 2016; Alejandra Soria Gutiérrez, *Retórica sacra en la Nueva España: introducción a la teoría y edición anotada de tres sermones sobre Santa Teresa*, New York, Idea, 2014. *Cabe señalar que son en las investigaciones de tesis desde la Literatura, donde en mayor medida se han empleado los sermones como herramienta de análisis. Verbigracia: Óscar Hernández Galicia, "Que es buen día en una casa cuando llora un penitente". *Las lágrimas como motivo literario en sermones y otros textos de oratoria sagrada novohispana (siglos XVII y XVIII)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, 2009; Blanca Alejandra Garduño Bocanegra, *La anatomía de Dios. El imaginario medieval del cuerpo en los sermones novohispanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, 2013; Wendy Lucía Morales Prado, *Construcción de un príncipe eclesiástico: análisis de tres sermones a las exequias de Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla (1676-1699)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de maestría en Letras Mexicanas, 2012; *Motivos y construcciones literarios en sermones funerales novohispanos del siglo XVII*, México, El Colegio de México, tesis de doctorado en Literatura Hispánica, 2019.

¹³ Véase Verónica Zaragoza, "El sermón como fuente: una aproximación bibliográfica", en Ana María Martínez Sánchez (comp.), *Oralidad y escritura. Prácticas de la palabra: los sermones*, Argentina, Universidad Nacional de Córdoba, 2008, pp. 15-32; Hugo Ibarra Ortiz, *El paradigma sermocinal*, pp. 13-25.

josefino Carlos Carrillo Ojeda,¹⁴ quien ha hecho resonancia de los esfuerzos de los centros de investigación internacionales en torno al padre nutricio de Cristo.¹⁵

Afortunadamente, desde la óptica académica, los trabajos que retoman a san José como punto toral han aumentado en las últimas décadas y, en varios de ellos, los sermones son primordiales.¹⁶ La mayoría de las aportaciones sobre temas josefinos novohispanos las

¹⁴ Carlos Carrillo Ojeda, *Ensayo de una Bibliografía Mexicana sobre San José*, México, Centro de Documentación y Estudios Josefinos en México, 1995; “Bibliografía Mexicana sobre San José”, en *Vilasecanum. Revista Josefina de Investigación y Análisis*, año XIV, núm. 27, México, Centro de Estudios Vilasecanos, 1999; *San José en la Internet*, México, Centro de Documentación y Estudios Josefinos en México, 2001; *Cronología Josefina Mexicana*, México, Centro de Documentación y Estudios Josefinos en México, 2003; *El Patronato de San José sobre México*, México, Centro de Documentación y Estudios Josefinos en México, 2004.

¹⁵ Ejemplos paradigmáticos son el Centro Español de Investigaciones Josefinas (Valladolid, España) y el Centro de Investigación y Documentación del Oratorio de San José (Montreal, Canadá), cuyas extensas bibliotecas especializadas y sus publicaciones periódicas (*Revista de Estudios Josefinos* y *Cahiers de Josephologie*, respectivamente) son cruciales para ahondar en las investigaciones sobre san José. Para dimensionar qué tan vasta es la bibliografía josefina nacida de las plumas religiosas, véase Roland Gauthier, *Bibliographie sur saint Joseph et la sainte Famille*, Montréal, Centre de recherche et de documentation Oratoire Saint-Joseph du Mont-Royal, 1999.

¹⁶ Para percibir los alcances del interés por emplear a san José como objeto de estudio desde multivaridos enfoques teórico-metodológicos, véase la siguiente selección de investigaciones, la cual a su vez evidencia cómo la Historia del Arte es el campo de conocimiento que más ha priorizado las pesquisas josefinas: Carlos Carrillo Ojeda, *Presencia de San José en México*, México, Centro de Documentación y Estudios sobre San José, 2005; Charlene Villaseñor Black, *Creating the Cult of St. Joseph. Art and Gender in the Spanish Empire*, E.U.A., Princeton University Press, 2006; Francisco Montes González, “La paternidad divina hecha hombre. Dos nuevas pinturas de Miguel Cabrera y Juan Patricio Morlete en Sevilla”, en *Atrio. Revista de Historia del Arte*, núms. 15-16, España, Universidad Pablo de Olavide, 2010, pp. 177-186; Irma Barriga Calle, *Patrocinio, monarquía y poder: el glorioso patriarca señor san Joseph en el Perú virreinal*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Riva Agüero, 2010; Sandra de Arriba Cantero, *Arte e iconografía de San José en España*, España, Universidad de Valladolid, 2013; Jorge Arturo Mandujano Rocha, “De la vejez a la juventud”. *La transición iconográfica y espiritual de la figura de San José. De su consideración secundaria en el contexto paleocristiano y medieval, a su reivindicación en la pintura novohispana de los siglos XVI, XVII y XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en Historia, 2014; Rafael López Guzmán, “El viaje de San José a América. Entre el patrocinio político y la actividad artesanal”, en Inmaculada Rodríguez Moya, María de los Ángeles Fernández Valle, Carme López Calderón (eds.), *Iberoamérica en perspectiva artística. Transferencias culturales y devocionales*, España, Universitat Jaume I, 2016, pp. 207-226; Alejandro Julián Andrade Campos, *José Patriarca Universal: uso y función de las representaciones josefinas en la Puebla de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de maestría en Historia del Arte, 2016; Juan Isaac Calvo Portela, “Las estampas josefinas en los impresos mexicanos y poblanos del siglo XVIII”, en *Pecia Complutense*, año 15, núm. 27, España, Universidad Complutense de Madrid, 2017, pp. 16-48; Víctor Hugo Medina Suárez, “Cuadro del Patrocinio de

han realizado Gabriela Sánchez Reyes, quien ha discurrido sobre las cofradías dedicadas a san José, su patronazgo especial sobre la buena muerte, sus lazos afectivos con Cristo, y un caso concreto de devoción al Santo Patriarca;¹⁷ y Jorge Luis Merlo Solorio, cuyos estudios han tratado las manifestaciones devocionales del culto josefino, y las peculiaridades y variantes en la inclusión de san José dentro de la pintura novohispana y del siglo XX.¹⁸

San Joseph: conflictos jurisdiccionales entre el obispo y el gobernador (Yucatán, 1780-1795)", en *Temas Antropológicos. Revista Científica de Investigaciones Regionales*, núm. 2, vol. 40, México, Universidad Autónoma de Yucatán, 2018, pp. 17-40; Yolanda Yépez Silva, *Imágenes de san José como parte del discurso social, político y religioso novohispano en el siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de maestría en Historia del Arte, 2018; Antonio de Jesús Enríquez Sánchez, "Cuando san José encontró a Huehuetotl. La indianización de un santo entre los mazahuas del valle de Ixtlahuaca durante el siglo XVI", en María Teresa Jarquín Ortega y Gerardo González Reyes (coord.), *Santos, devociones e identidades en el centro de México, siglos XVI-XX*, Estado de México, El Colegio Mexiquense, A.C., 2018, pp. 21-62; Robin Ann Rice, "La reivindicación de san José en la modernidad temprana: los villancicos para la catedral de Puebla de sor Juana de 1690", en *Revista Chilena de Literatura*, núm. 99, Chile, Universidad de Chile, 2019, pp. 341-366; Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art*, Holanda, Amsterdam University Press, 2019; Pierre Ragon, "La promoción del culto a san José en Nueva España (siglos XVII y XVIII)", en Fernando Quiles, José Jaime García Bernal y Paolo Broggio (eds.), *A la luz de Roma. Santos y santidad en el barroco iberoamericano*, vol. III, España, Enredars, 2020, pp. 399-414.

¹⁷ Gabriela Sánchez Reyes, "La fundación de cofradías de san José en la Nueva España", en Johannes Hattler y Germán Rovira (eds.), *Die Bedeutung des hl. Josef in der Hielgeschichte. Akten des IX Internationalen Symposions über den heiligen Josef*, vol. II, Alemania, Internationalen Mariologischen Arbeitskreises Kevelaer, 2005, pp. 739-756; "San José, esperanza de los enfermos y patrono de los moribundos; un eficaz remedio durante el tránsito de la muerte", en *Los miedos en la historia*, México, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, pp. 291-317; "Su oficio fue criarlo, sustentarlo y traerlo en brazos: reflexiones sobre la imagen de san José y el niño Jesús como ideal del amor paterno", en *Amor e historia. La expresión de los afectos en el mundo de ayer*, México, El Colegio de México, 2013, pp. 319-341; "La dotación de misas en honor a San José del canónigo Diego de Malpartida y Zenteno en la Catedral de México, 1679-1680", en *Cuadernos del Seminario de Música en la Nueva España y el México Independiente*, núm. 6, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, 2014, pp. 40-61.

¹⁸ Jorge Luis Merlo Solorio, "La Deesis novohispana: representación de un auxilio insoslayable", en Noé Esquivel Estrada (ed.), *Pensamiento Novohispano*, núm. 14, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México-Instituto de Estudios sobre la Universidad, 2013, pp. 541-556; "Tránsito de San José: una iconografía divergente", en *Sztuka Ameryki Łacińskiej. Studia. Od sztuki naskalnej do współczesnych murali*, vol. 3, Polonia, Universidad de Lodz-Instituto Polaco de Investigación del Arte Mundial, 2013, pp. 89-106; "Con el Apocalipsis en el umbral. La glorificación de la Sagrada Familia de Gonzalo Carrasco", en *Quiroga. Revista de Patrimonio Iberoamericano*, núm. 7, España, Universidad de Granada, 2015, pp. 46-57; "Esculpido por tribulaciones y profecías asombrosas: anatomía del corazón josefino. Nueva España, s. XVIII", en *Revista Coyuntura. Arte y literatura en el contexto latinoamericano*, núm. 2, Chile, Universidad Alberto Hurtado, 2016, pp. 11-29; "Palpitando fuerte y apasionado. Culto novohispano al corazón de San José, s. XVIII", en *Revista de Estudios*

Respecto a trabajos que versen *ex profeso* sobre los sermones josefinos novohispanos, contamos únicamente con cuatro: *Sermones de algarabía. Gestación de la identidad a los pies de san José*,¹⁹ donde Merlo Solorio aborda las prédicas dedicadas al patrocinio josefino estipulado por Carlos II; *A la sombra de un marido. Propagación de ideales femeninos a través de los sermones josefinos novohispanos*,²⁰ estudio del mismo autor sobre la codificación de una “retórica del hogar” que buscaba condicionar el actuar de las mujeres, a imagen y semejanza de María en su relación con san José; *Estrategias discursivas a favor de san José en la Nueva España, siglo XVIII*,²¹ artículo en el cual Hugo Ibarra Ortiz tomó como muestra tres sermones dieciochescos, con el fin de evidenciar los recursos persuasivos para aumentar el fervor josefino a través de pesquisas exegético-filosóficas; y de Ana Castaño, *Un sermón de Juan José de Eguiara y Eguren sobre san José: La congregación de todos los ángeles y hombres santos excedida por san José*,²² donde, tal

Josefinos, año 70, núm. 140, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 2016, pp. 137-165; “Empeños de amor encarnado. Devoción al corazón de san José en el Colegio de San Gregorio de México”, en María Teresa Jarquín Ortega y Gerardo González Reyes (coords.), *Santos, devociones e identidades en el centro de México, siglos XVI-XX*, Estado de México, El Colegio Mexiquense, A.C., 2018, pp. 321-346; “Labrando en casa. Reflejos de cotidianidad en el ámbito divino. El taller de Nazareth”, en Gisela von Wobeser, Carolina Aguilar García y Jorge Luis Merlo Solorio (coords.), *La función de las imágenes en el catolicismo novohispano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, pp. 85-97; “Entre paternidad y poderío. El patrocinio de san José: garante monárquico”, en Gisela von Wobeser, María Fernanda Mora Reyes y Ramón Jiménez Gómez (coords.), *Devociones religiosas en México y Perú, siglos XVI-XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 2021, pp. 181-195.

¹⁹ Jorge Luis Merlo Solorio, “Sermones de algarabía. Gestación de la identidad a los pies de san José”, en Hilda Julieta y María Alejandra Valdés García (eds.), *Reminiscencias novohispanas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas, 2015, pp. 181-195.

²⁰ Jorge Luis Merlo Solorio, “A la sombra de un marido. Propagación de ideales femeninos a través de los sermones josefinos novohispanos”, en Pamela Bastante y Alma Montero (coord.), *Revista Dieciocho: Hispanic enlightenment*, Anejo 7, E.U.A., University of Virginia, 2021, pp. 137-153.

²¹ Hugo Ibarra Ortiz, “Estrategias discursivas a favor de San José en la Nueva España. Siglo XVIII”, en Rafael Castañeda García y Rosa Alicia Pérez Luque (coords.), *Entre la solemnidad y el regocijo. Fiestas devociones y religiosidad en Nueva España y el mundo hispánico*, México, El Colegio de Michoacán-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2015, pp. 79-98. *El sermón de Antonio Manuel de Folgar, uno de los tres seleccionados por el autor, también fue analizado en Jorge Luis Merlo Solorio, “La Deesis novohispana...”, pp. 547-548.

²² Ana Castaño, “Un sermón de Juan José de Eguiara y Eguren sobre san José: La congregación de todos los ángeles y hombres santos excedida por san José (Manuscrito 760 de la biblioteca Nacional

y como lo evidencia el título, se ofrece un análisis filológico de dicho sermón, además de la transcripción modernizada del mismo.

Cabe subrayar que en el ámbito europeo también se han ensayado investigaciones significativas sobre los sermones josefinos. En España, destacan los artículos del carmelita Román Llamas quien, en profundo interés teológico-bibliográfico, se ha encargado de rastrear, compilar y reseñar la homilética josefina peninsular cuya factura se emprendió entre los siglos XVI y XVIII,²³ orientando sus indagaciones con particular interés en los impresos de sus correligionarios.²⁴ Datos inestimables nos ofrece en cuanto a la cantidad de sermones gestados en las centurias de nuestra incumbencia, puesto que permite colocar en perspectiva la exigua proliferación de sermones josefinos novohispanos. Sólo para el siglo XVII cuantificó sesenta y ocho sermones provenientes de cuarenta y dos predicadores.²⁵ Del siglo XVIII, anteriores a 1760, fecha que consigna como el parteaguas de los modos de predicación y su reforma, recopiló treinta y uno gestados por diecinueve oradores.²⁶

Por lo dicho previamente, nuestra propuesta de investigación busca sacar provecho de una documentación que no ha sido atendida del todo, en un intento por subsanar algunos de los vacíos historiográficos concernientes al culto de san José y el desarrollo teológico-ideológico en torno a su persona, empleando una perspectiva de género como

de México)", en *Revista (an)ecdótica*, núm. 2, vol. III, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas, 2019, pp. 95-117.

²³ Román Llamas, "San José en los predicadores españoles del siglo XVI", en *Revista de Estudios Josefinos. Segundo Simposio Internacional. San José en el Renacimiento (1450-1600)*, año XXXI, núms. 61-62, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1977, pp. 397-434; "San José en los predicadores españoles del siglo XVII", en *Revista de Estudios Josefinos: Presencia de San José en el siglo XVII*, año XLI, núms. 81-82, Valladolid, 1987, pp. 303-347; "San José en los predicadores españoles del siglo XVIII", en *Cahiers de Josephologie, V Symposium International, Saint Joseph au XVIII siecle*, vol. XXXIX, Montreal, Centre de Recherche et Documentation, Oratoire Saint Joseph, 1991, pp. 477-503.

²⁴ Román Llamas, "San José evangelizador de América. Tema de un sermón barroco del siglo XVII", en *Revista de Estudios Josefinos*, año XLVI, núm. 91, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1992, pp. 27-52; "San José en la predicación carmelitana de antaño", en *Revista de Estudios Josefinos*, año LXXI, núm. 141, Valladolid, 2017, pp. 63-110.

²⁵ Román Llamas, "San José en los predicadores españoles del siglo XVII", p. 307.

²⁶ Román Llamas, "San José en los predicadores españoles del siglo XVIII", pp. 490-491.

visor analítico. En labor concomitante, se pretende contribuir a la comprensión de la religiosidad hispana a gran escala, facilitando conocimientos inéditos para el futuro esclarecimiento de los nexos retóricos, discursivos y simbólicos del andamiaje religioso y sociocultural del cristianismo dentro de los linderos de la monarquía hispánica.

Hablemos brevemente sobre la especificidad de nuestra miscelánea de panegíricos. El primer sermón novohispano que tuvo a san José como protagonista, data de 1577²⁷ y está redactado en lengua nahua.²⁸ Sin embargo, la retahíla de piezas oratorias en castellano que tuvieron continuidad hasta el ocaso del periodo virreinal, debieron esperar al siglo XVII. Por consiguiente, los mojones de nuestra investigación tendrán como punto de partida el

²⁷ La segunda mitad del siglo XVI coincide también en la Península con el inicio de la impresión de las prédicas josefinas. A decir de Román Llamas, especialista en sermones josefinos ibéricos, es con el sermón a la festividad de san José de Domingo de Valtanás que se inauguran las piezas oratorias josefinas en lengua castellana, en 1558. Recordemos que la devoción a san José en suelo hispánico, manifestada a través de textos píos, es más antigua, como lo deja saber *La ystoria de Joseph* (1502), breve relato impreso en catalán, embebido vigorosamente de las narrativas apócrifas, cuyo autor es Joan Carbonell. Aunque la josefina primigenia en castellano salió a la luz treinta y tres años después como apéndice de la *Subida al Monte Sion*, obra de corriente mística escrita por el franciscano Bernardino de Laredo, misma que, probablemente, llegó a Nueva España por petición del arzobispo fray Juan de Zumárraga, quien “antes de que este libro se imprimiese, proveyó que en siendo impreso le envasen ciento o más libros”. Pero como tal, el primer libro español sobre san José, extenso y publicado de manera independiente en 1593, fue creación del seráfico Andrés de Soto, confesor de la infanta Isabel Clara Eugenia. Román Llamas, “San José en los predicadores españoles del siglo XVI”, pp. 402 y 424; José de Jesús María, “El primer libro español sobre San José. La ystoria de Joseph (1502)”, en *Revista de Estudios Josefinos*, año LVI, núm. 112, Valladolid, Centro Español de investigaciones Josefinas, 2002, pp. 178-179 y 182; Bernardino de Laredo, *Tratado de san José (Josefina)*, Madrid, RIALP, 1977; Bernardino de Laredo, *Subida al Monte Sion...*, Medina del Campo, Imprenta de Pedro de Castro, 1542; Andrés de Soto, *Libro de la vida y excelencias del gloriosos San Joseph...*, Bruselas, Imprenta de Jan Mommaert, 1600.

²⁸ Juan de la Anunciación, *Sermonario en lengua mexicana...*, México, Imprenta de Antonio Ricardo, 1577. *Para la primer centuria novohispana hay otros textos que aluden a san José pero, principalmente, al nivel del comentario bíblico, haciendo partícipe al santo de manera colateral. Ejemplo de ellos es el *Diálogo de doctrina cristiana en lengua mechuaca* del franciscano Maturino Gylberti, donde se contienen sermones alusivos a la Natividad y la Circuncisión. De talante similar, otro impreso dirigido a la población indígena es el sermonario de Martín de León (1614). Sin duda, estas fuentes evidencian su horizonte cultural al utilizar la figura josefina en la tentativa de aculturar a los pueblos mesoamericanos desde el perfil de la moral cristiana, verbigracia, haciendo especial énfasis en su castidad y su renuncia a los asuntos carnales. Véase Carlos Carrillo Ojeda, *Presencia de San José...*, pp. 26-28; Charlene Villaseñor Black, *Creating the cult of St. Joseph...*, p. 71.

sermón de Antonio de Peralta de 1640, y como cierre, un conjunto de cavilaciones josefinas de la pluma de Juan Francisco Domínguez, llevadas a la imprenta en 1805 (**Anexo III**).

Desde este momento, es sumamente importante advertir una especificidad del presente corpus: su *homogeneidad*. Contrario a lo que podría suponerse al paso de casi doscientos años, la teología sobre san José elude divergencias y contradicciones. Se erige como una tradición fresca, cuyo devenir de apenas tres o cuatro siglos se hermana con la analogía y la reciprocidad. A diferencia del pensamiento religioso que indagó sobre las figuras de Cristo y María desde prácticamente la era paleocristiana, dando como resultado vertientes, reinterpretaciones, disputas y contrariedades; la aproximación hacia el carpintero nazareno, si bien ocupó las mentes de los Padres de la Iglesia, no obtuvo la resonancia ni el interés suficiente para convertirlo en una rama exegética que diera a luz a una josefología que lo encumbrara como referente de análisis particular, lejos de ser mera indagación accesoria al compartir una vida en común con el Verbo humanado y su madre. Entonces, no nos tomará por sorpresa reconocer que, en antípodas y latitudes distantes, se estuviera hablando el mismo lenguaje teológico sobre san José, lo cual nos permitirá confrontar fuentes creadas en diferentes puntos de la monarquía española, específicamente, Filipinas, la Península y Nueva España.

En su mayoría,²⁹ las piezas de oratoria compiladas para forjar el corpus de análisis, corresponden a los denominados “sermones sueltos”, es decir, aquellos que se imprimieron de manera individual para su distribución, aunque, posteriormente, bien pudieron formar parte de un sermonario armado para su venta en conjunto. Por ende, contamos con una plataforma de impresos que provienen de un total de 34 autores; 25 de ellas se predicaron en el virreinato novohispano, 6 en España y 3 en las islas filipinas.

²⁹ Decimos “en su mayoría”, puesto que algunos fueron obtenidos de las compilaciones tipo “sermones varios”, como el caso de las obras de Pedro del Espíritu Santo y Andrés de Arce y Miranda.

Como puede apreciarse, es preciso mencionar que, a diferencia de la cuantiosa producción sermocinal dirigida a la virgen María en sus diversas advocaciones,³⁰ las piezas oratorias josefinas son menos acuciosas. En el relevante trabajo de Carrillo Ojeda, *Bibliografía mexicana sobre San José*, donde repasó obras bibliográficas trascendentales sobre la literatura novohispana y propiamente josefina, se contabilizan tan sólo 45 sermones (**Anexo I**).³¹ Jesús María Palomares Ibáñez³² ubica 36 sermones josefinos.³³ Nuestra recolección es más afín con el registro de Carlos Herrejón Peredo, quien enlista 22 sermones.³⁴ Por ende, más que convertir nuestro presente estudio en una exhaustiva búsqueda de todos los sermones josefinos impresos, preferimos considerar los colectados

³⁰ Baste revisar los datos aportados por Carlos Herrejón Peredo: se imprimieron casi 100 piezas oratorias dedicadas a la Virgen de Guadalupe y 66 para la advocación de la Inmaculada, bastión devocional de la monarquía hispánica. Ante esta magnitud, no queda más que conceder que los sermones josefinos de Nueva España son una proporción modestísima en comparación con los consagrados a su consorte. Véase Carlos Herrejón Peredo, *Del sermón al discurso cívico...*, pp. 476-479; Alicia Mayer, *Flor de primavera mexicana...*, 2010.

³¹ Tomando en cuenta únicamente los sermones que hablan *ex profeso* del santo, ya que Carrillo Ojeda añadió en su conteo temas como los Desposorios. Cabe recalcar que, en la sumatoria de sermones rastreados, el padre Carrillo consideró los manuscritos de Eguiara y Eguren conservados en el Fondo Reservado de la UNAM, los cuales contienen 11 sermones sobre el Santo Patriarca. Al respecto, véase Ana Castaño, "Un sermón de Juan José de Eguiara y Eguren...", pp. 95-117.

³² Como dato relevante, según Palomares Ibáñez: "A la imprenta mexicana corresponde el honor de haber impreso la primera obra josefina editada por las prensas de la América hispana. Por el momento, y mientras no se tenga noticias de otra anterior, debe atribuirse este privilegio a un estampado en México en 1632: *Officium in festo Desponsationis beatae Virginis Mariae cum Sancto Joseph*". Jesús María Palomares Ibáñez, "Aproximación al estudio de la literatura josefina de las principales imprentas hispanoamericanas (1600-1900)", en *Revista de Estudios Josefinos*, año XXVIII, núm. 55, Valladolid, Centro Español de investigaciones Josefinas, 1974, p. 55.

³³ Resulta perentorio aclarar que, desgraciadamente, muchos de los sermones contabilizados por Carrillo Ojeda y Palomares Ibáñez, no nos fue posible consultarlos, sea porque no pudimos localizarlos, o porque, simple y sencillamente, no se conservan ejemplares. Los conteos de estos dos autores, por ende, son de mayor número porque no necesariamente tuvieron contacto con los documentos. O también pudieron suceder algunos errores de clasificación, como es el caso del "panegírico" de Pedro Manuel Gama, impreso en 1716 por los herederos de Carrascoso, tomado en cuenta por Palomares Ibáñez. En realidad, este texto es una pieza poética. "Panegírico" retoma la acepción de "alabanza" y no del género literario, sinónimo de "sermón". Véase, Palomares Ibáñez, "Aproximación al estudio...", pp. 60-63; José Mariano Beristáin y Souza, *Biblioteca hispanoamericana septentrional*, tomo II, México, Oficina de don Alejandro Valdés, 1819, p. 11; Alfonso Méndez Plancarte, *Poetas novohispanos. Segundo siglo (1621-1721)*, México, UNAM, 1994, pp. LXXXI y 249-253.

³⁴ Carlos Herrejón Peredo, *Del sermón al discurso cívico...*, pp. 485-486.

como un conjunto representativo, retomando la cuestión de homogeneidad explicada con antelación.

Los sermones novohispanos que llegaron a imprimirse, tuvieron dos puntos neurálgicos de predicación: la ciudad de México y Puebla de los Ángeles; a los cuales debemos sumar un par de discretos colaboradores de la oratoria josefina en los territorios de Guadalajara y Yucatán (**Anexo II**). Así, en la capital del virreinato, contamos con 21 sermones, 12 de ellos propios del siglo XVIII, uno para siglo XVII y ocho para el XIX. La urbe angelopolitana rezó 9 sermones, 6 en el siglo XVII y 3 en el XVIII. Por su parte, la selección de sermones españoles considera varios puntos de la Península, con el fin de tener un marco amplio sobre la percepción de nuestro santo: Sevilla, Valencia, Alcalá de Henares y Cádiz son las ciudades representadas, con siete sermones predicados en el siglo XVIII y dos en el XVII. Para corroborar la consonancia de las voces josefinas, sumado a los impresos, se decidió echar mano del manuscrito de José de San Miguel, resguardado por la Universidad de Granada. De participación discreta pero no por ello menos importante, los sermones impartidos en tierras filipinas, específicamente en la ciudad de Manila, suman tres: uno para el siglo XVII y dos para el XVIII.

Entonces, nuestro corpus global contempla 44 piezas oratorias con temática josefina.³⁵ Como se mencionó anteriormente, son 34 autores pero dos de ellos realizaron más de un sermón sobre san José. El carmelita Pedro del Espíritu Santo predicó en cuatro ocasiones las grandezas del Santo Patriarca ante la comunidad de sus correligionarias descalzas de Alcalá de Henares, y sus trabajos fueron reunidos en la obra *Sermones de Jesús*,

³⁵ Además del corpus original, fueron revisados otros cinco sermones de procedencia española, los cuales se consignarán en el apartado bibliográfico de “fuentes primarias”. A saber: Joseph de Barcia y Zambrana, “Sermón décimo tercio y sexto del patrocinio de señor san Joseph...”; Pedro de San Joseph, *El compadre de Cristo, padrino y protector del prelado...*; Raymundo Lumbier, “Sermón en la fiesta de san Ioseph...”; Salvador Faura de los Dolores, *Epitalamio panegírico que a los sagrados desposorios...*; Jerónimo Pardo, *Discursos evangélicos para las solemnidades principales de los santos*.

María y Joseph.³⁶ Mientras que Juan Francisco Domínguez, en el púlpito del Sagrario metropolitano, ensalzó en ocho ocasiones las bienaventuranzas de san José.³⁷

Descuella que de los 44 sermones a analizar, 26 pertenecen al siglo XVIII,³⁸ mientras que sólo 10 son del siglo XVII. Muy probablemente, la proliferación dieciochesca se relacione con el impulso ocasionado por el patrocinio carolino que examinaremos en el cuarto y último capítulo. Resulta evidente que, en la primera mitad del siglo XVIII, se decantó la oratoria josefina con mayor raudal, siendo para Nueva España las décadas de los 30's y 40's las más prolíficas, bajo la prelación del gaditano Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta. Cabe mencionar que justo esta propensión hacia la devoción josefina fungió de antesala a la álgida promoción que hiciera de ésta el arzobispo Manuel Rubio y Salinas, a partir del respaldo e incentivo al Corazón de san José, expresión pía ignaciana, inspirada por homología con el Sagrado Corazón de Jesús.³⁹

Sin más, acerquémonos a las honduras de las retóricas josefinas.

³⁶ Pedro del Espíritu Santo, *Sermones de Jesús, María y Joseph, a que se añaden otros de N.S.M. doctora mística Santa Teresa de Jesús, y de nuestro místico padre y doctor San Juan de la Cruz...*, Madrid, Imprenta de Blas de Villanueva, 1717.

³⁷ Juan Francisco Domínguez, *Bienaventuranzas del santísimo patriarca señor San Joseph...*, México, Oficina de don Mariano de Zúñiga y Ontiveros, 1805.

³⁸ No podemos descartar y, de hecho, es lo más probable, que las pláticas de Juan Francisco Domínguez se hayan realizado a lo largo del siglo XVIII -y hasta 1805 vieron la luz como un conjunto impreso-, en la larga travesía de sus más de cincuenta años como presbítero, según el dato inestimable que nos comparte Pedro Gómez de la Cortina, canónigo lectoral de la catedral metropolitana. Juan Francisco Domínguez, *Bienaventuranzas...*, p. I.

³⁹ Jorge Luis Merlo Solorio, "Palpitando fuerte y apasionado...", pp. 137-165.

Capítulo I

De ser ayo a señor de su casa

Denostación, transformación y alabanza de José a partir de los paradigmas patriarcales

El tríptico se abre ante nuestros ojos y nos transporta a las afueras de una Belén hecha de arquitectura fantástica (**fig. 1**). Somos testigos de la llegada de los entes alegóricos que representan las tres regiones del mundo hasta ese momento conocido, prestos para rendir pleitesía al soberano del universo, quien como *puer-senex* se muestra en pleno dominio de sus capacidades intelectivas, un hombre absoluto desde sus primeros momentos en la tierra.⁴⁰ La juvenil madre de eternos ojos cabizbajos posa ligeramente las manos en los muslos del recién nacido y funge como *sedes sapintae*;⁴¹ ella, templo y cuna del encarnado, por llevarlo en el vientre y mecerlo en sus brazos, aquí se torna en el sitial del rey que preside ante los delegados extranjeros. Desde el interior del pesebre desvencijado curiosean el Anticristo y su comitiva, convirtiendo la escena en una simbolización total de la percepción cristiana del devenir histórico. El Niño y su antítesis son las mojoneras del principio y el fin del proceso de redención. La acémila enmarcada entre el rey de mediana edad y la rama que soporta la techumbre, ejemplifica la razón de ser del Mesías: cumplir los vaticinios veterotestamentarios. Es pues la materialización de lo que pregonó Isaías a sus compatriotas: “Conoce el buey a su amo y el asno el pesebre de su dueño; Israel no conoce, mi pueblo no recapacita. ¡Ay gente pecadora, pueblo cargado de culpas, raza de malvados, hijos degenerados!”⁴²

⁴⁰ Mary Dzon, “Joseph and the Amazing Christ-Child of Late-Medieval Legend”, en Albrecht Classen (ed.) *Childhood in the Middle Ages and the Renaissance. The Results of a Paradigm Shift in the History of Mentality*, Alemania, Walter de Gruyter, 2005, pp. 146.

⁴¹ Stefan Fischer, *Jheronimus Bosch*, Colonia, Taschen, 2016, p. 40.

⁴² Is. 1, 3-4. *Buey y mula se coligaron con la representación del Nacimiento de Cristo, a partir de una exégesis al fragmento citado de Isaías y a la versión griega del libro de Habacuc. Véase, Luz María del Amo Horga, “La iconografía de la Navidad. I: Ciclo de la Navidad o Encarnación”, en Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla (coord.) *La Natividad: arte, religiosidad y tradiciones populares*, España, Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2009, p. 242.

Bobalicones de ropajes cenicientos, con rostros macilentos y gesticulaciones grotescas en comparación con la piel rosácea y la sobriedad de los principales del encuentro, trepan por los árboles, husmean entre las rendijas; presencian un suceso que escapa por completo a su comprensión. Son el pópulo judío que, en lontananza, se debate entre la guerra, la lujuria y la ignorancia; puestos a merced del caos, a través de una naturaleza insubordinada que los agobia y domina.⁴³ En segundo plano, en aquel panel que coprotagoniza san Pedro, patrono del devoto comitente, descubrimos al motivo de nuestras pesquisas (**fig. 1a**). Bajo un tejado de maderas derruidas, acompañado únicamente por un hacha y un jarrón negro, enseres de sus labores, José, el cual casi pasa por desapercibido, calienta los pañales del Niño. Sentado sobre un cesto, se distrae de sus quehaceres ante la llegada de los magos orientales, ofreciéndonos una expresión rayana en la oligofrenia. Solitario, ignorante y desconcertado. Así se delineó, tanto en el pincel como en las letras, el perfil anímico del viejo carpintero de Nazareth.

Con el paso del tiempo, de la mano de apologetas y nuevas expectativas sobre la familia, el mutismo y participación servil de José en el plan salvífico fueron despedazándose, así como el capullo de la crisálida muere y da vida a la mariposa. Pasó de la subordinación a la regencia, de la anonadación al señorío, de la irrelevancia a la indispensabilidad. Y el giro determinante fue aportado por el encumbramiento de los preceptos patriarcales. ¿Cómo es que el padre de Dios y el esposo de la madre inmaculada, valía tan poca cosa? El santo

⁴³ Palurdos campesinos y personajes terimórficos caracterizan las inventivas del Bosco. En el *Tríptico de la Adoración de los Magos*, los desórdenes mostrados en los planos traseros de los paneles, aluden al mundo sumido en torpezas morales, el cual requiere emancipación. Ejemplo de ello es el palomar donde pende una bandera con un cisne, hacia la que se dirige un hombre arreando una mula con un mono montado. Dicho palomar se ha interpretado como un burdel y el par de animales son metáforas visuales típicas de la lujuria. El panel derecho contiene una escena donde un hombre es atacado por osos y una mujer debe huir ante la amenaza de lobos. La asimilación de todos estos elementos son importantes, puesto que forman parte del universo simbólico al que pertenece el san José medieval; un conglomerado de decadencias y peligros que resaltan la trascendencia de Cristo y su madre como partes activas y determinantes en la redención del género humano. Por consiguiente, san José resulta una obsolescencia más en el campo de las imperfecciones. Cfr. *El Bosco en el Museo del Prado* (2019), curso en línea impartido por el Museo Nacional del Prado a través de la plataforma *Miríadax* [<https://miriadax.net/web/el-bosco-en-el-museo-del-prado-2-edicion->].

en tanto hechura,⁴⁴ tejido de intencionalidades y reflejos de su contexto, evidencia las directrices, imposiciones, resistencias y utopías de realidades sociales que, desde el púlpito y la cátedra, buscaban ser normadas mediante la imitación de modelos paradigmáticos. Así surgió un varón nuevo, moldeado con el barro de las idealizaciones: vigoroso, dominante, obedecido y venerable. Un José hecho a imagen y semejanza de los hombres, o al menos de sus expectativas.

Quisimos iniciar esta investigación con el acercamiento al *Tríptico de la Adoración de los Magos*, obra de Hieronymus Bosch, para hacer ostensibles las coordenadas de la santidad josefina. En esta representación pictórica se demarca el lugar que ocupaba cada uno de los componentes de la sacra parentela, patentando los límites y características de José. Es decir, nuestro sujeto de estudio *siempre*, a lo largo de toda la historia del catolicismo, desde la época paleocristiana hasta nuestros días, ha sido comprendido a partir de su vínculo binomial con Cristo y María. Así pues, los altibajos de su percepción como santo tuvieron una relación intrínseca con los valores dados a su papel al interior de la familia nazarena. En la tabla bosquiana, José está escindido de la epifanía, colocado incluso en uno de los paneles laterales, en una caracterización francamente denostativa. Descuella que a menos de cuarenta años de la realización de la obra, ya en suelo americano, se erigió la capilla y el taller de San José de los Naturales en la capital del virreinato novohispano, bajo iniciativa de fray Pedro de Gante.⁴⁵ Es decir, quienes introdujeron la devoción

⁴⁴ Acorde con la “hechura de santo” propuesta por José Luis Sánchez Lora, la cual “implica una triple afirmación: que el santo es un producto, una construcción, casi diríamos una manufactura que, como tal, presenta una forma o estética que responde a un proceso de elaboración técnica”. Si bien, el autor aplica el concepto particularmente a la confección de hagiografías, sin duda, oratoria, teatro e imágenes sacras son copartícipes en la construcción de una santidad, misma que refleja las intenciones y expectativas de las sociedades, grupos o sujetos que la erigen, ya que se trata de un “discurso teológico encarnado”. Véase, José Luis Sánchez Lora, “Hechura de santo: procesos y hagiografías”, en Carlos Alberto González Sánchez y Enriqueta Vila Vilar (comp.) *Grafías del imaginario. Representaciones culturales en España y América (siglos XVI-XVIII)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 336, 338 y 343-344.

⁴⁵ Por consenso académico, se designa a 1527 como el año de construcción de la capilla. Véase, Carlos Fernando López de la Torre, “El trabajo misional de fray Pedro de Gante en los inicios de la Nueva España”, en *Fronteras de la Historia*, vol. XXI, núm. 1, Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2016, pp. 97-100; Gloria Espinosa Spínola, *Arquitectura de la conversión y evangelización en la Nueva España durante el siglo XVI*, España, Universidad de Almería, 1999, pp.

fructificada en América tuvieron una visión josefina diametralmente opuesta a la medieval; tanto así que san José fue copartícipe del desarrollo de la Iglesia a lo largo de los tres siglos virreinales, en múltiples niveles y circunstancias.

Como los procesos socioculturales navegan por un flujo que traspasa los siglos y las periodizaciones históricas clásicas, para sopesar las herencias y singularidades del san José novohispano, compete a este primer capítulo evidenciar los orígenes de la apología josefina, cuyos cambios suscitados en la Baja Edad Media fueron determinantes en la progresiva glorificación del santo. Por ser nuestro interés toral, destacaremos cómo los aspectos adjudicados al orbe de lo masculino-patriarcal, reflejados en las idealizaciones y paradigmas de los beneficios y deberes de los hombres en tanto padres y esposos, tuvieron impacto en la renovación josefina o, más bien, sirvieron para resignificar su figura a través de nuevas reflexiones teológicas.

I.- La ambigüedad josefina: entre elogios y soslayos

1. Conflictos y resoluciones dispares sobre el papel de José en su interrelación con María y Jesús

La Biblia es en extremo exigua en torno a información específica sobre los personajes del Nuevo Testamento. Si para comprobar la historicidad de Jesús hay serias complicaciones,⁴⁶ aun siendo la figura central de la religión cristiana, para el resto de los protagonistas de los

141-142; Jonathan Granados Redonda, *Los artistas indígenas en el taller de San José de los Naturales durante el siglo XVI*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesina de licenciatura en Historia, 2015, pp. 20-22 y 28-33.

⁴⁶ Véase, John P. Meier, *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. Tomo I: Las raíces del problema y de la persona*, Navarra, Editorial Verbo Divino, 2001, pp. 48-182; Fernando Bermejo Rubio, *La invención de Jesús de Nazaret. Historia, ficción, historiografía*, España, Siglo XXI, 2018, pp. 17-116; Michel Onfray, "La invención de una civilización", en *Decadencia. Vida y muerte del judeocristianismo*, Buenos Aires, Paidós, 2018, pp. 41-116.

cuatro evangelios el problema es mayúsculo. Las menciones sobre José son bastante escuetas; más cuando se trata de cuestiones alusivas a su carácter y toma de decisiones. En los evangelios de Mateo y Lucas, él funge como un ejecutante: recibe órdenes y las lleva a cabo, aunque con sus respectivas reticencias al desconocer las razones del embarazo milagroso de María. Fueron dos características las que extrajeron o interpretaron los exégetas a partir de los escuetos datos bíblicos: José fue virtuoso por silente y justo.⁴⁷

Recordemos que, según la tradición hebraica arraigada en el Antiguo Testamento, el mesías esperado debía provenir del linaje davídico. Por ende, a manera de constatación, los evangelios de Lucas y Mateo ofrecen la genealogía de Cristo. En ambos casos, las ramificaciones son patrilineales. Los descendientes de Jesús se consignan desde Adán y Abraham, respectivamente, y desembocan en José. Si bien, esto nos haría pensar que nuestro personaje, de facto, tendría un papel preponderante en la historia de la salvación, fueron otros los caminos optados por la Iglesia incipiente. Dar acreditación a José, acarrearía una dificultad significativa para la afirmación de la idea de la unión hipostática de Cristo y su gestación a través de la intervención del Espíritu Santo, ya que María fue *siempre virgen*, por dogma afianzado desde el Concilio de Letrán.⁴⁸ Durante siglos convulsos para la Iglesia, de rebatingas doctrinales y descalificación de las visiones contrapuestas vueltas herejías, José tuvo un trato fluctuante. La defensa de la virginidad perenne de María y la encarnación de Jesús sin necesidad de ayuntamiento carnal, se edificaron desde varios enfoques, pero todos tendientes a un mismo objetivo: anular la sexualidad de José, ya que resultaba nociva para aquello que se pretendía dogmatizar.

⁴⁷ Jorge Luis Merlo Solorio, *San José en Nueva España. La devoción josefina a través de la producción artística y literaria de los criollos novohispanos (siglos XVI-XVIII)*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, tesis de licenciatura en Etnohistoria, 2013, pp. 12-13.

⁴⁸ Antonio Royo Marín, *La Virgen María. Teología y espiritualidad marianas*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1968, pp. 84-89. *Para ahondar más sobre la trascendencia de la virginidad en la cultura cristiana, en especial, en lo concerniente a la virgen María, véase Peter Brown, *El cuerpo y la sociedad. Los cristianos y la renuencia sexual*, España, Muchnik Editores S.A., 1993, pp. 459-489; Uta Ranke-Heinemann, *Eunucos por el reino de los cielos. Iglesia católica y sexualidad*, Madrid, Trotta, 2005, pp. 29-61.

Así pues, los Padres de la Iglesia se dieron a la tarea de interpretar las sucintas palabras de las sagradas escrituras referentes a José, otorgándole una suerte un tanto dispar, la cual, *grosso modo*, se debatió entre dos incógnitas primordiales: 1.- ¿José fue custodio o marido de María?; 2.- por derivación, ¿José fue preceptor, padre adoptivo o padre legítimo de Jesús? Ubicar a José entre la ambigüedad y el relego a una categoría secundaria fue la luenga consecuencia procedente de las respuestas y posicionamientos dados a estas incertidumbres, por parte de una Iglesia multivalente que buscaba legitimación y consolidar su ortodoxia ante los embates de las visiones antagónicas.⁴⁹ Proceso para nada unilateral o propio de una irrigación proveniente de una cúpula intelectual homogénea y el acatamiento de feligresías estáticas.⁵⁰ Polifacéticas elucidaciones, reticencias y gustos individuales, empatías o celos colectivos, usos y apropiaciones del capital simbólico manifestado a través de la praxis religiosa (entiéndase la puesta en práctica de una devoción por parte del creyente), y el trasvase de las abstracciones teológicas al ámbito de la concreción material (entiéndase, teatro, pintura, escultura, arquitectura, etc.); fueron determinantes en el blanquinegro porvenir de la figura josefina.

El punto cardinal de la patrística radicaba en la cimentación doctrinal desde la apologética. Por consiguiente, la adjetivación de José como hombre justo se alineó al hecho de no haber repudiado a su mujer ante el supuesto adulterio cometido, convirtiéndose en el centro de las cavilaciones teologales como testimonio fidedigno de la virtud josefina. Por ejemplo, san Juan Crisóstomo, en su homilía cuarta dedicada al evangelio mateano, considera las acciones justas de José como los ejes de su santidad incontrovertible: “este

⁴⁹ Véase Alain Corbin (dir.), *Historia del cristianismo*, España, Ariel, 2013, pp. 57-82.

⁵⁰ Sobre todo, para el motivo que nos atañe en este capítulo, piénsese en aquello denominado por Peter Brown como *microcristiandades*. A decir del autor, a lo largo de la Alta Edad Media se gestó un mosaico de experiencias religiosas anidadas en regiones replegadas en sí mismas, dando como resultado versiones devocionales locales, de carácter microcósmico, en tanto su relación con el macrocosmos del cristianismo universal. Efecto de ello fue el desarrollo de tradiciones locales vívidas hasta el fin del Medioevo. En el caso josefino se verá reflejada esta pluralidad pues cada localidad hizo eco propio del pensamiento teológico global. Mismo personaje, distintas asimilaciones. Peter Brown, *El primer milenio de la cristiandad occidental*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 189-190.

hombre humano y generoso estaba de tal modo exento de bajas pasiones, que no quiso entregar a la Virgen al castigo, a pesar de las apariencias inequívocas, y ¿piensas tú que hubiera quebrantado la ley bajo el impulso de una pasión libidinosa?”⁵¹ En solución contrastante, san Epifanio de Salamina arguyó que el carpintero nazareno no causaba conflicto puesto que, al contar con ochenta años al desposarse con María, prácticamente era impotente. Además, por su cualidad de justo, mantuvo un categórico respeto ante la inviolabilidad del cuerpo mariano: “(José) ni se hubiera atrevido a tener relaciones maritales (con María), después de tan maravillosa intervención de Dios en ella cuyo seno había merecido concebir a aquel a quien el cielo y la tierra no pueden contener”.⁵² Castidad y continencia eran aspiraciones josefinas en sintonía con las marianas, haciéndole acreedor a la veneración. Según san Basilio, José sabía y entendía las causas del misterio de la encarnación, pero se dispuso a abandonar a la Virgen en secreto “al creerse completamente indigno de ser llamado marido de tal mujer”; razonamiento caro a los panegíricos de la época moderna, el cual comparte con otros pensadores como Eusebio de Cesárea.⁵³ En su discordia con Helvidio, san Jerónimo delibera que José fue virgen por María “para que de este matrimonio virginal naciera el hijo virgen”. Nuestro sujeto de estudio careció de las torpezas de la fornicación antes, durante y después del matrimonio, siendo para María “custodio más bien que marido”.⁵⁴ Al respecto, dijo Orígenes: “Jesús no se manchó en su madre, pero tampoco en su padre, pues José nada puso en su generación fuera de sus servicios y amor de padre”.⁵⁵

Como puede notarse en las palabras de san Jerónimo, así como se profundizó en el rol josefino frente a María, también hubo que tratar sobre su correlación con el Niño. Era

⁵¹ Hermenegildo Ramírez, *La santidad de san José en los SS. Padres*, México, s/f, manuscrito del Centro de Investigación y Estudio sobre San José en México, p. 3.

⁵² Hermenegildo Ramírez, *La santidad de san José en los SS. Padres...*, p. 6.

⁵³ Aunque autores como san Justino y san Ireneo asumen que el repudio josefino provino al creer que María había concebido por relacionarse con otro hombre, cambiando de parecer ante la revelación del ángel, destacando pues su obediencia ante los designios divinos. Hermenegildo Ramírez, *La santidad de san José en los SS. Padres...*, pp. 8 y 11-14.

⁵⁴ José Antonio Carrasco Sierra, *Matrimonio y paternidad de San José*, Valladolid, Ediciones Centro Josefino Español, 1999, p. 84.

⁵⁵ Hermenegildo Ramírez, *La santidad de san José en los SS. Padres...*, p. 14.

necesario sustentar que la hipóstasis crística (ser hombre y dios en una misma esencia) no implicó la participación de una simiente masculina, es decir, que la parte carnal le provino solamente de su madre. Ejemplo de las oposiciones al preñado milagroso, quizá el más representativo, es el esgrimido por Celso, cuyas ideas fueron refutadas por Orígenes. El filósofo, en una diatriba mordaz hacia el cristianismo, afirma que Jesús era producto de la cópula entre María, “mujer lugareña y mísera”, y un legionario romano llamado Pantera; simple y sencillamente, a Celso le parecía insostenible que un dios tuviese una ralea tan baja, basándose en los modelos ínclitos del panteón grecolatino.⁵⁶ Dentro de la querrela, José, como esposo de la Virgen, también obstaculizaba la proposición de la gestación impoluta. Los ebionitas de la época apostólica, así como los gnósticos Carpócrates y Cerinto, cuyos preceptos fueron desestimados por san Irineo, argumentaban que Cristo fue un hombre común, a excepción de poseer cualidades superiores de “justicia, poder y sabiduría”. La procreación virginal les resultaba inverosímil, por lo tanto, concebían a José como el padre natural del Mesías.⁵⁷

Frente a este asunto peliagudo urgía dilucidar cuál era entonces la especificidad de la paternidad josefina. Otros pasajes quisquillosos entraron en la arena del debate, como aquel que relata el descubrimiento de Jesús predicando en el templo. María externa su preocupación y le recrimina al adolescente: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados”.⁵⁸ La Virgen avala a José como padre de Jesús y le da primacía. Será san Agustín quien acredite la veracidad dual de José como consorte y padre sin unión carnal, basándose en la equidistancia de virtudes y proezas entre José y María: “Así como ella es consorte sin unión carnal, así él es marido en idéntica forma; y así como ella es madre sin acto conyugal, así de la misma manera él es padre también sin acto conyugal. Así, pues, el que pretende que no se le debe dar a José el nombre de padre porque

⁵⁶ Celso, *El discurso verdadero contra los cristianos*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, pp. 35 y 69-70; Orígenes, *Contra Celso*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1967, pp. 64, 68 y 105.

⁵⁷ José Antonio Carrasco Sierra, *Matrimonio y paternidad de San José...*, pp. 53-56; Johannes Quasten, *Patrología I. Hasta el Concilio de Nicea*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1968, p. 263.

⁵⁸ Lc 2, 48.

no ha engendrado al hijo, señal es que en la generación de los hijos busca la satisfacción de la concupiscencia, que no el afecto del amor puro”.⁵⁹ Igualdad de circunstancias entre esposos que, no obstante, estuvieron regidas por las valencias de género propias de la cultura patriarcal, en las cuales el cristianismo está fuertemente cimentado como producto y propalador simultáneo de las mismas.

Opiniones como la vertida por el tagastiano tuvieron resonancia constante en las reflexiones teologales hasta bien entrado el siglo XVIII. Verbigracia, en el comentario al versículo lucano antes citado, san Agustín afirma lo siguiente: “Debemos admitir, hermanos, porque atañe principalmente al trato y disciplina de las mujeres, nuestras hermanas, la santa modestia de la virgen María (...) Mereció parir al Hijo del Altísimo pero fue humildísima: no se antepuso al marido y prefirió ponerle delante de sí misma diciendo: *tu padre y yo*. No hizo caso de la dignidad de su vientre, atendió al orden conyugal (...) Dijo *tu padre y yo* pues el varón es la cabeza de la mujer. ¡Con menos razón el resto de las mujeres no deben gloriarse!”⁶⁰

Otra vía argumentativa de la paternidad josefina fue aquella donde se le dio validez por sus funciones como proveedor y guardián de su familia. Por ejemplo, san Cirilo de Jerusalén armoniza perfectamente con un proverbio hoy en plenitud: *no es padre el que engendra sino el que cría*. Así como María fue madre de san Juan por consigna dada a los pies de la cruz, en razón del amor y no de la generación, san José fue padre por la educación y sustento del Niño.⁶¹ A su vez, san Efrén tejó una meliflua comunión de los amores hogareños entre Jesús y José, ingenio que se nutrió a lo largo de los siglos como uno de los baluartes máximos del vínculo entre estos dos personajes.⁶² Es así como el teólogo loa los agasajos josefinos en la cohabitación nazarena:

⁵⁹ Hermenegildo Ramírez, *La santidad de san José en los SS. Padres...*, p. 29.

⁶⁰ José Antonio Carrasco Sierra, *Matrimonio y paternidad de San José...*, pp. 89.

⁶¹ Hermenegildo Ramírez, *La santidad de san José en los SS. Padres...*, p. 17.

⁶² Por citar un ejemplo de la larga duración de este tópico, piénsese en la obra josefina del carmelita Jerónimo Gracián, publicada por primera vez en 1597, quien dedica un capítulo a desmenuzar en imágenes de profuso embelesamiento, el íntimo vínculo entre padre e hijo. Por supuesto, esta cercanía afectuosa también repercutió en los linderos del arte. Véase Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, “Del soberano amor que hubo entre Joseph y Jesús. Tócanse los principios, raíces y efectos

José, después de haber cubierto de besos y ternuras al Hijo de Dios que se le manifestaba como tierno niño, le prodigaba sus paternales servicios, pues sabía que ese niño era Dios. Se daba a sí mismo la enhorabuena por el grande bien que tenía ante sus ojos y con sumo respeto veneraba en él al justo que observaba todas sus acciones, quedando como arrobado entre estos dos sentimientos (felicidad y adoración). ¿Y quién, se decía, me creará digno de tanto honor, de tener como hijo mío al que es hijo del Altísimo? (...) ¡Dichoso tú, oh José justo!, porque en la intimidad de tu hogar fue creciendo aquel que se hizo niño pequeñito, conformándose a tu persona y ejemplos; habitó en tu casa mientras, al mismo tiempo, vivía en el seno de su Padre. ¡Oh, dichosos nombres que Jesús tomó por amor!: hijo de David e hijo de José, siendo hijo del Padre.⁶³

Las evidencias hasta ahora vertidas denotan una apreciación afable sobre san José. Pero si sólo las tomásemos a éstas en cuenta, nos estaríamos perdiendo del panorama completo, dificultándose la explicación del porqué de tantos siglos de omisión josefina dentro del universo cultural del cristianismo. Además, para aquello que nos atañe, resulta trascendental escudriñar las diferentes facetas y evaluaciones por donde cruzó el pensamiento josefino, ya que convergirán resignificadas en los momentos cúlmenes de la devoción a san José en la época moderna, a través de ideas e imaginarios compartidos a lo largo y ancho de la monarquía hispánica. Justo en ese momento fue cuando se condensaron todas las opiniones fabricadas en el Medioevo sobre su labor como marido y padre, convirtiéndose en una argamasa que, en los siglos XVII y XVIII, sólo permitirá vítores grandilocuentes. Demos paso a las voces perjudiciales para el carpintero nazareno.

del amor y las causas por donde subió San Joseph a la cumbre del amor familiar, fervoroso, tierno, fuerte y apreciativo”, en *Sumario de las excelencias del glorioso San Joseph, esposo de la virgen María*, Barcelona, Casa de Honofre Anglada, 1605, pp. 84-98; Sandra de Arriba Cantero, “José y Jesús: ternura paterno-filial en la iconografía josefina del barroco español”, en *Revista de Estudios Josefinos*, año LXVIII, núm. 136, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 2014, pp. 153-190; Gabriela Sánchez Reyes, “Su oficio fue criarlo...”, pp. 319-341.

⁶³ Hermenegildo Ramírez, *La santidad de san José en los SS. Padres...*, pp. 16-17.

1.1 La minusvalía de José. Condicionamientos de su caracterización funesta

Quizá el testimonio más fidedigno del relego de José a la esfera del confinamiento sea la carencia de una celebración oficial propia como parte del santoral canónico. Será hasta el siglo XV, en 1479 para ser precisos, que a raíz del empuje propinado por figuras como Jean Gerson, Johannes Trithemius y Pierre d'Ailly, se logró la instauración de la fiesta josefina para los días 19 de marzo y su consignación en el Breviario romano, por aprobación del entonces papa, Sixto IV. Sin embargo, hubo que esperar hasta 1621 para que Gregorio XV otorgara la oficialización definitiva y extensible a toda la Iglesia universal.⁶⁴ En consonancia, no causará extrañeza que, antes del siglo XV, no existan representaciones artísticas de José individuado con la vara de almendro florido como distintivo típico.⁶⁵ Si bien, la Iglesia oriental le dio cabida a nuestro personaje, tal y como lo evidencia una documentación litúrgica dispersa y el único apócrifo dedicado exprofeso a su persona, la *Historia de José el carpintero*, su presencia en el ámbito devocional es parca y difusa. Pero, sin duda, el corolario de este prolongado desinterés en José son sus epítetos. Antes de las fechas citadas, algunos de los adjetivos más favorecedores para el carpintero eran “bendito”, “bienaventurado”, “esposo de María”, “padre nutricio de Cristo” o “confesor”, pero nunca “san” o “santo”.⁶⁶ Así, en este contexto, nombrarlo *san José* es un franco anacronismo.

A causa de este tardío reconocimiento era imposible una noción triádica en términos de equidistancia entre Jesús, María y José. Por consiguiente, en la religiosidad medieval no existió como tal el concepto de “Sagrada Familia”. Como bien apunta Monique Weis, ni siquiera en los decretos conciliares de Trento se hicieron alusiones a la familia nazarena como un conjunto que ofreciese un ideal de vida común, solidaridad mutua y

⁶⁴ Carolyn C. Wilson, *St. Joseph in Italian Renaissance, Society and Art. New directions and interpretations*, Philadelphia, Saint Joseph's University Press, 2001, p. 8.

⁶⁵ Paul Payan, “Ridicule ? L'image ambiguë de saint Joseph à la fin du Moyen Âge”, en *Médiévales*, núm. 39, Francia, Presses Universitaires de Vincennes, 2000, p. 101.

⁶⁶ Manuel Garrido Bonaño, “San José en los calendarios y martirologios hasta el siglo XV inclusive”, en *Revista de Estudios Josefinos: San José en los XV primeros siglos de la Iglesia*, año XXV, núm. 49-50, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1971, pp. 600-646.

reconocimiento social. De hecho, ante el desbalance ocasionado por el José renqueante, desde tiempos paleocristianos, san Juan Bautista o, más adelante, los padres de la Virgen, tuvieron mayor peso en la conformación de un prototipo de parentela sacra. Esta realidad es evidente en diversos testimonios pictóricos, entre ellos, el tipo iconográfico del Árbol de Jesé. Como esquematización gráfica del linaje crístico consignado en la Biblia, en esencia, el ramaje debía rematar con José como flor y Jesús cual retoño. No obstante, María ocupó el lugar del carpintero como emisor del linaje davídico.⁶⁷ La *Sagrada Familia* pues, tal y como la conocemos actualmente, es una creación de la teología decimonónica.⁶⁸

Prácticamente, a razón de la perspectiva desfavorecedora, José no tuvo una devoción propiamente dicha a lo largo de toda la Edad Media. Si bien, hubo pretensiones de emplearlo en la espiritualidad franciscana como ejemplo de humildad, obediencia y pobreza -sobre todo para la clerecía-, no persiguieron la intención de promover su culto litúrgico.⁶⁹ Sin embargo, se han considerado algunas esculturas marfileñas del siglo XIII como pruebas de una incipiente devoción josefina, en especial, por el motivo donde José carga al divino infante, entendido como nexa con las leyendas sobre las reliquias de los pañales del Niño Dios, resguardadas hasta el día de hoy en la catedral de Aquisgrán.⁷⁰

⁶⁷ Annik Lavaure, *L'Image de Joseph au Moyen Age*, Francia, Presses Universitaires de Rennes, 2013, pp. 99-106. *La tradición judaica marca que la herencia davídica provenía patrilinealmente, por ello, las genealogías de Lucas y Mateo consignan a José como antecesor y padre legal de Jesús. En la Baja Edad Media, tal era la invalidez josefina y aún problemática su presencia en términos de filiación, que fueron realizadas exégesis donde se argumentaba que la cualidad mesiánica de Cristo le provenía de María. Lo anterior se ve reflejado en las representaciones del Árbol de Jesé, tipo iconográfico que cayó en desuso cuando inició la boyante exaltación josefina, o tuvo reestructuraciones donde José corona el árbol metafórico, como en el célebre retablo de la iglesia franciscana de Oporto, Portugal. Véase Gabriel María Verd Conradi, "Jesús Bar-José Bar-David", en *Revista de Estudios Josefinos*, año L, núm. 100, Valladolid, Centro Español de investigaciones Josefinas, 1996, pp. 315-325.

⁶⁸ Monique Weis, "La "Sainte Famille" inexistante? Le mariage selon le concile de Trente (1563) et à l'époque des Réformes", en *La Sainte Famille. Sexualité, filiation et parentalité dans l'Eglise catholique*, Bélgica, Université de Bruxelles, 2017, pp. 31-40; Emile Mâle, *El arte religioso de la Contrarreforma*, Madrid, Encuentro, 2001, pp. 279-312; Jorge Luis Merlo Solorio, "La Deesis novohispana...", pp. 541-543.

⁶⁹ Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité dans l'Occident médiéval*, Paris, Aubier, 2006, pp. 73-88.

⁷⁰ Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art, c.1300-1550*, pp. 42-45.

Según múltiples informaciones ancladas en crónicas, villancicos, obras teatrales, pinturas, grabados y recuerdos de peregrinaje, para elaborar dichos pañales se usó como materia prima el denominado *Hosen*, es decir, los pantalones, calcetines, botas o medias de José, de las cuáles se desprendió para cubrir al recién nacido; pañales que el carpintero lava y calienta en otras imágenes. Obviamente, el proceder del *Hosen* fue representado en las natividades. Por ejemplo, tanto la obra de Hans Multscher (**fig. 2**) como el panel del Político de Felipe el Temerario (**fig. 3**), escenifican el momento cuando José se quitó la prenda para confeccionar los pañales. Aunque, respectivamente, no podemos dejar escapar la certísima irritabilidad que le genera la tarea o el abatimiento que lo abruma por su miseria atroz.

Ante la hipótesis de la devoción josefina incipiente, debemos plantear una objeción pertinente. Todo parece indicar que desde tiempos pretéritos se reconoció que el *Hosen*, en origen, era un atavío propiedad de José, pero esto no significa que fuese venerado por ello.⁷¹ A nuestro parecer, acorde con las fuentes, las reliquias son tales por su contacto con Jesús, es decir, reliquias cristológicas de segundo grado. De hecho, a la *Marienschrein*, baúl áureo del siglo XIII en forma de basílica donde se guarecen los pañales de Jesús, su cendal pasionario, el camisón de María y la tela donde fue envuelta la cabeza del Bautista tras su decapitación; la decoran en sus paredes laterales relieves de los doce apóstoles, Cristo, María con el Niño, el papa León XIII y Carlomagno, mientras que en su tapa-techumbre lucen episodios de la vida del Mesías.⁷² No hay ninguna representación de José. ¿Por qué el exilio cultural generalizado? ¿Acaso hubo causas premeditadas, mero desinterés o irrelevancia?

⁷¹ El origen de los pañales varía según las versiones, seguramente, por la minusvalía josefina y el favorecimiento del vínculo entre Cristo y su madre. Por ejemplo, en algunos relatos se menciona que María, anticipadamente, había preparado y llevado consigo los pañales a Belén. Véase Josef de Coo, "In Josephs Hosen Jhesus ghewonden wert", en *Aachener Kunstblätter*, vol. 30, Alemania, Museumverein Aachen, 1965, pp. 144-184; Josef de Coo, "Das Josefshosen-Motiv im Weihnachtslied und in der bildenden Kunst", en *Jahrbuch für Volksliedforschung*, año 11, Alemania, Zentrum für Populäre Kultur und Musik, 1966, pp. 58-89.

⁷² <https://alchetron.com/Marienschrein> (Consultado el 17 de octubre de 2019)

1.2 Saberes de los evangelios apócrifos como pauta del vilipendio josefino

Páginas atrás reiteramos que José tendía a entorpecer el abrillantamiento y sacralidad adosados a los pilares del cristianismo, Cristo y la Virgen, ya que ponía en tela de juicio la virginidad mariana y la encarnación del Verbo humanado.⁷³ Pero, finalmente, él formaba parte del relato convenido en los evangelios sinópticos y, por ende, era perentorio delinear su injerencia en la puesta en escena del plan salvífico. No obstante, como hemos dicho, a nivel narrativo, el Nuevo Testamento es frugal respecto a las noticias que ofrece sobre los protagonistas de su historia. Aquí cobran relevancia los denominados *apócrifos neotestamentarios*.

Se nombran como textos apócrifos a todos aquellos que no fueron incluidos dentro del canon de las sagradas escrituras, los cuales, según la Iglesia católica, están desprovistos de inspiración divina y, por derivación, de sacralidad.⁷⁴ Para la tradición cristiana son sumamente significativos pues se dieron a la tarea de rellenar todos los huecos informativos sobre la vida de Cristo en sus aspectos más cotidianos y terrenales, dándole configuración sincrónica a lo correspondiente a sus padres. Tanto así que, en números porcentuales, este corpus aportó el 99% de la *ontología josefina*: edad, temperamento, voz y sentires, razón de ser y funciones, etc.

La prosperidad y enraizamiento del perfil josefino acorde con los apócrifos fue secuela de una cultura religiosa medieval que, al no ser popularmente letrada, germinó mediante la transmisión de su conocimiento bajo las sendas de la oralidad y la imagen. Lo que se *veía* y *oía* sobre el santo, trascendía con halo de veracidad a fuerza de repetición, fortaleciéndose a través de su conjugación con lo dicho en la letra escrita. En José se entremezclaban los encomios de la patrística con lo postulado en los apócrifos, generando

⁷³ Desavenencia que tuvo varios frentes de batalla. Véase Rodrigo Laham Cohen, "El sexo como estigma: María y Jesús en la literatura judía tardoantigua", en *Anales de Filología Clásica*, vol. 2, núm. 31, Argentina, Universidad de Buenos Aires, 2018, pp. 55-64.

⁷⁴ Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2003, p. 1.

lo que hemos denominado como *graduación sacra del personaje*: según el caso específico, documento o manifestación cultural, la estimación josefina tenía una connotación fluctuante.⁷⁵ A base de préstamos, el talante de José se estimaba más o menos importante. Por ejemplo, todos convenían en su vejez, pero la ancianidad podía expresar impericia risible o dignidad sapiencial. Es así que, en ocasiones, su colaboración es exultante, en otras, onerosa. El fruto de este vaivén fue un José ambiguo, manufacturado con retazos variopintos que impedían su despunte y afianzamiento definitivo.⁷⁶

Miedo, inseguridad, nervios, melancolía y nula capacidad de mando caracterizan al José dibujado en los apócrifos. Su aparición se circunscribe a los denominados *apócrifos de la natividad* y los *apócrifos de la infancia*, relatos donde José tiene una participación dinámica, tanto en acción como en palabra; a grado tal que en el *Protoevangelio de Santiago* habla en primera persona, rasgo que permite denominar la segunda parte del escrito como *apócrifo de José*.⁷⁷ El antagonismo entre él y sus familiares es harto peculiar. José funge como contraparte y acento de la excelsitud y sabiduría de madre e hijo. Su matrimonio con María lo asume forzosamente; con Jesús predomina una densa tensión, pues el Niño, como prueba de su esencia deífica, no duda jamás en hacer alardes de omnipotencia e indomabilidad, a semejanza del dios veterotestamentario.⁷⁸ Será a través del *Protoevangelio de Santiago*, el más antiguo de los escritos alusivos al nacimiento de Jesús, que se delinee el perfil del carpintero.⁷⁹

⁷⁵ Jorge Luis Merlo Solorio, *San José en Nueva España...*, pp. 25-26.

⁷⁶ Cfr. Paul Payan, "Ridicule ? L'image ambiguë de saint Joseph..." pp. 96-111.

⁷⁷ Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, p. 123.

⁷⁸ Incorregibilidad y temperamento furibundo que harán decir lo siguiente a José, en el *Evangelio del Pseudo Mateo*, denotando su incapacidad para domeñar a su hijo putativo: "¿Y quién será capaz de gobernar y educar a este muchacho?" La irritabilidad crística y sus reacciones violentas bien podrían concatenarse desde estos casos de infancia reproducidos por los apócrifos, hasta las múltiples expresiones neotestamentarias como la expulsión de los mercaderes del templo, con látigo en mano y volcadura de mesas (Mt. 21, 12-17; Mc. 11, 15-19; Lc. 19, 45-48; Jn. 2, 13-22), o en los decires beligerantes como "No piensen que he venido a traer paz a la tierra. No vine a traer paz, sino la espada" (Mt. 10, 34), "Si uno escandaliza a uno de estos pequeños creyentes, más le valdría que le encajasen una piedra de molino en el cuello y lo arrojaran al mar" (Mc 9, 42). Véase Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, p. 222.

⁷⁹ Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, p. 120.

Dicho apócrifo conlleva un objetivo puntual: la defensa del honor mariano, es decir, el apuntalamiento de su virginidad excepcional y perenne. Por eso, el primer tercio del texto relata la historia de Joaquín y Ana y la gestación impoluta de María, prosiguiendo con algunos prodigios infantiles y el ingreso y permanencia de María en el templo hasta los doce años, edad en la que fue desposada con José. Dentro de la estrategia narrativa para alcanzar el objetivo proyectado, se sostienen tres aseveraciones que verifican la integridad mariana: antes del parto, María y José se sujetan a la prueba de las aguas amargas para demostrar su inocencia ante la presumible falta; durante el parto, Salomé, una de las parteras, osa poner en tela de juicio el milagro del nacimiento virginal, y al tratar de auscultar a María, le es carbonizada la mano; después del parto o dentro de la vida en común, los hermanos de Jesús, referidos tanto en los cuatro evangelios canónicos como en los apócrifos,⁸⁰ son producto de un primer matrimonio de José, por ende, el carpintero es representado como un anciano.⁸¹

La senectud josefina lo denota endeble y reticente a su destino. Sólo en la *Historia de José el carpintero* recibe un trato benevolente en boca del mismo Jesús quien lo llama “buen viejo” o “bendito anciano”;⁸² aunque el escrito también sigue la usanza de la viudez de José y los hijos procreados en su primer matrimonio.⁸³ Esta constitución josefina tuvo fuerte impacto y propagación en el occidente cristiano, gracias al *Evangelio del Pseudo Mateo*, introductor del *Protoevangelio de Santiago* vía traducción latina. Surcó en el tiempo por su emplazamiento en obras que digirieron sus contenidos, popularizándolos y dándoles cierta certificación de ortodoxia. Al respecto, podemos citar la *Leyenda Dorada* de Santiago de la Vorágine, influencia determinante para el rubro artístico y las prácticas de adoctrinamiento, por su cualidad de historia santa, rememorando *lo que fue y cómo*

⁸⁰ Hasta hoy en día, sigue debatiéndose la condición de los hermanos de Jesús, ya que pone en jaque al dogma de la virginidad perpetua de María. A grandes rasgos son tres las explicaciones contrapunteadas: proceden del primer matrimonio de José; son hijos de María y José, posteriores al alumbramiento extraordinario de Jesús; son primos o parientes lejanos de Jesús. Véase John P. Meier, *Un judío marginal...*, pp. 326-341.

⁸¹ Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, p. 125.

⁸² Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, pp. 338-339.

⁸³ Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, pp. 336-337.

sucedió.⁸⁴ Le harán resonancia obras como las *Revelaciones* de Santa Brígida⁸⁵ y, más adelante, la *Mística Ciudad de Dios* de sor María de Jesús de Ágreda,⁸⁶ las cuales, al forjarse con un cariz de develamiento místico, solidificaban lo transmitido con un broche apodíctico. Entendidas como relatos de primera mano, hechos comunicados directamente por sus protagonistas, adquirirían la autenticación de verosimilitud.

Aunque cabe subrayar que el sustrato de los apócrifos se reinventó, abrazando, y a su vez propiciando, una innovada veta en la percepción de José, iniciada en el siglo XII e intensificada paulatinamente hasta el ocaso de la Baja Edad Media.⁸⁷ Si bien hubo reticencias hacia las historias de los apócrifos, éstas fueron laxas o poco capaces de ejecutar una “expurgación” categórica, dándosele cabida a sus relatos como factibles para el desarrollo espiritual, justificados como añejo legado de la tradición. Así, ulteriormente, en los derroteros de la religiosidad postridentina, participaron bajo la modalidad de los *Flos Sanctorum*, como los de Alonso de Villegas y Pedro de Ribadeneyra,⁸⁸ o en trasuntos como la *Chronografía Sagrada* del franciscano Agustín de Vetancourt, cuya redacción se realizó extrayendo fragmentos de la obra de la concepcionista agredeña.⁸⁹ José pues, continuó

⁸⁴ Santiago de la Vorágine, *La leyenda dorada*, Madrid, Alianza, 2008.

⁸⁵ Obra rotunda para la elaboración de motivos y tipos iconográficos en torno a la Natividad, así como para la recreación del trato consuetudinario entre Cristo y sus padres. Véase Sandra de Arriba Cantero, “La imagen de San José en la Natividad: una evolución iconográfica”, en Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla (coord.) *La Natividad: arte, religiosidad y tradiciones populares*, España, Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2009, pp. 505-506; Charlene Villaseñor Black, *Creating the cult of St. Joseph...*, pp. 23 y 71-72; Paul Payan, “Ridicule ? L'image ambiguë de saint Joseph...”, p. 101.

⁸⁶ María de Jesús de Ágreda, *Mística ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia...*, Madrid, Imprenta de Bernardo de Villa-Diego, 1670.

⁸⁷ Cambio auspiciado en gran medida por las exégesis de Bernardo de Claraval, quien, por su proclividad mariológica, dejó de lado los saberes de los apócrifos para reivindicar a José. El abad cisterciense no pretendía guerrear contra una iconografía josefina inadecuada, pues era hostil a las representaciones de lo divino. Rescató a José no para hacerlo sujeto de veneración, sino para darle a María un compañero a su altura. Véase Annik Lavaure, *L'image de Joseph au Moyen Age*, pp. 33-38 y 109.

⁸⁸ Sandra de Arriba Cantero, *Arte e iconografía de san José en España*, p. 101; Alonso de Villegas, *Flos sanctorum e historia general de la vida y hecho de Jesucristo*, Toledo, Imprenta de la viuda de Juan Rodríguez, 1591; Pedro de Ribadeneyra, *Flos sanctorum o libro de la vida de los santos*, Madrid, Imprenta de Luis Sánchez, 1616.

⁸⁹ Agustín de Vetancourt, *Cronografía sagrada de la vida de Cristo nuestro redentor...*, México, Imprenta de María de Benavides, 1696.

siendo esencialmente “vástago de los apócrifos”, pero de unos apócrifos “depurados”, vistos con nuevos ojos y halagüeñas intenciones.

Para dilucidar qué fue aquello que se transformó, conozcamos brevemente la forma josefina proveniente de los mentados apócrifos. Según el *Protoevangelio*, a Zacarías, el sumo sacerdote del templo en el cual habitaba la Virgen, un ángel le indicó el *modus operandi* para la selección del consorte de María: cada viudo del pueblo debía presenciarse con una vara, en espera de un prodigio que evidenciase al afortunado. Una vez llevadas las varas al interior del templo, fueron entregadas nuevamente a sus dueños. De la última, la de José, brotó una paloma que sobrevoló sobre su cabeza. Contrario al júbilo, José de inmediato replicó: “Tengo hijos y soy viejo, mientras que ella es una niña; no quisiera ser objeto de risa por parte de los hijos de Israel”.⁹⁰ Bajo amenazas de venganza divina y a regañadientes, temeroso, José recibe en su casa a la pequeña María. Ya efectuada la encarnación, José se percató del embarazo milagroso y, en arrebató trágico, se lamentaba:

Entonces hirió su rostro y se echó en tierra sobre un saco y lloró amargamente, diciendo: “¿Con qué cara me voy a presentar yo ahora ante mi Señor? ¿Y qué oración haré yo por esta doncella? Porque la recibí virgen del templo del Señor y no he sabido guardarla. ¿Quién es el que me ha puesto insidias y ha cometido tal deshonestidad en mi casa, violando a una virgen? ¿Es que se ha repetido en mí la historia de Adán? Así como en el momento preciso en que él estaba glorificando a Dios, vino la serpiente, y al encontrar sola a Eva, la engañó, lo mismo me ha sucedido a mí”.⁹¹

Descubierta la preñez mariana, María y José son escrutados por el sumo sacerdote. Después de bien librar el “agua de la prueba del Señor”, brebaje para testear la fidelidad conyugal que, de no causar efectos nocivos, corroboraba la inocencia de la supuesta adúltera; la pareja pudo volver a casa.⁹² Acto seguido ocurre el edicto del emperador Augusto, quien

⁹⁰ Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, pp. 145-146.

⁹¹ Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, pp. 151-152.

⁹² Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, pp. 154-157. *El ritual descrito en el libro de Números (5, 11-31), también llamado como *prueba o ley de los celos*, consistía en un juicio hacia una mujer sospechosa de adulterio. Ésta debía “tomar agua bendita en un cacharro de loza” con

exige el censo de los betlemitas. Para hacer más notorio el desapego e inequidad entre los consortes dispares, se enuncian las renuencias josefinas: “Desde luego que a mis hijos sí los empadronaré, pero ¿qué voy a hacer de esta doncella? ¿Cómo voy a incluirla en el censo? ¿Como mi esposa? Me da vergüenza. ¿Como hija mía? ¡Pero si ya saben todos los hijos de Israel que no lo es! Este es el día del Señor, que Él haga según su beneplácito”.⁹³

El *Evangelio del Pseudo Mateo*, como émulo del *Protoevangelio*, narra los sucesos con estructura similar aunque con ligeras variaciones. Pero José seguirá siendo el mismo: esquivo y confundido, un cúmulo de angustias y recelos, lacrimoso y sufriente por una comisión mal asimilada, etc. Para constatar lo descrito, baste su reacción al ser elegido como cónyuge de la Virgen:

(En referencia a la vara más diminuta de las colocadas al interior del *sancta sanctorum*) La vara en cuestión pertenecía a José. Este estaba postergado por ser ya viejo y no había querido reclamar su vara por temor de verse obligado a hacerse cargo de la doncella (...) José se acercó lleno de temor, al verse tan bruscamente llamado por el sumo sacerdote (...) (Ya manifestada la nívea paloma desde el extremo de la vara) José empezó a suplicarles con toda reverencia y a decirles lleno de confusión: “Soy ya viejo y tengo hijos. ¿Por qué os empeñáis en que me haga cargo de esta jovencita?” (...) “No seré yo quien menosprecie la voluntad de Dios, sino que seré custodio de la joven hasta que aparezca claro el beneplácito divino sobre quién de mis hijos ha de tomarla por mujer (...)”⁹⁴

“ceniza del suelo del santuario” añadida. Tras la toma de juramento y la quema de una ofrenda en el altar, el sacerdote daba “a beber el agua a la mujer. Si ésta se ha manchado y ha sido infiel a su marido, al entrar en ella el agua amarga de la maldición, se le hinchará el vientre y se le aflojarán los muslos, y la mujer será maldita entre los suyos”. Algunas interpretaciones sugieren que la pócima era un abortivo, capaz de erradicar al embrión proveniente de la unión ilegítima y provocar una consecuente esterilidad. Véase Adriana Destro, “The Bitter Waters”, en *The Law of Jealousy: Anthropology of Sotah*, E.U.A., Brown Judaic Studies, 2020, pp. 1-24; Helen Kenik Mainelli, “Numbers”, en Dianne Bergant (ed.), *The Collegeville Bible Commentary. Based on the New American Bible. Old Testament*, Minnesota, The Liturgical Press, 1992, p. 156.

⁹³ Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, pp. 157-158.

⁹⁴ Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, pp. 192-193.

A diferencia del *Protoevangelio*, el *Evangelio del Pseudo Mateo* cuenta con descripciones de mayor profusión, yendo más allá de la persecución herodiana, episodio donde se detiene la narración santiaguina. Ergo, la segunda parte del evangelio pseudomateano se hermana con los *apócrifos de la infancia*, al registrar las peripecias del divino infante. Aquí asoman otros de los atributos internos de nuestro personaje. Confrontado ante un infante divino que se comporta como un asesino a sangre fría, inconforme a cualquier reproche y reaccionario ante la mínima discrepancia, José brega en una mar de aprietos. Sus clamores elevados al cielo despliegan a la perfección sus cuitas: “Señor y Dios mío, recibe mi alma, pues me es mejor ya morir que vivir”.⁹⁵

Cada vez que el Niño decidía aniquilar al incitador de su ira o era causa de entredichos en la comunidad, los reclamos eran dirigidos a José como cabeza de familia. No obstante, su autoridad ante el pequeño era ínfima, perfilándolo apocado e impotente. Así acontece en la historia inaugural de la segunda parte aludida. Jesús, de tan sólo tres años, jugaba en la vera del río Jordán junto con otros niños. Fabricó balsas y canales de barro, a cuyo mandato fluía el agua. Por envidia, uno de los críos obstruyó los orificios que daban paso al líquido. En cólera, Jesús lo maldijo: “¡Ay de ti, hijo de la muerte, hijo de Satanás! ¿Te atreves a deshacer lo que yo acabo de construir?” *Ipsa facto*, el infortunado cayó muerto. Los padres del occiso reclamaron a María y José.⁹⁶ “Pero José dijo en voz baja a María: 'Yo no me atrevo a decirle palabra. Avísale tú y dile: ¿Por qué has concitado contra nosotros la odiosidad del pueblo y hemos de soportarla ahora ingratamente?’” Tras la petición mariana, por deferencia a su madre, golpeando “ligeramente con el pie derecho las nalgas del difunto”, Jesús le restituyó la vida.⁹⁷

⁹⁵ Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, p. 196.

⁹⁶ Por nimio que parezca, en los apócrifos se acentúa la jerarquía prevalente en la familia de Cristo: María primero, después José. Si bien, acorde con unos roles de género predefinidos, José es quien debía hacerse cargo de los problemas cotidianos propios de la vida pública, María era la interlocutora eficaz frente al problemático Niño, quien tenía la posibilidad de apaciguarlo. Al fin y al cabo, una avenencia entre pares.

⁹⁷ Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, pp. 217-218.

Una y otra vez ocurren funestos eventos donde, al final, Jesús demuestra su gloria y José sus limitaciones; niños muertos ante cualquier provocación, cuyo aprendizaje amenazadoramente instruido, sin duda, era el asentamiento de la supremacía de un dios terrible e incuestionable. Así, en Jesús y José se calibran dos polos opuestos: una potencia deífica vigorosa, en términos de fuerza y acción inexpugnable, frente a una masculinidad humana enclenque, desesperada por su insignificancia. Por ello, no son gratuitas las palabras de José dirigidas al Niño, después de éste haber cometido otra tropelía: “¿Por qué haces estas cosas? Ya hay muchos que están quejosos de ti. Por tu culpa nos tienen odio y nosotros hemos de aguantar sus molestias”.⁹⁸ El organigrama familiar es invertido por la peculiaridad de sus componentes. El hijo-dios, como “macho alfa”, gobierna al padre-creatura,⁹⁹ y María se asemeja más a Cristo por su excepcionalidad, por lo tanto, ella es el instrumento para extraerle conmiseración al desapacible Niño.

Una representación elocuente de los contrapesos en este triángulo familiar es la pintura del italiano Simone Martini (**fig. 4**). Los esposos amonestan a un Jesús adolescente de blondos cabellos, refunfuñante y a disgusto notoriamente por los brazos entrecruzados y la ceja levantada. El lenguaje mudo de las manos es el que nos transmite los diálogos y la

⁹⁸ Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, pp. 221. *En el *Evangelio del Pseudo Tomás*, cuando se narra el mismo episodio del asesinato de un infante que chocó contra la espalda de Jesús, José le riñe y éste le contesta: “Bien sé que estas palabras no proceden de ti. Mas por respeto a tu persona callaré. Esos otros, en cambio, recibirán su castigo”. Dicha la sentencia, los replicantes quedaron ciegos. La reacción de José fue jalar con fuerza la oreja de Jesús, causándole indignación: “Tú ya tienes bastante con buscar sin encontrar. Realmente te has portado con poca cordura. ¿No sabes que soy tuyo? No me seas causa de aflicción”. Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, p. 283.

⁹⁹ Verbigracia, esta inversión de jefatura, donde el Niño se reviste con los atributos del “hombre de la casa”, son evidentes en la consabida historia del milagro en el taller de José. Según el *Evangelio del Pseudo Mateo*, José era un carpintero común, que “no hacía sino yugos de bueyes, arados, instrumentos para revolver la tierra, juntamente con otros aperos de labranza, y camas de madera”. El nerviosismo se apoderó de José cuando le solicitaron un lecho y el mozo encargado de cortar la madera, aserró los travesaños desigualmente. Jesús auxilió a su padre, indicándole que ambos estirarían las piezas para hacerlas coincidentes. Efectuado el portento, imperativo, el Niño dijo a su padre: “Vete ahora a trabajar y haz lo que te habías propuesto”. No cabe duda del señorío crístico en la escena y las flaquezas josefinas, enfatizadas con la descripción puntual de la simpleza de su oficio. Para la época moderna, en especial en Nueva España, con el fin de exaltar a san José, éste será caracterizado como ebanista. Véase Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos...*, pp. 230-231; Jorge Luis Merlo Solorio, “Labrando en casa...,” pp. 85-97.

interacción de la escena. José, con rostro severo, lleva a Cristo frente a María y le indica con la mano diestra que ponga atención a las admoniciones de su madre. La Virgen sentada en primer plano, en una disposición que se antoja a entronización, con un libro abierto entre las piernas, símbolo de conocimiento y verdad espirituales, trata de corregir al divino mozo. La tensión es perceptible en sus gestos duros y la fija mirada que ambos se dirigen; incluso podría trazarse una línea recta, de ojos a ojos, para hacer más visible la pugna hogareña. Si bien, todos portan aureola como signo de santidad -y divinidad para el caso específico del Verbo encarnado-, claro está que la desazón se dirime entre dos. José es un copartícipe no un principal, acaso un emisario encargado de presentar a Jesús antes su madre para que ella sea quien resuelva el conflicto, tal y como se caracteriza en los apócrifos.¹⁰⁰

2. El *bricolage* josefino. ¿Mofas o santificaciones?

Ya expuestos los fundamentos escriturales sobre José, toca enfocarnos en cómo fue asimilado su bagaje en la Baja Edad Media, preámbulo y sedimento para la experiencia novohispana. Los debates en torno a los porqués de las particularidades de las fuentes josefinas, las cuales oscilan entre los siglos XII al XVI, tienden a defender dos puntos de vista adversos o, en sus matices más conciliadores, de una intrincada coexistencia. Para el primero y de más pronunciada raigambre, José fue comprendido como un personaje cómico, causante de burlas e ironías, desprovisto de culto y percibido desdeñosamente. El segundo destaca la santidad josefina desde las coordenadas de lo nutricional, la protección de

¹⁰⁰ Para Paul Payan, por el contrario, la escena pintada por Martini es harto valiosa para la reconfiguración de la imagen josefina. Después de que el Niño se perdió en el templo jerosolimitano, José lo lleva ante la presencia de su madre. Se posiciona casi al centro de la imagen, está nimbado y participa de la discusión, interactuando a través de gestos y miradas. El investigador francés considera a esta iconografía atípica como una de las primeras representaciones de la familia sagrada como tal, la cual se suma a las cualitativas transformaciones hechas a los tipos iconográficos del Ciclo de la Infancia en el siglo XIV, donde José adquiere, paulatinamente, un papel menos agreste y más positivo. Véase Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, pp. 137-139.

la familia y la empatía de la feligresía a partir de los yerros de José como espejo de los tropiezos humanos.¹⁰¹

Para la presente investigación es importante exhibir estas yuxtaposiciones interpretativas, puesto que son evidencia de cómo un mismo elemento simbólico, con sus debidas cargas socioculturales, adquiere balances tan divergentes que registran los cambios y permanencias del recorrido de la construcción de una santidad, en este caso, consustancial al desarrollo y reafirmación de lo masculino y patriarcal a través de la figura josefina. Ergo, descollará que la naturaleza netamente humana de José en antagonismo con lo divino, según los discursos tanto escritos como visuales de la Baja Edad Media, lo hizo ínfimo y/o vacilante, pues demasiada cercanía con la vulgaridad -entiéndase, lo propio del vulgo- no incitaba a la devoción sino al ultraje. En cambio, veremos que en el contexto novohispano, el empoderamiento de los rasgos humanos de san José fue precisamente lo que sirvió para elevarlo a la cúspide devocional en los siglos XVII y XVIII, pero desde la óptica de una *masculinidad santificada*, rediviva, despojada de mácula alguna. Para ejemplificar lo dicho, sondeemos los planteamientos académicos en el ámbito de la investigación josefológica, echando mano de las imágenes y los textos que son el punto neurálgico de las disyuntivas, pasándolos por el tamiz de nuestra disquisición.

Recordemos que la participación de José está fincada en los episodios sobre la infancia de Cristo. Desde la historia cultural y la historia del arte, la interpretación clásica dada a los tipos iconográficos que van desde la Natividad hasta el exilio en Egipto, consideraba que eran un incentivo de ridiculización del santo, ya que efectuaba labores no propias de su género y, más gravemente, se ausentaba de los asuntos nodales del plan de salvación. Si bien, José estaba presente físicamente, era relegado tanto espacial como simbólicamente, pues no tenía un rango igualitario al de Jesús y María. Directa o tangencialmente y atendiendo diversos temas, con sus correspondientes matices, Louis Réau, Erwin Panofsky, Johan Huizinga, Ruth Mellinkoff, E. H. Gombrich, Louise O. Vasvari, Charles Cuttler, Sandra de Arriba Cantero, Mary Dzon, Miguel Ángel García Guinea y Paul

¹⁰¹ Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art...*, p. 15.

Portmann,¹⁰² entre otros, son partidarios de esta premisa, sobre todo en lo que compete a la cultura religiosa del norte de Europa. Autores como Emile Male, Carolyn Wilson, Sheila Schwartz, Paul Payan, Francesca Alberti, Rosemary Drage Hale, Annik Lavaure, Stephen Wright, Cynthia Hahn, Marjory Bolger Foster, Danièle Alexandre-Bidon y Pamela Sheingorn,¹⁰³ por mencionar algunos, disienten y postulan que las acciones “ignominiosas”

¹⁰² Louis Réau, “José”, en *Iconografía del arte cristiano. Iconografía de los santos. De la G a la O*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1997, pp. 164-165; Erwin Panofsky, *Early Netherlandish Painting: Its Origins and Character, vol. I*, E.U.A., Harvard University Press, 1953, pp. 70-71 y 164; Johan Huizinga, *El Otoño de la Edad Media. Estudios sobre las formas de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pp. 239-241; Ruth Mellinkoff, *Outcasts: Signs of Others in Northern European Art of the Late Middle Ages*, E.U.A., University of California Press, 1994; E.H. Gombrich, “El cartón de Miguel Ángel en el Museo Británico”, en *Nuevas visiones de viejos maestros. Estudios sobre el arte del Renacimiento, 4*, Madrid, Debate, 2000, pp. 171-178; Louise O. Vasvari, “Joseph on the margin: The Mérode Tryptic and medieval spectacle”, en *Medievalia. A journal of medieval studies*, vol. 18, New York, Binghamton University, 1995, pp. 163-185; Charles Cuttler, *Northern Painting from Pucelle to Bruegel: Fourteenth, Fifteenth, and Sixteenth Centuries*, E.U.A., Holt, Rinehart, and Winston, 1968; Sandra de Arriba Cantero, *Arte e iconografía de san José en España...*, pp. 35-39; Mary Dzon, “Joseph and the Amazing Christ-Child...”, pp. 135-157; Miguel Ángel García Guinea, “San José en la vida y en la iconografía medieval”, en *revista de Estudios Josefinos*, año II, núm. 3, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1948, pp. 76-110; Paul Portmann, *El Nacimiento de Cristo*, México, Editora Cultural y Educativa, 1970.

¹⁰³ Emile Male, *El arte religioso de la Contrarreforma. Estudios sobre la iconografía del final del siglo XVI y de los siglos XVII y XVIII*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2001, p. 291; Carolyn C. Wilson, *St. Joseph in Italian Renaissance...*, pp. 9-11, 29-31 y 65-67; Sheila Schwartz, “St. Joseph in Meister Bertram's Petri-Altar”, en *Gesta*, vol. 24, núm. 2, E.U.A., The University of Chicago Press, 1985, pp. 147-156; Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, p. 348; Francesca Alberti, “‘Divine cuckolds’: Joseph and Vulcan in Renaissance Art and Literature”, en Sara F. Matthews-Grieco (ed.) *Cuckoldry, Impotence and Adultery in Europe (15th-17th century)*, Farnham, Ashgate, 2014, pp. 149-182; Rosemary Drage Hale, “Joseph as mother: adaptation and appropriation in the construction of male virtue”, in John Carmi Parsons and Bonnie Wheeler (ed.), *Medieval mothering*, New York, Garland Publishing, 1996, pp. 101-116; Annik Lavaure, *L’image de Joseph au Moyen Age*; Stephen Wright, “Joseph as Mother, Jutta as Pope: Gender and Transgression in Medieval German Drama”, en *Theatre Journal*, vol. 51, núm. 2, E.U.A., The Johns Hopkins University Press, 1999, pp. 149-166; Cynthia Hahn, “‘Joseph Will Perfect, Mary Enlighten and Jesus Save Thee’: The Holy Family as Marriage Model in the Mérode Triptych”, en *The Art Bulletin*, vol. 68, núm. 1, E.U.A., College Art Association of America, 1986, pp. 54-66; Marjory Bolger Foster, *The Iconography of St. Joseph in Netherlandish Art, 1400–1550*, E.U.A., University of Kansas, tesis doctoral, 1978; Danièle Alexandre-Bidon, “Images du père de famille au Moyen Âge”, en *Cahiers de recherches médiévales et humanistes. Journal of medieval and humanistic studies*, núm. 4, Francia, Classiques Garnier, 1997, pp. 1-19; Pamela Sheingorn, “Constructing the Patriarchal Parent: Fragments of the Biography of Joseph the Carpenter”, en *Framing the Family: Narrative and Representation in the Medieval and Early Modern Periods*, E.U.A., Arizona Center for Medieval and Renaissance Studies, 2005, pp. 161-180.

que llevaba a cabo san José, más bien son muestra de una paternidad responsable, interesada en el cuidado y manutención de su familia. Por consiguiente, el talante cómico josefino, tanto en pintura como en obras teatrales, era un transmisor entre la grey y los profundos misterios representados, una especie de simplificador de las complejidades teologales para provecho masivo.

Mención aparte merece la investigación de Anne L. Williams, que al ser la más reciente y condensar las ya citadas, abandera las interpretaciones de mayor edulcoración, conforme a lo que denomina como *encomio paradójico*, donde los aspectos burlescos endilgados a san José, supuestamente perseguían la intención de promover una veneración hacia el santo a través de la risa, bajo un dispositivo de *humor sacro*; un ejercicio de persuasión retórica donde al mofarse de las ineptitudes de José, se enfatizaban sus virtudes.¹⁰⁴ Por ende, según la opción hacia la que se decante nuestra predilección interpretativa en este amplio abanico de posibilidades, las faenas josefinas de despojarse de sus pantalones o medias para fabricarle pañales al Niño, lavarlos y calentarlos, cocinar papillas, recibir los regalos de los Magos, etc., serán comprendidas como humillación, humildad o una mezcla de ambas con fines moralizantes y catequéticos.

Pamela Sheingorn y Cynthia Hahn, con quienes coincidimos, han considerado las manifestaciones religiosas josefinas de la Baja Edad Media como un *bricolage*, es decir, la imbricación de juicios negativos y positivos sobre san José en una alternancia sincrónica. Con distinto enfoque, en confraternidad con las pautas de conciliación de lo disorde, Anne L. Williams asume las discrepancias como segmentos de propósitos de consuno, no necesariamente excluyentes o contradictorios.¹⁰⁵ Al respecto, nos parecen un tanto forzados los argumentos que pretenden empatar las diferencias perceptuales en torno a José, sobre todo las concernientes al humor josefino, convirtiéndolas en una enrevesada y profunda sofisticación teológico-pastoral. Se arguye que las sátiras josefinas no fueron

¹⁰⁴ Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art...*, pp. 21, 144, 163, 182. *Un resumen de los puntos torales de su propuesta puede consultarse en Anne L. Williams, "Satirizing the Sacred: Humor in Saint Joseph's. Veneration and Early Modern Art", en *Journal of Historians of Netherlandish Art*, vol. 10, núm. 1, Holanda, Historians of Netherlandish Art, 2018, pp. 1-43.

¹⁰⁵ Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art...*, p. 28.

incomprensión, irreverencia o tara de los estratos iletrados, sino que por igual, eruditos e ignaros, coparticipaban en el ejercicio de mofarse del carpintero como aprendizaje doctrinal. Por tal razón, las jocosidades fueron *pensadas*, edificadas, como estrategia para preservación de la limpidez mariana, al aminorar las discordancias que José pudiese causar como consorte de la madre virginal, restaurándose a la vez su determinante papel teológico desde las perspicacias de venerar a un “viejo bienintencionado de pocas luces”.¹⁰⁶

Vistas las imperfecciones del carpintero como perfecciones doctrinales, Williams interpreta que José “necesitaba” conservarse como casto anciano para asegurar la virginidad perenne de María, pero la conjetura es desproporcionada.¹⁰⁷ Múltiples pudieron ser las astucias exegéticas para defender el extravagante dogma, y aunque se postularon varias que dejaban indemne al carpintero, en el discurrir de las experiencias pías fue más accesible anularlo o convertirlo en un hatajo de deficiencias. Ergo, no vemos viable postular un “necesitaba” como si José hubiese tomado decisiones cual sujeto histórico, a sabiendas de que el proceso avistado es la construcción de un personaje mitológico forjado de proyecciones socioculturales.

A nuestro parecer, es disonante e inoperativo asumir que, paralelamente, mediante la mofa se pretendiese incentivar una devoción hacia el personaje. Digamos que, evitando el anacronismo al retrotraer la realidad teológico-cultural donde la simbiosis de la Sagrada Familia es incuestionable, en la Edad Media no había necesidad u obligación de valorar a José, siendo Jesús y María, durante catorce siglos, suficientes en la cúspide del “panteón católico”. Inclusive, categóricamente, Williams afirma que los creyentes medievales no tenían problema de reírse y, mediante ello, venerar a José al mismo tiempo. Desafortunadamente, la “veneración humorística” adolece de pruebas contundentes y linda en lo meramente hipotético.¹⁰⁸

¹⁰⁶ Anne L. Williams, “Satirizing the Sacred: Humor in Saint Joseph’s...”, p. 4.

¹⁰⁷ Anne L. Williams, “Satirizing the Sacred: Humor in Saint Joseph’s...”, p. 5.

¹⁰⁸ Basada en la propuesta conceptual de ambigüedad/ambivalencia de Michael Camille, Williams discurre que devoción y sátira podían coexistir en un mismo espacio, sin que ello implicase contrariedad o exabruptos. Toma como ejemplo el *Libro de las Horas de Jeanne d’Evreux* del siglo XIV, donde representaciones burlescas de connotación sexual, comparten foja con episodios

Lo risible implica un distanciamiento. La risa nace de ver en los otros errores e inconsistencias. Nos reímos de quien no cumple con el papel esperado. ¿Por qué habría de tenerse empatía con el burlado? Implicaría esperar de la grey un acto profundísimo de caridad cristiana. En el cristianismo, la *conmiseración* como empalme entre devotos y modelos de santidad, está adherida a panoramas de profundo patetismo, fraternizados con el *sufrimiento*: la mujer que reniega de su pecaminoso cuerpo y lo arrastra a la austeridad del desierto; la madre que eternamente llora de dolor: desde que lleva a su hijo en brazos, cuando lo contempla colgado en la cruz, y continúa sin pausas a falta de su *raison d'être*; el mártir que, tras tormentos indecibles, muere bajo el filo de la espada del tirano; el dios tripartita que, como acto de amor, se autosentencia a muerte y derrama sangre para salvar al mundo; y un copioso etcétera.¹⁰⁹ En todo caso, José como un hombre de aflicciones superadas con estoicismo coincidiría con los tópicos hagiográficos consagrados, pero es todo lo contrario.

bíblicos pareados como el *Prendimiento de Cristo* y la *Anunciación*. Por asociación, sin duda, las imágenes podían multiplicar significados. Sin embargo, es importante decir que ambos aspectos, lo sagrado y lo profano, no se entremezclan directamente. Cada uno existe en su propia área. Poniéndolo en términos teatrales, los actores de la tragedia de sublimación cristológica no coprotagonizan con los cómicos. En la sección sacra no hay intenciones de mofa, interpretadas por algún personaje. Aun si validamos la posible interdependencia entre imágenes -como sí pasa claramente en el *Anuncio a los pastores* o la *Huida a Egipto* con la caída de los ídolos, como complementos narrativos-, lo satírico es *externo* y circunscrito al *bas-de-page*. En general, con la iconografía josefina la situación resulta completamente diferente, pues la burla es *interna*, sucede dentro del pasaje bíblico. Entonces, más que incentivar un adoctrinamiento por asimilación, los improperios se hicieron con miras a la exaltación de María y el Niño, quienes sí ofrecían pautas morales, conductuales y espirituales a reproducir. Tanto así que en la *Huida a Egipto* del mismo libro, donde participa José, éste se muestra dignificado con nimbo, aunque a la vertical comparte con el asno la misma mirada dubitativa e inquisitiva. Pensamos pues que la vinculación con José, independientemente de las disquisiciones teológicas afables, no sucedía mediante compasión o una reflexión complejísima (*José es tonto -como yo lo puedo ser-, al tener la verdad de frente y ser incapaz de reconocerla. Entonces le tengo empatía por semejanza*), sino a través de un cariz antipático según los paradigmas de masculinidad, correlativo con su devoción nula, tibia o poco influyente en la religiosidad tardomedieval (*José es tonto. No quisiera ser como él: cornudo, insolente, absurdo. Debo pues convertirme en un hombre potente, prudente y de apego a la Iglesia para reconocer las verdades que transmite*). Cfr. Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art...*, pp. 94-98; Ingo F. Walther y Norbert Wolf, *Códices ilustres. Los manuscritos iluminados más bellos del mundo desde 400 hasta 1600*, Barcelona, Taschen, 2005, pp. 208-211.

¹⁰⁹ Véase Antonio Rubial, *La justicia de Dios. La violencia física y simbólica de los santos en la historia del cristianismo*, Ediciones de Educación y Cultura-Trama Editorial, 2011, pp. 171-244.

De aceptar la hipótesis de la “santidad risible”, tendríamos que asentir que, en la historia de la Iglesia, *sólo* José fue atípico e impar. Nosotros proponemos que la burla josefina nació de su desapego a los cánones masculinos del *status quo*, validándose el desprecio por asociación con los ideales dimanados de la dialéctica entre una binaria *episteme cristiana* y el espectro social. En otras palabras, una enseñanza surgida en la mofa carnavalesca hacia José, no es por emulación sino por disentimiento: *no debo ser cornudo, poco viril y sumiso*. Su paridad con los rasgos más desfavorables de la sociedad, le dieron un rol antitético, guarnecido de una mundanidad flaca y torpe para relevancia cristocéntrica, dándole cabida sólo a María como satélite inmediato. Y como dijimos líneas atrás, la prueba sumaria de esto es la inexistencia antes del siglo XVI, en *stricto sensu*, de la *Sagrada Familia*.

Probablemente la coyuntura josefina lindó con un proceso muy común en la historia de la Iglesia. En la multiplicidad de interpretaciones y postulados exegéticos que coexistieron y se disputaron la primacía, donde las artes fungieron como “teología materializada”, una o un conjunto de éstas miradas, se impuso sobre las otras, orillándolas a su condena y desuso. Es decir, las innovadas elucidaciones sobre José, siempre relativas a su relación con Jesús y María y todavía con el fin de propiciarles a ellos supremacía, entraron en conflicto con la tradición infamante; colisión que dio como resultado una polivalencia congénita. Para unos, José era deleznable y estorboso; para otros, una santidad provechosa e indiscutible. Pero las consideraciones teológicas no surgieron por generación espontánea, como podrían afirmar los tópicos de la inspiración divina o la ciencia infusa, ni nacieron fuera de su contexto específico. Por lo tanto, fueron influidas transversalmente por *construcciones culturales de género*,¹¹⁰ mismas que colocaron a José en una balanza que dictaminó su trascendencia o minusvalía, acorde con los paradigmas de lo masculino-patriarcal en las sociedades medievales. En pocas palabras, san José oscilaba entre la carcajada o la genuflexión si se le suponía *más o menos hombre*.

¹¹⁰ Joan W Scott, “El género...”, pp. 274-275.

2.1 Desavenencias sobre José desde las proyecciones de lo masculino.

El declive de la feminización

Verbigracia, una de las imágenes icónicas del debate académico sobre san José, es la que decora el altar de Windulger, obra del alemán Conrad von Soest (**fig. 5**). Como parte de un ciclo iconográfico de la vida de Cristo que va desde la Anunciación hasta el Juicio Final representado por una *deesis*, las cuatro retículas del panel izquierdo versan sobre la infancia del mesías. La composición de la concierne a la Natividad, sigue patrones preestablecidos y comunes en la pintura de esta época: María descansa sobre una cama o estera, al interior del pesebre. Tanto sus dimensiones, que abarcan de extremo a extremo el rectángulo que contiene la escena, como su interacción íntima con el Niño, manifestada en un cálido abrazo y el recibimiento de un ósculo, dejan en claro que ambos son el núcleo del acontecimiento, a quienes el feligrés debe dirigir la atención; aún más notoria su importancia al resaltarse con sendos nimbos dorados. En contraesquina de la propagación de la buena nueva a los pastores, José aviva un fogón a ras de piso, atizándolo con un palo de madera y soplidos que inflan sus mejillas; prepara pues el alimento para confort de sus allegados.

Paul Payan se cuestiona sobre cómo interpretar estas actitudes josefinas. En cotejo con el aparato sermocional y el teatro, infiere que imágenes como la de von Soest tienen razones de ser más apegadas a una lógica contextual y/o teológica, con intenciones de verismo y traducción visual de lo dicho en los textos canónicos. Así, José se calienta junto al fuego para ubicar el suceso en una temporada invernal; si nuestro personaje duerme no es por desatención al vital momento frente a sus ojos, sino que en clave onírica le son interpretadas y comunicadas las trazas divinas; finalmente, cocinar lo acredita como un padre nutricional, quien cumple con su papel asignado.¹¹¹ La interpretación de Rosemary

¹¹¹ Payan se dio a la tarea de cotejar un total de doscientas natividades producidas en los últimos siglos del Medioevo. Reporta que son una porción reducida aquellas donde José se avoca a tareas manuales, calentarse al fuego o dormir. Sólo veintisiete obras reúnen estas características, mientras veinticinco lo colocan evidentemente distanciado de Jesús y María. Lo anterior le permite afirmar que, por lo tanto, la iconografía josefina menos favorecedora no fue un fenómeno generalizado y

Drage Hale sobre los esfuerzos josefinos es concordante pero le da un matiz peculiar al considerarlos como una *imitatio Mariae*, entendida como la suplantación de lo que no le era posible ejercer desde su fisonomía masculina. Es decir, José no podía amamantar al Niño pero, en equivalencia, le cocinaba, lo mecía y le calentaba el baño.¹¹² Alejando todavía más la denostación, el José pintado por von Soest, encorvado y de esforzado gesto, ha sido equiparado formalmente con una *proskynesis*,¹¹³ tipo iconográfico de largo aliento basado en un ritual de origen persa, hecho para la adulación de los potentados y adoración a Dios en su trasvase a la liturgia cristiana.¹¹⁴ Finalmente, en resolución intermedia, se ha distinguido en José a un anciano bienintencionado, quien no es capaz de comprender lo que sucede a su alrededor.¹¹⁵

Manifiestamente, lo que pone en tela de juicio y condiciona el actuar josefino es si lo que hace debe o no hacerlo un varón, específicamente el timonel de familia, acorde con una división sexual del trabajo emparejada con la estratificación patriarcal. Por lo tanto, el José tardomedieval se encuentra en la encrucijada de una feminización penosa o una genuina muestra de amor y esmero paternal.¹¹⁶ Por consiguiente, apremia decir que aunque hubiesen existido intenciones de promover una exaltación a san José al perfilar su

que podría acotarse al periodo comprendido entre 1380 y 1450. Nosotros puntualizaríamos que en los belenes donde Payan no consideró señas de vituperio, no significa que, en términos de recepción, los espectadores *viesen* en José rasgos aspiracionales o empáticos, acorde con la mirada de género que proponemos. Paul Payan, "Ridicule ? L'image ambiguë de saint Joseph...", pp. 102-103.

¹¹² Rosemary Drage Hale, "Joseph as mother...", p. 106.

¹¹³ Según Sheila Schwartz. Véase Anne L. Williams, "Satirizing the Sacred: Humor in Saint Joseph's...", p. 3. *La sugerencia interpretativa es en extremo forzada, en resistencia absoluta a asumir agravios sobre José. Ésta se derruye por completo al cotejar la obra de von Soest con las particularidades de algunas *proskynesis* o *adoratio* de la iconografía cristiana medieval. En todo caso, *La adoración de los magos* que colinda a la diagonal con la *Natividad* analizada, tiene mayores posibilidades de catalogarse como *proskynesis*. Cfr. Joanna Cannon, "Kissing the Virgin's Foot: *Adoratio* Before the Madonna and Child Enacted, Depicted, Imagined", en *Studies in Iconography*, vol. 31, E.U.A., Western Michigan University-Princeton University, 2010, pp. 1-50.

¹¹⁴ José Manuel Cervera Entrena, "Proskynesis", en *Thamyris, nova series. Revista de Didáctica de Cultura Clásica, Griego y Latín*, núm. 6, España, Sociedad Española de Estudios Clásicos-Universidad de Málaga, 2015, pp. 301-320.

¹¹⁵ Según Marjory Bolger Foster. Véase Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art...*, p. 25.

¹¹⁶ Mary Dzon, "Joseph and the Amazing Christ-Child...", p. 142.

actitud servicial como modelo de virtud para los hombres del siglo, potenciales padres y esposos, no significa necesariamente que los espectadores de imágenes, oratoria y obras teatrales aderezadas con esta premisa, entendieran y acogieran esta atípica masculinidad. Nos enfrentamos pues a un problema de recepción. Y qué mejor modo de esclarecer la incógnita de cómo se entendían las ocupaciones josefinas que un testimonio *de visu*.

Eustache Deschamps realizó un par de poemas dedicados a José, los cuales son la declaratoria de la anonadación josefina según los estudios clásicos de Huizinga y Reau.¹¹⁷ Sin lugar a duda, estos versos son una evidencia sumamente valiosa para tantear la apreciación de nuestro personaje en correlación con las pautas de género:

I

Los que servís a mujer e hijos,
acordaos todos los días de José.
Sirvió siempre triste y doliente a una mujer
y guardó a Jesucristo durante su infancia;
a pie trotaba, un hatillo pendiente de la lanza.
En varios lugares está representado así,
junto a un mulo, para complacerles.
Y así no tuvo nunca un día de fiesta en este mundo.

II

¡Cuánta pobreza no tenía José
y dolor
y miseria
cuando Dios nació!

¹¹⁷ Casi en tono de lamentación, Huizinga entrevé que el menoscabo josefino es el antónimo de la lisonja mariana: “El irrespetuoso interés por el padre putativo del Salvador es como el reverso de todo el amor y culto que se tributan a la virginal Madre de Dios. Cuanto más alto ascendía María, tanto más se convertía José en una caricatura. Las artes plásticas prestábanle ya un tipo que se acercaba peligrosamente al del villano tosco y ridiculizado”. Johan Huizinga, *El Otoño de la Edad Media...*, p. 239.

Muchas veces lo ha paseado,
y levantado.
Por bondad.
Con su madre juntamente,
se lo llevó sobre su mula:
Yo le vi
pintado así.
A Egipto se ha ido.
El buen hombre está pintado
muy cansado
y cubierto
con una camisa y una túnica rayada;
un palo puesto sobre el cuello.
Viejo, consumido y burlado.
No tiene día de fiesta en este mundo,
pero de él se grita: ¡Es José el tonto!

Deschamps se dirige a potenciales lectores. En concreto, apela a un auditorio masculino desde un recurso mnemotécnico: *recordar*, traer al presente a partir de los registros del corazón, buscando estímulos de memoria y emoción. Mediante la conmisericordia es que los versos se hermanan en una didáctica iconotextual: *escucho* y *veo* las desazones del otro para, por homologación empática, aprovechar un aprendizaje. En otras palabras, las pesadumbres de José fungen como espejo superlativo: *si eso le pasó a él, ¿qué puedo esperar yo?* La caracterización primera es sumamente reveladora, sobre todo en lo que respecta a las asociaciones de género: “Sirvió siempre triste y doliente a una mujer”. No se recurre a los sustantivos María o Virgen y que por ello su servilismo fuese loable.¹¹⁸ Genéricamente, *sirvió a una mujer*, por consecuencia, se mantuvo siempre *triste y doliente*.

¹¹⁸ Aunque, por supuesto, no podemos descartar las particularidades de la rima y el uso concordante de palabras: *Femme servit toujours tristes, dolans, - Et Jhesu Christ garda en son enfance*. Johan Huizinga, *El Otoño de la Edad Media...*, p. 240.

El estado melancólico, la morriña superior, nacen de la sujeción a una fémica cuando, idealmente, debería ser a la inversa. Líneas después destaca un señalamiento determinante: “En varios lugares está representado así”. Al correlacionar referencias visuales y versos, se ratifica a los últimos como descripciones categóricas de una realidad visible: *esto es lo que se ve*.¹¹⁹ Por lo tanto, el poema es una *écfrasis*¹²⁰ que asume paradigmas palmarios del *ojo de la época*.¹²¹ Reunidos los testimonios *comprobables a la vista*, el vate puede concluir: “Y así no tuvo nunca un día de fiesta en este mundo”. El desenlace de la alteración en los roles preestablecidos es la degradación. Así, del subtexto emana una pregunta: *¿quién querría homenajear a un sujeto que carece de dignidad varonil?*

En el segundo poema, al momento del nacimiento de Jesús, José no es más que un guiñapo: pobre, adolorido y menesteroso; aunque también se le adjetiva como bienhechor bondadoso, pero en una suerte de caracterización de una virilidad débil que sólo puede contribuir con buenas intenciones, no con la pujanza de un proveedor total. En sintonía, tal vez el énfasis en la mula que lo acompaña en ambos poemas, cual atributo, sirva como una

¹¹⁹ Para nuestro interés de comprender a cabalidad las tendencias discursivas del poema, aquí cuadra lo reflexionado por Baxandall en torno a la *ekphrasis*, un proceso de descripción que, en ocasiones, habla más de quien describe y su entorno que de la obra misma. Es decir, el descriptor, rotundamente, refiere aquello que cree que está representado, desde un aval personal y/o colectivo, más allá de certezas iconográficas o intenciones de origen: “Lo que ofrecemos en una descripción es una representación de la reflexión sobre un cuadro, más que una representación de un cuadro (...) Implícitamente lo tratamos como algo que contiene la historia de su elaboración por parte del pintor y la realidad de su recepción por parte de los observadores”. Michael Baxandall, *Modelos de intención. Sobre la explicación histórica de los cuadros*, Madrid, Hermann Blume, 1989, pp. 19 y 21.

¹²⁰ En sentido lato, la *écfrasis* es la representación verbal de un objeto plástico. Véase Luz Aurora Pimentel, “Ecfrasis y lecturas iconotextuales” en *Poligrafías. Revista de teoría literaria y literatura comparada*, núm. 4, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, pp. 205-209.

¹²¹ Deschamps frasea desde la veracidad que le ofrece asumirse como testigo ocular y auditivo: *nosotros vemos, escuchamos y, por ende, compartimos y decimos lo que sabemos sobre José*. Ergo, los poemas josefinos de Deschamps no se constriñen a una opinión personal. Están rebosantes de una experiencia colectiva de la mirada: “Parte del equipamiento mental con el que un hombre ordena su experiencia visual es variable y, en su mayoría, culturalmente relativo, en el sentido de que está determinado por la sociedad que ha influido en su experiencia”. Michael Baxandall, *Pintura y vida cotidiana en el Renacimiento. Arte y experiencia en el Quattrocento*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1978, p. 60.

analogía de cometidos: cargar, transportar y acatar. De nuevo, lo descrito en los versos se avala mediante el peso de la testificación ocular -“Yo le vi pintado así”-, permitiéndole a Deschamps echar mano de su capital visual para evocar motivos específicos como la ropa rayada que viste al exhausto José, signo peyorativo reservado a los parias.¹²²

“Viejo, consumido y burlado” son revestimientos que identifican la pusilanimidad de nuestro personaje: vetusto como lo dictaron los apócrifos; mermado por tantas faenas, las cuales lo rebasan por su edad avanzada, además de soportar los agravios a su persona al verse envuelto en un *impasse* in-creíble; embaucado por tener que hacerse cargo de un hijo que, a fin de cuentas, no es suyo; y zaherido por su languidez ante una serie de retos decepcionantemente librados.¹²³ Una vez más, las últimas dos sentencias del poema cierran

¹²² Michel Pastoureau menciona que, desde antes del año 1000, a los personajes indeseables se les añadieron ciertos distintivos para connotar su propensión perversa. Así, figuras bíblicas como Caín, Dalila, Salomé o Judas, fueron figurados como pelirrojos y su ropa a rayas era una divisa de traición. La lista iconográfica de réprobos aumentó a partir del siglo XIII, al sumarse judíos, musulmanes, herejes, prostitutas, locos, hechiceros y criminales, entre otros. Las rayas continuaron siendo “un transgresor cromático”, así como estos individuos eran transgresores de la sociedad. José, un segundón de perfil ambivalente, cuyas condiciones infamantes permitían que fuese interpretado por el “idiota del pueblo” en las procesiones medievales, tradición que, a decir de Pastoureau, tuvo remanentes hasta bien entrado el siglo XVIII; portaba calzones o pantalones rayados que acentuaban su ambigüedad. Si bien, no era un despreciable como Caín o Judas, tampoco era paralelo a la Virgen; era algo más que un hombre común por convivir con la divinidad encarnada, pero era padre y no a la vez. Lucía pues unas rayas que ayudaban a distinguir a los sirvientes de los amos, a los locos de los cuerdos, a lo correcto y deseable de lo inadecuado y repelente. Finalmente, cabe aclarar que debemos tomar con reserva la descripción de las rayas en la ropa josefina, ya que aparece en la traducción castellana del poema pero no como tal en los versos franceses. No queda claro si la falla es una omisión o una añadidura. Véase Michel Pastoureau, *The devil's cloth. A history of stripes*, E.U.A., Washington Square Press, 2003, pp. 16-19; Johan Huizinga, *El Otoño de la Edad Media...*, pp. 240-241.

¹²³ El adjetivo francés *rusé* presenta varias complicaciones. Según la traducción al castellano que se hizo de la obra de Huizinga, de la cual tomamos los poemas de Deschamps, *rusé* significa *burlado*. Actualmente, la equivalencia al español de *rusé* es *astuto*, relativa a alguien con la pericia suficiente para engañar a los demás. Un ejemplo icónico de la aplicación del adjetivo calificativo sería en las cualidades de los zorros en las fábulas de Jean de La Fontaine. No obstante, en relación con José, la astucia no hace sentido. Posiblemente, como arcaísmo, en el poema *rusé* refiera a que él ha sido estafado, que un tercero le ha hecho una trastada. Esto conciliaría con la idea de José como un hombre a quien le enganchan un hijo que no es suyo, ya que, al parecer, *rusé* no funge como sinónimo de *moquer* (burla, mofa), ni de *cocu* (cornudo). Desgraciadamente, no contamos con el tiempo ni con el conocimiento para ahondar en una averiguación morfológica, la cual tendrá que esperar un momento propicio. Agradezco infinito a Nathalie Rigal Tabaka por orientarme en este pantanoso asunto.

de manera deductiva: José no está en el santoral de la Iglesia, pues no es digno de veneración y, en ligazón, recibe exclamaciones de vituperio que lo llaman *tonto*.

Desde una perspectiva indulgente que busque inhibir la agresión a José, podríamos decir que nombrarlo como tonto es a causa de su limitación para comprender las maravillas que suceden a su alrededor, una especie de reproche doctrinal. En antípoda, colocando al poema en un contexto burlesco, sarcástico y terrenal, más apegado a lo que se sabe desde la cotidianidad que a lo que debería creerse según los dictámenes de la intelectualidad, la tontería josefina emerge de su ceguera. José vive engañado cual cornudo, ya que otro, en este caso Dios padre o el Espíritu Santo, tomó a su mujer y le hizo un hijo, a quien, por si fuera poco, debe atender. Añadiendo una tercera posibilidad, no debemos descartar que, al igual que los herejes de la Iglesia primitiva, hubiese incrédulos a quienes la encarnación les resultase mera farsa inconsistente. Entonces sí, José era tonto porque algún hombre embarazó a su mujer y le vinieron con un cuento elaborado.

La posibilidad cuarta, por la cual nos inclinamos, acorde con nuestra premisa de género, iría en concordancia con el acento del José *burlado*, englobando pues todos los vilipendios de los versos. La crítica esencial en los poemas de Deschamps es hacia la subversión del orden de las cosas. El recordatorio punzante de un paradigma patriarcal convenido, dirigido al público masculino, es que *los hombres no se someten a las mujeres, ni quedan en posición subalterna, o acarrearán para sí la clasificación de tontos*. A José se le recrimina por su actitud complaciente, germen de su marchitez y desaliento. Ergo, de aquí era posible obtener una enseñanza: se puede ser nutricio pero desde la potestad. No siendo el que carga el fardo sino quien posee los recursos para administrar y delegar. Por lo tanto, tonto será aquel que no ejercite su condición predeterminada como timón del barco, cuya fortaleza y autosuficiencia sean puestas en duda.¹²⁴

¹²⁴ Payan subraya que este poema coincide con otros realizados por Deschamps, donde se describe la tiranización de un anciano por parte de su juvenil y bella esposa, en sintonía con los *fabliaux*, género literario de contenido erótico o picaresco. El investigador concluye que para el caso josefino, la mofa queda en un segundo plano, convertida en “sonrisas de simpatía”. Por ende, José desde su mundanidad se erige como modelo y consuelo al hacer eco de las dificultades cotidianas. Lo dicho por el investigador francés tendría cabida desde una interpretación afable. Empero, si asimilamos a

A causa de siglos de adulación teológica por su función como *Theotokos*, María fue colocada en el pináculo de la mitología cristiana y nunca ha descendido del pedestal. Digamos que los personajes a su alrededor, exceptuando a Cristo, palidecían frente a su protagonismo en la historia de la salvación. José, en una cultura cristiana afecta a las dicotomías, fungió como material de contraste: a más hundimiento de las falencias humanas, mayor exaltación de las singularidades divinas. Hombre y mujer también fueron parte de la distribución semántica dual, ubicando al primero con los valores de lo positivo, deseable y superior; y a la segunda con las carencias de lo negativo, repudiable e inferior. En el panorama medieval José contribuyó al no ejercer sus derechos masculinos, minimizándose, distanciándose, ridiculizándose, subvirtiéndose. Terminó pues por *feminizarse* al ser revestido con cualidades mujeriles como obedecer, callar y servir; cuando en la órbita familiar lo “natural” para el hombre era todo lo opuesto: disponer, tener voz de mando y recibir las gratitudes de los súbditos. Así pues, las mofas y el descrédito hacia José nacieron de su negación ontológica, ya que, mediante el visor patriarcal, san José era un *no hombre*. Por esta razón, factiblemente, el divertimento proveniente de la burla abrevaba de un juicio de merecimiento -*merece* el escarnio por tonto-, como una especie de castigo por no congeniar con los parámetros de virilidad en auge.

2.2 Masculinidades en encrucijada: José versus Jesús

Hemos dicho con antelación que los aspectos serviciales se han interpretado como evidencias de José ejerciendo su papel de *nutritor domini*, los cuales obtuvieron resonancia en tipos iconográficos como el *Descanso de la huida a Egipto*.¹²⁵ Sin embargo, se conservan

José con las estructuras de los *fabliaux*, se corroboraría nuestra propuesta: causa risa quien es vilipendiado por su mujer, al transgredirse las normas sociales y las *raisons d'être* masculinas. ¿Qué en específico permitiría la transición de risa irónica a risa simpática? ¿Acaso Deschamps sería sarcástico en sus otros trabajos y en este en específico, el potencial burlesco se difuminaría *ipso facto*? Cfr. Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, pp. 285-286; Josefa López Alcaraz, *Los “Fabliaux”*, España, Universidad de Murcia, 1990, pp. 11-17.

¹²⁵ Véase Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art...*, pp. 24, 38, 80-81.

muestras de otras perspectivas, tan exitosas que continuaron vigentes en pleno siglo XVI, donde el acto específico de dar de comer no resultaba del todo favorable, a nuestro parecer, en el entendimiento de no ser lo propio del ámbito varonil.

Por ejemplo, en las representaciones teatrales de la Natividad, como la escrita por el alemán Jörg Wickram, el caos reinaba en la casa nazarena. El Niño lloraba desafortunadamente en su cuna. Para apaciguarlo, José cocinó raudo una papilla. Como el llanto iba *in crescendo*, José tomó una cucharada caliente del potaje y la aplicó bruscamente en la boca del infante, causándole quemaduras. El resultado de la bobería fue que el Niño brincó de su cuna y agarró a José por los cabellos, iniciándose una dura pelea. Como las fuerzas de Jesús eran superiores, terminó por derribar al anciano.¹²⁶ Si bien, por los estándares del género dramático la sacralidad crística pudo colindar con lo censurable, pronto le es restaurada su hombría en este *duelo de varones*. Jesús niño, vigoroso y dominante, pone en su lugar al José débil y subyugable. En esta medición de fuerzas, triunfa el modelo de la idealización masculina: Jesucristo, hombre perfecto *ab origine*.

Hubo otros escenarios donde se imaginó a José como comparsa antagonista del Niño. Entre ellos se encuentran las leyendas donde Jesús recogía agua para cubrir las necesidades de su hogar; tan difundidas que las encontramos dentro de la literatura inglesa, la *Historia scholastica* del galo Pedro Comestor, las *Meditaciones de la Vida de Cristo* de Johanness de Caulibus y en un sermón del valenciano Vicente Ferrer, en cuya narrativa basaremos la descripción de la pía anécdota. María se dispone para traer agua pero José le dice que él se hará cargo. Interrumpiendo la amable disputa, Jesús se apropia del cántaro y anuncia que él irá en busca del líquido. José reacciona ante la disposición del Niño, ordenándole deferentemente que no vaya. El carpintero recibió como respuesta una enseñanza: “Iré para dar un buen ejemplo a los demás niños”. Esto con el fin de que los críos, al ver el ejemplo del Niño, sirviesen en todo a sus padres.¹²⁷ Las variantes del relato remarcan la ayuda de Jesús, al enfatizar que María carecía de apoyo alguno. Si bien, no hay una denostación explícita sobre José y la intención primaria del acontecimiento es la

¹²⁶ Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art...*, pp. 93-94.

¹²⁷ Mary Dzon, “Joseph and the Amazing Christ-Child...”, pp. 139-140.

exaltación del divino infante, nuevamente resulta notorio que José no es suficiente como proveedor y gobierno familiar. El Niño, como hombre al mando, suple las funciones de su padre terrenal.

Mary Dzon es muy puntual respecto a la falta de brío y la actitud timorata que recubren a José. Él es falto de la confianza en sí mismo que se esperaba en todo hombre según las expectativas de la cultura medieval, revelándose como portador de una emocionalidad típica de mujeres y niños.¹²⁸ Autoridad blandengue, miedo y frustración dominaban a José por las sombrías travesuras de un Niño indomeñable, por el repudio que podría sobrevenirles por parte del pueblo y, peor aún, por las potenciales represalias al más puro estilo de la ley del talión. Es por ello que, en ocasiones, José antepone su instinto de supervivencia, soslayando la protección a ultranza de sus sacros allegados, encomendada desde las alturas. Se conservan relatos ingleses donde José corre de la casa al desastroso Niño, pues era causante de múltiples reproches por sus maneras problemáticas. De la misma tradición, incluso el carpintero amenaza a María con huir de su lado, diciéndole que temía que algún hombre furibundo matase al Niño por motivo de sus tropelías. El diálogo josefino es harto revelador: “I will go away from *your child*”. José dice claramente que se alejará del hijo de María. No lo refiere en plural: *nuestro hijo*. Así, queda expuesta la configuración de la vivienda nazarena. Los tres moradores aún no conformaban un triángulo equilátero, donde el padre fuese el vértice puntero: Cristo y su madre por un lado, en unión indivisible; José por el otro, cuya presencia es tan ausente, que bien podría irse y no alterar la esencia de la protofamilia divina.

Vista a través de las narrativas legendarias que abrevaron en los evangelios apócrifos, la estructura de esta singular familia, al José ceder o no asumir su rol patriarcal, devino en una suerte de matriarcado, pues cada que sucedían problemas, el carpintero buscaba a su consorte para que ella solucionase los altercados. Aunque, naturalmente, los judíos en primera instancia acudían al padre para que corrigiese al tremendo Niño, José plagado de angustias, les decía a quienes los imprecaban que María arreglaría la situación.

¹²⁸ Mary Dzon, “Joseph and the Amazing Christ-Child...”, p. 145.

Tanto adolecía José de autoridad que temía molestar a Jesús y sufrir severas consecuencias. Por lo tanto, prefería vivir a la sombra mariana pues le preocupaba que, en cualquier momento, Jesús exhibiese su poder sobre él.¹²⁹

2.3 El anciano impotente: la sexualidad menguada de José para salvaguarda de María

Inmerso en este contexto desfavorecedor, la disminución de la virilidad de José facilitó que se hermanase con ciertos estereotipos representativos de lo execrable, tanto literarios como visuales, siendo una reacción ordinaria el escarnio colectivo hacia su persona. Ancianos bobos, hombres timados por la infidelidad de sus cónyuges, seres agrestes mermados frente a las maneras burguesas, varones domeñados por sus mujeres y convertidos en animales de carga que reciben azotainas; simbolizaron algunas facetas de las masculinidades infructuosas.¹³⁰ Para el caso josefino, el palurdo campesino que come y bebe con desfachatez,¹³¹ o el avaro judío que acumula riquezas y refunfuña ante alguna tentativa de expolio,¹³² fueron *leitmotivs* anclados en José, escenificados y transmitidos por toda la cristiandad europea.

¹²⁹ Mary Dzon, "Joseph and the Amazing Christ-Child...", p. 151.

¹³⁰ Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art...*, p. 93.

¹³¹ Desde el siglo XIV se gestó una yuxtaposición compositivo-simbólica entre José y el burro, revistiéndolo como un completo tonto frente a la beldad, juventud y gracilidad de su cónyuge. En la Baja Edad Media fue común la evocación de lo campirano como sinónimo de "bestial estupidez". Tosquedad, glotonería, desenfreno y carácter licencioso fueron antónimos del decoro burgués. Digamos que las distancias entre lo rústico y lo citadino también se engarzaron en José y María. Él se muestra con la boca abierta, los dientes expuestos, la epidermis tostada y mirada boba, rasgos de una *fisionomía de la bajeza* -como en las pinturas del Maestro Bertram von Minden, las más discutidas al respecto en la historiografía josefina-; mientras que ella es sutil, contenida, alba y porta vestimentas fulgurantes. Cabe mencionar que al coligarse al "hombre natural" con los comportamientos de la fauna, a manera de combo, éste adquiría la estupidez e irracionalidad de los animales junto con una tendencia a la bondad. Así, José es bienintencionado y lerdo a la vez. Véase Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art...*, pp. 6-7, 67-77 y 118-122; Paul Payan, "Ridicule ? L'image ambiguë de saint Joseph...", pp. 98-99.

¹³² El motivo ha sido interpretado en vertientes contrapuestas: un judío avaro de veta antisemita o un *paterfamilias* que toma medidas precautorias. Williams insiste en que el énfasis despectivo de la tacañería josefina, generador de risas, cohabitaba con las gestiones de un hombre precavido y

El motivo más recurrente fue la personificación del carpintero como un marido anciano, ignorante del engaño perpetrado por su pareja, tomado por idiota al desconocer su condición cornuda. La vía para engarzar el tópico fue combinarlo con el episodio bíblico donde José se vio confrontado al percance del embarazo mariano.¹³³ No está de más señalar desde ahora que será de gran valía dilucidar la transformación de dicho tópico a través de los siglos, con el fin de sopesar cómo las reformulaciones de género fueron determinantes para la metamorfosis josefina. En el Medioevo, la postura dubitativa del consorte de María fue sinónimo de ineptitud y masculinidad menguada; para la época moderna, intitulada la situación como los *celos de San José*, los agobios josefinos serán signo de superioridad intelectual y, hasta cierto punto, reacción deseable en un hombre que defiende sus pertenencias y se dispone a restaurar las honras presumiblemente mancilladas, mostrando pues en el arrebató del celo, interés y amor hacia *lo suyo*.¹³⁴

Luenga fue la compaginación de José con las tipologías del *henpecked husband*, auspiciadas por su disfuncionalidad onerosa, como lo ha demostrado Francesca Alberti. Al vislumbrar las similitudes conceptuales entre Vulcano y José en el arte renacentista, advierte que ambos son figurados como viejos poco atractivos o francamente feos, contrastantes con los altos ideales de belleza y perfección coligados en sus consortes. En la tradición de las *parejas disparejas*, ellos llevaban las de perder al ser la parte menos agraciada de la dupla y, acorde con la cultura sexual de la época, eran propensos a la infidelidad de sus juveniles esposas, pues sus fuerzas endeables no daban para acoplarse en vitalidad con ellas.¹³⁵

responsable. Las cualidades compositivas y de estilo complejizan aún más la inclinación de la balanza. En términos formales, el motivo provenía de una genealogía de la imagen enraizada con la inmoralidad de la acumulación de riquezas. Sumemos que, en ocasiones, José fue representado con una piel más oscura a la del resto de los personajes en escena; además, la mixtura entre su gorro judaico y, en ocasiones, la presencia de halo. Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art...*, pp. 188-203.

¹³³ Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art...*, p. 25.

¹³⁴ Véase Jorge Luis Merlo Solorio, "A la sombra de un marido...", pp. 137-153; Francesca Alberti, "'Divine cuckolds': Joseph and Vulcan...", p. 160.

¹³⁵ Francesca Alberti, "'Divine cuckolds': Joseph and Vulcan...", p. 149.

El vilipendio a la potencia sexual de José, manifiesto en la pintura tardomedieval, los especialistas lo han detectado a partir de tropos visuales. Sucede así en la *Vida de San José* de Hoogstraten (**fig. 6**). La lectura de los tipos iconográficos congregados en el cuadro inicia al interior de la sinagoga donde José fue electo por designio sobrenatural como consorte de María, y culmina con las indicaciones del ángel para salvar al Niño de la furia herodiana. Saltan a la vista las divergencias entre María y José. Ella destaca por su posicionamiento frontal y elevado, sus blancos atavíos, su rubia cabellera y un prolijo nimbo dorado que le enmarca el rostro, sereno y de sonrisa modesta. En cambio José porta vestimentas en colores rojo y ocre, al igual que los comparsas de las primeras escenas; fue colocado a la diagonal en un plano inferior al de María, no porta nimbo y su expresión es adusta. A la derecha del nacimiento de Jesús está representado el momento en el cual José pidió perdón a su esposa por haber dudado de ella ante el desconocimiento del misterio de la encarnación. Frente a él y atados a su cintura, instrumentos carpinteriles, yacentes y de grandes dimensiones, connotan menoscabo en términos fálicos.¹³⁶ Ostentan pues aquello de lo que el personaje adolece: potencia, rigidez y actividad.

Pueden citarse varios ejemplos de la misma índole. En la tabla adjudicada al Maestro de Estrasburgo (**fig. 7**), mientras María dedica su tiempo a las destrezas del hilo y la aguja, José es advertido por un ángel, cuya filacteria ininteligible seguramente le esclarece al carpintero los porqués del vientre abultado. Detrás del bolso del anciano, pende una funda vacía. En cambio, sobre la mesa de la habitación mariana, prima un cuchillo erguido clavado por la punta. Su disposición vertical da una sensación de firmeza. Este guiño simbólico enmarca el desasosiego josefino: se sabe impotente y aquí le es informado quién y cómo lo ha suplido.¹³⁷

En la *Anunciación* del Maestro de la Vista de Santa Gudula, José se aleja del hogar para ejercer su oficio (**fig. 8**). Al hombro, carga una alargada sierra, idéntica a la del cuadro de Hoogstraten. Una vez más, en lenguaje metafórico, lo fálico de la herramienta radica en

¹³⁶ Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art...*, p. 134; Francesca Alberti, "Divine cuckolds': Joseph and Vulcan...", p. 154.

¹³⁷ Francesca Alberti, "Divine cuckolds': Joseph and Vulcan...", p. 154.

su longitud, rigidez y vaivén al emplearse; mas sus distintivos se degradan al no tener uso. Dos motivos agregados recalcan las insinuaciones sobre la impotencia josefina: la escultura de Moisés que decora el exterior de la jamba puesta en primer plano y la fuente cercada por un *hortus conclusus*. Si bien, como bien apunta Alberti, la presencia de Moisés alude a la llegada del Mesías como parteaguas, mojón que define un antes y un después en la historia de la humanidad; los cuernos en su testa, atributo iconográfico nacido de una errónea lectura bíblica, juegan con los dobles sentidos de la imagen: el anciano se retira de su casa, mientras un mozo atractivo ingresa a los aposentos de su mujer. El jardín contiguo al camino que cruza José, detenta cuatro estatuillas que irrigan una fuente, al simular que orinan con sus penes prominentes. Dichos miembros son ambivalentes. Para María atribuyen fertilidad, para José una comparativa desaventajada.¹³⁸

Cerremos con una miniatura del *Libro de Horas de Catalina de Cleves* (**fig. 9**). Presenciamos un día en la morada de Jesús, María y José. El rosáceo Niño, cuya cabeza la aderezan unas áureas potencias, es amamantado por su madre, quien reposa en una silla con asiento de mimbre. Como es usual en la iconografía medieval, una estera hace las veces de la mandorla bizantina, es decir, separa las dimensiones de lo sagrado y lo profano. Notamos el profundo vínculo entre ambos por la mirada que se dirigen. Las vistas de la lactancia no sólo reforzaron doctrinalmente que Jesús fue del todo humano, sino que también fueron acento del nexo divino y profusamente amoroso entre madre e hijo. José, ligeramente en un segundo plano, no se integra a la zona sacra ni participa en los misterios infundidos entre pecho, boca y ojos. Él, sedente en un bufonesco asiento manufacturado a partir de un barril, está cercano al fogón donde calienta los alimentos. Antes de extenderlos a alguno de sus congéneres, en un cuenco de madera cucharetea una porción para enfriarla. Su mirada vaga se pierde hacia las afueras del marco. A la cadera porta un cinturón negro que al frente, sobre la región púbica, sujeta un bolso y una daga. Tanto el mango de ésta como el contorno mixtilíneo del bolso simulan genitales, un diminuto pene con testículos.¹³⁹

¹³⁸ Francesca Alberti, "Divine cuckolds': Joseph and Vulcan...", pp. 154-155.

¹³⁹ Desde su propuesta de las imágenes josefinas como promotoras de sátiras, Williams arguye que la miniatura pertenece a la dimensión de los "divertidos juegos de palabras visuales", donde las

La hombría aminorada de José tuvo pues capas superpuestas, pero provenientes todas del trastoque de los cánones de género. Es por ello que la iconografía sacra tuvo puentes de interconexión con otras modalidades compositivas y formales, propias del capital visual secular de la Baja Edad Media. En las representaciones donde se ilustraba un mundo enrevesado, la *batalla de los pantalones* ejemplifica la humillación masculina al verse domeñada por mujeres imperiosas. Un matrimonio en gresca, donde la mujer tira de los calzones de su consorte, lo golpea con utensilios caseros, lo monta cual animal de carga; denotaba el castigo merecido por haber sucumbido ante la seducción femenina, en ridiculización de los maridos por permitir la tergiversación del orden natural, donde los hombres encabezan sus hogares.¹⁴⁰ Aludimos a esta categoría iconográfica para comprobar que la virilidad infamante de José y las mofas derivadas, se nutrían de una *episteme patriarcal* que las refrendaba y colmaba de sentido. La unión dispar entre un anciano y una doncella no era el germen del escarnio, pues si el viejo comprobaba ser un *hombre cabal* mediante su suficiencia en términos de manutención, resguardo y vastedad, pasaba de lo despreciable a lo conveniente.

A decir de Pamela Sheingorn, los tipos iconográficos donde convivían María y el Padre eterno normalizaron la idea del cobijo y protección solidarios como parte integral del vínculo amoroso entre un anciano y una manceba;¹⁴¹ a su vez, el paralelismo entre Dios y José dejaba malparado al segundo pues su tibieza e índole apocada, lo despojaron por

bromas sobre José tienden a ser incluso “encantadoras”. La daga ausente, inerte o en manifiesta flacidez, contrasta con la simbolización fálica común en el arte secular de los siglos XIV al XVI, donde los varones ostentan espadas o dagas prominentes entre las piernas. Pero si cotejamos la miniatura con otras imágenes religiosas, la disfuncionalidad josefina tal vez no tienda necesariamente hacia lo “encantador”. Por ejemplo, los tipos iconográficos de temática pasionaria como el de Maerten van Heemskerck, donde Cristo posee un desmesurado pene como signo de su perfección masculina, o se muestra itifálico por alusión a su “carne resurrecta”; podrían clasificar la virilidad josefina en un rango inferior, al tornarse el miembro viril como metonimia de la potencia masculino-divina. Cfr. Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art...*, pp. 136-137; Anne L. Williams, “Satirizing the Sacred: Humor in Saint Joseph’s...”, p. 12; Leo Steinberg, *La sexualidad de Cristo en el arte del Renacimiento y en el olvido moderno*, Madrid, Hermann Blume, 1989, pp. 104-111.

¹⁴⁰ Anne L. Williams, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art...*, p. 105.

¹⁴¹ Pamela Sheingorn, “The maternal behavior of God: Divine Father as fantasy husband”, en John Carmi Parsons and Bonnie Wheeler (ed.), *Medieval mothering*, New York, Garland Publishing, 1996, p. 81.

completo de los valores de poder y autonomía propios del “padre edípico medieval”. Como su cónyuge espiritual, desde la Anunciación es Dios padre quien despliega estas cualidades -además del Espíritu Santo, numen masculino que interviene directamente en el cuerpo mariano-, con una inmutable presencia en la vida de María.¹⁴² Cual elemento transhistórico, desde los evangelios apócrifos hasta el ocaso renacentista, ya fuera en dispositivos visuales u orales, frente a las insuficiencias de José siempre estabilizaba la infalible fórmula proferida por la Virgen: *Dios proveerá*. La Trinidad, a través de cada una de sus esencias individualizadas, era quien hacía las veces del varón fuerte que empataba con la grandeza de la mujer sin parangón. Así, Dios padre como “esposo fantástico” coincidía con el arquetipo del héroe difundido en los romances; mientras que José, como fárrago humano, podía equipararse sólo con los maridos plebeyos, comunes y corrientes.¹⁴³

2.4 Un ejemplo tardío

Con lo analizado hasta aquí, a partir de un enfoque histórico de género, quizá podamos acceder desde otra perspectiva a las peculiaridades josefinas. Pero antes de mostrar los planteamientos teologales que incitaron al viraje paradigmático de José, revisemos un último testimonio visual que trasciende la temporalidad medieval, con el fin de reconocer

¹⁴² Pamela Sheingorn, “The maternal behavior of God...”, pp. 85-86.

¹⁴³ La rubicundez y potencia fálica, mezcladas con la gentileza y atención del caballero que protege a su dama, hicieron en María y el Eterno Padre una complicidad niveladora. Cuando la Omnipotencia mostraba su cólera fulminante atacando con rayos o flechas, era la Virgen quien lo apaciguaba, obteniendo el perdón para los pecadores. Según Sheingorn, es admisible especular que las mujeres medievales bien pudieron prenderse de las maravillas del esposo divino, pues reunía todas las expectativas que, a veces, faltaban en casa: nunca maltrató ni abusó de María, envió a sus sirvientes angelicales a velarla, la elevó a una posición más alta de lo que ella hubiera esperado y la hizo reina. Basada en los trabajos de Janice Radway, Sheingorn concluye que la relación entre Dios y la Virgen pudo gestar en las mujeres sentimientos esperanzadores, sustento emocional y una sensación de bienestar, al ver, escuchar y fantasear con un envidiable *hombre maternal* -en el sentido de cuidado y “nutrimento afectivo”-, ya que el anciano divino cubría todas las necesidades de la damisela virginal y, además, le proveía de gracias. En relación con nuestro tema de interés, entonces el problema con José no era la vejez *per se*, sino específicamente su vejez paupérrima en un amplio sentido. Véase Pamela Sheingorn, “The maternal behavior of God...”, pp. 93-95.

una prolongada coexistencia agrídulce entre escarnio y apología, misma que caerá definitivamente hasta el siglo XVII.

Frans Floris, artista flamenco embebido del renacimiento italiano, representó en al menos cinco ocasiones a José en relación con la parentela sacra. En su *Sagrada Familia* de 1552 (**fig. 10**), el viejo carpintero aún prepara las gachas del risueño infante, proporcionadas por la grácil Virgen que abarca el primer plano. La fineza de las manos josefinas al tocar el jarro y la palilla mezcladora, así como sus ropajes dorados y un rostro grave de ceño ligeramente fruncido, le dan en esta ventana intimista una inusitada solemnidad. En otra obra de temática similar, Floris añade a santa Ana en la convivencia hogareña, quien duerme plácidamente mientras María carga al Niño y José lo besa dulce y juguetonamente. Como remanente iconográfico, en ambos cuadros, José mantiene una tez más oscura en comparación con las facciones marmóreas de Jesús y su madre, es decir, la visión es favorable pero persiste cierta reticencia a la homologación de los tres personajes.

Destaca en demasía el lienzo realizado por Floris en 1553 (**fig. 11**). De nuevo, el escenario es el interior doméstico. La Virgen, serena y de mirada profunda, reposa descalza en una suerte de camilla-estera. El alegre Niño, listo para ser amamantado, descubre con embeleso el redondo y turgente seno de María. Un cesto con ropa, plato y cuchara metálica, caldero al fuego, así como unas alargadas tenazas, son los emblemas que rodean a José. Él sonríe grotescamente, haciendo indecorosamente visibles sus dientes. Al añadirse el arqueamiento de las cejas, su rostro se atesta de surcos que acentúan su vejez, junto con la nariz aguileña y su pronunciada barca cana. En conjunto con las manos que se apretujan como rúbrica de deseo, José pues tiende hacia una actitud lasciva en consonancia con las signaturas infamantes del Medioevo.¹⁴⁴ Nuestra interpretación adquiere sustento al equiparar otros trabajos del mismo pintor. José es afín, formal y conceptualmente, al beodo Lot que está a punto de yacer con sus hijas (**fig. 12**); a los condenados gesticulantes del Juicio Final (**fig. 13**); e incluso es cercano a los ángeles rebeldes en sus mutaciones zoomorfas (**fig. 14**), en el contraste dicotómico con la beldad de los ángeles justicieros,

¹⁴⁴ Véase Eduard H. Wouk, *Frans Floris (1519/20-1570): Imagining a Northern Renaissance*, Boston, Brill, 2018, p. 307.

cuyas narices espigadas, cabellos ensortijados y trigueños, además de su sobriedad en medio del caos, son análogos con la dignidad de María y Jesús.

Hemos reiterado en lo dificultoso de asimilarse con alguien que reproduce signos culturales negativos y, por lo tanto, pertenece a la gama de lo in-deseable. A lo largo de la historia del cristianismo, el éxito y apropiación de los modelos de santidad ha sido posible gracias a una colectividad que se identifica con ellos y los convierte en objetivos a imitar. Los santos se tornan en *alter ego*, en entes de mimetización, pues reúnen elementos aspiracionales. Ellos congregan lo mejor y apetecible, no sólo en términos conductuales y/o espirituales, sino también en la extroversión o somatización de sus perfecciones etéreas (vg. belleza física). Haciendo un parangón con un caso de santidad contemporánea, José coincidiría a la perfección con las dificultades para cimentar un culto a Juan Diego. Así como en la Edad Media nadie querría ser el hombre cornudo y vituperable, en el México del siglo XXI, presa de históricos juicios de valor, *nadie quiere ser (como el) indio*.

Resulta demasiado rebuscada la propuesta de ver en José un aliciente para sobrellevar la vida cristiana desde la humillación burlesca -algo diametralmente diferente a lo que era, por ejemplo, la humildad de san Francisco-, sobre todo en sociedades que valoran la competitividad y la fortaleza como dignidades destacables en los varones. Tan es así que el descrédito josefino en clave de género, aún hoy sigue vigente. Piénsese en toda la ristra de *memes* en redes sociales, los cuales versan sobre la incredulidad en la *incarnatio* y la consecuente estupidez josefina. Tópico tan universalizado que la productora brasileña Porta dos Fundos, en su controversial sátira navideña de 2019, intitulada *La primera tentación de Cristo*, mostró a José como cornudo infravalorado por no tener la potencia masculina para retener y satisfacer a su mujer, orillándola a buscar un hombre con la virilidad necesaria, es decir, el Padre eterno.¹⁴⁵

¹⁴⁵ La película fue censurada por insinuar una relación homosexual de Jesús y las instalaciones de la productora recibieron ataques con cocteles molotov. Véase Israel Yerena, “La primera tentación de Cristo”, una comedia eclipsada por los prejuicios” [<https://cineoculto.com/2020/01/primeratentacion-cristo-comedia-eclipsada-prejuicios/>] (Consultado el 10 de enero de 2020)

Todo encaja para comprobar que la mancuerna entre demasiada mundanidad¹⁴⁶ y poca virilidad fue el lastre de José, concordando con un postulado fundamental: al modificar los teólogos la piedra clave de género, el edificio josefino pasó de ser choza a catedral. Justo el carácter terrenal y pragmático de José, mutado gracias a la adjudicación de las prerrogativas patriarcales, fueron las justificaciones para su exaltación. Siguió auxiliando a sus allegados mediante el esfuerzo de sus manos, pero dejó atrás pañales y ollas, sustituyéndolos con escoplos y martillos. Se mantuvo humilde, paupérrimo, pero por caridad y voluntad, no por incapacidad o falta de brío. A semejanza o encarnación de los paradigmas patriarcales, José tomó las riendas del hogar, puso bajo su manto a los suyos e intercambió con María y Jesús, obediencia por mando. Para la época moderna su mucha mundanidad acendrada, liberada de trompicones, lo convirtió en el esposo y padre perfecto, igual o incluso más que el Padre eterno.

II.- La metamorfosis de José mediante la coraza patriarcal

A nuestro parecer, el salto cualitativo que dio un viraje drástico a la percepción josefina, provino de la pluma del teólogo francés Jean Gerson, quien mediante su empeño por

¹⁴⁶ Cfr. Paul Payan, "Ridicule ? L'image ambiguë de saint Joseph...", pp. 109-110. * Payan menciona que para los fieles, quizá José fuese demasiado mundano como para despertarles devoción. Para justificar lo risible arraigado en el carpintero se basa en el *De duodecim honoribus sancti Iosephi* de Pierre d'Ailly. Siguiendo los razonamientos del teólogo francés, enfatiza que la humillación josefina fue su sendero de enaltecimiento, acorde con la invectiva que Jesús dirigió a los fariseos: "quien se ensalza será humillado, quien se humilla será ensalzado" (Mt. 23, 12). Aquí, de nuevo, entra en juego la ambigüedad. La disquisición funciona si, a priori, se asume en José una nobleza davídica junto con una masculinidad inmarcesible. Así, *motu proprio*, José denegaría sus merecimientos heredados y mediante pobreza y servicio subiría a lo más alto de la gloria. Esto nos deja en claro que el giro cualitativo en la percepción josefina vino, sin duda, de una intencionalidad teológica, la cual fungió como sedimento para propagar la devoción a José en la época moderna. Pero la visión de los eruditos sólo es una parte del entramado religioso. Falta la experiencia, juicio, apropiación o desdén de los creyentes. El arraigo de José en el ámbito devocional probablemente falseó por siglos ya que fue más enérgica la popularización del vilipendio desde las coordenadas de género que los intentos clericales de instaurar un culto josefino, mismo que tendrá verdaderas intenciones de erigirse hasta el siglo XV, y al hacerlo, fue indispensable metamorfosarse a José.

instaurar la fiesta de los Desposorios, tuvo que justificar la legitimidad del matrimonio de José y María. Para equilibrar a la pareja inarmónica del viejo cansino y la excelsa joven fue indispensable *recrear* a José. La transmutación requirió de acuñar una exégesis que desdeñase los saberes de los apócrifos, sosteniendo que lo escudriñado teologalmente, provenía de la lectura correcta de los evangelios canónicos. Así, al absorber los modelos y cánones profundamente patriarcales del texto bíblico, José fue revestido con los parámetros propios de lo masculino: fuerza, mando, dilección y primacía.

1. Jean Gerson. El adalid de san José

Jean Gerson, discípulo del connotado Pierre d'Ailly, fue canciller de la Universidad de París. Pieza clave en los estertores del Cisma de Occidente, Gerson participó en el Concilio de Constanza, donde pudo explayar sus razones para la instauración de la fiesta de los Desposorios. Si bien, mediante tratados, cartas, sermones y poemas, el canciller difundió la nueva modalidad de José a diversos públicos, cabe aclarar que la producción josefina de Gerson, delimitada entre los años 1413-1418 y compuesta de una treintena de textos que lo abordaron como interés base o tema tangencial, persiguió siempre el objetivo primordial de afianzar dicha festividad.¹⁴⁷ Digamos que la propagación de la devoción a José fue un proceso colateral. Sin embargo, al colocarlo al mismo nivel de santidad que María, éste pudo ser divulgado como ejemplo ubérrimo de vida cristiana.¹⁴⁸ Por los deberes y el contexto en el cual se desenvolvió el canciller parisino, la devoción josefina fue orquestada desde un interés eminentemente político, pues convirtió al dócil carpintero en un espejo de paz, unión y humildad, frente a una disputa feroz por el poder.¹⁴⁹ Si José como mandamás y protector de la madre impoluta y el dios encarnado, ejercía su labor con diligencia y virtud, ¿qué debería esperarse de quienes ostentaban los poderes terrenales?

¹⁴⁷ Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, pp. 145 y 153.

¹⁴⁸ Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, p. 178.

¹⁴⁹ Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, pp. 164 y 184.

Gerson no escatimó en esfuerzos para concretar su propósito. Para ello, envió una serie de cartas dirigidas a las iglesias, así como al duque de Berry, para que apoyasen su causa. Tal era su empeño que la aún no aprobada fiesta de los Desposorios, ya contaba con un oficio para su celebración, escrito por él mismo.¹⁵⁰ El canciller parisino ahondó en las meditaciones sobre José a través de tres textos paradigmáticos, cuyo contenido se convirtió en uno de los cimientos del pensamiento josefino en la época moderna; tanto así que, por ejemplo, en la oratoria novohispana, Gerson fue la segunda autoridad josefina más citada, después del milanés Isidoro de Isolano (**Anexo IV**).

Las *Considerations sur Saint Joseph* (1413), primera obra donde Gerson pudo exponer su discernimiento respecto a José, consta de veinticuatro consideraciones que despliegan la singular santidad del carpintero nazareno, en reformulación de aquellos aspectos que habían prevalecido permanentes y desfavorables a lo largo de los siglos (vg. su edad), anexando a la vez nuevas características de José como patriarca, al consolidar su estatuto como esposo y padre verdadero de María y Jesús, respectivamente. Dentro del Concilio de Constanza, Gerson fue el encargado de pronunciar el sermón latino para celebrar la natividad de la Virgen (*Jacob autem genuit Joseph*), el 8 de septiembre de 1416, donde frente a un auditorio tan notable, insistió en la conmemoración de los Desposorios basándose en el sustrato de sus *Considerations...*, tornando su prédica en una apología josefina. Dicho sermón es coyuntural en la historia de la teología sobre san José pues, tal y como afirma Paul Payan, “es la primera vez que el esposo de la Virgen aparece así en plena luz, en el corazón de una Iglesia enfrentada a la división”.¹⁵¹ Finalmente, debemos citar la monumental obra poética de Gerson, la cual consta de casi tres mil versos en latín, mejor conocida como la *Josefina*, redactada entre 1414 y 1418; trabajo que permite entrever la proclividad humanista del canciller, sobre todo en su aproximación a la épica latina, en particular, a la *Eneida* de Virgilio.¹⁵²

¹⁵⁰ Laurentino Ma. Herrán, *San José en los poetas españoles. Pensamiento teológico*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2001, p. 4.

¹⁵¹ Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, p. 150.

¹⁵² Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, pp. 147 y 151.

1.1 Poderío ilimitado. La ostentación patriarcal de san José

Gerson expresó en múltiples ocasiones el binarismo de género en boga, tanto en los ámbitos social y académico, al afirmar que las mujeres no eran aptas para enseñar o gobernar. Y fue justo desde esta visión que forjó la transformación de José, al “corregir” u otorgarle las prerrogativas que le correspondían como *paterfamilias*. Por ello, en sus trabajos referidos, hizo un *tour de force* crucial: subordinar a la Virgen al mando de José.¹⁵³ Esta inventiva causó una completa revolución en la percepción teológico-devocional de los miembros de la familia nazarena, pues cada uno de sus integrantes adquirió nuevos avatares.

María, desde el Concilio de Éfeso, había sido acreditada como la *Deípara*, la madre de Dios, cuya excelsitud la diferenciaba por completo de cualquier otro ser humano, tornándose en un ser cuasi divino.¹⁵⁴ Como hemos repasado, Cristo era un émulo del Dios padre veterotestamentario, incontrovertible y terrorífico, sólo cercano a su madre, única capaz de apaciguarlo. Y José era un mero personaje accesorio, trampolín para proyectar la magnificencia de sus allegados. Con la exégesis de Gerson, por primera vez, María fue concebida con las expectativas promovidas entre las esposas comunes, es decir, actitud servicial y silente, obediencia, abnegación, sumisión, de rol secundario en la estratificación doméstica, cuya razón de ser era la atención y agasajo de su marido y su progenie.¹⁵⁵ Así,

¹⁵³ Cfr. Nancy McLoughlin, *Jean Gerson and Gender. Rhetoric and politics in fifteenth-century France*, E.U.A., Palgrave Macmillan, 2015, p. 7; Catherine Brown, *Pastor and laity in the theology of Jean Gerson*, Inglaterra, Cambridge University Press, 2004, pp. 209-238.

¹⁵⁴ Marina Warner, *Alone of all her sex. The myth and the cult of the Virgin Mary*, Reino Unido, Oxford University Press, 2013, pp. 66-67.

¹⁵⁵ El prototipo de María como dechado de virtud, compendiadora de todas las gracias maritales, por supuesto que existió en la teología de antaño. Por ejemplo, el valenciano Vicente Ferrer imprecaba a las mujeres, exponiendo el comportamiento licencioso de las pecadoras. Una devoción nimia, pereza, vanidad e indecencia eran algunas de las falencias de las imprudentes, pero destacaba entre los peores el pretenderse superiores a sus maridos. No obstante, María jamás pudo ser calumniada, ya que no adoleció de estos deslices. Tan magnífica era que se sometió a un pobre y anciano José. Lo innovador en el pensamiento josefino de Gerson fue la sujeción mariana a un hombre potente y digno, a un esposo de alcornia, coincidente con su estatus de santidad. Así, José gozaba de la dicha y el honor de ser cónyuge de María pero, a la inversa, ahora la Virgen también

Jesús, como humano perfecto y, por ende, un hijo sin parangón sujeto a las leyes humanas, pasó de la indolencia a la dependencia y subordinación a su padre terrenal. José, ya juvenil y potente, tuvo para sí las funciones y derechos patriarcales: se ocupaba en cubrir las necesidades cotidianas mediante su oficio carpinteril, dejando los quehaceres del hogar a su mujer. Le correspondía proteger, proveer y amar a cambio de respeto, cuidados y amor retribuido.

Ya en el siglo XV, aunque aún no llegase la anuencia papal, podemos denominar a José como *santo*. Dicho siglo fue el parteaguas definitivo para la figura josefina, gestándose una segmentación en su transcurrir, entre un pasado ambiguo y un futuro prolífico en lisonjas, las cuales fueron incrementándose velozmente hasta alcanzar el paroxismo entre los siglos XVII y XVIII. Por ejemplo, décadas después de las disquisiciones gersonianas, Bernardino de Feltre desde la península itálica adjetivó a san José como “monstruo de la naturaleza” por congregarse en su misión dentro del plan salvífico, tareas tan eximias que sólo pudieron detentarlas por separado, algunos personajes ilustres del Nuevo Testamento.

Según el razonamiento del franciscano, Jesús delegó varias responsabilidades entre los suyos al momento de su muerte: para que lo sepultase, le confió a José de Arimatea su cuerpo; a Dios padre, en la agonía de la cruz, le encomendó su alma; al cederle las llaves del reino de los cielos, facultó a Pedro como regente de la Iglesia; y a Juan, le encargó a su madre. Pero “todo esto se lo había confiado primero a Joseph”: preservador del cuerpo y el alma de Cristo; rector y protector de su madre-esposa, es decir, María-Iglesia.¹⁵⁶ Nunca

podía vanagloriarse de estar bajo el cuidado y la tutela del que posteriormente sería denominado como el *Santo Patriarca*. Véase, Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, p. 213.

¹⁵⁶ Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, pp. 374 y 390. *Las connotaciones de inferioridad femenina que desarrollaremos a continuación, también fueron remarcadas en equiparaciones semánticas alusivas a la unión entre Dios y la Iglesia. Según Gerson, todo maridaje concentraba en su interior rasgos sobrenaturales y dicotómicos de dicho lazo místico. Los hombres representaban a Dios “por su autoridad, sus virtudes perfectas y activas”; mientras que las mujeres representaban a la Iglesia “con su pobreza y sus virtudes pasivas”. El matrimonio de la Virgen con José también contuvo estas valencias pero en estado superior, a causa de su santidad y alianza virginal. Véase, Ioachim Noboru Maegawa, *La doctrine de Jean Gerson sur Saint Joseph*, Montreal, Centre de Recherches et de Documentation Oratoire Saint-Joseph-Pontificium Athenaeum Antonianum, 1961, p. 34.

antes se le había cedido tanta responsabilidad y mérito a san José. Pero, bajo los lineamientos de género reconfigurados y asimilados, tanta valía le fue consustancial por ser un hombre íntegro.

Por su cariz mandatorio, las epístolas paulinas han ejercido un papel predominante en la configuración de las jerarquías al interior de las familias cristianas; situación que sigue vigente en nuestros días, en comunidades conservadoras, tanto católicas como protestantes, que alegan seguir al pie de la letra las directrices bíblicas. Conocidos son los señalamientos de san Pablo respecto al señorío de los hombres sobre las mujeres como reflejo de la superioridad de Dios sobre los varones;¹⁵⁷ la negación a que las mujeres se sobrepusiesen a sus maridos, supeditándose a ellos por ser herederas de los yerros de Eva;¹⁵⁸ o la negativa al conocimiento directo, pues si querían saber algo debían consultárselo a sus cónyuges.¹⁵⁹ Al recurrir al as bíblico por excelencia en lo que respecta al dominio masculino sobre lo femenino, Gerson pudo efectuar la inversión del liderazgo en el organigrama de la morada nazarena. Así, en su sermón de la natividad mariana, basándose en la Carta a los Efesios,¹⁶⁰ el canciller apuntaló las prerrogativas josefinas a través de las preeminencias patriarcales: “El evangelista Mateo expresa en dos palabras nuestro principio de fe: el primero, que de María había de nacer Jesús llamado Cristo, y por

¹⁵⁷ “Pero quiero que comprendáis que el Mesías es cabeza de todo varón, el varón es cabeza de la mujer y Dios es cabeza del Mesías” (1 Cor 11, 3) / “Y no fue creado el varón para la mujer, sino la mujer para el varón. Por eso debe la mujer llevar en la cabeza la señal de la autoridad (el velo) en atención a los ángeles” (1 Cor 11, 9-10).

¹⁵⁸ “La mujer ha de aprender en silencio y sumisa. No acepto que la mujer dé lecciones ni órdenes al varón. Estese callada, pues Adán fue creado primero y Eva después. No fue seducido Adán, la mujer fue seducida y cometió la transgresión. Pero se salvará por la maternidad, si mantiene con modestia la fe, el amor y la consagración” (1 Tim 2, 12-15).

¹⁵⁹ “Como en todas las asambleas de consagrados, las mujeres deben callar en la asamblea pues no se les permite hablar, sino que han de someterse, como prescribe la ley. Si quieren aprender algo, pregúntenlo a sus maridos en casa. Es vergonzoso que una mujer hable en la asamblea” (1 Cor 14, 33-35).

¹⁶⁰ “Las mujeres a los maridos como al Señor; pues el marido es cabeza de la mujer como Cristo es cabeza de la Iglesia, él que es el salvador del cuerpo. Pues, como la Iglesia se somete a Cristo, así las mujeres a los maridos en todo” (Ef 5, 22-24).

eso fue madre de Dios, ya que Cristo era Dios; y la otra, que José era marido de María, y también su cabeza pues el varón es la cabeza de la mujer, según el apóstol".¹⁶¹

La premisa del canciller parisino será decisiva, ya que fundamentó un proceder ordinario para la conformación de todos los rubros josefológicos. San José, al tener el mismo estatuto que María en tanto padre del Verbo encarnado, y de superioridad aún más grande por instituirse como señor legítimo de la Virgen vía conyugal, debía merecer los beneficios y dignidades que se le habían concedido a su esposa. En esta suerte de equiparación fue que germinaron nuevas cualidades para el carpintero: fue perpetuamente virgen por volitivo voto, por ende, no tuvo hijos ni una pareja anterior a María; fue un joven en la plenitud de sus capacidades, pues sólo un hombre vigoroso pudo desempeñarse como sustentador de su familia y ejecutor de los retos en el arduo camino hacia la cruz (vg. transportarlos a Egipto);¹⁶² como miembro de la casa de David, tenía sangre noble, por ello, la convención de su matrimonio contenía tintes de alianza señorial; etc.¹⁶³

De esta herencia interpretativa, en los siglos subsecuentes, gran parte de la producción devocional, artística y teológica josefina se erigió a manera de *pendant*. Piénsese en la reformulación dieciochesca hecha al tipo iconográfico bizantino de la *Virgen Eleúsa* (Virgen de la ternura), donde José sustituye a María, siendo el privilegiado de mimar e intercambiar caricias con el divino infante. Rosarios josefinos, las metonimias del corazón sacro, alegorías modificadas, advocaciones trasvasadas como el *San José de la Luz*, tradiciones como el tránsito o la ascensión en cuerpo y alma al cielo, son sólo algunos de los múltiples casos donde se efectuó esta dinámica de emparejamiento.

¹⁶¹ José Antonio Carrasco Sierra, *Matrimonio y paternidad de san José...*, pp. 225-226.

¹⁶² Además, según Gerson, la juventud de José era conveniente para mostrarlo como padre natural de Jesús frente al escrutinio de los judíos, pues un anciano hubiera causado sospechas sobre la procreación de Cristo. El canciller critica a las representaciones artísticas como difusoras de la constitución vetusta de José, pero asume que envejecer al carpintero fue una estrategia de la Iglesia temprana para consolidar la virginidad mariana. Así, Gerson propone que un José restituido en sus capacidades, en un contexto donde nadie osaría poner en duda la pureza de María, serviría para proyectar vigorosamente la creencia inmaculista. Véase Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, pp. 167-168.

¹⁶³ Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, pp. 167-171.

La semilla gersoniana continuó complejizándose mediante los exégetas josefinos que le prosiguieron, pues ahondaron en detalles sobre las tareas y obligaciones de María, mostrándola como modelo insuperable para las féminas del siglo, al *in-corporar* en ella las virtudes que se exhortaban a imitar, a partir de los ideales cristianos.¹⁶⁴ Verbigracia, el dominico Isidoro de Isolano, considerado como el primer tratadista josefino,¹⁶⁵ en su *Suma de los dones de San José* (1522), demuestra la grandeza de san José al exponer la reciprocidad afectiva entre los cónyuges. El carpintero reserva para sí ser amado en demasía por la Virgen, quien le prodiga una entrega incondicional desde sus fortalezas mujeriles. Como se verá en la cita siguiente, será rasgo característico en las descripciones del *modus vivendi* en el hogar de Nazaret, la práctica de las *suposiciones apodícticas*, es decir, la recreación de acciones, emociones, diálogos e interacciones entre Jesús, María y José, desde el horizonte del deber ser. Ergo, los miembros de la sacra parentela personificaron los estándares supremos de las utopías moralizantes:

Era la Santísima Virgen de gran corazón y alma sencilla; cualidades que exigen corresponder con el afecto, con palabras y hechos a quienes nos han mostrado su deferencia. Y José estaba pendiente, día y noche, de agradar a su esposa. Por eso, la Santísima Virgen guardaba en su corazón un amor increíble a su esposo y se lo manifestaba de múltiples modos, pues *es razonable pensar que la Santísima Virgen serviría a su esposo, le obedecería con toda presteza y le hablaría lo más dulce y tiernamente posible*. Creo ciertamente, ¡oh, Virgen Inmaculada! -y no es vana mi creencia-, que tuviste siempre un amor purísimo hacia tan casto y complaciente esposo. Y creo que le has amado más que a todos los patriarcas, profetas, jefes y reyes de Israel, y más que a todos los santos. ¡Oh, don apreciable de caridad, que unió en sí paz y concordia, amor y unanimidad, benignidad y

¹⁶⁴ El entusiasmo de Jean Gerson por promover e instaurar la fiesta de los desposorios, era incentivado por su fuerte interés por la pastoral familiar y, en particular, por la educación de los niños. Es así que en sus escritos, el canciller pretendió construir un modelo de familia ejemplar e imitable, a través del matrimonio intachable de María y José, además del vínculo paterno-maternal de profuso amor, obediencia y concordia con Jesús. Véase, Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, p. 180.

¹⁶⁵ Como él mismo se reconoce. Véase, Isidoro de Isolano, *Suma de los dones de San José*, ed. Bonifacio Llamera, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1953, pp. 349-350.

mansedumbre! *Ninguna querella, ninguna sombra de discordia, ni el más mínimo disgusto reinó entre vosotros, esposos divinos, sino que os prestabais mutuamente vuestra ayuda y vuestro amor. ¡Con cuánto cuidado la Virgen celestial preparaba a su esposo las comidas, ponía la mesa, conservaba limpia la casa, y cuando éste volvía, con cuánto regocijo salía a recibirlo!*¹⁶⁶

1.2 Dueño de la heredad celestial. Prerrogativas josefinas desde el halo patriarcal

Las pautas de género son sustanciales en la doctrina josefológica de Jean Gerson, porque toda ella estriba en el lazo marital entre María y José. Pero para lograr su cometido, el canciller tuvo que sortear varios obstáculos apilados con el paso del tiempo, resolver el rompecabezas que prorrumpió desde el cristianismo incipiente: ¿cómo avalar las informaciones de los evangelios sobre el matrimonio entre María y José, sin incurrir en descalificar la veracidad del mismo y, conjuntamente, no admitir inconsistencias respecto a la concepción virginal de Cristo?¹⁶⁷ San Alberto Magno estableció dos cualidades base de la sociedad conyugal: el *derecho* y el *uso* corporal. San Buenaventura, en quien Gerson engarzó su parecer, era afín a la idea del mutuo poder sobre el cuerpo del cónyuge, reconociéndolo como la fundamentación del contrato matrimonial. Por lo tanto, el uso del cuerpo, la conmixtión carnal, no era necesaria para acreditar un maridaje genuino entre María y José. Bastaba pues un consentimiento recíproco “por el cual el cuerpo del hombre es transferido a perpetuidad al poder de la mujer, y viceversa”.

Importante decir que Gerson, al diferenciar entre las facetas de derecho y uso, acentuó que estaba en manos de los consortes donar la primera y prescindir de la segunda.¹⁶⁸ De esta forma, san José pudo beneficiarse con la posesión del cuerpo mariano, sin convertirse en un peligro potencial para la virginidad perenne de *su* mujer, y eludía de

¹⁶⁶ Cursivas nuestras. Isidoro de Isolano, *Suma de los dones de San José*, p. 479.

¹⁶⁷ Ioachim Noboru Maegawa, *La doctrine de Jean Gerson sur Saint Joseph*, pp. 15-16.

¹⁶⁸ Ioachim Noboru Maegawa, *La doctrine de Jean Gerson sur Saint Joseph*, pp. 20-21.

tajo cualquier desconfianza acerca de la pulcritud de María y la encarnación prodigiosa de Cristo, ya que los consortes sólo se unieron espiritualmente “y en voluntad o en bienes temporales”, aunque convirtiéndose en una sola “carne y un cuerpo por unión sacramental”,¹⁶⁹ según el dictamen crístico en convalidación del relato del Génesis.¹⁷⁰

Robustecido con los privilegios patriarcales, el canciller parisino convirtió a san José en eslabón cardinal del plan de salvación, pues no lo confirió únicamente a solventar celestiales encomiendas, sino que le dio participación en la toma de decisiones. Si María estaba desposada, ninguna decisión respecto a ella podía soslayar la autoridad y aprobación del marido. El cuerpo y la voluntad de la Virgen, en cierto modo, estaban supeditados a la potestad de su cónyuge. Así que otorgándose validez a una cadena de mando, según Gerson, José dio su consentimiento para que se efectuase la encarnación en el vientre de María. Cabe acotar que dicha aquiescencia fue posterior al hecho prodigioso, no simultánea como en el caso del *fiat* mariano. Gerson menciona que, de haber sabido con antelación el milagro que se efectuaría en el vientre de María, san José no se hubiese opuesto a que el Espíritu Santo accediera al cuerpo de su mujer mediante soplo divino. Por ende, su asentimiento fue verdadero aunque implícito. En suma, José en tanto propietario del cuerpo de la Virgen, ejerció su *derecho* sobre él y concedió ulteriormente el *uso* del mismo por parte del Paráclito para fecundarlo. De alianza cooperativa, el Espíritu Santo y san José aportaron lo necesario para complementar las facultades de un esposo cabal.¹⁷¹

¹⁶⁹ José Antonio Carrasco Sierra, *Matrimonio y paternidad de san José*, p. 217.

¹⁷⁰ “¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Su nombre será hembra, porque la han sacado del hombre. Por eso un hombre abandona padre y madre, se junta a su mujer y se hacen una sola carne” (Gn. 2, 23-24) / “¿No habéis leído que al principio el Creador los hizo hombre y mujer? Y dijo: por eso abandona un hombre a sus padres, se junta a su mujer y los dos se hacen una sola carne. Pues lo que Dios ha juntado que el hombre no lo separe” (Mt. 19, 5-6).

¹⁷¹ De hecho, tal fue la simbiosis que Gerson ancló entre ambos personajes que le permitió decir que la gracia divina, aun manteniéndose la ausencia de comercio carnal, obró conforme a la naturaleza. Es así que el Espíritu Santo asemejó fisionómicamente a Jesús con José para que los humanos acreditaran por observación que el carpintero era padre de Cristo. Este tópico fue crucial para las exégesis e imágenes artísticas de los siglos XVII y XVIII en América, pues era lugar común representar a san José prácticamente como un mellizo del Mesías. Ioachim Noboru Maegawa, *La doctrine de Jean Gerson sur Saint Joseph*, pp. 49-51.

Por ende, la concatenación entre los actores del drama redentorista quedaba justificada y ausente de mellas: Jesús fue hijo carnal de la Virgen, María fue esposa legítima de José, la divinidad “hizo las veces de José, consintiéndolo él, porque no quiso otra cosa que la voluntad del Espíritu Santo, por ello es razonable que Jesús debe ser hijo de José, como hecho y formado del cuerpo precioso de su esposa María, cuyo cuerpo era suyo”.¹⁷² En esta enunciación francamente cosificante, donde María y el Niño son aludidos como una *propiedad*, incluso Gerson, en temerario razonamiento, se pregunta si podría decirse que Jesús nació del cuerpo y la carne de san José como derivación de la pertenencia del cuerpo mariano. Como es habitual en el oficio retórico, las sugerencias osadas a menudo concluyen con un presto recular que deja en ambigüedad la idea formulada, a consideración de los escuchas o lectores, evitando censuras o recriminaciones. Pero, al fin y al cabo, la apología ha sido planteada y transmitida: “Quizás se podría decir, si no se temiera ofender los oídos de los piadosos fieles”.¹⁷³

El padre como *dominus* es una de las cualidades propias del *paterfamilias* según el derecho romano, es decir, ser jefe, criador y dueño del hogar. Así, la subordinación y lealtad de María y Jesús, en tanto esposa e hijo perfectos, resultaban coherentes.¹⁷⁴ Dándole seguimiento a las ideas patrimoniales o de hacienda, Gerson labró un tópico caro para las reflexiones josefinas, el cual tuvo resonancia en los sermones modernos. Basándose en el principio *res fructificat domino*, el canciller equiparó a María con la propiedad de la tierra y a Cristo como el usufructo de la misma. Hizo de san José un terrateniente, quien al tener dominio perfecto sobre el cuerpo de la Virgen, cual dueño legítimo de su heredad, era suyo todo lo producido en ella, sin importar que no hubiese nacido de su simiente; lo crucial era que Jesús como fruto no se engendró bajo relación pecaminosa.¹⁷⁵ En otras palabras, san José tenía derecho de concebir a Jesús como su hijo verdadero, ya que era fruto proveniente de su tierra.

¹⁷² José Antonio Carrasco Sierra, *Matrimonio y paternidad de san José*, p. 217.

¹⁷³ Ioachim Noboru Maegawa, *La doctrine de Jean Gerson sur Saint Joseph*, p. 53.

¹⁷⁴ Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, pp. 298 y 320.

¹⁷⁵ Ioachim Noboru Maegawa, *La doctrine de Jean Gerson sur Saint Joseph*, p. 54.

Como hemos repasado, toda la doctrina gersoniana sobre san José se concentró en la ostentación patriarcal. Por ello, con nitidez, ahora podremos comprender en su totalidad la dádiva que enarboló el carpintero, tal y como se condensa en la siguiente cita. José se convirtió en el patriarca supremo, en el pináculo de la masculinidad; un hombre cuyos mandos y propiedades jamás fueron igualados, pues de su mano (de)pendían el dios cristiano y la reina de los cielos:

Consideremos respecto a nuestra señora que José fue su leal esposo y marido, a quien amaba bien y santamente. Él era el dueño y jefe de nuestra señora, conforme a la regla matrimonial dada por Dios y promulgada por san Pablo, llamó a José “señor” como Sara a Abraham. No puede dudarse que la humildad de nuestra señora era tan grande que se sometió y estuvo sujeta a su leal esposo José; como debía hacerlo toda mujer, lo haría con su esposo. *Admira la gran dignidad que se deriva de aquí a José: era jefe y señor de la madre del jefe y señor de todo el mundo.* Está claro que todas las gracias y dignidades que pertenecen al esposo de la madre de Dios y al reino de los cielos le vienen por ser esposo de María. Finalmente, cuántas gracias pudo impetrar nuestra señora de su hijo conforme a sus deseos, cuando pudo honrar a su señor, su jefe y su amado esposo, su guardián y testigo, su fiel amor. Todas las gracias y dignidades que una buena esposa debe profesar y tener con su leal esposo, lo tuvo María con José.¹⁷⁶

1.3 El brío mesurado. La anulación del fomes de la concupiscencia

Para redondear las galas josefinas, Gerson hilvanó otros argumentos que denotaron la excepcionalidad del carpintero nazareno. Los cuatro privilegios que gozó san José fueron su santificación en el vientre materno, ser exento del pecado mortal, haber resucitado y, la que más nos interesa, la *anulación del fomes de la concupiscencia*.¹⁷⁷ En el discurso

¹⁷⁶ Cursivas nuestras. José Antonio Carrasco Sierra, *Matrimonio y paternidad de san José*, p. 218.

¹⁷⁷ Ioachim Noboru Maegawa, *La doctrine de Jean Gerson sur Saint Joseph*, p. 67.

cristiano, contrarrestar los impedimentos supinos de la sexualidad humana implica, además de fortaleza y convicción férrea, el auxilio de la divinidad. Sabida es la solución que san Pablo ofreció ante la irremediable incontinencia: “más vale casarse que abrasarse”.¹⁷⁸ Pero hasta antes de validarse el matrimonio como baluarte sacramental, el celibato en el ámbito monástico era considerado como la moralidad superior. Por ende, la vida conyugal entendida como concesión ante las debilidades de la carne, debía sublimarse en el entorno de la sacra parentela. Así, en la castidad de san José, además de voluntad propia, hubo injerencia por parte del Altísimo. Gerson, al hablar de la cercanía entre los santos esposos, rememora su convivencia cotidiana, constante y pronunciada, tanto pública como privada. Arguyó que si José no hubiese recibido la inmunidad del apetito sexual, la familiaridad con la joven y hermosa María hubiera sido un acicate amenazador, ocasionándole “una tentación dolorosa y continua”.¹⁷⁹

Mediante la gracia divina, entendida como un rocío celestial que amaina los ardores del corazón, en san José se suprimió cualquier atisbo de lubricidad, favorecido simultáneamente con un razonamiento fortificado. Esta pureza singular también compaginaba con su relación íntima con el Niño, tendiente a manifestarse de manera física a través de caricias y besos paternales. Según Gerson, Cristo fue afecto a vincularse con gente virgen desde su concepción hasta su sacrificio en la cruz. Nada extrañaría pues que su padre terrenal, al igual que su madre, obtuviesen la remisión del fómite como inmunización ante las bajezas carnales.¹⁸⁰ De hecho, en recurso parafrástico, el canciller puso en labios del mismo san José su denegación a todo ímpetu sexual. Del sentir de Sara,

¹⁷⁸ 1 Cor 7, 8. *Desde la percepción cristiana, a los hombres se les ha considerado como “animales lujuriosos” de libido irrefrenable. Esto conllevó a dar concesión a prácticas como la prostitución, entendida como un “mal necesario”, ya que permitía la preservación del orden social. Las mujeres honradas podían conservar su virtud, mientras los varones desfogaban sus pasiones en féminas ya mancilladas. Sin duda, llaman la atención el peso y la popularidad de esta consideración proveniente de san Agustín y reivindicada por otros teólogos como santo Tomás de Aquino, al grado de orillar a Jean Gerson a imaginar un extravagante argumento para desestimar toda pulsión sexual en san José. Véase Fabiola Bailón Vásquez, *Prostitución y lenocinio en México, siglos XIX y XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016, pp. 22-24.

¹⁷⁹ Ioachim Noboru Maegawa, *La doctrine de Jean Gerson sur Saint Joseph*, p. 77.

¹⁸⁰ Ioachim Noboru Maegawa, *La doctrine de Jean Gerson sur Saint Joseph*, pp. 76-77.

esposa de Tobías, José hizo suyas las palabras de la mujer veterotestamentaria, dirigiéndose piadosamente a Dios: “Tú sabes, Señor, que nunca apetecí mujer ninguna, y observé mi alma limpia de toda concupiscencia. Recibí a mi mujer con temor tuyo y no la recibí con apetito carnal”.¹⁸¹ Por consiguiente, la proclividad josefina hacia la castidad continuó aun después del nacimiento de Jesús, en preservación y constatación de la virginidad intacta de ambos consortes.

Por si fuera poco el don de la exención de la concupiscencia, María facilitaba la cohabitación con san José mediante su actuar decoroso y su moderación en el habla, y como mujer portentosa, contaba con una aptitud invaluable para asegurar su limpidez: “San Buenaventura nos cuenta que había recibido una narración fiel de los judíos: que nadie ante la contemplación y vista de la gloriosa virgen, aunque era bellísima, sintió atracción a ella ni tentación carnal, más bien extinguía toda torpe tentación por su divino esplendor, como si cierta frigidez a los ojos se derivara de su divino rostro e influía hasta el corazón de los que la miraban”.¹⁸²

1.4 El hombre redivivo. La consolidación de san José como gran patriarca

Ya revisada la josefología de Jean Gerson, es posible avistar con nuevos ojos la derogación del José medieval, tras el descrédito absoluto de las exégesis arcaicas y sus tradiciones artísticas asociadas. Las aportaciones del canciller fueron el punto de inflexión que catapultó a José a las esferas de la santidad. Sus cavilaciones, cual basamento inaugural de la devoción josefina, dieron margen para imaginar nuevas labores de intercesión patriarcal, así como la legitimación de un orden universal donde lo masculino es dirigencia apodíctica. Al tornarse en adalid josefino, Gerson impugnaba con certeza: “Estamos lejos de pensar que el propio José, el justo esposo de María, estuviera ya decrépito por sus muchos años, fuera

¹⁸¹ José Antonio Carrasco Sierra, *Matrimonio y paternidad de san José*, p. 227.

¹⁸² José Antonio Carrasco Sierra, *Matrimonio y paternidad de san José*, p. 227.

débil o frío por su senectud, cuando celebró las nupcias con la joven María para salvar su castísimo y providentísimo trato con ella”.

Fervores y aprendizajes por conmiseración, imágenes imprecisas y sátiras, ya no tuvieron cabida en la proximidad con san José. Como hombre respaldado por el Espíritu Santo, toda nocividad quedaba exiliada y, por ende, no requería de una apariencia vetusta para coexistir con María y Jesús; recurso usado por siglos, el cual Gerson dejó desarmado: “¿Quién no puede negar que hay viejos de setenta y ochenta años que arden en la concupiscencia y se dejan arrastrar de deseos y emociones torpes y están putrefactos de malos deseos en lugar de dejarse llevar por el pudor y la vergüenza? José sintió la gracia de la virginidad y comprendió: sé que no puedo ser continente sin la ayuda de Dios. José fue joven según Isidoro, que pone el fin de la juventud a los veintiocho años y de los cincuenta años comienza la senectud”.¹⁸³ La castidad alentada con soporte divino, por supuesto que ya no es una solución desventajosa como las antiguas condicionantes de la impotencia y la decrepitud. Por lo tanto, José será una invitación perenne al celibato voluntarioso, a la confianza en el amparo celestial para superar las instigaciones del pecado.

A raíz de estas modificaciones sustanciales es que la figura de san José dejó de ser el “lugar de experimentación iconográfica” que fue durante el ocaso medieval.¹⁸⁴ Si bien, en el siglo XVI aún hubo coexistencia de las imágenes josefinas, entremezclándose las innovaciones del carpintero rejuvenecido con el de apariencia vetusta -y en esta última circunstancia, tal y como referimos, conservando a *grosso modo*, las valencias disminuyentes;¹⁸⁵ en dicha centuria también comenzó a forjarse un cierto canon de sus modos de representación, bajo tipos iconográficos donde se laureaba al santo en su coparticipación con María y Jesús en el desarrollo del plan redentorista. Por supuesto, debemos asumir que hubo variantes y singularidades regionales, y que san José adquirió una corporalidad con rasgos fenotípicos locales (piénsese en los cabellos y barbas azabache,

¹⁸³ José Antonio Carrasco Sierra, *Matrimonio y paternidad de san José*, p. 228.

¹⁸⁴ Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, p. 203.

¹⁸⁵ Además de los lienzos de Frans Floris, por aludir a una reputada obra con esta tipología, piénsese en el *Descanso de la Huida a Egipto* de Caravaggio. Véase Victor I. Stoichita, *Cómo saborear un cuadro y otros estudios de historia del arte*, Madrid, Cátedra, 2019, pp. 105-106.

junto con la piel aceitunada del san José hispánico), con sus correspondientes idealizaciones y proyecciones colectivas.

Bajo este benévolo contexto fue posible enunciar una caracterización enriquecida y renovada de la santa parentela. Así, ya dispuestos tres lados equidistantes, Gerson cimentó otro tópicopreciado en la teología moderna: Jesús, María y José conformaban una *trinidad terrestre* como eco de la celestial. El modelo instaurado a partir del intercambio entre la tríada nazarena, conllevaba un carácter de sacralidad que hacía del núcleo familiar un espacio propicio para alcanzar la santidad, mediante la resolución de las adversidades diarias y la convivencia armónica. A su vez, en el plano simbólico, tuvo cabida la amplificación de los privilegios patriarcales, pues diversas facetas de masculinidad paradigmática formaron parte de un mismo linaje, al generarse una familia de cinco miembros por el acoplamiento de ambas trinidades. Cristo como esposo de la Iglesia; José y el Espíritu Santo como esposos verdaderos de María; José equivalente a Dios en tanto padres de Cristo y jefes de sus dominios; etc.

Todas las particularidades, efectos, acciones y/o emanaciones de este poliedro de hombres, confraternizó con la apropiación de potestades como creación, toma de decisiones y primacía, en retroalimentación con la *episteme cristiana*. Por consecuencia, a través de Dios padre, el Espíritu Santo, Jesucristo y José se legitimó una cosmovisión de exaltación masculina, cuyas dimensiones celestiales y terrenales le otorgaron un estatuto de universalidad y atemporalidad: *así fue, así es y así será, per saecula saeculorum*.

Como proveedor, la manutención de su familia a través de su oficio carpinteril, hizo de san José un paradigma de vida activa, en perfecto equilibrio con aspectos contemplativos, propios de un hombre plético de gracia divina. La conjunción de diligencia, humildad y soberanía lo coronaban como un prototipo maleable, que lo mismo servía para lección de los potentados que como medida para los siervos, tanto para el seglar como para el eclesiástico.¹⁸⁶ Así, san José fue convertido en una *apoteosis de lo masculino*, mediante la adjudicación de una serie de axiomas patriarcales, mismos que en su esencia

¹⁸⁶ Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, pp. 180-183.

eterna amoldaron el cuerpo y la mente del carpintero. Nada gratuito que, posteriormente, *Santo Patriarca* se haya tornado en su mote ecuménico, pues la denominación de *pater* en las sociedades de Antiguo Régimen conjunta un carácter multidimensional proveniente de una matriz discursiva compartida. Comprenderemos a través de los próximos capítulos que el limo de todo el pensamiento josefino de los siglos subsecuentes, hundió sus raíces y encontró sus justificantes en estas exégesis tardomedievales.¹⁸⁷

Las inventivas que provocaron la reconstitución josefina, cuyas mayores propulsiones encomiásticas convergieron hasta finales del siglo XV, provenientes de los ámbitos galo e itálico; encontraron su afinidad en el énfasis del san José de poderío consumado en coalición con una férrea veta espiritual. El nuevo José nació con características eminentemente políticas impresas por sus apologetas, permitiéndoles auparlo como bastión de autoridad moral y patriarcal, frente a una realidad convulsa.¹⁸⁸ Si en el microcosmos del hogar, san José representaba el orden y la sujeción en dimensiones supraterrenas y sublimadas; su imperio podía desdoblarse en otras figuras masculinas, coparticipes de las dádivas patriarcales en sus propios espacios gubernativos: papa, monarca, arzobispo, abad, virrey, padre, esposo, hermano, etc.

La josefología incipiente hizo de san José un sinónimo vasto de hegemonía, la cual incrementó gradualmente sus atribuciones. Por ello es que, como representación del poder temporal, se recalcó la injerencia del carpintero en las áreas competentes al servicio, la crianza y la responsabilidad en los asuntos materiales, denotando su masculinidad lustrosa; además de posicionar a la obediencia como probidad sobresaliente, desde el paradigma de sumisión voluntaria de María y Jesús. Es así que, a decir de Paul Payan, san José campeó como titánico modelo de sumisión a la autoridad, de persistente sugerencia para que la feligresía se subordinase a los diversos poderes terrenales.

Algunas de las exégesis franciscanas evidencian lo dicho, desde la aplicación de los conceptos de *derecho* y *uso* que analizamos en relación con el cuerpo mariano. Si bien,

¹⁸⁷ Véase Jorge Luis Merlo Solorio, "Entre paternidad y poderío...", pp. 181-195.

¹⁸⁸ Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, p. 353.

como a María, José domina la Iglesia en términos espirituales, los seráficos eran quienes debían encargarse de las prácticas devocionales, teniendo al carpintero como modelo de la ejercitación justa del poder. Tanta potestad le correspondía al san José reformado que Bernardino de Feltre lo revistió de un *dominium omnium*, de un señorío ilimitado, en correlación con el poder paterno sobre Cristo. Por cavilaciones de este calibre es que desde estos momentos, en la estratificación de los santos, san José fue instalado en lo más alto. Por ejemplo, el *Santo Patriarca* estaría por encima del patriarca de la Iglesia, san Pedro, pues antes que el apóstol, san José era dueño de las llaves del Paraíso, es decir, Jesús y María.¹⁸⁹

Ya revisada la cimentación, visitemos el edificio de los primores josefinos; aquel construido entre voces eufóricas, borbotones de tinta y colores impregnados sobre tela.

¹⁸⁹ Paul Payan, *Joseph. Une image de la paternité...*, pp. 353-354.

Capítulo II

El poder patriarcal: san José, padre de Jesús y esposo de María

Considerad a nuestro santo con la sierra en la mano y al Niño Dios doblada la rodilla para ayudársela a mover. A su esposa dulcísima que le sirve cuidadosa, penetrándole los pensamientos para más agradarle. ¿Hay en el mundo persona a quien tales honras se le hayan hecho, ni se espera la haya? Luego Joseph es el más honrado del cielo y de la tierra.

Pedro del Espíritu Santo¹⁹⁰

Somos convidados al acontecimiento egregio (**fig. 15**). Teofanía y pleitesía colindan en una intersección visual-espacial, donde mundo y cielo se hacen uno para connotar la alianza de dignidades. A nuestra izquierda, junto a un grupúsculo de ignacianos, el séquito clerical con Clemente XII a la cabeza, ataviado con camauro y muceta escarlatas. A nuestra diestra, bajo las disposiciones propias de un retrato oficial, Felipe V capitanea a las autoridades seculares, portando para la ocasión una casaca finamente bordada, y de significativa relevancia, las insignias de su potestad: el Toisón de Oro y la banda del Saint-Esprit, emblemas de la innovada condición del monarca hispánico como prolongador de la herencia austriaca con ascendiente francés. El registro superior enmarca a los principales de la corte celestial, flanqueados por los arcángeles Gabriel y Miguel. Dios padre, en lo alto, convalida la ceremonia regia con la ostentación de sus respectivos símbolos de mando: una corona tridimensional elevada por angelillos y el cetro aurífero, el cual posa sobre un orbe cerúleo, ostentación de su majestad como creador del universo.

¹⁹⁰ Pedro del Espíritu Santo, "Joseph padre. Sermón XXVI del glorioso patriarca San Joseph...", en *Sermones de Jesús, María y Joseph...*, Madrid, Imprenta de Blas de Villanueva, 1717, p. 223.

Tantos signos de poder sublimado convergen en el protagonista del medio punto, quien está próximo a recibir sobre sus sienes, de manos de su esposa e hijo, la corona del príncipe heredero. Entronizado y sujetando con sutileza la vara de almendro que rememora sus prerrogativas, san José nos mira cándidamente. Dejando de lado los verde y ocre característicos de su vestimenta ordinaria, para exaltarlo en el perpetuo presente de la imagen, el pintor lo ciñó con galas inusitadas, acorde a la significación profunda del cuadro. Una nivea túnica con brocados florales, hace juego con los *campagus* estilo romano y el basto manto que, cual mampara, cobija y resalta a la comitiva terrenal arrodillada; señal inequívoca de oblación al *Santo Patriarca*, pues bajo su arbitrio quedan la resolución de sus embarazos, la victoria de sus causas y la perpetuación de sus ministerios. Es así que en el entramado del patrocinio, los diálogos mano-gesticulares dicen mucho y distan de ser meras poses protocolarias. Son una mezcla de afirmación y rogativa dirigida a san José. Jesús y María, de mirada cómplice, nos indican con sus manos: *a él, mediante él*. Máximo valedor e interlocutor ante la divinidad no puede haber. Mientras, rey y papa acentúan: *por mí, para mí*. Imploramos a ti como nuestro garante, a sabiendas de que somos tus representantes electos, el reflejo y defensa del orden supremo. Somos pues, dignos canales de tu beneficio.

Cuán inmenso es el encomio hacia el carpintero de Nazareth que el anubado estrado que le sirve de sostén, funge como un cosmos abreviado, en eco pictórico del versículo inscrito en la filacteria.¹⁹¹ Los astros, cual metonimia de la creación, a los pies de José, pues *todo* le pertenece por dádiva patriarcal. Sin duda, el ápice de la apología anida en su pecho, en la mimetización de nuestro santo con el Paráclito. Una misma voluntad, un mismo encargo = una misma esencia. El Espíritu Santo fecunda a la Virgen, la acredita como su esposa espiritual e inaugura el proceso de salvación. San José protege la condición impoluta de María, la toma bajo su señorío como esposo terrenal y, en ejercicio de constante preservación, posibilita que en el futuro Cristo muera en la cruz para remedio contra el pecado y la muerte. Así, de común acuerdo, cielo y tierra, entes sacros y creaturas, avalan

¹⁹¹ Gn. 37, 9: *Videbam... quasi Solem, Luna et Stellas adorare me* /// Veía que el sol, la luna y las estrellas me reverenciaban.

la rectoría de José; y conjuntándola con su simbiosis con el Espíritu Santo, hacen brotar su panegírico culmen: ser un vicediós por sinonimia al patentizar los rasgos primigenios de la *masculinidad hegemónica*,¹⁹² es decir, ser padre y esposo de los regentes de la gloria.

* * *

En los siguientes capítulos analizaremos la ponderación de la legitimidad patriarcal de san José, según las disertaciones de la homilética josefina de los siglos XVII y XVIII. Veremos cómo se ensalzó la participación activa del carpintero en el plan de salvación, bajo peculiares lecturas de sus diligencias y beneficios obtenidos a raíz del nexo matrimonial-paternal con María y Jesús, todas ellas atravesadas por el tamiz de los paradigmas morales y conductuales del ámbito hispánico. Por ende, será perentorio mostrar la avenencia teológico-discursiva que hace inteligibles y participantes de un mismo universo simbólico, tanto a las cavilaciones de la letra impresa de diversos lares como a las representaciones visuales, acercándonos a tópicos cardinales como las prerrogativas y deberes patriarcales, el honor y la nobleza.

I.- San José: defensa del pudor y honor marianos

1. Alianza patriarcal: participación de san José en el plan salvífico para evitar el vituperio a María por parte del pueblo judío

¹⁹² Entendemos por *masculinidad hegemónica*, la configuración de género que garantiza y legitima una interrelación dispar, donde los hombres adquieren posiciones de dominio, a diferencia de las mujeres, quienes son seres subordinados. Se trata pues de un modelo de masculinidad que socioculturalmente se asume como deseable y consensuado; además, desde la episteme religiosa, concebido como un dictamen divino, por ende, sagrado e inmutable. Véase Raewyn Connell, *Masculinidades*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género, 2015, p. 112; Sara Martín, “Los estudios de la masculinidad. Una nueva mirada al hombre a partir del feminismo”, en Meri Torras (ed.), *Cuerpo e identidad I*, España, Universitat Autònoma de Barcelona, 2007, p. 94.

Era exégesis ordinaria en la *josefología* de la época moderna, aquella donde se acreditaba que san José fue maridado con la Virgen para soslayar “las impetuosas olas de la maledicencia del vulgo”.¹⁹³ Si María hubiese concebido sin la presencia de un cónyuge, el pueblo judío podía condenarla a morir apedreada por adúltera según las sentencias de las leyes mosaicas. La diatriba hebrea fue contemporizada en los panegíricos josefinos, transpolándola a través del concepto de *honor*. En las sociedades hispánicas de los siglos XVII y XVIII, la honra tenía fuertes implicaciones colectivas, puesto que su conservación dependía, en gran medida, del juicio público. Para las mujeres, el honor se definía a partir del recato explayado frente a los varones, en la fama que se fincase en relación con ellos. Tal era la obligación de comportarse con modestia que no bastaba con que ellas fuesen buenas, según los dictámenes de la moral cristiana. Desde las reciprocidades entre *honor* y *opinión*, ante todo, *la mujer estaba obligada a parecerlo*, es decir, hacer notoria e innegable su rectitud.¹⁹⁴

A diferencia de los hombres, cada mujer defendía su honor desde la pasividad, bajo una fórmula de inacción. “No ser, no hacer: no dar de que hablar, no significarse, no llamar la atención”. Lo anterior conllevaba el fin de eludir alguna desafortunada situación que pudiese en duda su honorabilidad y, por derivación, la de su grupo familiar por no haberla educado y contenido adecuadamente. Al colocarse bajo el escrutinio del ojo público, la honra femenina era sumamente quebradiza, pues no se requería la ejecución de un mal acto para acarrear reprobaciones. Con dimes y diretes la honra podía encontrarse en aprietos,¹⁹⁵ pues “más descalabra la opinión de una mujer honrada una mala palabra, que

¹⁹³ Joseph de San Gil, *Sermón panegírico del glorioso Patriarca San Joseph...*, Valencia, Imprenta de Francisco Burguete, 1773, p. 11

¹⁹⁴ Francisco M. Lozano Pérez, *El concepto del honor en el siglo XVIII español*, España, Universidad de Sevilla, 1998, p. 102.

¹⁹⁵ María Isabel Gascón Uceda, “Honor masculino, honor femenino, honor familiar”, en *Pedralbes. Revista d'Historia Moderna*, núm. 28, España, Universitat de Barcelona, 2008, pp. 637-638. *Desde luego, las calumnias eran condenables, acorde con el dictamen del octavo mandamiento: *no levantarás falso testimonio ni mentirás*. Así, en el sermón josefino para la catedral hispalense, José de San Miguel exhorta a refrenar la lengua, “causa de muchos pecados en la república cristiana”, y sentencia que tras un señalamiento pernicioso es obligatorio “restituir la fama u honra quitada”. En este aspecto, san José se torna en maestro, ya que al ver el preñado de María, no dijo ni una sola palabra oprobiosa. José de San Miguel, *Sermón de N.P. San Joseph...*, 1730, manuscrito, f. 1v.

la cabeza de la misma el golpe de una piedra”.¹⁹⁶ Ante estas circunstancias, los hombres eran los centinelas del honor, encargados de custodiar a *sus* mujeres; aquellos que, de ser necesario, debían limpiar con sangre cualquier ignominia.¹⁹⁷ Por ello, incluso María, o mejor dicho, con mayor razón María como personificación del *status quo* y piedra clave del discurso sobre la redención, necesitaba resguardo masculino. Desde este contexto cultural, la bipartición de tareas entre la Omnipotencia y san José cobra sentido: “Había de nacer Cristo de madre virgen. El mismo Espíritu Santo había de ser el autor invisible de este ocultísimo arcano y Joseph había de partir con Dios los oficios, poniendo a la madre a cubierto del deshonor. El Espíritu Santo había de fecundar como esposo la estéril virginidad de María y Joseph había de ser el segundo esposo que la protegiese de la calumnia con el velo del desposorio”.¹⁹⁸

En la narrativa de los apremios de María y José enseñada por los sermones josefinos, se conjugan arbitrariamente pasado y presente. En simultaneidad, como si se tratase de una realidad homóloga, las mismas expectativas y resoluciones esperadas en una pareja dieciochesca eran aspiraciones axiales para los sacros consortes; y viceversa, la ejemplaridad de los padres de Cristo era un manual de moral en el que cualquiera podía y

¹⁹⁶ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph esposo. Sermón XXV del glorioso patriarca San Joseph...”, en *Sermones de Jesús, María y Joseph...*, Madrid, Imprenta de Blas de Villanueva, 1717, p. 214.

¹⁹⁷ En el mundo hispánico hubo una multiplicidad de códigos honoríficos. El control de la sexualidad femenina era uno de los más antiguos, del cual derivaba la cimentación del honor y la virilidad de los patriarcas. A razón de ello, la preservación de una reputación impoluta del linaje, estuvo fuertemente engarzada con el armazón de las masculinidades modernas, empleándose la violencia como saneamiento de las deshonras. Véase Verónica Undurraga Schüller, *Los rostros del honor. Normas culturales y estrategias de promoción social en Chile colonial, siglo XVIII*, Santiago, Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, 2012, pp. 22 y 135; Lyman L. Johnson, “Dangerous words, provocative gestures, and violent acts. The disputed hierarchies of plebeian life in colonial Buenos Aires”, en *The faces of honor. Sex, shame and violence in colonial Latin America*, E.U.A., University of New Mexico Press, 1998, pp. 127-151; Verónica Undurraga Schüller, “Cuando las afrentas se lavaban con sangre: honor, masculinidad y duelos de espadas en el siglo XVIII chileno”, en *Historia*, núm. 41, vol. I, Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2008, pp. 165-188; Robinson Salazar Carreño y Julián Andrei Velasco, “El honor mancillado. Injurias en la villa de San Gil (virreinato del Nuevo Reino de Granada) en vísperas de la independencia”, en Claudia Carranza Vera y Rafael Castañeda García (coord.), *Palabras de injuria y expresiones de disenso. El lenguaje licencioso en Iberoamérica*, México, El Colegio de San Luis, 2016, pp. 247-274; Patricia Seed, *To love, honor, and obey in colonial Mexico*, E.U.A., Stanford University Press, 1988, pp. 61-74.

¹⁹⁸ Joseph de San Gil, *Sermón panegírico...*, pp. 10-11.

debía asentar su conducta. En los derroteros de la Historia bajo el signo de la episteme cristiana, las eras se viven y prolongan como una continuidad ininterrumpida que denota la impronta divina, en progresión constante hacia el fin de los tiempos. Por ello, valores como la reputación, el pundonor y la estima, fincados en los paradigmas culturales del mundo hispánico, fueron realidad incuestionable para el contexto galileo del siglo primero, donde diariamente, Jesús, María y José llevaban una *vida cristiana* en medio y a salvo de los desatinos judíos.

Como consecuencia de la primacía varonil en el ámbito familiar, los miramientos hacia María le fueron concedidos colateralmente, en el entendido de que las magnificencias de las mujeres desposadas son la reverberación del brillo de sus cónyuges, bajo aprobación del sentir público. Así, en el despliegue de las bienaventuranzas josefinas predicadas en la catedral metropolitana, el presbítero Juan Francisco Domínguez arguyó que gracias “a la presencia y respeto de Joseph debió nuestra señora cubrirse su pudor y conservar su honor en el juicio de los hombres”. Horrorizado, Domínguez se pregunta e imagina qué destino le hubiera deparado a la Virgen sin la sombra de José, qué desgracias hubiesen sufrido su “opinión y honra”¹⁹⁹ a falta del “honorífico nombre de su marido”. Sin duda, una cruenta muerte al considerársele reo de adulterio.²⁰⁰

Bajo esta lógica vertical, María y Jesús adquirieron valía por dimanación de la preponderancia josefina. Este punto de partida dio a los predicadores la oportunidad de lanzar aseveraciones de corte histórico, según los parámetros de la Historia que delineamos con antelación. Por ejemplo, el carmelita Pedro del Espíritu Santo argumentó que los pueblerinos nazarenos más estimaban a Jesús “por hijo de la esposa de San Joseph que por quien era la esposa de Joseph”. Si tan sólo le hubiesen reconocido como hijo de María, la

¹⁹⁹ Nótese, en consonancia con lo dicho en párrafos anteriores, que *opinión y honra* aparecerán en el discurso sermocinal como tándem inquebrantable.

²⁰⁰ Juan Francisco Domínguez, *Bienaventuranzas del santísimo patriarca señor San Joseph...*, p. 24.

*El casamiento de María para evitar la difamación es lugar común en los sermones josefinos, bajo influencia de autores como san Jerónimo y san Alberto Magno. Véase Andrés de Arce y Miranda, “El injerto de la gracia, admirable por el fruto que no es suyo...”, en *Sermones varios del doctor don Andrés de Arce y Miranda...*, México, Imprenta de la Biblioteca Mexicana, 1761, pp. 129-130.

lapidación hubiera sido el destino de su madre. En cambio, “por hijo de la esposa de San Joseph, le veneraban y querían”. Pero además de sortear el escarnio público en caso de que María diese a luz sin un consorte de quien se dedujera la gestación de su progenie,²⁰¹ hubo una razón más para que José y María se casasen: su unión impidió que el Demonio se enterase del nacimiento del Salvador, “ocultando el misterio de su soberano concepto y parto al infierno”.²⁰²

Variados fueron los modos como se planteó este tópico. El jesuita Juan de Robles, al argüir sobre la grandeza de san José, dice que este “pobre oficial con su capa en el hombro” es más que todo el conjunto de los serafines. Su bendita unión con la Virgen hizo las veces de capa-cortina. Con ello evitó que los ojos humanos se deslumbrasen ante una divinidad materializada e impidió que el Maligno averiguase lo que Dios tramaba, pasando Cristo ante todos, humanos y seres espirituales, como hijo natural de José.²⁰³ En conformidad, Nicolás de Jesús María, carmelita descalzo, enumera cuatro causas del “castísimo desposorio”, mismas que calzan perfectamente con la percepción del papel masculino al interior de una familia:

Una, para que la nobleza de la reina María santísima se descubriese por la hidalguía de su esposo; otra, para que Cristo tuviese un padre amantísimo que le cuidara, María santísima tuviese en la fuga a Egipto un compañero que

²⁰¹ Es en estos tópicos derivados de las exégesis bíblicas que se esbozan componentes clave de los paradigmas de género que se hacen afines con pensamientos, comportamientos y expectativas propios del horizonte cultural de la sociedad hispanoamericana de la época moderna. Ninguno de los cuatro evangelios aduce el papel josefino como determinante para evitar la mofa y desaprobación por parte de los judíos hacia María. Esta función de reivindicación y certificación de María en tanto mujer, esposa y madre a partir de “asignársele” un marido, resulta consecuente y coincidente con una percepción de las mujeres como tales hasta ser complementadas por los hombres. Ergo, los argumentos aportados en las letras josefinas dan a entender lo siguiente: el descrédito de dar a luz a un hijo es problemático sin la participación de un padre que valide su existencia, además de que establezca una honra tambaleante. No importa que el hijo no fuese suyo, producto de cópula y fecundación, lo sustancial es que el vástago adquiriese razón de ser junto con su madre, gracias a que *un* padre-esposo los reconoce.

²⁰² Lorenzo Fernández de Arévalo, *Universal patronato del gloriosísimo patriarca señor San Joseph...*, México, Imprenta de Ribera, 1749, p. 8.

²⁰³ Juan de Robles, *Sermón del gloriosísimo patriarca...*, México, Imprenta de María de Benavides, 1687, pp. 7 r-v.

puntualmente le sirviera, un testigo ocular fidelísimo de su castidad inviolable, y enlazados en el matrimonio y en el parentesco, no peligrara el crédito en la legitimidad del hijo, ni la opinión honrosa de la madre, y se asegurase el pundonor con las familiaridades de esposo y las estimaciones de padre (...) La cuarta razón, y muy sólida, y a mi intención efficacísima, es la de san Ignacio mártir y obispo, que el fin de este castísimo lazo de matrimonio de Joseph con la reina del cielo, fue para que su parto admirable y su santísimo hijo se encubriese al demonio.²⁰⁴

Estas reflexiones fueron amarteladas con un tópico retomado de Jean Gerson, inestimable tanto en la literatura josefina como en la producción artística de la época moderna. Para eludir habladurías, ante los ojos israelitas no cabría la duda de la paternidad josefina, ni por ende, el vilipendio hacia la virtud mariana, ya que por disposición, estrategia, previsión e ingenio del Altísimo, José y Jesús eran físicamente similares: “(Jesús) salió tan parecido (...) en la cara, en el talle y en todas las facciones a mi glorioso patriarca, que no era fácil distinguir en la mayor edad la una de la otra; como si dijera, con este sobrescrito quedo yo acreditado por hijo de la esposa del nobilísimo Joseph y aseguramos todos nuestra reputación”.²⁰⁵

Para la preservación de la honra mariana y, por concordancia, la de toda su familia, la similitud entre padre e hijo era tal que los oradores certificaban que “Jesús no era otra cosa que un bellissimo Josephito, y Joseph un hermoso Jesús”. Prueba de lo dicho es la disquisición de Andrés de Arce y Miranda, renombrado erudito angelopolitano, perteneciente al círculo intelectual de Juan José de Eguiara y Eguren, afecto a la devoción josefina. Predicado el 19 de marzo de 1749 en conmemoración de la fiesta del gremio de los hortelanos, su sermón emplea metáforas arbóreas para demostrar la paternidad de san José, su colaboración en el plan salvífico y la protección prodigada a María. A decir de Arce y Miranda, para que sirva en la fructificación de un injerto, el árbol base debe ser consustancial, de una misma índole. Si bien, José no contribuyó en la concepción de Cristo,

²⁰⁴ Nicolás de Jesús María, *Lo más de la santificación del señor San Joseph...*, México, Imprenta de Joseph Bernardo de Hogal, 1727, p. 23.

²⁰⁵ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph esposo. Sermón XXV...”, p. 215.

sí fungió como ejemplar para la encarnación, como un prototipo para moldear la corporalidad del Verbo. Como Dios padre no podía tomarse a sí mismo por modelo, a falta de representación material, José fue la humanidad a reproducir.

De artificio con mayor sofisticación, el autor poblano recurre a una creencia antañá, sustentada en las cavilaciones de Aristóteles, reiterada por pensadores como Galeno y Plinio: la fisionomía de los hijos está predeterminada por aquello que los progenitores imaginaron al momento de la concepción.²⁰⁶ En opinión afín pero con la intervención de la mirada, se asentía que lo visto durante el coito, afectaba en la constitución del producto.²⁰⁷ Basándose en la historia de Jacob y las ovejas de Labán,²⁰⁸ Arce y Miranda señala que la semejanza entre Cristo y Jesús también provino de la “fuerza imaginativa de María (...) que teniendo siempre a sus ojos presente a su esposo Joseph, y mirándolo frecuentemente con un amor santo y juntamente de esposa, fue natural que al concebir la prole saliese Jesús en todo conforme a las facciones de Joseph”.²⁰⁹

Como es usual en los razonamientos sermocinales, la economía de la salvación es ratificada por todos sus ejecutores. Por esta razón, el personificarse Jesús como un *Josephito*, es una predisposición que el propio Cristo se arroga desde antes de venir al mundo, enfatizando la legitimidad de la filiación irreprochable entre él y el carpintero de

²⁰⁶ David Freedberg, *El poder de las imágenes. Estudios sobre la historia y la teoría de la respuesta*, Cátedra, Madrid, 2018, p. 21.

²⁰⁷ Por ejemplo, Heliodoro, escritor griego que vivió entre los siglos III y IV, en su novela *Etiópicas*, narra en boca de Persina, reina de Etiopía, el porqué de la singularidad dérmica de su hija Cariclea, protagonista del relato. Al yacer con su marido Hidaspes, la regente miraba con embeleso una pintura donde se representaba a Andrómeda desnuda, “y así, al momento, engendré accidentalmente un ser semejante a ella”, es decir, de piel blanca. David Freedberg, *El poder de las imágenes...*, p. 20.

²⁰⁸ Según la leyenda contenida en el Génesis (Gn 30, 25-43), Jacob deseaba independizarse de su tío y suegro, el patriarca Labán. Como pago por sus servicios, le solicitó continuar al cuidado de su rebaño, quedándose como salario con los corderos negros, rayados y moteados. Para acrecentar su heredad, frente al lugar donde los animales abrevaban y se apareaban, Jacob dispuso ramas peladas de álamo, almendro y castaño, para que al ver un continuo de rayas blancas, los críos naciesen variopintos. El experimento dio frutos y Jacob se hizo rico.

²⁰⁹ Andrés de Arce y Miranda, “El injerto de la gracia...”, p. 130.

Nazareth.²¹⁰ Sobre este asunto, el iñiguista Juan Antonio Cantova, en su prédica dedicada al Real Colegio de San José en Manila, perfila que, bajo el “orden de la naturaleza”, la similitud entre padre e hijo concordaba con el cargo de José como padre terrenal de Jesús. Por consiguiente, aunque Cristo se encarnó por intercesión del Paráclito, no se le nombraba “hijo del Espíritu Santo, sino de Joseph, a cuya imagen y semejanza fue concebido”. Pero, desde el “orden de la gracia”, mediante una dinámica de reciprocidades “en que el hijo de Dios era el padre y san Joseph el hijo más querido, san Joseph fue hecho a imagen y semejanza del hijo de Dios”.²¹¹

Podemos apreciar que en la retórica josefina se empleó la analogía corporal como un recurso multivalente, pues no sólo funcionó para librar cualquier conato de difamación hacia la Virgen, sino que, bajo el renombre patriarcal de José, sus congéneres obtuvieron aprobación estimativa por parte de la sociedad hebrea. Además, debemos sumar que la similitud fisionómica fue adjetivada como *bellísima* y *hermosa*, obteniendo sustento esta caracterización en la comprensión del aspecto físico como extroversión de las virtudes. Por ello, el franciscano Pedro de Sandoval, predicador de la provincia del Santo Evangelio, apoyándose en san Bernardo, expresó que “la cara en el hombre es un espejo de su corazón”. Si “el adorno exterior es pronóstico de lo que pasa en el retiro del alma”, conforme a los cánones e idealizaciones estéticas del contexto hispánico, la sacra parentela debió ser una beldad exuberante. Aquí la premisa gersoniana es llevada aún más lejos, pues los semblantes asemejados también incluyeron a María: “el que con atención miraba a Jesús, María y Joseph, hallaba en los tres una misma forma de rostro; luego, (...) siendo Joseph y Jesús uno en el rostro, seránlo al parecer en la hermosura del alma. Ya está

²¹⁰ Tanto así que José y Jesús son, a la vez, adoptante y adoptado. Jesús es padre y José hijo en términos de creador-creatura, vínculo afianzado desde la eternidad; y José es padre y Jesús hijo según las leyes humanas. Andrés de Arce y Miranda, “El injerto de la gracia...”, pp. 127-28.

²¹¹ Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia. Sermón panegírico del Señor San Joseph...*, México, Imprenta de Joseph Bernardo de Hogal, 1728, p. 25.

conocido cuán levantada será la santidad de Joseph, pues tiene la misma cara de Jesús, su estimativo hijo, colmo y hermosura sobresaliente a todo el resto de los hombres”.²¹²

Sobre la asimilación facial entre padre e hijo, pruebas hay de sobra en el espectro pictórico de Nueva España. Tanto así que, por impericia en el diagnóstico de los elementos iconográficos, cabe siempre la posibilidad de confundir a san José con Cristo. Digamos pues que, evidentemente, en sintonía con las propuestas teologales, hubo una *intencionalidad* de materializar con óleo lo trazado en las letras.²¹³ Ya hemos apuntado en otra investigación que la proximidad fisionómica entre Cristo y José en el arte novohispano, en ocasiones llegó a un grado casi simbiótico, incluso entre los estertores de la muerte. En el tipo iconográfico del *Tránsito de san José*, contemplamos los instantes previos al deceso josefino (**fig. 16**). En el intercambio de palabras de despedida, pareciera que un mellizo reconforta a su infortunado hermano, a quien le ha llegado su hora. Fueron distintos los modelos optados en la Península y otros ámbitos como el italiano, donde José es fácilmente identificable por

²¹² Pedro de Sandoval, *Sermón panegírico del glorioso patriarca San Ioseph...*, México, Imprenta de María de Benavides, viuda de Juan de Ribera, 1700, p. 6r.

²¹³ Remitámonos a un caso concreto. Francisco Pérez de Salazar, en su estudio sobre la pintura angelopolitana, pasa revista a las obras de José Joaquín Magón. Con severidad, sostiene que “sus cuadros se inspiraban muy poco en la realidad de las cosas”, reproduciendo *ad nauseam*, “la misma cara bonita” en sus lienzos. Para Salazar, a Magón “un mismo molde de cara le sirve para hombres y mujeres, todo es cuestión de añadir o suprimir barbas”. Con lo que hemos expuesto sobre la sacra parentela, probablemente, la equivalencia facial iba más allá de una cuestión meramente estilística. Verbigracia, en el *Patrocinio de la Virgen de la Merced* de Atlixco, José y el Espíritu Santo humando son idénticos, en consonancia con los semblantes crísticos de los *Bautismos de María y Juan el Bautista* de Tecamachalco. En el último lienzo, Juan también es parecido a Cristo y José. Nada extraño pues se trata del primo y sobrino de los aludidos, es decir, el precursor compartió con ellos lazos sanguíneos y preeminencia en la historia salvífica, haciendo posible -e incluso deseable- su semejanza pictórica. Resulta admisible pensar que la redundancia de faces no incomodaba a los devotos y sobrepasaba los linderos del gusto, pues era un ratificador de las enseñanzas doctrinales. Así, aquello *visto* en los cuadros concordaba con lo *escuchado* en las prédicas. Véase Francisco Pérez de Salazar y Haro, *Historia de la pintura en Puebla y otras investigaciones sobre Historia y Arte*, México, PERPAL, 1990, p. 85; Alejandro Julián Andrade Campos, *El pincel de Elías: José Joaquín Magón y la orden de Nuestra Señora del Carmen (Puebla, mediados del siglo XVIII)*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, tesis de licenciatura en Historia, 2013, pp. 31-33.

su revestimiento con los signos de la vejez y la decadencia de la carne: barbas y cabellos canos, flaccidez, pérdida de vigor, etc.²¹⁴

No obstante, quizá el testimonio más nítido de la concreción plástica de las ideas expuestas en este apartado, sea la *Trinidad del cielo y trinidad de la tierra*, obra de Andrés López (**fig. 17**). Las cavilaciones sermocinales, sin duda, fungen como piedra roseta que traduce lo pincelado en la lámina de cobre. No escapa a ningún ojo, ni al menos amaestrado, que los cinco protagonistas de la escena son idénticos. Ambos conjuntos trinitarios convergen en el Niño Jesús, quien, factualmente, es el gozne entre registros. Todos son inmanentes pues comparten esencia, gracia, planificación y objetivos, haciéndose uno en la linealidad de la concepción cristiana del tiempo: desde los orígenes eternos hasta la puesta en marcha del plan de salvación en el plano terrenal, la homología entre los intérpretes del drama redentorista es predestinación y duplicidad providencial. Nada queda al azar.

Ergo, el binomio parecido/parentesco ilustra con creces la peculiaridad de la teología de los siglos XVII y XVIII, donde san José es, en términos de coparticipación e importancia, un paralelo irrefutable. De hecho, hubo apologetas que, en esta sazón, encumbraron a san José a un lugar antes reservado únicamente a la madre de Dios, al asegurar que el carpintero era superior a todos los santos, ya que se sumaba al orden

²¹⁴ Jorge Luis Merlo Solorio, "Tránsito de San José...", pp. 89-106. *Las innovaciones josefológicas impactaron rápidamente en los modos generales de representar al carpintero, decantándose hacia su aspecto joven o envejecido. Si bien, desde el siglo XVI hubo una coexistencia de ambos estilos, de la cual incluso se conservan testimonios novohispanos, a partir del XVII los artistas franceses y españoles tuvieron una predilección por mostrarlo rejuvenecido, permaneciendo, por fuerza de tradición, la senectud josefina en los pinceles italianos. Véase Emile Male, *El arte religioso de la Contrarreforma*, p. 293; Jorge Luis Merlo Solorio, *San José en Nueva España...*, pp. 44-47.

hipostático²¹⁵ por ser miembro de la trinidad humana,²¹⁶ la cual tenía sus correspondencias inmediatas con la celestial, siendo su viva imagen: “y así fue virgen Joseph, que representaba al eterno virgen Padre; fue virgen Jesús, pues era idénticamente el mismo divino unigénito; fue virgen María, pues María en esta humana trinidad, al parecer de Cornelio, tenía el lugar del Espíritu Santo. Virgen fue la trinidad primera en el cielo (...) y virgen fue también la trinidad segunda en la tierra”.²¹⁷

Seguramente, esta clase de proposiciones sostuvieron los cambios iconográfico-compositivos en el arte de las centurias modernas, donde san José emula y/o sustituye las posturas y acciones clásicas de la Virgen. En el cobre de López, quien ahora hace las veces de *crístóforo*, es José. Cual tenante del Niño, se le muestra como pilar de la manumisión del mundo al *sustentarlo* -aludiendo a la palabra “sustentar”²¹⁸ en un sentido amplio, según sus variadas acepciones-, y deja para María la explicación de la empresa divina mediante el señalamiento de sus manos: el infante de rosácea vestimenta es el futuro hombre

²¹⁵ *Grosso modo*, el orden o unión hipostática significa la imbricación de las dos naturalezas de Dios Hijo, divina y humana, en un mismo ser. Por lo tanto, María como madre y aportadora de la parte carnal de Jesucristo, tuvo participación cardinal en este rubro. Así, todos los privilegios que circundan a la Virgen le provinieron de esta operación. Se propone a san José como adjunto en el orden hipostático a razón de ser padre de Cristo (por domeño del cuerpo mariano), merecedor de las prerrogativas de la madre, y de cierta forma se podría colegir que también coadyuvó en la formación carnal del Verbo, al servirle como modelo fisionómico. Véase Cándido Pozo, *María, Nueva Eva*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2005, pp. 8-11; Ana Castaño Navarro, “Eguiara y Eguren, Vicente López y san José: devoción personal y devoción oficial al santo en el siglo XVIII novohispano”, en *Literatura mexicana*, vol. 32, núm. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas, 2021, p. 24.

²¹⁶ Dictamen de Antonio Urrea, retomando a Cornelio a Lapide, en Blas de Plasencia, *Sermón panegírico que mira al gloriosísimo patriarca Señor San Joseph...*, Filipinas, Imprenta del convento de Nuestra Señora de Loreto, 1745, p. I.

²¹⁷ Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia...*, pp. 14-15. *En la obra de Andrés López las paridades se potencializan. En diagonal, las analogías coinciden con las sugeridas por Cornelio a Lapide y recuperadas por Cantova; pero a la vertical, igualmente hay ligazones interesantes, pues María coincidiría como hija o esposa del Padre, mientras que José como sustituto del Espíritu Santo en su papel de esposo terrenal.

²¹⁸ 1.- Proveer a alguien del alimento necesario, 2.- Conservar algo en su ser o estado, 3.- Sostener algo para que no se caiga o se tuerza, 4.- Apoyar. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, [<https://dle.rae.es/sustentar?m=form>] (Consultado el 14 de marzo de 2021).

melancólico representado en el paño, y todos nosotros, somos los peldaños de la escalera para llevar a cabo el sacrificio expiatorio.

2. Nobleza y honor como valores supremos de la santidad patriarcal

Las sociedades de Antiguo Régimen eran, por antonomasia, estamentales. Lo más acendrado cohabitaba la cúspide, y en degradación progresiva, se ubicaba el resto poblacional. Dentro de los discursos eclesiásticos, se consideraba que las cualidades humanas y espirituales eran inherentes o escurridizas según la pertenencia a un estrato determinado.²¹⁹ Así, en configuración semántica, santidad, intelecto, hermosura y virtud anidaban en el mismo círculo de la blancura y la alcurnia, mientras que las pigmentaciones oscuras y la baja ralea, eran eternas sospechosas de proclividad hacia el pecado, la ineptitud, la fealdad y el vicio. Nada asombran los vuelcos hagiográficos para cumplir con esta normativa, visibles en el linaje regio atribuido a la beata Catalina de San Juan,²²⁰ esclava

²¹⁹ En los paratextos sermocinales hay material extenso para hablar del tema. Al respecto, sólo citaremos la loa al “monstruoso ingenio” de Arce y Miranda, hecha por el iñiguista Antonio de Paredes, rector del Colegio de San Andrés de México: “Debe considerar el cura de almas la calidad de su vocación y el afecto que le mueve a seguirla; porque verdaderamente es muy arduo el ministerio y no le ha de gobernar la presunción, cuyo fin es ganar gloria, no la codicia que solicita acumular riquezas. Siempre estuvo el Señor Magistral lejos de los humos de la soberbia, que pretextando celo, dice San Gregorio, es hollín que oscurece a la razón (...) Mucho más cuando se ejerció entre indios incultos, necesitado a comunicar con estos individuos, tolerar sus sandeces, y en el tiempo de la epidemia, a servirlos, medicarlos y mantenerlos, haciendo respectivamente lo mismo cuando mejoró de beneficio, en que fue verdaderamente padre de pobres, sin usufructuar de su puesto más que trabajo y una vida frugal, que si no tocaba en austera, nada tenía de regalada”. Andrés de Arce y Miranda, *Sermones varios del doctor don Andrés de Arce y Miranda...*, pp. qq.

²²⁰ Para asentar la categorización planteada, leamos el siguiente fragmento. Entre las innumerables angustias que aquejaban a Catarina, estaba “la hermosura de los cuerpos humanos (...), aniquiladora común del universo y la pobladora del infierno”. Reacia el contacto físico con cualquier persona, la beata solicitó a Cristo que “la privase de la exterior belleza de su cuerpo haciéndola fea y vieja, porque no la inquietaran, ni se inquietasen los mortales”. Después de transformado su corazón por la presencia de Jesús niño, “en breve tiempo se fueron poco a poco secando y consumiendo sus carnes, y se mudaron las facciones de su rostro. Se enturbió el cabello y se achinó el color del rostro, de suerte que más parecía vieja, que niña; más fea, que hermosa; más retostada china, que blanca y rubia mogora; más india avellanada de las muy tostadas del Occidente, que blanca y hermosa Oriental de los confines de la feliz Arabia”. Al denegar la hermosura, signo de excelsitud como lo

llegada a Puebla desde la India, o en fórmula hoy aún vigente, el Cuauhtlatoatzin del controvertido Juan Diego,²²¹ por mencionar sólo un par de casos.

Dentro de la oratoria sacra de los siglos XVII y XVIII, la configuración relacional de la familia nazarena fue tejida sobre este bastidor vertical de contrastes, dándole coherencia a su dinámica interna. A san José le fue transferido lo más granado de los valores masculinos para congeniar con la majestad de Jesús y María, al asumir el rol de padre/esposo, el prócer del hogar. En los panegíricos, la sociedad y sus reglas son vistas como creación apriorística, como voluntad providencial. Por ende, se edifica un puente que conecta teología con mundanidad, haciendo de las expectativas del presente moderno una realidad universal y atemporal. Este *background* da la pauta para que Pedro del Espíritu Santo pueda inquirir: “si a un hombre le dieran la elección, ¿no fuera un necio, si no buscara un padre ilustre y generoso?”. Desde su sabiduría infinita, Cristo dispuso el acogerse en una espléndida prosapia, pues “el tener buenos padres redundará en la gloria de los hijos”. Muchos desearían seleccionar un destino favorecedor, pero “al que Dios quiso hacerle, dele gracias; y al que no, tenga paciencia, que es el mejor remedio en cosas que no lo tienen”.²²² En la narrativa josefológica prima la *predilección*, contextualizando excelencias para un grupo determinado que gozará de los beneficios del poder otorgado por el linaje.

Al igual que con su madre, Jesús adornó a san José con cantidad de gracias naturales y sobrenaturales, llamándole padre “con mucha honra”. Lo recubrió con una sarta de *calidades* tan magníficas, las cuales hubiese podido transmitirle en caso de haberse tratado de su progenitor. Pero, ¿qué se podría idealizar en un padre? Fantasea el predicador lo que él elegiría si tuviera la oportunidad de hacerlo: “quisiera (...) que mi padre fuera noble, honrado, después rico, poderoso, piadoso y, últimamente, santo”.²²³ San José, como *non*

demuestran los parangones, dio acceso absoluto a Cristo como su rey, padre y amante. Alonso Ramos, *Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia...*, tomo I, México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 2017, pp. 388-394.

²²¹ Véase Wikipedia, *Juan Diego Cuauhtlatoatzin*, [https://es.wikipedia.org/wiki/Juan_Diego_Cuauhtlatoatzin] (Consultado el 16 de marzo de 2021)

²²² Pedro del Espíritu Santo, “Joseph padre. Sermón XXVI...”, p. 219.

²²³ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph padre. Sermón XXVI...”, p. 220.

plus ultra de lo patriarcal en la tierra, coincidirá con este listado de bondades; algunas de ellas, correlacionales y extensibles a María por virtud de ser su esposa. Así, dentro de las polivalencias del honor, éste era enriquecido con la mutualidad. Por lo tanto, el agustino Joseph de San Gil diría que era inapreciable la felicidad de nuestro santo al “tener una mujer buena”, quien a la par es la madre de Dios, y José parecía “el nuevo Nilo de la gracia, pues si aquel aumenta en la luna nueva sus cristales, vos os acrecéis nuevos blasones con la luna nueva María”. Ya que “no hay para una mujer mejor adorno que la virtud de su marido”, la honra mariana era copiosa pues contaba “con un esposo por excelencia justo”.²²⁴

Como un conjunto de eslabones adyacentes, *honra*, *honor* y *nobleza* entrarán en un vaivén de correspondencias para darle cuerpo a la mixtura terreno-celestial. Expusimos en el apartado anterior la importancia del honor vinculado con el recato femenino y la protección varonil, a la luz del ejemplo mariano-josefino. El trinomio de *honra-honor-nobleza*, tal y como lo indican los sermones, debía ser *proporcional*, de la misma paridad y rango cualitativo entre congéneres. Por consiguiente, Espíritu Santo recordará a su auditorio, remitiéndose a los saberes de Jean Gerson y Francisco Suárez, que el rey de reyes y la reina de los cielos eran súbditos de san José, infiriéndose de este vínculo su ubérrima categoría. El honor y la honra josefina, distintivos selectos y propios de mandamases, coinciden cabalmente con su definición dieciochesca. El honor es una “honra con esplendor y publicidad”;²²⁵ mientras que la honra es “reverencia, acatamiento y veneración que se hace a la virtud, autoridad, o mayoría de alguna persona”.²²⁶ Nuevamente, el juicio colectivo como aval de un *status quo* de arquitectura divina, el cual engarza la cotidianidad sociocultural de la era moderna con los paradigmas de la sacra parentela. Aquí encuentran claridad las palabras del orador carmelita: “es el honor (...) una protestación de la excelencia de algún sujeto. Y así aquel exterior culto y obsequio manifestativo de la excelencia de alguno es quien le constituye honrado; y tanto más, cuanto el que hace esta manifestación,

²²⁴ Joseph de San Gil, *Sermón panegírico...*, p. 12.

²²⁵ Real Academia Española, *Diccionario de autoridades*. Tomo IV (1734), [<https://webfrrl.rae.es/DA.html>] (Consultado el 16 de marzo de 2021)

²²⁶ Real Academia Española, *Diccionario de autoridades*. Tomo IV (1734), [<https://webfrrl.rae.es/DA.html>] (Consultado el 16 de marzo de 2021)

fuere más excelente, pues está claro que para mí fuera más honra que el rey me quitara el sombrero, que si un plebeyo me hiciera una gran cortesía”.²²⁷ ¿Cuán gigantesco es el estatuto patriarcal de san José, si Jesús y María le inclinaban la cabeza?

Sin embargo, en el esquema de valores cristiano, la vanagloria en la grandeza tiende al engreimiento y, consecuentemente, al pecado. Por ello, la *humildad* es el ingrediente que contrapesa toda inclinación hacia la soberbia, enalteciendo aún más a los prohombres. Así lo consideró en su prédica el presbítero Pedro Muñoz de Castro, pregonada por la conmemoración de la festividad josefina en el templo del Hospital de Nuestra Señora de la Concepción. Tal y como lo asentaba el pacto mesiánico, el afianzador del reino judío provendría del árbol davídico,²²⁸ y por esta razón las genealogías de Cristo tienen como antepasado común a David y a José como transmisor de la estirpe regia. Según Muñoz de Castro, aunque el ingenio josefino lo perfilaba para desempeñarse como estadista, san José optó por ganar el sustento diario “con sudor de su rostro, a expensas del trabajo”, haciéndose oficial de carpintería. Este puesto humilde no “degeneró (...) aquella sangre real de la estirpe suprema de David, que en sus venas, tan *generosamente honrada*, le pulsaba”.²²⁹

Nótese el equipamiento que conlleva la herencia de alta cuna, cómo el honor fluye indisoluble en su torrente;²³⁰ aunque el orador recalca que por ocio y mal aprovechamiento,

²²⁷ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph padre. Sermón XXVI...”, p. 223.

²²⁸ Para conocer dicho pacto, véase 2 Sm 7, 8-16; 1 Cr 17, 11-14; 2 Cr 6, 14-18.

²²⁹ *Cursivas nuestras*. Pedro Muñoz de Castro, *Sermón del glorioso patriarca San Joseph...*, México, imprenta de Juan Joseph Guillena Carrascoso, 1696, p. b.

²³⁰ Como expusimos con antelación, el honor era un valor público, ya que su validación dependía del juicio social y no de la autopercepción. Sin embargo, debemos puntualizar que en el ámbito colonial, éste tuvo diversas connotaciones según la *calidad* de los individuos. El honor nobiliario u *honor de los orígenes*, con el cual fue emparentado san José por su ascendencia davídica, contaba con un *capital heredado* que se atesoraba en el linaje, la legitimidad y la limpieza de sangre. Es así que los individuos de innata pulcritud a causa de su ralea aventajada, antípoda de aquellos con “sangre infecta”, eran dignos de prestigio social y detentores de privilegios políticos, económicos y sociales. Además, supuestamente, tendían a la virtud, según una asunción teológico-moral cuya taxonomía de las calidades era concebida como un *orden sacralizado*, permanente e inalterable por su diseño celestial. Por ende, ser de “distinguido nacimiento” otorgaba sello de connaturalidad al honor, al asentarse como esencia de los esclarecidos. Cfr. Verónica Undurraga Schüller, *Los rostros del honor...*, pp. 16, 24, 116-117 y 128-129; Ann Twinam, *Vidas públicas, secretos privados. Género,*

la probidad congénita podía mudar en descrédito.²³¹ Por supuesto, no era el caso de san José. Todo lo contrario, pues en lugar de mostrarse ufano ante sus cualidades, prefería envilecerse y abrazar la anonadación. Rasgo típico de las estructuras hagiográficas, principalmente de las practicadas en el siglo XVII, donde el auto-desprecio, el humillarse a sí mismo, ponía la suficiente distancia entre la creatura y su dios al privilegiar lo etéreo sobre lo material.²³² Es así que, en maniobra opuesta, José creció disminuyéndose:

Yo, diría Joseph, criatura vil, varón inútil, perverso pecador, el más indigno de los nacidos, ¿esposo de la madre de Dios? ¿Cómo ha de ser? Yo, imperfecto, tibio, lleno de culpas, ingrato a la majestad soberana, ¿y padre del mismo hijo de Dios? ¿Cómo es posible? (...) No, no. No he de conceder ni convenir en ello. Dejaré primero disimuladamente a la señora (...) Vuelto en sí, san Joseph exclamaría: ¿este desposorio tan milagroso? Haber florecido aquella vara de repente en mis manos y bajado sobre ella a apadrinar visible nuestras bodas el Espíritu Sacrosanto, ¿no indica ser gusto declarado de Dios que yo asista a María, como su esposo, y que cuide del hijo de sus entrañas como padre? Harélo así, pues es gusto de Dios. Bien, mas tanta dignidad, ¿y a mí? ¡No puede ser! A mí, pecador, indigno, ¿ministerio tan alto? ¡Ya no quiero, ya no quiero!²³³

El soliloquio demuestra de san José, el “temor nacido de su humildad”. Certeza de insuficiencia comprendida como decorosa, tópico en el cual ahondaremos más adelante. Aquí baste recalcar que al rehusar los honores que la Omnipotencia le entregaba, José subió desde el plano de la humildad “al ápice supremo de padre de Jesús y esposo de María”;²³⁴

honor, sexualidad e ilegitimidad en la Hispanoamérica colonial, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2009, pp. 63-65; Christian Büschges, “Las leyes del honor. Honor y estratificación social en el distrito de la audiencia de Quito (siglo XVIII)”, en *Revista de Indias*, núm. 209, vol. LVII, España, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1997, pp. 55-84.

²³¹ Pedro Muñoz de Castro, *Sermón del glorioso patriarca San Joseph...*, p. b.

²³² La prevalencia de lo celestial sobre lo carnal tiene fundamentos bíblicos, como en el llamamiento de Cristo a renacer “en agua y Espíritu” para acceder a la vida eterna (Jn 3, 1-21). A este episodio juanino le sucede un diálogo entre el Bautista y sus discípulos. Le notifican que Jesús también bautizaba y que la gente era asidua a su llamado. La respuesta del Precursor, congenia a la perfección con lo dispuesto en este apartado: “Nadie puede arrogarse nada si no se lo concede Dios (...) Y en esto coincide mi gozo colmado. Él debe crecer, yo disminuir” (Jn 3, 27-30).

²³³ Pedro Muñoz de Castro, *Sermón del glorioso patriarca San Joseph...*, p. 6r.

²³⁴ Pedro Muñoz de Castro, *Sermón del glorioso patriarca San Joseph...*, p. 6v.

refinamiento que ennoblece cuando, por nacimiento, se pertenece a una ascendencia insigne. Luego, bajar y/o asumirse ciego cuando se es integrante de las alturas, no hace más que confirmar un talante innato de la grandeza.²³⁵

3. San José como guardián y soldado para defender a la Virgen

Como colofón de lo concerniente a lo honorífico y sus implicaciones, traigamos a colación un pequeño conjunto de lisonjas y metáforas, forjadas en el intersticio entre el lirismo y la retórica. Persuadir a los escuchas, convencerlos para que aprueben e internalicen los argumentos sermocinales, iba más allá del correcto manejo de las metodologías teológicas. Concernía pues a un hermanamiento del intelecto con las experiencias sensoriales. Es así que ingresar en el fuero interno apelando a la conmoción de los sentidos era una destreza frecuente entre los predicadores postridentinos. Entretener la imaginación mediante una *poética corporal*, difundir terror con aspavientos, sosegar con voces apacibles o provocar remordimiento al incitar a la memoria, hizo de la audición y la vista los canales propicios para emitir los parámetros de la fe y los aparatos ideológicos del Estado y sus instituciones.²³⁶ Cuando el asunto del panegírico compete a lo familiar, al intercambio entre consortes e hijos y padres, la idealización divina, poetizada o pintada con las pautas de lo armonioso, perfecto e inmutable, contrasta con el caos, la incertidumbre y la decadencia de la realidad social. En los discursos josefológicos, lo aspiracional endulzado competía, y seguramente ganaba, contra el acíbar de lo cotidiano, farragoso y vacilante por definición.

²³⁵ La conexión entre procedencia noble y humildad fue reafirmada en Cristo mismo, pues a decir de los Padres de la Iglesia, la majestad divina se humilló tanto “que se vistió de la bajeza de nuestra humanidad”. Empero, “su humanidad no admitió sangre baja, la más noble prosapia, la nación más hidalga buscó para nacer, porque convino así”. Y la sobresaliente casta de Jesucristo, legado fue de san José. Pedro del Espíritu Santo, “Joseph esposo. Sermón XXV...”, pp. 210-211.

²³⁶ Véase Juan Vitulli, “Los mocos del predicador: cuerpo, gestualidad y auto-control en el púlpito barroco”, en *Zama*, núm. 6, Argentina, Universidad de Buenos Aires, 2014, pp. 167-182.

Comencemos con la prédica de la primera coronación de una imagen josefina en Nueva España,²³⁷ divulgada el 26 de septiembre de 1788 por el sacerdote Joseph Atanasio Díaz y Tirado. Como lo narra la dedicatoria, todo fue boato y derroche para laurear la escultura de san José en su parroquia homónima, ubicada en Puebla de los Ángeles. La solemnidad se prolongó por tres días, donde pudo admirarse la corona engastada con 417 piedras preciosas, “entre diamantes, esmeraldas y demás”. Fueron los mayordomos de la esclavitud josefina cita en dicho templo quienes se encargaron de publicar el panegírico, con deseos de inmortalizar el recuerdo de la coronación imperial. Conviniendo con el neurálgico oxímoron de la cultura cristiana de estas centurias, donde en el aquí y ahora se reniega de lo que allá y después se espera como premio por el perpetuo despojarse, el orador con sus reflexiones pretendió aumentar el culto josefino y propagar los beneficios de su auspicio, pero lo hizo modestamente mediante un grácil *diminutio*, “condesciendo gustoso en gemir bajo la prensa de la crítica, a fin de que mis borrones sirvan, no de ejemplar para la imitación, sino de estímulo a que las plumas más elocuentes y los talentos más cultivados se expliquen con acierto en tus elogios, y digan lo que yo no alcanzo de tus glorias”.²³⁸

Para erradicar la censura pública, Díaz y Tirado se acoge a la sombra josefina, a sabiendas de su protección ante las tribulaciones y que su nombre es suficiente para defenderlo “de toda sátira”, pues “solo tu nombre es quita oprobios (...) y él solo es un poderoso defensor de las honras”. Como es notorio, el presbítero echa mano de la consabida potestad de san José en los terrenos del honor y la amplifica, convirtiéndola en un patrocinio viable en todo momento y circunstancia, a imitación de lo protegido en Cristo y María: “(las honras de) los dos mayores personajes del universo se confiaron a ti y las conservaste con el mayor decoro. Los destinos, que por gracia singular te encomendó sólo a ti el Omnipotente, son el dilatado campo de tus glorias y el riquísimo mineral de tus

²³⁷ A partir de esta celebración y hasta 1794, contamos con el registro de dieciocho coronaciones de imágenes josefinas en Nueva España. Véase Carlos Carrillo Ojeda, *Cronología Josefina Mexicana*, pp. 79-85.

²³⁸ Joseph Atanasio Díaz y Tirado, *Sermón panegírico que en la plausible y festiva imperial coronación...*, Puebla, Imprenta del Real Seminario Palafoxiano, 1789, p. g.

excelencias, en donde por más que excave el más agudo discurso, jamás será capaz de penetrar sus fondos, y romperá primero sus propias venas que fallen las betas que ofrecen tus relevantes títulos de esposo de María y padre de Jesús a tus encomios”.²³⁹

La custodia de san José es dilatante ante todo suceso pues domó la inmensidad entre sus brazos: “¿Quién con esto podrá dudar que eres el protector de todo el mundo y que tal vez tú lo sostienes, conteniendo entre amorosos abrazos al juez airado que quiere destruirlo?”²⁴⁰ San José, a diferencia de lo comprendido en la Edad Media, ahora es capaz de atemperar al dios furibundo. Así como antaño María podía frenar el brazo vengador mostrando los pechos que alimentaron a Cristo,²⁴¹ José puede mostrar sus manos, las cuales se extenuaron para darle sustento.

Ser el protector de todos contra todo, lo podemos entender desde la sumatoria de lo expuesto hasta el momento. San José devino como portento en su especialización familiar, es decir, su faceta de santo es resultado del trabajo constante para proveer a Cristo y María. Dicha familia no es común, pues aunque pobre para coincidir con los arquetipos de humildad propios de lo excelso, es noble por vías reforzadas, pues tiene ascendencia divina y linaje real del pueblo elegido. Derivativamente, cada uno de sus miembros se reviste de honorabilidad y fortaleza, pero en especial José al llevar las riendas del hogar y trascender en los otros sus cualidades.

Ejemplo de lo dicho es el sermón donde Diego de Victoria Salazar, canónigo magistral de Puebla, enuncia las grandezas de san José por motivo del patrocinio sobre la monarquía hispánica que proclamó Carlos II. Las metáforas hilvanadas son castrenses por el contexto: José no sólo tendría que auxiliar en lo espiritual. El triunfo sobre los opositores y la perpetuación de la corona austriaca eran puestos a su diligencia. El éxito estaba

²³⁹ Joseph Atanasio Díaz y Tirado, *Sermón panegírico que en la plausible y festiva imperial coronación...*, p. f.

²⁴⁰ Joseph Atanasio Díaz y Tirado, *Sermón panegírico que en la plausible y festiva imperial coronación...*, p. g.

²⁴¹ Recuérdese el tipo iconográfico de la *Scala Salutis* donde, ante el conato de castigo divino, la Virgen intercede pidiendo compasión al mostrar uno de sus pechos. Véase María Elvira Mocholí Martínez, “La Scala Salutis”, en Rafael García Mahiques (dir.), *Los tipos iconográficos de la tradición cristiana. 1. La Visualidad del Logos*, Madrid, Encuentro, 2015, pp. 512-589.

garantizado pues san José tiene “naturaleza de soldado”, demostrada en el tutelaje de María. Por esta razón, el ángel que le devela el misterio de la encarnación, lo insta a soslayar el temor, recordándole precisamente su genética belicosa: ¿Cómo puede temer un hijo de David, “de aquel valeroso rey Marte en las campañas, a quien no atemorizaron las fieras, ni amedrentaron gigantes? No temas hijo de David, porque si de este rey valeroso salieron ejércitos para vencer, y de su sangre se formaron capitanes valerosos para pelear, a ti Joseph te ha dado Dios esta prerrogativa y gozas por esta descendencia el ser el mejor soldado, el capitán más valiente, rayo en la campaña, pues solo tu nombre destruirá los ejércitos más poderosos de los contrarios”.²⁴²

Por supuesto, las metáforas son maleables. Lo que en algunos sermones sirvió para potenciar denuedos ante la adversidad y tempestades en la desestimación de los enemigos, en otros connotan la tranquilidad y confianza de una salvaguardia afable. Así sucede en lo referente al cuidado de María a cargo de san José. Navega gradualmente entre lo combativo y lo candoroso. Tal vez la mejor muestra de la versión plácida está en la oratoria del jesuita Matías de Esquerria, catedrático de Sagrada Escritura en el Colegio de San Pedro y San Pablo de México, cuya retórica contiene una profundidad literaria de gran calidad. El sermón fue dedicado por la congregación josefina de San Gregorio, uno de los enclaves importantes de la devoción a nuestro santo en el siglo XVIII,²⁴³ y el asunto estriba en demostrar cómo el patrocinio josefino se otorga de manera natural, puesto que es una derivación de la justicia, aquella virtud que define a José por antonomasia según el versículo mateano.²⁴⁴

De nuevo, la disquisición nos sitúa entre el asombro y la congoja que embargan a san José al observar a su mujer preñada. Sosteniendo su premisa, Esquerria advierte que la justicia inherente en el carpintero, lo compelia a ser piadoso y conceder patrocinio ante

²⁴² Diego de Victoria Salazar, *Sermón (...) al patrocinio de San Joseph en la corona de España...*, Puebla, Imprenta de la viuda de Miguel de Ribera, 1680, pp. 11 r-v.

²⁴³ Al respecto, véase Jorge Luis Merlo Solorio, “Empeños de amor encarnado...”, pp. 321-346.

²⁴⁴ “José, su esposo, que era honrado (justo) y no quería infamarla, decidió repudiarla en privado” (Mt 1, 19). *En las traducciones bíblicas de la época moderna, siempre se consigna la palabra *justo*. Llama la atención que en la versión actual que utilizamos, se emplea la palabra *honrado*. En la imbricación de valores que hemos repasado, sin duda, una u otra opción concuerdan a la medida.

cualquier tormento. Por lo tanto, haciendo caso omiso de la ley, no entregó a la presunta culpable. Bajo esta condición misericordiosa, el ñiguista puede conceder que para protección de María-Paraíso, Dios no parapetó a un querubín con espada flamígera “que sacude rayos cuando se blanda y derrama una tempestad en cada golpe”, sino a un adalid “con un montante²⁴⁵ de rosas que hace sombra con el amago, conforta con el golpe y divierte con el espanto”.²⁴⁶ Dicha protección fue solicitada por la Virgen misma “con calientes ruegos”, al buscar resguardo bajo la sombra divina. Providencialmente, san José es “todo alas para favorecer con la sombra y la prontitud”, y gracias a él, el parto de María quedó oculto frente a las malas intenciones del Demonio.²⁴⁷

Para finiquitar este apartado, recurramos a uno de los sermones más genuinos de nuestro corpus documental. Fray Andrés Elías Caperó dedica sus cavilaciones a don Pedro Manuel Colón y Portugal, duque de Veraguas y, para ese entonces, virrey de Valencia. El carmelita descalzo entreteje ponderaciones en tres direcciones: hacia el logro máximo del antepasado del virrey, es decir, el descubrimiento de las Indias; hacia Carlos II por instaurar el patrocinio josefino sobre la corona española; hacia san José a través de exponer las gracias que lo engrandecen. Para lograr tal fin, Caperó reconoce siete cláusulas en las palabras del ángel sobre el prodigio de la encarnación, equiparándolas con las maravillas del mundo antiguo. Dándole seguimiento a las cuestiones marciales, debemos desplazarnos a Babilonia.

²⁴⁵ “Montante: Espada ancha, y con gavilanes mui largos, que manejan los Maestros de armas con ambas manos, para separar las batallas en el juego de la Esgríma. Tomose su forma y nombre de las espadas antiguas, que se jugaban con dos manos”. Real Academia Española, *Diccionario de autoridades. Tomo IV (1734)*, [<https://webfrel.rae.es/DA.html>] (Consultado el 23 de marzo de 2021)

²⁴⁶ Matías de Esquerro, *Sermón que en la festividad del patrocinio de San Joseph...*, México, Imprenta de la viuda de Miguel de Ribera, 1708, p. 4r. *La metáfora del José querúbico que custodia al paraíso de la Iglesia cristiana, María, y a Cristo, el árbol de la vida, fue retomada en la oratoria sacra de una de las bienaventuranzas adjudicadas al Santo Patriarca por Isidoro de Isolano. Véase Isidoro de Isolano, *Suma de los dones de San José*, p. 581; Pedro del Espíritu Santo, “Joseph esposo. Sermón XXV...”, p. 213.

²⁴⁷ Matías de Esquerro, *Sermón que en la festividad del patrocinio de San Joseph...*, p. 5r.

Al fusionar los vaticinios del profeta Isaías²⁴⁸ con los portentos arquitectónicos de la reina Semíramis,²⁴⁹ Caperó figura a María como una ciudad santa, la cual, para su seguridad, cuenta con muro y antemuro:

Muro de su protección fue el Verbo divino que concibió en su purísimo tálamo (...) Antemuro de la Virgen fue san Joseph, porque el muro defiende a la ciudad, pero el antemuro a entrambos. Defendió el Salvador a su madre purísima, pero san Joseph tuvo condiciones de muro y antemuro porque en la invasión de Herodes, defendió al hijo y a la madre (...) Las virtudes de otros santos pueden mirarse de techo abajo, como decimos; mas de Joseph se ha de discurrir siempre muro arriba, porque todas sus cosas saben a cielo y gloria (...) Es san Joseph muro que defiende las ciudades, antemuro que asegura la protección.²⁵⁰

Como en esta época todo lo religioso es inmanentemente político, la prosperidad monárquica se mimetiza con la celestial y los patronazgos de los santos proceden con integralidad, pues interfieren tanto en lo espiritual como en lo profano. Gozar de predilección por contubernio al ser uno con lo divino, frente a la otredad que se ciñe como generadora de errores, tendencias execrables y es digna de aniquilación, posibilita que José y María se metamorfoseen en una maquinaria de guerra que trasciende lo meramente simbólico. Caperó rememora que, desde tiempo atrás, España se resguardaba con el “muro de la protección de María”, cuya conservación dependía de su festividad anual. El blindaje es redoblado con san José como antemuro, a través de la decisión carolina. Bajo este marco, no tiene desperdicio alguno la manera en que el fraile remata su consideración:

Con este agasajo que hacemos a san Joseph, aseguramos el patrocinio de la Virgen. Introduce Salomón en los Cantares, a la virgen hablando con su esposo, a quien dice estas palabras: (...) Venid esposo mío (...) Salgamos al campo, vamos a la guerra. ¿Para eso le llama? Vaya sola. Eso no. Que en señora tan honesta y

²⁴⁸ “Aquel día se cantará este canto en el territorio de Judá: tenemos una ciudad fuerte, le ha puesto para salvarla murallas y baluartes” (Is 26, 1).

²⁴⁹ A Semíramis se le atribuye la construcción de edificios y palacios babilónicos pero, sobre todo, los míticos jardines colgantes.

²⁵⁰ Andrés Elías Caperó, *Oración panegírica al excelso, celestial y divino patriarca San Ioseph...*, Valencia, Imprenta de Francisco Mestre, 1680, pp. 18-19.

desposada, no pareciera bien salir sola a la campaña sin llevar al esposo de compañía (...) Ahora que san Joseph es patrón de España, tiene la Virgen quién le acompañe a la guerra. Y así, con este obsequio que hace a san Joseph, asegura España la protección de María (...) Qué prosperidades no ha de lograr esta monarquía con la protección de san Joseph.²⁵¹

II.- San José, poderoso por ser padre (dignificación varonil)

1. La paternidad legítima como la gran prerrogativa de san José

Sépase, pues, de José,
que es su perfección tan grande
que para ser hijo suyo,
sólo Cristo fue bastante.

Sor Juana Inés de la Cruz²⁵²

Paternidad y matrimonio son las dos piedras angulares sobre las que se construyó el edificio de lo josefino. Como detallamos en el capítulo primero, desde fechas tempranas, estos postulados no estuvieron exentos de controversia e implicaron una dosis considerable de tinta confrontada. No obstante, en la oratoria josefina de la época moderna, el pensamiento sobre san José gozó de un canon solidificado, tendiente a la homogeneidad al compartir lecturas y formulaciones afines. Razón por la cual, independientemente de la latitud, los sermones josefinos tienen una enorme similitud argumentativa y doctrinal, por supuesto,

²⁵¹ Andrés Elías Caperó, *Oración panegírica al excelso, celestial y divino patriarca San Joseph...*, pp. 19-20.

²⁵² Alfonso Méndez Plancarte (ed.), *Obras completas de sor Juan Inés de la Cruz. II. Villancicos y Letras Sacras*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018, p. 131.

cargados con las variantes propias de modas y estilos literarios,²⁵³ así como las intencionalidades y compromisos sociopolíticos, económicos y simbólicos detrás de cada uno de ellos. En consecuencia, los impresos y manuscritos que aquí analizamos, sean filipinos, andaluces o poblanos, de mediados del siglo XVII o de las primeras décadas del siglo XIX, son *condiscípulos*, pues su contenido proviene del abreviar en las enseñanzas de maestros en común. Ya hemos comprobado algunas perspectivas emparejadas en las interrelaciones de José con María. Ahora toca el turno de hablar sobre lo concerniente a la proximidad entre José y Jesús.

Ha habido diversas formas de comprender y justificar la paternidad de san José. Ingeniosas todas y a menudo intrincadas, pues se requería desestimar un papel activo del carpintero en el plano procreativo.²⁵⁴ Pero al ser esposo de la Virgen según sentencia bíblica, entraron en juego diversos aspectos, entre ellos los legales, con el fin de escudriñar las afinidades entre Jesús, María y José al ser una familia definitivamente extravagante. Es así que a lo largo de las centurias, en el nexo entre padre e hijo, la participación josefina fue denominada con apelativos varios: tutor, padre putativo, nutricio, estimativo, adoptivo, matrimonial, etc.²⁵⁵ No obstante, en la homilética de los siglos XVII y XVIII se arraigaron

²⁵³ Véase Perla Chinchilla, “La transmisión de la verdad divina”, en Perla Chinchilla y Antonella Romano (coords.), *Escrituras de la modernidad. Los jesuitas entre cultura retórica y cultura científica*, México, Universidad Iberoamericana, 2008, pp. 354-375.

²⁵⁴ Discusión viva hoy en día. Verbigracia, Juan Pablo II expuso en la exhortación apostólica *Redemptoris Custos*, que “el matrimonio con María es el fundamento jurídico de la paternidad de José. Es para asegurar la protección paterna a Jesús por lo que Dios elige a José como esposo de María (...) El hijo de María es también hijo de José en virtud del vínculo matrimonial que les une”. Por su parte, John P. Meier ofrece una interpretación histórico-contextual. Subraya que en tiempos de Cristo, el padre verdadero de un crío era el legal, no necesariamente el biológico. Lo comprueba mediante los linajes de Jesús propuestos por Mateo y Lucas, argumentando que las genealogías eran ramificadas a partir del progenitor varón, independientemente de que fuese o no el padre biológico. Véase Juan Pablo II, *Redemptoris Custos*, pp. 5-6., [http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_15081989_redemptoris-custos.pdf] (Consultado el 24 de marzo de 2021); John P. Meier, *Un judío marginal...*, pp. 230-231.

²⁵⁵ José Antonio Carrasco Sierra, *Matrimonio y paternidad de San José*, pp. 33-37; Joseph de San Gil, *Sermón panegírico del glorioso Patriarca San Joseph...*, p. 6.

tendencias interpretativas bastante peculiares, mismas que desarrollaremos a continuación.

Uno de los pareceres del sermón de Juan de Solchaga, calificador del Santo Oficio y procurador general de la provincia agustina de Michoacán, nos confirma un dato importante sobre la josefología de la época: “el común panegírico de san Joseph es elogiar, como singular gloria suya, la estimativa filiación de Jesús”.²⁵⁶ Pero en la configuración del asunto, el predicador irá más lejos del entendimiento habitual. Dice que, si bien, la mayor dignidad que José mereció por ser justo, fue tener a Cristo por hijo; de Cristo como hombre, su gloria especial fue beneficiarse de José como padre.²⁵⁷ No sorprende pues que en este impreso sea la primera ocasión que aparece el mote josefino del *Santo Patriarca*,²⁵⁸ es decir, la divisa patriarcal como señal indeleble de la soberanía universal. Por ello, para consolidar la grandeza y validez de san José como *paterfamilias* con todas sus prerrogativas adyacentes, fue importantísimo que en la reiteración discursiva de los sermones, la acreditación proviniese del propio Cristo para darle un estatuto de verdad irrefutable.

Al respecto, Solchaga trae a colación los milagros y alivios que Jesús diseminaba en su peregrinar evangelizador. En particular, retoma el episodio donde la suegra de san Pedro se hallaba con problemas febriles. Tras restaurarle la salud, al atardecer, llegaban ante Cristo enfermos y poseídos para pedirle asistencia. Presto, con tan sólo imponerles las manos, eliminaba sus dolencias. Al ser expulsados de los cuerpos, muchos demonios salían gritando: ¡Tú eres el hijo de Dios! Según el relato lucano, Jesús los obligaba a callar para que no siguiesen revelando que él era el mesías.²⁵⁹ En la argumentación del predicador agustino, en realidad, los seres infernales fueron reprendidos con severidad por insolentes, pues confesaron públicamente la gloria de Cristo como hijo del Eterno Padre, pero no enunciaron la especial gloria de ser también hijo de san José. Tanto es el aprecio de Jesús por la relación

²⁵⁶ Parecer de Francisco Xavier Solchaga en Juan de Solchaga, *Gloria especial de Cristo en cuanto hombre...*, México, Imprenta Nueva Plantiniana de Diego Fernández de León, 1710, p. j.

²⁵⁷ Juan de Solchaga, *Gloria especial de Cristo en cuanto hombre...*, p. 4v.

²⁵⁸ Juan de Solchaga, *Gloria especial de Cristo en cuanto hombre...*, p. 5r.

²⁵⁹ Lc 4, 38-41.

con su padre terrenal que si ésta no es mencionada, resulta vana la confesión de su parentesco con Dios padre.²⁶⁰

Bajo esta línea veremos replicadas las exégesis que interpretaron la predilección de Cristo por san José y las potestades obtenidas por la paternidad, a grado tal que lo evidentemente injurioso fue tornado en alabanza. Lo dicho es perceptible en la resignificación dada a la reacción del pueblo judío ante la sapiencia del Mesías. Desde una barca, Jesús instruía a la multitud. Después de contarles un conjunto de parábolas, siguió enseñando en la sinagoga. Con asombro, los lugareños se preguntaban: “¿De dónde saca éste su saber y sus milagros? ¿No es éste el hijo del artesano?”²⁶¹ La descalificación a Cristo por ser hijo de un simple carpintero es sumamente valiosa para la josefología porque, a la vez, es un reconocimiento explícito de la paternidad josefina.²⁶² Paradójicamente, lo burlesco al juzgar con ignorancia la cuna crística “de un leño muy bajo y abatido”, es todo regocijo pues se trata del “jugo y médula sustanciosa del incomparable valor de Joseph”.²⁶³ Apodarlo como vástago de un oficial, no implicaba mengua en Jesús porque él ostentaba gustosamente el título, portándolo más como reputación que como afrenta, incluso en los momentos donde “hacía alarde de su divinidad y su grandeza”.²⁶⁴ La humildad y reconocimiento del omnipotente dios encarnado colindaba con una complacencia incondicional por su padre terreno, pues Jesús se reconocía como deudor de san José, ya

²⁶⁰ Juan de Solchaga, *Gloria especial de Cristo en cuanto hombre...*, pp. 6r-7r.

²⁶¹ Mt 13, 54-55.

²⁶² Igualmente, como legitimación de la paternidad de san José, en el hurgar bíblico será común emplear el episodio donde el Niño se pierde en el templo de Jerusalén; certificación de calidad superior a la proferida por los incrédulos de Nazareth, pues fue pronunciada por la Virgen misma: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que *tu padre* y yo te buscábamos angustiados” (Lc 2, 48). Verbigracia, Juan Antonio Cantova menciona en su prédica que no le causa admiración lo dicho por los hebreos, pues desconocían el misterio de la encarnación. Lo asombroso es que la Virgen, “como garganta de la divina paloma”, sin reserva, llama a san José padre de Jesús. Esto le permite al jesuita recordar las juiciosas palabras del Águila de Hipona: “es fuerza confesar que Jesús fuese hijo de Joseph, no sólo putativo, sino en parte verdadero, por ser hijo verdadero de María”. Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia...*, pp. 7-8.

²⁶³ Matías de Esquerra, *Sermón que en la festividad del patrocinio de San Joseph...*, pp. 1r-v.

²⁶⁴ Parecer de Francisco Xavier Solchaga en Juan de Solchaga, *Gloria especial de Cristo en cuanto hombre...*, pp. j-k.

que, durante toda su estancia en la tierra, el carpintero, como padre perfecto e irreprochable, hizo todo lo indispensable para conservarlo con vida.²⁶⁵

Cristo pues se conagraba por su vínculo con José. Pero, como lo veremos en repetidas ocasiones dentro de la oratoria sacra, también los otros integrantes de la Trinidad estaban satisfechos con la paternidad josefina, de la cual ellos mismos fueron promotores. Es así que al igual que María, predestinada y formada para fungir como madre del Salvador, san José fue modelado como un varón perfecto, “el más puro, el más excelente de todos los hombres”, superior a cualquier otro nacido en la tierra desde el principio de los tiempos.²⁶⁶ Así fue porque José percibió el enorme privilegio y responsabilidad de ser *compadre*²⁶⁷ del Altísimo, condueño de la paternidad sobre Jesús, cualidad transmisible que la primera persona de la Trinidad sólo compartió con el carpintero. Lo deífico, lo filial y la espiración pasiva eran características asequibles, alguien más las podría gozar, pero la paternidad únicamente fue comunicable con José.

Lo anterior nos lo explica el presbítero Miguel Zetina al desmenuzar las procesiones intratrinitarias,²⁶⁸ en su parecer sobre el panegírico de Antonio Mansilla, secretario de la provincia seráfica del Santo Evangelio y calificador del Santo Oficio. Zetina propone que cada uno de los entes trinitarios es dios, “tres formalidades entre sí diversas, que en sólo la esencia se identifican”, más no intercambian sus atributos individuales, es decir, “no se puede decir que el hijo es padre, ni que el padre es Espíritu Santo”.²⁶⁹ Acorde con el orden

²⁶⁵ Joseph de San Gil, *Sermón panegírico del glorioso Patriarca San Joseph...*, p. 18.

²⁶⁶ Véase Juan de Robles, *Sermón del gloriosísimo patriarca...*, pp. 2v-3v.

²⁶⁷ Al parecer, la idea del compadrazgo entre José y Dios padre tuvo buena acogida, pues la veremos replicada en otros sermones como el predicado por el agustino recoleto fray Pedro de San Joseph, en el Colegio del Santísimo Sacramento de la Villa de Almagro, el 8 de mayo de 1729, con motivo del capítulo provincial para elegir a su nuevo prelado. Véase, Pedro de San Joseph, *El compadre de Cristo, padrino y protector del prelado...*, Sevilla, Imprenta castellana y latina de la viuda de Francisco Lorenzo de Hermosilla, 1729, p. 6.

²⁶⁸ Según la doctrina católica, son cuatro las relaciones internas de Dios: paternidad, filiación, espiración activa y espiración pasiva. Véase Antonio Royo Marín, *Breve idea de la teología trinitaria* [<http://statveritasblog.blogspot.com/2014/06/breve-idea-de-la-teologia-trinitaria.html>] (Consultado el 1 de abril de 2021)

²⁶⁹ Antonio Mansilla, *Padrino de este reino de la Indias...*, México, Imprenta de los herederos de la viuda de Francisco Rodríguez Lupercio, 1714, p. q.

hipostático, la *filiación* compete al Eterno Padre, tal y como él mismo la enunció en el río Jordán,²⁷⁰ e igualmente, se irradió al plano terrenal con la encarnación del Verbo, al tener un padre verdadero en el mundo material. La *espiración pasiva* del Paráclito la experimentaron los apóstoles en Pentecostés, a través de las lenguas de fuego.²⁷¹ Ser *deidad* no es excepcional puesto que se comunica en cada esencia de la triada divina; adscrita en ocasiones a los ángeles²⁷² y a personajes bíblicos.²⁷³ El clérigo concluye al demostrar que la paternidad exclusivamente fue transferida al Santo Patriarca:

Pero la paternidad, ni al hijo, ni al Espíritu Santo, ni a los ángeles, ni a los hombres se comunica (...) Pues este privilegio tan grande, tan individuo, tan incomunicable, quiso el Eterno Padre comunicarle a Joseph, y así todos juzgaban al hijo de Dios por hijo de san Joseph, y lo que es más, la misma madre, que tan de cierto sabía no tener parte alguna en su generación su esposo, a boca llena le llama padre suyo (...) Sólo Joseph goza en todo el universo, en todos los cielos y en la tierra este singularísimo privilegio de ser compadre con el Eterno Padre.²⁷⁴

La paternidad josefina como prerrogativa única e irrepetible en la historia de la humanidad, la cual “ni llegaron a merecer los demás hombres y dejó en expectación y asombro a los mismos espíritus celestiales”,²⁷⁵ dio pauta a los predicadores para perfilar a san José como un ente *cuasi divino*, puesto que, prácticamente, se erigió como un *alter ego* del Eterno

²⁷⁰ “Se oyó una voz del cielo que decía: este es mi hijo querido, mi predilecto” (Mt 3, 17).

²⁷¹ A diferencia de Cristo que procede por vía de generación, la tercera persona de la Trinidad proviene por *procesión* o *espiración*, fruto del amor entre el Padre y el Hijo. Como *espiración pasiva*, el Espíritu Santo es producto del vínculo amoroso, “impresión dulce y como un impulso suave y como una exhalación purísima de su mutuo eterno afecto”. Símbolo de dicha espiración es “el viento impetuoso que rugía y las lenguas de fuego que aparecieron en el día solemne de Pentecostés”. Véase “Espíritu”, en *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana* [<http://www.filosofia.org/enc/eui/e220279.htm>] (Consultado el 1 de abril de 2021); “Espiración”, en *Diccionario de ciencias eclesiásticas* [<http://www.filosofia.org/enc/dce/e04267.htm>] (Consultado el 1 de abril de 2021).

²⁷² Recalca Zetina que quien habló con Moisés mediante la zarza fue un ángel, el cual “dijo que era dios de Abraham, Isaac y Jacob”. Véase Ex. 3, 1-6.

²⁷³ Referencia específica a Ex. 7, 1: “El Señor dijo a Moisés: Mira, te hago un dios para el Faraón, y Aarón, tu hermano, será tu profeta”.

²⁷⁴ Antonio Mansilla, *Padrino de este reino de la Indias...*, p. XVIII.

²⁷⁵ Joseph de San Gil, *Sermón panegírico del glorioso Patriarca San Joseph...*, p. 6.

Padre en tanto su relación con Cristo, y del Espíritu Santo en su lazo matrimonial con María. Desde este horizonte, no extrañaré a los lectores y escuchas de los panegíricos este tipo de afirmaciones emitidas desde el púlpito, las cuales pulularon en los sermones de los siglos XVII y XVIII:

¡Oh Joseph! Tal es tu virtud, tan *casi divina tu perfección*, que la paternidad, que es noción y carácter del Eterno Padre y que no se le comunica al Hijo, ni al Espíritu Santo, te la comunica a ti, para que puedas juntamente con él llamarte padre de su unigénito. Porque aunque es dicha nuestra poder invocar a Dios con relación a nosotros, de suerte que al Padre podemos decir padre nuestro, padre mío, y al Espíritu Santo, espíritu nuestro, espíritu mío; sólo el Padre, sola María, sólo Joseph pudieron decir al hijo, hijo nuestro, hijo mío. Miren pues si arguyo bien la superioridad de Joseph a los grados de los otros hombres.²⁷⁶

A diferencia de los entenderes medievales donde san José era infravalorado por no detentar los roles de virilidad y diligencia, en los sermones de la era moderna, al endilgársele una paternidad completa, libre de objeciones o insuficiencias, nuestro santo fue visto como varón perfecto; ya no ínfimo en comparación con el Todopoderoso, sino sublime por equivalencia con él. Tal y como desarrollamos en el capítulo primero, antes de construirse a san José la castidad como distintivo, la *fertilidad* esperada en un hombre cabal, de la cual carecía, le atrajo menoscabo. Podía concebirse a José como bienhechor de Jesús y María, testigo ocular de la llegada del Mesías, un hombre *santo* en términos de bondad y obediencia a Dios pero, aunque algunos teólogos fueron benignos con su persona, su desempeño en la familia nazarena, seguramente dificultaba el aval colectivo para considerarlo *patriarca*, en relación con los paradigmas de masculinidad imperantes. En la oratoria sacra de los siglos XVII y XVIII, José, al igual que María, es “lleno de gracia”, tanto “que fue ensalzado sobre todos los hombres a participar del Padre la fecundidad, del Hijo la semejanza, del Espíritu Santo el amor”.²⁷⁷

²⁷⁶ Cursivas nuestras. Juan de Robles, *Sermón del gloriosísimo patriarca...*, p. 4r.

²⁷⁷ Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia...*, p. 6.

Llama la atención cómo ahora san José es *fecundo* desde su esterilidad voluntaria; si bien, esto se despliega en términos simbólicos, en subtexto adquiere valores prácticamente fálicos pues expresan una facultad procreativa. Dios padre y san José, en tanto *hombres perfectos*, son fecundos. Dan y preservan vida. Cualidad que también encontró cabida en el paralelismo de José con el Espíritu Santo, pues en la literatura josefina de la época se conservan testimonios donde se notifica la búsqueda del auspicio josefino en problemas de infertilidad y como recurso para garantizar la sucesión monárquica.²⁷⁸

La coparticipación de san José de la “divina fecundidad” del Eterno Padre, la explica el jesuita Juan Antonio Cantova. En sintonía con las procedencias intratrinitarias vistas con antelación y respaldándose en santo Tomás de Aquino, el ignaciano declaró que el Altísimo sólo pudo ser padre en una ocasión, “porque engendrando por vía de entendimiento, con un solo Verbo perfectamente expresivo de todo lo inteligible, manifiesta toda su infinita fecundidad”. No obstante, Cristo fue hijo en dos ocasiones, “hijo de Dios e hijo del hombre. Hijo de Dios en la eternidad, hijo del hombre en el tiempo”; le fue comunicado el talante divino, más no la capacidad de ser padre.²⁷⁹ Pero el Santo Patriarca se torna especial pues “cuando (Dios) en el tiempo escogió a Joseph hombre para padre de un hijo de Dios, no pudo comunicarle el ser de dios, pero comunicóle el ser de padre”.²⁸⁰

La tratadística josefina en la cual abrevaron los predicadores, reconoce la pronunciada travesía que recorrieron las reflexiones sobre el Santo Patriarca.²⁸¹ A los

²⁷⁸ Véase Jorge Luis Merlo Solorio, “Entre paternidad y poderío...”, pp. 181-195.

²⁷⁹ Esta afirmación empleada comúnmente en los sermones josefinos fue extraída de los dictámenes del Concilio de Florencia.

²⁸⁰ Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia...*, p. 6.

²⁸¹ Como era proceder común en el ejercicio de la predicación, los textos de las autoridades consultadas se leían y citaban en latín como rasgo de veracidad y erudición. El latín era la *lingua franca* de los saberes teológicos y las lenguas romances se empleaban como medios de difusión colectiva. Destaca que la argumentación de la edad josefina y los postulados de Francisco Suárez, Arce los extrajo de un tratado latino netamente novohispano. Se trata de las *Dissertationes Scholasticae de S. Joseph*, publicadas en 1729 por el jesuita Antonio de Peralta. Igualmente, en su sermón echó mano del *Santissimae Deigenitricis Sponso Josepho*, tercer tratado del primer tomo de las *Selectae Dissertationes Mexicanae* (1746), obra de Juan José Eguiara y Eguren, catedrático de la Universidad de México y orquestador de la *Bibliotheca Mexicana*, quien tenía especial interés por san José, como lo testimonian sus apuntes -resguardados en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional-, mismos que Arce y Miranda le solicitaba a Eguiara para sus cátedras, y su tesis, *Caelestis*

retóricos modernos les fue de mucha utilidad el compendio de ellas, pues desde los postulados de antaño, pudieron hilar nuevos encomios para san José. Así, Andrés de Arce y Miranda no vacila en afirmar que el carpintero era un “árbol estéril”, pero no por decadencia física sino como evidencia de la gracia infundida. Siguiendo a Francisco Suárez, menciona que la caracterización octogenaria del santo es inconcebible pues se requería de un “joven varón perfecto” para que con su trabajo lograse la manutención de su familia. José, no por incapacidad sino por voluntad, se hizo “infecundo por el voto de perpetua virginidad y continencia que había hecho antes y ratificado después de su desposorio con María”. Entonces, en premiación de su virtud, “el Eterno Padre, para hacerlo soberanamente fecundo, se ingirió en él, participándole su divina paternidad”. Jesucristo no es hijo natural de José pero sí por la “agencia y nocional del Eterno Padre, participada en el modo posible a este santísimo patriarca”.²⁸² Nótese que aunque José anuló el ejercicio

doctor, enfocada en el carpintero nazareno. Esta confluencia de conocimientos, compartidos y avalados por la cúpula de los teólogos dieciochescos novohispanos, no hace más que comprobar nuestra premisa sobre la homogeneidad que gozó el pensamiento josefino en los siglos abordados en la presente investigación, cuyas raíces comunes tienen una fuerte sedimentación en los postulados de Jean Gerson. Ejemplos inestimables de lo dicho es que, en el mismo año de 1749, Joseph de Paredes también acudió a los textos latinos de Peralta y Eguiara para edificar su prédica; incluso, cita un sermón del teólogo germano Johann Maier von Eck (de uso poco común en la oratoria sacra del siglo XVIII), el cual se encuentra transcrito entre los papeles de Eguiara. Además, Arce y Miranda adula la *academia eguiarensis* que se reunía en el Oratorio de San Felipe Neri donde, seguramente, circularon la vanguardia de textos y cavilaciones josefológicas de alto nivel intelectual. Véase Antonio de Peralta, *Dissertationes Scholasticae de S. Joseph...*, México, Imprenta de José Bernardo de Hogal, 1729; Juan José de Eguiara y Eguren, *Selectae Dissertationes Mexicanae...*, México, Imprenta de la viuda de José Bernardo de Hogal, 1746; Juan José de Eguiara y Eguren, *Caelestis Doctor. Dedicatoria de la tesis que el doctor Juan José de Eguiara y Eguren presentó en la Real y Pontificia Universidad de México, el día 16 de diciembre de 1746*, México, Imprenta de la viuda de José Bernardo de Nogal, 1746; Josep Ignasi Saranyana (dir.), *Teología en América Latina, Escolástica barroca, Ilustración y preparación de la Independencia (1665-1810)*, vol. II, Madrid, Iberoamericana, 2005, pp. 220-229 y 242-250; Roberto Balmori Cinta, “La josefología de Juan José de Eguiara y Eguren”, en Ernesto de la Torre Villar (coord.), *Juan José de Eguiara Eguren y la cultura mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, pp. 29-52; Andrés de Arce y Miranda, “El injerto de la gracia...”, pp. c, e, f, 115 y 123; Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, México, Imprenta del Nuevo Rezado de doña María de Ribera, 1749, pp. 10, 13 y 27; Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado, Juan José de Eguiara y Eguren, *Sermones varios (manuscrito)*, MS.766.

²⁸² Andrés de Arce y Miranda, “El injerto de la gracia...”, pp. 115-116. *La divinidad cuenta con *actos o perfecciones comunes y nocionales*. Los primeros son comunicables entre las tres personas de la Trinidad. Por ejemplo, el Padre comunica al Hijo y al Espíritu Santo, “esencia, divinidad,

de su sexualidad, y su iniciativa fue recibida como motivo de engrandecimiento, finalmente, le fue restituida la fecundidad, entendida como elemento toral en la conformación de un hombre total, en semejanza con Dios padre y, seguramente, en concordancia con las expectativas construidas en las identidades varoniles de las sociedades hispánicas.

Por consiguiente, acorde con nuestra hipótesis, la manera en que san José se torna potente dentro del discurso sermocinal es por *agencia patriarcal*, por ser concebido como padre, esposo y hombre verdadero, es decir, aquel que cumple con todos los lineamientos de la masculinidad hegemónica. José no intervino en la concepción de Jesús, no es su padre corporal, así como “tampoco el fruto injerto es propio del árbol silvestre e infecundo, más se atribuye a él, porque aunque no lo produce lo alimenta”. José le dio educación y sustento a Cristo, lo cargó en sus brazos e “hizo todos los oficios que hace el más diligente padre, ¿por qué no diremos que Jesús fue fruto de Joseph, no propio y natural, más como de injerto, por la participación y comunicación del Padre?”²⁸³ Después de esta exposición de ideas, no resulta tan exorbitado que san José fuese entendido como un ser casi divino, mucho menos en una sociedad cuya episteme es esencialmente androcéntrica, donde

omnipotencia, sabiduría”, entre otros atributos. Los segundos son individuales, propios de cada persona trinitaria, incomunicables para los otros dos entes. Como lo explicamos previamente con las procesiones intratrinitarias, se interpretaba que el Eterno Padre hizo ciertas concesiones a humanos y ángeles para manifestarse con la careta de deidad (véase notas 273-274), a manera de *acto común*. Sin embargo, Dios padre era “celoso” de la cualidad paterna, por lo cual, la hizo *nocional* y sólo compartible con José. Cabe mencionar que los *actos nocionales* son aportación de la escolástica aquiniana. A decir del Doctor angélico, dichos actos son aquellos mediante los cuales se reconocen las características de cada entidad trinitaria, “por cuanto hacen referencia a las ‘relaciones de origen’, que es lo que las distingue”. Es así que Dios padre es padre a causa del acto de engendrar, propiedad exclusiva de su persona. Véase Juan de Robles, *Sermón del gloriosísimo patriarca...*, pp. 3v-4r; Joseph de San Gil, *Sermón panegírico del glorioso Patriarca San Joseph...*, p. 19; Santo Tomás de Aquino, *Suma de teología I*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2001, pp. 370 y 396-397.

²⁸³ Andrés de Arce y Miranda, “El injerto de la gracia...”, pp. 118-119. *En el espectro sermocinal, hubo constancia en el uso del binomio fertilidad-fructificación, considerando a san José a partir de metáforas como “planta fecunda” y “tierra buena”, donde el Eterno Padre depositó a Cristo, “semilla de la palabra”, haciéndose efectiva la comunicación de la paternidad divina en el ámbito humano. Véase Francisco de Pareja, *Sermón predicado a (...) San Ioseph...*, Sevilla, Imprenta de Juan Lorenzo Machado, 1653, pp. 19-20.

paternidad, primacía en lo marital, divinidad, perfección, fortaleza, potestad, provisión y fecundidad son atributos de la deificación de lo patriarcal.

Evidentemente, podríamos sospechar que el encumbrar a san José con estos grandilocuentes epítetos causó censuras y desaprobaciones. Empero, la concordancia teologal en las aseveraciones sobre la magnificencia patriarcal de José eran recurrentes, aunque acompañadas de ciertos matices prudenciales que hacían lícitas las osadas meditaciones. Por ejemplo, Joseph de Paredes,²⁸⁴ utilizó este asunto como pedestal de su prédica, al celebrar la fiesta josefina en la catedral de Mérida, Yucatán, el año de 1749. El ignaciano arguye que de entre toda la pléyade de bienaventurados, san José es un *santo de suposición*, pues de él nada debe afirmarse, todo debe suponerse, ya que “lo que se supone está más allá de lo cierto, porque está tan cierto que no es menester decirlo. Así son las glorias del gran Patriarca: tan ciertas e inconcusas que no es menester decir las, ni afirmarlas, sino que las debemos dar por supuestas”.²⁸⁵

A causa de su preeminencia, siguiendo la interpretación bíblica de Francisco Suárez, dice Paredes que, allá en el “alto empíreo”, san José se ubica en el pináculo de la estratificación celestial, posicionado sólo después de Jesús y María pero por encima de todos los santos y las jerarquías angelicales. Ante tanta excelsitud, el jesuita asiente que es

²⁸⁴ Joseph de Paredes era versado en lengua nahua y fue reconocido por su dedicación doctrinaria con los indígenas. Por ello, Francisco Xavier Lazcano, no escatimó en aplaudir los talentos de su correligionario: “En el idioma mexicano salió tan eminente que a los curas ancianos asombraba en tanto grado la elegancia y propiedad con que S.R. pronunciaba y exaltaba el frasismo de los indios, los años que circuló S.R. el obispado de la Puebla, haciendo millones, que oí yo tal vez a un señor cura, varón de notoria graduación, respeto y circunspección, afirmar sin perplejidad, que era el padre Joseph el cicerón del idioma, e inimitable en la hermosura y nativo carácter del estilo”. No sería imprudente hipotetizar que Paredes haya transmitido entre los indígenas, las excelencias josefinas que planteó en su sermón yucateco, haciendo de las enseñanzas sobre san José en el ámbito novohispano, un saber global; más aún cuando pudo intercambiar ideas con su hermano Ignacio de Paredes, quien también fue renombrado por su “sobresaliente inteligencia del idioma mexicano y muy celoso ministro de los indios en el Colegio de San Gregorio de México”, institución jesuita de la cual hemos referido su aliciente josefino. Véase, Jorge Luis Merlo Solorio, “Empeños de amor encarnado...”, pp. 321-346; Parecer de Francisco Xavier Lazcano en Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, p. ae; José Mariano Beristáin y Souza, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, tomo II, Amecameca, Tipografía del Colegio Católico, 1883, p. 397.

²⁸⁵ Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, p. 3.

indispensable enfatizar que “Joseph no es Dios sino pura criatura y de la misma naturaleza de nosotros”. Si no se impusiese la advertencia, frente a la majestuosidad de José, podría suponerse que él es divino, sobre todo, cuando su potestad es delineada con los parámetros del orden patriarcal, donde el *mandato* y el *poder* le son constitutivos.

Lo anterior dio pauta para la elaboración de uno de los tópicos josefinos más sustanciales, en el cual se consagra a san José como un hombre y patriarca soberano. Nos referimos a la *subordinación de Cristo*, tema que desarrollaremos a profundidad en el siguiente apartado. Aquí baste repasar que, en la tradición teológica, el cielo se hizo a la medida de los imperios terrenales. Las disposiciones e intercambios entre sus moradores son análogos a las fastuosidades y reglamentaciones de las cortes regias, donde la *verticalidad*, como ya hemos apuntado, es determinante. Teniendo en mente este horizonte sociocultural duplicado en las alturas, podremos comprender la prosa exultante de Paredes: “¡Oh grandeza incomparable de santo con quien es menester andar con precauciones para no apropiarle divinidad! Quien atento considerare que Jesús es dios, y al mismo tiempo viere que a este dios le manda Joseph como a su hijo, y que este hijo le obedece y respeta en todo como a padre hasta doblarle muchas veces la rodilla (...), viendo esto (...) ¿quién no pudiera suponer que (José) también era dios? Porque un dios hecho hombre, ¿a quién se pudiera inclinar y tributar vasallaje sino a quien fuese como él, divino?”²⁸⁶

El ñiguista exploya muchas más pruebas sobre el caudal de la cuasi divinidad de san José. Sólo él, a imitación de Dios padre, pudo decirle a Cristo al compartir los alimentos: “siéntate a mi diestra, hijo mío”;²⁸⁷ haciendo exégesis al entremezclar versículos del Eclesiástico²⁸⁸ y el evangelio de san Mateo,²⁸⁹ asegura que en la Biblia, de san José hubo que especificarse que era un *hombre* justo antes que *esposo* justo, para que se advirtiera

²⁸⁶ Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, p. 17.

²⁸⁷ Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, p. 18.

²⁸⁸ Eclo 49, 15: *Nemo natus est in terra sicut Joseph* (No ha nacido varón como José, y sus restos fueron sepultados).

²⁸⁹ Mt 1, 19: *Joseph autem vir ejus cum esset justus* (José, su esposo, que era honrado (justo) y no quería infamarla, decidió repudiarla en privado).

que el carpintero, en su totalidad, era un humano de carne y hueso y no un ser divino;²⁹⁰ que si las políticas seculares son equivalentes en el Paraíso pero perfeccionadas, el Santo Patriarca es rey del cielo y la tierra por estar maridado con “la gran reina de todo el universo” y, por si fuese poco, reduplica su “soberano universal imperio, porque Jesús nada hace, sino lo que Joseph quiere”.²⁹¹

Como podrá notarse, la posibilidad de erigirse dios, a san José le es provista del legado patriarcal; cuantimás al colocarse al nivel (y, en ocasiones, por encima) de las dos masculinidades paradigmáticas del orbe cristiano (Dios padre y Jesucristo), volviéndose miembro de una *triumvirato viril*. En este complejo trídico, en la esfera idealizada del *deber ser hombre* y sus galardones adyacentes, coparticipan los tres personajes en la materialización prototípica de lo varonil construida desde la teología, justificada retóricamente y propagada por las gargantas clericales. Así, san José podía confundirse con la divinidad y de él podían suponerse las mayores glorias y perfecciones. En resumidas palabras, quien se instituye como patriarca, adquiere *ipso facto* las riendas del poder irrestricto.

En la homilética josefina, lo anterior es coronado como una realidad apodíctica, comprobable diacrónicamente tanto por la impronta divina como por el proceder de los soberanos. Es así que en el ir y venir al homologar las leyes humanas con las etéreas, donde los potentados actúan y hablan con la verdad en la mano y los súbditos acatan con la obediencia oprimiéndoles la cerviz (porque así es, será y siempre ha sido), poner en duda la grandeza de san José como partición de Dios padre es incurrir en delito grave. Trayendo a colación el Código de Justiniano,²⁹² Paredes confirma que toda aquella persona designada

²⁹⁰ Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, pp. 18-19.

²⁹¹ Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, p. 21.

²⁹² El *Codex Iustinianus* es parte del *Corpus Iuris Civilis*, el compendio más significativo de Derecho romano, el cual consta de la compilación de las constituciones imperiales que continuaban vigentes en el siglo VI. Para nuestro interés, destaca la caracterización divina del emperador, en quien convergía la detentación de los poderes regios y sacerdotales. Así, el gobierno real recaía en él por gracia divina. Dicho de otro modo, tendríamos pues a un “rey teocrático como portavoz de Dios”. Ante esta suerte de homologación imperial-divina, desde la época de Constantino, todo aquello que se opusiera al parecer de la Iglesia, “tanto a nivel de posesiones como de creencias”, era considerado

por el emperador para ejercer un cargo, debe suponerse que cumple con las capacidades para un óptimo rendimiento. Poner en duda la decisión imperial, prácticamente es un sacrilegio. Lo mismo aplica en la elección de san José como padre de Jesús y esposo de María. El “supremo emperador del cielo y tierra”, cuya “sabiduría incomprensible no puede engañarse en sus juicios”, favoreció a José desde la eternidad, confiriéndole “toda la condignidad (sic) correspondiente a su cargo y que era necesario para su desempeño”.²⁹³ Rayaría en temeridad argüir una opinión contraria, la cual no sólo cuestionaría las decisiones celestiales, sino también a un presumible *status quo* atemporal y ecuménico.

Debemos volver a las aguas del Jordán para conocer otra estrategia que emplearon los oradores, en la consolidación de san José como padre legítimo de Cristo. A decir de Antonio Mansilla, cabe conjeturar que el Santo Patriarca estuvo presente cuando el Salvador fue bautizado. Por lo tanto, se pregunta a quién iban dirigidas las palabras del Padre al proferir: “este es mi hijo amado”. ¿Le habló a Jesús, a los devotos, a san José? La duda le resulta razonable pues si la declaración iba dirigida a Cristo, “deja en la grande solemnidad de aquel general bautismo a san Joseph agraviado”, ya que el pueblo judío tenía por padre de Cristo a José. Que el Eterno Padre lo privase de este privilegio, “de su mayor honra y título”, para el fraile franciscano no es creíble. Si Jesús fue señalado como hijo del Padre, esto se efectuó con fines doctrinales, para que “los novicios de la religión cristiana” supiesen que Dios era el padre y san José el *padrino*. Un *vicepadre* que compartía compromisos, deberes y remuneraciones con el Altísimo; cargos todos ellos evidenciables a través de los vocablos, pues “patrón, protector, defensor, guarda, marido, padrino”, significan y son uno mismo.²⁹⁴

Desde otra perspectiva y con información divergente, el correligionario de Mansilla, Pedro de Sandoval, también ahonda en el tema que ahora nos compete. Tras el deceso de Francisco de Aguiar y Seijas, el franciscano celebró la erección de Juan de Ortega Montañés

sacrilegio. Véase Rafael González Fernández, *Las estructuras ideológicas del Código de Justiniano*, España, Universidad de Murcia, 1997, pp. 131-132 y 257.

²⁹³ Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, pp. 5-7.

²⁹⁴ Antonio Mansilla, *Padrino de este reino de la Indias...*, pp. 2v y 6v-8r.

como arzobispo novohispano, mecenas del sermón y a quien está dedicado. La premisa de su prédica estriba en demostrar que a san José le fue dada la más excelsa de las dotes en María misma, quintaescencia de las virtudes. Entre los meandros de su exposición de pruebas, inquiere sobre las voces del Padre en el río Jordán, echando mano de los cálculos aportados por san Bernardo de Claraval. Según el Doctor melifluido, José vivió ciento diez años²⁹⁵ y feneció antes de que Cristo se bautizase. Para Sandoval, cobra sentido el por qué hasta ese momento, treinta años después del nacimiento de Jesús, el Eterno Padre se blasona como el padre del Mesías. Bíblicamente hablando, el Altísimo nunca antes nombró a Jesús hijo suyo sino hasta después de muerto José, pues quiso otorgarle crédito absoluto a la paternidad josefina: “Pues mientras vive Joseph no diga el Eterno Padre que es padre de su hijo. Deje por ese tiempo que tenga ese nombre Joseph, para que se conozca que sólo dio el Eterno Padre a Joseph el nombre de padre de Cristo, no concediéndolo a otros, estando tan gustoso de que Joseph le gozase, que jamás se llamó padre de su hijo mientras Joseph tuvo vida, guardándole ese decoro y partiendo con él las glorias que a otro no quiso conceder”.²⁹⁶

Conozcamos una cavilación más relacionada con el bautismo crístico y las exclamaciones del Eterno Padre. Juan de Solchaga divulgó los honores de san José en el templo de San Agustín de México, el 19 de marzo de 1710. Acorde con lo acostumbrado, en

²⁹⁵ Ya hemos reflexionado someramente en otro trabajo, la cuestión de la edad de san José al momento de su tránsito; cifra permeada de implicaciones parafrásticas y simbólicas. Véase Jorge Luis Merlo Solorio, *San José en Nueva España...*, pp. 23 y 82.

²⁹⁶ Pedro de Sandoval, *Sermón panegírico del glorioso patriarca San Ioseph...*, p. 7r. *En los sermones josefinos, constantemente se recalca la importancia que conlleva la portación de un nombre, la consignación de algún cargo y/o adquirir calificativos cual blasones. Así, la enunciación de ser padre, el Altísimo la reservó para san José y decidió omitirla momentáneamente para sí. De similar situación, Paredes nos remite a los *Hechos de los Apóstoles* (Hch 1, 12-26) para enfatizar que, tras la muerte de Judas, hubo que designar a su suplente. La suerte fue echada entre José, “llamado Barsabas, apodado Justo”, y Matías, siendo electo el segundo. Al jesuita, el nombramiento no le parece fortuito. El candidato José fue rechazado pues con “tan grande nombre no debía estar en el número de aquellos, donde no había de obtener el primer lugar”. Tanto así que, en lo consecuente, el tal José sólo será mencionado como Barsabas, “pues entendieron los apóstoles que ninguno del apostolado debía llamarse José”. Para que alguno de ellos pudiera engalanarse con el nombre del carpintero nazareno, “era necesario que tuviese el mérito, la preeminencia y dignidad de nuestro santo”. Como nadie tenía tal altura, lo indicado era abstenerse de su uso. Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, pp. 10-12.

sintonía con los parámetros del calendario litúrgico, la lectura concerniente al onomástico josefino es el capítulo primero del evangelio según san Mateo. Frente a su auditorio, el agustino ratificó que el cúmulo de las excelencias josefinas “está comprendido y compendiado en los tres sagrados títulos de justo, esposo y padre”. Las dos primeras insignias radican en el evangelio referido, pero la tercera habrá que buscarla en el escrito por san Lucas. En él, inmediatamente después del brevísimo relato del bautismo en el Jordán, se despliega la genealogía del Mesías, en cuyo primer versículo es evocado el vínculo paterno-filial entre José y Cristo. Solchaga, presuroso a descifrar el misterio, se pregunta por qué “la mayor gloria y más alta dignidad de san Joseph” no es consignada en el evangelio propio de su día. Enseguida resuelve la incógnita al fusionar los relatos del bautismo y la genealogía, haciéndolos uno mismo sin distinguirlos como párrafos independientes, logrando que las dignidades varoniles se concatenen. En el Jordán, el dios humanado fungió como trono del Espíritu Santo y, a su vez, de dicho Verbo encarnado el Padre expresó su congratulación. Entonces, en retahíla, Juan el Bautista, al verter agua sobre la cabeza de su primo, hizo pública su humanidad; Dios padre la aplaudió asistido por el Paráclito y, “para colmo de tanta gloria”, Jesús fue aclamado como hijo de un hombre, san José: “Y así el evangelista, que le mira en el Jordán con resplandores del cielo, con aclamaciones de hijo del Eterno Padre, que es toda su gloria en cuanto dios, nos lo publica hijo de Joseph, que es su especial gloria en cuanto hombre”.²⁹⁷

En resumidas cuentas, las cavilaciones sermocinales coincidirán en que san José es infinitamente privilegiado y superior al común de los humanos. Ya sea por compartición de potestades con el Altísimo, por herencia legítima derivada del matrimonio con María o a causa de una elección premeditada de Cristo, José detentó una *paternidad verdadera* sobre el Salvador, la cual ejerció fiel, constante y cercanamente en la cotidianidad de Nazareth. Por si el lector aún no se ha percatado, exceptuando a María, cabe subrayar que ningún otro santo, ya sea bíblico o propio de la era cristiana que se extiende hasta nuestros días,

²⁹⁷ Juan de Solchaga, *Gloria especial de Cristo en cuanto hombre...*, pp. 4v-6r.

tuvo tanta intimidad con el Mesías. Y los panegiristas, conscientes de ello, insistieron en el punto para confirmar que como san José, nadie.

Verbigracia, para la fiesta josefina de 1773, Joseph de San Gil, prior del convento de Santa Mónica de Valencia, razonó que, durante toda su vida, el Santo Patriarca sustentó a Jesús, lo llevó en brazos y lo defendió con sus trabajos, “siendo Joseph el primero que tomó parte en su humillación y sufrimiento”. Entonces, el Verbo encarnado, voluntariamente, se donó completo a su padre terrenal, obteniendo san José en totalidad, aquello que otros bienaventurados sólo gozaron por partes:

En fin, entrégase el mismo dios en manos de Joseph, y este es el privilegio que le distingue gloriosamente entre los demás justos. A Magdalena, sabemos, que le da sus pies;²⁹⁸ a Pedro los ojos;²⁹⁹ al Bautista la cabeza³⁰⁰ y al evangelista el pecho.³⁰¹ Más a Joseph todo dios se le da. Le da sus ojos, haciéndole tierno empleo de su vista; le da su pecho, constituyéndole confidente de sus arcanos; su cabeza obedeciendo con filial sumisión a su padre eterno; su boca teniendo con él dulcísimas pláticas, no en sueños como a los profetas, no como a Moisés

²⁹⁸ “En esto, una mujer pecadora pública, enterada de que estaba a la mesa en casa del fariseo, acudió con un frasco de perfume de mirra, se colocó detrás, a sus pies, y llorando se puso a bañarle los pies en lágrimas y a secárselos con el cabello; le besaba los pies y se los ungía con la mirra” (Lc 7, 37-38).

²⁹⁹ Varias pueden ser las posibles referencias a las que alude el orador. En la primera carta de Pedro dirigida a los paganos convertidos, los instruye diciéndoles: “Porque los ojos del Señor se fijan en el honrado, sus oídos escuchan sus súplicas; pero el Señor se enfrenta con los malhechores. ¿Quién podría haceros daño si sois solícitos del bien?” (1Pe 3, 12-13). En el evangelio mateano, al elegir a los primeros discípulos, se menciona que Jesús *vio* en el lago de Galilea a Pedro y Andrés, invitándolos a convertirse en “pescadores de hombres” (Mt 4, 18-19). Finalmente, no olvidemos que junto con Santiago y Juan, Pedro fue uno de los *testigos visuales* de la transfiguración de Cristo (Mt 17, 1-13).

³⁰⁰ Evidente alusión al bautismo de Jesús en el río Jordán, a cargo de su primo, Juan el Bautista (Mt 3, 13-17).

³⁰¹ Se trata del apóstol Juan, fusionado en la tradición cristiana con el redactor del evangelio juanino: “Uno de los discípulos estaba reclinado a la derecha de Jesús, el predilecto de Jesús. Simón Pedro le hace un gesto y le dice: averigua a quién se refiere. Él se inclinó hacia el costado de Jesús y le dijo: Señor ¿quién es?” (Jn 13, 23-25).

una sola vez, no como a los ángeles como ministros de su providencia, no como a los apóstoles como a siervos, sino como a padre suyo.³⁰²

San José visto como *fenómeno*³⁰³ hizo posible la expansión de una retórica briosa, la cual se permitió libertades en sus proposiciones, bajo la convicción de que toda apología tenía cabida frente a una figura patriarcal insuperable. A través de José, en la oratoria sacra se compendió una *apoteosis de la masculinidad*, donde, como puede constatarse en los sermones analizados, se reprodujo en demasía la mancuerna *posesión/poderío* cual valor encomiable. Como resonancia del organigrama gubernativo del cielo y la tierra, los panegíricos nos recuerdan que quien empuña el bastón de mando, merece alabanzas sin fin.

Para amarrar lo expuesto en este apartado, finiquitemos con la prédica del agustino Bernardo Clemente de Sala, lector de teología en la provincia novohispana del Santísimo Nombre de Jesús. El sermón descuella por su redacción impetuosa y su teatralidad, rayana en el monólogo, evidenciada por una constante de interrogantes y exclamaciones. Podríamos decir que casi son visibles los ademanes del orador y su fruición por relatar las magnificencias de san José. Como su título lo indica, el asunto a tratar es tajante: san José es un *hombre sin semejante*. Por ser elevado a la dignidad de padre de Jesús, el Santo Patriarca puede divisarse en dos mil prefiguraciones veterotestamentarias, según la lectura misteriosa de la Biblia, donde los acontecimientos de los evangelios tuvieron indicios en los relatos antiguos.³⁰⁴ Es decir, san José, como apoteosis masculina, reúne en sí todas las virtudes de los prohombres del Antiguo Testamento (soberanía, imposición, sojuzgamiento, preservación, etc.); virtudes que viven potenciadas en el carpintero nazareno. El exordio del

³⁰² Joseph de San Gil, *Sermón panegírico del glorioso Patriarca San Joseph...*, pp. 19-20.

³⁰³ Entiéndase, “cosa extraordinaria y sorprendente”. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española* [<https://dle.rae.es/fen%C3%B3meno?m=form>] (Consultado el 15 de abril de 2021)

³⁰⁴ Bernardo Clemente Sala, *Sermones de varias festividades y santos...*, México, Imprenta de J.M. Lara, 1842, pp. 3-5. *La versión dieciochesca es la siguiente: Bernardo Clemente Sala, *El hombre sin semejante. Elogio del patriarca San Josef...*, Cádiz, Imprenta de Manuel Espinosa de los Monteros, 1778.

panegírico, además de exquisito, ilustra con creces las hipérbolas en la preponderancia patriarcal de san José:

Oíd cielos lo que hablo. Oiga la tierra las palabras de mi boca. Crezca mi doctrina como la lluvia. Fluya como el rocío mi voz. Quisiera decir... ¿Pero qué me sorprende? ¿Qué es lo que admiro? ¿Un hombre, virgen y padre al mismo tiempo? ¡Qué montón de maravillas! La dignidad, la excelencia de este hombre, no tienen semejante. Su elevación, su mérito, su gloria, demuestran un varón que goza el privilegio de la paternidad con el honor de la virginidad. Todo convence que entre los nacidos, sólo este varón no tiene primero que le parezca, ni segundo que le subsiga. *Ninguno nació en la tierra como José.* En efecto, hermanos carísimos. ¿Hay algún carácter que no posea este fiel varón? Adán, es el árbitro del mundo; Enoc, el invocador del nombre del Señor; Noé, el fabricante de la arca; Abraham, el padre de los creyentes; Isaac, el modelo de la obediencia; José, el conservador de Egipto; Moisés, el amado de dios; Josué, el salvador de su pueblo; Caleb, el heredero de Canaán; David, el trono de la misericordia; Samuel, el tabernáculo de la dulzura; Juan Bautista, el teatro de la pureza. Un solo hombre llena el blanco de todos estos héroes. Es preciso reunir tanta multitud de rasgos para descubrir el universal carácter de este varón justo. *Ninguno nació en la tierra como José.* ¿José? ¡Qué nombre! ¡Qué aumento! ¡Cuántos hombres en uno solo! Dueño de todo lo criado, dictador del nombre de Jesús, custodio de la verdadera Arca, propagador perpetuo de la fe, espejo de la sumisión, príncipe de la posesión divina, lugarteniente de Dios, protector del cristianismo, mayorazgo de la tierra prometida, tierno presidente, juez dulce, puro ángel. ¿Qué no es José? Hombre sublime, anunciado por figuras, calificado por virtudes, decorado por felicidades: luz de los apóstoles, esfuerzo de los mártires, guía de los confesores, jefe de las vírgenes. Mucho digo, mas no bastante. ¿Qué títulos no merece este glorioso patriarca por su espiritual desposorio? Descendiente de la real sangre de David, José es el propietario del cetro de Judá, del sacerdocio de Aarón, José es la tercera persona de la trinidad humana, el amo de la casa de Dios, el superior de María y de Jesús. José es... lo

diré de un tiro, para arrojar de un golpe toda mi proposición: José es el hombre sin semejante. *Ninguno nació en la tierra como José.*³⁰⁵

Notoriamente, la acreditación de la paternidad perfecta de san José, confraterniza con una idea de eficacia. Es decir, se le calificó y/o evaluó con una altísima estima, a partir del éxito obtenido en su propósito vital: preservar a Cristo y María. Por ende, tuvo que haber reciprocidad en las relaciones fincadas dentro del hogar nazareno para aprobar a José como padre intachable. Esto devino en la concreción discursiva de Jesús como un hijo ejemplar. Es así que su relación modélica, utilizada como recurso a granel, fue un semillero valioso para las intenciones moralizantes perseguidas en la homilética josefina; tanto que, fragmentos como el siguiente, se convirtieron en tópico: “Dios honró a José con el título de padre; Cristo le veneró del mismo modo, dando a todos los hijos ejemplo de la sumisión que deben a los padres”.³⁰⁶ Aun en las situaciones más adversas, ambos varones cumplieron cabalmente con las idealizaciones de una masculinidad santa.

Diría un predicador conque se que arduas fueron las faenas josefinas para proteger y cuidar de Jesús. Pero lo que le sorprende sobremanera, como actuar digno de aplauso, es que tantos sudores de san José fueron provocados por sustentar a un hijo que ni siquiera era suyo; proceder inusual que divulgó entre sus escuchas desde el púlpito para que éstos compartiesen su sorpresa, ya que el comportamiento del carpintero iba en contracorriente de las tendencias habituales, donde el deslinde, el abandono o la ausencia paterna por motivos varios, estaban a la orden del día. Así, san José fue construido y enarbolado en la retórica de los siglos XVII y XVIII como un manantial de virtudes a imitar. Los lascivos encontrarían serenidad en su pureza. Los celosos podían seguir a este campeón de la cordura. Pero para el asunto que nos compete, importa decir que todo padre alcanzaría la excelencia virtuosa si remedaba al Santo Patriarca. Sobre todo en sociedades donde, según el ojo clerical, proliferaba lo contrario, como lo demuestra la amonestación del orador: “sois para vuestros hijos, no padres sino enemigos, no hombres sino fieras, en la falta de cariño, en la crueldad del trato, en el descuido de la educación, en el olvido de su comodidad y aun

³⁰⁵ Cursivas del autor. Bernardo Clemente Sala, *Sermones de varias festividades y santos...*, pp. 1-2.

³⁰⁶ Bernardo Clemente Sala, *Sermones de varias festividades y santos...*, p. 5.

en el maltrato de su sustento”.³⁰⁷ La paternidad conlleva deberes. José los cumplió hasta el último segundo de vida y ningún panegirista lo pondría en duda. Pero sus tareas fueron facilitadas por los privilegios adjuntos al imperio patriarcal, tal y como profundizaremos a continuación.

2. Dar órdenes, obediencia sin rechistar y dueño de la heredad divina: génesis del poderío josefino

Desde los orígenes del cristianismo oficial hasta el siglo XXI, existe un *continuum* en la interacción entre los santos y sus devotos. Recorrer cientos de kilómetros para hincarse frente a los restos del apóstol Santiago o ante la talla cedrina de la Virgen en Cáceres; surcar las vialidades capitalinas con una escultura de resina tamaño natural de san Judas Tadeo o peregrinar multitudinariamente hasta la Villa de Guadalupe cada mes de diciembre; incluso, en otras experiencias de inspiración cristiana que escapan del aval católico como la Santa Muerte y Jesús Malverde, o las ofertas milagreras de corte evangélico transmitidas por televisión; todos estos actos píos persiguen fines similares: eficacia y prontitud en la resolución de dificultades de la vida cotidiana. Como ley no escrita, de facto, se establece una relación contractual que estipula los compromisos entre solicitante y posibilitador. El primero ofrenda cansancio, rezos, ayuno, privaciones, lágrimas, candelas, dinero o sangre, a cambio de que el segundo consiga venías del Todopoderoso, transformadas en erradicación de enfermedades, prosperidad económica, triunfo sobre los adversarios, fortuna en el amor, alejamiento de instigaciones diabólicas, protección ante riesgos y violencia, y un larguísimo etcétera.

Los sermones josefinos de los siglos XVII y XVIII no escapan a estas consignas. Todo lo contrario. Las ratifican desde un discurso que entrelaza los paradigmas del patriarcado

³⁰⁷ Sermón josefino de Francisco de Lizana en Román Llamas, “San José en los predicadores españoles del siglo XVII”, pp. 337-338.

hogareño, los procedimientos propios de una burocracia incipiente y las ventajas de una intermediación provista por un cortesano celestial que se posiciona en un escaño contiguo a la divinidad. En san José fue anclada la creencia de ser un remedio infalible contra toda calamidad, ya que, a diferencia del resto de los santos, su autoridad le permite *exigir* en lugar de *implorar*. Por ende, la promoción de la conveniencia de su auspicio fue cimentada desde las coordenadas patriarcales, distinguibles en las pautas socioculturales de Antiguo Régimen, ya que, idealmente, lo que ordenase el monarca, el papa o el padre, debía acatarse sin objeción alguna, según las condicionantes de un *absolutismo teocrático*.³⁰⁸ Además, en realidades donde el azar tiraniza, un mínimo de certezas era bienvenido. Es decir, en la relación paterno-filial entre José y Jesús se arraigó la seguridad en la observancia del esquema vertical, donde los inferiores, los súbditos, hacen todo aquello que los superiores, los amos, ordenan.

Desde este panorama, entenderemos el porqué de la comunión en las fórmulas de cierre de los panegíricos josefinos, explayadas como incentivos de esperanza bajo los estatutos de un régimen patriarcal:

¡Ea, pues! ¿Queréis enfermos, salud; necesitados, socorro; desvalidos, amparo; navegantes, santelmo; negociantes, fortuna; pretendientes, estrella; doncellas, estado; casados, amor; tentados, victoria; descarriados, guía; pecadores, gracia? Acudid a Joseph, que gracia halló para sí y gracias para todos: *ite ad Joseph*. Acudid a Joseph: pues si los otros santos en la corte de Dios pueden mucho, san Joseph, dice el Angélico, lo pude todo (...) Acudid a Joseph: pues si los otros

³⁰⁸ A decir de Javier Portús, con quien concordamos, el *absolutismo teocrático* emanaba de un conjunto de “valores y modos de comportamiento que eran los mismos que mantenía la nobleza y estaban sancionados como idóneos por el poder”. Los sermones de nuestro corpus, predominantemente impresos, son de *campanillas*, es decir, eruditos y solemnes, dirigidos y elaborados para y por las élites. No se tratan pues de las prédicas dominicales comunes. Por consiguiente, no es casual que estos panegíricos reprodujeran, difundieran y, a la vez, sirvieran para “defender y sustentar la ideología del poder”, estrategia magnificada exponencialmente por su simbiosis con el orbe celestial. Véase Javier Portús, *Pintura y pensamiento en la España de Lope de Vega*, Guipúzcoa, Nerea, 1999, pp. 20-21.

santos ruegan, como privados y como hijos, san Joseph, dice Gerson parisiense,
no ruega, sino manda, como rey y como padre: non impetrat, sed imperat.³⁰⁹

Con este bagaje, no es gratuito que uno de los *leitmotiv* en la literatura josefina moderna sea el *ite ad Joseph*. El extracto bíblico remite al periodo de hambruna en Egipto, la cual fue sorteada gracias a la diligencia de José, hijo de Jacob, personaje que se convirtió en el principal proveedor de elementos parafrásticos para el Santo Patriarca.³¹⁰ Así como el faraón indicó a su pueblo: *ite ad Ioseph et quicquid vobis dixerit facite*,³¹¹ los oradores incitaban a su grey para que buscasen el amparo josefino a través de rogativas y el cumplimiento de las normas morales mediante una *imitatio Joseph*, con el fin de encontrar respuesta y solución a sus inquietudes y penurias, pues el carpintero es un litigante de ejecución forzosa, en el entendido de que si manda el padre, el hijo obedece.

La paternidad atípica de José quedó legitimada en la homilética josefina tras la superación retórica del entredicho físico. Un hombre no necesita engendrar para considerársele padre verdadero. A decir de Andrés de Arce y Miranda, tres puntos constituyen la asignación de paternidad: “afecto y amor al hijo, la solicitud y cuidado en alimentarlo y educarlo, y la autoridad en mandarle”.³¹² El Eterno Padre compartió con José la paternidad de Cristo, pero es patente que el Santo Patriarca lo hizo desde claves meramente humanas. Si bien, el amor es viable para ambos padres, la labor de proveerle comida y enseñanzas, entre las que se cuentan aquellas propias de su oficio carpinteril, proviene de una necesidad humana. E indudablemente, lo más destacable es la cuestión jurisdiccional, propulsora de la apoteosis josefina, misma que se retroalimentó con las añejas consignas patriarcales, haciendo de la paternidad un concepto simbiótico con el poder.

³⁰⁹ Subrayado nuestro. Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia...*, pp. 45-46.

³¹⁰ Véase, “La paráfrasis josefina” en Jorge Luis Merlo Solorio, *San José en Nueva España...*, pp. 21-25.

³¹¹ “Dirigíos a José y haced lo que él os diga” (Gn 41, 55).

³¹² Andrés de Arce y Miranda, “El injerto de la gracia...”, pp. 120.

Habría que decir que el inicio del tópico sobre la subordinación de Cristo a José, en concomitancia con aquel que afirmaba que el Santo Patriarca tiene la capacidad de resolver todo lo que se le pida (oportunidad sin parangón para la cristiandad en la obtención de cuanto beneficio sea posible), tiene sus orígenes hispánicos en el siglo XVI, concretamente, en los escritos de santa Teresa de Jesús. En el *Libro de la vida*, ella narra sus dolorosos problemas de salud, causados probablemente por epilepsia. Tullida y en los huesos, decidió tomar por abogado a san José para aniquilar su sufrimiento:

Vi claro que así desta necesidad como de otras mayores de *honra y pérdida de alma*, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. *No me acuerdo hasta ora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer*. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que *así como le fue sujeto en la tierra (que como tenía nombre de padre, siendo ayo, le podía mandar) así en el cielo hace cuanto le pide (...)* No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan.³¹³

La aseveración de la santa abulense trascendió su espacio biográfico, alojándose en todas las modalidades textuales encargadas de ensalzar a san José.³¹⁴ No sólo los panegíricos, los tratados teológicos o las jaculatorias impresas en pos de indulgencias, dieron fe del poderío josefino. Caso ejemplar son los villancicos de sor Juna Inés de la Cruz,

³¹³ *Cursivas nuestras*. Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, Madrid, Cátedra, 2014, pp. 168-169. *Como acotación, no podemos dejar pasar que, desde textos tan tempranos, hay una imbricación de san José con los asuntos de la *honra*, sobre lo cual ahondamos en el apartado primero de este tercer capítulo.

³¹⁴ A grado tal que, para ganancioso efecto, hubo rogativas sagaces hacia san José con la siguiente tónica: “Y así [a Cristo] mándale o ruégale (como gustares) se ingiera en nuestras almas, para que si hasta ahora hemos sido en el huerto de tu Iglesia árboles agrestes e infructíferos, seamos mediante tu intercesión, fecundos de frutos de bendición y gracia, con que merezcamos la eterna gloria”. Subrayado nuestro. Andrés de Arce y Miranda, “El injerto de la gracia...”, p. 145.

verdaderos sumarios de josefología en verso. Para nuestro interés son invaluablees los cantados al “divino Joseph” en la catedral angelopolitana, el año de 1690.³¹⁵

La elocuencia de la *séptima musa* impacta, ya que, en gran medida, engloba y se anticipa a mucho de lo expuesto en la oratoria sacra. Cada una de sus estrofas son harto sesudas, pues dicen en breves y armoniosas palabras, lo que en los panegíricos de estilo florido, por razones perifrásticas, requiere de varias páginas. Por ejemplo, preguntándose sobre la obediencia, enuncia las proezas de algunos personajes veterotestamentarios para indagar sobre quién hizo mayores prodigios. Cita a Moisés, Josué, Acaz, Jacob y Elías, pero deja en claro que sus hazañas palidecen frente a José, concluyendo: “Pues, ¿quién puede ser tan grande varón, que de los mayores celebras mayor? // José, de quien éstos sólo tipos son, pues excede a todos en la perfección // ¿Quién oyó? ¿Quién oyó lo que yo: que el hombre domine, y obedezca Dios?”³¹⁶

Juana de Asbaje repasa diversos tópicos josefinos en sus villancicos, entre ellos los referentes a la virginidad de san José y los celos que le provocaron ver el preñado de María, pero resaltan aquellos donde la monja jerónima discurre sobre los parangones entre Dios padre y el carpintero. Lo que predomina en su discurso versificado es la fábrica de una tripleta conceptual, misma que habita en los impresos sermocinales: *divinidad, poder y paternidad* son cualidades fundidas y, cada una de ellas, es inseparable e ininteligible sin las otras dos.³¹⁷ Prueba de esto es la amenización del *Ite missa est*, donde sor Juana ofreció a

³¹⁵ Sobre los villancicos josefinos de sor Juana, véase Robin Ann Rice, “La reivindicación de san José en la modernidad temprana...”, pp. 341-366; Ana Castaño Navarro, “Los ‘Villancicos a San José’ de Sor Juana y un sermón de Fray Diego de la Vega en el contexto de la devoción a San José en la Nueva España”, en Anastasia Krutitskaya y Édgar Alejandro Calderón Alcántar (coord.), *Celebración y sonoridad en las catedrales novohispanas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Escuela Nacional de Estudios Superiores Unidad Morelia, 2017, pp. 73-98; Grady C. Wray, “Sor Juana and the *Villancicos* to San José: *Finezas*, silence, and jealousy”, en *Romance Notes*, vol. 58, núm. 2, E.U.A., University of North Carolina at Chapel Hill, 2018, pp. 325-337; Martha Lilia Tenorio, *Los villancicos de Sor Juana*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 130-136.

³¹⁶ Alfonso Méndez Plancarte (ed.), *Obras completas de sor Juan Inés de la Cruz...*, pp. 131-133. *Como expusimos con antelación, aquello de las prefiguraciones bíblicas de san José, lo desarrolló también Bernardo Clemente Sala, casi cien años después de los versos sorjuaninos.

³¹⁷ La afinidad entre *poder* y *patriarcado*, por supuesto, también fue extensible al lazo marital, y sor Juana hizo alusión a ello. Ilustra la monja jerónima que José fue virgen doblemente, tanto en lo concerniente a su propio cuerpo como en lo relativo al mariano, pues aunque “siendo suya María

los parroquianos un recio discernimiento para llevar a casa -aunque con su respectiva cautela ante cualquier inconveniente inquisitorial-,³¹⁸ el cual consagra lo dicho en los once villancicos previos:

Estribillo

¡Oigan la fineza, que Dios quiere hacer
en la ostentación de su gran poder!

Coplas

A poder Dios hacer otro
dios, tan bueno como Él,
a lo que imagino yo,
hiciera sólo a José:
y se ve,
pues en cuanto pudo
le dio su poder.³¹⁹

La cuasi deificación josefina subirá constantemente a la palestra por la ascunción del Santo Patriarca como un símil del Eterno Padre y, como veremos, también del Espíritu Santo. No obstante, sor Juana nos evidencia que la adquisición de la *vice divinidad*, José la obtuvo por una concesión de poderes, al ser constituido como el rector de Cristo. Bajo este entender,

(...) cedió el derecho que pudo lícitamente tener”, es decir, acceder y exigir la conmixtión carnal: “El tener Dios madre Virgen, le debe: pues a merced lo fue de José, cediendo su matrimonial poder”. En resumidas palabras, la sexualidad de la Virgen, por privilegio patriarcal, era pertenencia de san José y tenía derecho de decidir sobre ella. Alfonso Méndez Plancarte (ed.), *Obras completas de sor Juan Inés de la Cruz...*, pp. 134-135.

³¹⁸ “Yo no entiendo tan gran Santo; de mí solamente sé que desde luego detesto lo que no sonare bien; y estaré a lo que corrija Nuestra Santa Fe”. Alfonso Méndez Plancarte (ed.), *Obras completas de sor Juan Inés de la Cruz...*, p. 148. *Si bien, con esta estrofa cierra sor Juana todos sus villancicos, a manera de protesta de fe; esta declaración final es parecida a las utilizadas por los oradores cada vez que bregaban con temas josefinos puntiagudos. Usando a modo el proverbio “lanzar la piedra y esconder la mano”, digamos que nada se afirma en estos rubros complicados pero, a fin de cuentas, la idea ya fue planteada y difundida. Por ejemplo, lo siguiente es lo que aclaró Joseph de Paredes, inmediatamente después de reflexionar sobre la exención del pecado original en san José: “No solamente no lo supongo, ni lo digo, pero ni aun lo pienso decir, porque no lo juzgo conforme a los católicos dogmas de nuestra santa fe”. Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, p. 12.

³¹⁹ Alfonso Méndez Plancarte (ed.), *Obras completas de sor Juan Inés de la Cruz...*, p. 147.

san José fue convertido en el hombre más poderoso de todos los tiempos, tanto en el cielo como en la tierra, sólo por debajo de los varones trinitarios. A la par, a nivel epistémico, desde la triplete mencionada, estas loas josefinas fungieron como una potenciada apología de lo patriarcal y todos sus representantes, pues padre es a divino como poder es a padre y divino a poder.

Desde el horizonte cristiano, la teología era admitida como una disciplina de inspiración divina, cuyos estudios develaban *verdades*. Sin embargo, al manifestarse retóricamente como medio comunicativo y didascálico-moralizante entre doctos y feligresía, los oradores debían evitar ser reprobados bajo la acusación de propagar meras ocurrencias o especulaciones. Por ende, mostrar argumentos probatorios en la prédica era algo indispensable. Si los juicios de los potentados terrenales y su organización jurídico-política se comprendían como una reverberación de los celestes, causa de una universalización de los códigos de pensamiento y conducta de las esferas católicas (acarreado desaprobación y persecución de lo diferente para ceñirlo al modelo de lo correcto), remitirse a las leyes humanas como confirmación del atinado proceder de la Providencia, era un recurso de validez en las propuestas sermocinales. Así, la asociación entre divinidad, poder y paternidad, además de ser predisposición divina fincada *ab aeterno*, al practicarse social e institucionalmente, también es condición *ad infinitum*.

Al respecto, dice Arce y Miranda que, según las leyes civiles, san José poseía la patria potestad de Cristo. Recíprocamente, bajo esta alianza legal transpolada al ámbito de la historia de la salvación, deífica por antonomasia, el mandato del padre y la obediencia del hijo son vistos como dictámenes humanos, pero reproducidos del ámbito sacro. Por tal razón, el panegirista puede franquear libremente, del nivel intrafamiliar a la intimidad de la gloria. Ergo, si “la familia de Dios en la tierra es Jesús y María, y la casa de Dios es el cielo y la tierra”, ¿cuánta potestad hay en José que gobierna en la tierra como en el cielo y, sobre todo, a Dios mismo?³²⁰

³²⁰ Andrés de Arce y Miranda, “El injerto de la gracia...”, pp. 124.

A raíz de lo anterior, servía de mucho “recrear” la cotidianidad del hogar nazareno, pues a través de una alocución instructiva, normativa y moralizadora, se exhortaba a los oyentes y lectores de los sermones josefinos a empatizar con los paradigmas ideológicos, conductuales y de cosmovisión divulgados en las prédicas, al acreditar colectivamente que los intercambios entre José y Jesús eran santos, deseables, imitables y dignos de perpetuación, un camino trazado que garantiza la vida eterna. Además, desde el convencimiento de la *veracidad* en las palabras provenientes del púlpito, iluminadas por el Paráclito planeando en el tornavoz, para completar el circuito de enseñanza-aprendizaje, sólo faltaba la ratificación fuera del templo, es decir, comprobar que lo dicho es una *realidad* comprobable en los trajines diarios, de aspiración multitudinaria, punible en caso de desviarse de ella o, al menos, yerro que debía corregirse.

Lo imaginativo a manera de evocación, entonces, resultaba crucial en los sermones. Como hemos observado, los ejercicios exegéticos le otorgaron a san José varias prefiguraciones. Una de ellas fue Josué, el caudillo israelita que conquistó gran parte de la tierra prometida. La narración bíblica menciona que, después de campañas sangrientas donde asoló a sus opositores, Josué tuvo que enfrentarse a una alianza de cinco reyes amorreos. Como es usual en la narrativa del Antiguo Testamento, Jehová es un dios furibundo y despiadado, francamente *patriarcal*, es decir, propicio con sus predilectos e implacable contra todo aquel que no se subyugase a su voluntad. Después de matar a multitud de vencidos mediante un “pedrisco mortífero”, el Señor de los ejércitos le dio una concesión más al triunfo de Josué: ante el grito de éste, el sol detuvo su curso, tardando un día entero en ponerse, oportunidad para que los hebreos acabasen con sus contrincantes. Finalmente, después de pisotear y colgar a los reyes reacios, Josué los arrojó a una cueva, cerrando la entrada con sendas piedras.³²¹

El episodio bíblico es amalgamado por Arce y Miranda con la historia josefina, desde el valor dado a la voluntad divina como poder arrasador e indubitable. Dice el panegirista que si ante el imperio del guerrero Josué, el sol detuvo su carrera para facilitar la masacre

³²¹ Jos 10, 1-26.

de los amorreos, cuánto mayor elogio merecerá san José, pues el mismísimo *sol de justicia*³²² acataba sus órdenes: “Al sol decía Josué (...) no te muevas. ¿Cuántas veces diría Joseph a su sol Jesús: *ne movearis*, no salgas de aquí? Unas veces, anda; otras, ven. Y a todo obediente su sol (...) Esta sujeción del Niño Dios a Joseph, si en Jesús arguye una inefable humildad, que sirve de confusión a nuestra soberbia y poca obediencia a los padres naturales; en Joseph infiere una asombrosa dignidad”.³²³ La admonición, la enseñanza dicotómica y el recordatorio de las jerarquías son claros: unos disponen, los otros acatan, porque, como se demuestra a lo largo de la Historia llevada de la mano de Dios, *así fue*, los creyentes pueden experimentar que *así es* y, por consecuencia, *así será*.

Dijimos capítulos atrás que Jean Gerson proveyó un conjunto de tópicos, cuya trascendencia en la josefología moderna fue elemental, sobre todo, por permitir el giro cualitativo que hizo de san José un patriarca hecho a modo, según los paradigmas de género propios de la masculinidad hegemónica. Así, el poderío del carpintero renovado deriva de las capacidades de mando y vasallaje, pero también de la pertenencia adquisitiva, al ser dueño de María y Jesús por privilegio marital, convirtiéndose en el “mayorazgo de la tierra prometida”.³²⁴ Teólogos y oradores ligaron los planos simbólicos y jurídicos para asemejar a María desposada como una pertenencia objetual; más en concreto, transmutándola en una *tierra* en bonanza de metáforas.³²⁵ En su cuerpo fertilizado es donde creció el fruto de

³²² El *sol de justicia* es una metáfora de Jesucristo, extraída de las profecías de Malaquías: “Pero a los que respetan mi nombre, los alumbrará el sol de justicia que cura con sus alas. Saldréis saltando como terneros del establo; pisotearéis a los malvados, que serán como polvo bajo la planta de vuestros pies, el día que yo actúe -dice el Señor de los ejércitos” (Mal 3, 20-21).

³²³ Andrés de Arce y Miranda, “El injerto de la gracia...”, pp. 124.

³²⁴ Bernardo Clemente Sala, *Sermones de varias festividades y santos...*, p. 12.

³²⁵ La cadena marido, esposa-pertenencia, hijos-cosecha, fue profusa en los sermones josefinos. Para ilustrar lo dicho, vale la pena revisar el siguiente fragmento: “El fruto bendito que dio de su purísimo vientre nuestra señora, como verdadera madre de Dios, era suyo de la Virgen; pero la tierra virgen que dio este fruto era de Joseph por ley de un verdadero matrimonio. Cuando Dios quiso ostentar su benignidad con los hombres, cantaba David: nuestra tierra dio su fruto. El fruto era suyo de la tierra; pero la tierra era nuestra. Nuestra, porque era de nuestro género (...) ¿Con cuánta más razón y título pudo el Santísimo Patriarca decir que esta benditísima tierra era suya? (Refiriéndose a la parábola del tesoro escondido, Mt 13, 44) Halló Joseph en el campo florido y fragante el más precioso tesoro, que valía más que todos los cielos y orbe de la tierra. Lo halló escondido como un grande misterio y no tuvo necesidad de comprar el campo porque era suyo, para llamar de hijo al

la vida, y ambos, cuerpo y producto, son la hacienda de un amo que, bajo la configuración patriarcal de la época, no es otro que su consorte, en su binomial condición de esposo y padre.

Sobre este rubro, en los sermones josefinos, a la Virgen se le concibió cual *cuerpo-receptáculo*; sitio donde los varones divinos hicieron con y en él, lo indispensable para concretar los objetivos salvíficos.³²⁶ Lo anterior fue resultado de entender a María como una “mujer común”, seglar, supeditada a las reglas sociales en boga; innovación necesaria al elogiar a san José por su desempeño como regente familiar. Es más, la asimilación del cuerpo mariano como un contenedor para uso y disposición masculina, también tuvo implicaciones en la retórica visual, propiciando la adecuación de tipos iconográficos como el de la *Anunciación*, donde se edificó una “imagen arquetípica de María como mujer perfecta”, en oposición a las “mujeres malditas y pecadoras”. A decir de Julia Varela, las innovaciones respondieron a la puesta en práctica de un *dispositivo de feminización* que pugnaba por domesticar a las mujeres bajo las coordenadas de inferioridad y dependencia. Por lo tanto, la obediencia mariana a la voluntad divina (y, consecuentemente, a la de su marido), encajaba perfectamente con la magnificación de la sujeción femenina como acto virtuoso.³²⁷

De hecho, en el mismo tipo iconográfico, como parte del ajuar del hogar de María, era usual representar una vasija con flores, aludiéndola como recipiente que contendrá a Jesús-fruto. La cosificación metafórica como sinónimo de pureza también fue elogiada en las letanías marianas. Quizá el *hortus conclusus*, uno de los símbolos que rodea a la *Tota Pulchra* o la *Inmaculada Concepción*, sea el más apegado a nuestra disertación: una corporalidad vista como objeto, exaltada por estar pletórica de flora sagrada y vacía de

hijo de la Virgen”. Juan Francisco Domínguez, *Bienaventuranzas del santísimo patriarca señor San Joseph...*, p. 37.

³²⁶ Véase Jorge Luis Merlo Solorio, “A la sombra de un marido...”, pp. 143-145.

³²⁷ Julia Varela, “El poder de las imágenes. Las representaciones pictóricas de la *Anunciación* y el dispositivo de feminización”, en *Materiales de sociología del arte*, Madrid, Siglo XXI, 2008, pp. 1-44.

condiciones humanas, decadentes por definición. Ergo, el *cuerpo-receptáculo* ideal es maleable y cedente, cuyo destino se acomoda a lo que su dueño convenga.

Regresando a la órbita sermocinal, con lo dicho, no extrañará que María-tierra y Cristo-fruto hayan sido una exitosa inventiva, la cual perduró en la oratoria sacra desde el siglo XVI y, por lo menos, hasta el XIX. Como proyección de los cánones sociales, cuyas inequidades aún son vigentes, la cosificación femenina sacralizada en María fue complemento de la divinización masculina encarnada en José: “Si María es la tierra benditísima de José, a él pertenecen los frutos que esa tierra produzca. Y esos frutos sublimes son Jesús, tanto en su vertiente de Verbo encarnado como de Eucaristía, como de cuerpo místico o Iglesia. Aunque es verdad que es la mano de Dios quien hace todo esto, es José el elegido para llevarlo a cabo de una manera virginal. José es padre de Jesús y Jesús le pertenece porque nació de y en su tierra benditísima que es María”.³²⁸

Los panegiristas insistirán en que la relación dueño-propiedad está testificada en la naturaleza misma, en el orden de las cosas. “Por ambos derechos, natural y escrito”, los frutos del campo son pertenencia del patrón, por lo tanto, san José posee “un verdadero paternal dominio” sobre Cristo. La familia sacra fue adherida a este discernimiento legalista, cuyas justificaciones se apegan a los códigos hispanos de la era moderna, y Juan Antonio Cantova los condensa oportunamente. Por ello, citaremos sus palabras *in extenso*:

Es cierto, en sana teología, que el Verbo humanado, no sólo cuanto dios sino también en cuanto hombre, estaba en todo rigor excepto de toda humana jurisdicción, pues su padre celestial le había entregado en sus manos la rienda de todo lo creado (...) Pero qué importa, si el mismo Verbo humanado, por consejo o precepto de su eterno padre, teniendo en las manos las riendas de un mundo, entregó las de su albedrío a un Joseph, guardándole, como es de fe, los fueros de superior y padre, y mostrándole en su divina persona el rendimiento de hijo y súbdito (...) ¡Oh dignidad de Joseph incomparable y sin igual! Sin igual digo, porque aunque María participe como madre, de la misma autoridad y

³²⁸ Sobre homilía josefina de Francisco de Osuna en Román Llamas, “San José en los predicadores españoles del siglo XVI”, p. 412.

paterno dominio sobre su divino unigénito; con todo, por ser como esposa, sujeta a Joseph su cabeza (...), era Joseph el primer móvil de donde aquellos divinos cielos subordinados, Jesús y María, recibían su movimiento. Y si no, ¿a quién enviaba el Eterno Padre sus embajadas, tocantes a las disposiciones del hijo, sino a Joseph? Si al Divino Unigénito se le ha de poner nombre que, según el Damasceno, es acto de autoridad y dominio (...), a Joseph se le revela y encarga (...) Si el Niño Dios ha de ser fuga de un cuchillo tirano o dar la vuelta a su patria, a Joseph se le ordena (...), para que se entienda que la suprema autoridad sobre un Dios Hijo hecho hombre, en el cielo reside en el solo padre celeste, en la tierra, en el solo padre terreno, en Joseph. Y que Joseph es el supremo escalón de la mariana escala, al cual el mismo dios se avasalla, buscando su arrimo en Joseph como en su dueño (...) Así Ruperto.³²⁹

Tanto en los dictámenes divinos como en las leyes terrenas, flujos de una misma voluntad, esposas e hijos no son figuras de derecho independiente. Siempre están bajo la égida y directriz de un patriarca. Sin él, sólo hay desprotección, deriva e incapacidad de encaminar el destino personal. Bajo este panorama, Cristo y la Virgen se verán en la urgencia de tener quién los mande; incluso, ellos mismos solicitarán un guía, con el fin de cumplir a la perfección sus roles intrafamiliares. Así, al ver a Jesús “en su generación temporal sin padre”, como un “divino girasol en el huerto cerrado de María, sin planeta a quien seguir, o con la obediencia o el obsequio”, Matías de Esquerria arguye que el remedio, proveniente del derecho divino, es designar a san José para que cumpla estas funciones.³³⁰ María misma, desde su profusa humildad, pidió a la Providencia que la colocase en una circunstancia adecuada para ejercitar su “deseo de obediencia”, demandando una condición ínfima para ser “mandada y regida”. Ante la actitud virtuosa de la futura madre virgen, el Eterno Padre la ubicó “debajo de la mano del santo José para que le obedeciese, reverenciase y respetase

³²⁹ Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia...*, pp. 8-10.

³³⁰ Matías de Esquerria, *Sermón que en la festividad del patrocinio de San Joseph...*, p. 3r.

con mucho cuidado: porque dársela por marido es dárselo para que use con él de aquestos oficios".³³¹

En resumidas cuentas, san José es abundantemente poderoso porque es un *patriarca*, en toda la complejidad de la palabra; tan eminente que el raciocinio más agudo no alcanza a vislumbrar sus dimensiones. Todas las pericias de la *amplificatio* fueron llevadas al extremo para pontificar el *poder patriarcal*, convirtiendo los argumentos retóricos en casi una perogrullada, ya que, en las páginas sermocinales, la gigantéz josefina es una certeza de común acuerdo. Como ramificación de esto, los oradores proyectaron ingeniosidades altisonantes como la siguiente:

Devotos de mi santo, ¿sería san Joseph tan poderoso como Cristo nuestro señor? Cierto, cierto, que estaba para decir que sí. Pero vámonos poco a poco, que Cristo pudo y puede mucho. Dejando aparte los milagros, ¿podría san Joseph ejercitar acciones de infinito valor? ¿Instituir los sacramentos podría san Joseph? ¿Satisfacer por los pecados, redimir a los hombres podría? (...) Miren, pudo y no pudo. No pudo nuestro santo hacer estas acciones, pero pudo hacer que las hiciesen (...) Cuanto Cristo en cielo y tierra puede hacer, tanto puede mandar el señor san Joseph. Porque la medida del poder del padre o superior es lo que puede ejecutar el que ha de obedecer (...) Pues pregunto, si acaso el señor san Joseph le mandara a Jesús que hiciese esto o aquello, ¿le obedecería? Sí. ¿Y fuera este acto de infinito valor? No me lo negaréis. ¿Y si le impusiera el padre putativo aquel precepto de *subeunda morte* [someterse a la muerte] que le puso el Eterno (prescindiendo por ahora de la obligación) para redimir al mundo, y que instituyera los sacramentos, perdonara los pecados, lo pudiera hacer Cristo? No se dude. ¿Y lo quisiera hacer aquel hijo obediente y rendido súbdito? Con mucho gusto creo lo ejecutaría.³³²

Sin más, el *poder en bruto*, absoluto y sin objeciones, es prenda de san José. Y si tuvo al rey de reyes como súbdito, san José merece portar una corona regia que represente sus

³³¹ Sermón de Juan de Ávila sobre los Desposorios en Román Llamas, "San José en los predicadores españoles del siglo XVI...", p. 421.

³³² Pedro del Espíritu Santo, "Joseph padre. Sermón XXVI...", p. 226.

prerrogativas, revelando que “los reyes, las monarquías y todas las creaturas”³³³ deben profesarle rendimiento.

3. Mayor grandeza josefina: tener un hijo que es dios

Por el carácter unificado de la josefología moderna, en los sermones fue redundancia obligada insistir en que san José “es un santo como ninguno, pues ninguno llegó a la excelencia y dignidad de padre de Cristo”; si bien, excelso por su cualidad justiciera, compartida con el resto de la pléyade celestial, “los sobrepuja a todos”, equiparándose en probidad con el Verbo humanado. Mejor aún, es un santo impar, pues sólo él “mereció ser esposo de María”.³³⁴ En realidad, la homilética josefina mantuvo una constante del *qué* decir, suscitándose las novedades en el campo del *cómo* hacerlo, según los cánones de la retórica partiendo desde la *inventio*, y las capacidades, intencionalidades, influencias, corriente literaria de adscripción y bagaje teológico de cada orador.

Para ilustrar lo dicho, recurramos al panegírico de Baltasar de Mansilla, procurador de las misiones jesuitas de Oriente. Después de la salutación, desde su primer párrafo, el orador nos trae a la memoria que “todos predicán lo que es san Joseph”, pero que él se hará cargo de decirnos lo que no es. Mansilla advierte que la grandeza del carpintero radicó en no ser padre, escindiéndose de los procederes habituales de los seres humanos. Si san José hubiese sido un padre como los demás, hubiera tenido un “hijo hombre”. No obstante, al rechazar la tendencia natural, al no ser padre, mereció un “hijo dios”.³³⁵

³³³ Diego de Victoria Salazar, *Sermón (...) al patrocinio de San Joseph en la corona de España...*, p. 7r.

³³⁴ Francisco de la Encarnación, *Sermón panegírico del dignísimo esposo de María, el gran patriarca San Joseph...*, México, México, Imprenta de Miguel de Ribera, 1703, p. 2r.

³³⁵ Por supuesto, lo mismo aplicó en su relación con la Virgen. El no ser un consorte ordinario, eludiendo poseer una “esposa como las demás mujeres”, le valió maridarse con la “reina del cielo y madre de Dios”. Baltasar de Mansilla, *Sermón del glorioso patriarca San Joseph...*, Manila, Imprenta de la Compañía de Jesús, 1670, p. 8.

Así, en los linderos entre una inusitada condición humana y una semidivinidad vertebrada precedentemente por el Altísimo, san José rebasa, por mucho, a cualquier ser vivo o espiritual en su unión con Jesucristo. El ñiguista Juan de Robles se encargó de desgranar estas sentencias, mediante su prédica del 19 de marzo de 1687, en el poblano Colegio del Espíritu Santo. Para lograr su cometido, Robles trazó dos líneas demostrativas, a saber, san José es superior a los apóstoles y está situado por encima de los serafines, entendiéndolos a estos últimos, según la consabida estratificación angélica del Pseudo Dionisio Areopagita, como los entes de mayor jerarquía, contiguos a Dios. Nuestro panegirista llama “a los ángeles del coro más encumbrado”, a “las inteligencias más remontadas, las sustancias más espirituales”, para preguntarles cómo son llamados delante de la Omnipotencia y cuál es su oficio en la casa de Dios. Los calificativos de todos ellos son los de criados, ministros y sirvientes, quienes “cuando mucho alcanzan el nombre de ministros fieles, de siervos diligentes”. Para marcar aún más las diferencias, Robles continúa su interrogatorio, deliberando si, en alguna ocasión, Cristo se dirigió a un ángel diciéndole: “tú eres mi padre”. Evidentemente, la respuesta es negativa. En cambio, san José sí fue nombrado como tal por la lengua sagrada, en corroboración irrefragable por parte de María. Finalmente, una vez más, es en los parámetros del régimen doméstico y desde la enunciación deílica sujeta a una categorización honorífica, donde el carpintero consigue sus distinciones: “Luego, si de la diferencia del nombre se infiere el exceso de la dignidad y la grandeza de la mayoría, lo que excede en casa de un señor el nombre de padre al nombre de criado, eso excede Joseph a los ángeles, de suerte que podemos decir de su soberanía: *tanto melior angelis effectus, quanto differentus prae illis nomen haereditavit*”.³³⁶

Conviene acentuar que esta cercanía entre José y Jesús fue delineada en toda la literatura josefina de los siglos XVII y XVIII, desde una relatoría profusamente sensorial, cuyas melifluidades enraizaron por igual en las imágenes pías. Es decir, en la tradición hagiográfica, los bienaventurados que tuvieron *contacto* con Cristo, en una suerte de vivencia de lo espiritual mediante lo corporal, característica de las teofanías místicas,

³³⁶ “Mucho mejor que los ángeles, ya que heredó un nombre más excelente que ellos”. Juan de Robles, *Sermón del gloriosísimo patriarca...*, pp. 5v-6r.

pudieron *sentirlo* intensamente tan sólo en ocasiones contadas y con una prolongación más o menos duradera, puesto que *coexistir* con el dios encarnado era un privilegio extraordinario. San Antonio de Padua, santa Rosa de Lima, san Francisco de Asís, santa Inés de Montepulciano y san Estanislao de Kostka, por mencionar sólo a un puñado, gozaron la fortuna de portar, momentáneamente, al Niño entre sus brazos.³³⁷ San José, a diferencia de estos santos, estuvo en contacto directo con Jesús durante treinta años, día tras día y a toda hora. Pero cuando el Mesías era tan sólo un chiquillo como cualquier otro, con necesidades que un adulto debía resolver, el carpintero fue más que indispensable, en tanto proveedor, preservador y padre amoroso.

Justo de estas reflexiones surgieron tipos iconográficos cuya existencia sólo puede registrarse en la época moderna, aunque configurados desde extractos compositivos y simbólicos provenientes de las añejas representaciones de María con su hijo. Piénsese en la *Virgen Eleúsa* bizantina,³³⁸ cuyo encuadre de medio cuerpo nos permite intimar con la madre nazarena, en el momento exacto en que recibe una afectuosa caricia en el mentón por parte del divino infante.³³⁹ Al sustituir a la madre por el patriarca, se dio paso a la creación de un *san José de la ternura*, donde ahora es el padre nutricio de ojos gachos que

³³⁷ De hecho, las manifestaciones de Jesús no se limitaron a su figura infantil. También hubo aquellas donde el Salvador en madurez se comunicó físicamente con sus dilectos, por ejemplo, con san Bernardo de Claraval y santa Catalina de Siena. En Nueva España, principalmente en el ámbito monjil, fueron tópicos recurrentes tanto las apariciones del Niño Jesús como las del mismo en adulto, bajo su faceta de “divino amante”. Véase Gisela von Wobeser, *Apariciones de seres celestiales y demoniacos en la Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2016, pp. 36-43.

³³⁸ Dentro de las tipologías marianas derivadas de su categoría como *Theotokos*, se encuentra la de *Eleusa*, es decir, una *madre de la ternura*, cuya manifestación del amor entre ella y su hijo se demuestra mediante abrazos, caricias y/o la opresión de sus mejillas.

³³⁹ Dicho motivo iconográfico es conocido como *mamola*, el cual hunde sus raíces en las tradiciones de representación egipcia y grecolatina como símbolo de seducción erótica y amor profano. No obstante, a decir de Leo Steinberg, la acción resignificada en el contexto cristiano, más allá de mostrar una actitud naturalista y pueril, el Niño adquiere las connotaciones intimistas de esposo celestial, cuyas nupcias con María-*Ecclesia* serán celebradas en el cielo. Sin duda, al traspasarse en san José este gesto, agregando el roce de ternura consustancial a la edulcoración de sus afectos en la teología y los lienzos de los siglos XVII y XVIII, es notoria la acreditación simbólica del Santo Patriarca por parte del dios encarnado. Es decir, el divino infante corrobora el imperio josefino al manifestarse gustosamente dependiente de su padre terrenal. Véase Leo Steinberg, *La sexualidad de Cristo en el arte...*, pp. 13-14 y 131-137.

denotan humildad, quien siente la nívea y regordeta palma del Niño. Además, como nunca antes, el pequeño le mira embelesado y, acorde con los sermones, profundamente agradecido. Desde el siglo XVII, los pinceles europeos³⁴⁰ dieron cuenta de esta nueva modalidad teológico-visual, mediante la cual reparamos en la materialización del afecto entre padre e hijo. No obstante, la equivalencia iconográfica que acabamos de describir fue manufactura preferida de los pintores americanos. Ejemplos preclaros es el óleo de Cristóbal de Villalpando, resguardado en el Museo de El Carmen (**fig. 18**), y el dedicado al obispo Pantaleón Álvarez de Abreu, obra de Miguel Cabrera expuesta en el Museo José Luis Bello y Zetina (**fig. 19**).

Por supuesto, hubo otras modalidades iconográficas similares cuyo objetivo fue representar el vínculo paterno-filial de José y Jesús. Éstas continuaron con la convergencia del contacto físico y la reciprocidad emocional, infundiendo en ambos personajes una humanidad empática y fácilmente reconocible, dotándolos de una complejidad psicológica que superaba las dificultades de una teología que podía tornarse fría en sus honduras retórico-exegéticas. Entonces, la grandilocuencia celestial fue decodificada a través de los signos del amor terreno: beso, abrazo, caricia, calor corporal, palabras suaves y lágrimas de alegría o angustia ante el amargo porvenir. Es así que florecieron imágenes que son una suerte de *retratos a lo divino*.³⁴¹ Afines con la tratadística de herencia albertiana, la cual considera a los cuadros como una “ventana abierta a la historia”,³⁴² mediante ellos

³⁴⁰ Por mencionar algunos: Guido Reni, Alonso Cano, Clemente de Torres, Alonso Miguel de Tovar y Francisco de Herrera el Viejo.

³⁴¹ El concepto como tal, atañe a la paradoja interpuesta entre los retratos de las mujeres cortesanas vestidas como santas y el uso de la estética del retrato para generar la ilusión de admirar una *vera effigie*. Para nuestro interés, éste es útil y válido, pues lo ensayado en los óleos josefinos es una especie de *vista histórica*, es decir, la recreación, en tiempo y espacio, de un par de humanos concretos, los cuales, según el sentir religioso, vivieron en las inmediaciones palestinas del siglo primero. Además, como anclaje entre modalidades de representación, José y Jesús *son* seres de linaje real, cuya imagen ennoblecida con las características del retrato de aparato era viable y coincidente. Cfr. Cécile Vincent-Cassy, “El retrato *a lo divino*: intención y realces de una forma híbrida”, en *E-Spania: Revue électronique d'études hispaniques médiévales*, núm. 35, Francia, Université Paris-Sorbonne (Paris IV), 2020, pp. 1-30.

³⁴² Véase Macarena García Moggia, “La *historia* en la ventana: configuración y representación del tiempo en la ventana albertiana”, en *Alpha. Revista de Artes, Letras y Filosofía*, núm. 44, Chile, Universidad de los Lagos, 2017, pp. 197-207.

podemos echar un vistazo a la cotidianidad nazarena, donde el Santo Patriarca y Jesús conviven cándidamente. A san José lo encontraremos durmiendo al Niño en su pecho, mientras deambula por el espacio libre que dejan sus herramientas de trabajo, de uso constante como lo evidencian las virutas del suelo (**fig. 20**). A su vez, habrá otros guiños a su tarea nutricia en los platones con frutas y los pocillos para contener líquidos. Ocasionalmente, en lontananza, María también estará presente, enfocada en sus labores domésticas.³⁴³

En Nueva España, esta *retratística celestial* siguió ciertos cánones comunes al retrato de aparato nobiliario. *Grosso modo*, fueron recurrentes, por lo menos, tres recursos propios del género pictórico: un cortinaje descorrido, una mesa con mantel donde descansan algunos símbolos de la autoridad del personaje principal y una actitud posada de los representados. Por ejemplo, en el cuadro de José de Páez, propiedad del Museo Blaisten (**fig. 21**), el espacio idealizado se edificó con una colosal y sólida columna prolongada más allá del marco, seguida por una balaustrada que se pierde tras un basamento cubierto por un mantel rojo, donde descansa un cesto con frutas varias que, como dijimos, acentúa la capacidad nutricia josefina. San José, con escorzo de brazo y pierna, literalmente *posa* para el pintor, sosteniendo grácilmente sus dos atributos: la vara florida de almendro y Jesús niño, quien entre sus manos sujeta un orbe azul.

³⁴³ Habrá que puntualizar que cada una de estas representaciones, a raíz de sus adaptaciones, tiene sus propias especificidades, aunque todas ellas aluden a la vida cotidiana de la familia nazarena y, simultáneamente, a la relevancia cósmica de sus acciones. Verbigracia, lo que acabamos de describir, concuerda a la perfección con la obra de Angelo Nardi en el Museo de Huesca. Aquella donde la Virgen se dedica a sus labores de costura, mientras san José atiende al Niño, es afín al trabajo de Claudio Coello del Toledo Museum of Art o, de mayor renombre, a *La Sagrada Familia del pajarito* de Bartolomé Esteban Murillo en el Museo del Prado. Incluso, habrá algunos lienzos donde el simbolismo es poderosísimo. Es el caso del realizado por Carlo Dolci, intitulado *San José entrega la cruz al Niño*, del Museo de Bellas Artes de Marsella. En descampado, mediante una cruz de carrizo, es san José quien se encarga de “notificarle” su destino futuro al pequeño Mesías. En la comunicación dada por sus miradas serenas, el Santo Patriarca toma un protagonismo gigantesco, pues, con su acción premonitoria, denota su inserción plena en el plan de salvación. No podemos pasar por alto el diálogo mudo entre ambos personajes, análogo con la iconografía afectiva que hemos expuesto. Mientras abraza delicadamente al Niño, José le enseña la cruz. El infante de entre tres y cinco años la señala y mira a su padre como diciéndole: *¿para mí?* Como respuesta, san José le devuelve una dulce mirada, aderezada con una ligera y apaciguadora sonrisa.

Aunadas al tipo anterior, coexistieron otras imágenes afines. De gran éxito y difusión, como lo atestiguan los cuantiosos lienzos anónimos, tanto novohispanos como peruanos e hispalenses, fue el *san José itinerante*, quien guía al Niño por senderos campiranos (**fig. 22**).³⁴⁴ Evidentemente, el conducir a Jesús tiene una compleja significación, pues se demuestra que el carpintero es el encargado de *encaminar* a su hijo para que éste llegue a su destino final. También proliferó la variante iconográfica en la cual, de hinojos, san José alza al divino infante hacia un rompimiento de gloria donde se manifiestan el Padre eterno y/o el Espíritu Santo descendiendo,³⁴⁵ como es el caso del lienzo decimonónico de José de Alcívar, en la colección del Museo Nacional del Virreinato (**fig. 23**). Cabe subrayar que, en general, en estas obras se percibe un rostro angustiado de José, presa quizá de la aflicción causada por el desamparo material de su hijo.³⁴⁶ Aunque, en ocasiones, el Niño toma una actitud más activa al dialogar con Dios Padre. De esta última modalidad, destaca una obra excepcional, resguardada actualmente por las monjas capuchinas del monasterio de Santa Teresa la Nueva.³⁴⁷ Para hacer *pendant*, en semejanza con María, a san José se le representó con un talante apocalíptico (**fig. 24**). Aplastando a la sierpe genesiaca que porta el fruto de la caída entre sus fauces y aureolado con doce estrellas, san José es asunto a los

³⁴⁴ De autoría identificada, conocemos obras con esta composición creadas en el siglo XVII por Alonso Cano, Bartolomé Esteban Murillo y Vicente Berdusán. Si bien, existen antecedentes del tipo iconográfico en estampas alemanas del s. XV, el referente español más temprano es la pintura de El Greco para la toledana capilla de san José. Véase Sandra de Arriba Cantero, “San José”, en *Revista Digital de Iconografía Medieval*, núm. 10, vol. 5, España, Universidad Complutense de Madrid, 2013, p. 64.

³⁴⁵ Motivo reconfigurado para dar vida a otros tipos iconográficos donde san José con el Niño fueron incluidos. Tal es el caso del óleo cabreriano del Museo Nacional del Virreinato, donde se muestra una visión tenida por Pedro Basto, coadjutor portugués. Según el relato de Juan Antonio de Oviedo, el jesuita lusitano recibió posada “de una ilustre matrona, de un varón venerable y de un niño muy gracioso”. Después de darle la cena y develarle que ellos eran los fundadores de la Compañía, desaparecieron. Es por ello que, en la narrativa condensada del lienzo, a espaldas del ignaciano, se vislumbra una mesa con viandas. Él, al igual que nosotros, ve a la sacra parentela en una disposición figurativa que trae a la memoria, otras imágenes donde reconocemos a san José trazado de la misma manera, es decir, con el Niño en brazos y los ojos elevados al cielo para mirar a Dios padre. Podríamos aventurar que, de ser una composición original de Miguel Cabrera, éste echó mano de su capital visual arraigado en la *iconosfera novohispana* para representar esta teofanía harto peculiar. Véase Verónica Zaragoza, “La Sagrada Familia y el hermano Pedro Basto”, en *Miguel Cabrera. Las tramas de la creación*, México, Museo Nacional del Virreinato, 2015, pp. 36-37.

³⁴⁶ Al respecto, véase el apartado *San José, el más bienaventurado y “mártir por amor”*.

³⁴⁷ Agradezco infinitamente a Itzel Pozos por darme noticia de este cobre maravilloso.

cielos por angelillos para llevar al Niño al trono de Dios, donde “ha de apacentar a todas las naciones con vara de hierro”.³⁴⁸ Además de entablarse una conversación entre los santos varones, tal y como concuerda la retórica sermocinal, la Trinidad avala a san José como protector del Verbo encarnado, bendiciéndolo y congregándolo en el organigrama del patriarcado divino, extendiéndole la copropiedad del poder y la vanagloria sempiternos. Si tomamos en cuenta que la revelación en Patmos fue ordinariamente traducida como un vaticinio teleológico del triunfo total del plan salvífico,³⁴⁹ siendo la Virgen vehículo cardinal del mismo, en esta imagen al Santo Patriarca le es reafirmada su meritoria intervención en la emancipación del género humano, suscribiéndose paralelamente la función de José y María como corredentores.³⁵⁰

Como hito supremo del nexo entre Jesús y José, sobre todo en lo inherente al afecto y congratulación del primero por el segundo, en los pinceles iberoamericanos se reprodujo el tipo iconográfico donde el Salvador corona a su padre, tal y como lo hizo con María para decretarla reina del cielo. Las modalidades de esta condecoración divergen tanto por la edad en que se representó al Mesías como por los materiales de la corona. A Cristo maduro lo podemos observar en el medio punto de José de Ibarra (**fig. 15**), encargado de hermostrar

³⁴⁸ Gn 12, 5.

³⁴⁹ Sergi Doménech García, “Iconografía de la Mujer del Apocalipsis como imagen de la Iglesia”, en Rafael García Mahiques y Vicent Francesc Zuriaga (eds.), *Imagen y cultura. La interpretación de la imágenes como Historia cultural, vol. I*, España, Biblioteca Valenciana, 2008, pp. 563-580; *La imagen de la Mujer del Apocalipsis en Nueva España y sus implicaciones culturales*, España, Universitat de Valencia, tesis doctoral, 2013, pp. 167-204.

³⁵⁰ Desde un enfoque mariológico, en primerísima instancia, María es considerada corredentora por ser la madre de Cristo, asumiendo colateralmente una *maternidad espiritual* sobre todos los redimidos. Si san José es el padre verdadero de Jesús, por consecuencia, también le corresponden las atribuciones libertadoras. Pero resulta revelador que, en los panegíricos josefinos, la validez del carpintero como corredentor también le es adjudicada desde la herencia davídica que le otorgó a Jesús, es decir, como lo hemos reiterado, desde su potestad patriarcal: “A mi entender, a nadie participó Cristo la formalidad de rey, aun habiéndolo repartido todo antes de morir (...), porque fue el título que heredó de su padre san Joseph con la filiación, especial gloria suya en cuanto hombre (...) en que entienden los más la gloria de redentor de Cristo. Y si de esta gloria fueron participantes María santísima y san Joseph, gozando en su modo el título de corredentores con Cristo y esta es a la que a otro ninguno se comunica (...), se sigue claramente que María santísima y san Joseph, en línea de redentores, no son otro, y por eso es tan suya esta gloria como de Cristo”. Véase Juan de Solchaga, *Gloria especial de Cristo en cuanto hombre...*, p. 9v; Antonio Royo Marín, *La Virgen María...*, pp. 140-180.

el relicario josefino del templo de San Francisco Xavier en Tepotzotlán y, del mismo recinto, en la pintura de la techumbre donde se encuentra la Casa de Loreto (**fig. 25**); al centro del retablo josefino del templo de Nuestra Señora de la Asunción, en Amecameca (**fig. 26**); en el guardapolvo que circunda el retablo guadalupano del templo capitalino de La Enseñanza (**fig. 27**), donde un conjunto de lienzos narran en parangón, vida y prerrogativas de José y María; o en los lienzos de Juan de Valdés Leal y Francisco Zurbarán (**figs. 28 y 29**), donde Cristo estigmatizado porta la cruz sacrificial al momento de galardonar al carpintero. La modalidad del Jesús infante tuvo diseminación gracias al grabado del alemán Gottlieb Heiss (**fig. 30**), sobre todo en los virreinos sudamericanos.³⁵¹ Para el ámbito novohispano son dignos de mención los óleos del Museo de la Basílica de Guadalupe (**fig. 31**) y, especialmente, el ubicado en la parroquia huejotzinga de San Miguel (**fig. 32**), Puebla, pues a diferencia de la mayoría de representaciones donde se le otorga a san José una guirnalda de flores, aquí le es ceñida una corona real, similar a la que porta el divino infante.³⁵²

A decir de Sandra de Arriba, san José fue merecedor de la *corona cívica* por el hecho de haber salvado al Niño de la persecución herodiana. A diferencia de las hojas de encina³⁵³ con las cuales se manufacturaba en la Antigüedad dicha corona, en los lienzos josefinos de

³⁵¹ Los grabados de Gottlieb Heiss fueron constantemente utilizados por los pintores americanos. Esto lo sabemos porque subsisten lienzos que los emplearon como base compositiva. Un par de casos son el *Niño Jesús coronando a san José* y el *Ministerio de san José*. Ejemplo del primero es la obra de Antonio Astudillo, resguardada en Guayaquil, en el Museo Nahím Isaias. Del segundo, el cuadro de José de Alcívar, sito en el Museo Nacional de Arte, México.

³⁵² Aunque es importante apuntar que, en Nueva España, también hubo representaciones de la coronación de san José con flores y a instancias del Niño. Es el caso del pequeño medallón que decora la predela del retablo ubicado en el relicario josefino de Tepotzotlán.

³⁵³ A partir de la especificidad de las hojas y flores representadas, otras pueden ser las características e interpretaciones anexas a la coronación josefina. Por ejemplo, Alonso Ramos menciona que como señal de triunfo sobre la “sirena engañosa y tirano monstruo” que es la belleza carnal, Catarina de San Juan fue coronada con “los ramos del laurel, árbol contra los rayos que nunca se atrevieron ni pudieron abrasarle, y por eso se coronaron con él los emperadores y sirve de guirnalda a lo invencible de las vírgenes, para ostentación de su constancia e incontrastable pureza”. Sin duda, la castidad de san José se aviene perfecto a esta simbología arbórea de la época, haciéndose admisible que las coronaciones josefinas con flores también se comprendiesen como una reafirmación de su cualidad continente. Alonso Ramos, *Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia...*, tomo I, p. 342.

la Península se le representó con abundantes rosas.³⁵⁴ Es así que el Cristo adulto que ostenta el madero al instante de la coronación, acentúa la dignificación de san José por su labor feraz, es decir, mantener vivo al Redentor para que muriese en el momento oportuno.³⁵⁵ Pero las imágenes novohispanas como la sanmiguelina son de una profusión simbólica diferente, pues van más allá del reconocimiento por una acción destacable y se sintonizan con los valores aportados en la imagen apocalíptica que analizamos con antelación: la Trinidad decreta a san José, conjuntamente, como su *factotum* y como rey plenipotenciario, fundamentalmente en la premisa de la sujeción voluntaria del Verbo encarnado, sita en la coronación obrada por el Niño, efectuándose en tierra y cielo un gobierno de cuadrunvirato, donde María es la reina consorte.

No queremos dejar de lado, aprovechando lo referente a las divisas regias, que el san José coronado tuvo valores agregados desde la proliferación de otros tipos iconográficos y su analogía por concatenación polisémica. Además de las coronaciones a esculturas josefinas en el periodo finisecular dieciochesco,³⁵⁶ hubo imágenes donde, a partir de la paráfrasis con José, hijo de Jacob, nuestro santo fue emperifollado con preseas doradas. Por ejemplo, en el lienzo del siglo XVII, perteneciente a los Misioneros de San José

³⁵⁴ Sandra de Arriba Cantero, *Arte e iconografía de San José en España*, p. 121. *En el contexto peninsular, la gratitud mostrada a san José a través de la corona cívica con rosas, por el hecho de haber salvado al Niño transportándolo a Egipto, tiene su ejemplificación más diáfana en el cuadro del pintor valenciano José Vergara Ximeno, perteneciente a la colección de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En un abrazo de tres, donde las manos de José y María coinciden sobre el vientre del blondo Niño, el Santo Patriarca es coronado por la risueña Virgen, mientras Jesús muestra su agradecimiento por saberse protegido y a salvo, al igual que su madre, por la intervención oportuna de José. Todo lo dicho se torna aún más evidente por la cuna sobre la que se congrega la sacra parentela, ajuar común de la estancia en el exilio.

³⁵⁵ Caso paradigmático donde se entremezclan los elementos de las dos variantes iconográficas es el *Patrocinio de San José sobre el Colegio de San Ildefonso y sus alumnos*, obra de Miguel Cabrera resguardada en el Museo Regional de Guadalajara. En movimiento descendente, dos angelillos tenantes, de los cuales uno de ellos mira a las alturas como constatación de que el galardón proviene del Altísimo, están por colocarle a san José una corona de rosas blancas. A su vez, el Paráclito planea por encima de dicha corona, en rediviva aprobación del carpintero como su sustituto en tanto esposo de María y padre del Mesías, según el modelo narrativo heredado de los evangelios apócrifos. Descuella cómo el Niño funge de *ammonitore*, quien nos mira fijamente para que dirijamos nuestra atención al madero que señala, testimonio visual de que la redención del género humano se logró gracias a los actos heroicos de su padre terrenal.

³⁵⁶ Véase nota 237.

(fig. 33), junto con la corona imperial, el Santo Patriarca lleva al cuello un collar áureo con incrustaciones de piedras preciosas, alusivas a la mimetización de las vivencias y los motivos iconográficos del soñador cananeo con los del carpintero de Nazareth.³⁵⁷ Aquí cabe resaltar la sumatoria de potencias patriarcales endilgadas en san José, a través de las imágenes con signos de realeza: 1.- se magnifica su ascendencia davídica, transmitida a Cristo; 2.- como regente de su hogar, teniendo sujetos a Jesús y María, en el plano celestial le corresponde la misma dignidad, dándole señorío universal; 3.- en la equiparación veterotestamentaria con José, para salvar a Egipto de la hambruna, éste fue designado como virrey por anuencia faraónica, otorgándosele como señas del cargo, un anillo, un traje de lino y un collar de oro. Cuando los egipcios se vieron en aprietos y requerían pan, el faraón les dijo: *dirigíos a José y haced lo que él os diga*.³⁵⁸ Con san José aplicaría la misma encomienda pero por voz del Altísimo: *id a san José*. Sigán su sendero virtuoso y él dará solución a toda plegaria, pues tiene los medios para hacerlo.

Por parangón, esta cualificación del Santo Patriarca como virrey tuvo sus desdobles en el terreno del devenir histórico novohispano.³⁵⁹ Como ya hemos propuesto en otra investigación, tras cancelarse el patrocinio monárquico de san José a instancias de Carlos II, en Nueva España se le dio continuidad al mismo como corroboración de aquel erigido desde 1555 en el Primer Concilio Provincial, donde san José fue designado patrono de la Iglesia incipiente en la otrora Mesoamérica.³⁶⁰ Incluso podemos consignar que justo en el ocaso del siglo XVII, a raíz de esta promoción regia “expropiada” por la sociedad virreinal, inició el auge irrefrenable de la devoción josefina en Nueva España, del cual el aumento de sermones impresos sobre san José es testimonio fidedigno. Ergo, en las imágenes del carpintero coronado, también anida la posible significación de san José como privativo virrey novohispano. Muestra de ello, a nuestro parecer, es la mal intitulada *Sagrada Familia*

³⁵⁷ Véase Jorge Luis Merlo Solorio, “Esculpido por tribulaciones y profecías asombrosas...”, pp. 11-29.

³⁵⁸ Gn 41, 37-57.

³⁵⁹ Véase Jaime Cuadriello, “San José en tierra de gentiles...”, pp. 5-33.

³⁶⁰ Jorge Luis Merlo Solorio, “Sermones de algarabía...”, pp. 184-185.

guadalupana (**fig. 34**),³⁶¹ donde la Virgen del Tepeyac y san José lucen coronas reales. Dicha pintura es de hechura posterior a la proclamación pontificia del patronato guadalupano de 1754.³⁶² Entonces, la imagen no sólo muestra a la reina y tutelar novohispana. Simultáneamente, en concordancia, san José es manifestado bajo una “inexpugnable apoteosis gráfica como rey de la Nueva España”.³⁶³

Al sopesar todo lo expuesto hasta el momento, podemos inferir que el acto de llevar en brazos al Niño tuvo connotaciones múltiples, oscilantes entre los afectos humanos, las directrices divinas y los alardes del poder residente en la batuta patriarcal. Por ende, la mancuerna entre las evocaciones de la retórica sacra y las innovaciones iconográficas, hicieron del acunar josefino un epitome teologal, concordante e inteligible en las diversas latitudes de la religiosidad hispánica de los siglos XVII y XVIII. Así, en gozosa cesión, María transfirió sus actitudes tradicionales a san José para que hiciese suyos los privilegios y compromisos de portar al dios humanado. Óleo paradigmático de esta reconfiguración triunfante es *Los Cinco Señores con los Siete Príncipes y la Santísima Trinidad* (**fig. 35**), realizado en 1761 por Francisco Antonio Vallejo para decorar la antigua sacristía del colegio ciudadano de San Ildefonso. Guarecidos por los arcángeles, santa Ana y san Joaquín acompañan a José y María, quienes sentados en sillas frailunas, miran embelesados al Niño mofletudo.³⁶⁴ La música angelical de cuerdas, ejecutada desde el escenario anubarrado que

³⁶¹ Acorde con lo que hemos expuesto a lo largo de la presente investigación, a la obra le vendría mejor el título de *La sacra parentela novohispana*.

³⁶² Al respecto, véase Jaime Cuadriello, “Zodiaco Mariano. Una alegoría de Miguel Cabrera”, en *Zodiaco Mariano. 250 años de la declaración pontificia de María de Guadalupe como patrona de México*, México, Museo de la Basílica de Guadalupe, 2004, pp. 19-130.

³⁶³ Jorge Luis Merlo Solorio, *San José en Nueva España...*, p. 59.

³⁶⁴ Antecedente visual de este reposicionamiento significativo es una composición de Alonso Cano, cuyo cuadro más conocido se ubica en el convento granadino del Ángel Custodio. En un interior oscuro, la irrupción lumínica proviene del rompimiento de gloria desde el que desciende el Espíritu Santo. San José sedente protagoniza la escena, en la cual está por recibir una corona floral por parte de los angelillos, mientras carga al Niño que dialoga con su madre. Es perentorio destacar que en esta pintura predomina un aire solemne, evidente en la sobriedad casi hosca de la trinidad terrestre. Dista pues de la melosidad emanada en el óleo de Vallejo. Sin embargo, la postura principal de san José y el arrodillamiento de la Virgen son una propuesta iconográfica fuera de lo común. Aprovechando lo anterior, asentemos que las imágenes con carácter enternecedor en la dinámica cotidiana de la sacra parentela fueron surgiendo progresivamente desde mediados del siglo XVII y, particularmente en Nueva España, tuvieron su auge en la siguiente centuria. Para ejemplificar esta

flanquea al Padre mayestático, ameniza la diligencia del patrono del recinto alonsiaco quien, en teofánico desenvolvimiento, devela a Jesús para beneplácito de la virgen madre y los espectadores del cuadro. El lienzo monumental de Vallejo armoniza a la perfección con el *didactismo jesuítico*, el cual desde la conmoción, incitaba a la praxis devocional y conductual por empatía.³⁶⁵ Es así que, respaldada en las estrategias efectistas de la pintura dieciochesca y adicionada al abrazo protector, la sonrisa delicada de san José transmite los alcances del vínculo vital entre padre e hijo, fácilmente reconocible por una gestualidad que denota satisfacción absoluta.

La interconexión entre oralidad e imagen en la era moderna fue tan elocuente que estimuló la unificación de múltiples episodios, disertaciones e intencionalidades moralizantes, dando como resultado una urdimbre lógica y coherente de las innovaciones teológicas. Si proseguimos con la cuestión de cargar al Niño como gran privilegio, podremos pasar indistintamente del nexo entre padre e hijo en la privacidad doméstica a los vericuetos del ámbito público, denotando cómo todo el universo iconográfico-discursivo

progresión, continuemos con el repaso a los antecedentes peninsulares. Casos paradigmáticos son las terracotas de Luisa Roldán, destacando *Los primeros pasos de Jesús*, perteneciente a la colección del Museo de Guadalajara, España. El intimismo de la escultura es exquisito, sobre todo en el intercambio de sonrisas entre padre e hijo, tan efusivas que le generan surcos en el rostro a san José. Por supuesto, no podemos soslayar la *Sagrada Familia del pajarito* de Murillo, cuantimás si la cotejamos con la fuente origen de la cual echó mano el pintor sevillano, es decir, la *Sagrada Familia con gato* de Federico Barocci, resguardada por la National Gallery de Londres. Mientras que en la obra del italiano son los risueños María, Jesús y el Bautista quienes ocupan el centro de la rosácea composición, dejando al anciano José en segundo plano; en el lienzo murillesco, el fornido carpintero de cabellos y barba azabache es quien juega con su hijo, a la vez que María, al fondo, hila atenta al entretenimiento de sus familiares. Sin duda, los reacomodos iconográficos de la época moderna en todo lo que respecta a la sacra parentela, demuestran las mutaciones teológicas sobre san José, mismas que orillaron a la inclusión o a la primacía, donde antes sólo había secundariedad o ausencia. Concluyamos este racimo de evidencias que dejan en claro el reposicionamiento josefino, con el *Descanso de la Huida a Egipto* del italiano Giovanni Odazzi. Con anterioridad al siglo XVIII, *siempre* era María quien reposaba con el Niño en brazos. En este óleo extraordinario, es José quien suple a la *sedes sapintae* y, al igual que en el cuadro de Vallejo, se encarga de recorrer las telas que cubren a Jesús, con el fin de que los ángeles le adoren. Si bien, san José conserva la madurez fisionómica *ad hoc* con el gusto italiano, con su protagonismo en la escena comprobamos la hegemonía de la exaltación josefina, materializada en letras e imágenes de diversas latitudes.

³⁶⁵ Jaime Cuadriello, "Muros vestidos: santos investidos, colegiales revestidos. Las antiguas pinturas de San Ildefonso", en *Antiguo Colegio de San Ildefonso*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2008, p. 57.

que hemos analizado en este apartado tiende a la homogeneidad, a la consolidación de una josefología preponderante de la cual, tanto pensadores como artistas, abrevaron por igual. Por ejemplo, en su pronunciada y zalamera dedicatoria a Francisco de San Buenaventura Texada Diez de Velasco, obispo de Yucatán, el ñiguista Joseph de Paredes le propone a san José como patrono, ya que funciona a la perfección como maestro en las diligencias episcopales. A sabiendas de lo embarazoso de recorrer la península, sobre todo el alejado Petén Itzá, Paredes habla del desempeño pastoral de san José para alentar al prelado. Basándose en Pedro Blesense, el jesuita apunta que sólo tres personas tuvieron la oportunidad de cargar a Jesús: “María en el vientre, Simeón en los brazos y en los hombros Joseph cuando lo llevó a Egipto”, fungiendo papeles diferentes en cada instancia. Así, “Cristo en el vientre constituye discípulo, en los brazos doctor y, finalmente, pastor en los hombros”. Aquí entra la fulgurosa faena del carpintero: “Y así iba nuestro Joseph por el camino de Egipto, como pastor llevando en Jesús y al hombro su ovejita perdida. Porque aquel divino señor después que quiso perderse por nuestra salud, quiso también parecer oveja descarriada de Joseph (...) Porque es Joseph tan gran pastor que aprendió de él el mismo Cristo”.³⁶⁶

Esta simbolización como faro del Hijo y la Iglesia en su conjunto, dio pauta a los pintores para configurar al *san José ovejero*, completándose con ello, en el siglo XVIII, la terna iconográfica de los *divinos pastores*.³⁶⁷ Así como Cristo y María apacientan con alimento espiritual a la grey metaforizada cual ganado, guiándola por los senderos de salvación y guareciéndola de la ferocidad del demonio lobuno,³⁶⁸ san José también cumple

³⁶⁶ Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, pp. s-v.

³⁶⁷ El *Pastor josefino* es una singularidad iconográfica que coincide con el surgimiento de la *Divina pastora*, tipo mariano nacido a iniciativa de fray Isidoro de Sevilla, quien asentó los elementos torales de la imagen. Véase Leonardo Donet Donet, *Origen y difusión del tipo iconográfico de la Divina pastora*, España, Universitat de Valencia, tesis de maestría en Historia del Arte y Cultura Visual, 2013, pp. 19-29.

³⁶⁸ Las representaciones de los divinos pastores tuvieron tal sintonía que incluso comparten fragmentos extraídos de una fuente en común. Por ejemplo, el motivo de la oveja que huye del monstruo luciferino -beneficiaria del auxilio otorgado por el arcángel Miguel-, es idéntico en el *San José pastor* del Museo Regional de Michoacán y la *Divina pastora* de José de Páez, perteneciente al Museo Blaisten.

las ocupaciones mencionadas, siendo merecedor del beneplácito de los albos creyentes quienes depositan sus veneraciones en el regazo josefino, a través de oraciones vueltas rosas (**fig. 36**). Pero, a diferencia del prototipo mariano, el carpintero porta al Niño, haciendo las veces de intermediario entre los feligreses y su dios, dedicándose sincrónicamente a un encauzamiento generalizado donde Jesús se suma al rebaño que depende del cayado florido del Santo Patriarca.

La enorme responsabilidad bien consumada por san José y la dependencia humana de Jesús, tuvo una de sus máximas expresiones en la reformulación de *La huida a Egipto*. En la Edad Media, la actitud servil del carpintero era por demás evidente, siendo mero ejecutor de las indicaciones del Altísimo. A la inversa, las imágenes modernas lo mostraron con resolución y dirigencia, patentando los reflejos de su propia voluntad. Al respecto, llama la atención un magnífico cobre del pintor Andrés López (**fig. 37**), cuya composición atípica fue inspirada en el trabajo del grabador Nicolas Pitau (**fig. 38**). Como si se tratase de una réplica visual de los sentires sermocinales, el jumento congénito de este tipo iconográfico es relevado por san José. Apropiándose por completo de la égida propinada a su familia, el Santo Patriarca lleva en hombros al Niño que duerme en un moisés, y tanto su locomoción decidida como el encabezamiento del escape, lo colocan en la órbita esencial para la consolidación del plan salvífico.

Por lo tanto, nuevamente, en diversos géneros de la literatura josefina y con añadiduras grandilocuentes, veremos las sublimes consignas que san José recibió según las exégesis modernas. Tomemos como ejemplo paradigmático el tratado josefino del dominico Antonio Joseph de Pastrana, donde la elucidación y amplificación de las palabras del ángel mensajero,³⁶⁹ adquieren suma relevancia. Así, por vía onírica, intercomunicación predilecta donde el pueblo judío dialoga con su dios, san José recibió los siguientes encargos y dignificaciones: “Surge. Levántate al *non plus ultra* de la dignidad, de la potestad y de la majestad. Yo te constituyo salvador del salvador del mundo. Redentor del redentor del

³⁶⁹ Cuando ya los sabios se habían ido, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo” (Mt 2,13).

género humano, libertador del libertador de todos los hombres. Has de librar de la muerte al unigénito, al dilecto sacarás de los peligros, y librarás de todos los males al hijo y a la madre, pues de ambos eres constituido libertador, salvador y custodio”.³⁷⁰

San José reemplaza a la acémila prototípica de estas composiciones, en un gesto que, por supuesto, no se apuntala en detrimento del carpintero. Jamás se percibe una intención peyorativa. Todo lo contrario. La exaltación josefina se remarca con este acento de humildad y protagonismo, reforzando la idea del padre de familia como piedra angular de la misma. Una vez más, pues ya lo habíamos enfatizado en el análisis del cuadro anterior de López, el Santo Patriarca se suma a los *santos cristóforos*,³⁷¹ al transportar por cuenta propia a Cristo. Tantos fueron los vítores para la acción josefina que se le ciñeron las peculiaridades de un coloso, al equiparar a san José con el vigoroso Hércules:

Si fue fábula que Hércules cargó sobre sus hombros el cielo, ayudando al forzado Atlante, en José fue verdad bien fundada porque cargó sobre sus hombros al hijo de Dios, cielo por su divinidad y tierra virgen en cuanto hombre. Y ese cielo divino, esa tierra celestial, el Verbo encarnado, cargó sobre sus hombros José, y lo ayudó a cargar el Atlante todopoderoso, el Eterno Padre, que quiso hacer a José compañero en la dicha y cargo de cargar sobre sus hombros el cielo de Jesús. Como lo hizo muchas veces cuando iban por los caminos desiertos que van de Palestina a Egipto, y José como otro Hércules cargó un cielo más sublime que el material, y por consiguiente fue un Hércules más valiente y esforzado que el otro ¡Oh, felices hombros los de José!³⁷²

³⁷⁰ Antonio Joseph de Pastrana, *Empeños del poder y amor de Dios, en la admirable y prodigiosa vida del santísimo patriarca san Joseph, esposo de la madre de Dios*, Madrid, Imprenta de la viuda de Francisco Nieto, 1696, p. 266. *Este texto se respalda en la *Mística ciudad de Dios* de sor María de Jesús de Ágreda. Su particularidad radica en la adición de vítores josefinos, poniendo el desempeño del Patriarca al mismo nivel protagónico que el mariano.

³⁷¹ En general, dicha taxonomía se refiere a los santos que llevan en brazos al niño. Sin embargo, en esta ocasión, san José se homologaría con la leyenda de san Cristóbal, cuando éste cruza al Niño Jesús a la otra orilla del río. Y bien podría considerarse a san José como *otro Cristóbal*, en los límites propios de su etimología, pues está siendo el “portador de Cristo, el que lleva a Cristo”. Véase, Sandra de Arriba Cantero, “San José”, p. 69.

³⁷² Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, Sevilla, Imprenta de los herederos de Tomás López de Haro, 1710, p. 781.

Con los testimonios recopilados, a nuestro parecer, es nítida la exaltación josefina en clave patriarcal, al haberse convertido, desde las innovaciones teológicas, en requisito *sine qua non* para lograr los objetivos de la encarnación de Dios Hijo, siempre a partir de los parámetros idealizados de la estructura familiar, donde los varones llevan la voz cantante. Por tal razón, el considerársele a san José como emisario, transporte y valido del Verbo en los tenores de la fuga al septentrión africano, multiplicó las posibilidades de reconfigurar a modo, en otras circunstancias, la unión indisoluble entre padre e hijo.

Verbigracia, en la oratoria sacra que ahondó en torno a la conquista y evangelización de América, se arguyó que san José trasladó al Niño a Egipto “para introducir la fe católica en aquel reino, y para dar luz a aquellos bárbaros”, quienes imitaban los ritos y ceremonias hebreas. Así, apoyándose en Luis de Maluenda, Andrés Elías Caperó coligió que la “indiana gentilidad” igualmente remedaba las prácticas judaicas, y san José, llevando el cristianismo al Nuevo Mundo, la libró de sus crasos errores.³⁷³

Desde la episteme cristiana reproducida y retroalimentada a través de los panegíricos, Jesús y su medianero José, en tanto portadores de *la verdad*, donde sea que lleguen, dan certidumbre perpetua de que la otredad o todo aquello opuesto al modelo de perfección sociocultural, embebida de la masculinidad hegemónica de convalidación religiosa, serán los representantes de lo abominable. Si hermanamos con este contexto josefológico la decodificación del cobre de López, cobrarán sentido especial todos sus componentes. Ergo, el esparcimiento de flores por parte de los ángeles, en sustitución de los turiferarios en la labor de sahumar el espacio, confirma la progresiva sacralización y purificación del camino que recorre la sacra parentela, denotándose la nueva vida que florece en el seno del paganismo, yermo y agreste desierto en sentido tanto geográfico y espiritual, como espacial y simbólico.

Así, el auspicio patriarcal de san José se torna en una suerte de écfrasis válida para las variantes de este tipo iconográfico en los siglos XVII y XVIII. Podemos ir y venir entre las

³⁷³ Andrés Elías Caperó, *Oración panegírica al excelso, celestial y divino patriarca San Ioseph...*, pp. 13-14.

letras e imágenes y todas ellas serán coincidentes. Tomemos otro par de motivos de la obra de Andrés López para corroborar lo dicho. En lontananza, vemos cómo se expande el río Nilo, bordeado por vegetación y moles montañosas que terminan por difuminarse con el cielo nublado. Desde una valoración exegética cimentada en paralelismos, que José dirigiese sus pasos hacia los dominios del faraón fue obviedad estratégica. Discurre de esta manera el jesuita Pedro de Torres, en su tratado josefino. Si Egipto se defiende de los asaltos foráneos con la defensa y circunvalación del río ramificado: “El Nilo busca Jesús, porque es símbolo de san José y sombra de su militar presidio contra los asaltos de los enemigos de Jesús. Es José Nilo misterioso por sus siete misterios, que son otros tantos brazos o bocas con que desemboca al mar el río Nilo, y José al mar de la inmensidad de Dios”.³⁷⁴ El Santo Patriarca sujeta y hace retroceder la capa con su siniestra, dejándonos percibir la flexión de su rodilla, evidenciando la motricidad de unas piernas que no tienen tiempo para el reposo o la flaqueza ante la duda. La marcha se torna consecutiva y veloz por la urgencia de eludir el gélido filo de la espada: “Levántate ¡oh brazo del Señor!, y ármate de fortaleza, porque Herodes, brazo tirano del Demonio, se levanta contra el dios niño. Levanta ¡oh José!, *el brazo del divino poder que tienes participado*, y libra a tu dios del enemigo; porque concitadas sus armas, pretenden su último desaire”.³⁷⁵

Como puede intuirse, importantísima para la preponderancia josefina fue la fragilidad del Niño, transmitida en los lienzos de los siglos que nos atañen y en el tipo de *La huida a Egipto* en particular, mediante el uso de una representación naturalista del infante, acentuándose así el peligro al que se enfrentaba y la necesidad que tenía de su padre nutricio. Por ende, el pequeño depositado en el moisés rectangular de mimbre,³⁷⁶ parece

³⁷⁴ Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, p. 778.

³⁷⁵ *Cursivas nuestras*. Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, p. 777.

³⁷⁶ El *bambineto*, añadido singular de este tipo iconográfico, es un motivo que adquiere trascendencia en sintonía parafrástica. Jesús vuelve al lugar de la esclavitud y el genocidio hebreo, haciendo las veces de *segundo Moisés*, libertador no sólo de Israel sino de todo el orbe. A su vez, ambos niños sortearon las carnicerías multitudinarias del Faraón y Herodes, respectivamente. Por ende, podríamos decir que *Cristo huye volviendo*. Además, para efectos de validación neotestamentaria, el exilio egipcio corrobora la supuesta lógica interna de las Escrituras, pues desde este sitio debía retornar el Mesías a Galilea, según la clásica interpretación dada al pregón del profeta Oseas: “Cuando Israel era niño, lo amé, y desde Egipto llamé a mi hijo” (Os 11, 1).

que aún no intuye los fatídicos sucesos venideros. Envuelto en niveles pañales que cubren hasta su cabecita inclinada en un cojín, mantiene los ojos cerrados. Como todo bebé, indiferente y a resguardo, descansa. Vemos pletóricamente su faceta terrenal; libre de preocupación muestra su cariz hipostático: humano y dios a la vez.

Justo el *pathos* diseñado entre un Niño enternecedor y su padre que lo ama hasta el borde del paroxismo, quien está dispuesto a darlo todo por mantenerlo a salvo y que se regocija en las implicaciones de su dependencia, hace que el énfasis en la vulnerabilidad humana e infantil de Jesús se torne en un inmenso encomio josefino que difundieron con creces, tanto la retórica visual como la escrita. Cual recurso de interiorización para la feligresía, los afectos entre padre e hijo se tradujeron en mimos, los cuales tuvieron sus antecedentes discursivos en las reflexiones de san Bernardo de Claraval, desplegadas en su homilía *Super Missus est*.³⁷⁷ La premisa del cisterciense,³⁷⁸ recuperada e incrementada en la retórica josefina moderna,³⁷⁹ engloba los extraordinarios privilegios que san José disfrutó

³⁷⁷ Al respecto, véase Enrique del Sagrado Corazón y Pedro de la Inmaculada, “Doctrina de San Bernardo sobre San José”, en *Revista de Estudios Josefinos*, año III, núm. 6, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1949, pp. 189-223.

³⁷⁸ El fragmento original es el siguiente: “(a san José) se concedió el ver a aquel a quien muchos reyes y profetas, queriéndole ver, no le vieron, y queriéndole oír, no le oyeron. No sólo verle y oírle, sino tenerle en sus brazos, llevarle de la mano, abrazarle, besarle, alimentarle y guardarle”. Bernardo de Claraval en Francisco Canals Vidal, *San José en la fe de la Iglesia. Antología de textos*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2007, p. 21.

³⁷⁹ Por supuesto, no descartamos que haya antecedentes previos pero, al menos en el corpus sermocinal de la presente investigación, la primera mención de la cual tenemos registro sobre el Niño en brazos de san José es hasta la homilía del agustino Juan de Solchaga, impresa en 1710. Esta información es relevante ya que, comúnmente, se ha tomado al *Sumario de las excelencias del glorioso san Joseph* (1597) de fray Jerónimo Gracián como el propagador clave del amor meliflúo entre Jesús y san José. En los panegíricos, la obra del carmelita sólo es citada en dos ocasiones: por su correligionario Pedro del Espíritu Santo (1717) y por el presbítero Pedro Muñoz de Castro (1696), cuyas reflexiones basadas en la *josefina* de Gracián aluden a otros temas. El procedimiento común fue retomar el tópico directamente de Bernardo de Claraval. Incluso, en el caso del jesuita Juan Antonio Cantova, éste lo obtuvo de la *Mística ciudad de Dios* de sor María de Jesús de Ágreda. Podríamos aducir que no se hizo partícipe tan activamente al tratado del carmelita, a razón de emplearse las autoridades en latín, por lo cual los autores josefinos más citados en los sermones fueron Isidoro de Isolano, Jean Gerson y Pedro Morales. Si bien parcamente, pero de lengua castellana se emplearon los trabajos de Pedro de Torres, Jerónimo de Écija y santa Teresa de Jesús, aunque de esta última más como testimonio de sus vivencias místicas que como autoridad sapiencial. En resumen, en las laboriosidades de la *inventio*, el extracto de los afectos paterno-filiales de san José y el Niño fue adquirido del pensamiento del Doctor meliflúo y hacer alarde de ellos en

como padre de Cristo. Así, los alcances del poderío patriarcal se potencializaron al delinarse con aspectos sensoriales y afectivos, cuya exclusividad es algo que el resto de los bienaventurados, tanto hombres como mujeres, sólo pudo aspirar:

¿Qué viste Joseph? Lo que no es lícito al hombre hablar, lo que los ojos no pueden ver, ni los oídos oír, ni el corazón humano alcanzar. ¡Oh felicísimo varón! Te diremos con el melifluido Bernardo, ¡oh beatísimo Joseph! Muchos reyes y profetas pretendieron ver y oír y no lo lograron; más a ti se te concedió no sólo ver y oír a Jesús, sino abrazar tiernamente a Jesús, reclinarlo amorosamente en tu pecho, oscularlo dulcemente, guiarlo, custodiarlo y nutrirlo. ¡Oh señores! ¿Cuántos privilegios juzgáis resultantes de esta unión divina? Si Moisés por sólo una conversación que tuvo con Dios se adornó de cierta especie de glorificación en su rostro, Joseph que continuó por tantos años más familiar conversación, que cotidianamente ponía su contemplación altísima en el mismo Dios, que con sus ojos corporales lo miraba día y noche, y no sólo en la imagen, sino en su misma persona, ¿cuánta juzgáis que sería su gloria?³⁸⁰

Simultáneamente, san José fue cuna, sitio y guarida del Niño Dios, siendo el manantial de pasiones intensísimas que brotaba de su familiaridad física y emocional, la consumación de sus prerrogativas. Es decir, los beneficios adquiridos por concesión jurídica tras el matrimonio con María fueron complementados con las ganancias del amor correspondido, patente en besos y caricias. Contacto corporal de enorme trascendencia en el ámbito cristiano, ya que, además de mostrarse como expresión humana del afecto, es elogiado por los teólogos como transmisión de lo divino a través de la materia, tal y como sucedía al tocar o deglutir reliquias, al frotar imágenes con fama de milagrosas, en la ingesta eucarística, al portar sobre el pecho escapularios y/o rosarios, al oler el purificador incienso y el

el rubro homilético fue, al parecer, un gusto propiamente dieciochesco. Cfr. Gabriela Sánchez Reyes, "Su oficio fue criarlo...", pp. 326-329; Jerónimo Gracián, *Sumario de las excelencias del glorioso san Joseph...*, pp. 84-98; Juan de Solchaga, *Gloria especial de Cristo en cuanto hombre...*, p. I; Pedro Muñoz de Castro, *Sermón del glorioso patriarca San Joseph...*, p. b; Pedro del Espíritu Santo, "Joseph más que bienaventurado. Sermón XXVII...", p. 235; Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia...*, p. 21.

³⁸⁰ Joseph Atanasio Díaz y Tirado, *Sermón panegírico que en la plausible y festiva imperial coronación...*, pp. 15-16.

derretimiento de las candelas, etc. Consecuentemente, por mera vecindad física al sostener prolongadamente al Niño en brazos, san José obtuvo una santificación plena. Prueba de lo dicho es una de las equiparaciones entre las maravillas del mundo antiguo y la historia salvífica, hecha por Andrés Elías Caperó.

Al tratar sobre la efigie de Helios, personificación griega del sol, dice que la boca del carpintero “ha sido la fuente de tanto sol y el manantial de nuestra vida”, una “fuente que destila licores, mezclada en dulzuras”, pues le correspondió el honor de imponerle, al Verbo encarnado, el nombre de Jesús.³⁸¹ Empero, *ad hoc* con lo antes planteado, el carmelita nos advierte que san José quedó completamente transfigurado en un “sol hermoso” desde que “tuvo en sus brazos al sol en carne”; extremidades josefinas que “fueron el reclinatorio de oro donde solía descansar el Altísimo”.³⁸²

Las representaciones de José con el Niño deben interpretarse a partir del bagaje discursivo que hemos exhibido, en la bitonalidad del intimismo cotidiano de perfil humano y la profusión de significaciones teológicas de cariz divino. Al respecto, conviene analizar el óleo oval de Miguel Cabrera del Museo Nacional de Historia (**fig. 39**).³⁸³ Es de una elocuencia tal que congrega profusos simbolismos en una composición que podría pasar como una gloriosa pero sencilla aproximación al cariño paterno-filial entre José y Jesús. Sin embargo, en su simplicidad, magistralmente, abrevia los postulados torales de la josefología moderna.

En una atmósfera celestial de acolchonadas nubes, san José, con ropaje áureo de filigranas fitomorfas, vela el ensueño del divino infante. Como veremos, para nada es gratuito que la escena se desarrolle en el empíreo y no al interior de la morada nazarena, pues hay una intención de divulgar la importancia salvífica del carpintero, la cual trasciende la esfera térrea, adquiriendo dimensiones cósmicas. El Niño de pómulos rosáceos y cabellos

³⁸¹ “Dará a luz a un hijo, a quien llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1, 21).

³⁸² Andrés Elías Caperó, *Oración panegírica al excelso, celestial y divino patriarca San Ioseph...*, p. 28.

³⁸³ Cabe mencionar que en Atlixco, Puebla, existe una pintura del mismo talante, atribuida a Luis Berrueco, sita en el templo de San Félix Papa. Sólo que en este lienzo, para mayor profusión de significados, un par de angelillos le colocan la corona imperial a san José.

rubios y crespos, vestido con túnica talar alba y manto terciado rojizo, duerme serenamente, recargado sobre el hombro de José. La profundidad del sueño es notoria por la liviandad de los rechonchos brazos y pies del Mesías, cuya mano derecha sujeta con suavidad una cruz, contraseña para extraer la riqueza de la imagen.³⁸⁴

El cristianismo moderno es genéticamente *tanatofilico*, pues a raíz de sus dicotomías estructurales, la vida terrenal se concibe como un calvario, un valle de lágrimas que debe transitarse con virtud para obtener compensación tras la muerte, en un paraíso exento de finitud y descomposiciones. Desde la cátedra primordial de Cristo, quien nace *ex profeso* para morir sacrificado, la doctrina católica privilegiará el despojarse de cualquier bien mundano con miras a la retribución eterna en la gloria. Así, el devenir es convertido en un campo de batalla contra los acíbares del pecado, en espera ansiosa por finiquitar su travesía. En Jesucristo, bajo el entendido de ser hombre y referente paradigmático de perfección, fueron internalizados estos presupuestos, haciéndoselos ostensibles desde su niñez. Por ello, la mortificación como saneamiento espiritual a través de los sentidos y la remembranza perenne de su *raison d'être*, los experimentó no sólo en los trajines del día, sino también durante el descanso nocturno, en actitud premonitoria.

³⁸⁴ Hubo otros tipos iconográficos en los cuales se involucró a san José, el Niño y la cruz. De corte hierofánico son las imágenes donde el madero es descendido de las alturas, como en la pintura del artista flamenco Cornelis Schut (c. 1670, Hulton Fine Art Collection). De alarde similar es el óleo de Juan de Valdés Leal (1675, Museo de Bellas Artes de Sevilla), donde Jesús toma con el brazo la cruz traída por los ángeles. En territorio novohispano y mayoritariamente en Puebla, se difundió en pintura y grabado, una variante conocida como *San José, refugio de agonizantes*, en la cual el carpintero posa sobre un orbe, llevando en brazos al divino infante, quien sujeta a su vez la cruz y las flores que simbolizan la castidad de su padre. Ejemplo de esta variante es la obra atribuida a Miguel Jerónimo Zendejas del Museo Universitario Casa de los Muñecos de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Tal fue el éxito tanto de este tipo iconográfico como el correspondiente al sueño premonitorio del Jesús en brazos de José, que las cofradías josefinas angelopolitanas produjeron estampas con estas temáticas para acompañar sus patentes, cuyas impresiones persistieron hasta el crepúsculo del siglo XIX. Además, no olvidemos los tipos empleados por Carlo Dolci (v, nota 343) y Miguel Cabrera (v, nota 355). Véase Elisa Garzón Balbuena y Elvia Acosta Zamora, *Devociones a San José en la Puebla de los Ángeles, siglos XVII-XX*, México, Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas, A.C., México, 2018, pp. 209-222.

Como bien discierne Carolina Sacristán, las representaciones donde el pequeño Mesías duerme sobre la cruz o utilizando un cráneo como almohada, formulan al sueño del Salvador como un “ensayo de la muerte”. En una agonía sin pausa, “Jesús nace y al dormir muere enseguida; emprende (por amor) su labor redentora desde la cuna, casi sin detenerse en la vida”.³⁸⁵ Entonces, en el lienzo cabreriano, la cruz es para el Niño un atizador mnemotécnico, y para el espectador, la clave para vislumbrar el universo onírico del Dios Hijo, quien en cuerpo y alma, se consagra a su misión.³⁸⁶ Pero según el entender de la teología moderna, nada de lo anterior hubiese sido posible sin la intercesión josefina, pues gracias a su vigilia efectiva e ininterrumpida, Jesús logró su propósito. Digamos que el Verbo encarnado podía dedicarse a lo suyo, a sabiendas de que su padre hacía lo propio para permitirlo. A razón de esto, que ambos estén representados en las alturas tiene una connotación que va más allá de lo narrativo. No estamos pues frente a la materialización de un pasaje bíblico o una recreación de la cotidianidad de la sacra parentela, sino ante una *exégesis vuelta imagen*, cuyo punto neurálgico es atestiguar que la redención del género humano fue conseguida por la amorosa intermediación del Santo Patriarca, quien al fungir como guardián y facilitador del Niño, garantizó el éxito de su empresa. Cristo nació para morir, pero para bien del mundo, san José posibilitó que muriese en el momento preciso.

³⁸⁵ Carolina Sacristán Ramírez, *El entramado de la devoción: pintura, música, religiosidad femenina y el Niño Jesús pasionario en la Nueva España, 1720-1772*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis doctoral en Historia del Arte, 2018, pp. 192-196.

³⁸⁶ Como testimonio fidedigno de su proceder redentorista, la predisposición a la muerte por parte del Niño Jesús tuvo alusiones tempranas en las plumas josefinas, enfatizándose el profundo afecto que san José le profesaba a su hijo. Verbigracia, Jean Gerson narra que durante la estadía en Egipto, el Santo Patriarca ejerció la carpintería, teniendo a Jesús como ayudante y compañía. Aprovechando los materiales del oficio, el chiquillo le hacía peticiones harto peculiares: “le decía muchas veces que le hiciese una cruz, dándole la traza y forma como la debía de hacer; y hecha, miraba el santo José que (Jesús) se holgaba con ella, y la abrazaba y besaba, y se la ponía en el hombro, y se paseaba con ella; y a veces, súbitamente, con lágrimas y tristeza veía aquel rostro divino, lo cual el santísimo José con gran atención notaba, por cuya causa con muy pronta reverencia le demandó muchas veces que le quisiese decir qué significaba aquella cruz”. En cuanto el Niño le contó a José las razones de su comportamiento, éste prorrumpió en llanto, instándole al pequeño que le dejase morir antes que presenciar su sacrificio, “teniendo por mejor ser depositado en el limbo (que era cárcel de los santos) hasta la resurrección, que verle padecer el furor de la terrible pasión que le había ya revelado, entendiendo el santo en sí que sería cosa imposible perseverando la vida, poder tal trance sufrir”. Jean Gerson en Bernardino de Laredo, *Tratado de san José (Josefina)*, pp. 56-59.

Para concluir con las preeminencias del vínculo paterno-filial entre José y Cristo, baste decir que éstas se pretendieron extensibles, en una suerte de *adopción a la inversa*. En la oratoria sacra, solía esgrimirse el argumento de que, anticipadamente, Jesús había elegido a san José como su padre, coligiéndose de dicha elección el lustre josefino.³⁸⁷ Tanto así que en caso de que Jesús “hubiese determinado tener padre natural en la tierra, que lo engendrara según la carne (lo que no repugna la buena teología), no escogería otro que a Joseph (...) Y más cuando conocía muy bien aquel hijo soberano, que Joseph no lo amaría más siendo su natural padre y verdadero, de lo que lo amó siéndolo sólo en la estimación de los hombres”.³⁸⁸

Bajo este contexto, lo concerniente a la adopción albergó una apreciación extraordinaria. A decir de Matías de Esquerria, si se considerase a Cristo como hijo adoptivo de José, pasaría por injuria. Por ello, la asociación se efectuó al revés, engrandeciendo los privilegios josefinos al quedar “obligado de justicia a todas las asistencias conducentes a la sacratísima humanidad” de Jesús. El ignaciano sabe que este proceder es inusitado, inencontrable en los anales del derecho. Por ello nos especifica que dicha modalidad “se rubrica sólo en los volúmenes de la gloria”, en lección impartida por Cristo. Así, por reiteración doctrinal desde el púlpito, ya aprendidos los beneficios de crear lazos filiales con san José, se explica la tendencia incentivadora de las fórmulas de cierre en los panegíricos. En resumen, aseveran que no hay mejor *paternidad-patrocinio* que el prodigado por san José. Hacerse de él es una fortísima estrategia para alcanzar socorro garantizado ante cualquier adversidad. Con esta certeza de frente, podemos comprender a cabalidad la incitación hecha por Esquerria y otros retóricos, a todos sus escuchas y lectores: “No esperéis hombres a que Joseph os adopte por hijos, prevenid maduramente sus santísimas

³⁸⁷ Si la selección paterna fuese incumbencia personal, cualquiera se decantaría hacia los prohombres. Y Jesús no fue la excepción. Así lo explicó Arce y Miranda en su prédica: “Ello es, que si en nuestra mano estuviera elegir padre, a buen seguro, que todos querríamos tener por padres a los Alejandro, a los Césares, a los reyes. Pues habiendo estado en mano de Cristo elegir padre en la tierra, considerad qué calidades tendría Joseph, que fue elegido de Cristo para padre suyo, y elegido desde *ab aeterno* por una sabiduría infinita, entre otros fines, para guardar el honor a su santísima madre”. Andrés de Arce y Miranda, “El injerto de la gracia...”, p. 129.

³⁸⁸ Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, p. 15.

inclinaciones. Adoptadlo primero por patrón y veréis hasta dónde se extienden los inmensos términos de su patrocinio, que es tal que por fuerza de esa adopción, patrocina al mismo Dios, a su madre y a todos los hombres juntos”.³⁸⁹

4. San José, el más bienaventurado y “mártir por amor”

(relación cotidiana con Cristo y conocimiento de la Pasión)

¿Quién vio jamás en el mundo a un afligido, vestir galas de alegría, siendo el interior un mar de penas? Si afligido y atormentado su corazón de vehementes dolores, ¿cómo se ostenta una cifra de dulzuras y un mineral de gozos?: teniendo por corona lo lucido de las estrellas y por calzado la hermosura de la luna.

Blas de Plasencia³⁹⁰

Fue razonamiento ordinario del cristianismo moderno, aquel que promulgaba la laceración de los sentidos, la subyugación y el dominio de las pasiones, ante la predilección de lo espiritual sobre lo corpóreo, de lo ultraterreno sobre lo mundanal. Así pues, desde la cuna, *morir para vivir* era una consigna dada a todo católico, a partir de la asunción de una humanidad imperfecta que, progresivamente, busca su retorno y perpetuo descanso en el empíreo.³⁹¹ Para obtener un salvoconducto hacia el cielo, había que transitar por un campo

³⁸⁹ Matías de Esquerra, *Sermón que en la festividad del patrocinio de San Joseph...*, p. 2r.

³⁹⁰ Blas de Plasencia, *Sermón panegírico que mira al gloriosísimo patriarca Señor San Joseph...*, p. 25.

³⁹¹ La anonadación ha sido sustentada a partir de una serie de pasajes bíblicos donde Cristo puntualiza la necesidad de morir y *volver a nacer* para alcanzar la vida eterna. Piénsese en la respuesta de Jesús ante la imprecación de Pedro, al serles anunciada a los apóstoles la próxima pasión y resurrección del Mesías: “Quien quiera seguirme que se niegue a sí, cargue con su cruz y me siga. Quien se empeñe en salvar la vida la perderá; quien pierda la vida por mí la alcanzará. ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo a costa de su vida?, ¿qué precio pagará por su vida?” (Mt 16, 24-26). La enseñanza dada a Nicodemo estriba en postulados semejantes: la muerte del yo

minado de abrojos y espinas. En otras palabras, el *sufrimiento*, en sus múltiples facetas, era un vehículo de sublimación, una oportunidad mayúscula para que, a través de la expiación, se alcanzase la salvación tanto individual como colectiva.

Entonces, el sufrimiento fue tipificado como experiencia codiciable, a sabiendas de que la gloria perpetua ofrece numerosas compensaciones, entre ellas, mitigar dolores e insuficiencias y otorgar a manos llenas lo que en la tierra fue denegado, siendo la *visión beatífica* el premio culmen para los incondicionales del Cordero.³⁹² Por esquizofrénico que a nosotros pueda parecernos, para el discurso clerical de la época no resultaba contradictorio conminar a la exención de los placeres físicos con tal de conseguir un lugar en el *hedonismo paradisiaco*, donde las ropas raídas serían reemplazadas por vestidos y joyas fulgurantes,³⁹³ el hambre desaparecería ante la extinción del apetito,³⁹⁴ el despojo

en pos del nacimiento de un ser espiritual, quien presenciara el “reinado de Dios” (Jn 3, 1-8). Del mismo talante, mimetizándose con el sentir del Bautista, es crucial que los seres humanos se aminoren para que en ellos prime Dios: “Él debe crecer, yo disminuir” (Jn 3, 30).

³⁹² La *visión beatífica* es un privilegio que comparten los bienaventurados y los ángeles. Se trata de la dicha de poder contemplar de frente a Dios, constituyendo “la máxima expresión de felicidad a la que puede aspirar el hombre”. Manuel Gracia Rivas, *Diccionario de términos religiosos y litúrgicos*, vol. III, Zaragoza, Centro de Estudios Borjanos-Institución Fernando el Católico, 2020, p. 335.

³⁹³ Nuevamente, traigamos a colación la vida de Catarina de San Juan relatada por el jesuita Alonso Ramos, la cual cuadra a la perfección con el modelo de aniquilación personal, cuyos rendimientos terminan por proporcionar lo renegado pero en versión santificada. La beata poblana se consideraba un “gusanillo vil”, una “perra enfrenada con el poder de la divina gracia”, cuya bajeza no la hacía merecedora a ninguna comodidad. Por ejemplo, no se permitía usar medias ni en invierno, pues las consideraba un lujo al ver al Niño desnudo en el pesebre. Cristo se congraciaba contemplando cómo Catarina se denigraba “hasta lo profundo de su nada”, profesándole más y más amor por cada acto de desprecio a sí misma. Ante la renuencia de Jesús a otorgarle a otras almas las estimaciones que le prodigaba, Catarina buscaba la intercesión de la Virgen para tratar de convencerlo. María le instaba a que dejase de oponer resistencia a los agasajos de su hijo. Ya franqueadas las negativas, por su comportamiento, Catarina era premiada con una “vestidura tan bella y rozagante, que excedía a lo más blanco y brillante de la nieve, investida de los resplandores del sol”. En medio de tantos primores, la esclava oriental volvía a insistir que era nada, “una abominable pecadora”. Como regalo ante el reconocimiento de la “indignidad propia”, Jesús la llenaba de “anillos y sortijas (...), cadenas, joyas, piedras preciosas y margaritas inestimables”. Alonso Ramos, *Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia...*, tomo I, p. 344; tomo II, pp. 112-115.

³⁹⁴ Expectativa sustraída del libro de la Revelación: “No pasarán hambre ni sed, no les hará daño el sol ni el bochorno, porque el Cordero que está en el trono los apacentará y los guiará a fuentes de agua viva. Y Dios enjuagará las lágrimas de sus ojos” (Ap 7, 16-17)

material se olvidaría al yacer eternamente en frondosos y fragantes jardines, etc.³⁹⁵ Así, bajo este protocolo *postmortem*, el mudarse de la choza y el lodazal a una ciudad de oro puro con murallas de jaspe,³⁹⁶ de cierto modo desactivaba la movilidad social tornándola inoperante, pues homogeneidad y justicia serían ganancias futuras: “Bienaventurados los pobres de corazón, porque el reinado de Dios les pertenece”.³⁹⁷ Ergo, entre más infortunio en el plano terrenal, mayores posibilidades de conquistar la gloria. Desde esta óptica, la adversidad no es negativa ni se concibe como carga. Incluso, va más allá de la prueba, adquiriendo el estatuto de don divino, pues “amarguras y penas (...) son los regalos con que Dios sustenta a los santos en la tierra, dando más penas a los que más ama”.³⁹⁸

Desde este panorama, como suministro apoteósico, las inequidades de la vida eran causa de regodeo, adjetivadas a través del oxímoron, entretejiéndose dulces tormentos, gozosas tiranías o una “suave y sabrosa esclavitud”, satisfacción que debían sentir las mujeres al saberse sometidas a los hombres.³⁹⁹ Así, *mirar* o *escuchar* los apuros de la sacra parentela, las penurias de Job o la tortura y muerte violenta de un mártir, teniendo a Cristo como arquetipo del heroísmo mortificante y el asesinato cruento para redención y gloria eterna, convertían lo terrorífico en inspirador y delectable, pues la sangre profusa o

³⁹⁵ Véase Gisela von Wobeser, *Cielo, infierno y purgatorio durante el virreinato de la Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Editorial JUS, 2011, pp. 103-107; Antonio Núñez de Miranda, *Ejercicios espirituales de san Ignacio...*, México, Imprenta de los herederos de la viuda de Bernardo Calderón, 1695, pp. 153r-160v.

³⁹⁶ Ap 21, 18.

³⁹⁷ Mt 5, 3-11.

³⁹⁸ Francisco García y Juan Nadasio, *Devoción de San Joseph, primera y segunda parte*, Zaragoza, Imprenta de Tomás Gaspar Martínez, 1692, p. 54.

³⁹⁹ “Los cabellos se dieron a la mujer para marca y señal de sujeción. Son como la S y el clavo que Dios colocó en lo eminente de la cabeza para que se conociese lo inexcusable de su servidumbre. Y así cuanto más cabello criare, más información hará de la sumisión que debe prestar al hombre, pues cada cabello es un testigo de su suave y sabrosa esclavitud”. Diego Niseno, *Segunda parte del político cielo...*, Madrid, Imprenta de Sebastián de Cormellas, 1638, p. 34. *La S y el clavo referidos en la cita, aluden a una representación gráfica, a manera de marca, que resumía la palabra esclavo: s(es) + clavo = *esclavo*. Hermandades o cofradías de inspiración carmelita como la hispalense Esclavitud del Glorioso Corazón de San José, fundada en 1744, emplearon este emblema para reconocerse miembros sujetos a la voluntad josefina. Véase, Ismael de Santa Teresita, “La Esclavitud del Glorioso Corazón de San José y Escuela Espiritual de sus devotos en Sevilla”, en *Revista de Estudios Josefinos*, año X, núm. 19, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1956, p. 105.

cualquier desazón de cuerpo y alma, sustituían al escándalo por una simbolización triunfalista y esperanzadora. Por ende, agonizar progresiva y continuamente era la senda para librarse de la pesadumbre terrenal según las interpretaciones dadas a los mensajes de Cristo.⁴⁰⁰ Estamos pues frente a una *retórica del amor al sufrimiento*, donde ambos sentimientos fueron construidos como suplementarios, correspondientes e inseparables. Si alguien te ama, te hace sufrir, te pone la cruz auestas, te abre el camino al cielo. Así obra Dios con sus predilectos.

Según lo estipulado en los sermones, todo lo anterior le acaeció a san José. Fue su medida, impulso y modo de santificación. Comencemos el despliegue de evidencias con la pregunta que Pedro del Espíritu Santo dirigió a su auditorio: “¿No es tirano el amor?”. El carmelita afirma que sí basándose en los cantares bíblicos, puesto que el amor verdadero es “fuerte como la muerte, como el infierno duro”.⁴⁰¹ Tal es la vehemencia del sentimiento cardinal que deja huellas somáticas: “éste, de una lanzada, le partió el pecho y le quitó la vida a mi santa Teresa; éste, a Felipe Neri, le quebró las costillas; éste, a santo Domingo, le hizo una criba el cuerpo; a san Francisco le arrojó tanto fuego que ni las pellas de la nieve, ni los respiraderos del serafín lo moderaron; éste, a san Agustín, por cuatro o cinco partes, taladró el corazón”.⁴⁰² Si bien, ninguno de estos santos ha sido clasificado como mártir, el fraile asevera que bien podrían serlo, ya que no sólo los “dioclecianos y nerones” hacen mártires. Tiranos como el amor ocasionan rigores suficientes para considerarlos tormentos. Entonces, san José fue merecedor de corona y palma al asumírsele como *mártir por amor*,⁴⁰³

⁴⁰⁰ “Acudid a mí, los que andáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy tolerante y humilde, y os sentiréis aliviados. Pues mi yugo es blando y mi carga liviana” (Mt 11, 28-30).

⁴⁰¹ “Grábame como un sello en tu brazo, / como un sello en tu corazón, / porque es fuerte el amor como la muerte, / es cruel la pasión como el abismo; / es centella de fuego, llamarada divina” (Cant 8, 6).

⁴⁰² Pedro del Espíritu Santo, “Joseph más que bienaventurado. Sermón XXVII...”, p. 240.

⁴⁰³ La denominación del Santo Patriarca como mártir fue replicada en otros sermones, a partir de las reflexiones de Isidoro de Isolano. Véase Isidoro de Isolano, *Suma de los dones de San José*, pp. 630-632; Blas de Plasencia, *Sermón panegírico que mira al gloriosísimo patriarca Señor San Joseph...*, p. 16.

bajo el entendido de que el martirio es un “acto de caridad y fortaleza”, mediante el cual se padece y otorga la vida por Jesucristo.⁴⁰⁴

A decir del orador, san José soportó un padecimiento duro y pertinaz, proporcional al gran amor profesado a su hijo. Quizás lo miró fenecer en la cruz, trayéndole recuerdos y emociones agridulces, al repasar cuando lo alimentaba, abrazaba y dormía; agitación mayor al escuchar que le decía: *padre mío*. En su momento, este disfrute era interrumpido por la conciencia de la misión del Mesías, generándole a nuestro santo un enorme dolor en el alma, tal que la muerte sería poca cosa. Ante esta punzante noticia, a diferencia de los mártires, san José no sufrió estragos en el cuerpo sino en el alma, “cuyo dolor y sentimiento es tanto más sensible, cuanto ella es más sentida, más delicada y noble”.⁴⁰⁵ Los cuerpos de los mártires fueron ajados con cuchillos. Sin embargo, el “cuchillo de compasión”, a san José le “degolló el alma y ensangrentó el espíritu”.⁴⁰⁶ En conclusión, a mayor padecimiento, mayores méritos. Por consiguiente, debía considerársele al Santo Patriarca como un mártir singular.

Como puede observarse, la teología josefina de la época construyó una *santidad a flor de piel*, donde las emociones encuentran respuesta y reverberación a través del cuerpo. Si bien, diría un panegirista franciscano que los martirios de san José fueron tan graves e inexplicables que los evangelistas prefirieron omitirlos,⁴⁰⁷ por ventura, algunos josefólogos

⁴⁰⁴ En los sermones josefinos es recurrente la aparición del conjunto amor-fuego-dolor. Por ejemplo, el agustino Joseph de San Gil equipara el sentimiento quemante por convivir con Jesucristo como un “Vesubio de seráfica caridad”, tan elevado en san José por su cercanía constante, ocasionando que no articulase palabra alguna, “sustituyendo a las voces, los movimientos del corazón”. Para que se cumpla la reciprocidad entre el amor y el dolor, así como los principios de la anonadación sublimante, el fraile subraya que el Santo Patriarca llevó una “vida sembrada de amarguras”, sufriendo una pobreza extrema siendo miembro de una estirpe real, “ya tolerando incomodidades por libertar aquella prenda del cielo, de que estaba encargado por el cielo mismo, ya padeciendo el más vivo dolor en la pérdida del hijo, dolor que sólo puede medirse por su amor a Cristo”. En suma, san José merece coronarse como justo y ser digno padre de Cristo y esposo de María, a beneficio de todas las tribulaciones experimentadas. Joseph de San Gil, *Sermón panegírico del glorioso Patriarca San Joseph...*, p. 21.

⁴⁰⁵ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph más que bienaventurado. Sermón XXVII...”, p. 242.

⁴⁰⁶ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph más que bienaventurado. Sermón XXVII...”, p. 242.

⁴⁰⁷ Blas de Plasencia, *Sermón panegírico que mira al gloriosísimo patriarca Señor San Joseph...*, pp. 20-21.

gustaron de recrearlos. Por ejemplo, ante la decisión de alejarse al descubrir el vientre abultado de María, san José se inundó de pena y confusión. Eran tan intensas sus agitaciones que “se puso macilento; de modo que la profunda melancolía y tristeza se le veía en la cara. Se le atenuaron tanto las fuerzas naturales y llegó tanto a consumirse que parecía hecho de raíces de árboles”.⁴⁰⁸ Por su delegación específica y los altibajos de su historia, podríamos decir que *dolor* y *José* dentro de las cavilaciones teológicas, terminaron por convertirse en sinónimos.

Nota bene que el sufrimiento del alma es descrito como de una inconmensurable agudeza, al grado de extrovertirse y testimoniarse mediante el cuerpo, superando incluso al dolor físico advertido sensorialmente. Privilegiar así a la experiencia anímica, le dio pauta a fray Blas de Plasencia para expresar que san José sufrió en demasía, mucho más que el mismo Cristo al espirar en el “árbol santo de la cruz”.⁴⁰⁹ El predicador de la provincia franciscana en Manila, argumenta que es mayor tortura “padecer penas amando, que padecer penas sintiendo”. Jesús fue flagelado y liquidado en el madero, pero José “padecía los dolores de perder a quien amaba”; añadiéndose a esto un factor de tiempo, pues “es muy lenta la pena de un sentimiento y es vivísima la pena de un cariño”.⁴¹⁰

Para la materia del san José sufriente, el sermón manileño de Plasencia es significativo porque, de nuestro corpus recopilado, es uno de los dos que se abocaron a las antilogías de los *dolores y gozos de san José*, aunque el fraile las cotejó con los júbilos y penas de Cristo sacramentado.⁴¹¹ Dichos dolores y gozos fueron de enorme trascendencia en la religiosidad de los siglos XVII y XVIII, ya que su conmemoración fue la principal práctica pía profesada al Santo Patriarca, teniendo presencia en cuanto tratado o devocionario

⁴⁰⁸ Gaspar de San Nicolás Tolentino, *El hermosísimo sol de los santos y coros angélicos...*, Sevilla, Imprenta Real de la viuda de don Diego de Haro, 1754, p. 18.

⁴⁰⁹ Blas de Plasencia, *Sermón panegírico que mira al gloriosísimo patriarca Señor San Joseph...*, p. 17.

⁴¹⁰ Blas de Plasencia, *Sermón panegírico que mira al gloriosísimo patriarca Señor San Joseph...*, p. 18.

⁴¹¹ Para comprender el cotejo, destaca la razón de la prédica: tras cuarenta horas de adoración al santísimo, se celebró la fiesta dedicada a los dolores y gozos de san José en el templo del hospital de San Juan de Dios, en octubre de 1744. Véase Blas de Plasencia, *Sermón panegírico que mira al gloriosísimo patriarca Señor San Joseph...*, portada y p. o.

josefino se imprimió, replicándose también a través de la pintura. Hechos a imitación y por emparejamiento con María, bajo el entendido de que padre y madre gustaron y padecieron por igual al lado de su hijo, san José lleva en el pecho una espada transfija, aquella vaticinada por el anciano Simeón.⁴¹² Cabe esclarecer que los episodios de la septena josefina son ambivalentes, es decir, a cada congoja se le contrapone una alegría.⁴¹³ Si bien, la daga originaria se forjó tras la sentencia dada en el templo de Jerusalén, como hemos demostrado en otra investigación -cuyas implicaciones desarrollaremos en un apartado posterior-, la más punzocortante de ellas, colocada en primerísimo lugar, fue la relacionada con los celos causados por ver a la Virgen encinta, acentuándose igualmente el sufrimiento derivado del amor, donde el corazón prima sobre los sentidos.⁴¹⁴

Dejemos que el propio Plasencia nos relate brevemente, los alcances de los claroscuros josefinos:

¡Oh, divino Joseph! Justo por antonomasia (...) Qué bien se vieron en tu corazón, cuando vivías, unidos los dolores con los gozos, las angustias con las suavidades, las penas con los júbilos, el mar de vuestro amante corazón alterado con la tormenta de los dolores y sereno con la dulce marea de los gozos. La angustia de vuestro corazón al ver al infante Jesús en tanta pobreza, como nacer en un establo humilde, era saeta de dolor que pasaba de parte a parte vuestro amante corazón. Empero se desangraba en júbilos y gozos la herida, al oír las dulcisonas

⁴¹² “El padre y la madre estaban admirados de lo que decía acerca del niño. Simeón los bendijo y dijo a María, la madre: -Mira, éste está colocado de modo que todos en Israel o caigan o se levanten; será una bandera discutida y así quedarán patentes los pensamientos de todos. En cuanto a ti, una espada te atravesará” (Lc 2, 34-35)

⁴¹³ Ver a María preñada, mirar las paupérrimas condiciones del Niño en el pesebre y cómo sangró al ser circuncidado, la profecía simeónica, escapar a Egipto para salvaguardar al divino infante, el peligro inminente por la regencia del cruel Arquelao y el extravío de Jesús en el templo, fueron los dolores de san José que se subsanaron con la develación del misterio de la encarnación, la adoración angelical en Belén, el privilegio de imponerle el nombre al Mesías, saber que la muerte de Jesús sería para redención de la humanidad, atestiguar la caída de los ídolos ante la presencia del dios verdadero, volver a Galilea después del exilio y encontrar a su hijo disputando con los sabios jerosolimitanos. Véase Francisco de Zarate, *El cordial devoto de san Joseph*, México, Imprenta de Francisco Rodríguez Lupercio, 1674, pp. 33-36; Gabriel de Santa María, *Breve suma del gran fruto que se saca de la devoción del señor san Joseph*, México, Imprenta de los herederos de la viuda de Francisco Rodríguez Lupercio, 1715, pp. 5-7.

⁴¹⁴ Jorge Luis Merlo Solorio, “Esculpido por tribulaciones y profecías asombrosas...”, *passim*.

voces de los coros angélicos. Las ansias con que tres días sin descanso buscaste al niño Dios, eran espadas de dolor que os apuntaban al pecho, ejecutando en él, cuanto más suave, tanto mayor tiranía; más corrió por sangre que todo suavidades, todo consolaciones, todo júbilos y gozos, el hallazgo de aquella majestad infante, doctor entre los doctores y maestro entre los maestros.⁴¹⁵

San José habitaba una dialéctica de opuestos mixturados, cuyos componentes son “muerte dolorida y amor gozoso”. En la metáfora de los objetos divinos que favorecen hiriendo, como la flecha teresiana o la espina de santa Rita de Casia, el estilete josefino aportaba a su corazón llamas de caridad y cortaduras agónicas, enseñando valerosamente que el *padecer es gozar*.⁴¹⁶

El sopesar este comportamiento sacrificial, aunado a las prerrogativas que hemos detallado en los apartados anteriores, sirvió para ensalzar exorbitantemente a nuestro santo en los panegíricos modernos, elevándolo a un estamento excepcional e inusitado, dando pie a reflexiones de un arrojo considerable. Tal es el caso del sermón pronunciado por el canónigo de la Colegiata de Guadalupe, Antonio Manuel de Folgar, cuyo asunto persigue la intención de persuadirnos a admitir “que el hijo de Dios le debió, a lo que parece, más amor a san Joseph que a su Eterno Padre”.⁴¹⁷ Probablemente, la osadía de sus meditaciones no acarrió censura por el cariz moralizante del panegírico, es decir, por el afán de impactar en el ánimo y la conducta de los feligreses. Atrajo para sí todo lo contrario, pues obtuvo un recibimiento caro. La prédica fue dedicada al entonces obispo, Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, contando con su protocolaria licencia; además, por si fuera poco, la aprobación inaugural del impreso la concedió el doctor Juan José de Eguiara y Eguren, especialista en temas josefinos, mediante un acostumbrado *nihil obstat*: “no encuentro en él cosa contra nuestra santa fe, buenas costumbres y regalías de su Majestad”.⁴¹⁸

⁴¹⁵ Blas de Plasencia, *Sermón panegírico que mira al gloriosísimo patriarca Señor San Joseph...*, pp. 26-27.

⁴¹⁶ Blas de Plasencia, *Sermón panegírico que mira al gloriosísimo patriarca Señor San Joseph...*, p. 28.

⁴¹⁷ Antonio Manuel de Folgar, *Competencias de amor entre el Eterno Padre y san Joseph...*, México, Imprenta Real del Superior Gobierno de doña María de Rivera, 1734, p. 5.

⁴¹⁸ Eguiara y Eguren en Antonio Manuel de Folgar, *Competencias de amor entre el Eterno Padre y san Joseph...*, p. m.

Asentimiento que podemos interpretarlo como la admisión de la retórica de Folgar dentro de la josefología más acendrada.

De inicio, el presbítero postula que el amor de ambos padres del Salvador es de la misma magnitud.⁴¹⁹ Sin embargo, comparó sus esfuerzos desde las coordenadas de la *pesadumbre meritoria*, donde más cosecha quien más adolece, siguiendo las pautas de los dolores y gozos josefinos. Dios padre tuvo el placer de engendrar a Jesús y procurar su encarnación. No obstante, fue san José quien cargó con las fatigosas labores paternas, es decir, alimentarlo, defenderlo y ampararlo. Entonces, habrá que calibrar las dimensiones de la caridad bajo la siguiente cláusula: “el amor debe apreciarse tanto más, cuanto más cuesta el emprenderlo; y a la cumbre de sus delicias sólo llega el que por los amargos escalones ha subido”.⁴²⁰

El Eterno Padre, al procrear a Cristo, experimentó felicidad y regocijo; satisfacción reiterada y constante cada vez que lo mira, pues es espejo suyo. En antípoda, “todos fueron afanes, acíbares y sinsabores” desde que san José fue vinculado al Niño, aceptando su talega con mutismo. Mientras el padre celestial se vanagloria eternamente apreciando la belleza del Hijo, escuchando cómo le aplauden los serafines en la inmensidad de las alturas, al carpintero nazareno lo oprimió la aflicción al ver al divino infante abrigado con paja y burdos pañales, acompañado por dos animales. Ante estas evidencias, Folgar no tiene reparo en asentar que debe más Jesús a san José por adoptarlo que a Dios por engendrarlo: “si el humanado Verbo es hijo de las delicias del Padre Eterno, y es hijo de vuestras penas, de vuestro silencio y de vuestros dolores: ha de ser, por consiguiente, más hijo de vuestro amor, o para decirlo de una vez, ha de ser vuestro Benjamín”.⁴²¹ Dios padre se desprendió de su hijo y lo cedió a otro hombre para que lo criase. El adoptante lo amó tanto que jamás

⁴¹⁹ Antonio Manuel de Folgar, *Competencias de amor entre el Eterno Padre y san Joseph...*, p. 3.

⁴²⁰ Antonio Manuel de Folgar, *Competencias de amor entre el Eterno Padre y san Joseph...*, p. 6.

⁴²¹ Antonio Manuel de Folgar, *Competencias de amor entre el Eterno Padre y san Joseph...*, pp. 7-8.

*Raquel, fue madre de José y Benjamín. Murió en la labor de parto del menor de los doce hijos del patriarca Jacob, pero antes de fenecer, nombró al niño como *Ben Oni*, cuyo significado es *hijo de mi dolor*. Posteriormente, Jacob lo llamó *Benjamín*, es decir, *hijo diestro o hijo de la felicidad*. Véase Gn 35, 16-21.

permitió que otro lo educase. San José sufrió por tres días el extravío del mesías adolescente. Por su omnipresencia, el dios creador jamás podría perderlo, estando con él en todas partes y en todo momento.⁴²² A partir de estos sucesos, Cristo, “el hombre más versado en materia de amores verdaderos”, es quien nos da la lección: “sólo el bien que se pierde, es el que de veras logra ser amado; y que sólo es entre los amantes el mayor, aquel que ha gustado las amarguras de perder, lo que con terneza amaba”.⁴²³

Folgar juzga a ambos padres de Jesucristo sin diferenciación alguna, como si de unos padres cualesquiera se tratasen, acorde con un predeterminado ideal de paternidad, cimentado en la protección a ultranza de los vástagos como muestra de superior amor. Y si el amor es equivalente al sufrimiento, quien desgaste sus manos y derrame lágrimas en pro de su progenie, hará mayores proezas que quien sólo se dedica a contentarse con su compañía. De hecho, discretamente y por estas condicionantes, como podrá notarse en el párrafo anterior y en las citas subsecuentes, Folgar es más severo con Dios padre al delinear sus ventajas y comodidades inherentes, sin importar que éste actuara en favor del mundo. Es como si le dijese que, en su sabiduría infinita, hubiera podido encontrar otra forma de proceder menos cruenta y desapegada. En comparación, desde su pequeñez humana, san José se sobrepuso a base de esfuerzos y compromisos irreprochables.

Para comprobar lo dicho, leamos lo que el presbítero tiene que decir en torno a los riesgos de muerte que corrió Jesús:

Permitióles, por nuestro amor, el Padre Eterno a los judíos, que con ignominiosa ingratitude hiriesen el cuerpo de su hijo sacrosanto, hasta dividir de su inocente humanidad, su benditísima alma (...) ¡Qué lejos! ¡Cuán distante estuvo siempre de darse a este partido, san Joseph! Buscabalo recién nacido el impío Herodes para teñir los filos de su espada en la sangrienta división de su tiernísima garganta; mas no pudiendo tolerar Joseph tan abominable desamor, se ausentó al punto, con ásperos azares, de su patria. Y partiéndose a Egipto, en lo más

⁴²² Antonio Manuel de Folgar, *Competencias de amor entre el Eterno Padre y san Joseph...*, pp. 10-12.

⁴²³ Antonio Manuel de Folgar, *Competencias de amor entre el Eterno Padre y san Joseph...*, p. 13.

retirado lo ocultó (...) Saber quisiera yo aquí, cuál padre deba calificarse más amante: ¿el que permite practicar en su hijo división tan tirana o el que se aventura al peligro de los caminos, por impedirla? (A continuación, es relatado el juicio de Salomón) Viene, a mi ver, la historia tan al caso, como si se hubiera fingido. En dos ocasiones, tuvo peligro Jesús de padecer sangrienta división: cuando Herodes, en sus infancias, lo buscaba, y cuando los judíos, para crucificarlo, lo prendieron. El Eterno Padre dio permiso para que los judíos lo dividiesen; por no concederle san Joseph a Herodes esta licencia, dejó su patria, caminó presuroso y lo escondió en Egipto. Observando, pues, la enfática sentencia del sabio Salomón, dos cosas dijera yo. La primera: que el que al parecer más lo ama es san Joseph. La segunda: que sólo este Santísimo Patriarca ostenta, a lo que parece, ser su verdadero padre.⁴²⁴

La prueba superior de sus argumentos, Folgar la extrajo al confrontar los procederes de Dios padre y san José. Del primero de ellos en los estertores de Cristo en la cruz; del segundo, en los desamparos del pesebre betlemita. Dicha prueba es de una extravagancia tal que no interpela y pide respuestas concisas a su auditorio, sino a Cristo mismo como si fuese un escucha entre los demás.⁴²⁵ Por lo tanto, al tratarse de una de las más atrevidas, vigorosas y bellas de las proposiciones sobre la grandeza josefina en la homilética moderna, aunque extensa, nos permitiremos citarla en su totalidad:

Pienso que esta última fineza ha de realzar con los perfiles de la sangre, lo que con los rasgos de la tinta, no puede bastantemente declararse. Amaneció, por

⁴²⁴ Antonio Manuel de Folgar, *Competencias de amor entre el Eterno Padre y san Joseph...*, pp. 14-15.

⁴²⁵ En la retórica moderna fue común el *dialogismo*, recurso para dar voz a los protagonistas de la historia sacra. Así, de primera mano, ellos acreditan las proposiciones de los oradores. En el siguiente ejemplo, el panegirista recrea un interrogatorio con el Niño quien da fe de las atenciones prodigadas por san José: "Decidme, suprema majestad, ¿quién te libró de las tiranías del frío, abrigándote con su capa y con su manto? *Joseph, mi padre*. ¿Quién te libró de los mortales riesgos, y estrechándote en su pecho, te halagaba con ternuras y regalos? *Joseph, en sus brazos amorosos*. ¿Quién con dulces arrullos y gorjeos embelesaba tus potencias para el sueño? *Joseph, el esposo de mi madre muy amado*. ¿Quién? ¿Quién te costeó el vestido y te alimentó por muchos años? *Joseph, con el sudor de su rostro*". José de San Miguel, *Sermón de N.P. San Joseph...*, f. 3r; Jesús María Navarro Bañuelos, *Diccionario de figuras retóricas*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2008, p. 36.

fin, el más funesto día, en que nuestro salvador se dejó ver pendiente del leño de la cruz. Mirábase en él, con pasmo aun de las piedras, al hombre más inocente, públicamente ajusticiado. A la suprema flor de Nazareth con inicuos aires marchita. A la belleza más sublime con las escarchas ajada. Su delicado cuerpo en aquel teatro era un horrendo espectáculo que alimentaba la irrisión de sus desconocidos enemigos. Los nevados candores de sus carnes, con la sangre y el polvo, quedaron denegridos. El sol más brillante de su rostro, con la sombra de los cardenales, eclipsado. Los resplandecientes luceros de sus ojos, a violencia de las aventuras, apagados. Y finalmente, de sus íntimos amigos desposeído, y sólo de los peñascos acompañado. ¿Os parece mucho lo que habéis oído? Pues aún es nada lo que habéis escuchado. Elevó al cielo el semblante, y viéndose, en vez de socorrido, aun de su mismo Eterno Padre desamparado, hubo de prorrumper en compasivo llanto: *¡Eloi, Eloi, lama sabactani!* Señor, dios mío, amantísimo padre: ya que por destinos misteriosos me habéis escareado los consuelos, concededme, al menos, el de decirme qué motivo habéis tenido para desampararme (...) ¿Y pensáis, señores, que el Eterno Padre se dio por entendido? Solo comenzó sus penas nuestro Jesús, y solo y desamparado dio su espíritu (...)

No puedo hacer mención aquí de lo que san Joseph ejecutó al ver tamaño desamparo, porque fue anterior su tránsito al de Jesús. Pero apartaos un breve rato del Calvario y retroceda al portal de Belén vuestra meditación. Los tormentos que en él toleró nuestro divino infante, no fueron tan atroces, pero gozan aclamaciones de más tiernos. La cruz allí fue el duro establo en que sus delicados miembros se reclinaron. Las espinas que lo afligían eran las penetrantes pajas que lo abrigaban. Las heridas y golpes que lo mortificaron eran los rígidos hielos que lo cubrieron. Pasó en la cruz la ignominia de mirarse entre dos ladrones colocado, pero sufrió en el pesebre la deshonra de verse de dos brutos asistido. Para este careo, que ya pronuncio, convidaba yo a vuestros corazones. En las agonías y penas del Calvario, desamparó el Eterno Padre a nuestro redentor. En los tormentos y desnudeces del pesebre estuvo san Joseph tan lejos de dejarlo, que todo su conato puso en asistirlo. Decidme, pues, ahora... ¡Pero no! *No sois vosotros, oyentes míos, los que me lo habéis de confesar. Vos*

*habéis de ser, pelicano amoroso, encanto apacible de nuestras almas, atractivo suavísimo de nuestros sentidos y jardín perenne de nuestras potencias. Vos habéis de ser el que me respondáis.*⁴²⁶ Si tuvierais ahora, al veros en la cruz, la compañía infatigable de vuestro constantísimo padre san Joseph, como en Belén la gozabais, ¿fueran por ventura vuestros tormentos tan crecidos? No podéis negarme, amante soberano, que aunque era ya indispensable el que murieseis, acabaríais vuestra vida con menos desconsuelos. Padecierais, como padecisteis; pero al ver que teníais padre que os acompañara, os fuera menos sensible el padecer. Murierais, como moristeis; pero al conocer que con vuestro padre partíais la mitad de vuestras penas, se os hiciera menos amarga vuestra muerte. Mas ahora, crucificado dueño nuestro, ¿qué es lo que vuestro espíritu experimenta? Clamáis al Eterno Padre y no os oye. Le preguntáis el motivo de su ausencia y no os escucha. A vista, pues, de tan extraño desamparo, ¿qué otra cosa puede mi limitado entendimiento discurrir, sino que, atendiendo a las razones de lo que parece, más amor le debéis a san Joseph que a vuestro Eterno Padre? Y aun diría yo más, si acaso me fuera lícito el decirlo: qué tanto más os amó, a lo que parece, san Joseph, que parece que sólo san Joseph es vuestro padre legítimo, cuando vuestro Eterno Padre, aunque lo es, no lo parece.⁴²⁷

En este balance de calidades varoniles bajo coordenadas harto terrenales, las cuales dejan en segundo plano las complejidades de la redención, el cúmulo de pesaras atenciones de san José para con Jesucristo, insuperables y mejores que las de Dios padre, lo definen como

⁴²⁶ Herencia del bestiario medieval, el ave palmípeda fue considerada un emblema de Cristo, fincado en una leyenda antigua que describía el atípico *ethos* del pelicano. Supuestamente, cuando éste volvía al nido, ya sea que sus polluelos estuviesen muertos por el ataque de una serpiente o que él mismo los asesinase a picotazos por recibirlo con insolencia, después de tres días de desesperado luto, el pelicano se desgarraba el pecho y con su sangre revivía a los desdichados. La cualidad de la sangre como dadora de vida en esta historia animal, la hizo propicia para pertenecer a la simbología crística, bajo los paralelismos de purificación, redención, resurrección y sentido eucarístico. Louis Charbonneau-Lassay, *El bestiario de Cristo. El simbolismo animal en la Antigüedad y en la Edad Media*, vol. II, Barcelona, José J. De Olañeta, 1997, pp. 558-565.

⁴²⁷ *Cursivas nuestras.* Antonio Manuel de Folgar, *Competencias de amor entre el Eterno Padre y san Joseph...*, pp. 16-18.

“un hombre divino, un hombre poderoso, un hombre liberal”, digno de entronizarse cual “monarca de su cristiano pueblo”.⁴²⁸

Importante asentar que los razonamientos en torno al desamparo del Eterno Padre y el consuelo propinado por san José en la pasión de Cristo, no sólo se discutieron en la órbita sermocinal. También pulularon en otros ámbitos de las plumas josefinas, haciendo visible la comunión de conocimientos y pujanzas para exaltar al Santo Patriarca. Verbigracia, a lo largo de su copioso tratado, el iñiguista Pedro de Torres recurre a la siguiente idea: Jesús decidió morir pendiente de la cruz para homenajear a san José, ya que la madera era su instrumento principal de trabajo. Así, el Mesías “no murió a fuerza de azotes, no a violencias de algún hierro, no al rigor del fuego, sino en un leño”. Cristo, al abrir las puertas del cielo mediante su sacrificio, utilizó la insignia josefina como herramienta para alcanzar tal fin.⁴²⁹

En concordancia con lo anterior, Torres discurre que “nunca cesó Joseph de los oficios paternales que ejercitó con Jesús, nunca lo desamparó en sus necesidades, nunca le dio fastidio el trabajar para sustentarlo”. Por ende, Jesús no tiene queja alguna de san José. Por el contrario, sí se mostró quejoso en el Calvario al sentirse abandonado por el Eterno Padre. Pero, según el jesuita, dichas desazones se suscitaron en un momento oportuno:

Cuando Jesús se quejó al Padre que lo había desamparado fue en ocasión que estaba en la cruz. ¿Pues por qué no se quejó en la prisión? ¿Por qué no en los azotes? ¿Por qué no en los ultrajes y bofetadas? ¿Por qué no en la imposición de la corona de espinas sino en la cruz? Porque el madero de la cruz era instrumento del oficio de Joseph, recuerdo y memoria de sus paternales finezas, y de los maderos que labró para sustentarlo. Jesús se queja de Dios padre en un leño porque en él lo desamparó, y Joseph en los leños amparó a Jesús, trabajando en ellos para alimentarlo como a hijo. Y así quejarse Jesús del Eterno Padre cuando en el madero de la cruz tiene memorias de Joseph fue para consolarse, que

⁴²⁸ Antonio Manuel de Folgar, *Competencias de amor entre el Eterno Padre y san Joseph...*, p. 20.

⁴²⁹ Además, con este proceder, el Verbo encarnado se hizo de la segunda corona que portó en toda su vida terrena. La primera fue ceñida por la estrella betlemita, la segunda por los maderos de la cruz. Leños de inspiración josefina. Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, pp. 43 y 261.

cuando Dios padre lo había dejado en tanto desamparo, porque convenía, tenía para su consuelo las amorosas señales y tiernas memorias de Joseph, acordándose desamparado en un leño del amparo que tuvo en los leños de Joseph, su padre, siendo un leño recuerdo de otro leño; y el desamparo de un padre, memoria dulce del amparo de otro padre.⁴³⁰

Aunque no estuvo enmarcada dentro de la retórica dolorosa y fue mucho menos temeraria,⁴³¹ es imprescindible subrayar que esta apreciación favorable al Santo Patriarca en contraste con el Padre Eterno, tuvo antecedentes, una vez más, en las vanguardias sorjuaninas.⁴³² En su *Villancico VI* dedicado al santo, la monja jerónima ensambla una apuesta entre el Altísimo y san José, dejando en claro que aunque el carpintero es un

⁴³⁰ Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, pp. 380-381.

⁴³¹ Exceptuando la literatura de monjas y místicas, así como las lecturas feministas actuales, iniciadas en los 60's del siglo XX; tradicionalmente, la producción teológica ha sido un quehacer masculino. Aunque la teología era de su interés e inspiración, acorde con las pautas de género de la época, sor Juana se mantuvo al margen y no hizo obras de este corte. No olvidemos que la *Carta atenagórica* fue publicada sin anuencia de la jerónima, a expensas del obispo Manuel Fernández de Santa Cruz. La *séptima musa* no se consideraba apta para ahondar en temas teológicos y, además, escribía prudencialmente por temor a una persecución inquisitorial. No obstante, como es palpable en los villancicos josefinos, en su obra poética y dramática, sor Juana desarrolló ideas de profundidad teológica, las cuales revelan su gran erudición y elocuencia. Logró pues, con inteligencia y a su modo, arar en un terreno que tenía prohibido. Cfr. Gisela von Wobeser, *Vida de sor Juana Inés de la Cruz*, México, Academia Mexicana de la Historia-Secretaría de Educación Pública, 2021, pp. 38-40 y 63-64; Stefano Muneróni, "Hermenegildo in Mexico: Sor Juana and the Sacramental Shift", en *Hermenegildo and the Jesuits. Staging Sainthood in the Early Modern Period*, Suiza, Palgrave Macmillan, 2017, pp. 231-268; Olga Consuelo Vélez Caro, "Teología de la mujer, feminismo y género", en *Theologica Xaveriana*, núm. 140, Bogotá, Pontificia Universidad Xaveriana, 2001, pp. 545-563; Nuria Varela, "Teología feminista", en *Feminismo para principiantes*, México, Penguin Random House, 2020, pp. 314-316.

⁴³² Aunque es perentorio señalar que la resonancia de la idea de igualar o anteponer la paternidad y el amor de san José al concerniente a Dios padre, vino de tiempo atrás, si tomamos en cuenta lo dicho por el mercedario Manuel Martínez en su panegírico josefino de 1677. Infortunadamente, no tuvimos acceso a él, pero la investigadora norteamericana Charlene Villaseñor Black cita un fragmento del impreso zaragozano donde es evidente la enorme similitud que tiene, sobre todo, con el asunto planteado por Antonio Manuel de Folgar: "¿Qué diré yo de vos? ¿Diré que sois más padre de Cristo que el Padre Eterno? No. Pero podré decir, si la fe no me enseñara lo contrario, viendo lo que habéis hecho con Cristo, parece Cristo más hijo vuestro que del Padre Eterno". Por supuesto, no queda descartada la posibilidad de que el argumento tenga aun referentes más añejos. Incentivo relevante para una futura investigación. Véase Charlene Villaseñor Black, "Las imágenes milagrosas de San José en España y Sudamérica, las teorías del arte y el poder de la imagen en el siglo XVII", *Revista de Estudios Josefinos*, año XLVIII, núm. 95, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1994, p. 32.

humano, “se pone a cuentas” con la divinidad, la cual está gustosa de que éste se le equipare.⁴³³ En apacible disputa de coplas replicadas, donde al medir sus hazañas santas y varoniles vencerá quien dé y/o haga más, nuevamente, hay una exhibición de finezas, cuya dinámica es que la Omnipotencia da una lujosa concesión a san José a manera de pago y él la corresponde con un proceder igual de valioso como retribución. Así, Dios le dio por esposa a la reina del cielo y José reembolsó manteniéndola doncella; Dios conservó impoluta a María aun después del parto, José voluntariamente se mantuvo casto para concederle a Jesús una madre virginal; para compensarle el “servicio” anterior, la Omnipotencia le otorgó a san José por hijo a un dios, él respondió con una obediencia sin reproches; a cambio, Jesús se sujetó por completo al carpintero. Acercándose al cierre de la competencia, donde María es la moneda sustanciosa que va y viene, san José saca la carta de haber atesorado el decoro mariano “que es la mayor fineza para un celoso”; para ello, la divinidad le dio el beneficio de “asegararlo”,⁴³⁴ bien mayor para un reo de sospechas. La demostración final colinda con el usual discurso de género donde las mujeres son delineadas como propiedad y objetos de transacción masculina. Así, los contendientes quedan empatados al poseer por igual, aunque en distintas categorías, a la misma fémina inmaculada: “SJ: Yo te di, para madre, mi misma esposa / J: Yo, para esposa tuya, mi madre propia / Luego ninguna alcanza, pues en la cuenta, tanto vale la paga como la deuda”.⁴³⁵

Regresemos a las cuestiones acerbadas. Como reflexionaba Folgar, por su conducta incondicional en los momentos difíciles de la vida de Jesucristo, a costa de mucho sacrificio y anteponiendo el bienestar de los suyos, san José mostró una paternidad ejemplar, más “humana” que la ejercida por Dios padre. Es así que los esfuerzos josefinos también se representaron mediante la denominación de sus continuos *sudores*, los cuales engloban y codifican las expectativas clericales puestas en los patriarcas de familia. Tanto así que llegó

⁴³³ Alfonso Méndez Plancarte (ed.), *Obras completas de sor Juan Inés de la Cruz...*, p. 135.

⁴³⁴ Seguramente, la palabra proviene de la siguiente acepción de *seguridad*: “Significa también certeza o infalibilidad, que hace que una cosa no falte u engañe”. Es decir, que Dios le dio a san José la fortaleza suficiente para cumplir su proeza. Real Academia Española, *Diccionario de autoridades. Tomo VI (1739)*, [<https://apps2.rae.es/DA.html>] (Consultado el 14 de agosto de 2021).

⁴³⁵ Alfonso Méndez Plancarte (ed.), *Obras completas de sor Juan Inés de la Cruz...*, p. 137.

a postularse, en torno a la titularidad del Santo Patriarca como verdadero padre del Mesías, que Jesucristo siempre será “obra de la sangre de María y los sudores de san José”.⁴³⁶ Entonces, el mensaje diseminado desde el púlpito insiste en que procrear y extender dádivas no es suficiente. La paternidad siempre debe ir acompañada del empeño, la cercanía y el amor ilimitado.

La cita anterior insiste en la colaboración esencial de san José en la conformación humanada del Verbo. Por lo tanto, vistas las extenuaciones josefinas como primordiales en la empresa salvífica, no sorprenderá que éstas se tornasen en parte de la fisiología de Cristo. Disquisición paradigmática al respecto fue la ofrecida por fray Manuel de Bocanegra y Cantabrana, definidor de la provincia mercedaria de la Visitación, en su extenso parecer sobre el sermón josefino del doctor Lorenzo Fernández de Arévalo, canónigo de la catedral angelopolitana y juez designado para la fallida causa de beatificación del *lirio de Puebla*, sor María de Jesús Tomellín,⁴³⁷ panegírico dedicado zalameramente al obispo Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu y, de nuevo, aprobado por Eguiara y Eguren.

Bocanegra se explaya en elogios, empleando como medio para sus fines el cotejo del trabajo homilético de Fernández de Arévalo. Por tal razón, pretende demostrar el patrocinio que santa Rosa de Lima le debe a san José.⁴³⁸ Al abordar los desposorios místicos de la santa meridional, el mercedario afirma que “el agua que manó del sagrado costado de Jesús, no fue otra cosa que los sudores de señor san Joseph depositados allí”;⁴³⁹

⁴³⁶ Bernardo Clemente Sala, *Sermones de varias festividades y santos...*, p. 6.

⁴³⁷ Al respecto, véase Doris Bieñko de Peralta, “El *impasse* de una beatificación. El proceso de sor María de Jesús Tomellín (1597–1637), monja concepcionista poblana”, en Benedetta Albani, Otto Danwerth y Thomas Duve (eds.), *Normatividades e instituciones eclesíásticas en la Nueva España, siglos XVI-XIX*, Alemania, Max Planck Institute for Legal History and Legal Theory, 2018, pp. 239-251.

⁴³⁸ Los sermones aplaudidos y confrontados son el josefino, predicado en la traslación de las carmelitas descalzas al convento poblano de Nuestra Señora de la Soledad, y *La gana pierde del cielo. Elogio de santa Rosa de Lima*, publicado en el mismo año de 1749, referente a la fiesta que las agustinas recoletas le dedicaban a la santa austral. Lorenzo Fernández de Arévalo, *Universal patronato del gloriosísimo patriarca señor San Joseph...*, p. q.

⁴³⁹ Basándose en los saberes del “erudito Luata”. Desconocemos a qué autor hace referencia. Lorenzo Fernández de Arévalo, *Universal patronato del gloriosísimo patriarca señor San Joseph...*, p. n.

razonamiento bastante ingenioso, alusivo a las faenas paternas como vestigios palpables en toda progenie:

Cuando a uno le cuesta muchos afanes lo que come, suele decirse que se alimenta del sudor de su trabajo; pues como señor san Joseph estaba todo el día en el continuo afán de su trabajo, derramando sus sudores, para que de estos se mantuviera su querido hijo Cristo, cumpliendo con esto con la obligación de amoroso padre, el alimento de Jesús eran aquellos sudores, y *como estos se hallaban en la sangre y linfa que tenía como verdadero hombre*, al tiempo de la muerte de Cristo ocurrieron estas a su corazón como a patrocinarlo, y allí se hallaban los sudores de Joseph, con que abriendo el soldado en aquella celestial puerta dos fuentes, aquellos habían de salir como corrientes cristalinas. Y si esta sagrada puerta fue la que tocó el corazón de Rosa, era congruente que también la bañaran los sudores de Joseph, como patrocinada de tan soberano patriarca.⁴⁴⁰

Entonces, según estas cavilaciones, el cuerpo es testimonio fidedigno de lo obrado en el alma, una manifestación viva y exteriorizada de lo depositado en ella. La representación visual de los dolores josefinos, sin duda, fue compuesta como una reverberación de este postulado. Así lo vemos rodeado por ángeles melancólicos que sostienen las siete escenas bifásicas en pictóricos óvalos.⁴⁴¹ San José en *contraposto*, con las manos cruzadas sobre el pecho que acentúan la sensorialidad de su aflicción, eleva la mirada más allá del lienzo en busca de un poco de compasión celestial (**fig. 40**). El rostro josefino detallado en el óleo de considerables dimensiones sito en el Museo de El Carmen, junto con el resguardado en el

⁴⁴⁰ Cursivas nuestras. Lorenzo Fernández de Arévalo, *Universal patronato del gloriosísimo patriarca señor San Joseph...*, pp. n-o.

⁴⁴¹ En los óvalos de marcos garigoleados fue representada una selección de los dolores y gozos de san José, favoreciendo unas escenas por encima de otras, a causa de su complicada figuración. Por ejemplo, la acrimonia josefina ante el reinado de Arquelao, cedió su lugar al júbilo por encontrar al Niño debatiendo con los doctores. No obstante, llama sobremanera la atención que el suceso pintado como remate del lienzo, aquel sujetado por dos mofletudos angelillos, no coincide con ninguno de los episodios canónicos de las penas y alegrías del Santo Patriarca. Por la disposición de los personajes, tenemos la hipótesis de que se trata de *José y María pidiendo posada*, tipo iconográfico que concordaría con el dolor josefino al presenciar las incomodidades y carencias betlemitas de la Virgen y el Niño.

ex-convento de Acolman (**fig. 41**) y el que engalana el sagrario del retablo de la Dolorosa de la hacienda jesuita de Santa Lucia (**fig. 42**);⁴⁴² condensa con colores lo dicho mediante letras, armonizando con los parámetros lebrunianos en boga, es decir, la manifestación de las pasiones espirituales a través de la gestualidad facial.⁴⁴³ Así como el sudor mencionado por Bocanegra en alquímico proceso fue trasmutado de secreción, a causa de los afanes josefinos, en corporalidad crística; aquí las lágrimas, en “licuefacción mística”, son la materialización inmediata de las emociones alojadas en el corazón.⁴⁴⁴ Los ojos levantados, las cejas arqueadas y la boca con un *rictus* apesadumbrado, configuran los perfiles de la *tristesse* y el *mouvement de douleur*.⁴⁴⁵ Estamos pues frente a un rasgo elemental de esta propuesta de masculinidad donde es lícito el llanto inducido por las congojas del amor. En duplicidad iconográfica, sumada a la rememoración devocional de la septena agridulce, vemos la confección analógica del *Pater doloroso*. Un varón que exterioriza sus penas,

⁴⁴² Como se verá en las siguientes páginas, en las disertaciones sermocinales hubo una concatenación entre san José y el sacramento eucarístico en tanto representación de Cristo, quien estaba sujeto a la voluntad de su padre. Esta ligazón quizá enriqueció con un significado más profundo a esta pequeña tabla con los dolores de san José, la cual funge como puerta del tabernáculo.

⁴⁴³ Charles Le Brun, quien fue pintor de cámara de Luis XIV y director de la *Académie royale de peinture et de sculpture*, desarrolló una metodología pictórica divulgada a través de disertaciones, de las cuales destaca la *Conférence sur l'expression générale et particuliér* (1688), donde el artista asentó que las pasiones del alma eran perceptibles mediante el rostro. Como ha demostrado Paula Mues, la propuesta lebruniana tuvo fuerte resonancia en los pinceles novohispanos dieciochescos, tanto en la disposición de posturas corporales como en la configuración de emociones vueltas gestos faciales. No obstante, como bien señala la investigadora, las representaciones alusivas a la *tristeza* y el *llanto*, debemos considerarlas en un contexto más amplio, puesto que se retroalimentaron de una luenga tradición en la historia del arte occidental. Para ahondar más al respecto, véase Paula Mues Orts, *El pintor novohispano José de Ibarra: imágenes retóricas y discursos pintados*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de doctorado en Historia del Arte, 2009, pp. 295-342; Paula Mues Orts, “Pintura ilustre y pincel moderno. Tradición e innovación en la Nueva España”, en *Pintado en México, 1700-1790: Pinxit Mexici*, Los Ángeles County Museum of Art-Fomento Cultural Banamex, 2017, p. 65-66.

⁴⁴⁴ Véase Jorge Luis Merlo Solorio, “Esculpido por tribulaciones y profecías asombrosas...”, pp. 19-21.

⁴⁴⁵ Si bien, la expresión facial de san José no parece ser préstamo fiel de los prototipos lebrunianos, tal y como sí fueron trazados en los lienzos de José de Ibarra y su círculo cercano, sugerimos que comulga con la innovada narratividad de las experiencias emocionales de lo divino, manifiesta tanto en la oratoria sacra como en la pintura del último tercio del XVII y durante el largo siglo XVIII. Véase Charles Le Brun, *Méthode pour apprendre à dessiner les passions...*, Amsterdam, Imprenta de François van der Plaats, 1702, pp. 22-23, 121 y 153.

donde cada lágrima vertida certifica su amor sacrificial. Si bien, no estuvo como María a los pies de la cruz en el Gólgota, lloró todo su dolor con anticipación, al mecer conscientemente entre sus brazos, día con día, al futuro cadáver.

Para continuar es indispensable complementar las variantes emocionales de san José según la oratoria, así como sus procederes adjuntos. Hemos reconocido en los mensajes correlativos de las retóricas escrita y visual, las hondas concomitancias del amor y el sufrimiento. Sin embargo, la paternidad y la demostración de los afectos, junto con las implicaciones del sustento diario, la educación y el vínculo cordial, van más allá de una benevolencia absoluta o meramente enternecedora, sobre todo, si recordamos las funciones didáctico-moralizantes congregadas en las mediaciones religiosas: la *imitatio* y el acato de los dictámenes divinos por parte de la grey. En sucintas palabras, san José da su amor a manos llenas pero no se trata de un amor condescendiente. Reconozcamos lo dicho a través del sevillano Antonio Delgado y Buenrostro, miembro de la comitiva que arribó a Puebla junto con Juan de Palafox y Mendoza,⁴⁴⁶ en su prédica para honrar la abogacía josefina contra las tempestades que aquejaban a la ciudad de los ángeles.

Desde la salutación, al panegirista le congratula que en el Santo Patriarca recaiga la tarea de “mantener nuestras vidas como el castigar nuestras culpas”.⁴⁴⁷ Es así que en su tentativa por imbricar las singularidades de Jesucristo/eucaristía con el carpintero de Nazareth, trae a colación los jeroglíficos egipcios y las consignas del profeta Ezequiel para trazar una metáfora donde san José es un sol que porta entre sus manos, las espigas provechosas del “pan consagrado del altar” y los rayos atroces de las tormentas. Así, en la diestra, lleva el sustento que nutre y da vida, merecido sólo “si nos halla beneméritos”; en la siniestra, estragos para castigar y corregir “si nos reconoce indignos”.⁴⁴⁸ Cristo mismo es

⁴⁴⁶ También se desempeñó como secretario del obispo Juan García Palacios cuando éste asumió la mitra de La Habana. Véase José Mariano Beristáin y Souza, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, tomo I, p. 379.

⁴⁴⁷ Antonio Delgado y Buenrostro, *Demostración alegórica del esclarecido patriarca señor san Josef...*, Sevilla, Imprenta de Tomás López de Haro, 1680, p. 7.

⁴⁴⁸ Por supuesto, estas diferenciaciones están cimentadas en la semántica de las *dicotomías estructurales del cristianismo* que explicamos en la introducción: “en la diestra se asegura la dicha del beneficio y en la siniestra se labra la infelicidad del desastre; porque es la diestra símbolo del

simbolizado como grano de trigo y rayo de fuego dentro del vientre materno, del cual dispone san José por vía matrimonial “para nuestro provecho o nuestro daño”. Siguiendo a Isidoro de Isolano, Delgado y Buenrostro señala que, estratégicamente, el Santo Patriarca en tanto padre nutricio de Jesús, lo asistió en todo momento para “en todas valernos” como nuestro perenne intercesor frente al dios humanado, “recabándonos su piedad y apagándole su ardor, porque como es pan que sustenta, es fuego también que abrasa”.⁴⁴⁹

Estas cualidades de Cristo hermanadas con los procederes de la divinidad veterotestamentaria, las cuales lo definen como un regente cuyas leyes pueden ser brutales, procelosas, pero siempre justas; le son conferidas a san José en tanto cabeza de familia a quien el Verbo está sujeto, aquel que debe cumplir con el rol de mando de toda figura patriarcal. Así, el fuego descrito no se limita a una analogía unidimensional de la caridad, más bien, habla de la faceta dual de ésta, donde merecen cariño desafortunado los probos y punición total los descarriados. Lo anterior no genera contradicción respecto al amor paterno. De hecho, lo ejemplifica con mayor nitidez. Castigar pues es una forma de amor proveniente de quien procura que retorne al redil. Entonces, san José, e idealmente cualquier patriarca, da sin reservas a quien lo merece, pero si es necesario aplicar un drástico correctivo con miras a enderezar, él es el indicado para hacerlo. Y lo ocasionado en Puebla por las recias tormentas, confirma la pauta divergente a juicio de san José: o el agua, cual maná del cielo cuyo acceso pende de los brazos josefinos, alivia y da abundancias; o concita un desastre natural, provocando rayos similares a una vara como la que el carpintero empuña, la cual se apresta para reprender a golpes. Siendo san José el *justo por antonomasia*,⁴⁵⁰ todo lo hará acorde con un balance firme. Los rayos serán para los rectos

premio y la siniestra sombra del castigo”. Antonio Delgado y Buenrostro, *Demostración alegórica...*, pp. 7-8.

⁴⁴⁹ Antonio Delgado y Buenrostro, *Demostración alegórica...*, p. 8.

⁴⁵⁰ *Justo por antonomasia* fue un mote común en la josefología de este periodo histórico, extraído vía exégesis del adjetivo que san Mateo le otorga a san José en su evangelio (Mt 1, 19). Dicha categorización la podemos encontrar en varios sermones de nuestro corpus. Véase Manuel de Santa Teresa, *El plectro más excelente de la lira más acorde...*, México, Imprenta Real del Superior Gobierno de los herederos de la viuda de Miguel de Rivera, 1731, p.7; Julián Gutiérrez Dávila, *Deseos de san Joseph cumplidos...*, México, Imprenta de Joseph Bernardo de Hogal, 1740, p. h; Matías de

“picos de oro acrisolado, conque los ilustra”; para los desviados “puntas de hierro encendido, conque los aflige”. Por consiguiente, la vara de almendro florido, símbolo de su elección como esposo de María, simultáneamente, funge como dos artefactos para la impartición de justicia: “vara, para corrección de los malos; báculo, para sustento de los buenos”.⁴⁵¹

Por cincelar a san José como un padre sin parangón, resulta coherente que en los sermones resonase la consigna dúplice de amar y escarmentar⁴⁵² como parte de un mismo proceder edificante. Bajo esta premisa, al concluir su predicación, Andrés de Arce y Miranda imprecava a lectores y escuchas, insistiéndoles que en su mayoría de edad, muchos varones “malos y perversos” hubieran tenido destino diferente si en su niñez, tal como san José hizo con Cristo, los padres los hubiesen colmado con “buenos ejemplos de humildad, pureza, castidad y templanza”. Pero la conducta santa, ejemplar, no es suficiente para encauzar a los retoños. Tampoco ayuda un afecto blandengue e indulgente. Para moldear hombres de provecho y evitar lamentaciones postreras es factible el correctivo y la severidad. Curiosamente, el panegirista no lanza su reprimenda final a los padres sino a las madres, quienes malcrían a los hijos al solaparles sus tropiezos y mimarlos en exceso, haciendo de ellos frutos podridos: “Pero cuán lejos están de hacer esos injertos las madres, que en lugar de corregir a los muchachos mal inclinados, les fomentan sus malas inclinaciones, dándoles pábulo, o con su disimulo, o con su desordenado cariño. ¡Ea, que eso no es amor! ¿Cuánto mejor les está ahora a los muchachos el azote y el castigo, que es un mal ligero, que no después el castigo de una cárcel y la infamia de una horca, que es mal gravísimo, y lo que es más, la condenación de sus almas en el infierno, que no tiene ponderación?”⁴⁵³ Al reprender en específico los almíbares dañinos de las madres, de cierta manera, se da por

Esquerra, *Sermón que en la festividad del patrocinio de San Joseph...*, p. b; Blas de Plasencia, *Sermón panegírico que mira al gloriosísimo patriarca Señor San Joseph...*, p. 26.

⁴⁵¹ Antonio Delgado y Buenrostro, *Demostración alegórica...*, p. 21.

⁴⁵² Según la acepción que define *escarmentar* como “imponer o aplicar un castigo a alguien, o corregirlo con rigor por haber cometido una falta”. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, [<https://dle.rae.es/escarmentar?m=form>] (Consultado el 26 de agosto de 2021).

⁴⁵³ Andrés de Arce y Miranda, “El injerto de la gracia...”, p. 144.

sentado que la rigurosidad es inherente a los patriarcas, cuyos afectos hacia su progenie son aleados con el cargo de obrar con mano dura.

Bajo estos parámetros, queda claro que el *disciplinar* es un acto de amor verdadero. Por lo tanto, ceñido a la percepción epocal que concebía las hecatombes como una reacción causa-efecto por el pecado colectivo, la desatención a los compromisos píos y/o la relajación de las costumbres; Delgado y Buenrostro entiende que las tempestades que golpeaban al territorio angelopolitano eran benevolentes y misericordiosas reprensiones, mediante las cuales san José, en tanto patrono, “nos favorece con lo que nos disciplina y nos beneficia con lo que nos angustia: siendo en los buenos merced lo que en los malos apremio”.⁴⁵⁴ Es así que cada quien recibirá lo que merece acorde con su desenvolvimiento moral.

En sintónica y acrecentada forma, no olvidemos que la patriarcal Omnipotencia, representada en el Antiguo Testamento como fúrica e impasible, es afecta a extremas pruebas y cruentos correctores sobre sus creaturas desobedientes. De no ser por el cobijo josefino y el sacramento eucarístico, a decir del canónigo hispalense, las lecciones impartidas desde lo alto hacia la urbe poblana serían de una intensidad superior, viéndose envuelta con “diluvios de llamas”. No obstante, san José, simbolizado en el arcoíris que intermedia entre Dios y la humanidad, logra que el Altísimo aligere sus ímpetus. Así lo expresa el propio Cristo mediante el recurso retórico del dialogismo:

¡Oh, cuántas veces la ira divina está ya para fulminar contra nosotros los rayos, que en su mano puso nuestra iniquidad, y al ver este arco de José atravesado en las nubes de su indignación, se modera el furor de su justicia! ¡Oh, mal hombre (dice Dios, Júpiter no fabuloso, vibrando rayos y estallando iras)! Aguarda, aguarda, que allá va este rayo. ¡No temes! ¡Pero qué miro! Aquel es mi arco, mi padre José, que armado de mi cuerpo consagrado, tuerce e inclina hacia mí las flechas convertidas en actos jaculatorios y súplicas paternales conque me apacigua y desenoja (Eso demuestra el iris material doblado y vuelto hacia el

⁴⁵⁴ Antonio Delgado y Buenrostro, *Demostración alegórica...*, p. 20.

cielo. Como que asesta a él la puntería) Depongo mi enojo, que se pone mi arco.⁴⁵⁵

Entonces, en la homilética josefina, el adiestramiento de la grey no admite confusiones. La jerarquía familiar, sagrada y mutua para el cielo y la tierra, no está puesta a discusión: los hijos son subalternos del padre. En sus facultades de mandamás, taxativamente, él ordena y es obedecido; además, evalúa los procederes de los suyos y actúa en concordancia. Esta lógica aplica para la divinidad respecto de sus creaturas como para el mismo Dios Hijo en relación con sus dos padres. Entonces, ante una cadena de mando irreversible, los subordinados siempre estarán urgidos de superiores que amainen la cólera de aquellos a quienes pueden constreñir por ser sus inferiores inmediatos. Como la vulnerabilidad es la constante en este organigrama desigual, son precisos valedores que eviten las catástrofes advertidas: “¿Temes, católico, los trabajos de la vida? ¿Temes que Dios te castigue como lo mereces? Pues en Joseph tienes padre y patrono que temple las iras justas de Dios, para que no te castigue sino te favorezca”.⁴⁵⁶

Estas conductas paterno-filiales son connaturales de José y Jesús. Tanto así que, incluso, eran reconocibles y/o atribuibles a la cultura visual de la época que nos ocupa mediante lo que Bernarda Urrejola define como *prédica a los ojos o sermón en imágenes*.⁴⁵⁷ Para evidenciarlo, recurramos a la écfrosis de Joseph de Barcia y Zambrana, obispo de Cádiz y Algeciras, cuya obra cardinal, el *Despertador cristiano*, tuvo gran difusión en la cristiandad hispánica.⁴⁵⁸ Mediante una estrategia mnemotécnica, estimulando la curiosidad de sus

⁴⁵⁵ Antonio Delgado y Buenrostro, *Demostración alegórica...*, p. 14.

⁴⁵⁶ Joseph de Barcia y Zambrana, “Sermón décimo tercio y sexto del patrocinio de señor san Joseph...”, en *Despertador cristiano...*, Madrid, Imprenta de Francisco Laso, 1727, p. 115.

⁴⁵⁷ Se trata de una estrategia dialéctica, activada con la confluencia de mediaciones al interior de los templos: “por una parte, los episodios narrados en los sermones encontraban un soporte figurativo que les otorgaba realismo; por otra, las pinturas y esculturas que el público asistente podía ver en la iglesia, cobraban vida y sentido con la predicación, que las explicaba y revivía una y otra vez”. Bernarda Urrejola Davanzo, *Retórica sagrada y representación de la monarquía católica en Nueva España (1621-1759)*, México, El Colegio de México, tesis doctoral en Historia, 2013, p. 108.

⁴⁵⁸ Cabe mencionar que el *Despertador cristiano* tuvo fuerte presencia en las bibliotecas novohispanas. Véase Verónica Zaragoza, “Sobre el modo de predicar según el padre José de Barcia y Zambrana”, en María Isabel Terán Elizondo y Marcelino Costa Alonso (eds.), *Cultura novohispana. Estudios sobre arte, educación e historia*, México Universidad Autónoma de Zacatecas, 2006, p. 239.

interlocutores, el orador alude a la iconografía josefina: “No sé si habréis reparado en la imagen de nuestro santo. ¿Cómo le pintan? Ya se ve: un varón venerable que lleva de la mano al Niño Jesús. ¿De qué mano? De la izquierda, que así le llevaba en vida, dice Isolano (...) ¿Por qué le llevaba así?”. El presbítero malagueño despliega las respuestas usuales: por respeto, colocándose a la izquierda de Jesús y María; para hacer patente su posición en la trinidad terrestre; para visibilizar su labor como padre del Verbo; “o para significar la singular excelencia de Joseph, que cuando a los demás justos los tiene Dios de su mano, Joseph tiene de su mano a Dios”. Antes de externarnos su propia interpretación, Barcia y Zambrana recuerda la operatividad de las manos celestiales según san Agustín. De acuerdo al tagastino, la diestra sirve para la misericordia, mientras que la siniestra es justiciera. Con una beneficia, con la otra escarmienta. Teniendo en cuenta dicha glosa, ya con un lente instruido, el predicador nos invita a reconocer las sutilezas de los lienzos josefinos:

Pues ahora, mirad con esta consideración a Joseph. ¿Qué hace? Tiene con su mano la izquierda de Jesús, dejando libre su diestra. Qué es esto sino decir: Niño mío, dos manos tenéis para los hombres, la diestra de la misericordia para hacerles beneficios y la siniestra para castigarlos con justicia. Pues de estas dos manos os dejo la diestra libre para favorecerlos, pero la izquierda la he de tener asida para no dejar castigarlos; que si me llamáis padre y como a padre me honráis, uso de la autoridad de padre para patrocinar a los hombres, deteniendo la mano de vuestra justísima indignación para que no los castigáis.⁴⁵⁹

Teniendo como marco de referencia lo observado sobre el amplio espectro de la asistencia josefina, su profuso amor dolorido que nunca se detuvo y la agencia patriarcal que lo convierte en un justiciero que castiga o premia según sea el caso; indudablemente, podremos ver y/o leer con otros ojos, la compleja intimidad entre san José y Dios Hijo. Cuando avistemos los entendimientos teológicos o lo pincelado por los artistas sobre la cercanía de ambos personajes, es necesario que tengamos en consideración las polisémicas implicaciones de las miradas intercambiadas, los abrazos y caricias, los arrullos y las manos

⁴⁵⁹ Joseph de Barcia y Zambrana, “Sermón décimo tercio y sexto del patrocinio de señor san Joseph...”, p. 115.

que se entrelazan. Dichas manifestaciones afectuosas sobrepasan al mero agasajo y la experiencia de una cotidianidad afable. Intrínsecamente, provocaron en san José un dolor agónico e ininterrumpido, mismo que lo hizo digno de las mayores ponderaciones desde una cultura cristiana que celebra las penurias; valoración tan enraizada en el rubro de las mentalidades que, aún hoy en día y en el plano secular, el cancionero popular confirma cual aforismo que *amar es sufrir*.⁴⁶⁰

Mediante la imbricación de sus afectos se labró una representación santificada de la médula patriarcal, la cual se arroga las tareas y capacidades de vigilar, adiestrar, proteger, sustentar, corregir y castigar como fragmentos de su vena ontológica, encapsulados todos ellos mediante la membrana del amor. Aunando a la ecuación estas singularidades, reconoceremos lo inusitado del nexo entre ambos entes. Al añadir la contracara y complemento de los intercambios melosos que expusimos en torno al *san José de la ternura*, queda descrita la noción íntegra del amor patriarcal depositado en san José, amor inmanentemente poderoso. Para corroboración de esta amplitud de significados, baste citar la interrogación del panegirista: “¿Quién con esto podrá dudar que eres el protector de todo el mundo y que tal vez tú lo sostienes, conteniendo entre amorosos abrazos al juez airado que quiere destruirlo?”⁴⁶¹

En un mismo gesto tantas posibilidades. Conviven pues un infante que congrega las potencias tremeundas de la divinidad veterotestamentaria -presto a manifestarse en pro o en contra de sus creaturas-, con el indefenso que necesita sobremanera de los cuidados de su padre. Conviven el patriarca preocupado y sufriente pero, a la vez, regocijado y en

⁴⁶⁰ Evidentemente, nos referimos a *Amar y querer* del compositor español Manuel Alejandro, inmortalizada por el intérprete mexicano José José. Si bien, la canción es de tinte romántico, llama la atención la definición de un amor virtuoso que es compungido por inherencia. Desapegado de los aspectos carnales, tildados implícitamente como banales, rayanos en lo pecaminoso; el amor, cuasi espiritual, es sempiterno, celestial, luminoso, pleno, “es la gloria y la paz”. Cercano a las sentencias paulinas (1 Cor 13, 4-13), “el que ama pretende servir (...), su vida la da (...), todo lo da” y no rehúye al sufrimiento. Esta descripción de los valores del amor, estrenada en 1977 y exitosa hasta la fecha, poco dista de aquel amor santo del carpintero de Nazareth. Hecho plausible al compartir la misma matriz cultural, de profundo arraigo en la cosmovisión cristiana.

⁴⁶¹ Joseph Atanasio Díaz y Tirado, *Sermón panegírico que en la plausible y festiva imperial coronación...*, p. g.

éxtasis lloroso por su contacto con lo ultraterreno, con un hombre todopoderoso que sofoca la fogosidad de su hijo, salvaguardando y encaminando a sus devotos. Toda esta abundancia de significados cifrados en el mismo apapacho.

Capítulo III

La divinización patriarcal: la superioridad josefina por ser hombre

I.- San José, poderoso por ser esposo (mujeres como pertenencia masculina)

1. Ser varón: consustancialidad de mandato y dirigencia

(Discurriendo sobre quién debía ser el digno conyugue y soporte de María) En aquellos tiempos sólo Joseph; ¡pero qué digo en aquellos tiempos! Si resucitaran todos los hombres que han muerto desde Adán hasta hoy y formaran un congreso público en compañía de los presentes y los por venir, dice el Milanés, a vista de todos y entre todos, sólo fuera elegido señor san Joseph para ser digno esposo de María santísima y, consiguientemente, instrumento de la prudencia divina que puso este medio.

Francisco Lino de Guzmán y Prado⁴⁶²

Comencemos mapeando un principio ordenador: la imposibilidad de la equidistancia. Para los siglos que esta investigación abarca -y perpetuándose insistentemente hasta nuestros días-, la infravaloración de lo femenino frente a lo masculino era categórica. Retroalimentándose con las causales bíblico-teológicas divulgadas reiteradamente desde el púlpito, hubo otras justificaciones para afianzar la supeditación del orbe mujeril. Extraídas del orden natural, es decir, avaladas por un acercamiento analítico a la biología humana,

⁴⁶² Francisco Lino de Guzmán y Prado, *Ejemplar de prudencia e instrumento de la prudencia...*, México, Imprenta de la viuda de Joseph Bernardo de Hogal, 1749, pp. 16-17.

éstas se avenían con los discursos moralizantes al definir los cuerpos, sus comportamientos y tendencias, desde una configuración predeterminada, haciendo eslabones de una misma cadena a la Providencia, la naturaleza, el equilibrio cósmico y la distribución del cuerpo místico de la Iglesia.

A propósito, es revelador el opúsculo de fray Andrés de Valdecebro, “uno de los más eruditos y laboriosos que han pisado el reino de México”, quien habitó durante quince años en Nueva España, ejerciéndose como lector de teología en el angelopolitano colegio de San Luis.⁴⁶³ Dando continuidad a unas reflexiones filosóficas planteadas por Aristóteles, respaldado en la teoría humoral hipocrática, en *El porqué de todas las cosas*, el dominico se da a la tarea de ofrecer respuestas concisas a algunas interrogantes sobre la constitución de mujeres y hombres, enfatizando cómo de origen, los varones poseen mayores cualidades que las féminas. Por ejemplo, anclándose en una antigua percepción, explica que el alma es depositada en un varón a los cuarenta días, ya que para entonces es un “embrión perfeccionado”; a diferencia del caso femenino, que debe esperar hasta los ochenta días, “por ser muy débil y flaco, y por serlo, se forma mujer”.⁴⁶⁴ Bajo esta sistematización que divide los rubros de lo masculino y lo femenino, distinguiendo como fuerte y dinámico al primero, y en contraposición, endeble y pasivo al segundo; la complexión de los hombres es mayor “porque la sustancia del hombre es más eficaz, viva y poderosa; la de las mujeres, flaca, débil y poco activa, que de eso nace, porque nacen mujeres”.⁴⁶⁵

Entonces, lo femenino careado ante lo masculino es deficiente por antonomasia, algo que no llegó a concretarse positivamente, y por ineptitud, siempre propenso al error.

⁴⁶³ Por cierto, Valdecebro también dedicó sus ingenios para alabanza de san José, ya que en Veracruz, en 1654, pronunció un sermón en su honor. Véase José Mariano Beristáin y Souza, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, tomo III, p. 217.

⁴⁶⁴ Sanedrio Rifer de Brocaldino (pseudónimo de Andrés de Valdecebro), *El porqué de todas las cosas*, Madrid, Imprenta de Andrés García de la Iglesia, 1668, p. 1v. *La temporalidad del desarrollo embrionario y la presencia del alma es una tesis aristotélica de luenga vigencia, revisada por pensadores como el Aquinate y aún discutida en nuestros días en torno a los debates sobre el derecho femenino al aborto. Véase Horst Seidl, “Sobre el alma racional en el embrión humano según Aristóteles, Alberto Magno y Tomás de Aquino”, en *Espíritu. Cuadernos del Instituto Filosófico de Balmesiana*, año 44, núm. 112, España, Editorial Balmes, 1995, pp. 157-168.

⁴⁶⁵ Sanedrio Rifer de Brocaldino, *El porqué de todas las cosas*, p. 4r.

Dicha divergencia se ilustra con creces en el siguiente cuestionamiento: “¿Por qué dicen que es monstruo la mujer, siendo criaturas tan hermosas las más? Porque nace de defecto de la materia generante, que la naturaleza siempre se inclina a la generación del hombre, que es lo más perfecto, con que nace contra el orden de la naturaleza, de imperfección, y por eso se llama varón imperfecto”.⁴⁶⁶ Ya en tenor moral que, como podrá notarse, no se despega del carácter natural puesto que se asumen parte de una realidad conjunta, el fraile especifica por qué las mujeres son tardas para apegarse a lo bondadoso y raudas para toda maldad: “porque todo semejante ama a su semejante, lo malo le inclina por lo imperfecto, y lo bueno por lo perfecto no le asienta”.⁴⁶⁷

Cobra sentido que aquello alineado con lo minusválido o repudiable sea *feminizado*. Por ejemplo, según Valdecebro, los judíos menstrúan por castigo divino⁴⁶⁸ y los hermafroditas, para salvar su ambigüedad sexual, se inclinan “al uso de varones” porque la naturaleza tiende hacia la perfección.⁴⁶⁹ Así, ser hombre es definición de más y mejor, de completud y condición virtuosa. Y todo ello se ve reflejado en la creación, obra magnífica de la divinidad; con mayor ahínco en el varón, quien fue modelado a imagen y semejanza del Altísimo.⁴⁷⁰

⁴⁶⁶ Si bien, Valdecebro coloca a las mujeres en minusvalía biológica frente a los hombres, les concede el poseer una belleza superlativa, a consecuencia de sus cualidades humorales. Ellas son más agraciadas porque “se purifican de la humedad y superfluidades con la menstrea. Y porque son más cálidas que los hombres, que el calor hace apacible y más blanda la tez”. Sanedrio Rifer de Brocaldino, *El porqué de todas las cosas*, p. 8 r.

⁴⁶⁷ Sanedrio Rifer de Brocaldino, *El porqué de todas las cosas*, p. 8v.

⁴⁶⁸ Al igual que las mujeres, los judíos son clasificados por el dominico como *monstruos*: “un pecado de naturaleza, con que por defecto o sobra, no adquiere la perfección que el viviente había de tener”, según la definición del Diccionario de Autoridades. A grado tal que, supuestamente, existía un “linaje de hebreos” que nacían con rabillos. Sanedrio Rifer de Brocaldino, *El porqué de todas las cosas*, pp. 9v y 11v; Real Academia Española, *Diccionario de autoridades. Tomo IV (1734)*, [<https://apps2.rae.es/DA.html>] (Consultado el 01 de septiembre de 2021).

⁴⁶⁹ Sanedrio Rifer de Brocaldino, *El porqué de todas las cosas*, p. 12v.

⁴⁷⁰ A la sombra de estos razonamientos, la superioridad masculina es tangible en su corporalidad, en tanto que representa un microcosmos de la creación perfecta, espejo de la divinidad. Por ejemplo, según el fraile dominico, los varones cuentan con más dientes que las féminas. La razón: “porque tienen más calor natural, mejor sangre y porque son más perfectos que las mujeres”. Aunque en el Siglo de las Luces cayó en desuso la teoría humoral donde descansó parte de la diferenciación sexual, las innovadas expresiones de lo anatómico continuaron con una jerarquización que privilegiaba a los varones sobre las mujeres. Verbigracia, ya en el siglo XIX, se

Estos principios de la desigualdad sexual colindan con las prescripciones moralizantes sobre los roles maritales, es decir, la definición clerical de cuáles son las competencias propias de cada cónyuge al interior del hogar, siendo María y José los paradigmas inalcanzables. Al comprenderse la supremacía masculina como volición y reflejo celestial, la normativización de las diferencias entre hombres y mujeres superan las decisiones sociopolíticas, ya que se inscriben en el ámbito de lo innato. Son pues *naturales*. Para indagar sobre lo dicho, *La familia regulada* del franciscano Antonio Arbiol nos será de mucha ayuda, ya que fue un impreso adoctrinante bastante socorrido en lo tocante a la moral católica.⁴⁷¹ Publicado por vez primera en 1713, hasta 1805 contó con al menos veinte ediciones,⁴⁷² las cuales prosiguieron durante todo el periodo decimonónico. De 1925 data

afirmaba que el desarrollo femenino se detuvo en un “estadio evolutivo inferior”. De hecho, los craneólogos traían a colación las dimensiones de la cabeza como “medida objetiva de la inteligencia o razón natural”. Así, al detener su desarrollo a una edad temprana que les impedía alcanzar una plenitud óptima, el cuerpo de las mujeres era asimilado con el de los infantes. En nuestra época, los avances médicos aún no se desprenden del todo de condicionantes y prejuicios de género, tal y como lo evidencian las investigaciones en torno al dimorfismo sexual cerebral. Si bien, se distancian de la corrosividad decimonónica que asentía que una mujer con inteligencia superior a los hombres era tan excepcional como el nacimiento de un “gorila con dos cabezas”, continúan repitiendo estereotipos que colocan a las mujeres en condiciones de desventaja “natural” frente a los hombres. Véase Sanedrio Rifer de Brocardino, *El porqué de todas las cosas*, p. 28v; Londa Schiebinger, “Más debajo de la piel: la búsqueda científica de la diferencia sexual”, en *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*, Madrid, Cátedra, 2004, pp. 275-306; Gina Rippon, *Gender and Our Brains. How New Neuroscience Explodes the Myths of the Male and Female Minds*, New York, Pantheon Books, 2019, pp. 21-39.

⁴⁷¹ La obra estuvo presente en las estanterías virreinales tal y como lo testifica el acervo del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México, el cual conserva nueve ejemplares de la misma. Incluso, un libro de 1715, contiene marcas de fuego del convento de los dieguinos de Tacubaya, del colegio apostólico de San Fernando y del Convento Grande de San Francisco. En caso de haber llegado a suelo novohispano en la fecha de su impresión, a tan sólo dos años de la edición príncipe, podemos avistar que estaban en sintonía los postulados edificantes de los franciscanos novohispanos y peninsulares. Véase Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, Zaragoza, Imprenta de los herederos de Manuel Román, 1715 [https://catalogo.iib.unam.mx/F/5P68QLQ2H27IJH53IFETYX3F9QLYGC3TE5B6H7N6P373REJVH-14617?func=full-set-set&set_number=010170&set_entry=000006&format=999] (Consultado el 01 de septiembre de 2021).

⁴⁷² Daisy Rípodas Ardanaz, “Una versión literaria de *La familia regulada* de fr. Antonio Arbiol en la Córdoba finicolonial: el teatro y los diálogos de Cristóbal de Aguilar”, en *Revista Teología*, núm. 57, Buenos Aires, Pontificia Universidad Católica Argentina, 1991, p. 70.

la última impresión de la cual tenemos noticia.⁴⁷³ Sin duda, la demanda del texto atestigua la afinidad preponderante y diacrónica de sus postulados en las mentalidades cristianas.

La obra, además de elogiar el sacramento marital, funge como un extenso manual para la conducta idónea de los consortes, donde se especifica el correcto trato que deben profesarse entre ellos, así como con todos los habitantes de su morada, siendo la casa nazarena el ejemplo máximo a seguir. Si bien, el mamotreto en su conjunto está colmado de la narrativa de la subordinación femenina y la primacía masculina, el capítulo intitulado “De la sujeción y afectuosa obediencia que debe tener la mujer a su marido, y cuánto debe complacerle, estimarle y honrarle”,⁴⁷⁴ es aquel que congrega las pautas medulares del discurso teologal, mismas que empatan con el determinismo biológico que expusimos párrafos atrás.

Como testimonio fundacional, transhistórico, a raíz de su gestación secundaria mediante la costilla de Adán⁴⁷⁵ y por su desobediencia en el Edén,⁴⁷⁶ en Eva quedó representada la inferioridad femenina y la justa supeditación a los hombres.⁴⁷⁷ “Para dejarnos qué llorar fue la primera mujer del mundo”, quien ante su grave pecado, Dios la sentenció a vivir por siempre sujeta a su marido: “él te mandará y tendrá dominio sobre ti y tú vivirás bajo su potestad”.⁴⁷⁸ El enfoque organicista de la Iglesia junto con las disposiciones paulinas en materia conyugal, vistas cual corroboración de lo prevenido por el Todopoderoso, son el otro bastión común donde se hinca la desigualdad entre consortes. De tal forma que el apóstol de los gentiles conmina a las casadas a “que no se hagan

⁴⁷³ Véase Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, Madrid, Apostolado de la Prensa, 1925.

⁴⁷⁴ Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, Madrid, Imprenta de Antonio Pérez de Soto, 1778, p. 66.

⁴⁷⁵ De hecho, con todas las implicaciones que conlleva la enunciación, es el mismo Adán quien antes de imponerle el nombre de *Eva* a su compañera, la denominó como *Hembra* al reconocer que ella fue un ser creado a partir del hombre. Véase Gn 2, 23-24 y Gn 3, 20.

⁴⁷⁶ Véase Jorge Luis Merlo Solorio, “A la sombra de un marido...”, pp. 140-142.

⁴⁷⁷ La sentencia dictada a Eva, poco cuestionada por su carácter axiomático y convertida en condicionante heredada a todas las mujeres, tornándolas en depositarias de un mal primigenio que las impele hacia el pecado y el cual deben pagar; ha sido uno de los históricos causantes de la denostación femenina, traducida en múltiples ocasiones como actos de violencia. Véase Esperanza Bosch, Victoria Ferrer y Margarita Gili, *Historia de la misoginia*, Barcelona, Anthropos, 1999, p. 26.

⁴⁷⁸ Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, p. 66.

doctoras, sino que estén sujetas a su varón, conforme a la divina ley”;⁴⁷⁹ así como Cristo gobierna a la *ecclesia* por ser su cabeza, en analogía, las mujeres deben someterse a los varones quienes hacen las veces de regentes de su propio espacio vital;⁴⁸⁰ al reconocer su colocación subyacente, a las féminas les corresponde el silencio como máxima divisa.⁴⁸¹ En suma, “no se le ha de permitir a la mujer mande más que su marido, ni quiera dominarlo en todo, sino que debe obedecer y callar”.⁴⁸²

La reconfiguración josefina en la época moderna fue engarzada con estos preceptos. Por ello, Arbiol encuentra en el recinto nazareno, la intachable puesta en práctica de las ordenanzas divinas. Verbigracia, si Dios “para lo que importa inspira regularmente a la cabeza”, lógico fue que a san José se le diesen las indicaciones del escape a Egipto, quedando para María el ejercer una “obediencia puntual”, a sabiendas de que su voluntad y destino recaen en las manos de su marido.⁴⁸³ Entonces, la Virgen dio cátedra a todas las casadas al “honrar, estimar, obedecer, asistir, amar, obsequiar, complacer y servir a su esposo en esta vida mortal”, portándose siempre honesta, recatada, hacendosa y trabajadora. Al cumplir cabalmente sus tareas, hizo del carpintero un hombre inigualablemente afortunado, siendo su hogar el más feliz del mundo habido y por haber.⁴⁸⁴ A decir del franciscano, este cúmulo de cualidades describe a una *mujer fuerte*, cuyas indicaciones conductuales son “no abrir su boca, sino para el temor santo de Dios, y tener

⁴⁷⁹ Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, p. 66.

⁴⁸⁰ Además de las epístolas paulinas, otro de los textos bíblicos que justifican la sujeción femenina es la Primera carta de Pedro, de la cual el fraile seráfico también echó mano. Véase 1 Pe 3, 1-6 y Ef 5, 22-24.

⁴⁸¹ Véase 1 Cor 14, 34.

⁴⁸² Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, p. 68.

⁴⁸³ Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, pp. 68-69.

⁴⁸⁴ El autor franciscano insiste en que la Virgen jamás estuvo ociosa. Con su trabajo manual, además de ayudar a la manutención de la sacra parentela, socorría a los pobres. Como la *mujer fuerte* modelo, se privó del “reposo y descanso de la noche” hasta acabar con sus obligaciones, siempre en pos de los suyos. Otra característica de una fémina excepcional es procurar y aumentar tanto los bienes espirituales como los temporales, a través de su diligencia y laboriosidad. Completando este abanico de virtudes, a imitación de María, “la mujer buena, juiciosa y silenciosa es la restauración de su casa y un grande bien para su esposo feliz”. Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, pp. 69-70.

siempre en su lengua la ley de la clemencia, considerar los caminos de su casa, acreditar a su esposo, quitarle pesadumbres y no comer el pan estando ociosa”.⁴⁸⁵

Hasta cierto punto, podríamos decir que la individualidad de las mujeres se difumina en su servicio hacia los demás, o más bien, *son* en función de lo que efectúan para complacencia de hijos y consortes. Bajo esta tónica se decantan los consejos de Arbiol: ninguna mujer debe negarse al *acto conyugal*, pues “dárselas de más puras es un engaño demoniaco” so pena de desencadenar la incontinencia de sus maridos;⁴⁸⁶ la vestimenta y el ornato femenino debe ser “conforme al gusto y voluntad” de los esposos;⁴⁸⁷ como compensación por las fatigas de mantenerlas, las casadas deben consolar las aflicciones de sus cónyuges, “venerándolos y trabajando cuidadosas para su remedio y consuelo”;⁴⁸⁸ en caso de infortunio por un marido poco aplicado en sus responsabilidades, las mujeres no deben quejarse y mejor sacar provecho de que Dios las colocó en esa circunstancia adversa, ya que así pueden ganar “la salvación de su alma, llevando sus trabajos y su cruz con mucha paciencia”;⁴⁸⁹ convirtiéndose en un termómetro responsable de la intemperancia de su esposo, toda cónyuge debe evitar provocarle “celos amargos”;⁴⁹⁰ agradecidas, las mujeres deben recibir los correctivos de sus parejas y, en caso de presentarse altercados, darle la razón al esposo y callar.⁴⁹¹

Los contrastes que demarcan las disyuntivas valorativas y lo concerniente a cada género son tan antiguos que han llegado a trascender épocas y generaciones, en gran

⁴⁸⁵ Arbiol advierte que, por engaño, en las mujeres se alaban “las palabras elocuentes, el donaire en hablar y moverse”. No obstante, al igual que su hermosura, se trata de meras banalidades que se desvanecerán con el paso del tiempo. Quienes merecen el aplauso celestial y el de los varones son sólo aquellas féminas que viven con temor de Dios e instruyen a otros a seguir la misma senda. Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, p. 71.

⁴⁸⁶ Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, p. 68.

⁴⁸⁷ Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, p. 78.

⁴⁸⁸ Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, p. 72.

⁴⁸⁹ Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, p. 73.

⁴⁹⁰ Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, p. 74.

⁴⁹¹ Ya que en caso de rehusar las amonestaciones por “altivez y soberbia”, atrayendo para sí un merecido castigo, provocarán “el desconsuelo molesto del pobre marido, que viendo se llevan mal sus cristianos y caritativos avisos, se aflige, considerando irremediable el mal de su casa”. Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, p. 76.

medida gracias a su *divinización*, inhibidora de cuestionamientos e invisibilizadora de las dinámicas de poder-sujeción que subyacen en su interior. A nuestro parecer, esta caracterización negativa de lo femenino que, a su vez y por construcción a la inversa, avala las valencias perpetuamente positivas de lo masculino, es la misma que en la Baja Edad Media hizo de san José un paria en la órbita del *deber ser hombre* a causa de su *feminización*. Historia diametralmente opuesta en los derroteros de la teología moderna, donde el carpintero fue revestido con las potencias de un *patriarca*, transmutándolo en un *hombre verdadero*. Esta hipótesis se hilvana con lo desplegado en la obra de Arbiol a manera de estatutos. Al respecto, categóricamente, el franciscano nos dice que “nunca la mujer prudente ha de mandar a su marido, ni menos dar a entender que lo manda y que ella es la que hace y deshace en la casa, porque se le sigue grande ignominia y deshonor a un hombre honrado de que se diga que su mujer lo manda”. Como garantía incontestable de la consigna, el fraile recurre a la palabra revelada, al decreto de los cielos: “la escritura sagrada dice muchos desprecios de los *hombres afeminados* que se dejan dominar de las mujeres”.⁴⁹²

Para sondear la repercusión de esta perspectiva, citemos un fragmento afín de otro *best seller* de la literatura edificante, *Luz de verdades católicas y explicación de la doctrina cristiana*, cuyo apego al gusto católico en lo concerniente al *modus vivendi* ideal, le auspició continuas reimpresiones desde 1691 hasta el ocaso del siglo XIX.⁴⁹³ En su plática treinta y cinco, intitulada “Del amor y respeto que se deben los casados”, el jesuita poblano Juan Martínez de la Parra nos dice que las mujeres deben obedecer en todo y no únicamente en lo que deseen y cuando ellas lo dispongan.⁴⁹⁴ E igualmente, al calibrar los pesos de género, tilda de afeminados a los hombres que no se apropian de su rol como dirigentes del hogar:

⁴⁹² *Cursivas nuestras*. Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, p. 77.

⁴⁹³ El libro fue sumamente exitoso. Otorgaba indulgencias al lector cada vez que se acercase a él. Además, con varias peripecias en torno a su autoría, se difundió fuera del ámbito hispánico al contar con traducciones en latín e italiano. Véase Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades católicas...*, Barcelona, Imprenta de Juan Solís, 1701, portada; José Mariano Beristáin y Souza, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, tomo II, pp. 401-403.

⁴⁹⁴ Martínez de la Parra concuerda con “que le toca al marido la corrección, la reprehensión de lo malo y algún moderado castigo”, pero advierte que ello no significa que se le permita ser un tirano

Yo supongo que no habrá marido apocado, tan inútil, *tan afeminado*, que se deje mandar y gobernar de su mujer. Las leyes divinas y humanas le dan al marido todo el dominio (...) Pero si tales maridos hay, desventurada casa, donde tiene todo el mando una mujer voluntariosa. Triste matrimonio donde las barbas enmudecen al grito de las tocas. Desdichado el marido el que en la almohadilla puso el altar que adora su amor necio. Ahí tendrá su degüello como víctima de su bobería (...) Debe pues mandar y gobernar el marido (...) Pero a todo esto ya me tienen las mujeres prevenidas contra su obediencia mil réplicas. ¡Oh, que es mi marido muy necio! Suele haberlos, pero no le obedeces a él sino en él a Cristo (...) ¡Oh, que por nada luego se encoleriza! Maridos hay tan terribles, pero no es el remedio responderles. ¡Oh, que me desprecia, y en lugar de darme, se lleva! Maridos hay tan viles, pero callando, todo lo vencerá un amor constante (...) Ahora, señoras, ¡basta de réplicas! Peca mortalmente la mujer que deja de obedecer a su marido en cosas graves, justas, o lo menos no injustas, si lo hace con rebeldía, terquedad y con desprecio (...) Mujer, ¿quieres mandar? ¡Pues el remedio es obedecer!⁴⁹⁵

Para nuestros fines explicativos, resulta elemental subrayar que lo dicho hasta el momento tiene su pináculo en el deseo del Altísimo de que se consume “el buen orden en todas las cosas creadas”. Por consiguiente, el dios encarnado y su madre, aun siendo superiores en santidad a san José, acataron sin rechistar sus instrucciones por tratarse del timonel familiar, dando con ello “forma y ejemplar a todos los mortales de lo que agrada al Señor, que todas las cosas se gobiernen en el orden natural y dispuesto por su altísima providencia; y que los inferiores y súbditos en el cuerpo místico (aunque sean más excelentes en otras cualidades y virtudes) han de obedecer y rendirse a los que son sus superiores y prelados en el oficio visible”.⁴⁹⁶ Como puede observarse, en una suerte de caja de resonancia, el orden patriarcal es *uno* desde la cabeza hasta los pies, si retomamos la metáfora paulina:

que aterrice a su mujer y la mangonee como a una esclava. Si bien, ellas están destinadas a obedecer, los esposos deben tratarlas con respeto, evitando convertirse en sinvergüenzas abusivos, en “maridazos monstruos de la infamia”. Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades católicas...*, p. 196.

⁴⁹⁵ Cursivas nuestras. Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades católicas...*, pp. 195-197.

⁴⁹⁶ Antonio Arbiol, *La familia regulada...*, pp. 71-72.

Dios, ente masculino aun en su denominación tripartita, rige el cosmos; los hombres, en tanto émulos, rigen sus propios microcosmos, es decir, a su familia y servidumbre, contenidos y representados en los muros del hogar; finalmente, los potentados de todo rango, seglares o del clero, rigen las esferas del poder público, donde los tutelados deben estricta obediencia.

En los siguientes apartados analizaremos cómo este esquema de disparidad se insufló vivazmente en los sermones josefinos. A manera de antesala, pongamos un par de ejemplos. Valiéndose de los saberes de Isidoro de Sevilla, Antonio Delgado y Buenrostro informa que, etimológicamente, en la palabra *varón* “se insinúa la virtud de gobernar”. Así san José, *varón justo* por adjetivación mateana, tanto por inherencia masculina como por concesión divina, está a cargo del “gobierno supremo del mundo entero”.⁴⁹⁷ Ya en las incumbencias matrimoniales, Pedro de Sandoval acredita que las mujeres otorgan dote a causa de su inferioridad frente a los hombres. Por sus calidades disimiles, mediante esta transacción, ellas pretenden subsanar la distancia que las separa de sus esposos. De hecho, la misma Virgen se apropió de sus condicionantes de género y entregó dote a san José al desposarse con él. Tuvo que donarse a sí misma al no haber más que darle al carpintero, ya que de antemano, él es propietario del mundo por ser miembro de la “noble clase de varón”.⁴⁹⁸ Claro está que dicho rito marital lo ejecuta la cristiandad para acatar con lo estipulado desde las alturas, pues “sólo la sabiduría infinita que puso las cosas todas en igual número, conoce la desigualdad y cuánto tenga de mayor excelencia el varón que su inferior, la mujer, y cuánta sea de ésta la obligación y el dote que ha de ofrecer liberal”.⁴⁹⁹ Al connotarse a san José como formidable por la potencialización de su virilidad al ser “solaz de su esposa (...), cabeza de su virginidad (...), director de sus acciones”, cobra sentido que se le designe como “un varón que todo lo produce, un varón que todo lo satisface, un varón que todo lo favorece”.⁵⁰⁰ Un hombre cabal que es la corona de su esposa, pues esta dama

⁴⁹⁷ Antonio Delgado y Buenrostro, *Demostración alegórica...*, pp. 15-16.

⁴⁹⁸ Véase Jorge Luis Merlo Solorio, “A la sombra de un marido...”, pp. 140-141.

⁴⁹⁹ Pedro de Sandoval, *Sermón panegírico del glorioso patriarca San Ioseph...*, pp. 2v-3r.

⁵⁰⁰ Antonio Delgado y Buenrostro, *Demostración alegórica...*, pp. 10-11.

egregia permite que “otros varones santos (...) lleguen al refugio de sus pies”, pero a san José lo coloca sobre su cabeza para seguir los preceptos divinos reiterados por san Pablo.⁵⁰¹

2. “Emulación celosa”: San José dueño, gobernador y consuelo de María

El binarismo epistémico del cristianismo moderno junto con sus correspondientes contrapesos, adquirió cimentación y reproducción en las configuraciones de la historia sacra. En ella, es toral que los protagonistas representen sus papeles como si de una puesta en escena se tratase, es decir, personificando los roles de género predeterminados, a través de regodearse en ellos, solicitarlos, exigirlos, enseñarlos, defenderlos, publicarlos y alabarlos. Dicho de otro modo, tanto oral como visualmente, son transmisores y materialización de un *habitus* corporalizado. Así, procederes, afectos y obligaciones entre José y María, fueron cincelados bajo estas directrices. Es por ello que en la homilética josefina, las evocaciones de la entrega que María le profesaba a José, iban de la mano con las pautas de dependencia e insuficiencia femenina, cuyas carencias eran mitigadas en la prodigalidad masculina.

Por ejemplo, en su repaso de las maravillas de la Antigüedad, Andrés Elías Caperó repara en un *sacramento de amor* vinculado con el Mausoleo de Halicarnaso. Supuestamente, era tanta la estimación que Artemisia le tenía a su esposo que, una vez fallecido, bebió sus cenizas diluidas en vino. Es decir, rechazando la ausencia, en un duelo extraordinario a causa del profundo dolor -tan grave que le ocasionó la muerte-, la sátrapa de Caria decidió convertirse en “sepulcro vivo”, *internalizando* a su consorte, llevándolo en

⁵⁰¹ Andrés Elías Caperó, *Oración panegírica al excelso, celestial y divino patriarca San Joseph...*, p. 19.

*La consecuencia lógica de la sujeción mariana a José por el simple hecho de ser varón, siguiendo el dictamen paulino, aparece constantemente en la literatura josefina. Por citar un ejemplo, véase Lorenzo Fernández de Arévalo, *Universal patronato del gloriosísimo patriarca señor San Joseph...*, p. 9.

las entrañas.⁵⁰² La Virgen procedió de la misma manera, ya que “el amor de san José es bebida dulcísima en que se regala el corazón de María”. Él pudo tornarse en pavesas ya que la enfermedad por la cual sucumbió fue “un incendio de afectos celestiales que le inflamó hasta consumirle”.⁵⁰³ Los sentimientos marianos eran recíprocos e igual de intensos. Por ello, como demostración de su amor conyugal, lloró moderada pero copiosamente, tanto que no le sobraron lágrimas para derramar en el Calvario.⁵⁰⁴ La Virgen estaba volcada por completo al Santo Patriarca porque en tanto mujer, en su dedicación a los demás, en su desprendimiento de sí, reside su núcleo ontológico, mismo que, paralelamente, delinea los parámetros existenciales de san José, cuyas columnas por ser antítesis y complemento son gobernanza y esencialidad. En concordancia, los panegiristas escriben y peroran que María lagrimeó hasta quedar seca. Por eso imaginan sus apuros al tratar de conservar al esposo *in extremis*, mediante la metáfora de la ingesta del amor transmutado en cenizas y fuego. Bajo esta perspectiva de predilección por lo masculino, *toda* mujer que pierde a su hombre queda *vacía*, pues la incompletud es su distintivo de origen.

Por obvio que parezca, es de suma importancia recalcar que los varones, tanto en el púlpito como en los múltiples escenarios de la historia bíblica, son quienes lideran y opinan. Por tal razón, la figura mariana es crucial pues refrenda todas las disposiciones celestiales desde el ala femenina. En sus palabras y faenas, toda ella es un acto volitivo que hace suyas las especificidades femeninas labradas patriarcalmente. En virtud de ello, los panegiristas ingeniaron los pensamientos de la Virgen, vueltos con regularidad en diálogos donde ella

⁵⁰² Relato embebido en autores como Cicerón, Estrabón, Aulo Gelio y Valerio Máximo, a quien pertenece la metáfora del “sepulcro vivo”. Artemisia y su acción amorosa fue resignificada en la tradición cristiana bajo el modelo de castidad y abnegación, a través de la pluma de san Jerónimo. Véase Clara Eugenia Larrañeta García, *La tradición clásica en los libretos de ópera. Artemisia II de Caria*, España, Universidad Nacional de Educación a Distancia, tesis de maestría sobre el Mundo Clásico y su Proyección en la Cultura Occidental, 2020, pp. 28, 36, 38, 44 y 48. *Que el Santo Patriarca haya muerto por “ardor de amor”, es un tópico cimentado y difundido en los escritos de José de Valdivieso, san Francisco de Sales y sor María de Jesús de Ágreda. Véase Francisco García y Juan Nadasio, *Devoción de San Joseph...*, pp. 53-54; Irma Barriga Calle, *Patrocinio, monarquía y poder...*, p. 180.

⁵⁰³ Andrés Elías Caperó, *Oración panegírica al excelso, celestial y divino patriarca San Joseph...*, p. 25.

⁵⁰⁴ Andrés Elías Caperó, *Oración panegírica al excelso, celestial y divino patriarca San Joseph...*, p. 26.

misma admite su lugar dentro del organigrama sociodivino, es decir, “al refugio e imperio de un hombre”.⁵⁰⁵ La humildad y excelencia mariana al ser una *mujer cabal*, prototípica, cuyas virtudes fueron prodigadas al desposarse con el san José revitalizado, estuvieron presentes en los sermones josefinos desde el siglo XVI. Verbigracia, a decir de un predicador almodoveño, María pidió a la Omnipotencia que la ubicase en un lugar idóneo para ejercer su “deseo de obediencia”, allí donde poder ser “mandada y regida”.⁵⁰⁶ Presto, Dios la situó bajo la tutela de san José, con el fin de que “le obedeciese, reverenciase y respetase con mucho cuidado: porque dársela por marido es dárselo para que use con él de aquestos oficios”. Para efecto inmediato, tras el relato edificante viene la moraleja. Así como Cristo diligentemente acató todo precepto de sus padres, María, siendo la cumbre del género femenino, hincó la rodilla y se abocó al servicio, anteponiendo a san José como “cabeza suya y lugarteniente de Dios”. El resto de las “mujeres hormiga”, ínfimas en comparación con la Virgen, pecan de soberbia “de no hacer lo mismo con su marido. Excelentísimo ejemplo fue dado a las mujeres casadas”.⁵⁰⁷

Nótese cómo en María y José se *in-corpora* todo el entramado de la episteme cristiana. Son un par de cuerpos con la estructura divino-patriarcal a manera de sangre y huesos que los mecaniza a impulsos de acción-reacción. Todo en ellos responde a la perfección con los lineamientos absolutos e inmutables esculpidos desde las alturas. Conozcamos lo dicho a través de la prédica del bachiller Nicolás de Monterde y Antillón, quien ahonda en las particularidades de la Anunciación. Ante el mensaje de Gabriel, José y María se agotan tratando de comprender los alcances de la milagrosa concepción. El portento físico efectuado en el vientre de la Virgen no los desconcierta. Los conturba el truncamiento de la predestinación: desde su infancia, María había hecho votos de perpetua virginidad. En defensa de la anonadación de la carne, María responde de la siguiente manera a la salutación del arcángel: “Si a mi voluntad se deja o ponéis este negocio en mis manos, más quiero dejar la dignidad de madre del mismo dios, que no que padezca mi

⁵⁰⁵ Jorge Luis Merlo Solorio, “A la sombra de un marido...”, p. 147.

⁵⁰⁶ Nos referimos al hoy santo, Juan de Ávila, presbítero de carisma ascético. Citado por Román Llamas, “San José en los predicadores españoles del siglo XVI”, p. 421.

⁵⁰⁷ Juan de Ávila en Román Llamas, “San José en los predicadores españoles del siglo XVI”, p. 421.

virginidad la menor quiebra. Más quiero dejar de ser madre, aunque sea del mismo dios, que dejar un instante de ser virgen”.⁵⁰⁸

Más allá del compromiso de mantenerse casta e inmaculada, bajo un subtexto de infravaloración -no lo merezco, no soy digna-, la futura madre de Dios se resiste a dejar ir una de sus *raisons d'être*, de sumo valor para los cánones cristianos aunque en menoscabo femenino: “no ser, no vivirse desde su cuerpo sino en denegación de él; la expectación de un alma nívea que lidia con una corporalidad incómoda, capaz de causar la pena eterna”. Es así que “María, hasta el último momento, cumple con lo preestablecido como se podría esperar de la mujer paradigmática”.⁵⁰⁹ De nuevo, llama la atención la metodología adoctrinante que subyace en las representaciones varias de los sacros consortes. El panegírico se oró en la solemnidad josefina del 19 de marzo de 1736. Su público: las concepcionistas de San José de Gracia. El predicador: el capellán de las monjas del convento de Regina Coeli. Así pues, las escuchas eran mujeres cuyo tercer voto perpetuo atañía directamente a su sexualidad. Ver, escuchar y afirmar colectivamente en el ritual de la misa que María buscó salvaguardar su virginidad a ultranza, es lección suprema, obligación insoslayable, intento de introyección psicológica y vigilancia entre pares para cumplir y que las otras cumplan.

Todos y cada uno de los personajes del drama redentorista son parte de este concierto⁵¹⁰ sobre los deberes y aspiraciones de cada género, repleto de premisas y predeterminaciones. Por ejemplo, afín a esta tendencia, arguye el ignaciano Baltasar de Mansilla que antes de encarnarse, Cristo tomó la decisión de venir al mundo a través de una mujer casada, cuyo móvil era que su madre tuviese quién la consolase y gobernase, rubricándose en este fallo las tres grandes glorias de san José: ser padre como el mismo

⁵⁰⁸ Nicolás de Monterde y Antillón, *La mayor santidad de Joseph, pensar dejar a su soberana esposa*, México, Imprenta de doña María de Rivera, 1736, p. 21

⁵⁰⁹ Jorge Luis Merlo Solorio, “A la sombra de un marido...”, p. 148.

⁵¹⁰ En este caso, por *concierto* aludimos específicamente a dos de sus acepciones: “buen orden y disposición de las cosas” y “ajuste o convenio entre dos o más personas o entidades sobre algo”. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española* [<https://dle.rae.es/concierto?m=form>] (Consultado el 20 de septiembre de 2021)

Dios, ser virgen como su esposa y “ser verdadero gobernador de esta señora”.⁵¹¹ Todos y todo concurre para la sujeción a la normativa. Asimismo, otro miembro de la Compañía, haciendo exégesis sobre el reverdecimiento de la vara josefina -señal de haber sido elegido providencialmente como esposo de María-, argumenta que a través del milagro se manifestó cada miembro de la Trinidad, dando su voto a favor del carpintero: el Padre lo concedió en tanto que María es su “hija primogénita”; el Hijo por tratarse de su madre, *ab aeterno praelecta*; el Paráclito por aludir “a su única esposa”. Al encargarse de una mujer, *ipso facto*, le fueron comunicadas las prerrogativas patriarcales a san José, aunque traducidas como donaciones: la primera persona trinitaria cedió “su autoridad para el mando”, la segunda “su sabiduría para el gobierno”, la tercera “su amor para la unión”. Ergo, al efectuarse el desposorio, la autoridad divina fue representada en la vara, la sabiduría en las flores de almendro y, para finiquitar la unión, “llega aleando amorosa la divina paloma sobre la vara y cabeza de san Joseph (...) Ahora sí que no le falta nada a Joseph para ser digno esposo de María. Y así, ahora los sacerdotes les dan las manos”.⁵¹²

Las preeminencias masculinas de posesión y mando sobre lo femenino son absolutas, ningún varón está exento de ellas. De hecho, incluso la divinidad entendida como *virilidad perfecta*, reacciona ante sus propias resoluciones. Lo anterior dio pauta a Francisco de Pareja, decano de la cátedra de vísperas de teología y provincial de la orden mercedaria, para plantear una *emulación celosa* entre Dios padre y san José.⁵¹³ Al encargarse de laurear la designación de Marcelo López de Azcona como arzobispo de Nueva España, el fraile discurre que María estuvo desposada legítimamente con Dios y José sin menoscabo ni usurpación para ninguno de los dos. No hubo pues disolución matrimonial alguna, siendo la Virgen simultánea *pertenencia* de ambos varones. Pero, previo a la conformidad entre partes, en simulación de un juicio, cada una de ellas expuso sus alegatos. Bulleron celos en

⁵¹¹ Baltasar de Mansilla, *Sermón del glorioso patriarca San Ioseph...*, p. 15.

⁵¹² Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia...*, pp. 39-40.

⁵¹³ *Emulación*: “En los que obran bien imitando la virtud y hechos heroicos de otros, es una imitación de la virtud; y en los que envidiosos todo lo murmuran y echan a mala parte, es en rigor una maligna envidia. Es voz tomada del latino *aemulatio*, que significa esto mismo”. Real Academia Española, *Diccionario de autoridades. Tomo III (1732)*, [<https://apps2.rae.es/DA.html>] (Consultado el 21 de septiembre de 2021).

José por el desconcierto ante la gravidez mariana, visible mancha en el cuerpo reservado para él por contrato marital. Por su parte, del Altísimo emergió un “celo soberano” al saberse marido primigenio de María. Dios argumenta que posee “derecho de antigüedad” como consorte de la Virgen porque le “dio la mano desde que se concibió en el vientre de su madre”, demostrando su potencia al darle por dote la preservación del pecado “con las arras de la gracia original”. En contraparte, el carpintero nazareno demuestra que es merecedor de la misma propiedad conyugal, replicando que “el decoro y la entereza de la fama de María”, así como ser madre de Dios, fue a expensas de él, ya que a la sombra “de ser su esposo, se obró en su purísimo vientre el inefable misterio de la encarnación del Verbo”. Pareja da validez a las razones interpuestas, aseverando que éstas no se oponen. Finalmente, el desembrollo recae en una *potestad conjunta*: “Dios es esposo divino y padre del dios encarnado, José esposo terrenal y padre de Jesús por gracia extendida. Para efectos prácticos, María estuvo doblemente desposada, y entre los varones consortes compartieron derechos y beneficios”.⁵¹⁴ A fin de cuentas, ultimando el periplo retórico, el mercedario asiente que sólo de san José la divinidad no tiene emulación celosa, reconociéndolo como *dueño* de María.⁵¹⁵

3. María en deuda con san José

Tatuadas con el signo de la precariedad, según los sentires eclesiásticos, las mujeres deben mostrarse agradecidas con aquellos que subsanan su ser fragmentario. Como venimos explicando, en los panegíricos josefinos es María quien ejemplifica la conformidad con el orden binomial. A pesar de su magnificencia celestial, en cuyo escalafón divino sólo está por debajo de la Trinidad, en las desavenencias humanas pinceladas por la retórica sacra era una mujer necesitada como cualquier otra. Justo san José fue el encargado de hacer por ella todo lo que socialmente no le correspondía, tanto por división genérica como por

⁵¹⁴ Jorge Luis Merlo Solorio, “A la sombra de un marido...”, p. 145.

⁵¹⁵ Francisco de Pareja, *Sermón predicado a (...) San Ioseph...*, pp. 21-22.

insuficiencia congénita en tanto fémina. Por consecuencia, la Virgen se reconoce en *deuda* con su esposo y le está profundamente agradecida, pues además de ampararla, le dio razón de ser al permitirle desempeñar sus funciones predispuestas. Colocando en la báscula lo hecho el uno por el otro, “le debió María mucho a Joseph, mucho más que lo que Joseph a María”.⁵¹⁶

Un predicador iñiguista interpela a la madre del Verbo: ¿será que en el cielo, desdeñe admitir en su compañía a quien tanto hizo por usted? Desde luego, María nunca actuaría injusta o malagradecida. Sabe con certeza que san José fue, conjuntamente, compañía y “señor de su casa”, por ende, cabeza suya y de toda la santa familia. Él la sustentó mediante arduo trabajo y “con el sudor de su rostro”, siendo guía en las pesadas travesías de Nazareth a Belém, Egipto y Jerusalén. Con una pregunta conveniente, el jesuita cierra el interrogatorio: “Por ventura, ¿daréis de mano a quien mereció la vuestra como legítimo dueño, a quien disteis derecho a vuestro tálamo, a quien servisteis y obedecisteis con humildísimo obsequio?”. Todo lo contrario. En concordancia con lo expuesto en el apartado anterior, María tiene un adeudo con José porque, gracias a él, pudo convertirse en progenitora de Cristo, ya que con antelación, la Omnipotencia acordó encarnarse en una mujer casada y virgen. La primera condición se solucionó vía desposorio, pero la segunda fue gracia concedida por el Santo Patriarca, pues de no mantenerse impoluta, jamás la hubiesen elegido para procrear a Jesús. Entonces, María “debió la excelencia de madre a quien debió el privilegio de virgen”, pues José como verdadero esposo, tenía derecho a la “virginidad de su tálamo”, a la exigencia del débito matrimonial. No obstante, rehusó el beneficio sexual en pos de la sublimación de su consorte, atrincherándose como vigilante del cuerpo inviolado. Siguiendo esta lógica, la dignidad, pureza e integridad de María fueron colaterales, derivativas de los “reportes de san Joseph”.⁵¹⁷ Ella es porque, de antemano, siempre hay un otro masculino que le permite *ser*: Cristo en tanto madre, el Padre como hija, san José y el Paráclito en su calidad de esposa terreno-celestial.

⁵¹⁶ Juan de Robles, *Sermón del gloriosísimo patriarca...*, p. 8r.

⁵¹⁷ Juan de Robles, *Sermón del gloriosísimo patriarca...*, p. 8r-v.

En las prédicas modernas, la santidad fue coloreada con las discrepancias de género en boga dentro de las sociedades de Antiguo Régimen. Demos voz a la lección, ahora procedente de la orden seráfica. Pedro de Sandoval lanza su amonestación tajantemente: en todo matrimonio, desde el prístino con Adán y Eva, las mujeres deben reconocer cuán distantes están de la perfección masculina. Por lo tanto, al ser de un “linaje inferior”, de “más corto caudal”, ellas se ven en la necesidad de otorgar dote a los futuros maridos para compensar su pertenencia a una “esfera baja” que palidece frente a la “superioridad varonil”.⁵¹⁸ A falta de valor intrínseco en las mujeres, la diferencia entre unos y otras es tantísima que en la unión de los primeros padres, Eva tuvo que ofrecer la creación entera. Por supuesto, pretender sortear los cauces predefinidos, es causa de vituperación. Ya podemos imaginar la agitación del franciscano al reprender a su auditorio: “ahora entiendo cuántas mal registradas acciones han fabricado mujeres, intentando pasar a jurisdicción ajena y bríos varoniles, por desmentir poco cuerdas como mucho presumidas, sus fuerzas femeniles”.⁵¹⁹ Cada quien en su lugar como María y José lo hacen patente.

Apoyándose en Jean Gerson, Sandoval nos recuerda que ambos consortes son un “depósito abundante” de todas las virtudes existentes, aquellas manifiestas no sólo en los humanos, sino también en los seres irracionales y las cortes angélicas. Pero las valencias de género anteceden y canalizan las particularidades de la santidad. Luego, al pertenecer José a la casta varonil es, de facto, superior a María, cohabitante de la ralea femenina. Es así que para colocarse en equidistancia con su marido, la esposa virginal igualmente tuvo que ofrecer el contrapeso de la dote.⁵²⁰ Para deleite y enseñanza del público lector o escucha, el orador dispuso las determinaciones de la Virgen en sus propios labios:

⁵¹⁸ Pedro de Sandoval, *Sermón panegírico del glorioso patriarca San Ioseph...*, p. 3r.

⁵¹⁹ Pedro de Sandoval, *Sermón panegírico del glorioso patriarca San Ioseph...*, p. 3v.

⁵²⁰ Como el caudal donado fue ella misma, el fraile franciscano arguye que al efectuarse el desposorio antes de que Cristo fuese concebido, María concedió anticipadamente a Jesús como parte de las riquezas ofrecidas a san José: “no temas de ser mi esposo, que no sólo te dotaré lo que ahora tengo, sino que también te ofreceré un hijo que tendré presto para que sea tu dote más crecido”. Así, desde una arista diferente, nuevamente se corrobora la potencia josefina al ser Cristo y María elementos cardinales de su patrimonio. Pedro de Sandoval, *Sermón panegírico del glorioso patriarca San Ioseph...*, pp. 4v-5r.

De mi obligación es dotar a Joseph, mi esposo, con todo el valor del mundo para correr con él igual. El dotar ha de ser de propio de aquel que dota, no de aquel a quien se ha de dotar. No puedo dar a Joseph, ni dotarle con el mundo entero, que el precio de este es propio suyo, pues es rico archivo en que encerradas se hallan las virtudes de las criaturas todas (...) Esposo mío, todo el mundo te debía dar. No te lo puedo dotar por ser tuyo. Las excelencias en que me aventajo al mundo son mi rico tesoro y mayorazgo.⁵²¹ Recíbele en dote y sepa Eva, que es figura mía, que en dotar a su esposo no me ha de ganar. Que si dio en dote a todo el mundo a Adán, tú por esposo mío y varón más excelente que él (...), has de gozar de todo mi mayorazgo, y yo cumpliré como fina amante con la obligación de dotar.⁵²²

Esta veta retórica, en amalgama con la minusvaloración de lo femenino, hace hincapié en que la gravedad mariana es la unidad de medida para denotar la potestad de san José. A diferencia del visor medieval, donde las taras del carpintero servían de realce a la gracia inconmensurable de la Virgen, careándose la humanidad imperfecta con la magnificencia divina; en la josefología moderna, el carácter subsidiario de la Virgen, siempre en necesidad por ser mujer, junto con sus calidades egregias como una regente universal supeditada a un superior por convenio matrimonial, hacen las veces de optimizador del carpintero. A más alto llegue María, por concordancia de género, aún más arriba debe ubicarse a su esposo. A razón de esto, Matías de Esquerza acredita que la Virgen recibe y requiere el patrocinio de san José. Pero la proposición es como “querer alumbrar el sol con una antorcha”, pues ella es la intercesora por excelencia, en quien toda la cristiandad busca auspicio bajo su manto. En maniobra deductiva es que el predicador barajea los pormenores del poder

⁵²¹ *Mayorazgo*: “rigurosamente significa el derecho de suceder el primogénito en los bienes que se dejan con la calidad de que se hayan de conservar perpetuamente en alguna familia. Y por extensión, se llama mayorazgo cualquier derecho de suceder en bienes vinculados, por vía de fideicomiso u otra disposición...” Real Academia Española, *Diccionario de autoridades. Tomo IV (1734)*, [<https://apps2.rae.es/DA.html>] (Consultado el 21 de septiembre de 2021).

⁵²² Pedro de Sandoval, *Sermón panegírico del glorioso patriarca San Joseph...*, pp. 3v-4r.

josefino, trasladándonos para ello al pie de la cruz a través de una *consideración*,⁵²³ parte del método jesuita para incentivar reflexiones pías mediante la sensorialidad y los afectos:

¿A María patrocinio? ¿A quien todos invocan con seguridad indefectible como patrona jurada, y lo que excede toda ponderación, el mismo Cristo la ofrece por escudo a su padre contra las saetas de su indignación? Considerad a Cristo en un diluvio de penas, no con el agua a la garganta, sino con la sangre a la boca. Ya comienza este gigante a gemir debajo de la tempestad que excitó la saña y el furor de los impíos como tifones del abismo. Siente uno y otro golpe hasta que lo arrebató la corriente y le desata sus labios pacientísimos para pedir socorro, fiado sólo en el patrocinio de su madre: *salvum fac filium ancillae tuae*. Mirad Señor que soy hijo de María. Atended a la madre como patrona, ya que el traje de pecador interpone, al parecer, opacas nubes a vuestros ojos. ¿Son menester más razones para tener un ocioso cualquiera patrocinio respecto del poder de María? Pues arguyan de aquí el poder de Joseph, que llega a ostentar su patrocinio para con María y éste con obligación de justicia.⁵²⁴

La cadena queda al descubierto: Jesús en agonía pide auxilio a las alturas; ante la omisión, solicita piedad, sino por él, al menos por deferencia hacia su madre; dicha mujer precisa el patrocinio de su marido. Entonces, san José es el eslabón superior, cuya envergadura da para remediar cualquier destemplanza o carencia.

Los oradores insisten en que la sumisión y dependencia de las mujeres a los hombres, además de voluntaria por las leyes de la naturaleza y el ejemplo de las generaciones pasadas, debe vivirse con gozo. Ya en los albores del siglo XIX, las pláticas impartidas en el Sagrario Metropolitano por el clérigo Juan Francisco Domínguez, instruyen que María amaba en demasía a san José, manifestándolo en obras cotidianas. Semejantes en las virtudes, los cónyuges “tenían unos mismos sentimientos, unos mismos propósitos,

⁵²³ “Acorde con el lenguaje y los lineamientos de los ejercicios espirituales ignacianos, formular una *consideración* era la llave exhortativa para que el practicante se sumergiese en la reflexión dirigida y, en especial para los terrenos de la imagen, construyese la *compositio loci* mediante imágenes mentales”. Jorge Luis Merlo Solorio, “Esculpido por tribulaciones y profecías asombrosas...”, pp. 16-17.

⁵²⁴ Matías de Esquerro, *Sermón que en la festividad del patrocinio de San Joseph...*, p. 4r-v.

unas mismas intenciones. Ambos se acompañaban y ayudaban para servir al hijo de Dios; ambos se alternaban en las bendiciones y alabanzas”. Si bien, en armónica deferencia, los dos compartían simpatías y responsabilidades por igual, nótese en el siguiente fragmento cómo a cada uno le correspondía una jerarquía diferente respecto del otro: “si la Virgen no daba paso sin *licencia* de su esposo, a quien reconocía por su cabeza; Joseph nada hacía sin tomar *consejo* de su esposa, de la que sabía que en ella se depositaron los tesoros de la ciencia y sabiduría”.⁵²⁵ Mientras María necesitaba *permiso* para actuar, José procedía por sí mismo pero pidiendo con antelación la *opinión* de su consorte. Él la asistía diligentemente como señora por humildad y respeto, pero ella, siguiendo los parámetros de la “ley del matrimonio”, imitaba a Sara, Rebeca y Raquel, quienes trataron como amos a sus maridos.⁵²⁶ Cual máxima, queda estipulado que *obedecer es un acto de amor*.

Amor uniforme que no tuvo resquebrajamiento alguno, que consuma sus obligaciones de entrega sin importar qué tan peculiares son sus circunstancias. Por ejemplo, retomando la perspectiva de san Pablo,⁵²⁷ Juan Antonio Cantova anuncia que los casados viven una división de sus afectos, pues deben de amar a su pareja y a Dios. De ahí que la soltería sea la opción más efectiva para enfocarse a lo celestial. Este no fue el caso de los sacros cónyuges. Su amor no fue indiviso ya que el Espíritu Santo anidaba en los corazones de ambos. A diferencia de José, María tenía un encargo mayor al contar con dos esposos, el terrenal y el etéreo, lo que hubiese implicado fraccionar su querencia en tres porciones, dedicándole una específicamente a Dios. Pero como los desposorios aludían a un vínculo sagrado, ausente de mixtión corpórea, los tres cohabitaron en espíritu “formando una nueva y amable trinidad de amantes, con una sola esencia de amor (...) ¡Oh, divino himeneo! ¡Oh, desposorio a todos visos celestial!”⁵²⁸ En la médula del argumento, confabulan todos los elementos para que los protagonistas de la historia sacra transparenten su incondicionalidad. Una entrega hacia los demás que se ajusta con lo acordado por la

⁵²⁵ Cursivas nuestras. Juan Francisco Domínguez, *Bienaventuranzas del santísimo patriarca señor San Joseph...*, p. 28.

⁵²⁶ Juan Francisco Domínguez, *Bienaventuranzas del santísimo patriarca señor San Joseph...*, p. 29.

⁵²⁷ 1 Cor 7, 32-35.

⁵²⁸ Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia...*, pp. 42-43.

divinidad, donde al acatarse el compromiso de amar se genera una afinidad santa que conlleva las regalías de la paz, la unión y el contento. De lo contrario, reina “el pecado, la guerra, la rabia y el descontento; y sus frutos son hijos de maldición por habidos con culpa y criados con mal ejemplo”. Amor/obediencia como la gloriosa conservación del *status quo*.

Las complacencias de seguir el sendero marcado por Dios, traducidas en lo hogareño como la correcta disposición de cada uno de sus miembros, tanto estratigráficamente como a razón de sus calidades de género, conminaban desde el púlpito a condescender con un paradigma del *pars pro toto*, es decir, que la pequeñez o magnificencia de los conformadores de una familia, entiéndase esposa e hijos, era correlativa a las características del padre. Sus resplandores u opacidades irían prendidas a los vicios o virtudes, a la pujanza o impotencia de su capitanía. Aquí resulta valioso traer a colación la prédica efectuada el 26 de noviembre de 1719 para celebrar la fiesta de los Desposorios en la catedral metropolitana. Retomando una idea del tratado latino de Pedro Morales, el franciscano Miguel Díaz Romero postula que mediante el matrimonio, san José fungió cual vestido, manto y capa para “resguardo de la decencia, decoro y recato de María”. Como expusimos con antelación, la pureza mariana trascendió su persona al ser beneficio concedido en primera instancia por san José, a causa de su castidad voluntaria. Es así que la virtud de María es consecuencia de una integridad previa más elevada. Para alimentar la premisa, el fraile narra un acontecimiento en la vida de Filón.⁵²⁹ Un corro de señoras “curiosas y profanas”, que a decir de Díaz Romero eran iguales a las de su tiempo, aquellas que procuran “la perdición de todas”; se acercaron a la esposa de nuestro protagonista para criticarle su parquedad al no portar “ricos vestidos y de variedad de galas”. Por respuesta, las entrometidas se ganaron una lección edificante: “respondió prudente y, sobre todo, ser mujeril, que su mayor gala, su más rico vestido y su especialísimo precioso manto (como lo debía ser de todas las mujeres) era su bueno y sabio marido”. La ley natural concuerda con la opinión de esta proba fémina, pues “las mujeres resplandecen con las luces de sus esposos y con los brillos de sus maridos”. Para el *fratre* seráfico no hay duda: si ese es el estado común, “sepamos cómo Joseph en lo particular le fabricó y le hizo a María, su

⁵²⁹ Desconocemos a qué personaje se aluda. Tal vez a Filón de Alejandría.

esposa, el vestido o las galas con el costo de su santidad, virtud, prudencia y justicia (...) Sepamos cómo le sirvieron de capa y manto a la pureza virginal de María, los resplandores y luces de Joseph, su esposo y marido”.⁵³⁰

Como las engrandecen, como mejoran su condición inválida, determinante es la deuda que las mujeres tienen con sus hombres, congratulándoles su presencia niveladora. Al respecto, Pedro del Espíritu Santo cuenta la historia de Daniel, hijo de Abigail, una de las esposas de David. Antes de unirse con el rey hebreo, Abigail había sido consorte del calebita Nabal, lo que dio pauta a las malas lenguas para difamarla, diciendo que el hijo venidero no era producto del soberano poeta sino del primer marido. Compadecido ante la afrenta, el asesino de Goliat oró a Dios, logrando a cambio que Daniel saliese con un rostro similar al suyo, dándole así al niño la honra que Abigail, por sus propios medios, no hubiera podido transferirle. María fue una *segunda Abigail*, al evitársele la denigración con el prodigio de los rostros análogos de san José y Cristo. El Mesías merecía estimación por el simple hecho de provenir de la Virgen. No obstante, ganó más por asimilación con su padre “porque entiéndese el mundo que el pundonor y estima que por sí se merece, le asegura”. A falta de la autoridad josefina, ante los ojos humanos, María hubiese quedado manchada.⁵³¹

El agradecimiento debido ante tan enorme amparo masculino, el orador carmelita lo remata con una ponderación sobre el caso de Betsabé, la madre de Salomón, quien reaccionó eufóricamente ante la resolución de su conflicto: “Betsabé, ¿dónde vas? -¿Que me preguntan dónde voy? Voy a echarme a los pies de mi esposo David. Voy a adorarle como a mi rey, como a mi dueño, sino como a mi dios-”.⁵³² Que la mujer bese la tierra pisada por su marido, a decir del predicador, podría pasar por acción humillante. Si bien, “amarle como a esposo es deuda del estado, paga es de su cariño”, adorarle cual dios cayendo de hinojos, tal vez se justifique por el salvamento logrado. En el segundo libro de Samuel se

⁵³⁰ Miguel Díaz Romero, *Ornamento sacro de la santidad más elevada...*, México, Imprenta de Francisco de Rivera Calderón, 1720, pp. 6-7.

⁵³¹ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph esposo. Sermón XXV...”, p. 215.

⁵³² Pedro del Espíritu Santo, “Joseph esposo. Sermón XXV...”, p. 215.

encuentra la historia de la alianza mal habida de los padres de Salomón,⁵³³ aunque Pedro del Espíritu Santo la adaptó en su sermón a modo para que congeniase con su despliegue de pruebas. Los cambios persiguieron el fin de homologar la narración con el caso de Abigail y Daniel, suavizando las reprimendas que recibió David y calificando a Betsabé como la provocadora del conflicto. A decir del carmelita, Natán avisó al rey que corría el riesgo de ser mancillado con la “filiación de una mujer adúltera” quien, a su vez, acarrearía para sí las penas de “su desliz”. David dio solución y purificó el error de Betsabé, diciéndole que haría frente a todo aquel que la imprecase, publicando ser su legítimo esposo. Además, por su cargo, sólo él era la persona indicada para juzgar.⁵³⁴ Por salvarla del escarnio, ella desborda en gratitud: “tened esposo mío, dadme a besar las plantas, dejad que os adore, que no cumple con menos la que se ve por vos libre y asegurada de tan fea ignominia”. Después de tal razonamiento, donde los hombres son exaltados al poner a las mujeres bajo su sombra, véase en la siguiente cita la ultravalía de san José y el comportamiento implícito esperado en María, con el matiz suficiente para evitar la persecución inquisitorial:

¿Fue menos afrentosa la ignominia y deshonor que amenazaba a la más pura que Betsabé y al verdadero Salomón? El máximo Jerónimo lo dejó dicho ya (...)
¿Quién la libró de tal descrédito? ¿Quién volvió por su honra? La autoridad de san Joseph. El patrocinio de mi glorioso Patriarca. ¿Y el agradecimiento de María y de Cristo? ¿Que se echan a sus pies, que le adoran humildes el hijo con la

⁵³³ David, prendado de Betsabé, exigió que la llevarsen al palacio. Copularon y ella quedó encinta, ocasionándose una situación de adulterio, pues estaba casada con Urias el hitita, un soldado del ejército israelí. Para librarse del problema, David ordenó que Urias fuera enviado a la primera línea de batalla, dejado a su suerte para que lo matasen. Puesto el ardid, aniquilada la causa de agravio, tras un periodo de luto, Betsabé se casó con el rey poeta. Dios, encolerizado, envió a Natán para recriminar la insolencia y, fiel al estilo de sus arrebatos veterotestamentarios, condenó a David por boca del profeta: “Yo haré que de tu propia casa nazca tu desgracia; te arrebataré tus mujeres y ante tus ojos se las daré a otro, que se acostará con ellas a la luz del sol que nos alumbra. Tú lo hiciste a escondidas, yo lo haré ante todo Israel, en pleno día” (2 Sm 12, 11-12). El castigo divino fue más allá. Preservó la vida de David pero, a cambio, cobró la del niño gestado pecaminosamente. Reestablecida la amistad entre Dios y el regente judío, nació Salomón, cuyo segundo nombre, impuesto por Natán, fue *Yedidías*, el “amado del Señor”.

⁵³⁴ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph esposo. Sermón XXV...”, p. 216. *Destaca en demasía el giro de tuerca dado a una narración donde las culpas son atribuidas en todo momento a David (véase la nota anterior). Acorde con las determinantes de género, en el panegírico, el tropiezo proviene de la mujer, siendo el hombre quien logra el rescate de la honra que tambalea.

madre? No lo permita Dios, responderá mi santo. Mas postrémonos todos en el acatamiento y san Joseph por su Jesús y María, que yo sé que María y Jesús reconocen mejor que Salomón y Betsabé, su madre, atención tan hidalga.⁵³⁵

4. San José como parte del acuerdo patriarcal para efectuar el plan salvífico

Antes del tiempo y la materia, el arquitecto celestial predispuso los cánones de la existencia. Como artífice y protagonista del devenir histórico, todo lo que ocurre, todo aquello que vive, es producto de su ingenio y voluntad.⁵³⁶ Así, la humanidad en su conjunto, a través de las eras, ha sido una pieza movida desde la *presciencia divina*, la facultad deílica de poseer el “conocimiento perfectísimo (...) de todo cuanto ha de ocurrir necesaria o libremente en el transcurso de los siglos”; un ojo omnivoyante para el que no hay pasado ni futuro, sólo un eterno presente.⁵³⁷ De consuno, la *predestinación* es otro atributo de Dios. Es “el plan de la transmisión de la criatura racional al fin de la vida eterna, preexistente en la mente divina”. María, en tanto procreadora del Redentor, fue creada *ab aeterno* como partícula total del plan salvífico. Tal fue su primacía como madre, que sin esta consigna maternal, simple y sencillamente, “ella no habría ni siquiera existido”. Por tal razón, a la par de decretarse la encarnación del Verbo, fue planificada la existencia mariana.⁵³⁸

⁵³⁵ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph esposo. Sermón XXV...”, p. 216.

⁵³⁶ Sin sabotear la libertad de los humanos, Dios se inmiscuye en sus asuntos mediante un *dirigismo divino*. Es decir, cual auriga del carro, él es quien lleva las riendas del diario acontecer y manifiesta su potestad para marcar los caminos a seguir. Véase Miguel Ángel Núñez Beltrán, “Predicación e Historia. Los sermones como interpretación de los acontecimientos”, en *Criticón*, núm. 84-85, Francia, Université de Toulouse II-Le Mirail, 2002, pp. 279-280.

⁵³⁷ Según estos cánones, la fragmentación temporal es una percepción totalmente humana. Antonio Royo Marín, *La Virgen María...*, pp. 52-53.

⁵³⁸ Este planteamiento mariológico ha concertado una histórica disputa entre dos facciones: las escuelas tomista y escotista. La primera de ellas sostiene que, de no haber sucedido el yerro genesiaco, la encarnación del Verbo saldría sobrando y, por consiguiente, María no hubiese existido. En contraposición, la segunda defiende que con o sin pecado original, de cualquier forma, Jesucristo habría venido al mundo, pues su presencia terrenal fue una gracia voluntaria de la Omnipotencia. Es así que María siempre estuvo predestinada a ser madre del dios humanado. Para el flanco apegado al pensamiento de Juan Duns Scoto, con fines redentoristas, el pecado sólo fue la causa de

Las homologías trazadas por la teología moderna, insisten en que las prerrogativas josefinas son idénticas a las marianas, porque ambos personajes fungieron como padres de Jesucristo. Entonces, si las funciones corredentoras implicaron por igual a los dos consortes, la predestinación de María fue gracia transferida asimismo en san José. Tal y como la Virgen fue elegida para madre del Verbo, por comunicación *ad extra*,⁵³⁹ Cristo en tanto dios también escogió anticipadamente al Santo Patriarca para desempeñarse como su padre terrenal y “para esposo de su misma esposa”.⁵⁴⁰ Adherir a san José a la estrategia de redención del género humano, trajo como consecuencia la percepción teológica de ser un personaje *imprescindible*, pues según los moldes patriarcales, María puso el vientre y la obediencia, y José aportó manutención, resguardo y dirigencia.

La senda conjunta, los santos cónyuges la iniciaron el día de su enlace matrimonial. Para ello, fue indispensable manifestar ante el pueblo judío que san José era el varón designado por la Providencia para unirse con María; “tierna niña” de doce años de edad, quien ante la inminente llegada de la menstrua, no podía continuar en resguardo del templo. Aquella manifestación de impureza innata, también fue señal física de su condición núbil.⁵⁴¹ Aunque anclados en los evangelios apócrifos,⁵⁴² los relatos de la elección

que Cristo adoptase una corporalidad “mortal y pasible”. Véase Antonio Royo Marín, *La Virgen María...*, pp. 53, 59 y 62.

⁵³⁹ Véase Karl Rahner (dir.), “Teología de la Trinidad”, en *Sacramentum Mundi. Enciclopedia teológica*, tomo VI, Barcelona, Herder, 1978, p. 756.

⁵⁴⁰ Véase Andrés de Arce y Miranda, “El injerto de la gracia...”, p. 125; Joseph de San Gil, *Sermón panegírico del glorioso Patriarca San Joseph...*, p. 3.

⁵⁴¹ Edad mariana al momento de desposarse con san José según san Agustín, a decir de Joseph de San Gil. El dato coincide con el aportado por el Protoevangelio de Santiago, donde es descrita la preocupación de los sacerdotes del templo sobre el futuro de María, ya que a su edad, podía *mancillar* el santuario. Entiéndase, a causa de la menstruación. Para resolución del entredicho, el sumo sacerdote oró ante el *sancta sanctorum* pidiendo luz al respecto. Un ángel hizo acto de presencia y describió el mecanismo de selección del consorte a través de las varas. Otros oradores, como Francisco Lino de Guzmán y Prado, asienten que a María le “llegó el tiempo de tomar estado” a los catorce años; edad coincidente con otras fuentes como la *Leyenda dorada*. Véase Joseph de San Gil, *Sermón panegírico del glorioso Patriarca San Joseph...*, p. 3; Aurelio de Santos Otero, *Los Evangelios Apócrifos*, pp. 144-145; Francisco Lino de Guzmán y Prado, *Ejemplar de prudencia e instrumento de la prudencia...*, p. 6; Santiago de la Vorágine, *La leyenda dorada*, tomo I, Madrid, Alianza Editorial, 2008, p. 211

⁵⁴² El relato de los desposorios, en el cual está contenido el episodio de la designación josefina como consorte de María, proviene de cuatro evangelios apócrifos, donde cada uno de ellos aporta su

prodigiosa de san José y los desposorios, así como toda la historia sacra, adquirieron matices propios en las diversas relecturas de la teología de los siglos XVII y XVIII. De hecho, en los panegíricos que nos sirven de fuentes primarias, las vetas exegéticas que sembraron en pos de la veneración josefina, ofrecen sus propias interpretaciones a la luz de la prevalencia patriarcal del carpintero.

Al respecto, traigamos a colación la prédica de Nicolás Carrasco Moscoso, fiel devoto josefino cuyos testimonios de su afición al Santo Patriarca fueron las obras pías que le dedicó cuando fungió como prebendado de la catedral de Valladolid.⁵⁴³ En uno de sus primeros pininos como predicador,⁵⁴⁴ al colegial palafoxiano le tocó vanagloriar la añeja alianza patronal entre la urbe poblana y san José, pacto acordado para que nuestro santo ahuyentase las lluvias que golpeaban la región. Dice el canónigo que “el consistorio de la Trinidad Santísima” tuvo a bien que María estuviese casada -por todas las implicaciones que hemos desarrollado hasta el momento. En la fiesta de las encenias,⁵⁴⁵ el sumo sacerdote

particular versión de los hechos. Los textos son el *Protoevangelio de Santiago*, el *Evangelio del Pseudo Mateo*, el *Libro sobre la natividad de María* y la *Historia de san José el carpintero*. Carmen de Montserrat Robledo Galván, *Iconografía de las imágenes novohispanas de los desposorios de la Virgen*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en Historia, 2010, pp. 56-70.

⁵⁴³ Carrasco Moscoso costeó varias obras pías en honor a san José, sitas en la catedral vallisoletana. Según los datos recabados por Óscar Mazín, en torno a 1710, el presbítero poblano mandó erigir un altar josefino, indicando su deseo de ser enterrado allí. “Dispuso un aniversario con 1,000 pesos en favor del cabildo y los capellanes de coro”, siendo altar para racioneros y sacerdotes. Un año antes de su muerte, en él dotó “misas de san José, el deán de México Diego de Malpartida y Centeno, con 1,000 de principal”; canónigo que también profesó devoción especial al Santo Patriarca. Finalmente, de los bolsillos de Carrasco Moscoso salió el dinero para el retablo de san José “del lado de la epístola, en el altar de los reyes junto a la sacristía”. Véase Óscar Mazín, *El cabildo catedral de Valladolid de Michoacán*, México, El Colegio de Michoacán, 1996, p. 281; Gabriela Sánchez Reyes, “La dotación de misas en honor a San José...”, pp. 40-61.

⁵⁴⁴ Esto lo sabemos por la información que el mismo autor aporta, a través de la dedicatoria al capitán Francisco Zatorre y Medina, familiar de la Inquisición y alcalde ordinario de Zacatecas: “No pude excusarme al mandato de vuestra merced en dar a la estampa este sermón, que siendo los primeros trabajos que en las estrenas del púlpito logró mi estudio en glorias del patriarca San José, son muchos los defectos y conocidas las imperfecciones con que sale a público”. Nicolás Carrasco Moscoso, *Sermón del patrocinio que contra los rayos y tempestades...*, Puebla, Imprenta de Diego Fernández de León, 1688, p. b.

⁵⁴⁵ Se refiere a la Fiesta de las Luces o *Janucá*, la cual conmemora la dedicación del segundo templo de Jerusalén por parte de Judas Macabeo, en el año 165 a.C. Véase Juan de Lidón (trad.), *Ritos y*

junto con un “concilio de sabios”, decidió poner el asunto al arbitrio de Dios, consultando para ello al oráculo. Puestos todos frente al propiciatorio,⁵⁴⁶ comenzaron a orar para que la divinidad proveyese su opinión. De pronto se escuchó una voz que ordenaba entregar a la Virgen con un “varón que le mereciese y fuese de su igual”. Para tal fin, se dieron a la tarea de congregar a los solteros nobles, a quienes portasen en sus venas la sangre real dimanada desde el rey David. A cada participante le otorgaron una vara, misma que debía colocarse en el altar de la sinagoga, a la espera de que Dios manifestara su voluntad. La fortuna recayó sobre la vara josefina, la cual floreció prodigiosamente y “a cuya cima vieron todos bajar al Espíritu Santo en forma de una hermosísima paloma, para confirmar en la tierra la elección que se hizo en el cielo”.⁵⁴⁷

Así se activó un engranaje crucial en la maquinaria mesiánica con miras a la reparación del “mundo perdido”; maquinaria ayudada por san José, *vicario* del Paráclito, por ende, esposo y dueño de María.⁵⁴⁸ A decir de fray Joseph de San Gil, nació el Unigénito para sanear el resquebrajamiento causado por “otros desposados más de cinco mil años antes en el Paraíso”.⁵⁴⁹ Interesante comparación, pues era exégesis común derivada de las epístolas paulinas,⁵⁵⁰ el catalogar a María y Jesús como la *nueva Eva* y el *nuevo Adán*: por la desobediencia de la pareja del Edén, ingresaron el pecado y la muerte a causar estragos en

ceremonias de los hebreos confutados, tomo II, Madrid, Imprenta de Benito Cano, 1800, pp. 211-216.

⁵⁴⁶ *Propiciatorio*: “Lámina cuadrada de oro, que en la ley antigua se colocaba sobre el arca del Testamento, de suerte que la cubría toda”. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española* [<https://dle.rae.es/propiciatorio?m=form>] (Consultado el 25 de septiembre de 2021).

⁵⁴⁷ Carrasco Moscoso interpreta el descendimiento del Espíritu Santo como la llegada impetuosa del *austro*, el fuerte viento que sopla desde el sur, combatiente del *aquilón*, el malicioso viento norteño que viene acompañado de un “escuadrón de rayos”. Con esta disparidad, el orador concibe la elección de san José bajo el gesto del Paráclito, no sólo como la consigna de ser custodio de María en contra de los asedios demoniacos, sino también como la confirmación del patrocinio contra las borrascas suscitadas en Puebla. Nicolás Carrasco Moscoso, *Sermón del patrocinio que contra los rayos y tempestades...*, pp. 7-9.

⁵⁴⁸ *Vicario*: “Que tiene las veces, poder y facultades de otra persona o la sustituye”. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española* [<https://dle.rae.es/vicario?m=form>] (Consultado el 25 de septiembre de 2021).

⁵⁴⁹ Joseph de San Gil, *Sermón panegírico del glorioso Patriarca San Joseph...*, p. 4.

⁵⁵⁰ “Así está escrito: el primer hombre, Adán, se convirtió en un ser vivo, el último Adán se hizo un espíritu que da vida” (1 Cor 15, 45).

la humanidad; por los segundos, triunfaron la expiación y la vida eterna.⁵⁵¹ Implícitamente, la analogía coloca a san José en un plano que, antaño, únicamente era competencia de María, es decir, participar activamente en la redención. Sustituyendo a Cristo en la interpretación usual de la dupla, ahora es el Santo Patriarca quien podría entenderse como un *Adán inédito* que, junto con su esposa, propicia la solución de lo estropeado por el matrimonio primigenio.⁵⁵²

Dicho sea de paso, además de ser exaltada la cooperación de los santos consortes en la emancipación universal, el episodio de los desposorios fue aprovechado por los oradores como recurso didáctico-moral para aplaudir e incentivar el sacramento del matrimonio, con la ayuda primordial de las representaciones pictóricas. Sin importar el anacronismo, en los sermones, María y José, dechados de virtud, fueron un par de *protocatólicos* que vivieron en consonancia con las directrices de la Iglesia, sin enfangarse con las ineptitudes judías que los rodeaban. Por ello, un adepto del pobre de Asís expuso a su auditorio que “a todos es notorio, porque en ello no hay duda, que para darse las manos cualesquiera desposados es preciso, por orden y disposición del concilio tridentino,

⁵⁵¹ El encumbrar a María como antípoda de Eva, provino de la interpretación dada al pasaje del Génesis donde Dios maldice a la serpiente por haber tentado a la compañera de Adán, sentenciándola a reptar y vivir en enemistad con *la mujer*, cuyo linaje “herirá tu cabeza cuando tú hieras su talón” (Gn 3, 15). Ser María la fémina cuya descendencia aboliría la esclavitud ocasionada por el pecado original, fue una tradición fuertemente divulgada para los siglos que nos competen (aunque no exenta de complicaciones por insertarse en el entorno de las discusiones inmaculistas). Ejemplo de ello, es el paralelismo de ambas mujeres mediante el anagrama *Eva-Ave*, mismo que dio material para extensos tratados como el del barón de Mullingar, Antonio de Souza de Macedo. También podemos aludir al trasvase pictórico de la idea en obras como *La Virgen de los Palafreneros*, pieza de Caravaggio, o en territorio novohispano, con *María Nueva Eva*, lienzo perteneciente a las colecciones de Fomento Cultural Banamex. Véase Cándido Pozo, *María, Nueva Eva*, pp. 317-320; Antonio de Souza de Macedo, *Eva y Ave o María triunfante, teatro de la erudición y filosofía cristiana en que se representan los dos estados del mundo: caído en Eva y levantado en Ave*, Madrid, Imprenta de la viuda de Francisco del Hierro, 1731; Sebastian Schütze, *Caravaggio. Obra completa*, Colonia, Taschen, 2015, p. 141; Héctor Schenone, *Santa María: iconografía del arte colonial*, Buenos Aires, Pontificia Universidad Católica de Argentina, 2008, pp. 33-37.

⁵⁵² Analogía que tuvo resonancia en las plumas josefinas. Según Pedro de Torres, cuando Dios dijo “hágase el hombre a nuestra imagen y semejanza”, fue una profecía de la creación de san José, “místico Adán de la mejor Eva, María santísima”. Véase Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, p. 507.

asistencia de testigos y presencia de párroco”.⁵⁵³ En la remota Galilea, muchos siglos atrás, así se efectuó el dichoso matrimonio, pues José y María “son y fueron tan de la iglesia de Roma, en donde se observa al pie de la letra el Concilio de Trento”.⁵⁵⁴ Descendiendo con majestad, Jesús hizo las veces de sumo sacerdote; los testigos fueron “todas las tribus de la tierra”; presencia hubo de ángeles y bienaventurados.

El tipo iconográfico de raigambre francesa materializó la unión de José y María mediante las manos estrechadas (**fig. 43**). En estrategia de retórica visual, las imágenes de los desposorios enfatizaron tanto el profundo recato como la obediencia y resignación de ambos cónyuges, todo ello a través de sus miradas bajas, sus labios ajustados que expresan mutismo, las cabezas ladeadas de quienes escuchan y acatan las indicaciones clericales. Artefactos didascálicos que invitan a la *utopía sociodivina*, donde la grey sería alarde de docilidad y sujeción al orden. Por su parte, la variante italiana, hizo hincapié en la joya acunada en suelo mediterráneo desde el siglo X: el *anillo nupcial* que san José le otorgó a la Virgen. La reliquia, que después de múltiples avatares llegó a Perugia en 1473, donde aún hoy día se conserva en la catedral de San Lorenzo, tuvo fama de milagrosa, auxiliando en los problemas familiares en general y, en particular, a mujeres embarazadas. Gracias otorgadas no sólo a los peregrinos que se postrasen ante él, sino también a quienes lo hiciesen frente a los duplicados tocados al original; reliquias de tercer grado de las que Nueva España gozó de ejemplares, resguardados en los conventos citadinos de San Lorenzo y la Merced.

Las pinturas cuyo punto focal es el momento en que José se dispone a deslizar la alhaja en el dedo mariano, tienen un referente coyuntural en la *pala d'altare* encargada a Pietro Perugino para hermostrar la capilla perusina del anillo; composición prototípica que obtuvo mayor notoriedad mediante la versión hecha por su discípulo, Rafael Sanzio.⁵⁵⁵ En

⁵⁵³ Sobre las especificaciones tridentinas en torno a la correcta práctica del sacramento, véase “Decreto de reforma sobre el matrimonio”, en *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento*, Madrid, Imprenta real, 1787, pp. 300-304.

⁵⁵⁴ Miguel Díaz Romero, *Ornamento sacro de la santidad más elevada...*, p. 2.

⁵⁵⁵ Miguel Ángel García Guinea, “La representación de san José a través de la pintura italiana”, en *Revista de Estudios Josefinos*, núm. 1, año I, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas,

el virreinato novohispano, dieron cuenta del tema pintores como Sebastián López de Arteaga, Cristóbal de Villalpando y Juan Rodríguez Juárez, entre otros, yendo más allá de representar un mero episodio de la historia sacra al convertirse los cuadros en *imágenes conceptuales*⁵⁵⁶ por el enaltecimiento del séptimo sacramento, tal y como Miguel Cabrera lo destacó en el lienzo propiedad del Museo Arocena (**fig. 44**): san José, en genuflexión, está a punto de colocarle la sortija a María. Las manos de los noveles consortes son los dos vértices de un triángulo que el sumo sacerdote completa con su señalamiento. Cual presbítero católico, el sacerdote hebreo celebra la ceremonia, dando fe litúrgica de la misma al seguir sus pautas incluidas en el *ritual*,⁵⁵⁷ libro de grandes dimensiones que sujeta el tonsurado acólito.⁵⁵⁸

1948. pp. 65-85; Teófanos Egido, “La devoción a san José: reliquias y leyendas”, en *Revista de Estudios Josefinos*, año LXI, núm. 121, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 2007, pp. 83-104; Gabriela Sánchez Reyes, “La fundación de cofradías de san José en la Nueva España”, pp. 1-18.

⁵⁵⁶ *Grosso modo*, mientras que las *imágenes narrativas* tienden a la mimesis, a la imitación de la naturaleza, siendo las encargadas de representar un episodio concreto de la vida de algún personaje; las *imágenes conceptuales* figuran ideas abstractas. La línea que separa a unas y otras puede difuminarse como en el caso de la pintura cabreriana, la cual es, sincrónicamente, la transcripción visual del relato de los desposorios y una apología del sacramento matrimonial. Véase Rafael García Mahiques, “Imagen conceptual e imagen narrativa”, en Rafael Zafra Molina y José Javier Azanza López (coord.), *Emblemática trascendente: hermenéutica de la imagen, iconología del texto*, España, Universidad de Navarra, 2011, pp. 65-86.

⁵⁵⁷ *Ritual*: “libro que enseña el orden de las sagradas ceremonias y administración de los sacramentos”. Real Academia Española, *Diccionario de autoridades. Tomo V (1737)*, [<https://apps2.rae.es/DA.html>] (Consultado el 27 de septiembre de 2021).

⁵⁵⁸ Es sumamente interesante que, a diferencia de los desposorios pintados en el siglo XVII, algunos artistas dieciochescos ofrecieron una nueva composición con elementos diversos, donde privilegiaron la escenificación de la práctica del sacramento matrimonial (teniendo como modelos insuperables a José y María), por encima de la grandilocuencia del relato prodigioso heredado de los apócrifos. Para demostración de lo dicho, cotejemos la obra de Cristóbal de Villalpando sita en el Museo de El Carmen y la propia de José de Páez del Museo de Arte Sacro de la catedral de Chihuahua. En ambos casos, presenciamos la imposición del anillo. Pero en el primer óleo, apadrinan cuatro ángeles; de las alturas desciende el Espíritu Santo, planeando sobre la vara reverdecida; el Altísimo se manifiesta desde un rompimiento de gloria, y sus manos, las cuales surgen de entre las nubes, avalan el suceso al unir a los consortes mediante un sutil impulso; en la alcatifa que decora el templo, descansan rozagantes flores que connotan las sacralidad del espacio y lo purifican como lo haría el incienso; por último, el sumo sacerdote es el *ammonitore*, quien nos hace copartícipes del misterio que está sucediendo frente a nuestros ojos. En cambio, el segundo lienzo es cercano a una representación costumbrista: casi como testigos furtivos, figuran un par de mozas tras un vano, así como una mujer de mayor edad, tal vez santa Ana; ni Dios padre ni el

El anillo connota la mutualidad de los recién casados, donde cada uno es “recíproco instrumento de la gloria y felicidad del otro”. La dignificación ganada por san José trasciende la cualificación de ser *un hombre*. Por concesión del Eterno Padre fue mutado en un “nuevo visible ángel tutelar” para dominio de la esposa y guía de la “conducta de su hijo”.⁵⁵⁹ Para ilustrar la complejidad simbólica de la sortija, las mejores fuentes son los patrocinos pincelados en el virreinato peruano por Gaspar Miguel de Berrío. De sus tres versiones,⁵⁶⁰ empleemos para el análisis la albergada en el boliviano museo de la Casa Nacional de Moneda (**fig. 45**).

Al centro de la imagen, entronizado en una nube repleta de querubines, san José viste de gala con una túnica alba de filigranas doradas. Un cuarteto de ángeles extiende la pronunciada capa de armiño bajo la cual se guarece un séquito de santos, cuya característica principal de la mayoría es la escritura sacra.⁵⁶¹ Tal es el caso de los cuatro evangelistas, los teólogos Jerónimo, Agustín y el Aquinate, además de las santas místicas Teresa de Ávila, Gertrudis de Helfta y Catalina de Siena. Sus libros abiertos y las plumas en mano son atributos que certifican varias cualidades simultáneas: los textos de estos bienaventurados son exégesis, legitimación, transmisión y testimonio de la *soberanía josefina*, misma que les antecede y les otorga amparo a través de su sombra; beneficio

Paráclito están presentes; ahora, exclusivamente, la alcatifa decora una escalinata semicircular que permite ubicar en un plano superior al sumo sacerdote, quien lleva la parte activa del momento al ser el que introduce los anillos en los dedos de los esposos. Lo anterior, aunado a la presencia del acólito que sujeta el ritual, tal y como sucede en el cuadro de Cabrera, es lo que da un giro de 180 grados al significado cardinal del lienzo, es decir, la subyacente intención didascálica adjunta al encomio del séptimo sacramento. Véase Ligia Fernández Flores, “José de Páez. Serie: La vida de la Virgen”, en Clara Bargellini y Libertad Villarreal (coord.), *Vestigios. Arte virreinal de Chihuahua*, México, Secretaría de Cultura de Chihuahua, 2019, pp. 126-131; Rogelio Ruíz Gomar, “Serie de la vida de la Virgen”, en Juana Gutiérrez Haces (et. al.), *Cristóbal de Villalpando, ca. 1649-1714. Catálogo razonado*, México, Fomento Cultural Banamex, 1997, pp. 266-268.

⁵⁵⁹ Joseph de San Gil, *Sermón panegírico del glorioso Patriarca San Joseph...*, p. 5.

⁵⁶⁰ Las otras variantes, en resguardo del Museo de Bellas Artes de Chile y el Museo Colonial Charcas de Bolivia, comparten el mismo esquema compositivo del lienzo potosino pero presentan algunos cambios, entre ellos, la adición o supresión de los santos bajo la capa josefina, la cantidad de arcángeles del registro superior, así como la representación mariana, que en el cuadro santiaguino, es ataviada como la virgen del Carmen.

⁵⁶¹ Quienes están exentas de esta cualidad son las mártires santa Catalina de Alejandría y santa Bárbara de Nicomedia, ubicadas en el grupo del costado derecho de san José.

anhelado por todo aquel que busca la abogacía del Santo Patriarca, tal y como lo evidencia el versículo circunscrito en la cartela: *sub umbra illius quem desideraveram sedi*.⁵⁶² Por encima de la orquesta angelical que ameniza la investidura josefina, en los flancos del registro superior posan los arcángeles Gabriel y Miguel, y en la zona medular, preside la *Trinidad triábrica cristomorfa*,⁵⁶³ cuya identidad individual es reconocible por sus elementos diagnósticos.⁵⁶⁴ A los costados de la divinidad, hacen acto de presencia Ana, Joaquín, Juan el Bautista y, emperifollada con galas resplandecientes, la virgen María, en cuya rodilla descansa una de las filacterias que descifran los valores profusos de este discurso visual, donde san José ingresa a la monarquía celestial por matrimoniarse con la reina del universo, siendo la alianza sostenida con su diestra, el decreto de su grandeza por haber adquirido tan espléndida esposa.

Es perentorio aclarar que las inscripciones de la filacteria sujeta al anillo, así como la que bordea el rostro josefino, son fragmentos de una oración con mayores componentes. La frase original, basada en la *passio* de santa Inés, proviene de una antífona cantada en la profesión de las monjas medievales, de la cual se tiene documentado su uso en el ámbito benedictino: *annulo suo subarravit me dominus meus Jesus Christus et tamquam sponsam decoravit me corona*.⁵⁶⁵ El ritual de “matimoniarse místicamente con Cristo” conllevaba la colocación del hábito junto con el velo, un anillo y corona.⁵⁶⁶ Por el contexto josefino, al

⁵⁶² “A su sombra quisiera sentarme” (Cant 2, 3).

⁵⁶³ Sobre las especificidades del tipo iconográfico, véase Rafael García Mahiques, “La Trinidad triábrica cristomorfa”, en *Los tipos iconográficos de la tradición cristiana. 1. La Visualidad del Logos*, Madrid, Encuentro, 2015, pp. 247-297.

⁵⁶⁴ En especial destaca que el atributo del Espíritu Santo, no se limita a la clásica paloma, sino que ésta se posa sobre un tallo fértil con flores blancas. Seguramente, se trata de un guiño iconográfico que acentúa el paralelismo entre el Paráclito y san José, tanto por ser esposos de la Virgen, como por la remembranza de la elección prodigiosa del carpintero.

⁵⁶⁵ “Mi señor Jesucristo me desposó con su propio anillo y me adornó con una corona como una novia”.

⁵⁶⁶ Al respecto, véase James Borders, “Gender, Performativity, and Allusion in Medieval Services for the Consecration of Virgins”, en Jane F. Fulcher (ed.), *The Oxford Handbook of the New Cultural History of Music*, New York, Oxford University Press, 2011, pp. 23-28; Sarah McNamer, *Affective Meditation and the Invention of Medieval Compassion*, E.U.A., University of Pennsylvania Press, 2010, p. 38; Nancy Bradley Warren, *Spiritual Economies. Female Monasticism in Later Medieval England*, E.U.A., University of Pennsylvania Press, 2001, p. 27.

fragmentarse la oración en el lienzo, ésta se reviste de polivalencias. Si mantuviese la lógica del Medioevo, explicita que la mujer es desposada y los signos del compromiso son el recibimiento de las alhajas. No obstante, en nuestro cuadro, san José es quien detenta la sortija como evidencia de su poderío patriarcal, adquirido gracias al consecuente domeño de María. De hecho, la reliquia anular, tradicionalmente, es considerada josefina no mariana. Entonces, *annulo suo subarravit*, a decir de Irma Barriga Calle, podría traducirse como “su anillo me subyuga”,⁵⁶⁷ concordando la sentencia por completo con las innovaciones de la teología moderna. Así, por separado, *et decoravit me corona*, declara lo que visualmente se ostenta. El lienzo del pintor potosino es, conjuntamente, un patrocinio y una consagración real. A san José le son concedidos cetro y corona áureos, iguales a los de su esposa y la Trinidad; signos del poder que lo acreditan como miembro de la realeza divina con capacidades de mando gigantescas por emulación con las prerrogativas patriarcales del Altísimo, como lo asienta la filacteria horizontal en paráfrasis de la historia de José, virrey de Egipto: *Dios constituit eum dominum domus suae et principem omnis possessionis suae*.⁵⁶⁸

La excepcionalidad de este sacro matrimonio, además de todos sus pormenores simbólicos y salvíficos, es notoria por su dispensa sexual. Se trata pues de un maridaje que, a diferencia del resto, no requirió de la coyuntura carnal para considerarse fidedigno, anteponiéndose la valía espiritual del sacramento a la consumación coital y los efectos procreativos adjuntos. Es decir, José y María se enlazaron en un *matrimonio rato*, aquel que parte de una voluntad expresa de estar juntos confirmada ante el altar, manteniendo “los recíprocos oficios de uno a otro”. Nunca pues llegó al nivel de consumación por “sociedad íntima”; bastó con que se uniesen en un solo corazón, ya que ambos “tenían consagrados sus castísimos cuerpos a la Majestad divina por voto”.⁵⁶⁹

⁵⁶⁷ Irma Barriga Calle, *Patrocinio, monarquía y poder...*, p. 194, nota 152.

⁵⁶⁸ “Lo nombró administrador de su casa y señor de todas sus posesiones” (Sal 105, 21).

⁵⁶⁹ Juan Francisco Domínguez, *Bienaventuranzas del santísimo patriarca señor San Joseph...*, p. 22; Karl Rahner (dir.), “Matrimonio. Teología dogmática”, en *Sacramentum Mundi. Enciclopedia teológica, tomo IV*, p. 518.

En clave efrástica, a decir de Díaz Romero, José desposando a María mediante el gesto de tomarle la mano, es una “imagen viva (...), el nuevo emblema de la virginidad”; pureza que, en especial para la Virgen, termina por perfeccionarse bajo la custodia fiel del carpintero. Para afianzar su postulado, el orador trae a la memoria una anécdota sobre Zeuxis de Heraclea, mítico pintor griego. Al artista le fue requerido que “alentase toda la valentía de su pincel” para realizar una pintura de Helena junto a Paris.⁵⁷⁰ A ella la representó “con todo el garbo, donaire, alma y belleza de una hermosa doncella”, dejando vacío el espacio del príncipe troyano. En su lugar, sólo escribió la breve sentencia: *qui meruit*.⁵⁷¹ La razón de tal medida la justificó Zeuxis diciendo que “para el dibujo más perfecto de Paris, basta el decir que fue tal, que mereció tanta belleza”. De hecho, la inclusión del iliense hubiese ensombrecido el primor de Helena al restársele puntos a su “perfección de virgen”. Para el panegirista, la elocuencia del artífice heleno es ínfima en cotejo con la de Dios, “pintor supremo”,⁵⁷² quien mostró sus destrezas en el “lienzo del matrimonio”: a diferencia de Paris, san José es visible. Aquel *que mereció* a la Virgen está junto a ella. Al tomar la mano de su esposa, opuesto al envilecimiento, el Santo Patriarca

⁵⁷⁰ Desafortunadamente, no encontramos referencia alguna sobre Zeuxis representando a Paris y Helena. Quizá se trate de una adaptación arbitraria de aquella celebre imagen, cuya leyenda cuenta que para retratar la perfección de Helena, Zeuxis reunió a cinco beldades de Crotona, “porque no creía que todas las cosas que buscaba para la belleza pudieran encontrarse en un solo cuerpo, pues la naturaleza nunca ha pulido perfectamente todas las partes de una sola cosa”. Lo que prácticamente es un hecho es que esta reflexión y toda la base de las metáforas pictóricas empleadas por Díaz Romero, fueron retomadas casi literalmente de la obra *Grano del evangelio*, escrita por el jesuita Joseph de Ormaza. Véase Bulmaro Reyes Coria, “Introducción”, en Marco Tulio Cicerón, *De la invención retórica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997, p. XLIV; Joseph de Ormaza, “A la imagen de la virginidad da cuerpo y luz, la sombra de Joseph, y perfección su mano”, en *Grano del evangelio en la tierra virgen Cristo...*, tomo I, Madrid, Imprenta de Gabriel de León, 1667, pp. 307-309.

⁵⁷¹ “El que la mereció”. Traducción del propio panegirista.

⁵⁷² El tópico del *Deus pictor*, quien idea y después materializa, tal y como lo haría un artista al concebir intelectualmente un diseño y después plasmarlo en un cuadro, no fue ignoto en el ámbito novohispano. Dicha proposición tuvo singular éxito a través de la imagen *acheropita* de Guadalupe, dando cuenta de ello la oratoria sacra en conjunto con la retórica visual. Véase Jaime Cuadriello, “El Obrador Trinitario o María de Guadalupe creada en idea, imagen y materia”, en *El divino pintor: la creación de María de Guadalupe en el taller celestial*, México, Museo de la Basílica de Guadalupe, 2001, pp. 61-205.

afina “la pintura de la virginidad de María” dándole la *última mano*,⁵⁷³ en la cual van comprendidas “la gala y ornamento de su virtud (...), la capa de la sombra y resguardo de su virginal pureza (...), como también de su amor castísimo el precioso manto”.⁵⁷⁴

En definitiva, estas apreciaciones teológicas coadyuvaron a consolidar la creencia en la elementalidad de san José dentro del plan salvífico, sobre todo, porque a través de sus acciones atípicas, fueron derruidos inconsistencias y/o requisitos para validar como verdadero el matrimonio con María, dando legitimidad sincrónica a su paternidad sobre Cristo. Verbigracia, san José en tanto hombre, a la inversa de lo ordinario, no se casó para saciar sus apetitos sexuales, muchos menos para procrear; consigna adjunta al sacramento matrimonial.⁵⁷⁵ Lo hizo para mantener “incontaminada” a María, como lo afirmó Pedro Muñoz de Castro en su sermón, cuyo asunto estriba en demostrar que la excelencia de san José radica en su humildad.

El clérigo discurre que nuestro santo se elevó en la gracia disminuyéndose; ascendió bajando; “creció al revés”. Entonces su actuar fue a contracorriente. Así José, junto con Jesús y María, prosperó humillándose “al revés de los hombres, que crecen exaltándose soberbios y por eso ellos caen miserablemente y perecen con ruinas lamentables, y sólo los humildes se ensalzan y subsisten porque crecen bajando”.⁵⁷⁶ Desde esta perspectiva, no es de extrañar que su desposorio sirviese no para quitar una virginidad, sino para preservarla con resolución, ganando para sí más de lo que cualquier otro pudiese imaginar.

⁵⁷³ Entiéndase: “vuelta que se da a algo para su perfección o enmienda”. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, [<https://dle.rae.es/mano?m=form>] (Consultado el 01 de octubre de 2021).

⁵⁷⁴ Miguel Díaz Romero, *Ornamento sacro de la santidad más elevada...*, pp. 11-12.

⁵⁷⁵ El matrimonio entendido como precepto divino, cuyo origen puede rastrearse en el “creced y multiplicaos” del Génesis (Gn 1, 22); engloba a su vez varias necesidades humanas, deviniendo en *institución natural*. Además de mecanismo de procreación y preservación del género humano, pasando por “remedio de la concupiscencia” tras el yerro edénico, se torna en sacramento por prescripción crística ubicada en el evangelio mateano: “lo que Dios unió, no lo separe el hombre” (Mt 19, 4). Queda claro que los fines del matrimonio entre José y María, difieren de las consignas básicas para el común de los mortales. Cfr. José María Martí Sánchez, *Afectividad y procreación en el matrimonio canónico. La evolución de la teoría de los fines*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, p. 140.

⁵⁷⁶ Pedro Muñoz de Castro, *Sermón del glorioso patriarca San Joseph...*, pp. 5r y 9v.

Sólo con inmensa humildad y estricto apego a la voluntad divina es como san José fue sublimado al merecer por esposa a María, ridiculizando por completo a todo arrogante que se jacta de sus grandezas. Es así que, para efectos moralizantes, Muñoz de Castro hace hablar al propio san José desde el púlpito, demostrándole con ello a la concurrencia que el desprecio autoinflingido es un estupendo atajo para alcanzar favores celestiales. No olvidemos que en la literatura edificante de esta época se consideraba que las suspicacias y disminuciones eran agradables a Dios, quien veía con buenos ojos la aceptación de inferioridad de las creaturas. Por ende, bajo este criterio, sólo dudas y calificaciones de indignidad salieron de la boca del carpintero:

Yo, ¿esposo de la madre de Dios y, consiguientemente, su prelado, superior y cabeza? María, madre de Dios, ¿esposa mía, sujeta a mi voluntad? Yo, ¿padre putativo de Jesús, hijo de Dios y, consiguientemente, su superior? ¿Hijo mío, el mismo hijo de Dios, sujeto a mi obediencia? (...) Yo -diría Joseph-, criatura vil, varón inútil, perverso pecador, el más indigno de los nacidos, ¿esposo de la madre de Dios? ¿Cómo ha de ser? Yo, imperfecto, tibio, lleno de culpas, ¿ingrato a la majestad soberana y padre del mismo hijo de Dios? ¿Cómo es posible? (...) ¡No, no! No he de condescender ni convenir en ello. Dejaré primero disimuladamente a la señora (...) Vuelto en sí, san Joseph exclamaría: ¿este desposorio tan milagroso? Haber florecido aquella vara de repente en mis manos y bajado sobre ella a apadrinar visible nuestras bodas el Espíritu Sacrosanto, ¿no indica ser gusto declarado de Dios que yo asista a María, como su esposo, y que cuide del hijo de sus entrañas como padre? Harélo así, pues es gusto de Dios (...) ¿Mas tanta dignidad a mí? ¡No puede ser! ¿A mí, pecador indigno, ministerio tan alto? ¡Ya no quiero, ya no quiero!”⁵⁷⁷

En la teología moderna fue lugar común justificar el conato de abandono y huida por parte de san José como una fineza premeditada. Aquí, al abrumarse por su inferioridad ante las dádivas recibidas, el carpintero prefiere apartarse. Según Nicolás de Monterde y Antillón,

⁵⁷⁷ Pedro Muñoz de Castro, *Sermón del glorioso patriarca San Joseph...*, pp. 5v y 6r.

justo este acto de modestia, este “pensamiento de dejarla fue en señor san Joseph el mérito de conseguirla” y su mayor muestra de santidad.⁵⁷⁸

Regresando a la cuestión de poner a san José en la primera línea de la salvación universal, sin duda, hubo que librar varios galimatías nacidos de la disparidad en los textos bíblicos e intrincados siglos de exégesis. El objetivo, de tan complicado, dio paso a sugerencias harto peculiares. Al respecto, citemos el panegírico de Francisco Lino de Guzmán y Prado, orado en 1749, en el guadalajareño convento de Jesús María. El clérigo puso su empeño en nulificar ciertos impedimentos que dificultaban las nupcias “dispuestas por el cielo”, resaltando que la eximia prudencia del Santo Patriarca fue la resolución de todos los conflictos. El primero de ellos, desenmarañado con deducciones e interpretaciones excéntricas,⁵⁷⁹ parte del intento de conciliar las discrepantes genealogías de Cristo aportadas por los “sagrados historiadores”, Lucas y Mateo. Según Lino de Guzmán, el inconveniente para concretar el enlace matrimonial era la hermandad de María y José:

Dice Matute, concordando el texto de los evangelistas, que señor san Joseph y María santísima eran hermanos; porque aunque Jacob era padre suyo, como dice san Mateo: *Jacob autem genuit Joseph*; pero Elí Joachin, que es el padre de nuestra señora (y por ser binomio se llama con estos dos nombres Elí y Joachín), habiendo muerto Jacob, adoptó por hijo legal al señor san Joseph, por lo cual, ¡señor san Joseph y María santísima eran hermanos legales por esta adopción! Y como la cognación legal, que proviene de adopción, es impedimento para el matrimonio, como asientan los teólogos, será necesaria la prudencia del señor san Joseph para salvar este impedimento y resolver esta dificultad (...) Aunque es grave la dificultad, ya la tiene resuelta la prudencia del señor san Joseph, no sólo con decir que en la ley antigua no era impedimento la cognación legal,⁵⁸⁰

⁵⁷⁸ Nicolás de Monterde y Antillón, *La mayor santidad de Joseph...*, p. 5.

⁵⁷⁹ Retomadas de la obra *Prosapia de Cristo*, escrito del canónigo de Baça, Diego Matute de Peñafiel Contreras, donde profundiza sobre el largo linaje de Jesús, iniciando con Adán y Eva hasta desembocar en José y María. Véase Diego Matute de Peñafiel Contreras, *Prosapia de Cristo*, Baça, Imprenta de Martín Fernández, 1614, pp. VII-VIII.

⁵⁸⁰ *Cognación* significa “familia o parentesco de sangre”. Pero, desde los estatutos canónicos, la cognación tiene tres variantes: *carnal*, por lazo consanguíneo; *espiritual*, por compaternidad; y *legal*, derivada de la adopción. Real Academia Española, *Diccionario de autoridades. Tomo II (1729)*,

sino es que también hablando al estilo de nuestros tiempos, cuando el adoptado se retira de la casa y patria potestad del adoptante, no prevalece el impedimento de la cognación legal, y previniendo esto señor san Joseph, como varón prudente, se retiró de la casa del señor san Joachin, como dice Castro. Y así es manifiesto que se suspendió la cognación legal y el impedimento; aunque con verdad se puede decir que señor san Joseph y María santísima fueron hermanos. Así resolvió la prudencia de mi santísimo patriarca este impedimento.⁵⁸¹

San José permitió que el plan del Altísimo continuase sin interrupciones, abandonando la casa del padre putativo. Primer conflicto remediado. Pero aquí vuelve al ruedo la cuestión de la virginidad, aunque ahora se incluye a la josefina. Dice nuestro predicador que, antiguamente, la perfección matrimonial radicaba en un acto virtuoso: tener prole con el anhelo de dar a luz al mesías. No obstante, por su acentuada humildad, José y María no albergaban esperanza alguna de ser los padres del Salvador, así que cada uno por su cuenta, hizo votos de perpetua castidad. Ante esta promesa, los desposorios se convirtieron en un grave inconveniente pues, a toda costa, san José deseaba conservar intacta su virginidad; peor aún, cuando la falta de coito impide la credibilidad de un matrimonio y su valoración como auténtico, ya que no cubre los fines para el cual fue instituido. Para fortuna de nuestro santo, “varón prudente y prevenido”, éste tenía anticipada una “dispensa del cielo”: la noche de bodas se manifestó un “nuncio del consistorio divino”, ordenándole que preservase su virginidad. Acatando el mandato, los consortes, juntos, hicieron un innovado juramento ante Dios.⁵⁸² En suma, el Santo Patriarca fue para María quien hizo “los oficios de esposo” pero sin darse “las licencias de marido”.⁵⁸³

[<https://apps2.rae.es/DA.html>] (Consultado el 01 de octubre de 2021); Lorenzo Arrazola, *Enciclopedia española de derecho y administración o Nuevo Teatro Universal de la Legislación de España e Indias*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación y Jurisprudencia, 1856, p. 470.

⁵⁸¹ Francisco Lino de Guzmán y Prado, *Ejemplar de prudencia e instrumento de la prudencia...*, pp. 7-8.

⁵⁸² Francisco Lino de Guzmán y Prado, *Ejemplar de prudencia e instrumento de la prudencia...*, pp. 9-10.

⁵⁸³ Francisco Lino de Guzmán y Prado, *Ejemplar de prudencia e instrumento de la prudencia...*, p. 16.

La castidad de san José y su deseable imitación por parte de la feligresía masculina, conlleva un vitor implícito en las consideraciones de los predicadores, a sabiendas de que los hombres, según una óptica heredada del pensamiento agustiniano, son animales *lujuriosos e incontinentes*.⁵⁸⁴ El carpintero gestado por la teología moderna estuvo exento de esta proclividad, tal y como lo hemos expuesto en el primer capítulo de la presente investigación.⁵⁸⁵ Sin embargo, para enaltecer aún más la pureza de san José, en la homilética suele considerarse su reticencia al “apetito sensual” como un acto voluntarioso, un triunfo de la templanza. Por ejemplo, Pedro del Espíritu Santo reflexiona que, de los patriarcas veterotestamentarios, Tobías fue quien ejerció una abstinencia de mayores vuelos, ya que la mantuvo incólume pese a que cohabitaba con una tentación contigua, es decir, con “su querida esposa en una misma casa” aunque en tálamo diferente. Esta proeza sobre la supuesta pulsión irrefrenable de todo varón, en san José fue categórica.

⁵⁸⁴ En su trabajo sobre la prostitución en los siglos XIX y XX, Fabiola Bailón Vázquez ha rastreado los antecedentes morales dados a dicha práctica sexual. En la época virreinal, primaba la justificación aportada por san Agustín, quien consideraba la prostitución como un “mal necesario” para evitar el colapso del *status quo* y el orden social. Según el Águila de Hipona, si el meretricio no existiese, la lubricidad no desfogada de los hombres les provocaría un enorme desenfreno, impeliéndolos a atacar a las mujeres impolutas, “produciendo males peores, como raptos, estupros y adulterios”. Catalogadas las mujeres en dos grandes rubros, *mancilladas* y *honorables*, las prostitutas fungían un papel dual como apaciguadoras de la incontinencia masculina y escudo de la virtud de las féminas decentes. Fabiola Bailón Vázquez, *Prostitución y lenocinio en México*, p. 22.

⁵⁸⁵ Al respecto, véase el apartado 1.3 del primer capítulo, intitulado *El brío mesurado. La anulación del fomes de la concupiscencia*.

Acorde con la historia de Tobías contenida en la *Vulgata*,⁵⁸⁶ Sara, su esposa, vivía asediada por Asmodeo.⁵⁸⁷ Dicho demonio asesinó a los siete maridos previos de la infortunada. Cada uno cayó en desgracia tras haber copulado con ella.⁵⁸⁸ Por intercesión del arcángel Rafael, Tobías libró la calamidad que le esperaba al casarse con Sara, al conocer la razón por la cual fenecieron sus antecesores: “pues aquellos que abrazan el matrimonio de manera que echan a Dios de sí y de su mente, y se entregan a su pasión como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento. Sobre los tales tiene potestad el demonio”. Cual manual profiláctico, el emisario celestial dio a nuestro protagonista las indicaciones pertinentes para evitar la muerte. Además de quemar hígado de pez para ahuyentar al ángel caído, Rafael le encargó que no tuviese intimidad con Sara hasta tres días después de casado, dedicándose únicamente a la oración. Cumplida esta penitencia, Tobías podría yacer con su mujer, aunque “llevado más bien del amor de tener hijos que de la pasión, para que consigas en los hijos la bendición reservada al linaje de Abraham”.⁵⁸⁹

⁵⁸⁶ A diferencia de las biblias actuales, en la *Vulgata*, el relato presenta singulares variantes, mismas que lo hicieron óptimo para promover la virtud entre los desposados. En la versión antigua, se incluyó el porqué de la muerte de los anteriores maridos de Sara y los días con sus noches que Tobías mantuvo abstinencia sexual para ahuyentar a Asmodeo. En las biblias católicas de hoy, con colocar hígado y corazón de pez en el brasero fue suficiente para repeler al demonio. Otro cambio importante reside en la actitud de Sara ante la imprecación de su sirvienta. En la *Vulgata*, como antecedente de lo que sucederá en su lecho nupcial, ella ayuna por tres días pidiendo clemencia a Dios, enfatizando que se ha mantenido alejada de la concupiscencia. En cambio, en las biblias contemporáneas que conjugan las traducciones de diversos manuscritos, desesperada, Sara tuvo intención de ahorcarse. Por último, cabe señalar que para la época que nos ocupa, la historia de Tobías fue integrada al canon de los libros sagrados por decreto tridentino. Cfr. Felipe Scio de San Miguel, *La Biblia Vulgata latina traducida en español...*, tomo V, Madrid, Imprenta de la hija de Ibarra, 1808, pp.415 y 426; Luis Alonso Schökel, *Biblia del peregrino*, Bilbao, Ediciones Mensajero, 1995, pp. 797-816.

⁵⁸⁷ No es gratuito que se recurra a Asmodeo en esta leyenda, ya que era considerado el demonio atizador del “fuego del amor impuro”. Véase *Sagrada Biblia en latín y español...*, tomo VIII, México, Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo, 1832, p. 194.

⁵⁸⁸ Si bien, Sara mantuvo relaciones sexuales con sus maridos, en la *Vulgata* se especifica que ella procedió por obediencia y respeto a las costumbres, no por desear tener un varón. Por ello, cuando solicita clemencia a Dios, afirma que ha conservado “su alma limpia de toda concupiscencia”. Esta actitud frente a la sexualidad, hizo propicio el cotejo del proceder de Sara con la castidad josefina, tal y como lo hemos desarrollado en las páginas 83-84. Véase Felipe Scio de San Miguel, *La Biblia Vulgata latina traducida en español...*, p. 426.

⁵⁸⁹ Felipe Scio de San Miguel, *La Biblia Vulgata latina traducida en español...*, pp. 437-439.

El predicador carmelita retomó las vicisitudes de esta historia para acreditar lo aventajada que fue la castidad josefina. Tobías “solamente tres noches se recató del tálamo y apartó de los brazos de su querida esposa”. San José, haciendo alarde de moderación, pasó treinta y dos años junto a la “Saba más bella”,⁵⁹⁰ sin intención alguna de profanar el cuerpo de María. Para mayor lucimiento, sólo él mismo, la Virgen y Dios supieron de su “casto proceder”, mismo que se edificó sin “temor de la ignominia o el amor del aplauso”.⁵⁹¹ Como hemos dicho, por si fuera poco, de la actitud del Santo Patriarca se conjugaron dos virginidades, pues al conservar la suya, al unísono, procuró la de María; causándole suplicios el mantener en secreto tanta virtud contenida entre los muros del hogar nazareno. Así lo sopesó Julián Gutiérrez Dávila, prepósito del Oratorio de San Felipe Neri, al consagrar en la festividad josefina el retablo de la Asunción erigido en el templo de dicha congregación.

El presbítero recurrió al tópico de san José como un “mártir de sus deseos”, quien penaba porque su máximo anhelo era que el cuerpo de María fuese reverenciado. Para desventura josefina, los judíos no la consideraban virgen al verla preñada, y él quería que la venerasen por su cualidad de madre inviolada. Como era el único que tenía licencia para conocer el misterio, pues el cuerpo mariano era suyo por lazo matrimonial, la angustia de san José fue grande al verse “obligado a que aquella purísima flor se conservase y la conservase él bajo la rosa del silencio”. Murió el carpintero llevando consigo este deseo, pero su expectativa no quedó yerma. Obtuvo compensación mediante la solemnidad de la asunción mariana, donde la Iglesia elogia la conjunción del cuerpo y el alma de la Virgen. Y en especial, según Gutiérrez Dávila, Dios retribuyó a san José con la dedicación del retablo novohispano que el sermón homenaja.⁵⁹²

⁵⁹⁰ El panegirista equipara a María con Makeda, la célebre reina de Saba, a quien se le atribuía una exuberante belleza. Dicha regente es mencionada en los relatos bíblicos sobre Salomón (1 Re 10 y 2 Cr 9). Véase Vicente Diez Canseco, *Diccionario biográfico universal de mujeres célebres...*, tomo III, Madrid, Imprenta de José Félix Palacios, 1845, p. 28.

⁵⁹¹ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph más que bienaventurado. Sermón XXVII...”, p. 239.

⁵⁹² Dice el panegirista que Dios concede gracias no cuando le son pedidas sino en el momento que él cree oportuno otorgarlas. El deseo de san José no le fue cumplido en vida, pero no por desatención divina, más bien por tino providencial. La aspiración josefina se concretó “con las alabanzas, las veneraciones, los cultos que la religiosa piedad y afectuosa devoción ha tributado y tributa a María en tantos templos, en tantos altares que le consagra”. Además, en la dedicatoria del

Páginas atrás ahondamos sobre las reticencias de María a perder su virginidad.⁵⁹³ En arresto emulativo, san José vivió un episodio similar. Siguiendo al jesuita Henri Englegrave, cuenta Pedro del Espíritu Santo que el día de los desposorios, la pureza del carpintero fue duplicada, pues los esfuerzos de la castidad en su soltería habían sido inferiores en comparación con aquellos requeridos al convivir cotidianamente con una beldad como María. Una vez elegido por consorte de la límpida niña, san José “se halló por una parte gozoso con la suerte, por otra temeroso de que el candor de su pureza no le menoscabara”. Así, con emociones encontradas, nuestro santo fue “al templo y consultó al oráculo”, obteniendo por respuesta que abrazase el matrimonio concertado, ya que le traería una gran merced: “ser al doble virgen, más de lo que fue hasta allí”.⁵⁹⁴

Sírvanos esta disquisición sermocinal para reflexionar, a manera de cierre, en torno a la hipótesis de Antonio Rubial, quien ha señalado que en la denominada *era barroca*⁵⁹⁵ se resignificaron algunos parámetros de género, suscitándose “transgresiones” en las representaciones visuales de los santos, concretamente, en aspectos como la violencia, la actividad intelectual y la emotividad. Para lo que nos compete, el historiador destaca la “feminización de las actitudes en los varones”,⁵⁹⁶ trayendo a colación el caso josefino, entre otros. Este viraje trajo como consecuencia intencionada una “emotivización de la masculinidad”, en conjunto con la incentivación pedagógica de la ternura paternal frente a los hijos.⁵⁹⁷ Sumemos la virginidad a estas redirecciones, calificador que en la cosmovisión cristiana ha fungido como una marca de género preferencialmente femenina y, como

retablo oratorio, la cortesía celestial es dúplice pues tiene como imagen tutelar a la Asunción mediante la intermediación de san Felipe Neri. Julián Gutiérrez Dávila, *Deseos de san Joseph cumplidos...*, pp. 8-11 y 16-17.

⁵⁹³ Véase, pp. 208-209.

⁵⁹⁴ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph más que bienaventurado. Sermón XXVII...”, p. 237.

⁵⁹⁵ Según la periodización planteada por el investigador, la *era barroca* comprende el lapso de tiempo que va de 1640 a 1750. Antonio Rubial, *El paraíso de los elegidos. Una lectura de la historia cultural de Nueva España (1521-1804)*, México, Fondo de Cultura Económica-Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, pp. 210-342.

⁵⁹⁶ Antonio Rubial, “Cuerpos santos, ¿gestos sexuados? Imagen y género en las representaciones de los santos en el arte virreinal”, en *Destiempos. Revista de curiosidad intelectual*, núm. 22, año 4, México, Editorial Grupo Destiempos, 2009, p. 3.

⁵⁹⁷ Antonio Rubial, “Cuerpos santos, ¿gestos sexuados?...”, pp. 15-16.

hemos evidenciado, en los sermones modernos es una virtud gozosamente josefina, tanto que san José teme perderla al igual que María. Sin embargo, debemos acentuar que si bien, una gran diversidad de tópicos josefinos, tanto literarios como visuales, nacieron de la calca de lo mariano, no significa que estos se comprendiesen como femeninos o maternales. Si filtramos todas las innovaciones josefinas de la edad moderna por el tamiz urdido a lo largo de esta investigación, veremos que las actitudes típicamente femeninas adquirieron sello de masculinidad al *patriarcalizarse* en san José. No es que el carpintero se *feminice* por su estatus virginal, su propensión al llanto, por su amor manifiesto en caricias y abrazos. Son estas actitudes las que se *masculinizan* al encarnarse en el Santo Patriarca, pues acorde con los discursos hegemónicos de la episteme cristiana, el sistema de género subyacente es perennemente vertical, donde el orbe masculino responde a una lógica de ganar-ganar. Por ejemplo, en las hagiografías de los siglos XVII y XVIII, las mujeres que se destacan lo hacen por sus “bríos varoniles”. De ningún modo se dice que un santo llora con “sensibilidad mujeril”. En resumen, los afectos son masculinizados porque, al menos en el contexto de la exaltación josefina, tal y como lo hemos certificado a través de panegíricos e imágenes, feminizar implica una infravaloración consustancial.

II.- Los celos de San José como prueba de amor sin par

Mi esposa (decía Joseph) es castísima. ¡Un lustro no contaba y ya estaba toda dedicada a Dios, con voto de perpetua virginidad! En los empleos de la oración ocupa mi esposa todo el día. ¡Toda María es justa! ¡Toda María es santa! Esto decía Joseph porque esto pensaba viendo el vientre de su esposa.

Nicolás de Monterde y Antillón⁵⁹⁸

⁵⁹⁸ Nicolás de Monterde y Antillón, *La mayor santidad de Joseph...*, p. 16.

Helos ahí: la Virgen preñada y san José “con dolores del infierno traspasado”. Después del desposorio, “celos inmediatos” entenebrecieron la casa de Nazareth. Tuvo que llegar el consuelo del ángel para paliar las amarguras y desfallecimientos que invadían al carpintero.⁵⁹⁹

Los celos de san José fueron un tópico recurrente en la josefología de los siglos XVII y XVIII, surgido por una exégesis concordante con el bagaje emocional de las masculinidades modernas. Bajo esta lupa, los sentimientos y decisiones del Santo Patriarca frente a la preñez de María, se entretrejieron en correspondencia con los esperados en los varones comunes, en aquellas sociedades “obsesionadas por el honor y la honra, por el linaje y su limpieza, motores de los celos, que podían ser mortales cuando se daban situaciones de sospecha”.⁶⁰⁰ Por supuesto, el carpintero no sucumbió ante la supuesta adversidad y terminó por darle una resolución virtuosa.

El desarrollo de este asunto en la religiosidad hispana, inició en el siglo XV, al interior de autos sacramentales donde san José, por simplón, cae en la desesperanza. Ignorante de lo sucedido a su alrededor, carga con zozobras al verse deshonrado. Para ejemplificar lo dicho, baste un fragmento de la obra del poeta castellano Gómez Manrique, donde el ángel increpa al carpintero ante su ofuscamiento: “¡Oh, viejo de muchos días! / en el seso de muy pocos, / el principal de los locos”.⁶⁰¹ En poco tiempo, arribaron los virajes en torno a la figura

⁵⁹⁹ Juan Joseph Mariano Montufar, *El aumento y firmeza de la tierra, el abrigo de María...*, México, Imprenta Real del Superior Gobierno y del Nuevo Rezado de doña María de Rivera, 1735, p. 1.

⁶⁰⁰ Violencia de arraigo tan profundo y cotidiano que en la obra teatral *Los celos de san José* se incluyen a Bato y Gila, pareja fársica que contrasta con las excelencias de José y María. Para divertimento del público, se despliega en el escenario un conato de feminicidio. Ante las sospechas de infidelidad, Bato, con soga en mano, va tras su esposa: “Gila, encomendaos a Dios, / que yo os vengo a matar”. Infructuosamente, la mujer insiste en que ha mantenido intacto su honor, a lo cual, el marido responde: “Eso es lo malo, / y lo habéis guardado tanto, / que no le he podido hallar (...) Dios os guarde muchos años, / pero yo os tengo de ahorcar”. Cristóbal de Monroy y Silva, *Comedia famosa. Los celos de san Joseph*, Madrid, Imprenta de Antonio Sanz, 1754, pp. 454-455; Teófanos Egido, “Los ‘Zelos de San José’ en el barroco español”, en *Revista de Estudios Josefinos*, año LXVIII, núm. 136, Valladolid, Centro Español de investigaciones Josefinas, 2014, pp. 251-252.

⁶⁰¹ Teófanos Egido, “Los ‘Zelos de San José’ en el barroco español”, pp. 241. *La ancianidad de san José se mantuvo presente en la literatura española del siglo XV, donde fue tipificado como un “hombre sinvergüenza y maldito”, un “viejo avariento y perezoso (...) de medio seso”. Cual remanente de la tradición, en otra investigación hemos destacado que incluso en el contexto de

de san José, en fechas tan tempranas como el año de 1502, como puede notarse en *La ystoria de Joseph*, obra de Joan Carbonell, primer libro josefino impreso en España.⁶⁰² El tratamiento dado al Santo Patriarca y, en particular, a la celotipia, es notoriamente distinto. Dice el texto en valenciano que san José estaba turbado no por sospecha o incredulidad, pues se fiaba en la honestidad de María. En realidad, optó por dejarla al “considerarse indigno de tan alta misión”,⁶⁰³ interpretación del versículo mateano que caló hondo en la teología josefina, siendo los sermones testigo de ello. Al interior de la Península, ya para el siglo XVII, a decir de Teófanos Egido, la representación teatral de los celos josefinos, prácticamente adquirió la categoría de subgénero, siendo las piezas de Antonio Mira de Amescua y Cristóbal de Monroy y Silva las más divulgadas. Los pliegos de cordel también coadyuvaron al anclaje del tópico.⁶⁰⁴ De hecho, las desavenencias del Santo Patriarca gozaron de un éxito tan pronunciado que dieron material para hilvanar coplas reimprimadas hasta el siglo XIX, las cuales versan sobre los “divinos celos” del carpintero.⁶⁰⁵

En la oratoria panhispánica de los siglos XVII y XVIII, el armazón de la temática inicia con el arribo de un diluvio de tribulaciones. Así, nos relata un panegirista que a los pocos meses de matrimoniarse con la Virgen, san José “advirtió entumecido el vientre de cuya integridad era, al mismo tiempo, el más fiel testigo”. Las congojas josefinas brotaron de una confusa incompatibilidad, ya que “la razón lo convence de la santidad de su esposa, pero los sentidos le persuaden contrariedades de bulto”. Mateo, el único evangelista que habla

evangelización americana estuvo presente la representación senil del carpintero, aunque ya desprovista de vituperios. Todo parece indicar que bien entrado el siglo XVII, todavía coexistían la modalidad medieval de san José con su versión rejuvenecida, prevaleciendo definitivamente esta última desde mediados del siglo XVII en adelante. Véase Nicasio Salvador Miguel, “Gómez Manrique y la *Representación del nacimiento de Nuestro Señor*”, en *Revista de Filología Española*, núm.1, vol. 92, España, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012, pp. 145-153; Jorge Luis Merlo Solorio, *San José en Nueva España...*, pp. 44-47.

⁶⁰² José de Jesús María, “El primer libro español sobre San José...”, pp. 149-150.

⁶⁰³ Joan Carbonell, “Capítulo VIII. Que muestra lo que hizo José cuando conoció que su santa esposa había sido fecundada por el Espíritu Santo y de la visita a Isabel”, en José de Jesús María, “El primer libro español sobre San José...”, p. 188.

⁶⁰⁴ Véase Aurelio Valladares Reguero, “Los Celos de San José: de Mira de Amescua a Cristóbal de Monroy”, en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, Alicante, 2014, s/p.

⁶⁰⁵ Véase *Coplas humanas de los divinos celos que tuvo san José con su cara esposa*, Jerez, Reimpreso por D.J. Mallen, 1837.

al respecto, deja muy en claro que san José era un hombre justo. Entonces, por legalidad, “debía denunciar al delincuente o comprenderse en el delito”. Al ser nuestro santo un “fino amante”, “un hombre de honor”, le era imposible comportarse impiadoso y le aquejaba sobremanera todo atisbo de infamia. Se rehusó a pedirle explicaciones a su esposa, porque hacerle la más ligera insinuación sobre un posible desliz, lo consideraba sumamente agravioso. No le quedó otra opción que clamar a los cielos en busca de respuestas y sosiego:

¡Oh, poderoso Señor! Yo me hallo rodeado de dolores de muerte y siento con experiencia que la emulación es dura como el infierno. Yo entregué seguro mi corazón a la esposa que recibí de vuestra mano. En su grande santidad he confiado, más los testigos de la novedad que veo, me ponen en cuestión de dolor y de tormento. Juzgar que ha sido infiel será temeridad, a vista de pureza tan peregrina; y negar lo que la vista me asegura es imposible; mas no lo será morir al cruel torcedor de tanta pena. Derramo en vuestra presencia mi afligido espíritu, Dios santo, y recibid mis tiernas lágrimas en acepto⁶⁰⁶ sacrificio. No juzgo que María os ha ofendido, porque la razón la defiende aunque el sentido la culpe. Ella me oculta la causa del preñado, yo lo veo. ¿Qué he de hacer? Si me quedo, crece mi pena; si me voy, no he de tener consuelo. Entre ansias tan mortales el corazón se parte, el alma se divide y todo el espíritu desfallece. Si aquí se encierra algún misterio no puedo presumir, siendo su esposo, que no sea digno de su luz. Dádmela, Dios mío, para que yo ejecute lo más acepto a vuestro beneplácito.⁶⁰⁷

En el cuadro patológico trazado por los panegíricos, los celos son extremadamente abrasivos e inherentes al *ethos* varonil. Tal es su vehemencia que no sólo se somatizan sino que impelen a desfogarse mediante actos de violencia, sobre todo, porque derivan de entredichos al honor.⁶⁰⁸ Al ser vista esta conducta pasional como congénita a los hombres

⁶⁰⁶ *Acepto*: “Agradable, bien recibido y admitido, de toda estimación, gusto y aprecio”. Real Academia Española, *Diccionario de autoridades. Tomo I (1726)*, [<https://apps2.rae.es/DA.html>] (Consultado el 08 de octubre de 2021).

⁶⁰⁷ Joseph Atanasio Díaz y Tirado, *Sermón panegírico que en la plausible y festiva imperial coronación...*, pp. 10-11.

⁶⁰⁸ Comportamiento de lengua tradición en el ámbito español. Incluso, el uxoricidio por adulterio llegó a tener aval jurídico en la legislación laica con ciertas reticencias por parte de las normativas

es comprensible que invadiese a san José al percatarse del embarazo mariano. No obstante, según las disquisiciones sermocinales, la virtud del carpintero radicó en su resistencia ante los celos, es decir, no cayó en desesperación al confiar plenamente en la probidad de María. Así, a decir del jesuita Baltasar de Mansilla, triunfar sobre los celos como proceder contranatural, es la evidencia máxima de la santidad de san José.

Al repasar las penurias que sufrió Job, el predicador menciona que Dios comisionó al demonio para que lo atormentase en múltiples aspectos, pero no permitió le tocara en la honra, ni que lo inquietase con celos, “que es el golpe que más al alma llega”, pues hijos, heredad, autoridad y salud son prendas del alma, mas “la honra es el alma toda”. Se preservó en Job la honra pues carecía de la potencia para confrontar el ímpetu de los celos. En cambio, la mayor prueba de la santidad josefina es su capacidad de “vencer celos y golpes de la honra”, sin atisbo alguno de disminución en su integridad.⁶⁰⁹ Justamente, en esta demostración de valía mediante coordenadas de experiencia humana, san José no posee una “santidad infinita”, pues, de ser así, los celos hubieran pasado de largo. Tampoco contaba con una “santidad finita”, ya que, por limitada, las calamidades hubiesen sido insostenibles. Al posicionarse en un punto medio donde pudo ser puesto a prueba, las acrimonias afloraron en su pecho “para crédito de su mayor santidad”.⁶¹⁰

canónicas. Las disyuntivas provenían de la consideración del acto homicida como derecho y pecado, respectivamente. Sin embargo, en lo que respecta al honor masculino, los teólogos morales de los siglos XVI y XVII coinciden en que era lícito asesinar a quien lo había mancillado (aunque algunos invitan a la mesura), con sus respectivos matices en concordancia con la calidad social del injuriado. Véase Alejandro Morín, “Matar a la adúltera: el homicidio legítimo en la legislación castellana medieval”, en *Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médiévales*, núm. 24, Francia, Université Sorbonne Paris Nord, 2001. pp. 353-377; Rodrigo Salomón Pérez Hernández, *La injuria: un atentado contra el honor. Nueva España, siglos XVI y XVII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en Historia, 2008, pp. 43-52.

⁶⁰⁹ Baltasar de Mansilla, *Sermón del glorioso patriarca San Ioseph...*, p. 11. *De otro modo, pero esta idea la reflexionó con antelación fray Diego López de Andrade. El agustino menciona que para Job fue terrible perder fortuna e hijos, soportar “tantas enfermedades gravísimas y asquerosas”, además del ultraje público; pero todo lo anterior es “trabajo enano en comparación de los celos”. Véase Diego López de Andrade, *Primera parte de los tratados sobre los evangelios...*, Barcelona, Imprenta de Sebastián de Cormellas, 1622, pp. 94r-96r.

⁶¹⁰ Baltasar de Mansilla, *Sermón del glorioso patriarca San Ioseph...*, p. 10.

El lector podrá notar que, recurrentemente, se alude la experiencia de los celos como una vivencia infernal. De ordinario, en la literatura josefina, este fue un tópico adyacente al que estamos analizando, donde se privilegian las afectaciones del alma por encima del sufrimiento corporal. En esta sintonía, Mansilla desglosa tres razones que testifican la grandeza del Santo Patriarca. En la primera de ellas, nos dice que, en general, los santos experimentaron “tribulaciones y martirios”, manteniéndose en estado de gracia. Pero la hazaña del carpintero fue más meritoria al padecer “todo un infierno” y conservar intacta su virtud. Ante este panorama, desde el púlpito se difunde la pregunta: “Pues, ¿cuál será la santidad de san Joseph que estando en el infierno de unos celos, le hizo tan gracioso como si estuviera en los mismos cielos?” La segunda razón inquiriere sobre el comportamiento divino del carpintero al derrotar toda suspicacia. Siguiendo a san Juan Crisóstomo, Mansilla explica que *los celos son locura*, más san José los trocó en *prudencia*; y unir emociones diametralmente opuestas es una proeza únicamente imaginable en la omnipotencia de Dios. Finalmente, en la tercera razón se asevera que los celos son alimentados por el pensamiento y san José los contrarrestó con aquello mismo que los agranda. Es decir, el agobio de un celoso es rumiar una y otra vez las causas de su pesar. Pero san José consideró “materia tan grave como la del pundonor y de la honra” y soportó estoicamente; una *hombrada* que merece mayores encomios por conseguirse en soledad, sin comunicar sus desazones con un amigo para aligerar “tan grave dolor”.⁶¹¹

Acorde con los mandatos de género coligados con las normas del honor, los celos son tan intrínsecos en los varones que hasta en los integrantes de la Trinidad -entendidos como *masculinidades culmen-*, forman parte de sus emociones potenciales. Según Juan Antonio Cantova, una vez repasado el “padrón de todos los siglos”, san José fue seleccionado como consorte de María por sus ventajosas virtudes. El carpintero es superior al resto de los hombres en la fe, esperanza, caridad, castidad, humildad, paciencia, nobleza de sangre y “todas las prendas de gracia y naturaleza (...), en sentir ya común de los teólogos”. Empero, tanto lustre espiritual y físico no era suficiente. Para que el Paráclito concediese a su impecable esposa, faltaba cubrir un requisito más: que san José amase a la

⁶¹¹ Baltasar de Mansilla, *Sermón del glorioso patriarca San Ioseph...*, pp. 12-14.

Virgen con la misma intensidad que él lo hace. Para consumir la exigencia, a pesar de ser ambos cónyuges legítimos, sólo *uno* debía ser el amor entregado a María, ya que de lo contrario, en caso de mantenerse sus afecciones individualizadas, emanarían celos y antagonismos entre los maridos. Por tal motivo, resultó preciso que “el primer esposo comunique su amor al segundo” para que “sea un solo amor como es una sola la esposa”.

El panegirista argumenta que la uniformidad del Espíritu Santo y san José se afianzó en múltiples niveles, evidenciando las concesiones patriarcales ligadas al espectro amoroso. Tras referir el sobrevuelo del Paráclito para acreditar a san José el día de los desposorios, además del relato de las piedras encontradas en el corazón de Margarita de Castello, beata dominica, en una de las cuales estaba representado el carpintero con una “nevada paloma” anidando en su pecho; Cantova nos explica los significados de cada rastro dejado por el Espíritu Santo: “Luego siéntese el espíritu de amor, disfrazado en la paloma, sobre la vara de Joseph, insignia del mando; sobre la cabeza, sala del gobierno; en el corazón, trono del amor, para que no haya celos entre los dos esposos y se entienda que el Espíritu Santo y Joseph mandan, gobiernan y aman a su esposa María con un mismo espíritu de amor”.⁶¹² Es decir, en esta *simbiosis varonil*, no caben competencias pues comparten las mismas prerrogativas patriarcales, sin detrimento ni imposición del uno sobre el otro, quedando en María la condición de sierva dúplice, quien al obedecer, subordinarse y corresponder afectivamente, evita cualquier discordia en esta *sacra poliandria*.⁶¹³

1. La virtud de la quietud: confianza plena en la virtud mariana

El tópico de los celos josefinos posee varias aristas. Una de ellas se cimienta en la férrea convicción del carpintero respecto a la integridad de *su* mujer, pareciéndole contradictorio

⁶¹² Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia...*, pp. 35-41.

⁶¹³ *Poliandria*: “Estado de la mujer casada simultáneamente con dos o más hombres”. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, [<https://dle.rae.es/poliandria?m=form>] (Consultado el 05 de noviembre de 2021).

e imposible que María fuese arrastrada por el pecado. Es así que sus consternaciones al notar la turgencia de la Virgen, dimanaban de los afluentes del sinsentido, ya que “más creía José a la castidad de María que a su vientre, más creía a la gracia que a la naturaleza. Creía más posible poder concebir la mujer sin varón que poder pecar María”.⁶¹⁴ Abrazando sus certezas sobre la infalibilidad mariana fue que pudo ayudarse a salir del trance.

Sobre este tema reflexiona Antonio de Peralta Castañeda, confesor de Juan de Palafox y Mendoza, canónigo de la catedral angelopolitana y prepósito del Oratorio, entre otros cargos,⁶¹⁵ en la predicación por la novena anual dedicada a nuestro santo. La tesis defendida por el presbítero ahonda en la serenidad josefina. Arguye que tanta fue la virtud del carpintero que las presumibles sospechas, más bien eran rotundas confianzas. En realidad, lo que temía el Santo Patriarca era albergar algún atisbo de duda sobre su consorte. La perplejidad josefina radicaba pues en la incomprensión del misterio efectuado en el vientre de María, no en el descubrimiento de una infamia.

El orador nos invita a inspeccionar con detenimiento lo sucedido al Santo Patriarca, con el fin de advertir que en él no hay equivocaciones sino puros aciertos. Para ello retoma la etimología del nombre *María* que, según san Epifanio, significa *amargura del mar*: “Parece que oír este nombre es amenazar la tormenta, pronosticar la borrasca que muestra padecer su esposo en estas dudas, pues cuando más próspera y dichosamente navegaba su voluntad, azotada su imaginación de varios y encontrados pensamientos, estuvo tan cerca de dar al través y anegarse. Pero eso mismo ha de ser causa de que cuando más engolfado en el mar bravo e inquieto parece que le miramos, esté más en la seguridad del puerto, más en la quietud y en la bonanza”.⁶¹⁶ La fórmula que consigna que la mayor santidad reluce en el enfrentamiento con adversidades gigantescas, vira las congojas en impavideces. Entonces, lo que trastabilla es nuestra percepción del asunto, pues “si al mirar nosotros estas suspensiones en Ioseph creemos que padecía tormenta su corazón, temores su

⁶¹⁴ Bernardo Clemente Sala, *Sermones de varias festividades y santos...*, p. 8.

⁶¹⁵ Véase José Mariano Beristáin y Souza, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, tomo II, p. 416.

⁶¹⁶ Antonio de Peralta Castañeda, *Sermón del glorioso patriarca san Ioseph...*, México, Imprenta de Bernardo Calderón, 1640, p. 14r.

confianza, es porque no vemos cuán firme era su opinión en la pureza de María, de quien sabía que era más posible el estar preñada sin saber cómo fuese y sin perjuicio de su inocencia, que haber cabido en su imaginación cosa que menoscabase su pureza”.⁶¹⁷

Durante todo este lapso, san José fue presa de “palpitantes inquietudes”, en un “éxtasis de suspensiones” acrecentado por las coordenadas bíblicas. Según el versículo multicitado por la josefología moderna, Mateo estipula que el carpintero era *justo* y que, a raíz de ello, decidió repudiar a María en privado para eludir la debacle.⁶¹⁸ El ñiguista Matías de Esquerria expone que se agolparon en el corazón de san José las angustias porque tuvo que afrontar un cúmulo de contrariedades: “¿Había de entregar Joseph a su esposa a la justicia para que sintiese las penas de la ley y no lo hizo porque era justo? ¿Qué razón es esta que se encuentra con la razón? Antes porque era justo debía Joseph profesar un entero reconocimiento y ciega sumisión a la ley. ¿Era justo y se apartaba de la justicia? ¿Era justo y protegía los delitos, aunque aparentes y sólo abultados en una imaginación ajena de la verdad?”.⁶¹⁹ No obstante, el ignaciano apunta que el Santo Patriarca “estaba obligado de justicia a ser piadoso”, decidiéndose a custodiar a la Virgen para desempeñar su calificativo máximo.

Las exégesis efectuadas a dicho versículo son una nítida muestra de los derroteros de la josefología moderna, ya que lo sobreinterpretan en demasía para adecuarlo al *modus operandi* del innovado carpintero. Aquello que impidió la desestimación de san José fue el oportuno mensaje del ángel quien, a través del sueño, le declaró los pormenores del misterio, dándole las primeras instrucciones a seguir. Recordemos que otra característica de san José es su perpetuo mutismo. Nunca habla en los evangelios. Por ende, en la Biblia jamás se especifica que el quedarse al lado de María haya sido una resolución personal. Así, en el universo de los celos y las dudas, los oradores idearon la *humildad de san José*, modestia proveniente de quien se asumía poca cosa para ser el mandamás de María y Jesús. Entonces, decidir ausentarse no fue imprudencia temeraria sino una virtuosa cesión de su

⁶¹⁷ Antonio de Peralta Castañeda, *Sermón del glorioso patriarca san Ioseph...*, p. 14v.

⁶¹⁸ Mt 1, 19.

⁶¹⁹ Matías de Esquerria, *Sermón que en la festividad del patrocinio de San Joseph...*, p. 4v.

lugar para que lo ocupase un prohombre, dejándonos como enseñanza moral “que las mayores grandezas son siempre hijas de una grande humildad”. Leamos este razonamiento, dialogizado en la garganta del propio san José:

Mi esposa es ciertamente virgen, pues sospechar dolo en su pureza sería sacrilegio de la imaginación. Pero mi esposa es madre. Aquí hay misterio. Ésta, si no me engaño, es la señal prometida de Isaías a las esperanzas del mundo: *Dabit dominus ipse vobis signum. Ecce virgo concipiet.*⁶²⁰ ¿Virgen y madre? Ésta, sin duda, es la madre de Dios (...) ¿Yo, esposo de tal madre? ¿Yo, padre de un tal hijo? ¿Yo pecador, al lado de tanta pureza? ¿Yo, humilde creatura, ser padre de mi creador? ¡No puede ser, pues soy tan indigno! ¡Adiós querida esposa, adiós!⁶²¹ Mi corazón se queda enamorado de tu divina hermosura, mas yo me aparto atemorizado de tu soberana grandeza. ¡Adiós María, adiós!⁶²²

2. “Recelos sagrados” de hombre justo y fino amante: san José sintiéndose indigno de la reina de los cielos

A decir de los teólogos modernos, no cupieron imperfecciones en nuestro santo.⁶²³ Por lo tanto, apartarse de la Virgen fue un fallo alejado de lo infamativo, siendo más bien una

⁶²⁰ Efectivamente, se trata de uno de los vaticinios del profeta Isaías: “Pues el Señor, por su cuenta, os dará una señal: mirad, la joven está encinta y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel” (Is 7, 14).

⁶²¹ En el sermón, originalmente la oración dice “A Dios, querida esposa, a Dios”. Probablemente, se trate de una errata tipográfica.

⁶²² Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia...*, pp. 18-19.

⁶²³ Nos parece que el consenso y la popularidad de esta valoración de san José como hombre perfecto e incorruptible fue lo que hizo infrecuente, en los siglos XVII y XVIII, el tipo iconográfico de *san José pidiendo perdón a la Virgen*. Dicho tipo, cuyos antecedentes más tempranos datan del siglo XV, surgió con miras a la exaltación mariana al reconocer el Santo Patriarca su frívola torpeza e incredulidad. Bajo esta línea, Sandra de Arriba Cantero apunta que en el gótico español, especialmente en los ejemplos de la catedral de Tudela y el monasterio de Banyoles, el carpintero es representado con estos defectos, con franco disgusto, “semblante entristecido y el ademán casi violento con el que intenta apartar el manto de María mientras ésta pugna por zafarse”. *El arrepentimiento de san José*, otro de los títulos dado a este tipo, tuvo una tibia continuidad pictórica que, para el ámbito virreinal, se inscribe en el periodo dieciochesco. Por supuesto, las cuatro obras

elucidación premonitoria. Al mirar “con ojos de profeta una sombra de María futura madre de Cristo”, san José consideró inmerecida su presencia al lado de tan insigne señora.⁶²⁴

Cual tópico tripartito, la humildad/indignidad/justicia del Santo Patriarca fue habitual en las cavilaciones de la retórica sacra. Si bien desde diferentes caminos, pero todas las conclusiones sobre el asunto llegaban al mismo término: las virtudes rebosan en san José, por consiguiente, todo su actuar es preciso y digno de elogios. Verbigracia, Joseph de Paredes, después de desplegar el razonamiento gersoniano sobre la santificación del carpintero en el vientre materno,⁶²⁵ asume que esta gracia extraordinaria “lo preservó toda su vida de toda culpa”. Nunca cometió atropellos o falta alguna, ni la menos “leve con advertencia y de malicia”. Consecuentemente, “aquella turbación que experimentaba su alma cuando se resolvía a dejar a su esposa, no lo hemos de atribuir a villanas sospechas de la temeridad, sino a efectos propios de una humildad profundísima que lo obligaba a juzgarse indigno de habitar con la que reconocía más pura que el mismo sol”.⁶²⁶

Entonces, las dudas josefinas no fueron marañas sino el mayor testimonio de su amor hacia María;⁶²⁷ una ternura en grado épico. Para acrecentar la gesta de san José,

novohispanas de las que tenemos noticia -un enconchado del Museo del Prado, el lienzo resguardado en el Museo del Virreinato, y dos cuadros con la misma composición base, uno atribuido a Cabrera y el otro perteneciente a la catedral de Jalapa-, dan un trato digno al carpintero, mostrándolo con una actitud galante, diferente por completo de los modelos europeos, como es el caso del óleo de Alessandro Tiarini (1619, Museo de Louvre) donde la Virgen mantiene el protagonismo y el avejentado san José, de rodillas, ruega clemencia. Cabe señalar que el episodio fue extraído del apócrifo del Pseudo Mateo, pero, como bien lo indica Arriba Cantero, las pinturas americanas abrevaron de otra fuente. Por su solemnidad, la *Mística ciudad de Dios* de sor María de Jesús es la candidata idónea, pues en ella san José es de maneras corteses y elocuente lenguaje, *ad hoc* con las innovaciones teológicas de la época moderna. Véase Sandra de Arriba Cantero, “Excusas a la Virgen”, en *Arte e iconografía de San José en España*, pp. 111-113; Aurelio de Santos Otero (comp.), *Los Evangelios Apócrifos*, p. 197; María de Jesús de Ágreda, *Mística ciudad de Dios...*, segunda parte, Madrid, Imprenta de Manuel Ruíz de Murga, 1701, pp. 243-247.

⁶²⁴ Joseph de San Gil, *Sermón panegírico del glorioso Patriarca San Joseph...*, p. 7.

⁶²⁵ Amparado en la “recta razón”, Jean Gerson avala la creencia de que san José, al igual que Jeremías, san Juan Bautista y María, fue “santificado o consagrado en el vientre de su madre”. De consuno, al ser propietario de una “preciosa carne” purificada, no hubo necesidad de que el carpintero fuese circuncidado. Véase Ioachim Noboru Maegawa, *La doctrine de Jean Gerson sur Saint Joseph*, pp. 67-73; José Antonio Carrasco Sierra, *Matrimonio y paternidad de San José...*, p. 219.

⁶²⁶ Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, p. 14.

⁶²⁷ Miguel Díaz Romero, *Ornamento sacro de la santidad más elevada...*, p. 13.

previamente, Francisco Lino de Guzmán y Prado trae a colación un episodio bélico retomado del poeta judeoconverso Miguel de Silveira: Masfa estaba asediada. A los ciudadanos no les quedaba más que rendirse ante sus enemigos o morir guerreando. Negándose a ceder, el gobernador decretó que todos los hombres “diesen por pasto al fuego” a sus hijos, cónyuges y riquezas, con el fin de impedir que los adversarios obtuviesen beneficio alguno y que los abatidos sitiados, hirviendo en cólera, redoblaran sus fuerzas por la sed de venganza. En el relato ayunta la tragedia de Aristeo y su límpida y bella consorte, Everinda. “Suspenso estaba el miserando esposo” por el cruel mandato, por lo cual prefirió suicidarse antes que marchitar la vida de su mujer.⁶²⁸

Análogamente, José tuvo de frente a la inocente María quien, según las leyes hebraicas, debía ser entregada al “vergonzoso suplicio”. Señalando su regia ascendencia como signo de ecuanimidad, el carpintero se negó a sentenciar a una fémina de tan alta valía: “¡Eso no! Primero ausentarme de sus ojos o morir, que todo es uno, y no hay otro medio en la oficina de mi discurso. ¡Adiós amadas prendas de mi querida esposa, que si os merecí para perderos, qué mayor pena que haberos merecido! Adiós, que este medio me manda poner la prudencia”.⁶²⁹ Tal y como lo aludimos páginas atrás, esta actitud decorosa plagada de oraciones galantes dio cabida a la adjetivación josefina de ser un *fino amante*.⁶³⁰ Pletórico de *finezas*,⁶³¹ san José guardó silencio y soportó la turbación provocada por especular si debía o no ajusticiar a la recién desposada, resolviendo mejor separarse de ella. Como muestra edificante e imitable, los panegíricos se encargaron de hacer patentes las discreciones de este caballero santo y su recatada dama:

⁶²⁸ Pero ella se interpuso entre el arma y la tentativa de degollamiento de su amado, embebiendo con su pecho “el usurpado acero”. Finalmente, Aristeo murió en batalla. Miguel de Silveira, *El Macabeo. Poema heroico*, Madrid, Imprenta de Francisco Martínez Abad, 1731, pp. 267-286.

⁶²⁹ Francisco Lino de Guzmán y Prado, *Ejemplar de prudencia e instrumento de la prudencia...*, pp. 13-14.

⁶³⁰ Véase, pp. 241-242.

⁶³¹ *Fineza*: “Perfección, pureza y bondad de alguna cosa en su línea”. Real Academia Española, *Diccionario de autoridades. Tomo III (1732)*, [<https://apps2.rae.es/DA.html>] (Consultado el 21 de octubre de 2021).

¡En qué breve tiempo hubiera quedado en toda tranquilidad, oyendo de la discretísima Virgen el más sublime misterio que encerraba en su claustro virginal! Su silencio le dilató los tormentos, su silencio le cerró la puerta a los consuelos, su silencio le pudo haber costado la vida. No tuvo ánimo de preguntar porque con sólo esto le parecía ofender al pudor y santidad de su esposa amada. La santísima esposa bien sabía y estaba viendo la suma aflicción de su carísimo esposo, pero como en todas sus obras y palabras era dirigida del Espíritu Santo para que no le descubriera el secreto, entre tanto Dios se complacía en la humilde paciencia y admirable silencio de aquel santísimo hombre, que con no hablar daba a Dios toda gloria y a nosotros nos decía, con callar, la heroicidad de sus virtudes.⁶³²

José adoraba⁶³³ tanto a María que no podía permitirse menguas en su querencia. A decir de Miguel Díaz Romero, mediante la ausencia, el Santo Patriarca quiso impedir el “riesgo de dejar de amarla”. Al franciscano la disposición josefina le parece cuerda, ya que al avanzar el abultamiento del vientre mariano, las dudas correrían el riesgo de transformarse en sospechas, y éstas aminoran el amor “porque se opone el recelo”. Para apuntalar su meditación, el predicador reinterpreta un fragmento del *Cantar de los cantares*.⁶³⁴ Dice que el esposo le solicita a su mujer que cante para deleite de él y sus amigos. Como respuesta, la esposa le pide encarecidamente que huya por temor a que malinterprete sus melodías y se activen los celos, pues “podía introducirse en el pensamiento del esposo la sospecha o el recelo de si era por él solo o por los otros la fineza de la música y del canto”. Entre disfrutar de la presencia del amado o que su afecto tambalee por culpa de la desconfianza, tomar distancia es un comportamiento inteligente. Así, “con querer ausentarse, (san José) declara

⁶³² Juan Francisco Domínguez, *Bienaventuranzas del santísimo patriarca señor San Joseph...*, pp. 4-5.

⁶³³ Claro está, en la acepción de “amar en extremo”, no en la de postración ante la divinidad.

⁶³⁴ En tanto composición poética, los versículos del *Cantar* son muy breves en términos narrativos. Por ende, las añadiduras interpretativas referentes a la celotipia son invención del panegirista, bajo una exégesis acorde con los paradigmas culturales de las sociedades hispánicas de los siglos XVII y XVIII: “Señora de los jardines, / mis compañeros te escuchan, / déjanos oír tu voz. / Date prisa, amor mío, / como el gamo, como el cervatillo, / por las lomas de las balsameras” (Cant 8, 13-14).

más y más el cariño y la gigante voluntad (...) que le tiene a María desde que le dio la mano de esposo”.⁶³⁵

Aunque la denominación de origen de los celos es demoniaca, esta conducta y sus emociones asociadas se depuran cuando son comprendidas como provocación de un tercero. De cierta forma, los celos terminan por no ser responsabilidad personal sino de alguien más, principalmente, de las mujeres, a quienes se les conmina a la discreción. Bajo este andamiaje, llama la atención que las vivencias josefinas fueron clasificadas como *celos a lo divino*, es decir, carentes de perfidias y fraguados por el Altísimo. Al respecto, fray Diego López de Andrade, predicador de la corte de Felipe III,⁶³⁶ nos dice que a propósito, como parte de su plan maestro, Dios engañó a san José al revelarle a María embarazada pero ocultándole al causante. El Altísimo, al ver la excelsitud de su obra, la lucía con los ángeles: “¿Qué os parece? ¿Habéis visto otros (celos) como estos? Todos los celos son malos, ¿pero estos no son buenos? Buenos son. Cosa nueva, celos y buenos. Pero gracias al que los hizo, de cuya mano jamás salió cosa que no fuese buena (...) Porque Dios no hizo éstos, como las demás cosas, para que los hubiese en el mundo (que sin ellos estaría el mundo mucho mejor) sino para que lo que siempre es malo, fuese alguna vez bueno”.⁶³⁷

Entonces, los celos tanteados en los sermones son taxonómicamente agrupados en mundanos y celestiales, siendo los josefinos partícipes de la segunda categoría. Para Jerónimo Pardo, catedrático de teología en Alcalá y Salamanca, el carpintero se aprestó a dejar a María por celos, los cuales eran causados al ver sus cariños empequeñecidos en el cotejo con el potente amor del Paráclito:

⁶³⁵ Miguel Díaz Romero, *Ornamento sacro de la santidad más elevada...*, pp. 14-15.

⁶³⁶ Rafael Lazcano González, *Diego López de Andrade*, [<https://dbe.rah.es/biografias/24704/diego-lopez-de-andrade>], (Consultado el 22 de octubre de 2021).

⁶³⁷ Diego López de Andrade, *Primera parte de los tratados sobre los evangelios...*, pp. 99r-v. *Para reconocer la diseminación y valía de este tópico, vale la pena referir las opiniones de Pedro de Torres. Para el jesuita, san José es divino por celoso al ser “viva semejanza” de Dios, moldeado según sus “atributos y perfecciones”. El Altísimo cela porque ama a sus creaturas y busca deferencia ante sus afectos, “porque tiene derecho a su amor y es dueño de la voluntad creada”. Ergo, san José posee unos “celos a lo divino sin las imperfecciones humanas”; celos que proceden del amor y terminan en él, a diferencia de los humanos, cuyo origen es amoroso pero terminan en odio. Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, pp. 482-483.

El amor humano de tal manera quiere lo que ama, que no permite que otro la quiera. No admite lados, ni compañía en el afecto. Y así, en viendo que otro pretende lo que él desea, tiene celos (...) El amor divino es diferente. Quiere que todos amen lo mismo que él ama, pero de suerte que nadie presuma que lo ama más que él. Y así, en queriendo anteponérsele en la fineza de amar, tiene celos (...) Es verdad que san Joseph tuvo celos de la Virgen, pero hijos de divino amor (...) (En palabras de san José) ¡Oh, quién la amara como el Espíritu Santo o quién pudiera quererla con su amor infinito! Celos tengo del Espíritu Santo porque me aventaja y excede en los afectos de la voluntad.⁶³⁸

Hemos repasado la multiplicidad de entenderes sobre el porqué de los “recelos sagrados”⁶³⁹ de san José. Para proseguir con el asunto, retomemos la proposición de Antonio de Peralta Castañeda, ahora enfocada en el *nolli timere* del mensajero celestial.⁶⁴⁰ Siguiendo a Crisóstomo, el clérigo alega que san José estuvo distante de concebir tachas en María. Su mayor preocupación era ofenderla a través de sus pensamientos. Esto amedrentaba al carpintero, pues sabiéndose tan bendecido de Dios, al estar totalmente seguro de la pulcritud mariana, el “no temas” del ángel lo interpretaba como debilidad suya. Así, “le pareció que sólo podía errar en temer y temiendo el temer estuvo tan de parte de su constancia, tan en favor de su esposa, que temió, no que ella le ofendía, sino que la podría ofender él con su imaginación”.⁶⁴¹

Para todo hombre capturado por los celos, no ponerle límites a la mente es sumamente peligroso, tal y como le sucedió a nuestro santo “en batalla descubierta en el campo de su fantasía”, confrontándose “memoria, entendimiento y voluntad”. Así lo divulgó Francisco de la Encarnación en la catedral metropolitana. Dice que en san José, a “efectos de la vista, tocaron los celos arrebató. Y casi casi le dejaron tan evidentes indicios

⁶³⁸ Jerónimo Pardo, *Discursos evangélicos para las solemnidades principales de los santos*, Madrid, Imprenta de Juan de San Vicente, 1650, pp. 199-200.

⁶³⁹ Baltasar de Mansilla, *Sermón del glorioso patriarca san Ioseph...*, p. 1.

⁶⁴⁰ “Ya había pensado hacerlo así, cuando un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, descendiente de David, *no tengas miedo* de tomar a María por esposa, porque el hijo que espera es obra del Espíritu Santo” (Mt 1, 20).

⁶⁴¹ Antonio de Peralta Castañeda, *Sermón del glorioso patriarca san Ioseph...*, p. 15r.

sin vida". La gresca fue iniciada por el *entendimiento*, lanzándole a la *voluntad* "sospechas, indicios y evidencias", por los cuales quedaba aturdida tras una "contienda de dudas interminable". La *memoria*, quien había de aliviarla, le atosigaba aún más al acudir a los recuerdos. El Santo Patriarca estuvo cercano al delirio porque el entendimiento le hería el alma; la voluntad "acrecentando llamas al amor de su casta esposa con los celos, le era fuerte enemigo"; y la memoria le daba arsenal para seguir atormentándose.⁶⁴²

Como colofón digamos que, a grandes rasgos, la *imaginación* no es otra cosa que la producción de imágenes mentales, cuya maquinaria requiere suministros para echarse a andar. Veremos que los *ojos* son el conducto por donde ingresa la materia prima para fantasear y causar desdichas. Por ello, como solución ante el milagro incomprendido, san José prefirió recluirlos.

3. Ojos que no ven, corazón que no siente: entre el agravio visible y las certezas divinas

Una depravada malicia a vistas de una inculpable inocencia, otra prudencia sagaz a indicios de un aparente delito. Aquélla vestida de lo falso de la calumnia, ésta desnuda de lo sospechoso de la censura. Allá publicando la boca a impulsos del corazón, lo que infamaban las manos; aquí ocultando el corazón, a respetos de la lengua, lo que acriminaban los ojos. Es la obligación que hoy nos ofrece al discurso misteriosamente la Iglesia.

Francisco de Pareja⁶⁴³

⁶⁴² Francisco de la Encarnación, *Sermón panegírico del dignísimo esposo de María*, p. 6r.

⁶⁴³ Francisco de Pareja, *Sermón predicado a (...) San Ioseph...*, p. 1.

El fragmento citado compendia los elementos básicos de este tópico. La salutación del fraile mercedario nos devela la dialéctica entre el corazón y los ojos josefinos. Albergada en la viscera, hay una fe ciega en la Virgen. En cambio, cual faros, los globos oculares vislumbran absurdos que empujan hacia el mar de las sospechas, ya que es innegable la gravidez mariana. A decir de José de San Miguel, en el único sermón manuscrito de nuestro corpus documental, batallaron duramente la razón y la evidencia: san José era testigo de la inocencia de María, inocencia de la que él mismo era guardián. Sin embargo, la vista le jugaba en contra. ¿Cómo resolvió tan áspero conflicto el Santo Patriarca? Antepuso sus certidumbres a los sentidos. San José no creía capaz a su esposa de cometer adulterio. Ergo, desacreditó por completo las pruebas visibles. Al no intuir los causantes del embarazo, agobiado en exceso por tratar de entenderlo, mejor optó por retirarse silenciosamente, convencido de que “con eso salvo el derecho de mi fama y no atropello el decoro de María”.⁶⁴⁴ Entonces, la iniciativa josefina fue aplaudida como un juicio preclaro, el cual se adelantó a las explicaciones del ángel.

Al respecto, Nicolás de Monterde y Antillón reitera que san José avalaba por completo la castidad mariana; tanto así que, a pesar de ver motivos suficientes para debilitar su opinión, “más fácil le parecía que sus ojos se engañasen que no que su juicio desmintiese”:

Tal era el juicio, tal era el concepto que tenía hecho de María (...) Siempre, siempre, a favor de María inclinaba su juicio san Joseph. ¡Pues qué se admiran la quisiese dejar por no llegar a desmentir el buen juicio que tenía formado de María! ¡Qué se admiran, si hasta aquí llegó la santidad admirable de este divino patriarca! (...) Como que dijera Joseph: hasta aquí en contra de mi castísima esposa no ha desmentido mi juicio porque aun viendo su vientre, más que a su vientre, hago juicio de su pureza. No me basta el vientre que miro para borrar el juicio de que es virgen (...) ¡Oh, bello juicio de señor san Joseph! ¡Yo os alabo, una y mil veces, en querer dejar a María! (...) ¡Oh, santidad admirable de Joseph por no llegar a sospechar aun viendo el vientre de María! Pues bien pudiera ya

⁶⁴⁴ José de San Miguel, *Sermón de N.P. San Joseph...*, f. 3v.

sosegarse ese divino patriarca, que siempre estará el vientre por demás en donde está su justicia.⁶⁴⁵

Ningún razonamiento, ni los testimonios perceptibles y tangibles, avasallaron la fe incólume del Santo Patriarca; prototipo de creyente ideal, aquel que se coloca una venda en los ojos y sigue obediente los dictámenes de Dios expresados a través de sus pastores. Bajo este entendimiento, las verdades teologales son colocadas por encima de cualquier evidencia sensitiva o interposición racional, tendiendo siempre hacia lo superfluo frente a los misterios divinos.⁶⁴⁶ Aunque, no por ello san José estuvo exento de entresacar sus conclusiones por la vía del intelecto. Por ejemplo, José de San Miguel nos ilustra un silogismo en la mente del carpintero: las mujeres adúlteras rehúyen de sus esposos. A como dé lugar, les encubren “lo entumecido del útero”, palideciendo cuando ellos se acercan. La Virgen nunca eludió a san José, ni se alteraba con su presencia, mucho menos hizo algo para ocultar su vientre. Por lo tanto, María es casta e inocente, pues a sabiendas de su embarazo, “ni se inmuta ni huye de mis ojos”.⁶⁴⁷ Así, san José es en extremo santo porque, desde la “inocencia de su alma”, desestimó cualquier indicio de delito mariano; heroicamente “creyó dios a aquel niño despreciable a los ojos de la carne”; y, prudentemente, suspendió “el curso de los sentimientos” para privilegiar la bonhomía de su cónyuge.⁶⁴⁸

Las emociones de san José en interacción con su vista es una cuestión cardinal para el tópico que estamos analizando. En otro trabajo concerniente a los dolores y gozos josefinos, siguiendo la propuesta de Fernando Rodríguez de la Flor,⁶⁴⁹ hemos destacado la

⁶⁴⁵ Nicolás de Monterde y Antillón, *La mayor santidad de Joseph...*, pp. 16-18.

⁶⁴⁶ Sobre lo dicho, destaca la analogía eucarística de Monterde y Antillón, donde los sentidos, propensos a equivocaciones y limitados para penetrar las honduras de lo sagrado, se supeditan a la solidez de la creencia. Así como san José veía la preñez de María y no reconocía adulterio alguno, más bien misteriosas causas; los ojos de los feligreses observan una hostia, “y contra todo lo que miran nuestros ojos, admira nuestra fe en este sacramento el cuerpo de Jesucristo”. Lo mismo para el vino: tras la bendición sacerdotal deja de ser un líquido extraído de la fermentación de la uva para tornarse en la sangre del Redentor, aunque visualmente sigue con las apariencias físicas de la bebida alcohólica. Nicolás de Monterde y Antillón, *La mayor santidad de Joseph...*, pp. 24-25.

⁶⁴⁷ José de San Miguel, *Sermón de N.P. San Joseph...*, f. 4r.

⁶⁴⁸ Joseph de San Gil, *Sermón panegírico del glorioso Patriarca San Joseph...*, pp. 6-7.

⁶⁴⁹ Fernando Rodríguez de la Flor, *Mundo simbólico. Poética, política y teúrgia en el Barroco hispano*, Madrid, Akal, 2012, pp. 225-226.

importancia e interconexión simbólico-fáctica entre corazón, ojos y lágrimas. *Grosso modo*, para los siglos que nos competen, el órgano cardio era comprendido como una hospedería del alma, la cual tenía ductos directos hacia los ojos. Éstos percibían el mundo exterior y, procesadas las emociones causadas en el corazón-alma por la impresión de lo visto, las lágrimas vertidas eran la materialización de los sentimientos vividos.⁶⁵⁰ Estos antecedentes dieron material a fray Miguel Díaz Romero para encomiar otra de las acciones de san José ante tan peliaguda situación: rendirse al sueño.⁶⁵¹

Ya tomada la decisión de marcharse, el episodio siguiente en el devenir del carpintero es cuando, por comunicación onírica, un ángel le revela las causas del embarazo prodigioso de la Virgen y le dicta sus primeros deberes.⁶⁵² Díaz Romero nos advierte que, de ninguna manera, esta acción debe considerarse como “descuido de poco fino sino acción de muy enamorado”. Pernoctar teniendo tan grave problema encima ha de deducirse como un antónimo del desdén. Es decir, no es que la condición de María fuese una insignificancia para san José, al grado de retirarse a dormir despreocupado e indiferente. Se permitió el descanso con el objetivo de inhibir cualquier perjurio. Así, para el orador, los porqués de la actitud josefina son totalmente diáfanos:

¿Quién había puesto a Joseph en términos de su fineza? Los ojos, que habían visto los indicios de que su esposa estaba encinta (...) ¿Y qué hizo Joseph

⁶⁵⁰ Véase Jorge Luis Merlo Solorio, “Esculpido por tribulaciones y profecías asombrosas...”, pp. 19-21.

⁶⁵¹ Entablar Dios comunicación con la humanidad a través de sueños o visiones, ya sea por sí mismo o delegando a un ángel intermediario, es una dinámica reiterada en varios libros de la Biblia. Desde Génesis, Job y Jueces; pasando por Samuel, Reyes, Isaías, Ezequiel, Daniel, Amós y Zacarías; hasta los Hechos de los Apóstoles y la consabida conversión de Saulo de Tarso en el camino de Damasco; tenemos multiplicidad de casos donde sucede esta interacción. Para el caso josefino los sueños son de suma importancia porque, como hemos indicado, en ellos encuentra la calma a su desasosiego y le son develadas las indicaciones a seguir para la preservación de la vida del niño Jesús. Asimismo, en los derroteros parafrásticos de uso común en el bagaje sermocional josefino, los sueños del homónimo José, hijo de Jacob, se acoplaron con los del José neotestamentario.

⁶⁵² De hecho, el tipo iconográfico de dicho episodio fue denominado como el *Sueño de san José*. Importante señalar que fue mediante sueños y en cuatro ocasiones, que el ángel le habló al carpintero. Por ende, es indispensable detectar las singularidades compositivas de cada representación pictórica para saber con certeza a qué pasaje se alude. Véase Sandra de Arriba Cantero, *Arte e iconografía de San José en España*, pp. 77-80.

poniéndose a dormir? Aprisionarlos, para que así no administrasen al corazón más noticias de sospechas (...) Luego, ¿más amó con entregar los ojos al sueño que con emplearlos en el desvelo mismo? Es evidente. Y la razón es porque los ojos abiertos lo habían introducido en la duda y así no eran buenos para sacarlo del temeroso laberinto en que se hallaba. ¡Así, pues cierre los ojos Joseph!, para que su amor no falte con la demasiada vista, para que se haga notoria la fineza y casta voluntad que en él, por el matrimonio, halló María.⁶⁵³

Francisco Lino de Guzmán y Prado coincide con el predicador franciscano en que dormir fue acción proba de san José: “En el catre de estas penas y arrullado de sus congojas, mi afligido Patriarca fue poseído del sueño para que se verificase el triunfo que de Cupido tuvo Morfeo”. Basándose en la *Parva naturalia*,⁶⁵⁴ obra donde Aristóteles filosofó sobre la naturaleza y propiedades de la *psyche*,⁶⁵⁵ el presbítero discurre que san José cayó dormido porque “es el sueño una prudencia de la naturaleza, porque es un medio entre vivir y no vivir”.⁶⁵⁶ En *De somno et vigilia*, el Estagirita propone las razones por las cuales se requiere dormir. El sueño, como antónimo y complemento de la vigilia, se logra por la interrupción de ésta, ya que no es posible estar en vela de manera perpetua.⁶⁵⁷ El acierto de la naturaleza destacado por el predicador, reside en una de las causas del sueño: la propensión universal de todo animal a vivir bien, en el entendido de que la vigilia es la forma perfecta de vida, por ende, el sueño se erige como una necesidad, siendo la finalidad del reposo la preservación vital.⁶⁵⁸ Consecuentemente san José, hermanándose con la naturaleza, hizo

⁶⁵³ Miguel Díaz Romero, *Ornamento sacro de la santidad más elevada...*, p. 15.

⁶⁵⁴ La obra consta de nueve tratados que versan sobre sentidos y sensibilidad, memoria, duración y brevedad de la vida, juventud y vejez, vida y muerte, y la respiración. Los tres referentes al sueño se intitulan: *De somno et vigilia*, *De somniis* y *De divinatione per somnum* (El sueño y la vigilia, sobre los sueños y la adivinación en el sueño). Conocer los tratados peripatéticos en la época moderna fue posible gracias a que la *Parva naturalia* se difundió en formato impreso desde el siglo XVI. Véase Aristóteles, *Parva naturalia*, París, Imprenta de la viuda de Mauricio a Porta, 1554, portada.

⁶⁵⁵ Aristóteles, *Acerca del alma*, Gredos, Madrid, 2000, pp. 10-11.

⁶⁵⁶ Francisco Lino de Guzmán y Prado, *Ejemplar de prudencia e instrumento de la prudencia...*, pp. 14-15.

⁶⁵⁷ Aristóteles, *Tratados breves de historia natural*, Gredos, Madrid, 1987, pp. 150 y 260-262.

⁶⁵⁸ Aristóteles, *Tratados breves de historia natural*, pp. 150-151 y 265-266.

ostentación de su prudencia confinándose al descanso para aminorar sus agonías. Así, al cerrar los párpados, *in somniis*, el ángel corroboró su sensatez librándolo de todo enigma.

Gracias a la maleabilidad retórica, los tópicos de los panegíricos son tan variopintos, con abordajes singulares y sus correspondientes vericuetos, que pueden atracar en buen puerto desde puntos de partida totalmente disímiles. Sobre la cuestión del sueño josefino, a diferencia de los oradores anteriores, Francisco de Pareja cree que san José no cayó dormido, pues es inverosímil que alguien se sumerja en los más profundos pensamientos mientras dormita; y en caso de que pudiese reflexionar en el descanso, al menos expresaría entre sueños, con palabras, sus meditaciones. Empero, al carpintero “ni aun durmiendo se le despegaron los labios”. Así, el mercedario dilucida una “industria mañosa”⁶⁵⁹ de nuestro santo. El Santo Patriarca no reposó porque “quien tiene sus cuidados, no le permite la imaginación descanso”. Más bien fingió, *hizo como que dormía*, para que con la pesadez del sueño sus sentidos se apaciguasen. Una vez que san José los reconoció inactivos, se entregó a enérgicas cavilaciones con la ayuda del receptáculo del alma, aprovechando que éstos no podían importunarlo comunicándole sus agrias impresiones al haber visto la condición de María: “Ahora corazón, que tú conoces la castidad y pureza de mi querida esposa, ¡piensa! ¡Piensa qué misterio será estar preñada!” Con los sentidos fuera de combate y los pensamientos libres del asedio sensorial, el ángel encontró el momento idóneo para dirigirse al Santo Patriarca: “Esta es linda ocasión de declararte el misterio, Ioseph, ahora que tus sentidos duermen. Ya sé que tu corazón está despierto y velando, entretenido en varios pensamientos. Así pues, quedito, no nos sientan tus sentidos”.⁶⁶⁰

Como puede notarse, las agitaciones y determinaciones josefinas no fueron disimuladas por los panegiristas, más bien, al revestirlas con un halo de virtud perenne, les atribuyeron fama de *agraciadas*. Por ejemplo, respaldado en san Ambrosio, Francisco de Pareja sostiene que los celos justicieros se bifurcan en dos posibilidades: sirven para la culpa

⁶⁵⁹ *Maña*: “Habilidad, artificio y destreza para hacer alguna cosa”. Real Academia Española, *Diccionario de autoridades. Tomo IV (1734)*, [<https://webfrr.rae.es/DA.html>] (Consultado el 26 de octubre de 2021).

⁶⁶⁰ Francisco de Pareja, *Sermón predicado a (...) San Ioseph...*, pp. 26-27.

o para la gracia.⁶⁶¹ A quien azora la primera modalidad, “cualquier ademán lo calumnia por delito”. Sin importar las bondades cultivadas en los demás, “no atiende sino al desliz de la culpa”. Es censor de imperfecciones porque sus celos lo instigan a registrarlas. Antagónicamente, los celos graciosos se caracterizan por su piedad, “aunque tenga a la vista culpa qué corregir, sabe disimular con prudencia, más quiere usar de gracia para el perdón que darse vengativo a la calumnia”. De nuevo, aquí la vista recibe protagonismo, pues según el mercedario, aquel que presume de ardoroso apego a la justicia, “mira sólo lo que se le ofrece a los ojos y no se atiende a sí mismo”. A la inversa, el misericordioso, “atiende primero en sí lo que ha de celar en otros y así se temple con gracia”.⁶⁶²

Desde luego, san José portó un celo para la gracia. Al ver encinta a la Virgen, “arguyéndole el adulterio los ojos”, por precepto, se sentía obligado a denunciarla. Pero el amor y la congratulación de la castidad mariana lo detenían. Como no era capaz de cumplir “la ley de esposo ofendido”, prefirió abandonarla por piedad que “mostrarse sediento a la calumnia”. Intercalando las acepciones del celo como diligencia y el propio de las inquietudes, el predicador rotula al carpintero como *celoso con gracia*, quien desautoriza a los propiciadores de las sospechas con su fuero interno, sabio y santo. Con armoniosas palabras, Pareja resume la interconectividad entre las entrañas y la caridad josefina: “en sintiendo la sed de la justicia en sí mismo el corazón, se templará el celo con misericordia para que no calumnien con destemplanza los labios, lo que miraron con travesura los ojos”.⁶⁶³

4. Sed de justicia y sospechas: los celos josefinos somatizados

⁶⁶¹ Para este caso en concreto, la palabra *celo* es entendida como “interés extremado y activo que alguien siente por una causa o por una persona”. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, [<https://dle.rae.es/celo?m=form>] (Consultado el 30 de octubre de 2021).

⁶⁶² Francisco de Pareja, *Sermón predicado a (...) San Ioseph...*, p. 2.

⁶⁶³ Francisco de Pareja, *Sermón predicado a (...) San Ioseph...*, pp. 3-4.

La máxima cristiana es contundente: Dios, en cuanto más ama, más aflige. Por tal razón, ciñó en la cabeza de san José una corona de penas.⁶⁶⁴ La enseñanza teologal dicta que glorifica el vivir presa del sufrimiento, haciendo a los padecimientos *preseas de santidad* que inundan el alma y se filtran en la carne. Espíritu y cuerpo, conjuntamente, son asolados por la adversidad y en cuanto mayores sus tribulaciones, si se resisten “por amor de Dios y por obedecer su santísima disposición”, superior la gratificación celestial que compensará todos los sacrificios. Como sufrir es una sentencia universalizada desde el Edén, la ruta hacia la bienaventuranza no excluye a nadie; incluso Jesucristo ganó la redención del género humano soportando penurias varias. Entonces, habrá que imitarlo a él y “a los santos que más se le allegaron, y a la reina de los santos, que más que todos padeció allegada a la cruz de su hijo. Si el inocentísimo Jesús padece, si padece la inocentísima María, ¿por qué no hemos de padecer los delincuentes? (...) Mientras más se padece más se merece”.⁶⁶⁵

Las reacciones josefinas ante las pruebas impuestas por el Altísimo, según son descritas en las narrativas sermocinales, bien podríamos clasificarlas como una *colección de epopeyas*, es decir, un “conjunto de hechos gloriosos dignos de ser cantados épicamente”,⁶⁶⁶ ya que cada paso, deseo e intención de san José fueron dibujados como hazañas divinas de una moral irreprochable. Por tal razón, se auparon desde los púlpitos, convidando a los feligreses a mimetizarse con ellas. Verbigracia, Baltasar de Mansilla, al indagar en los fundamentos de la abnegación de san José, se pregunta qué lo motivó a proceder de tal manera, encontrando contestación en el comportamiento del dios encarnado, quien a través de cualquier acción hubiera consumado la redención de los contumaces, no obstante, eligió nacer en condiciones paupérrimas y morir afrentosamente en una cruz, previamente azotado y escupido. El orador atestigua que, unánimemente,

⁶⁶⁴ Joseph Atanasio Díaz y Tirado, *Sermón panegírico que en la plausible y festiva imperial coronación...*, p. 9.

⁶⁶⁵ Juan Francisco Domínguez, *Bienaventuranzas del santísimo patriarca señor San Joseph...*, pp. 58-59.

⁶⁶⁶ Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, [<https://dle.rae.es/epopeya?m=form>] (Consultado el 27 de octubre de 2021).

todos los exégetas coinciden en que el Verbo obró así para asentar las pautas a seguir. San José hizo lo propio al amaestrar a los suspicaces:

Cristo padeció por dar ejemplo a todos los pecadores; san Joseph pensó solo consigo sus celos para dar ejemplo a los celosos. Cristo padeció lo que no debía para enseñarnos a todos a padecer lo que debemos; san Joseph calló lo que podía manifestar a su esposa para que aprendan los celosos a callar lo que no pueden ni deben a nadie manifestar (...) Él lo puede pensar, no lo ha de llegar a pensar ella. ¡Ah, cuántos ruidos se excusaran si se guardara esta doctrina! Y si la guardó quien veía a su esposa evidencias de madre, sin reconocer en sí obligaciones de padre como Joseph, con cuánta más razón la deben guardar los que sin más causas que las de su arrojada fantasía, piensan ellos y les dan mucho qué pensar a ellas y aun a las vecinas.⁶⁶⁷

Resistir es la consigna, enmudecer y seguir adelante. Pero para el caso específico de los celos, omitir sus ímpetus cuando son predeterminación etológica de lo varonil, sólo es posible mediante el auxilio y emulación con lo divino. De lo contrario, las fuerzas humanas languidecen y todo el cuerpo, en desesperación, produce los síntomas de la locura que lo carcome por dentro. Al respecto, vale la pena citar la prédica de Pedro del Espíritu Santo, donde advierte la diversidad de tendencias sobre los celos josefinos. Nota que algunos autores niegan que los tuvo, otros mencionan que sí. Ya sea una u otra la interpretación, como hemos señalado, todas decantaron en alabanzas al carpintero. El carmelita es partidario del segundo grupo y, valiosamente para nosotros, trazó una suerte de cuadro patológico de la celotipia que, en descripción cuasi psicológica, testimonia la percepción sociocultural de los síndromes y tratamientos de dicha alteración:

Yo confieso de mí no conozco los celos por experiencia, sino de pura relación, pero dícneme ser unas crueles víboras que se alimentan de las mismas entrañas de quien padece sus insultos, un sediento alacrán, tiranos de la paz, de la quietud verdugos, polillas del amor, basiliscos del alma que taladran el corazón con el veneno de su vista, injustos robadores del crédito y la honra. *Mortal desasosiego*

⁶⁶⁷ Baltasar de Mansilla, *Sermón del glorioso patriarca san Ioseph...*, pp. 14-15.

que no para, se quieta, se remedia o se cura sino es con el agravio de la persona más querida o del competidor que le dio la sospecha. Una furia infernal, una dolencia sin remedio, que en vez de procurar su medicina, solicita su daño. Y como es tan intensa esta llama voraz, como el que la padece se está siempre quemando, *no hay hombre sabio, ni juicio cabal, ni prudente cordura que disimule el sentimiento de su amarga ponzoña.* Ella oscurece todo el entendimiento, la memoria atormenta, la voluntad hace pedazos, confunde la razón, a la concupiscible y la irascible traen continua lucha. Ya se aviva el amor, ya el aborrecimiento le rinde y avasalla; tal vez encoloriza, enciende y abochorna todo el calor del rostro, encarniza los ojos de tal manera que parece que están centelleando; tal vez cubre la cara de amarillez mortal, trastorna las palabras, pervierte la razón. Cuando allá las sospechas mandan tocar al arma es la voz la trompeta que significa guerra. No cesa la batalla, ni se interrumpe, ni las treguas admite, a nadie da cuartel hasta tomar venganza con injuria y afrenta, y a sangre y fuego, como dicen de la persona que los celos causó.⁶⁶⁸

Por la forma en que son caracterizados dentro de la homilética josefina, se asume que los celos arrastrarán a cualquier hombre en estado ignominioso, incluso al más sensato, puesto que moran en la genética masculina. Además, son definidos como *incontenibles*, similares a un fósforo que en cuanto se enciende, no para hasta consumirse por completo. De modo que no hay límites en la conquista del desagravio, único resquicio para extinguir la fogosidad y retornar al reino de la calma. En este contexto, el orador pondera sobre la condición del pecho de san José, “siendo el teatro y la campaña de tal escaramuza, de tan recio combate, de tan sangrienta lid”. A decir del fraile, colosalmente, el Santo Patriarca estuvo por encima de lo común, pues “no sólo no trataba de tomar la venganza de su afrenta” que, acorde con los dictámenes de la época, era su derecho; sino que sobrepasó a las pasiones al mostrarse generoso con María. Aunque el pundonor y el apego a las normas lo incitaban a delatarla, “quiso ser el único defensor de su honra, a pesar de la propia y a costa del dolor que le rasgaba el alma”.⁶⁶⁹

⁶⁶⁸ Cursivas nuestras. Pedro del Espíritu Santo, “Joseph esposo. Sermón XXV...”, p. 216.

⁶⁶⁹ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph esposo. Sermón XXV...”, pp. 216-217.

Mortífera y punzante calamidad la soportada por san José, donde la ausencia de quejas categoriza como extraordinario su proceder cuando tener “el corazón en la boca” es lo ordinario en quienes se dan a las calumnias, expidiendo veneno en cada palabra. El carpintero no habló nunca ni frente a la tentativa de agravio. Ante esta atipia, surge el cuestionamiento del porqué de la inexistencia de voces josefinas cuando estaban granizándole injurias sobre los ojos:

¡Oh sabio y justo Ioseph! ¿Qué se han hecho vuestros hermosos labios, vuestra prudente lengua? Juzgo que se os ha ido al lugar sagrado de la prudencia y se os ha pasado la boca al corazón. Quizás es para que viviendo la lengua en su hospedaje, sirva de lamer para curar las llagas que os causaron las sospechas viendo preñada a vuestra querida esposa. Todas las palabras libráis en ocultos pensamientos del corazón (...) porque no se marchitasen palabras que habían de articular vuestros labios (...), cómo se habían de ajar las palabras de Ioseph, sino solamente no las habló, pero aun las tenía tan guardadas en su corazón que ni a sus sentidos se las comunicó.⁶⁷⁰

En conclusión, según la oratoria sacra, las desavenencias de san José son una ristra de trepidantes altibajos que gravitan entre lo psicosomático y lo espiritual, donde pululan censuras, denegaciones, forcejeos, imposiciones, suplantaciones y todo artificio imaginable para acreditar discursivamente al carpintero como varón perfecto, en concordancia con los modos perfilados en su hijo y esposa por los panegiristas. El mensaje dirigido a la grey es la búsqueda del abrazo fuerte con la *anonadación subjetiva* en pos de lo apodíctico celestial: nada, absolutamente nada, ni intuiciones, evidencias, experiencias, emociones o razonamientos humanos, rebasan a la *verdad*, única e incontestable, aquella que resuena a través del tornavoz. San José veía y palpaba la circunferencia del vientre de María pero, para que “no le sintiesen lo que podía sospechar”, sin dar oportunidad alguna a la lógica, todo “lo pasaba de los ojos al corazón, y guardándolo en él, echaba la llave del secreto, de manera que no saliese jamás (...) ni aun a sentirse en los sentidos. ¡Oh, prudencia casi divina

⁶⁷⁰ Francisco de Pareja, *Sermón predicado a (...) San Ioseph...*, pp. 25-26.

de Ioseph!”⁶⁷¹ Que todo sea engullido, que nada genere mareas al entendimiento. Y esto se consigue por la vía de la *prudencia*, relacionada con su acepción moral⁶⁷² y, a su vez, metamorfoseada para renacer como una suerte de neologismo, significando no otra cosa que *fe invidente*. En palabras distintas, lacónicas y categóricas, lo mismo escribió la santa abulense en su consabida oración, compendiando el horizonte perceptual del catolicismo moderno: “Quien a Dios tiene nada le falta. Sólo Dios basta”.

⁶⁷¹ Francisco de Pareja, *Sermón predicado a (...) San Ioseph...*, p. 26.

⁶⁷² *Prudencia*: “Una de las cuatro virtudes cardinales que enseña al hombre a discernir y distinguir lo que es bueno o malo, para seguirlo o huir de ello”. Real Academia Española, *Diccionario de autoridades. Tomo V (1737)*, [<https://webfrrl.rae.es/DA.html>] (Consultado el 31 de octubre de 2021).

Capítulo IV

San José como vicediós

I.- Homologación de san José con el Espíritu Santo

Indisociables y miméticos por nexo colaborativo. Representantes del patriarcado divino que prima en la realidad bidimensional, entrambos son *jerarcas* que patentan la supremacía varonil infundida y perpetuada sacramentalmente a través del matrimonio. El amor unánime para con la reina del universo los transforma en una sola esencia que coexiste en el mismo cuerpo, concretamente en el corazón que hace las veces de matraz donde se amalgaman y cohabitan. ¿Cómo materializar con óleo tantas sutilezas? Mediante las complejidades de una alegoría oval (**fig. 46**). Embelesados, una decena de rollizos querubines circundan a la metonimia visual del Santo Patriarca, que podemos diferenciar de las correspondientes a sus sagrados familiares, gracias a la florecida vara que emerge del corazón anatómico; órgano diseccionado para revelarnos el contenido en su interior. El carpintero, ataviado con una sencilla túnica blanca y una corona de flores de idéntico color, sostiene a la altura del pecho al Espíritu Santo. Al igual que las arquivoltas o, mejor aún, como un cítrico, que tras la cáscara vienen los gajos y dentro de ellos las semillas; así el corazón josefino se *desdobla hacia adentro* para dejar al descubierto sus componentes primarios. En el órgano cordial del carpintero anida el Paráclito, y al ser dicha víscera el *sitial del alma*, entremezcladas, ahí mismo moran las potencias josefinas. Dios y santo *confluyen en el/de corazón*, tornándose en un torrente simultáneo.

En el pasado, interpretar e intitular este tipo iconográfico había sido labor un tanto escurridiza, a falta de un estudio que nos revelase la simbiosis teologal de la época moderna entre san José y el Espíritu Santo. Tanto así que un lienzo josefino similar al descrito en el párrafo anterior, conservado en el Museo de Arte Virreinal de Taxco, fue signado como *San José de la paloma*, corriendo con la misma suerte la obra mariana con la que hace *pendant*

(fig. 47). En realidad, la figuración nívica de ambos consortes junto con la presencia del Paráclito, va en concordancia con lo que páginas atrás denominamos como *sacra poliandria*, asunto sobre el cual ahondaremos en el presente capítulo. Sobrevivientes hasta nuestros días son poquísimos los cuadros con dicha temática. Otros tres ejemplares de los que tenemos noticia son la pintura del Museo de la Basílica de Guadalupe (fig. 48) y los lienzos del pintor tlaxcalteca Manuel Caro, denominados erróneamente como *El espíritu de Jesús* (figs. 49-50). Sin embargo, proponemos que los patrocinios en los que la paloma divina brota del pecho josefino son correlativos a esta inventiva de retóricas múltiples, donde san José es dignificado con adjetivos deíficos.

1. San José suple al Espíritu Santo como esposo de María

La concepción de Cristo en la matriz mariana fue misión del Espíritu Santo. Como adoctrinar es uno de los ejes sermocinales, los panegíricos tienden a descifrar las vidas santas mediante el paralelismo con los *modus vivendi* en boga y sus consecuentes asignaciones de género. Es por ello que, discursivamente, al ser repasada esta doctrina eclesial desde el púlpito, fue tendencia otorgarle al Paráclito una suerte de *paternidad* respecto de Jesús, pues según la convención social, los únicos con obligación y derecho de fecundar a las mujeres son sus maridos. Pero, a falta de una corporalidad humana, el consorte primitivo tuvo que designar un hombre que se hiciese cargo de su familia, un sucedáneo “para suplir sus ausencias”,⁶⁷³ tarea que recayó en san José con la ratificación del propio Espíritu Santo, quien se posó en la vara de almendro el día en que a María le fue dado cónyuge.

En la coalición patriarcal entre el *Paráklētos* y san José, cada uno aporta lo que está a su alcance para cubrir los requisitos de una virilidad sin deficiencias. Por ende, a decir de Juan Antonio Cantova, Jesucristo tuvo en ellos a dos padres con encargos diferentes. El divino le comunicó la facultad de ser dios, mientras que “como *dios hombre* en la tierra”, el

⁶⁷³ Francisco de la Encarnación, *Sermón panegírico del dignísimo esposo de María*, p. 6v.

humano lo asistió en las dificultades del mundo. En consonancia, tal y como hemos reiterado, para María hubo dos esposos, uno procreador y un centinela de su honor.⁶⁷⁴ Nótese que el predicador le concede a san José una calificación divina, factible en este tópico por la mutualidad del carpintero con el Espíritu Santo; compenetración que trascendió las jurisdicciones repartidas al sugerirse que ambos se fundieron para convertirse en un mismo ser, como lo asienta visualmente la alegoría del corazón josefino que analizamos con antelación y algunos razonamientos en la oratoria sacra. Conozcamos los perfilados por Andrés de Arce y Miranda.

Continuando sus comparaciones arborescentes, Arce y Miranda reinterpretó el episodio apócrifo donde, de forma prodigiosa, el carpintero fue elegido para desposarse con María. Nos dice que la lozanía de la vara reseca se logró, no sólo por el sobrevuelo del Espíritu Santo, sino porque “se ingirió en ella para hacer que floreciese”. Dicha vara en tanto *pronombre iconotextual*⁶⁷⁵ del Santo Patriarca, lo torna en el depositario de los dones espirituales que conlleva el recibir en sí mismo a la sacra paloma. Luego, san José es “un árbol injerto de todo género de frutos”, es decir, “de todas especies de virtudes”. Sin medias tintas, el canónigo huejotzinga divulga que los frutos pendientes de las ramas josefinas, mismos que proliferaron durante toda la vida del carpintero, fueron abundantes “una vez que se injertó en él el Espíritu Santo”. Entonces, fortaleza heroica, humildad profunda, pureza suma y caridad ardiente tuvieron como raíz madre al Paráclito quien, al vegetar en san José, lo hizo fructífero por asimilación.

En la *sacra poliandria*,⁶⁷⁶ figura forjada al meditar las gestiones del plan salvífico, María, san José y el Espíritu Santo dejan atrás su individualidad para convertirse en uno solo

⁶⁷⁴ Cursivas nuestras. Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia...*, p. 35.

⁶⁷⁵ Vara → Él ← San José

⁶⁷⁶ La unificación alcanzada entre María y sus dos esposos es visible en los óleos referidos al inicio del capítulo: los cuadros forman *pendant* y, en ambos, la sagrada paloma es el motivo reiterado, el factor de homogeneización que hace uno a los tres. Sin embargo, debemos recalcar que a diferencia de las alianzas poligámicas donde los hombres se benefician con la obtención de múltiples cónyuges, las cuales quedan a su servicio; en la *sacra poliandria* María no encabeza la triada matrimonial pues ejerce un papel subsidiario, siendo los santos varones quienes se encargan de incorporarla al consorcio y revestirla de gracias. Al respecto, revisemos la ingeniosa metáfora de Miguel Díaz Romero, quien echó mano de los componentes técnico-estilísticos de la pintura de su tiempo para

mediante una *alquimia del amor*.⁶⁷⁷ Para ahondar en ello, recurramos a la prédica de Salvador Faura de los Dolores, la cual se oró en la murciana Congregación del Oratorio. El franciscano instruye que la Virgen y el carpintero “se reciprocaron con el amor más raro”⁶⁷⁸ al infundirse en el pecho de ambos el Paráclito, aleándose los tres en una mixtura de cariño imperecedero; tan inmenso y extravagante que, según el panegirista, poco les faltaría a los consortes para alcanzar la categoría de divinidades.⁶⁷⁹

Sin embargo, Faura se interroga cómo es que la madre del Verbo, a un tiempo, estuvo casada con el Espíritu Santo y san José, pues “esposa de dos personas a toda buena ley repugna”. La respuesta brindada insiste en la fusión de los santos varones. Ergo, “María

ejemplificarnos a san José y al Espíritu Santo como diestros artífices que obraron sobre una “emparejada tabla”, es decir, María, dibujando y coloreándole su virginidad gananciosa. San José fue delegado para ser “el manto de luces y la capa de decencia para la sombra y resguardo de la virginidad de María, en sustitución del divino esposo, el Espíritu Santo”, quien con antelación le había *hecho sombra* (preñado) a la recién maridada. Asumiendo “lo propio que en la pintura hacen las sombras”, es decir, dar “gracia y perfección a lo delineado”, el predicador dice que el Paráclito imprimió “vivos a los colores” de María. Así, “el pincel del Espíritu Santo retocó la imagen de la virginidad de María en la encarnación del Verbo, y su sombra la perfeccionó, para que siendo madre, quedase siempre virgen”.

Cuando en el templo judío floreció la vara y la sagrada paloma planeó sobre la testa josefina, le fueron otorgados al carpintero *pincel* y *plumas* para que efectuase en el cuadro mariano lo mismo que el Paráclito. Entonces, cual esfuerzo tallerístico, muchas circunstancias y voluntades trabajaron conjuntamente en esta pieza incorrupta, pasiva y maleable, pero san José fue quien dio el toque final: “Concurrieron, como se sabe, en el original de la virginidad de María, muchos, varios y distintos artífices a dibujarla: la naturaleza puso la tabla, la virginal vergüenza los colores, el Espíritu Santo y Joseph los pinceles y las sombras, todo el cielo las luces, los esmaltes la gracia, y aun hasta la culpa puso los lejos, pero aunque todos se esmeraron en el original, su esposo Joseph fue quien, como sustituto del Espíritu Santo, dio y puso la última mano. Y así a la mano de Joseph se le debe la perfección de la imagen de la virginidad de María”. Miguel Díaz Romero, *Ornamento sacro de la santidad más elevada...*, pp. 8-10.

⁶⁷⁷ Metáfora que, bíblicamente, tiene su origen en el libro del Génesis. Cuando Dios creó a Eva para acompañar a Adán, éste último dijo: “Por eso un hombre abandona padre y madre, se junta a su mujer y se hacen una sola carne” (Gn 2, 24). Por sus connotaciones, el versículo comúnmente es vinculado con las prescripciones de la unión marital.

⁶⁷⁸ *Raro*: “Significa también extraordinario, poco común o frecuente”. La generalización de los postulados josefológicos en el ámbito español de los siglos modernos, llegó a tal punto que, para ejemplificar el uso de la palabra *raro*, el diccionario recurre a una premisa josefina: “Joseph trabajaba en tanto / que le asistían los dos, / Hijo y Madre: ¡raro espanto! / dejarse servir el santo, / para más servir a Dios”. Real Academia Española, *Diccionario de autoridades. Tomo V (1737)*, [<https://apps2.rae.es/DA.html>] (Consultado el 05 de noviembre de 2021).

⁶⁷⁹ Salvador Faura de los Dolores, *Epitalamio panegírico que a los sagrados desposorios...*, Murcia, Imprenta de Felipe Díaz Cayuelas, 1755, p. 16.

no es esposa de dos sino de *uno que se compone de dos personas*, una divina y la otra humana”. Por su rango deífico, el Paráclito desposó a la Virgen como emperatriz del universo, mientras que san José hizo aquello que para el Espíritu Santo era imposible, a falta de corporeidad mortal. Así, afectos, intenciones y materia se entrecruzaron cordialmente: “Y para que se llegue a completar la razón de matrimonio entre María y Joseph, entregue el Espíritu Santo, como suyo, el cuerpo de mi Patriarca glorioso, y ame Joseph a la reina de los cielos con el amor del Espíritu Santo, y así quedará expreso que entrambos son esposos y que es uno solo el consorte de María”.⁶⁸⁰

Para otros teólogos, como Pedro de Torres, san José es un *varón deífico* por razones diversas, mismas que, en general, pulularon en la homilética moderna. En su tratado, el ignaciano desarrolla profusamente las cualidades que divinizan al carpintero. Verbigracia, su coparticipación de los atributos del Altísimo; por celoso, justo y fiel; al erigirse como señor de su señor y por ser viva imagen de la Trinidad.⁶⁸¹ Para aquello que nos compete, destaca la consideración sobre la semejanza del Santo Patriarca con el Paráclito. Dice el jesuita que ambos son de tal equivalencia que, a raíz de su matrimonio con María, san José aparenta ser un *Espíritu Santo humanado*. Por sus acciones y privilegios, nuestro santo fue “más que hombre” porque compartió las dignidades del Paráclito; además, “si éste no le hubiera comunicado toda su divinidad, no fuera digno esposo de María, ni ésta lo hubiera merecido como esposo (...) ¡Qué amor el de Joseph que pudo unirse con el mismo amor personal y divino del Espíritu Santo! ¡Qué amor el de Joseph, tan puro, tan divino, tan sin mezcla de carne, pues de él y del Espíritu de amor divino se hizo un amor para constituir el desposorio con María!”⁶⁸²

Polifacéticas son las homologías entre los maridos de la Virgen. El amor josefino es voluntarioso e indiviso, desprovisto de las afecciones mundanas, de tal pureza y espiritualidad que supera con creces al abrigado por las cortes angélicas. Es tan divino y

⁶⁸⁰ Cursivas nuestras. Salvador Faura de los Dolores, *Epitalamio panegírico que a los sagrados desposorios...*, pp. 17-18.

⁶⁸¹ Véase Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, p. XXXVII.

⁶⁸² Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, pp. 502-503.

conforme con el amor etéreo que reside en el Espíritu Santo que la Omnipotencia no desea que existan separaciones o resquebrajamientos entre ellos. Antes bien, los prefiere conjugados en un “amor nupcial” cuya morada es el corazón mariano.⁶⁸³ Cavila el iñiguista que indispensable es la complementariedad de los consortes de María, ya que si al cuerpo le es extraída el alma, morirá de inmediato. Así, el amor josefino estuvo a cargo de proveer lo necesario para la manutención de la corporalidad mariana y el Paráclito de “alimentar con la gracia” el alma de su inmaculada mujer.⁶⁸⁴

Desde esta perspectiva bifásica que dilucida a los seres humanos como simbioses de carne y espíritu, los sacros esposos también debieron coligarse para consumir la puesta en escena de la salvación a través de Cristo. A decir de Torres, Dios, en su faceta hacedora, funge como fabricante y preservador de toda creatura. Así, sus operaciones se convierten en una labor de creación perenne. “Creó el Espíritu Santo y produjo a Jesús en el vientre de María”, demostrando su “oficio de amor” en tanto cónyuge mariano. Por su parte, “Joseph conservó a Jesús, alimentándolo y sustentándolo, que es como segunda creación o continuada la primera”. De hecho, el teólogo nos recuerda que no es gratuita la sentencia que “vulgarmente se dice”: “cría el que alimenta”.⁶⁸⁵ Mientras uno engendró al Salvador, el otro *le dio vida* en términos de continuidad. Entonces, aquella labor creadora del Todopoderoso se diseminó entre el Paráclito y el Santo Patriarca, coparticipando este último de las cualidades divinas. A grado tal que, sin la acción propositiva de ambos, no

⁶⁸³ Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, p. 503.

⁶⁸⁴ Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, p. 504. *En esta división de oficios, donde el Espíritu Santo estuvo a cargo del alma mariana y san José del bienestar corporal de su consorte, el oratoriano Julián Gutiérrez Dávila magnifica aún más al carpintero, mencionando que la Santísima Trinidad en su conjunto, no sólo el Paráclito, cuidaron el alma de la Virgen, de quien eran responsables por ser hija del Padre, madre del Hijo y esposa del Paráclito. Al tomarla como cónyuge, según las potestades patriarcales que designan la *custodia* de los hombres sobre las mujeres (entiéndase *custodia* no sólo cual sinónimo de vigilancia sino también como la jurisdicción del señor en relación con el subalterno), san José veló el cuerpo de María en tanto hija dependiente y madre/esposa por la procreación del Verbo, teniendo así participación con cada entidad de la tripleta divina. Julián Gutiérrez Dávila, *Deseos de san Joseph cumplidos...*, pp. 9-10.

⁶⁸⁵ Debemos advertir que, para la época, las palabras *crear* y *criar* son sinónimos derivados de *creación*. Para ser más puntuales, al modernizar las citas, decidimos diferenciar sus significados, *ad hoc* con la usanza actual. Así, *crear* alude al acto de “producir algo de la nada” y *criar* a las faenas de la crianza.

hubiese cuajado la expiación humana, a falta del Redentor: “Tan unido estuvo Joseph con el Espíritu Santo en estos amorosos oficios para con el Hijo, que uno sin el otro no lo perfeccionara. Porque dar ser sin conservarlo es indecente fragilidad. Luego, si el Espíritu Santo da el ser y Joseph le conserva, es porque uno sin otro no hace cumplido el crédito del ser de Cristo”.⁶⁸⁶

Con lo dicho hasta el momento, podemos atisbar que el ponderar a san José como un Espíritu Santo humanado, trasciende la designación de un mero epíteto. Prácticamente, el carpintero es definido cual *encarnación* de la tercera persona trinitaria. Al respecto, el encuadre simbólico de mayor arrojo que confeccionó Pedro de Torres, estriba en catalogar a san José como un “sacramento del Paráclito”. De manera breve y concisa, el jesuita explica que los sacramentos son “una señal visible de gracia invisible”. Así como agua y crisma son signos de la gracia del Espíritu Santo infundida en el catecúmeno, o como hostia y vino cristalizan a Cristo mediante la transustanciación; “el Espíritu Santo quiso ser amado en Joseph, a quien puso como esposo visible y sustituto suyo”, aplicando este principio en el matrimonio con María y en la paternidad de Jesús. “Y así es Joseph sacramento del Padre y del Espíritu Santo, y todo sagrado y divino”.⁶⁸⁷

Otras pruebas del mimetismo entre los divinos varones son los siete dones del Paráclito y la septena de “misterios especiales” del carpintero. En cabalística interpretación, Torres apunta que el número siete define la divinidad de san José y su semejanza con el Espíritu Santo, pues el Santo Patriarca superó el número seis, dígito mundano e incluso nefasto por ser representativo del Anticristo.⁶⁸⁸ También los dos son silentes porque “el amor excluye palabras y se muestra en la obras. Por eso calla Joseph y calla el Espíritu Santo. Y calla Joseph porque ama como el Espíritu Santo”.⁶⁸⁹ Varias más fueron las hipérbolas para

⁶⁸⁶ Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, p. 505.

⁶⁸⁷ Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, pp. 505-506.

⁶⁸⁸ Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, pp. 506-507. *Torres alude al libro del Apocalipsis donde, en una traducción literal de la *Vulgata* al castellano, se lee: “El que entienda, calcule el número del monstruo, que es un *número de hombre*. Ese número es el *seiscientos sesenta y seis*” (Ap 13, 18). Por ende, el seis es dígito que representa, por un lado, a lo humano, que no alcanza las perfecciones de lo divino; y por el otro, al Anticristo, quien busca emular a Dios y falla en su intento.

⁶⁸⁹ Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, p. 508.

afianzar esta asociación de masculinidades prototípicas que deifica a nuestro santo. Sin embargo, para develar la uniformidad global junto con la correspondiente relevancia teológico-discursiva del entramado san José/Paráclito, debemos regresar a nuestro punto de partida.

En metáfora infundibuliforme,⁶⁹⁰ digamos que el Espíritu Santo se *trasvasa* en el Santo Patriarca y viceversa, movilizando un ciclo de reciprocidades que termina por disolver los límites individuales para dar vida a un ente homogéneo. Pictóricamente hablando, en los lienzos comentados al inicio del capítulo, san José viste de blanco en similitud con el plumaje de la sagrada paloma, quien troca al corazón del carpintero en su rompimiento de gloria habitual. Pero, de nuevo, la inscripción de una cartela es lo que nos dará las llaves de acceso al significado neurálgico y polivalente que reside en la simbología iconográfica. El extravagante óleo josefino de la Colección Felipe, Anna y Andrés Siegel (**fig. 51**), nos ubica en la privacidad del empíreo.⁶⁹¹ De medio cuerpo, como si surgiese de entre las esponjosas nubes violáceas, san José, con mirada extática, atiende las indicaciones del Eterno Padre, mientras que con la diestra, señala al Paráclito que aletea frente a su pecho. Esclarecedoramente, la cartela mixtilínea en la parte inferior, explica la temática del cuadro: “El alma gloriosísima del santísimo patriarca señor san Josephe”. A partir de lo revisado en las cavilaciones josefológicas, podemos conjeturar que en este ingenio de retórica visual, el alma josefina, el principio que dinamiza a san José, no es otro que el Paráclito. Y si el alma congrega, *grosso modo*, la esencia de cada humano, el carpintero es (casi, como, similar, uno con y/o indistinguible con) el Espíritu Santo, tal y como infieren los tratadistas y oradores modernos. Ergo, cual ecuación matemática, los pronombres singulares se igualan, transformándose ambos en un plural: Él ↔ Yo = Nosotros. Tanto así que el gesto manual de san José, bien podría traducirse escrituralmente como *ego sum Spiritus Sanctus*. Entonces,

⁶⁹⁰ *Infundibuliforme*: “En forma de embudo”. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, [<https://dle.rae.es/infundibuliforme?m=form>] (Consultado el 11 de noviembre de 2021).

⁶⁹¹ Agradezco sobremanera a la Mtra. Beatriz Berndt por facilitarme el texto donde reseñó la obra. Véase Beatriz Berndt León Mariscal, “El alma gloriosísima del santísimo patriarca señor san José” en *Memoria del Museo Nacional de Arte*, núm. 8, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 2000, pp. 83-84.

este tipo iconográfico participó en mancomún de los mismos arrojios teologales del púlpito, la pluma y la imprenta, ortodoxos y viables en las centurias que nos competen.

II.- San José, señor del universo = semidios

El Eterno Padre lo hizo su lugarteniente en la tierra, pero en el cielo lo hace príncipe de toda su posesión. El Verbo lo eligió por padre, mas ahora lo corona haciéndole señor de cielo y tierra. El Espíritu Santo lo destinó para guarda de su amada esposa, pero al presente lo destina para el trono de su amor. ¡Virgen sacrosanta! ¡Con qué plausibles homenajes no veneras a tu esposo! Tú le dirás sin cesar: *¡inocente de manos y limpio de corazón! En tu mano están, señor, todos los fines de la tierra.*

Bernardo Clemente Sala⁶⁹²

Al desentrañar la asociación entre san José y el Espíritu Santo, la cual desembocó en su aleación ontológica, hemos ganado una herramienta más para indagar en las profundidades de la apología josefina y cómo es que sus influjos, a un tiempo, determinaron los cauces de las retóricas visual y escrita de la era moderna. Dentro de su vasta producción cultural, una de las manifestaciones culmen, oriunda del siglo XVIII, son los cuadros de patrocinio dedicados al carpintero de Nazareth, genuinos aglutinadores de todas las prerrogativas josefinas que hemos desmenuzado en la presente investigación. Esta es la razón por la que los capítulos que abordan la exaltación a san José fueron pensados como un periplo. Nos vio zarpar el lienzo tepetzotlense de José de Ibarra y frente a él terminaremos nuestro viaje (**fig. 15**). Pero para sondear entre sus trazos, apuntalemos una premisa sobre el patronazgo

⁶⁹² Bernardo Clemente Sala, *Sermones de varias festividades y santos...*, p. 12.

de los santos: sermones y lienzos son *concordatos de la poética del poder*, testimonios tangibles del pactismo patriarcal en el que varones y númenes comparten potestades y adulaciones.

Como bien lo asienta Carmelo Lisón Tolosana, el poder en bruto es imperceptible. Necesita materializarse mediante analogías y metáforas, pues “se agazapa detrás de signos y símbolos”. Así, dicha *poética* es un dispositivo complejo creado para conmocionar los sentidos con fines persuasivos, el cual impele al súbdito/creyente a abrazar fervores y atestiguar la *imagen del poder* conformada por una multiplicidad de representaciones de amplio espectro (entiéndase visuales, escritas, orales, histriónicas y auditivas).⁶⁹³ Bajo la misma sintonía, según la *teatrocracia* propuesta por Georges Balandier, el poder no puede sustentarse exclusivamente por coerción o las luces de la razón. Precisa de imágenes, símbolos y ceremoniales que finquen jerarquías sacralizadas, haciendo de los regentes la expresión viva del orden celestial. En pocas palabras, se trata de la *subordinación a través del fasto*, donde todo y todos obtienen su lugar, siendo política y religión partes de un mismo elemento.⁶⁹⁴

Siguiendo esta línea interpretativa pero adicionando una perspectiva de género, proponemos que los patrocinios josefinos son la divinización y entronización del *hombre por el hombre mismo*. Muestra de ello es la pintura semicircular de José de Ibarra donde los soberanos terrenales fueron proyectados en convalidación por la corte celestial, legitimadora de su supremacía y de la permanencia de su dominio sobre la sociedad. En definitiva, entre instituciones e individuos, el óleo es un tejido de *alter egos* (otros yos) masculinos: Dios, Iglesia, Estado; santo, papa, monarca; creador, redentor, consolador, patrono... todos son *uno* dentro del poder patriarcal. Y la única *ella* del consorcio es en tanto que coparticipa de los roles y necesidades de cada varón. Como hemos planteado con

⁶⁹³ Véase Carmelo Lisón Tolosana, *La imagen del rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias*, España, Espasa Calpe, 1991, p. 136; Bernarda Urrejola Davanzo, “Felipe Quinto, de austríaco a borbón, según sermones de la época (Nueva España, 1701–1747)”, en *Colonial Latin American Review*, vol. 25, núm. 4, E.U.A., Taylor and Francis Group, 2016, p. 466.

⁶⁹⁴ Georges Balandier, *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, España, Paidós, 1994, pp. 16-39.

antelación, es la mujer que es por los hombres que la definen: esposa por partida doble, madre, hija e intercesora.

Estas alineaciones *patronal-patriarcales* que propiciaron la unicidad discursiva entre el poder, san José y la monarquía hispánica, bulleron en el ámbito hispánico desde el último tercio del siglo XVII, sostenidas en los basamentos de la *Pietas austriaca*, es decir, la bisagra inquebrantable e intransigente entre la dinastía de los Habsburgo y el fervor católico, expresada en la defensa devocional y el vasallaje de los monarcas a cambio del favoritismo divino. Al revestirse con ello de un aura de sacralidad que fusionaba los linderos de la política y la religión, la Corona hispánica se auto-convirtió en un factor teleológico en el devenir de la humanidad, de tal suerte que la bonanza y perpetuación de la Casa de los Austria se ancló a la historia salvífica. En esta relación sincrética entre las cortes celestial y española, cada una de ellas haría lo necesario para que la otra triunfara y se llenara de gloria.⁶⁹⁵

Lo antes dicho es parte del bagaje simbólico que alimentó los patrocinios pictóricos de cariz real. Pero habrá que agregar que, como productos devotos y culturales del siglo XVIII, éstos fueron creados en un contexto de bonanza josefina que fue incentivado por la decisión estratégica de Carlos II: por devoción heredada, en noviembre de 1678, ordenó que iniciasen los trámites pertinentes ante la Santa Sede para convertir al carpintero nazareno en el patrono de la Corona española.⁶⁹⁶ Tal era el ímpetu carolino por afianzar esta empresa que, adelantándose al refrendo papal, emitió una real cédula dirigida a todos los confines del reino para que las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles, acatasen su

⁶⁹⁵ De hecho, la oratoria sacra sirvió como aparato de legitimación y respaldo mutuo entre religión y política. A través del púlpito, la monarquía fue representada como una “entidad imperecedera, más allá de las contingencias históricas”, mientras que la Iglesia obtenía la “categoría de dogma político y los monopolizadores de su exégesis, la protección plena por parte del poder”. Véase Fernando Negredo del Cerro, “La palabra de Dios al servicio del Rey. La legitimación de la Casa Austria en los sermones del siglo XVII”, en *Criticón*, núm. 84-85, Francia, Université de Toulouse II-Le Mirail, 2002, p. 296.

⁶⁹⁶ José de Jesús María, “Política y religiosidad en el barroco español: el fracasado patronato de San José sobre España y sus dominios (1679)”, en *Revista de Estudios Josefinos. San José en el siglo XVIII, Actas del Tercer Simposio Internacional (Montreal, Septiembre 1980)*, año XXXV, núms. 69-70, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1981, pp. 674-675.

resolución. Poco tiempo después, en abril de 1679, el papa Inocencio XI otorgó su venia a través del breve *Eximia pietas*,⁶⁹⁷ mismo que fue enviado a los virreinos americanos. Sin embargo, a tan sólo ocho meses de la aprobación pontifical, el último de los reyes austriacos reculó. Su palinodia incluyó la petición ante Roma para suspender el breve,⁶⁹⁸ junto con el mandato de cancelación para que fuese ejecutado por sus delegados foráneos.⁶⁹⁹ Al parecer, el soberano tuvo que ceder ante las quejas interpuestas por la clerecía compostelana, la cual veía con malos ojos la innovación josefina al prever socavados los intereses devocionales y económicos detrás del luengo patronato del apóstol Santiago; reticencias que ya habían tenido fruto al impedir, en dos ocasiones, el copatrocinio de santa Teresa de Ávila sobre los reinos hispánicos.⁷⁰⁰

1. San José y la *Pietas austriaca*

El apego carolino a san José era de cepa. Su abuelo, Fernando III, determinó en 1653 que la celebración josefina del 19 de marzo fuese de precepto en Austria y en todos sus dominios hereditarios, deseo concretado al año siguiente.⁷⁰¹ Pero de quien recibió una influencia directa fue de su tío Leopoldo I.

De manera enérgica y amplificada, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico manifestó su querencia josefina en diferentes formas y ocasiones, incentivando patronazgos de san José sobre diócesis y provincias, así como la instauración de fiestas de precepto, a lo cual se suma la copiosa cantidad de fundaciones religiosas puestas bajo el

⁶⁹⁷ Véase “*Eximia pietas*” en Francisco Javier Hernáez, *Colección de bulas, breves y otros documentos relativos a la Iglesia de América y Filipinas*, tomo II, Bruselas, Krauz Reprint, Vaduz, 1964, p. 584.

⁶⁹⁸ El papa revocó el *Eximia pietas* el 26 de septiembre de 1680. Véase Francisco Javier Hernáez, *Colección de bulas...*, p. 585.

⁶⁹⁹ José de Jesús María, “Política y religiosidad en el barroco español...”, p. 677.

⁷⁰⁰ José de Jesús María, “Política y religiosidad en el barroco español...”, p. 679-680.

⁷⁰¹ Aimé Trottier, “La dévotion a saint Joseph dans l’empire allemand au XVII siècle”, en *Revista de Estudios Josefinos. Presencia de San José en el siglo XVII. Actas del Cuarto Simposion internacional*, año XLI, núms. 81-82, Valladolid, Centro Español de investigaciones Josefinas, 1985, p. 553.

auspicio de nuestro santo.⁷⁰² Pero el nexos y la similitud más significativos entre Leopoldo I, su sobrino y san José radicaron en la dinámica cooperativista de la regencia celestial y el linaje habsburguiano que señalamos líneas atrás: tras sus matrimonios infecundos con Margarita Teresa de España y Claudia Felicidad del Tirol, Leopoldo I hizo voto de difundir vigorosamente la devoción josefina a cambio de un ansiado sucesor, y como muestra anticipada de agradecimiento, se comprometió a bautizarlo con el nombre del Santo Patriarca.⁷⁰³ Para demostrar con creces su deferencia, el emperador tomó la decisión de convertir a san José en el patrono de todos sus territorios. Clemente X dio su autorización el 14 de febrero de 1675, y la ciudad de Viena fue el escenario de una celebración de enorme boato, la cual duró ocho días, siendo una estatua josefina de plata tamaño natural, la protagonista de las diversas procesiones efectuadas. Cabe destacar que el emperador fue persistente y no escatimó en recursos para ganar el favor del esposo de la Virgen. Por ejemplo, donó un altar marmóreo a la iglesia carmelitana de San José en Ratisbona, mientras que Leonor del Palatinado, tercera consorte leopoldina, prometió celebrar la

⁷⁰² Aimé Trottier, "La dévotion a saint Joseph...", pp. 554-555.

⁷⁰³ La predilección de Leopoldo I por san José pasó a la posteridad de manera mitificada, es decir, se hinchó de relatos piadosos cuyos tópicos verificaban la íntima y perenne relación entre ambos personajes. Conocemos la difusión de la historia sobre un conato de envenenamiento sufrido por el emperador, del cual se libró por la oportuna intervención de san José. Supuestamente, esta fue la razón por la que, agradecido, Leopoldo puso a los pies del Santo Patriarca todo su imperio. Nos parece que la transmisión de dicho episodio en los impresos americanos de los siglos XVII y XVIII, afecto a los modos narrativos de la *Pietas austriaca*, persiguió la finalidad de "hacer genealógica la devoción josefina, denotando una costumbre añeja al interior de la dinastía de los Habsburgo", tal y como se hizo en torno a la devoción eucarística con Rodolfo I, fundador de la Casa de Austria, y Carlos II. Fue tan útil, clásica y añeja esta estrategia legitimadora que en la figura de Felipe V se reencarnó la tradición de ligar al *Corpus Christi* con el rey, al fungir como testimonio de la perpetuidad de los fervores monárquicos españoles; empleándose, incluso, hasta el crepúsculo del siglo XIX como noticia periodística sobre las costumbres regias, en torno al regente Alfonso XII. Véase Jorge Luis Merlo Solorio, "Entre paternidad y poderío...", p. 184 y nota 9; Bernarda Urrejola Davanzo, *Retórica sagrada y representación...*, pp. 252-253; Antonio Álvarez-Ossorio Alvariano, "Virtud coronada: Carlos II y la piedad de la Casa de los Austria", en Pablo Fernández Albadalejo, Virgilio Pinto Crespo y José Martínez Millán (coords.), *Política, religión e inquisición en la España moderna: homenaje a Joaquín Pérez Villanueva*, España, Universidad Autónoma de Madrid, 1996, pp. 29-57; "Carta de una Hermana de la Caridad", en *La Voz de México. Diario político, religioso, científico y literario*, tomo XIII, núm. 141, México, 16-12-1882, p. 2.

solemnidad josefina con gran pompa y, ese mismo día, compartir los alimentos con trece menesterosos.⁷⁰⁴

El anhelo y la súplica de los consortes fueron escuchados pues la emperatriz dio a luz, el 26 de julio de 1678, al futuro emperador José I. A decir de Aimé Trottier, a sabiendas de la efectividad josefina por el beneficio obtenido, Leopoldo I incrementó su labor propagandística y fue él quien convenció a Carlos II para que optase por instaurar a san José como patrono de la monarquía hispánica,⁷⁰⁵ iniciativa que cuajó a tan sólo cuatro meses de haber nacido el fruto de la intercesión del carpintero. Además, no podemos soslayar que otra probable influencia sobre el joven monarca fuese la propensión josefina de su propio padre, Felipe IV, quien para asegurarle una vida próspera, le dio por segundo nombre el de *Joseph*.⁷⁰⁶

Es indispensable notar que, a diferencia de sus antecesores, Carlos II no fue un soberano belicoso ni expansionista. De constitución física tenue, desarrollado políticamente a la sombra de su madre,⁷⁰⁷ su figura regia se robusteció con las cualidades arquetípicas del “monarca catoliquísimo”, protector y difusor a ultranza de la fe cristiana.⁷⁰⁸ Por ende, el tomar un favorecedor celestial era una operación multifacética. El patrocinio josefino fue una estrategia política, una pauta gubernamental, no sólo una revalidación religiosa. Es decir, en táctica siempre dual, los designios carolinos abogaban por su buenaventura personal y, mediante ella, la del reino en su conjunto; *modus operandi* común en los soberanos austriacos, acorde con la episteme imperante.

⁷⁰⁴ Aimé Trottier, “La dévotion a saint Joseph...”, pp. 556-557.

⁷⁰⁵ Aimé Trottier, “La dévotion a saint Joseph...”, p. 555 y 557.

⁷⁰⁶ Irma Barriga Calle, *Patrocinio, monarquía y poder...*, p. 88.

⁷⁰⁷ Cfr. Felipe Fernández-Armesto, “El imperio improbable”, en Raymond Carr (ed.), *Historia de España*, España, Quinteto, 2006, p. 187; Juan Pablo Fusi, *Historia mínima de España*, México, El Colegio de México, 2016, p. 124; Feliciano Barros Pintado, “Mariana de Austria”, en *Real Academia de la Historia*, [<https://dbe.rah.es/biografias/11508/mariana-de-austria>] (Consultado el 19 de febrero de 2022).

⁷⁰⁸ Los oradores se encargaron de matizar y darles el giro de tuerca a las carencias de Carlos II, tornando las señales de incapacidad y flaqueza en los blasones de un “héroe de la fe”. Véase Bernarda Urrejola Davanzo, *Retórica sagrada y representación...*, pp. 354-365.

Tratar con Dios era un ejercicio de litigio constante, pues premiaba con prosperidad la virtud y la piedad, y sancionaba cruentamente las imperfecciones morales. Verbigracia, para Felipe IV sus derrotas bélicas frente a Francia y Portugal y la muerte de Baltasar Carlos, heredero al trono, fueron una secuela de su vida pecaminosa. Así que, buscando sosegar la furia divina y recuperar su asistencia, impulsó tenazmente el inmaculismo.⁷⁰⁹ En el mismo riel del socorro mariano, incluso, años después instituyó el patrocinio de la Virgen sobre sus dominios, empresa ratificada por el papa Alejandro VII en julio de 1656.⁷¹⁰ Entonces, el lazo católico era entendido como la máxima y congénita garantía para la preservación monárquica. Igualmente quedaría asentado en los testamentos reales desde Carlos V: el bienestar individual y del reino dependían de que todo sucesor de la Corona fuese “celoso de la fe y obediente a la Sede apostólica romana”. Así lo imitó Carlos II como testador y abrazó las consignas en juramento público,⁷¹¹ poniendo en práctica los consejos político-religiosos de su padre: “Ruego y encargo a mis sucesores que por tiempo fueren, gobiernen más las cosas por consideraciones de religión, que no por respeto del estado político; que con esto obligarán a Dios nuestro señor a que con particularidad los ayude y asista, posponiendo las comodidades propias al servicio y exaltación de su fe; y yo en las cosas grandes que se han ofrecido, tuve por mejor y más conveniente faltar a las razones de Estado, que dispensar y disimular un punto en materia que mira a religión”.⁷¹²

Como bien lo establece Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, prácticamente, la Omnipotencia fue convertida en un *dios austriaco* que favorecía en todo a su linaje.⁷¹³ Así, la Casa de Austria y la divinidad fueron construidas discursivamente como unidades de una

⁷⁰⁹ Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, “Virtud coronada...”, pp. 36-37.

⁷¹⁰ El afianzamiento de patronazgos divinos como destreza habsburguiana también es visible en lo hecho por Felipe III, quien juró el patrocinio de la Inmaculada sobre su imperio en 1612. Véase Antonio Rubial, “Patronos, clientela y patrocinios. La tipología iconográfica de la Virgen de la Misericordia y del patrocinio de san José en Nueva España”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. XLIII, núm. 119, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2021, p. 192.

⁷¹¹ En la plaza mayor madrileña, el 30 de junio de 1680. Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, “Virtud coronada...”, pp. 38-39.

⁷¹² Testamento de Felipe IV en Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, “Virtud coronada...”, p. 38.

⁷¹³ Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, “Virtud coronada...”, p. 45.

misma condición genética y, por derivación, codependientes, ya que Dios *necesita* de creyentes y conversos para culminar el plan de salvación y la maquinaria española *precisaba* de Dios para ganar adeptos y expandir tierras donde sembrar su palabra. Irrigaba pues, sustancialmente, la utopía del *Regnum Dei in terra*, tal y como lo atestigua el bagaje sermocinal en su lenguaje axiomático. Por ejemplo, en la prédica para celebrar el patrocinio josefino instaurado por Carlos II, dicha en el convento carmelita de San Joseph en Valencia, Andrés Elías Caperó propuso una raíz etimológica peculiar: “el apellido Austria viene a ser lo mismo que *Hostia imperium*. Imperio de la hostia, fundado, defendido y dilatado por virtud del santísimo sacramento”. El fraile recurre a la prototípica afección de los soberanos españoles hacia la eucaristía, la cual les suministró como premio el ser “rey de dos mundos” con la preciada conquista y conversión de las Indias a cargo de san José.⁷¹⁴

Con lo dicho hasta el momento, nuestra hipótesis es que, a través del patronato josefino, Carlos II pretendió incorporar a san José al orbe de los tutelares canónicos de la monarquía, donde presidían la Virgen inmaculada, Santiago el Mayor y la hostia consagrada. Con ello persiguió el aseguramiento de su imperio, tal y como lo hicieron sus predecesores bajo esta suerte de *mercantilismo espiritual* donde el monarca ofrendaba fervores y pertenencias a cambio de la perpetuación y dilatación de las mismas, y la corte celestial quedaba satisfecha con la expectativa de anexar más ovejas al redil, acercándose así, cada vez más, al cumplimiento del vaticinio inevitable: “Ha llegado el reinado en el mundo de nuestro Señor y su Mesías: reinará por los siglos de los siglos”.⁷¹⁵ Los testimoniales del intento regio no llegaron a cristalizarse por lo efímero del asunto pero, sin duda, la acreditación josefina no pasó desapercibida ni sin repercusiones. La reacción novohispana

⁷¹⁴ Andrés Elías Caperó, *Oración panegírica al excelso, celestial y divino patriarca San Ioseph...*, pp. 20-21. *El tópico continuó vigente en la era borbónica. La devoción eucarística fungió como un signo de legitimidad intrínseca de la monarquía hispánica, desestimando el inconveniente de que la corona hubiese cambiado de linaje. Es decir, la esencia católica como núcleo primordial, manifestado en el afecto al máximo sacramento, permaneció intacto por tratarse de un rasgo inextirpable que, incluso, el reino llevaba impreso en el nombre: *His-pan-ia*. Véase Joaquín Antonio de Villalobos en Bernarda Urrejola Davanzo, *Retórica sagrada y representación...*, p. 261.

⁷¹⁵ Ap 11, 15.

fue tal que podemos considerar a los ochentas del siglo XVII como la década coyuntural en la que inició el auge josefino en Nueva España.

Parece ser que la real cédula junto con el *Eximia pietas* llegó tardíamente a tierra americana a causa de complicaciones marítimas. A decir del presbítero Diego de Rivera, relator de la jura efectuada en la capital del virreinato, los documentos que estipulaban el patronato de san José sobre los dominios hispánicos desembarcaron en Veracruz el 19 de marzo de 1680, día de la festividad josefina.⁷¹⁶ Más allá de la fecha providencial, si la dilación fue verdadera, ésta explica el aparente caso omiso a la cancelación carolina del patrocinio, experimentándose, por el contrario, una rauda ejecución: fray Payo Enríquez de Rivera lo celebró el 6 de abril de 1680; Juan de Santiago y de León Garavito en Nueva Galicia el 6 de mayo; Manuel Fernández de Santa Cruz, en la catedral angelopolitana, el 12 del mismo mes, y el cabildo eclesiástico michoacano efectuó una procesión con la imagen josefina el 30 de junio.⁷¹⁷ Aunque poco probable, no podemos descartar que los supuestos obstáculos del traslado oceánico se tratasen de un mero justificante para echar mano del *acatase pero no se cumpla*. Así, la Iglesia novohispana podía apropiarse del capital simbólico adjunto al cobijo josefino.

Cualquiera que haya sido el camino andado, descuella para nuestro interés el hondo impacto que causó el decreto carolino dentro del ámbito novohispano, tanto por las consecuencias culturales como por las interpretaciones dadas al patrocinio. Basándonos en lo proclamado en la oratoria sacra, junto con el exponencial crecimiento de las manifestaciones pías de cariz josefino desde el crepúsculo del siglo XVII, todo parece indicar que la jura promovida por Carlos II se vivió como una ratificación de aquellas alianzas convenidas por los concilios provinciales en la decimosexta centuria. Entonces, además de

⁷¹⁶ Diego de Rivera en José Ignacio Vallejo, *Vida del señor san José...*, México, Imprenta de J. M. Lara, 1845, p. 256.

⁷¹⁷ Carlos Carrillo Ojeda, *Cronología Josefina Mexicana...*, pp. 40-41. *De hecho, tenemos noticia de que el ayuntamiento vallisoletano conminó a “maestros y oficiales de todos los oficios” -entre ellos, sastres, zapateros, carpinteros, herreros, canteros, albañiles, sombrereros, cereros y candeleros-, a ser partícipes en las festividades de la jura josefina. Véase Hugo Armando Félix Rocha, “Valladolid y Pátzcuaro: enclaves regionales de la pintura en Nueva España”, en *Latin American and Latinx Visual Culture*, vol. 3, núm. 3, E.U.A., University of California Press, 2021, p. 102.

orgullo y vanagloria por el buen tino que tuvo la Iglesia incipiente al tomar como abogado a san José -ganando primacía anticipada ante el resto del reino-, pulularon inherentemente los arquetipos del aura de predestinación y el intervencionismo de Dios en pro de la empresa conjunta: la conversión de los indígenas y la conquista territorial, garantía del ensanchamiento, perpetuación y triunfo del imperio cristiano-hispánico; todo ello por amparo y gracia del carpintero.

No cabe duda que la religiosidad novohispana tuvo un fuerte y continuo apego josefino, tan temprano que puede rastrearse desde 1523 cuando Hernán Cortés erigió una capilla en honor a nuestro santo en Tlaltenango, o con la instauración de San José de los Naturales en San Francisco el Grande.⁷¹⁸ Pero la revivificación devocional a partir del patrocinio carolino dejó sus propias huellas. Además de los asilos habituales -entiéndase, dedicación de localidades, asentamientos, ciudades, misiones, haciendas, hospitales, seminarios, capillas, cofradías, ayuda frente a desastres naturales, consuelo ante la orfandad, y todo el asistencialismo espiritual y físico alcanzado mediante juramentos, rezos y ofrendas-, destaca el incremento de los bautizados con el nombre de “Joseph”.⁷¹⁹

La antroponimia es un excelente termómetro para medir la apropiación de un santo por parte de la feligresía, bajo el entendido de que en las sociedades de aliento cristiano, *nominar* no es un acto banal. Como en el caso de Carlos II referido párrafos atrás, cada catecúmeno obtiene para sí un patrocinio individual con las aguas de la pila bautismal. A decir de Peter Boyd-Bowman, los registros del Sagrario Metropolitano manifiestan la

⁷¹⁸ Carlos Carrillo Ojeda, *Cronología Josefina Mexicana...*, p. 9.

⁷¹⁹ No está de más apuntar que, en el ocaso del siglo XVII, la apropiación del nombre josefino tuvo una resonancia mayor, como lo demuestran los estudios realizados para el norte de la Península y para la esfera gala de la Compañía. Véase José de Jesús María, “San José y la antroponimia de Valladolid”, en *Revista de Estudios Josefinos. Presencia de San José en el siglo XVII. Actas del Cuarto Simposion internacional*, año XLI, núm. 81-82, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1985, pp. 511-520; Georges Bottereau, “Saint Joseph et les jésuites français de la seconde moitié du XVII siècle”, en *Revista de Estudios Josefinos. Presencia de San José en el siglo XVII. Actas del Cuarto Simposion internacional*, año XLI, núm. 81-82, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1985, p. 565.

popularización del nombre del carpintero a partir de las fechas que nos competen, llegando a su pináculo a finales del periodo novohispano.⁷²⁰

Los impresos también son una clave para reconocer el ímpetu josefino, cuya variada producción se intensificó a lo largo del siglo XVIII.⁷²¹ Es perentorio subrayar que en el rubro de la oratoria sacra, la piedra angular de la progresiva multiplicación de sermones dedicados a san José⁷²² es la prédica sobre el patrocinio carolino que Diego de Victoria Salazar oró en la catedral poblana. De hecho, a partir de nuestro corpus recopilado (**Anexo II**), de aquellos impresos novohispanos que pudimos constatar su existencia, sólo la prédica castellana⁷²³ de Antonio de Peralta Castañeda es anterior a 1680. Y justo la pieza del canónigo angelopolitano nos abre el panorama sobre la interpretación y adecuación virreinal del patrocinio carolino. Asimismo, nos da pauta para reconocer la homologación panhispánica de las guisas comunes a la *Pietas austriaca*.

2. Obligaciones entre patrono y monarca

Cual arado que comenzó los surcos de la futura apología josefina, el sermón de Victoria Salazar es rico en metáforas, hipérboles y florituras, acorde con el ininterrumpido *estilo*

⁷²⁰ Peter Boyd-Bowman, "Los nombres de pila en México desde 1540 hasta 1950", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, El Colegio de México, núm. 1, vol. 19, 1970, pp. 21-22.

⁷²¹ Véase Carlos Carrillo Ojeda, "Bibliografía mexicana sobre san José", pp. 271-274; Jesús María Palomares Ibáñez, "Aproximación al estudio de la literatura josefina...", pp. 55-60.

⁷²² Aunque modesta en comparación con los dedicados a otros númenes, por ejemplo, la Virgen en sus diversas advocaciones. Véase Carlos Herrejón Peredo, *Del sermón al discurso cívico...*, pp. 476-479 y 485-486.

⁷²³ Hacemos el énfasis en la cuestión castellana porque, gracias a los acuciosos trabajos de Carlos Carrillo Ojeda, sabemos que el primer sermón novohispano sobre san José proviene del siglo XVI. Se trata del *Nican motenehua yn inemiliz sant Joseph*, impreso en 1577, contenido a su vez en el sermonario en lengua náhuatl del agustino Juan de la Anunciación. Véase Carlos Carrillo Ojeda, *Presencia de San José en México*, pp. 18-22; Juan de la Anunciación, *Sermonario en lengua mexicana...*, pp. 145-146.

florido,⁷²⁴ característico en las cavilaciones josefinas de los siglos XVII y XVIII. Sus primeras líneas son categóricas: al acatar el tutelaje ordenado por el rey, “esto se hace hoy segunda vez en las Indias”, es decir, san José nuevamente es vitoreado como bienhechor novohispano.⁷²⁵ Como dijimos, los patrocinios fueron una destreza multidimensional en los procederes austriacos; un juego cuyas fichas deben moverse de tal manera que aseguren un resultado provechoso. Por ende, el canónigo recuerda que, al toparse la monarquía con “numerosos trabajos”, Felipe IV buscó desahogo al instaurar el patrocinio mariano. No obstante, faltaba una pieza para lograr que Cristo colmase con beneficios a la Corona, pues “parece que aun todavía no había hallado ni Felipe IV todo el lleno de su devoción, ni España el lleno todo del favor divino”. Aquí se remarca el ingenio del movimiento carolino, ya que “en la novedad que intenta, no ejecutada por su padre”, hizo “lo que le faltaba para tener a Jesús y los socorros divinos en sus estados”: asegurar como intercesores a ambos padres del Redentor.⁷²⁶

Victoria Salazar trae a la memoria la antigüedad de la tutela josefina en las Indias con el cálculo exacto de los 125 años que habían pasado desde el estatuto del I Concilio Provincial, pero a propósito, retomó el fragmento latino del sínodo de 1585 donde se especifica que el patrocinio general sobre España le pertenece desde antaño a Santiago, cuadrándose con ello a la noción de conjunto de la monarquía y, como lo intenta tenazmente en el sermón, evitando respingos u objeciones de algún detractor.⁷²⁷ Lo más

⁷²⁴ A pesar de las innovaciones dieciochescas en las *ars praedicandi*, en Nueva España se mantuvo vigente el estilo florido; afirmación comprobable a través de los sermones que hemos analizado en esta investigación, donde la grandilocuencia es su sello de distinción. Véase Bernarda Urrejola Davanzo, *Retórica sagrada y representación...*, p. 123.

⁷²⁵ Diego de Victoria Salazar, *Sermón (...) al patrocinio de San Joseph en la corona de España...*, p. 1r.

⁷²⁶ Diego de Victoria Salazar, *Sermón (...) al patrocinio de San Joseph en la corona de España...*, pp. 3v-4r.

⁷²⁷ Las reconfiguraciones y estrategias de los patrocinios debían sopesarse para alcanzar siempre una fórmula de beneficios adicionados. Al parecer, Victoria Salazar conocía las complicaciones que podía ocasionar el nuevo patrocinio en relación con el antaño jacobino. Por ello, concibió la acción de Carlos II como una planificación aguda, donde Santiago continuaría con su patronato religioso, mientras que san José actuaría en el campo político. En otras palabras, *dos es mejor que uno*. Además, en caso de sentirse aires de agravio, le recuerda al auditorio que el “hijo del trueno” jamás osaría oponerse a la designación regia, a sabiendas de la superioridad del carpintero. Diego de Victoria Salazar, *Sermón (...) al patrocinio de San Joseph en la corona de España...*, p. 4r.

relevante es que el presbítero advierte aquello que ambos concilios remarcaron: el patrocinio josefino no se asentó para que los neófitos fuesen devotos del carpintero sino al revés. Era tanto el afecto que le tenían que por ello lo elevaron a tal dignidad, “y siendo esto el año de mil quinientos cincuenta y cinco, parece que fue lo mismo el plantarse en América la fe, que el sembrarse en los corazones de los que la vivían la devoción de san Joseph glorioso”.⁷²⁸ Tras la maniobra retórica destaca la intención de Victoria por recordar la longevidad y antelación del patrocinio josefino en Nueva España; salvaguarda que, supuestamente, estuvo por encima del programa evangelizador, siendo más bien la concreción de un elevado fervor colectivo. Así, el virreinato y san José son entendidos como consustanciales, porciones de una misma unidad.

Como amalgama de lo que hemos desarrollado hasta el momento, acorde con las particularidades de la *Pietas austriaca*, queda asentado que la selección de patronos era una cuestión pragmática, en pos de eficacias que evitasen, a toda costa, el “deslucimiento de la sangre española”.⁷²⁹ En esta dinámica de reciprocidades, al decretarse el patronato josefino, entre otras funciones, el santo estaba obligado a remunerar al rey con protección y la certeza de la perpetuación de su corona a través de la fertilidad, es decir, asegurando la descendencia; tal y como lo hacían desde antaño otros númenes como la eucaristía, mítica bienhechora a partir de su pacto con Rodolfo I, instaurador de la Casa de Austria.⁷³⁰ Ergo, la sucesión monárquica se percibía como una remuneración divina ante el fervor fidelísimo de los regentes habsburguanos y su pueblo. Por citar un ejemplo, al arribar a la corte madrileña la primera consorte de Carlos II, María Luisa de Orleans, fue recibida con un arco triunfal edificado en la Puerta del Sol. En él se representaron escenas diversas sobre la profunda relación entre los Austrias y el *corpus christi*. Despunta aquella donde Felipe IV escoltaba una procesión del Santísimo. Mientras tanto, sobre el Palacio Real volaba una

⁷²⁸ Diego de Victoria Salazar, *Sermón (...) al patrocinio de San Joseph en la corona de España...*, p. 5r.

⁷²⁹ Véase Raymundo Lumbier, “Sermón en la fiesta de san Joseph...”, en *Josephina carmelitana...*, Zaragoza, Imprenta de Agustín Verges, 1676, p. 46.

⁷³⁰ Véase Fernando Martínez-Gil, “Los sermones como cauce de propaganda política: la Guerra de Sucesión”, en *Obradoiro de historia moderna*, núm. 20, España, Universidade de Santiago de Compostela, 2011, p. 311.

cigüeña, asociación simbólica que asume la devoción de los Habsburgo “como servicio a Dios y la sucesión como resultado del favor celestial”.⁷³¹

Para 1679, año en el que se efectuó la unión marital entre Carlos y María Luisa como refrendo de los acuerdos pacificadores de Nimega,⁷³² la Corona desconocía los futuros estragos de la infertilidad regia. Pero, en mimesis con la táctica de Leopoldo I y a la manera austriaca, bajo el patrocinio josefino, es muy probable que el último de los Habsburgo en el trono buscara amarrar un blindaje antelado, abonando más fortaleza al abanico de los benefactores habituales; intención visible en sus propias palabras: “con tan soberana intercesión y medio se dignará la infinita providencia de Nuestro Señor y su Madre Santísima de asistirme muy especialmente y dará a esta monarquía los felices sucesos que aseguren su mayor exaltación”.⁷³³ Así, san José era el único que faltaba para tener a los tres grandes del cielo a su favor.

Las tentativas, los alcances adjuntos al patrocinio josefino, no pasaban desapercibidos en la extendida *Pietas austriaca*, arraigada en Nueva España y de la cual el sermón de Victoria Salazar que hemos tomado como referencia, también es producto. Por tal razón, como colofón de su prédica, el canónigo lanzó albricias por el reciente matrimonio regio, advirtiendo que el proceder común de los vasallos es solicitar “la sucesión para el colmo de sus glorias”. El panegirista recurre al tópico de las dádivas providenciales, en el que Dios da por añadidura después de recibir afección devota, pero deja en claro que aunque san José le dijera al monarca *noli timere*, es decir, que se mantuviese tranquilo pues a su cargo estaría la resolución de todas sus necesidades, “si san Joseph no le da sucesión en el reino y heredero a su corona, no quedará nuestro rey gozoso, ni san Joseph en su

⁷³¹ Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, “Virtud coronada...”, p. 46.

⁷³² Véase Miguel M. Benito Lázaro, “El viaje de una reina: 1679, de París a Madrid. La jornada de María Luisa de Orleans. El matrimonio francés de Carlos II”, en María Victoria López Cordón y Gloria Franco Rubio (coords.), *La reina Isabel I y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*, vol. I, Madrid, Fundación Española de Historia Moderna, 2005, pp. 585-590.

⁷³³ *Real cédula del 3 de julio de 1679* en José de Jesús María, “Política y religiosidad en el barroco español...”, p. 675.

tutela desempeñado”.⁷³⁴ El vínculo contractual es transparente: dar y recibir en reciprocidad, sin demoras ni limitaciones. Consecuentemente, como recordatorio de los compromisos adquiridos por ambas partes, el orador se dirige al Santo Patriarca para decirle “no aguardéis a que se queje la devoción de Carlos II (...) para que así, lleno de felicidades, te adore, te venere como a su tutelar poderoso”.⁷³⁵

3. Continuidad del legado josefino en el horizonte dieciochesco

Como es sabido, infecundos fueron los matrimonios de Carlos II. Tras las pugnas por la sucesión, el duque de Anjou salió avante, tomando la Corona española bajo el nombre de Felipe V. Para legitimar su reinado, sobre todo, por haber instaurado un nuevo linaje, era indispensable que se apropiase del capital simbólico fincado por los Austria y, con ello, afirmar que daría continuidad a su legado.⁷³⁶ Por supuesto, sermones e imágenes fueron catalizadores esenciales para lograr el objetivo. En reinvención de los tópicos clásicos, según los decires de la retórica sacra, el rey borbón abrazó los tutelajes de sus antecesores, entre ellos, el josefino. Por ejemplo, hubo voces que atribuyeron el nacimiento del heredero al trono, a la voluntad de san José, especialista en “conseguir en las familias la sucesión de los hijos”.⁷³⁷

La monarquía hispánica en tanto proyección teológica, fundamentada en una mecánica pactista con la divinidad, era concebida desde la oratoria como perenne e indisoluble. Cada regente asumía el poderío que los cielos le otorgaron a la Corona desde tiempos remotos. Por ello, continuar con la ritualidad y el misticismo contraído con los

⁷³⁴ Diego de Victoria Salazar, *Sermón (...) al patrocinio de San Joseph en la corona de España...*, p. 13v.

⁷³⁵ Diego de Victoria Salazar, *Sermón (...) al patrocinio de San Joseph en la corona de España...*, p. 14r.

⁷³⁶ Bernarda Urrejola Davanzo, “Felipe Quinto, de austríaco a borbón...”, p. 472.

⁷³⁷ José de Jesús María en Fernando Martínez-Gil, “Los sermones como cauce...”, p. 313.

númenes prototípicos como la Inmaculada o la eucaristía, encarrilarían la novedad borbona a la noción de perpetuidad de la gloria española.⁷³⁸

Así, las connotaciones políticas del patrocinio josefino y su ímpetu devocional poco tiempo atrás redivivo, dio cabida para que, en Nueva España, se maniobrase con las reconfiguraciones discursivas que legitimaron el reinado de los Borbones. Caso paradigmático para demostrarlo es el panegírico de fray Antonio Mansilla, orado el 29 de abril de 1714 en San Francisco el Grande, en la antigua capilla de indios bajo la tutela de san José. La importancia de su encomienda fue tal que, de todos los sermones josefinos impresos en Nueva España, es el más extenso, con un total de treinta y dos páginas de paratextos por treintauno de prédica. El motor de la prédica fue la pretensión de reestablecer la solemnidad del patrocinio josefino inaugurado desde el siglo XVI, el cual tuvo a dicha capilla como centro neurálgico. Según lo referido en el sermón, tanto el virrey Duque de Linares como la Real Audiencia y los franciscanos, fueron los principales promotores de esta causa.⁷³⁹

Resalta que el primer paratexto es una carta de Mansilla para Felipe V, donde le anticipa el envío del sermón y sus anhelos, es decir, la expedición de una real cédula que refrendase el patronato josefino y que, mediante ella, la fiesta fuese considerada como una celebración regia. Para comprobarle al monarca la necesidad y trascendencia de este asunto, el panegírico abreva en el bautismo de Cristo y cómo es de suponer que san José fungió como *padrino*, pues mantuvo un compadrazgo con Dios padre al compartir entrambos la paternidad de Jesús. Para anclar estas cuestiones con los propósitos del patrocinio josefino, el fraile franciscano apunta que palabras como patrón, protector, defensor, guarda y/o marido, eran atribuibles a una misma significación.⁷⁴⁰ Por ende, el acto

⁷³⁸ Véase Bernarda Urrejola Davanzo, *Retórica sagrada y representación...*, pp. 212, 252-253 y 259.

⁷³⁹ Destaca que en ningún momento se menciona la presencia del arzobispo u otra autoridad eclesiástica, a excepción de los franciscanos. A nuestro parecer, esto acentúa el carácter político del patrocinio.

⁷⁴⁰ Antonio Mansilla, *Padrino de este reino de la Indias...*, p. 2V.

de *apadrinar* entendido como afán de salvaguardia, era una cualidad josefina; la cual, desde sus inicios, efectuó el “místico padrino de este reino”.⁷⁴¹

A Felipe V le son recordadas las potestades de san José y, sobre todo, lo conveniente de tenerlo como aliado para sortear las dificultades sociopolíticas del palacio, las personales, las de guerra, las competentes al reino y las pecuniarias.⁷⁴² Pero, más allá de perseguir intenciones pías y el agradecimiento de la población indígena por dignificar una “iglesia que fue la conquistadora de sus almas y la libertadora de sus gentilismos”; Mansilla reitera constantemente los lazos entre el carpintero, la Corona y la evangelización en Nueva España, gestados por venia de Carlos V y materializados en San José de los Naturales.⁷⁴³ Entonces, si Felipe V decidiese reactivar bajo su égida el patrocinio de san José, estaría convalidando aquello que el legendario emperador tuvo a bien iniciar, empatándose armoniosamente sus designios, y la sociedad novohispana, mediante su prolongada propensión josefina, sería el nexo de confraternidad de las voluntades monárquicas.

Si bien, esta promoción del patrocinio josefino desde Nueva España tuvo un sello local que implicaba la consideración de san José como un *alter ego* del reino, al inmiscuir a Felipe V y la tradición de la *Pietas austriaca*, inmediatamente adquiriría tintes monárquicos, extensibles a todas las latitudes; siempre en un ir y venir entre “lo propio” virreinal y “lo nuestro” hispánico. Al mixturarse la amplísima semántica del *poder* desde la homologación de la teología y la política, donde deidades, santos, reyes y clerecía son fragmentos de una misma potestad; cobra sentido la grandilocuencia de los patrocinios pictóricos del siglo XVIII, cuyo esquema monárquico-novohispano-josefino fue único en la cristiandad de la época.

4. La coronación josefina: radiografía del poder cósmico

⁷⁴¹ Antonio Mansilla, *Padrino de este reino de la Indias...*, p. XVIII.

⁷⁴² Antonio Mansilla, *Padrino de este reino de la Indias...*, pp. 20r-v.

⁷⁴³ Antonio Mansilla, *Padrino de este reino de la Indias...*, pp. 5v-6r y 24v-25r.

Donde otrora funcionaba el colegio noviciado de los ignacianos, reside el *relicario de san José*, espacio perteneciente al conjunto arquitectónico del templo de San Francisco Xavier, ubicado en Tepotzotlán, hoy Estado de México (**fig. 15**). La pintura cardinal de entre las que decoran sus paredes es de una elocuencia tal que podríamos catalogarla como una joya de la retórica visual novohispana, la cual, como hemos enfatizado a lo largo de esta investigación, estuvo fuertemente imbricada con la *josefología* encarnada en tratados y sermones. Por lo tanto, nuevamente, las piezas de oratoria funcionan cual *écfrasis* del cuadro, pues dichas producciones pías están interconectadas por cohabitar un mismo universo simbólico.

Si bien, tipológicamente hablando, vemos un patrocinio pictórico, éste enriquece sus proposiciones apologéticas al ser, simultáneamente, una coronación real, donde san José es ensalzado al grado de la deificación. El parapetarse bajo el manto josefino a través de un lienzo, simultáneamente, perseguía intenciones de reafirmación identitaria, de exaltación corporativa, de encomios al benefactor celestial y de crear un recurso apotropaico. Por ello, aún se conservan múltiples obras donde autoridades regias y clericales, órdenes monásticas, agrupaciones eclesiásticas, congregaciones seculares, colegiales e, incluso, los mismos santos, solicitan la abogacía de san José. La ganancia al arrodillarse ante el carpintero es provista por una irradiación simbólica. De contar con los recursos suficientes para ser bidimensionalizado en una pintura, la cual hace visible la contigüidad con lo divino, se habrá obtenido un testimonial de las potestades compartidas, aquellas que permiten a unos y otros, seres celestes y terrenales, legitimar un estatus de excepcionalidad. Por tal razón, a mayor grandeza del patrono, por derivación, mayor grandeza del patrocinado.

La coronación josefina de Tepotzotlán no fue la única que se pintó en Nueva España. Conocemos tres obras que utilizaron el mismo tipo iconográfico. Dos de ellas amplificaron sus significados al parearse con patrocinios marianos, donde el cobijo celestial no sólo se delimitó al monarca, al papa y a sus correspondientes comitivas, sino también a las autoridades virreinales, tanto eclesiásticas como civiles. Los cuadros aludidos decoran la sacristía de la catedral de San Juan de los Lagos, Jalisco, y la predela del retablo de la Virgen

del Camino, en el templo de Santo Domingo de la Ciudad de México. Sin embargo, el más útil para nuestros propósitos, es el resguardado en el Museo de la Provincia Jesuita Mexicana (**fig. 52**) pues, además de ser idéntico a la obra tepetzotlense, contiene versículos a manera de diálogos, coincidentes con las cavilaciones de los sermones.

Del Santo Patriarca, quien se dispone a recibir la corona, emana un fragmento del salmo 72: *cum gloria suscepisti me*.⁷⁴⁴ De la boca del Eterno Padre descienden palabras del primer Libro de los Reyes: *solium gloriae teneat*.⁷⁴⁵ La Virgen afirma: *tu gloria Jerusalem*⁷⁴⁶ y Jesucristo complementa: *tertius in gloria est*.⁷⁴⁷ El conjunto cierra con la inscripción de una filacteria: *vidi solem et luna et stellas undecim adorare me*.⁷⁴⁸ Como demostraremos, la glorificación de san José a través de las insignias del poder terrenal -entiéndase, trono, cetro y corona-, la mimetización con el Espíritu Santo y la pleitesía del universo condensado a sus pies, fueron tópicos que reverberaron entre imágenes y letras.

La cuasi divinización de san José al fusionarse con el Paráclito, ya la desarrollamos páginas atrás. Baste aquí recapitular que ambos personajes fueron pensados como una realidad indisoluble y complementaria. Por consiguiente, el pecho del carpintero de Nazareth es nidal del Espíritu Santo, que hace las veces de su prototípico rompimiento de gloria. Uno de los razonamientos del presbítero Juan Francisco Domínguez describe somera y claramente, la configuración de esta unión mística: “(Respecto a la sabiduría que debía tener san José para estar receptivo a lo que Jesús le enseñase) Y porque el idioma del divino verbo era muy elevado, el que se habla entre las sublimes inteligencias, tenía Joseph consigo el más sabio intérprete, el Espíritu Santo, que habitaba en su alma”.⁷⁴⁹

⁷⁴⁴ “Con gloria me sostuviste”.

⁷⁴⁵ “Heredar el trono de la gloria” (1 Re 2, 8). *Aunque en la pintura se apunta que la oración proviene de “Cant. 4”.

⁷⁴⁶ “Tú eres la gloria de Jerusalén” (Jdt 15, 9). *Al igual que el caso anterior, en el óleo se indica que el fragmento es parte de “Judith 4”.

⁷⁴⁷ “Esta como tercero en la gloria” (Eclo 45, 23). *Caso similar: se remite a “Hech. 43”.

⁷⁴⁸ “Vi cómo el sol, la luna y las estrellas me adoraban” (Gn 37, 9) Misma situación: referencia a “Gn. 35”.

⁷⁴⁹ Juan Francisco Domínguez, *Bienaventuranzas del santísimo patriarca señor San Joseph...*, p. 12.

Todas las lisonjas josefinas presentadas a lo largo de nuestra investigación, resuenan en la *transmisión del poder divino-patriarcal* materializada en la coronación de san José. Verbigracia, diría Pedro del Espíritu Santo que así como Cristo refrendó el señorío de Dios padre mediante el padrenuestro, bien puedo reacomodar la oración de la siguiente manera para certificar los alcances josefinos: “amado padre mío, en la tierra y en el cielo puedes mandarlo todo, porque yo me sujeto a que por mí se haga vuestra voluntad en tierra y cielo. Y toda la potestad que a mí fue dada (...) os la subdelego y quiero se mueva a tu mandado”.⁷⁵⁰ También el Eterno Padre hizo lo propio y, vía dialogismo, Juan Antonio Cantova nos los hace saber:

Joseph, por lo mucho que en tu alma pura se agradan mis ojos, desde ahora yo te hago señor despótico de las creaturas todas, y entrego en tus manos el gobernalle del universo; las inteligencias motrices de los cielos reciban de tus órdenes el movimiento; de todo lo que se llama fato y fortuna, sea tu sola voluntad la regla y el coto; repartir los reinos y monarquías, sea regalía de tu arbitrio. Dóblente la rodilla todos los hombres y te adoren con todas las jerarquías angélicas los serafines.⁷⁵¹

Continúa el jesuita perorando sobre las gracias transferidas a san José por Dios padre, quien al concederle la paternidad sobre Cristo, le constituyó un *trono* que lo hizo “superior, no de un mundo de creaturas, sino del creador de ellas; no sólo de los hombres y de los ángeles, sino del mismo dios”. Así como los súbditos son representados hincándose ante los monarcas, pues reconocen jerarquías; así, por las mediaciones del óleo y la palabra, nosotros contemplamos e imaginamos lo mismo que san José *vio*: “se vio Joseph doblar ante sí la rodilla, no sólo las estrellas, los santos; no sólo la luna, reina de los santos; sino también el mismo sol, rey de los santos: *Vidi solem et lunam et stellas adorare me*”.⁷⁵²

⁷⁵⁰ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph padre. Sermón XXVI...”, p. 227.

⁷⁵¹ Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia...*, pp. 10-11.

⁷⁵² Juan Antonio Cantova, *El inventor de la gracia...*, p. 11.

Sacado de los avatares del José de Egipto, este versículo en latín que engalana la filacteria de la coronación josefina, sirvió para redundar, visual y textualmente, en el vasallaje de Cristo y la Virgen según las pericias de la josefología moderna:

Soñó el primer Joseph que le adoraban el sol, luna y estrellas; y nuestro Joseph vio que le reverenciaban el sol de justicia Cristo, la luna de gracia María y las estrellas, que lucen en perpetuas eternidades, que son los apóstoles (...) Al primer Joseph le hincaban la rodilla los egipcios porque (el faraón) le hizo dios (...), mas al segundo Joseph (Dios) le hizo dios como padre de Cristo, y en su familia, en cierta manera, la primera persona, porque Joseph era el padre de familia y Jesús y María estaban sujeto a él y le obedecían.⁷⁵³

Entonces, el gesto visual de ser coronado por Jesús y María, sintetiza dos canales argumentativos del poderío de san José: la grandeza adquirida por la sumisión de sus allegados y la conferida por protocolos regios. El Santo Patriarca es “príncipe superior y señor de su casa, de su pueblo y de todo el universo (...) La madre de Dios, la reina del cielo y señora del mundo, lo llamó y juzgó de este nombre”.⁷⁵⁴ De esta suerte, en el vaivén retórico entre señorío y servidumbre, la Virgen como soberana del cielo, le comunica a san José sus títulos por vía matrimonial, “y si estas políticas se observan en el mundo, mucho más en el cielo; y más entre esposos, que tanto se aman como María y Joseph. Además de esto, logra Joseph aquel soberano universal imperio, porque Jesús nada hace, sino lo que Joseph quiere”.⁷⁵⁵

Incesantemente, por el púlpito y en los lienzos, se reprodujo la verticalidad de una cadena de mando sacralizada, donde todo lo inferior debe someterse a lo que está por encima de él, *in sæcula sæculorum*. Por lo tanto, Joseph de Paredes se permite filosofar:

⁷⁵³ Francisco García y Juan Nadasio, *Devoción de San Joseph...*, pp. 88-89. *Cabe mencionar que, a partir de las exégesis de san Ambrosio y san Agustín, en la homilética sacra, la luna y el sol también fueron empleados como representaciones de María y José. Si las estrellas eran equivalentes a los apóstoles, entonces sería visible la superioridad de los dos grandes astros y su regencia en el cielo. Véase Juan de Robles, *Sermón del gloriosísimo patriarca...*, p. 5r; Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, p. 23.

⁷⁵⁴ Antonio Delgado y Buenrostro, *Demostración alegórica...*, p. 18.

⁷⁵⁵ Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, p. 21.

Joseph manda a María como a su esposa. María a Jesús como a su hijo natural. Éste manda en el cielo y en la tierra. Luego Joseph es el que en ambos imperios, manda. Direlo de otro modo: en cielo y tierra no se hace sino lo que dispone Jesús como su señor absoluto. Jesús no quiere hacer sino lo que quiere su madre María, ni ésta sino lo que Joseph su esposo quiere. Luego, en cielo y tierra, ni se hace ni se puede hacer sino lo que es voluntad de Joseph. Siendo todo esto por condescendencia del que es supremo y señor absoluto, que así quiso honrar a sus benditísimos padres. Bien se puede asentir a lo piadoso de este pensamiento, conque queda establecido el reinado de nuestro Patriarca en la tierra sobre los hombres y sobre los ángeles en el cielo.⁷⁵⁶

Siguiendo la lógica escalonada, el jesuita aclara lo evidente: frente a san José, “como tan grande monarca, deponen sus coronas todos los demás reyes, porque a su vista no tienen más carácter que el de súbditos suyos. Tan cierto como todo esto es el reinado de nuestro santo”.⁷⁵⁷ La certeza está pintada en los patrocinios josefinos. Desde Felipe V hasta Carlos III, además de los pontífices en turno, se postran ante san José. Y la instrucción se expande por diferentes caminos, haciéndose tridimensional para los devotos espectadores y sonora para los asistentes a la homilía. Como nadie escapa de la estratificación, el vulgo debe hincar la rodilla ante la Corona, el papado y todos sus representantes.

Ante un poderío de esta magnitud, por mera deducción, los sermones proclamaron la ventaja de colocarse bajo el patrocinio de san José, porque así como el faraón cedió todas sus facultades al José cananeo, Dios le otorgó al carpintero que aquello que quisiera o mandase “sobre los cielos, sobre los elementos, sobre los vivientes todos, sería ejecutado”. En suma, “todos los dones y bienes que podemos desear están bajo de su mando”.⁷⁵⁸ Y como el san José de la época moderna fue modelado con las aspiraciones teopolíticas de la Corona, *ad hoc* con los lineamientos de la *Pietas austriaca*, una vez convertido en espejo de los soberanos españoles, su intercesión ante el “padre de las misericordias” resultaba efectísimamente para concretar la agenda monárquica. Ergo, san José lograría “la conversión de

⁷⁵⁶ Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, pp. 21-22.

⁷⁵⁷ Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, p. 23.

⁷⁵⁸ Juan Francisco Domínguez, *Bienaventuranzas del santísimo patriarca señor San Joseph...*, p. 39.

los infieles y herejes a nuestra fe católica, de los pecadores a verdadera penitencia (...), la perseverancia en la gracia de los justos (...), la redención de los fieles cautivos, (el) establecimiento de los reyes católicos que invocan y se acogen a su patrocinio, por la paz y concordia, y victoria de éstos contra los enemigos de la Iglesia (...), toda la propagación de nuestra religión, todos los progresos de la predicación evangélica, la reforma de costumbres (y) la extirpación de las herejías”.⁷⁵⁹

El poder abstracto de los reyes era visible mediante sus insignias. Por ende, como jerarca celestial, a san José le son dadas las propias en la coronación pictórica, las cuales repercutieron en la retórica sacra, funcionando, nuevamente, como écfrasis a la medida. Iniciemos con los atributos pareados que portan las figuras tenantes. El *archistratega*, san Miguel arcángel, lleva una bengala carmesí, mientras que el ángel de la guarda sujeta la vara de almendro. Ambos elementos son equivalentes, pues denotan el imperio universal de san José. Así, como testimonio *de visu*, Pedro del Espíritu Santo asegura que la vara que siempre lleva consigo el carpintero, “indica potestad”.⁷⁶⁰ El “mando en la gloria” por el cual “se rinden los poderosos del Olimpo” es emblema, recordatorio, de que por él se rindió “el poderoso de todos”, Cristo. Entonces, la vara como “jeroglífico de las majestades” compartidas con Dios padre, demuestra “los márgenes de todopoderoso” que goza san José.⁷⁶¹

Ante lo dicho con antelación, María fue figurada como la “vara del poder de Dios” donde reside la potestad josefina.⁷⁶² Como síntesis del prodigio sucedido en el templo judío, la rama seca reverdeció en la mano de san José porque la “vara María (...) quedaba debajo de su imperio”, así como la flor que llevaba dentro del vientre.⁷⁶³ Al igual que otros oradores, Matías de Esquerza rememora las imágenes josefinas e indaga sobre el significado de la mentada vara, preguntándose: “¿Será acaso señal de su imperio?” Responde

⁷⁵⁹ Juan Francisco Domínguez, *Bienaventuranzas del santísimo patriarca señor San Joseph...*, pp. 50-51.

⁷⁶⁰ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph padre. Sermón XXVI...”, p. 225.

⁷⁶¹ José de San Miguel, *Sermón de N.P. San Joseph...*, f. 5.

⁷⁶² Nicolás Carrasco Moscoso, *Sermón del patrocinio que contra los rayos y tempestades...*, p. 11.

⁷⁶³ José de San Miguel, *Sermón de N.P. San Joseph...*, f. 3.

afirmativamente, explicando que este “no se limita con los montes, ni se margina con los ríos, ni se angosta de confinantes, pues como dejó profetizado David, el imperio de Joseph es de mar a mar (...) Esto es del mar de Jesús hasta el mar de María (...) ¡Ay, tal poder! ¡Ay, tal dominio!”⁷⁶⁴

Como metonimia de san José, obtener las indulgencias de esta vara omnipotente es fundamental, no sólo para la resolución de las dificultades diarias sino para asegurar un descanso eterno en la gloria. Si al presentarse ante el juzgado divino, el Santo Patriarca “os toca con su vara, os patrocina debajo del amparo de su amorosa providencia”. De lo contrario, el riesgo de ser castigado perennemente, es muy alto, ya que la vara florida “conduce mucho para nuestra salud o muerte eterna”.⁷⁶⁵ Por ejemplo, en clave apocalíptica, siendo san José el trono de Dios, de él proceden “voces, relámpagos y truenos”, donde se revela el poderío de su vara: “A los pecadores soñolientos, en la culpa, les envía truenos que los amedrentan y despiertan (...) A los rebeldes y obstinados, rayos que los resuelvan en polvo (...) Pero a los que devotos se acogen al patrocinio de su vara, los regala con voces de suavidad y dulzura”.⁷⁶⁶

Por sus cualidades, san José es merecedor de todas las coronas que manifiesten su excepcionalidad, aquellas que proyecten los signos triunfalistas de su heroicidad. Por ende, Joseph Atanasio Díaz y Tirado enlistó los tipos de coronas que el carpintero merece, mismas que bien podrían fusionarse con la corona de príncipe heredero que Jesús y María están próximos a colocarle; símbolo áureo del sucedáneo al trono, que no es otro que el del Padre eterno, cuyo cetro complementario aún lleva en la siniestra:

Es acreedor Joseph a la corona que llamaron cívica, porque él libró al más noble ciudadano Cristo en el mayor peligro de su vida de la sangrienta tiranía del cruel Herodes. Es Joseph acreedor a la corona castrense, porque tomando en sus manos aquel verbo en carne, que es la espada de dos filos, se entró sólo y sin temor a los mismos reales de los infieles, desplomó en Heliópolis sus ídolos. Es

⁷⁶⁴ Matías de Esquerra, *Sermón que en la festividad del patrocinio de San Joseph...*, pp. 5r-v.

⁷⁶⁵ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph padre. Sermón XXVI...”, p. 228.

⁷⁶⁶ José de San Miguel, *Sermón de N.P. San Joseph...*, f. 4.

Joseph acreedor a la corona obsidional, porque él fue capaz a desarmar el bloqueo y deshacer el cerco con que todo nuestro terreno se hallaba sitiado, trayéndonos en sus días el más oportuno socorro y más poderoso auxilio. Es Joseph acreedor a la corona triunfal propia sólo de las augustas sienes, porque él triunfó de más fuertes contrarios, de más poderosos enemigos, que los que vencieron los más gloriosos emperadores romanos, cuando se coronaron del más fino oro. Es Joseph acreedor a la guirnalda de mejores flores, por la más fragante de su virginidad. A la corona de oliva porque él anunció la paz. A la de laurel y todas laureolas, porque él se aventajó a todos los privilegiados. A la de rey del más suntuoso convite y a la de esposo el más feliz, porque él celebró los más castos desposorios.⁷⁶⁷

Respecto al trono, éste también es muestra de la gradación jerárquica en el cielo, donde san José ocupa uno de los escaños principales. En similitud con las cortes terrenales, los santos están subdivididos por clases: “vírgenes, confesores, pontífices y mártires; patriarcas y apóstoles interpolados en los coros; y ocupando las sillas que llenan y perdieron buenos y malos ángeles”. Una vez acomodados todos en su sitio, Dios dejó desocupados los escalafones superiores para colocar en ellos a María y José. ¿Por qué colocar tan alto al carpintero? Dígalo el panegirista: “Pues, ¿qué santo del cielo o justo de la tierra, qué serafín, qué apóstol hubo que mereciese reclinar al Señor en su pecho, cuidarlo y regalarlo como un padre a su hijo? (...) Si hay algún hombre o ángel que otro tanto pueda alegar, venga y derribe a san Joseph del escalón que ocupa. Pero si no, dese por menos en puntos de nobleza que mi glorioso patriarca”.⁷⁶⁸

Como lo patentó la coronación pictórica, el pináculo de la sacralidad cristiana está representada por los cinco grandes del empíreo: Dios padre, Espíritu Santo, Jesús, María y José. Hemos demostrado las múltiples combinaciones y equilibrios entre ellos. No obstante, en términos de dignidad regia y posicionamiento cortesano, fue recurrente en la oratoria sacra decir que, así como en la tierra, están ubicados en las alturas. Es decir, “en el cielo,

⁷⁶⁷ Joseph Atanasio Díaz y Tirado, *Sermón panegírico que en la plausible y festiva imperial coronación...*, p. 5.

⁷⁶⁸ Pedro del Espíritu Santo, “Joseph padre. Sermón XXVI...”, pp. 221-222.

más abajo del trono de la divinidad, consideran tres sillas a quien sirven de toldo un soberanamente magnífico dosel, asentados en ellas tres individuos con aquel mismo orden que los coloca el evangelio (...), Jesús en la primera, María en la segunda y Joseph en la tercera. El último de todos, pero de todos los demás el primero”.⁷⁶⁹

No cabe duda que, para la josefología moderna, el carpintero de Nazareth es un hombre mayúsculo por su asimilación con las utopías de un patriarcado inmarcesible, siempre dominante, siempre subyugante, siempre reverenciable porque, en esencia, es divino; y lo divino en la episteme cristiana es verdad eterna e incontrovertible. Para este horizonte sociopolítico y cultural, san José es la digna imagen de los prohombres cuyas facultades buscan la perpetuación. Monarcas, pontífices, virreyes, obispos, cabildos, órdenes y cuanta autoridad necesitaba afianzarse, en san José encontró una fórmula eficaz de entre las muchas que fueron inventadas como puntales de autolegitimación. ¿Acaso hay algo más contundente que proclamar el beneficio de un sujeto que obtiene lo que apetece, sólo por el hecho de quererlo y mandarlo ejecutar? En suma, el san José extraído de las plumas y los pinceles modernos es la fantasía definitiva de un patriarcado concebido como inmortal, el cual no requiere de permisos ni de concesiones. Sólo le bastan sus propios deseos y una convención irrevocable: *nosotros mandamos, ustedes obedecen*.

⁷⁶⁹ Véase Pedro del Espíritu Santo, “Joseph más que bienaventurado. Sermón XXVII...”, p. 233; Joseph de Paredes, *El santo de suposición...*, pp. 16-17; Nicolás de Monterde y Antillón, *La mayor santidad de Joseph...*, p. 3; Manuel de Santa Teresa, *El plectro más excelente de la lira más acorde...*, pp. 16-17.

Conclusiones

La investigación sobre la glorificación de lo patriarcal a través de san José no ha sido agotada. Sin duda, pueden abrirse nuevas vetas para explorar el fenómeno desde otras aristas, fuentes y temporalidades. En la presente tesis, nos enfocamos en la fabricación paulatina de una *josefología* que se manifestó a través de un aparato retórico de imágenes y letras; una ingeniería discursiva que coadyuvó a relegitimar el *poder patriarcal* en sus diversas encarnaciones, buscando repercutir desde los muros del palacio hasta los hogares más modestos. No obstante, hace falta reconocer el impacto de este arsenal de ideas en los terrenos de la cotidianidad y la praxis, es decir, sondear los ámbitos receptivos de las reformulaciones teológicas ceñidas al Santo Patriarca.

Por ejemplo, no todo fueron alabanzas exorbitantes para nuestro santo. Coexistieron algunas reticencias que permiten advertir la complejidad del fenómeno religioso, a la luz de los contrapesos generados por una Iglesia heterogénea, cuyas facciones e intereses, simultáneamente, tiraron hacia nortes diversos. Traigamos a colación un conjunto de casos. De Nueva España, destacan las denuncias inquisitoriales de 1680 y 1757, impulsadas por la difusión de rosarios josefinos impresos, donde las oraciones canónicas del padrenuestro y el avemaría fueron adaptadas para elogiar a san José. Del mismo orden censor, sobresale la luenga disputa vivida a ambos lados del Atlántico, en torno a la expurgación del *Ramillete de divinas flores*, obra del mercader de libros Bernardo de Sierra, donde se incluía el *Oficio del glorioso san Joseph* con oraciones, himnos, padrenuestro, avemaría y una letanía reformulados para dirigirse a nuestro santo. En el ámbito jesuita, sucedieron querellas en torno al tipo iconográfico de *San José de la Luz*, así como la condena de los sacros corazones (entre ellos, el josefino), por parte del IV Concilio Provincial Mexicano. Finalmente, en tierra chilena, la obra del ignaciano Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph*, fue prohibida *in totum* por la Inquisición limeña en 1716.

Pero es de suma importancia subrayar que estas objeciones no implicaron una mengua significativa en las manifestaciones culturales y los ejercicios devocionales dedicados a san José, ni provocaron su desaparición absoluta. Las reconvenciones a las

expresiones más citadas, en general, emanaron de peticiones más allá de lo propiamente josefino. En el caso de los rosarios de san José, la inconformidad era capitaneada por los dominicos, pues atentaban contra su capital simbólico y económico. El rezo y difusión de dicho rosario continuó a través de otros impresos y, de hecho, sigue vigente hasta nuestros días, con sus propios misterios, salve y letanía. Sobre los fervores jesuitas, no debemos perder de vista que, en gran medida, su impulso desacreditador provino de las discordias del clero secular pro monárquico con la Compañía de Jesús. Los corazones sagrados continuaron con vida devocional en el siglo XVIII, renovándose en la centuria siguiente. Al parecer, el libro de Torres mantuvo su difusión pese a la censura inquisitorial, ya que, setenta y tres años después, es citado en el sermón de Joseph Atanasio Díaz y Tirado; además, en el Colegio de San Gregorio de México, según los registros de sus bibliotecas, contaban con un par de tomos. Quizá el caso más desfavorecido fue el del *Ramillete de divinas flores* pues, en las ediciones subsecuentes a la censurada, se suprimió por completo el oficio josefino, quedando únicamente una brevísima reflexión sobre lo importante que es para Jesús y María que los devotos obtengan el favor de san José.⁷⁷⁰

Siguiendo esta línea crítica, debemos decir que, a lo largo de los cuatro capítulos que abarca la tesis, ahondamos en una variedad de tópicos afines con nuestros objetivos analíticos. Sin embargo, todavía hay más temas que residen en el bagaje sermocinal, los

⁷⁷⁰ Véase Anastasia Krutitskaya, "Rosarios intrusos en la Nueva España: la indiscreta devoción de los fieles, amigos de novedades", en Manuel Pérez, Claudia Parodi y Jimena Rodríguez (eds.), *No sólo con las armas / Non solum armis. Cultura y poder en la Nueva España*, España, Iberoamericana-Vervuert, 2014, pp. 197-211; Jorge Luis Merlo Solorio, "Palpitando fuerte y apasionado...", pp. 151-160; Janeth Rodríguez Nóbrega, "El San José de la Luz: una iconografía prohibida", en *Las imágenes expurgadas: censura del arte religioso en el periodo colonial*, España, Universidad de León, 2008, pp. 211-215; Irma Barriga Calle, *Patrocinio, monarquía y poder...*, pp. 68-71; *Devocionario josefino 2011*, México, El Propagador de la Devoción al Señor San José, 2011, pp. 79-86; Pedro de Torres, *Excelencias de san Joseph...*, Sevilla, Imprenta de los herederos de Tomás López de Haro, 1710; Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología, *Colegio de San Gregorio*, vol. 121, fs. 35 y 287; Joseph Atanasio Díaz y Tirado, *Sermón panegírico que en la plausible y festiva imperial coronación...*, p. 5; Olivia Moreno Gamboa, "Disonancias entre la Inquisición de México y la Suprema. A propósito de la censura del *Ramillete de divinas flores* (1690-1711)", en Francisco Javier Cervantes Bello y María del Pilar Martínez López-Cano (coord.), *La dimensión imperial de la Iglesia novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2016, pp. 29-52; Bernardo Sierra, *Ramillete de divinas flores...*, Bruselas, Imprenta de Francisco Foppens, 1670, pp. 265-285.

cuales, por cuestión de tiempo, no pudimos abordar.⁷⁷¹ Uno de ellos tiene que ver con la ortodoxia doctrinal, es decir, aquellas voces que invitaron a la mesura al elevar a san José, recordando a oyentes y lectores que las jerarquías celestiales son sempiternas e inamovibles. María no podía ser desbancada de su trono y perfección. Frente a ella, forzosamente, el carpintero de Nazareth ocupa un escaño inferior, aunque, irrefutablemente, estuviese por encima del resto de los bienaventurados.⁷⁷²

La cuestión receptiva es trascendental, sobre todo, si acreditamos que el carpintero fue propuesto como un santo “para la imitación”, un paladín del *status quo* cuya bandera virtuosa era el obedecer y callar, según lo aleccionado por Jesucristo desde el pesebre hasta el Calvario.⁷⁷³ Así, bajo el testimonio josefino, las pautas a seguir son diáfanas: “Sirvan fielmente los criados a sus amos, los ministros a sus reyes, los que militan a sus jefes, los discípulos a sus maestros (...) Imitemos también al santísimo Joseph en hacernos como él, discípulos dóciles y humildes a la sagrada doctrina de Jesucristo, si queremos ser bienaventurados ¡Ah! ¡Cuánto bien nos importa oír y recibir en mansedumbre la divina palabra que se siembra en nuestros corazones!”⁷⁷⁴

Este san José imitable, como vimos a lo largo de nuestro recorrido, surgió de convicciones y destrezas teológicas múltiples. Pero cabe resaltar que hubo inventivas que procuraron trasladarlas de lo abstracto a lo concreto, haciendo de esta *masculinidad culmen* una realidad tangible, de más fácil acceso para la feligresía por su carácter plurisensorial. Pensemos en el abanico devocional jesuita, cuya promoción de modelos comportamentales

⁷⁷¹ De hecho, otro camino que hubiéramos querido andar es el del estudio comparativo. En los *Cahiers de Josephologie* han efectuado un arduo trabajo de rastreo y análisis de los sermones en lengua gala, que bien puede contrastarse con la producción panegírica de la monarquía hispánica.

⁷⁷² Opiniones que en los panegíricos josefinos fueron las menos, seguramente, porque su interés cardinal es el encomiar al Santo Patriarca. Al respecto, también debemos sopesar las inclinaciones pías de cada orador, mismas que los decantaron a privilegiar las preeminencias marianas; la ortodoxia teológica y, por supuesto, los recursos retóricos para eludir la persecución inquisitorial. Véase Andrés de Arce y Miranda, “El injerto de la gracia...”, pp. 138-140; Juan de Robles, *Sermón del gloriosísimo patriarca...*, pp. 2r-v.

⁷⁷³ Francisco de la Encarnación, *Sermón panegírico del dignísimo esposo de María*, p. 1v; Juan Francisco Domínguez, *Bienaventuranzas del santísimo patriarca señor San Joseph...*, pp. 7 y 41.

⁷⁷⁴ Juan Francisco Domínguez, *Bienaventuranzas del santísimo patriarca señor San Joseph...*, pp. 51 y 62.

y afectivos hizo ostensible las magnificencias de la sacra parentela a través del simulacro lauretano, donde la moral cristiana se convirtió en un bucle temporal, un eterno presente que destroza por completo toda presunción de anacronismo, pues, axiomáticamente, se fundamenta que las leyes divinas, sus expectativas conductuales y configuraciones organizativas, aplicaron, aplican y aplicarán *perennemente*.

En el acercamiento a una de las Santas Casas como la de San Gregorio de México o la aún presente en el templo de San Francisco Javier en Tepotzotlán, los creyentes podían (pueden) ver, sentir y respirar las esencias de la santidad en clave consuetudinaria, donde el camino hacia la gratificación eterna se construye día con día, haciendo de lo insignificante por rutinario, una oportunidad para agradar a Dios.⁷⁷⁵ Allí, es palpable la diligencia paternal de san José, aquella vocación constante y puntual que fue trazada por sermones, imágenes y la literatura pía que explicaba la estructura del edificio-reliquia. Bastaba levantar la mirada para apreciar la impronta del carpintero, en la techumbre que él mismo decoró con un fondo cerúleo y un mar de estrellas; astros ornamentales que, en su momento, se resguardaron como reliquias josefinas en la Casa Profesa metropolitana.⁷⁷⁶

Esos microcosmos austeros de arquitectura limitada fueron el testimonial del poderío josefino, donde el organigrama divino se hizo materia perceptible. Es decir, podía corroborarse física y perceptualmente que, al interior de la morada nazarena reedificada en los templos ignacianos, en conformidad con lo estipulado desde las alturas, gobernaba el *hombre de la casa* y los cohabitantes obedecían gustosos, sublimándose mediante su conformidad y sumisión a la norma. Aprendizaje o recordatorio que la grey podía adquirir de primera mano al cruzar el umbral del hogar bendito.

Siguiendo con el rubro receptivo, la diseminación cultural y la asimilación de las elucubraciones teologales, no podemos dejar pasar el dato inestimable que Luisa Elena

⁷⁷⁵ Piénsese en la activación y promoción del tipo iconográfico de la *Bendición de la Mesa*, cuyo origen y popularización, probablemente, fueron derivaciones del culto a la Santa Casa de Nazareth. Véase Luisa Elena Alcalá, *Arte y localización de un culto global. La Virgen de Loreto en México*, Madrid, Abada Editores, 2022, pp. 152-153 y 157.

⁷⁷⁶ Luisa Elena Alcalá, *Arte y localización de un culto global...*, pp. 88, 132, 155 y 282.

Alcalá aporta en su más reciente trabajo: la devoción a la Santa Casa, promotora simultánea de la piedad y apego hacia sus tres habitantes en su variante familiar,⁷⁷⁷ se consolidó en la década de 1680. La fecha coincide con los inicios del auge josefino en Nueva España, esplendor que nosotros escudriñamos en la apropiación de la iniciativa carolina por parte de la Iglesia virreinal. Habrá que interrelacionar investigaciones de esta índole para comprender la complejidad del apogeo josefino, reconociendo los diversos canales, autores y voluntades colectivas que, seguramente, contribuyeron a la edificación y apoteosis del san José moderno bajo una ideología compartida.⁷⁷⁸

Justo en este ir y venir entre discursos, idealizaciones, paradigmas y prácticas socioculturales relacionadas con el espectro de lo patriarcal, es que nuestra investigación linda con una perspectiva caracterológica que demuestra cómo cualquier pretensión de purismo disciplinar cae derruida por lo avasallante de la estructura de poder y dominio que justifica la superioridad del orbe masculino. Es por ello que, si bien, el corpus sermocinal al que nos acercamos es prototípicamente *panegírico*, es decir, de alabanza pía hacia nuestro santo; ineludiblemente roza con lo moral, político y doctrinal, gestándose una hibridación de tramas posible porque, en el fondo, es del patriarcado de lo que se está hablando, el cual permea todas las áreas donde el *poder* ancla sus pilares. Por supuesto, estilos expositivos, sofisticaciones intelectuales, adecuaciones litúrgicas y las subjetividades del gusto variaron con el paso del tiempo, pero quisimos subrayar las certidumbres generalizadas, aquellos rasgos en común que hicieron coincidentes una prédica de finales del siglo XVII con una de los albores decimonónicos, y ambas, a su vez, deudoras de un pensamiento instaurado en la Baja Edad Media. Entonces, más allá de auges y decadencias, de géneros y modos, de sistematizaciones y técnicas y los marcos preceptivos de las *ars praedicandi*, los mojones clásicos que segmentan los alcances analíticos en centurias⁷⁷⁹ tuvieron que modificarse

⁷⁷⁷ Entiéndase las implicaciones de la vida en común de Jesús, José y María, así como los roles concernientes a cada uno de ellos: san José como padre y esposo sin parangón, María como madre y esposa magnífica y Jesús como hijo obediente y servicial.

⁷⁷⁸ Luisa Elena Alcalá, *Arte y localización de un culto global...*, p. 143.

⁷⁷⁹ Cfr. Félix Herrero Salgado y Miguel Ángel Núñez Beltrán, *Predicadores y sermones en España (siglos XVI-XX)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2014.

para entender que estamos frente a un proceso de larga duración que, de hecho, sigue hoy día con vida.

Verbigracia, conocemos diversos hitos históricos donde se ha recurrido a las polivalencias de la relación autoridad-obediencia adscritas a san José. Cabe recordar el patrocinio josefino sobre la Iglesia universal, instaurado en 1870 por Pío IX, en una época en que ésta se sentía agredida y expulsada de su histórica condición de potestad irrefutable, al experimentar “tiempos tristísimos (donde era) atacada por doquier por sus enemigos y se ve oprimida por tan graves calamidades que parece que los impíos hacen prevalecer sobre ella las puertas del infierno”. La amenaza aludida son los presupuestos socialistas, temibles e indeseables por su agenda ateizante. Entonces, para contrarrestar la embestida, san José fue ataviado como garante de la ortodoxia religiosa pues, en innovada reformulación, se le representó como el *obrero idóneo* quien, sin rechistar, “experimentó el peso amargo de la pobreza sin rebelarse contra el destino”. Ciento cincuenta y un años después, en conmemoración de dicho patrocinio y enfatizando las “graves y oscuras circunstancias en que se encontraba la Iglesia, acosada por la hostilidad de los hombres” (seguramente en sintonía con las “persecuciones” o descréditos actuales a sus postulados dogmáticos, por ejemplo, las leyes pro-aborto, la acreditación de los matrimonios homosexuales, las adopciones homoparentales, etc.), el papa Francisco I designó al 2021 como *año de san José*. Así, para obtener la indulgencia plenaria, el pontífice invitaba a los feligreses a que meditasen sobre la fidelidad del carpintero para “corresponder con profundo discernimiento a la voluntad de Dios”;⁷⁸⁰ voluntad que se pretende unidireccional e indiscutible (como lo demuestra el dogma de la infalibilidad papal, vigente hasta nuestros

⁷⁸⁰ Véase Jorge Luis Merlo Solorio, “Con el Apocalipsis en el umbral...”, pp. 46-57; ACI Prensa, “El Papa convoca un Año de San José: Así se puede obtener la indulgencia plenaria”, [<https://www.aciprensa.com/noticias/el-papa-convoca-un-ano-de-san-jose-asi-se-puede-obtener-la-indulgencia-plenaria-92146>]; Benedetta Capelli, “En el año de San José, el don de las Indulgencias”, [<https://www.vaticannews.va/es/vaticano/news/2020-12/en-el-ano-de-san-jose-el-don-de-las-indulgencias.html>]; ACI Prensa “Un día como hoy hace 150 años San José fue proclamado Patrón de la Iglesia Universal”, [https://www.aciprensa.com/noticias/un-dia-como-hoy-hace-150-anos-san-jose-fue-proclamado-patron-de-la-iglesia-universal-22361?fbclid=IwAR0XDn6_bdoO45jci_XXGK_TmFkHPoJyeqjM0Z-ypwq9R0DCntB8KGV4t0Y].

*Todas las notas fueron consultadas el 10 de diciembre de 2020.

días), y que, como hemos explicado, trasciende los linderos de lo espiritual y se filtra en asuntos sociales y políticos, puesto que *nada* escapa al dictamen divino.

Sobre lo discernido con antelación, no está de más decir que la asociación entre religión y poder patriarcal que mutó por completo a san José, mantiene aún su efervescencia pero ubicada en otras modalidades pías, cuyos simbolismos son cercanos a las necesidades, expectativas e intereses socioculturales contemporáneos; gestándose incluso fuera de la órbita católica, a partir de laicizar liturgias, tradiciones y *modus operandi*. Difícilmente la unión se diluiría pues, además de surcar las eras de forma irreconocible, es una fórmula de probada efectividad. Como antes, en lo sagrado se sustentaban monarquías, pontificados, estratificaciones e interacciones sociales; hoy siguen perviviendo bajo su sombra gobiernos, clerecías, divergencias y calidades entre ciudadanos, aunque se haya constatado y hecho público el carácter delictivo y/o pernicioso de muchas de ellas. Finalmente, el tabú de lo divino es un edicto de incredulidad y exoneración antelada.

La mirilla de los historiadores se transforma conforme a las inquietudes de su tiempo. Es por ello que dejando atrás apologías institucionales, consignas catequéticas y fervores sectoriales, actualmente, la gran mayoría de la Historia sobre religión e Iglesia en nuestro país se escribe sin límites preestablecidos. No obstante, consideramos oportuno e inexcusable sumar la perspectiva de género a los estudios sobre la santidad novohispana, no sólo para abonar en el entendimiento de las fuertes repercusiones del catolicismo en el México actual, sino también para demostrar su utilidad sociocultural y viabilidad teórica, al desengañar a las inconformidades que tachan los planteamientos de género como una mera máquina de anacronismos o un mar de especulaciones originadas en una moda pasajera.

A inicios de la década de los 70's, Mary Daly, filósofa y teóloga feminista, dijo categóricamente en su texto abolicionista que "si Dios es un varón, el varón es Dios".⁷⁸¹ Nuestra aproximación hacia la divinización del ámbito masculino mediante el espécimen

⁷⁸¹ Mary Daly, *Beyond God the Father. Toward a Philosophy of Women's Liberation*, Boston, Beacon Press, 1985, p. 19.

josefino, sin duda, es cercana a la perspectiva analítica en la que soportó sus argumentaciones, es decir, el comprender cómo las características celebradas en el dios cristiano son coincidentes con el encumbramiento de lo varonil, cuya consecuencia inherente es la infravaloración y supeditación del espectro femenino.⁷⁸² Como se pretendió demostrar a través de sermones e imágenes, la renovación de san José fue deliberadamente tallada con los escoplos patriarcales, en una *rectificación a la norma* que le dio certificación y popularidad teológica, junto con una polivalencia discursiva donde todos los varones, fuesen potentados o del común, podían adherirse desde el hogar, el palacio, el convento o la gloria misma. En otras palabras, hubo esfuerzos constantes y diversos por hacer bicolor una realidad de policromías, bajo la legitimación de la paleta celestial.

Si bien, los retruécanos retóricos permitieron tanto a los artífices del pincel como a los oradores, rozar la herejía y salir bien librados, gracias a que se sujetaron a un arsenal alegórico de paradojas, analogías e hipérboles donde lo contradictorio o atrevido pasaba por elocuencia artística o exquisitez doctrinal; la libertad expositiva de la josefología moderna, albergada en el vaivén de la politización de los santos y el despliegue de una teología de las emociones para condicionamiento de cuerpos y conciencias, fue aprobada como un ingenio de las masculinidades hegemónicas al tornarlo en soliloquio. Es decir, al hablar de san José, *hablo conmigo, de mí, para mí y por mí*; una alabanza elitista que desde el alarde, fomentaba la perpetuidad del *orden de las cosas*. Empresa tan grandilocuente que, en nuestros intentos por otear un horizonte panhispánico y transtemporal, se hizo tangible la preponderancia de la Nueva España como el semillero de las mayores extravagancias josefinas, sobre todo, en lo que a retórica visual se refiere. Para la época moderna, no hubo otra latitud donde se ejercitase una abundancia similar de peculiaridades iconográficas, de una exacerbación tal que sus arrestos son equiparables con los erigidos en torno a la Virgen de Guadalupe, numen apologético por excelencia. Tanto así que, en el

⁷⁸² Véase, Christine Overall, "Feminismo y ateísmo", en Michael Martín (ed.), *Introducción al ateísmo*, España, Akal, 2010, pp. 265-268.

halo masculino, bien podríamos considerar a san José al mismo nivel de importancia que su consorte venerada en el Tepeyac.⁷⁸³

Esperamos que, en un futuro próximo, se sumen nuevas investigaciones que diluciden el impacto de las condicionantes de género en imaginarios, prácticas y adoctrinamientos religiosos de Nueva España, con miras a entrecruzar las experiencias de otros piélagos devocionales de la monarquía hispánica, sin soslayar la perpetuación de estos modelos de hegemonía patriarcal que, en el devenir histórico, cambian de careta discursiva pero conservan sus núcleos de significado.

⁷⁸³ Agradezco sobremanera al Dr. Jaime Cuadriello por motivarme a reflexionar sobre estos asuntos con sus comentarios doctos, a partir de la aguda lectura que hizo de esta investigación.

IMÁGENES



1.- Hieronymus Bosch
Adoración de los Magos
1485-1500
Museo del Prado, España



1a.- Hieronymus Bosch
Adoración de los Magos (detalle)
1485-1500
Museo del Prado, España



2.- Hans Multscher

Natividad

1456-1458

Hans Multscher Museum, Vipiteno, Italia



3.- Pintor neerlandés

Natividad

c. 1400

Museum Mayer van den Bergh, Amberes



4.- Simone Martini

Jesús reprendido por sus padres

1342

Walker Art Gallery, Liverpool

313



5.- Conrad von Soest

Natividad

1404

Parroquia de San Nicolás, Bad Wildungen, Alemania



6.- Autor desconocido (basado en el original de Robert Campin)

Vida de José, el carpintero

c. 1425

Iglesia de Santa Catalina, Hoogstraten, Bélgica



7.- Maestro del Jardín del Paraíso

Las dudas de José

c. 1430

Musée de l'Œuvre Notre Dame, Estrasburgo, Francia



8.- Maestro de la vista de Santa Gúdula

Anunciación

s. XV

Musées royaux des Beaux-Arts de Belgique, Bruselas



9.- Maestro del Libro de Horas de Catalina de Cleves

Cena de Jesús, María y José

c. 1440

Morgan Library and Museum, New York, E.U.A.



10.-Frans Floris
Jesús, María y José
1552
Pinacoteca Kromeriz
República Checa



11.-Frans Floris
Jesús, María y José
c. 1553
Musée de la Chartreuse, Francia

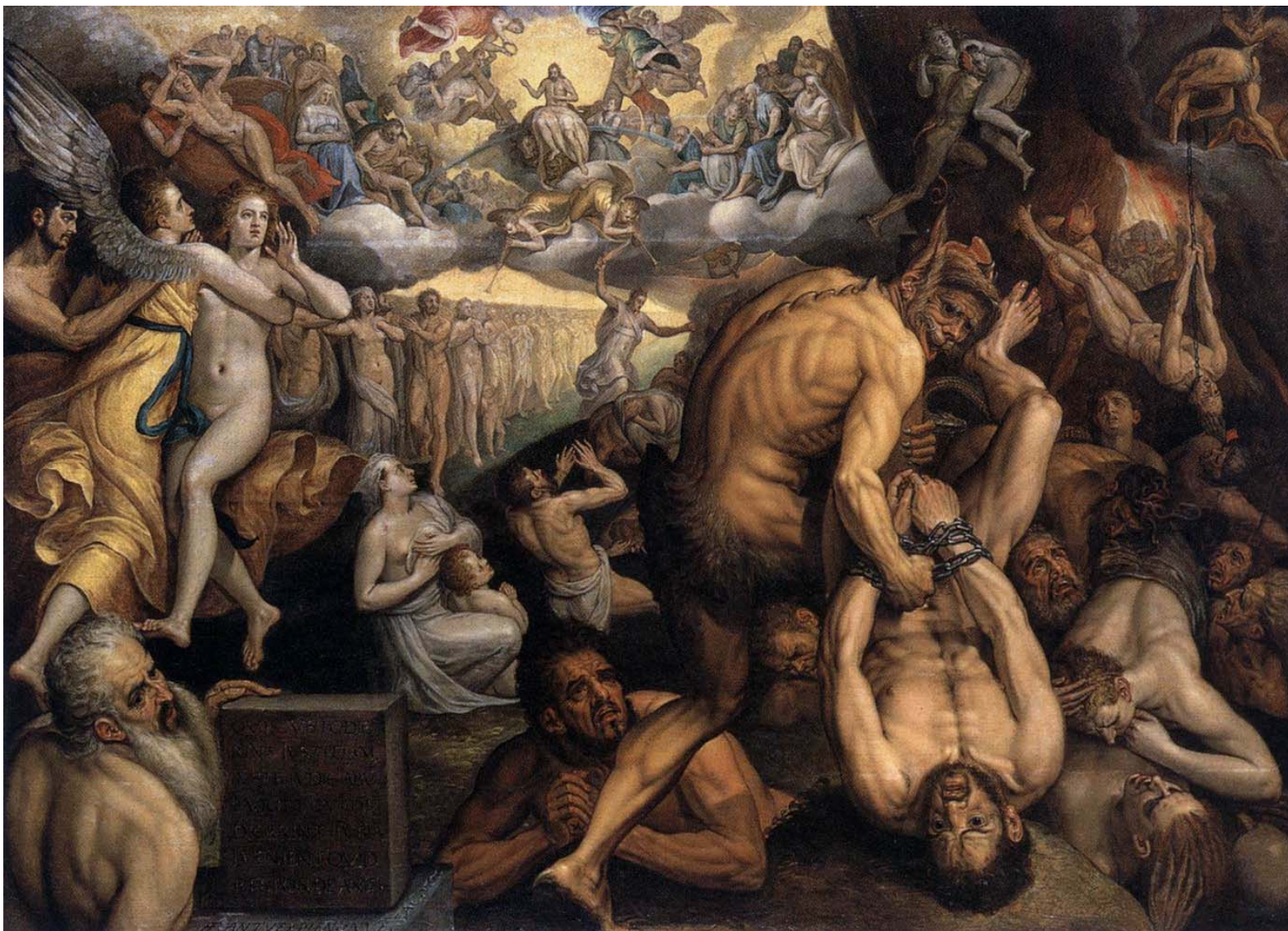


12.-Frans Floris

Lot con sus hijas

s. XVI

Hermitage Museum, Rusia



13.-Frans Floris

Juicio Final

1565

Kunsthistorisches Museum

Viena



14.-Frans Floris
La caída de los ángeles rebeldes
1554
Koninklijk Museum voor Schone Kunsten, Amberes



16.- Francisco Martínez

Tránsito de san José

1738

Museo Nacional del Virreinato,
Tepotzotlán, Estado de México



17.- Andrés López
Trinidad del cielo y trinidad de la tierra
s. XVIII
Museo Nacional de Arte, CDMX



18.- Cristóbal de Villalpando

San José y el Niño

s. XVII

Museo de El Carmen, CDMX



19.- Miguel Cabrera

San José y el Niño

s. XVIII

Museo José Luis Bello y Zetina, Puebla



20.- Angelo Nardi

San José y el Niño

s. XVII

Museo de Huesca, España



21.- José de Páez

San José y el Niño

ca. 1775

Museo Blastein, CDMX



22.- Bartolomé Esteban Murillo

San José con el Niño

h. 1650-1660

Colección BBVA, España

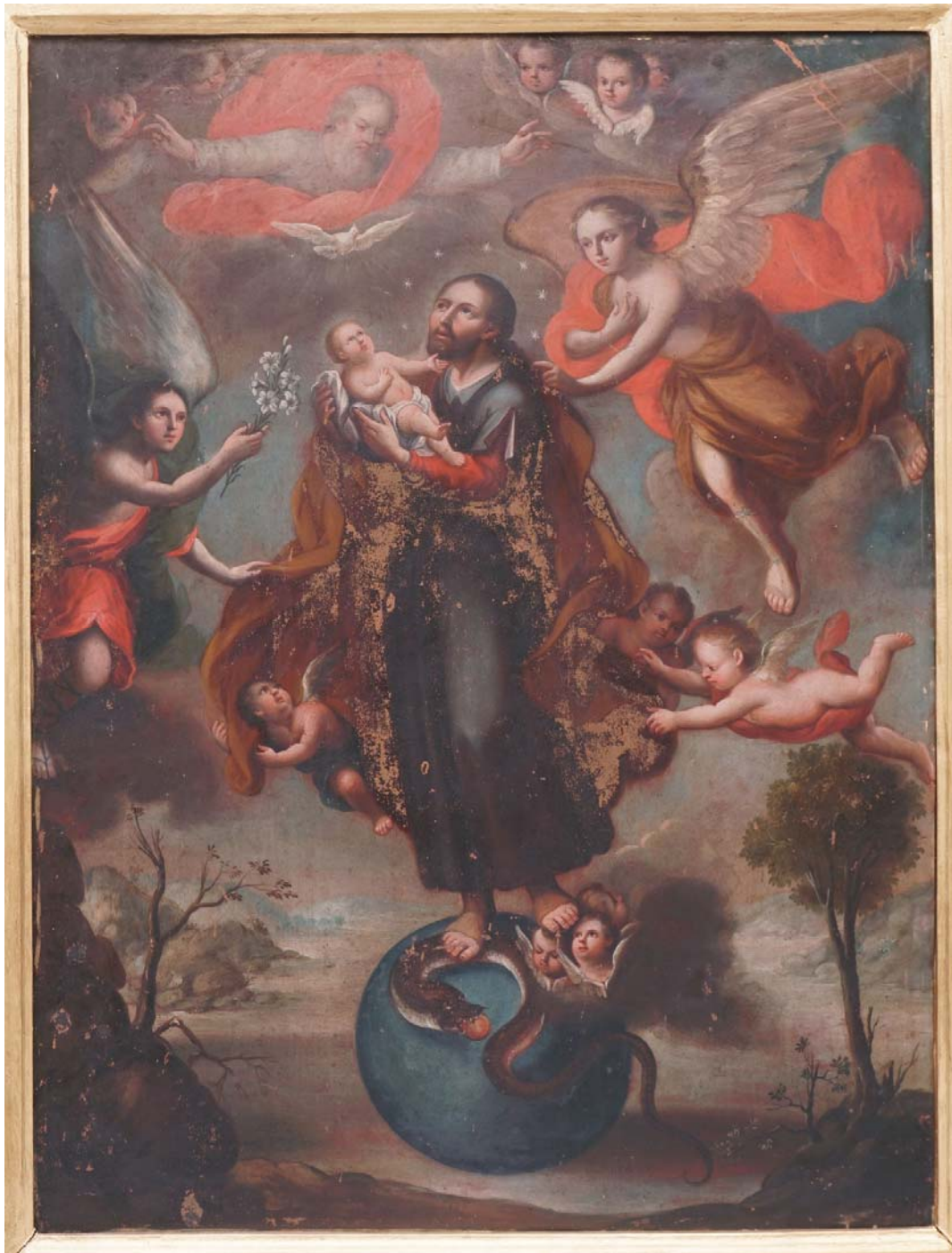


23.- José de Alcívar

San José con el Niño

1802

Museo Nacional del Virreinato, Tepotzotlán, Estado de México



24.- Autor desconocido

San José apocalíptico

s. XVIII

Monasterio de Santa Teresa la Nueva, Magdalena Contreras, CDMX

Foto: Itzel Pozos



25.-Autor desconocido
Coronación de san José
s/f

Museo Nacional del Virreinato,
Tepotzotlán, Estado de México



26.- Autor desconocido

Coronación de san José

s/f

Retablo josefino del templo de Ntra. Sra. de la Asunción, Amecameca, Estado de México



27.- Autor desconocido

Coronación de san José

s. XVIII

Retablo guadalupano del templo de La Enseñanza, CDMX

Fotografía: Pablo A. Tonatiuh Álvarez

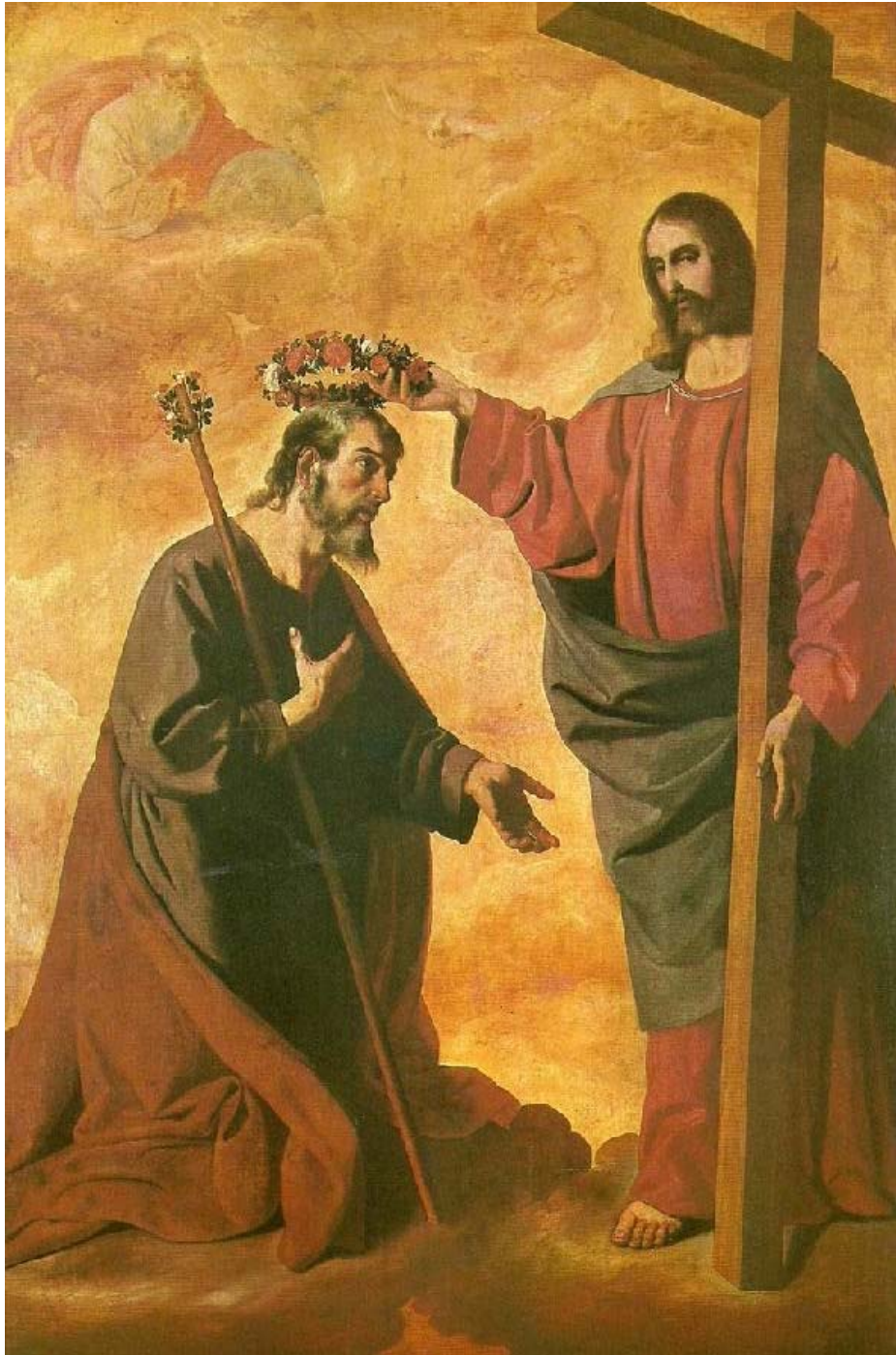


28.- Juan de Valdés Leal

Coronación de san José

c. 1665-1670

Casa de subastas Arte, Información y gestión, Sevilla, España



29.- Francisco de Zurbarán

Coronación de san José

c. 1636-1640

Museo de Bellas Artes de Sevilla, España



30.- Gottlieb Heiss
Coronación de san José
s. XVIII



31.- Carnero

Coronación de san José

s. XVIII

Museo de la Basílica de Guadalupe, CDMX

Foto: Araceli Ascencio Lucano



32.- Autor desconocido

Coronación de san José

s/f

Templo de San Miguel, Huejotzingo, Puebla



33.- Autor desconocido

San José y el Niño

s. XVII

Congregación de Misioneros de San José, CDMX



34.- Autor desconocido
La sacra parentela novohispana
c. 1800
Colección particular



35.- Francisco Antonio Vallejo

Los Cinco Señores con los Siete Príncipes y la Santísima Trinidad (detalle)

1761

Antiguo Colegio de San Ildefonso, CDMX



36.- Autor desconocido

San José pastor

s. XVIII

Museo de Bellas Artes, Toluca, Estado de México



37.- Andrés López

La huida a Egipto

s. XVIII

Colección particular



39.- Miguel Cabrera

San José y el Niño

s. XVIII

Museo Nacional de Historia, CDMX



40.- Autor desconocido
Los dolores y gozos de san José
s. XVII-XVIII
Museo de El Carmen, CDMX



41.- Autor desconocido

Los dolores de san José

s. XVII

Museo Virreinal de Acolman, Ex Convento de San Agustín, Estado de México



42.- Autor desconocido

Los dolores de san José (detalle)

s. XVII

Retablo de la Dolorosa, Hacienda de Santa Lucía, Fundación Cultural Televisa A.C.



43.- Francisco de León
Los desposorios de la Virgen y san José
s. XVII
Museo Franz Mayer, CDMX

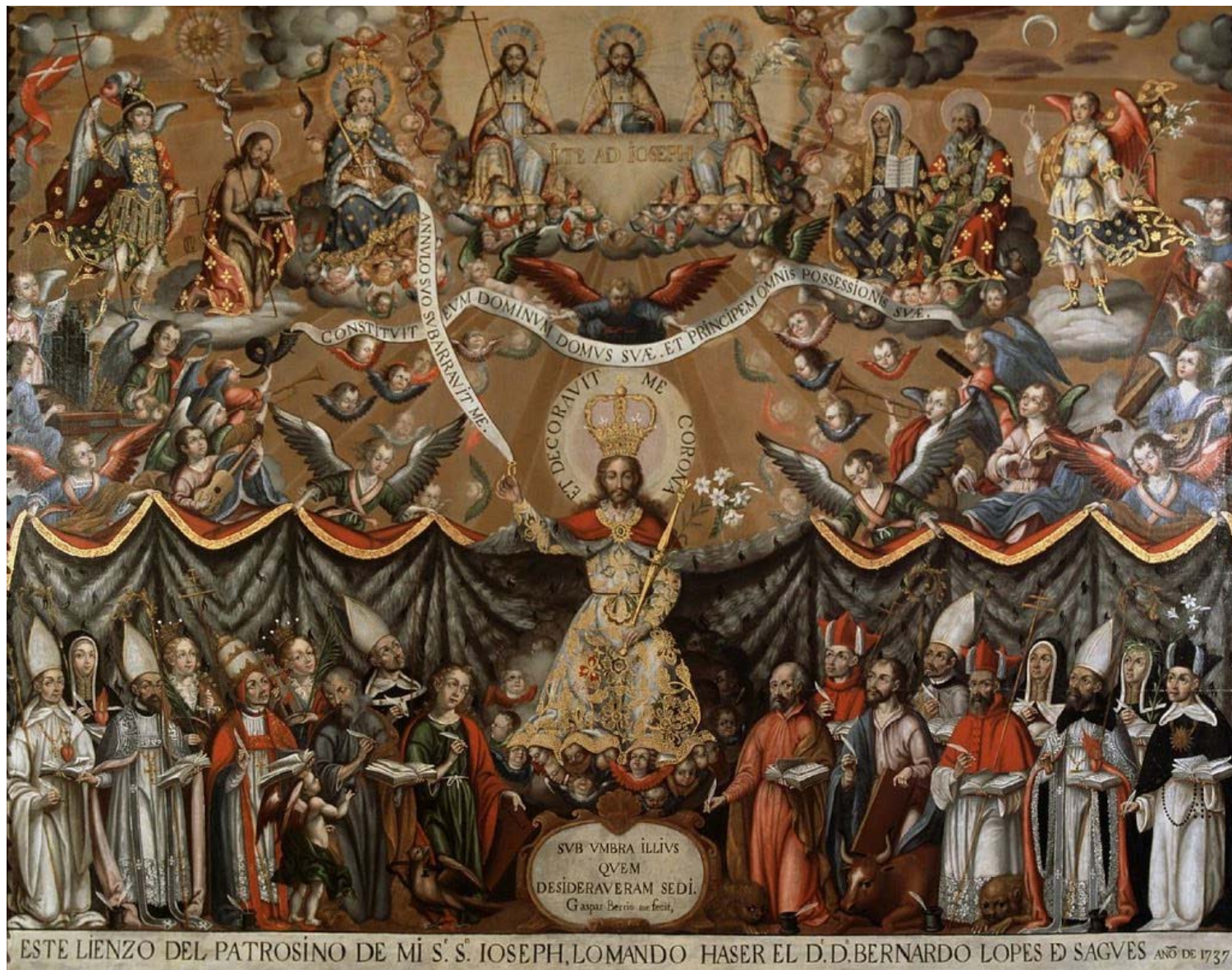


44.- Miguel Cabrera

Los desposorios de la Virgen y san José

s. XVIII

Museo Arocena, Torreón, Coahuila



45.- Gaspar Miguel de Berrío
Patrocinio de san José
1737
Casa Nacional de Moneda,
Potosí, Bolivia



46.- Miguel Cabrera (atribuido)

El corazón de san José

s. XVIII

Museo Soumaya, CDMX



Oleo sobre tela "San José de la
paloma" s. XVIII

Oleo sobre tela "Virg
de la paloma" s. XVIII

47.- Autor desconocido
San José y la Virgen de la
paloma (?)
s. XVIII
Museo de Arte Virreinal de
Taxco, Guerrero
Foto: Doris Bieñko



48.- Autor desconocido

El alma de san José

s. XVIII

Museo de la Basílica de Guadalupe,
CDMX



49.- Manuel Caro, *Los espíritus de María y Jesús (?)*, s. XVIII, Morton Subastas



50.- Manuel Caro
El alma de san José
s. XVIII



51.- Autor desconocido

El alma gloriosísima del santísimo patriarca señor san Josephe

s. XVIII

Colección Felipe, Anna y Andrés Siegel

Foto: Arturo Piera



52.- Autor desconocido

Coronación de san José

s. XVIII

Museo de la Provincia Jesuita Mexicana

Foto: Jorge Luis Merlo Solorio

ANEXO I

Autores de sermones josefinos en *Bibliografía mexicana sobre San José*

Náhuatl

1.- Anunciación, Juan de la (1577)
Nican Motenehua Yninemiliz Sant Joseph...
(p. 21)

Castellano

2.- Cantova, Juan Antonio (1728)
El inventor de la gracia... (p. 41)

3.- Carrasco Moscoso, Nicolás (1688)
Sermón del patrocinio... (p. 41)

4.- Cruz, Mateo de la (s.f.) (?)
Sermón del patrocinio... (p. 47)

5.- Díaz Romero, Miguel (1720)
Ornamento sacro... (p. 64)

6.- Díaz Tirado, José Atanasio (1789)
Sermón panegírico... (p. 64)

7.- ----- (1795)
Sermón panegírico moral... (p. 66)

8.- Eguiara y Eguren, Juan José de (s. XVIII)
La congregación de todos los ángeles... (p. 71)

9.- ----- (1739)
El ángel de la guarda de Cristo... (p. 72)

10.- ----- (1759)
El gigante de perfección... (p. 72)

11.- ----- (1757)
El patrocinio incomparable... (p. 72)

12.- ----- (1754)
San José de gracia... (p. 72)

13.- ----- (1727)
El día de la invención... (p. 72)

14.- ----- (1734 y 1745)
Plática en el Oratorio... (p. 72)

15.- ----- (1738 y 1739)
16 de febrero y fiesta del Patrocinio... (p. 73)

16.- ----- (1740)
Pensar no sólo en cada mes... (p. 73)

17.- ----- (s. XVIII)
Fiesta del Sr. San José... (p. 73)

18.- ----- (1743)
La Santísima Virgen de los Dolores... (p. 73)

19.- Encarnación, Francisco de la (1703)
Sermón panegírico del dignísimo... (p. 73)

20.- Esquerri, Matías de (1708)
Sermón que en la festividad... (p. 78)

21.- Fernández de Arevalo, Lorenzo (1749)
El universal patrocinio... (p. 82)

22.- Folgar, Antonio Manuel de (1734)
Competencias de amor... (p. 86)

23.- Granados y Gálvez José Joaquín (1768)
Patrocinio del Patriarca... (p. 105)

24.- Gutiérrez Dávila, Julián (1740)
Deseos de San Joseph... (p. 109)

25.- Guzmán Prado Francisco Lino de (1749)
Ejemplar de prudencia... (p. 109)

26.- Jesús María, Nicolás de (1726)
El patrocinio de San José (p. 117)

27.- ----- (1726)
La mano de los Cinco Señores... (p. 117)

28.- ----- (1727)
Lo más de la santificación... (p. 117)

- 29.- Mansilla, Antonio de (1714)
Padrino de este reino... (p. 130)
- 30.- Mansilla, Antonio de (1725)
Sermón del glorioso tránsito... (p. 132)
- 31.- Monterde y Antillón, Nicolás de (1736)
La mayor santidad de Joseph... (p. 142)
- 32.- Montúfar, Juan José Mariano (1735)
El aumento y firmeza... (p. 144)
- 33.- Muñoz de Castro, Pedro (1696)
Sermón del glorioso patriarca... (p. 149)
- 34.- Ortega, José Luis (1765)
Sermón panegírico... (p. 160)
- 35.- Paredes, José de (1749)
El santo de la suposición... (p. 164)
- 36.- Pareja, Francisco de (1653)
Sermón predicado a las excelencias... (p. 164)
- 37.- Peralta Castañeda, Antonio de (1640)
Sermón del glorioso patriarca... (p. 169)
- 38.- Robles, Juan de (1687)
Sermón del gloriosísimo patriarca... (p. 182)
- 39.- Sala, Bernardo Clemente (1778)
Panegírico de San José... (p. 189)
- 40.- Sandoval, Pedro de (1700)
Sermón panegírico... (p. 195)
- 41.- Santa Teresa, Manuel de (1731)
El plectro más excelente... (p. 196)
- 42.- Valdecebros, Andrés (1654)
Oración panegírica... (p. 215)
- 43.- Victoria Salazar, Diego de (1680)
Sermón que predicó... (p. 229)
- 44.- Villa Sánchez, Juan de (1738)
Sermones varios... (p. 239)
- 45.- Villavicencio, Juan José (1759)
Panegírico del glorioso... (p. 241)

ANEXO II⁷⁸⁴

NUEVA ESPAÑA

Nombre y número de lista	Congregación u orden	Lugar de predicación	Ciudad de impresión	Siglo (años) I=impresión / P=predicación
1.- Antonio de Peralta Castañeda	Presbítero	Puebla	México	XVII (I-1640)
4.- Antonio Delgado y Buenrostro	Presbítero	Puebla	Sevilla	XVII (I-1680 / P-1675)
6.- Diego de Victoria Salazar	Presbítero	Puebla	México	XVII (I y P – 1680)
7.- Juan de Robles	Jesuita	Puebla	México	XVII (I y P – 1687)
8.- Nicolás Carrasco Moscoso	Presbítero	Puebla	Puebla	XVII (I-1688 / P-1688)
10.- Pedro de Sandoval	Franciscano	Puebla	México	XVII (I y P – 1700)
29.- Lorenzo Fernández de Arebalo	Presbítero	Puebla	México	XVIII (I-1749)
30.- Andrés de Arce y Miranda	Presbítero	Puebla	México	XVIII (I-1761 / P-1749)
33.- Joseph Atanasio Díaz y Tirado	Presbítero	Puebla	Puebla	XVIII (I-1789 / P-1788)
9.- Pedro Muñoz de Castro	Presbítero	Ciudad de México	México	XVII (I y P – 1696)
11.- Francisco de la Encarnación	Carmelita	Ciudad de México	México	XVIII (I-1703 / P-1703)
12.- Matías de Esquerria	Jesuita	Ciudad de México	México	XVIII (I y P – 1708)
13.- Juan de Solchaga	Agustino	Ciudad de México	México	XVIII (I y P – 1710)
14.- Antonio Mansilla	Franciscano	Ciudad de México	México	XVIII (I y P – 1714)
16.- Miguel Romero Díaz	Franciscano	Ciudad de México	México	XVIII (I-1720 / P-1719)
17.- Nicolás de Jesús María	Carmelita	Ciudad de México	México	XVIII (I-1726 / P – 1725)
18.- Nicolás de Jesús María	Carmelita	Ciudad de México	México	XVIII (I y P – 1727)
21.- Manuel de Santa Teresa	Carmelita	Ciudad de México	México	XVIII (I-1731 / P-1730)
22.- Antonio Manuel de Folgar	Presbítero	Ciudad de México	México	XVIII (I-1734 / P-1734)

⁷⁸⁴ La numeración de los autores es acorde con la antigüedad del sermón dedicado a San José. Por ello, el número uno le pertenece a Antonio de Peralta Castañeda (1640) y el treintaicuatro a Juan Francisco Domínguez (1805).

23.- Juan Joseph Mariano Montufar	Presbítero	Ciudad de México	México	XVIII (I-1735 / P-1734)
24.- Nicolás Monterde y Antillón	Presbítero	Ciudad de México	México	XVIII (I-1726 / P-1736)
25.- Julián Gutiérrez Dávila	Oratoriano	Ciudad de México	México	XVIII (I-1740)
34.- Juan Francisco Domínguez	Presbítero	Ciudad de México	México	XIX (I y P-1805)
28.- Francisco Lino de Guzmán y Prado	Presbítero	Guadalajara	México	XVIII (I y P – 1749)
27.- Joseph de Paredes	Jesuita	Yucatán	México	XVIII (I y P – 1749)

Total: 32 sermones novohispanos

<ul style="list-style-type: none"> Procedencia 21 Ciudad de México 9 Puebla 1 Guadalajara 1 Yucatán Impresos en 29 México 2 Puebla 1 Sevilla 	<ul style="list-style-type: none"> Orden o congregación 13 presbíteros 4 carmelitas 3 jesuitas 3 franciscanos 1 agustino 1 oratoriano 	<ul style="list-style-type: none"> Siglos XVII: 7 XVIII: 17 XIX: 8 	<ul style="list-style-type: none"> Década⁷⁸⁵ (por fecha de predicación) Siglo XVII 40's - 1 70's - 1 80's - 3 90's - 2 Siglo XIX 00's - 8 Siglo XVIII 00's - 3 10's - 2 20's - 3 30's - 4 40's - 4 80's - 1
---	---	---	--

⁷⁸⁵ Tomando como año de inicio el número 1 y como final el 10. Bajo esta lógica, por poner un ejemplo, el sermón de Manuel de Santa Teresa predicado en 1730 es catalogado en los 20's del siglo XVIII, pues éste año se concibe como el cierre de dicha década.

ESPAÑA

Nombre y número de lista	Congregación u orden	Lugar de predicación	Ciudad de impresión	Siglo (años) I=impresión / P=predicación
2.- Francisco de Pareja	Mercedario	Sevilla	Sevilla	XVII (I – 1653)
5.- Andrés Elías Caperó	Carmelita	Valencia	Valencia	XVII (I y P-1680)
15.- Pedro del Espíritu Santo	Carmelita	Alcalá de Henares	Madrid	XVIII (I-1717)
20.- José de San Miguel	***	Sevilla	Manuscrito	XVIII (P-1730)
31.- Joseph de San Gil	Agustino	Valencia	Valencia	XVIII (I y P – 1773)
32.- Bernardo Clemente de Sala	Agustino	Cádiz	Cádiz	XVIII (I y D – 1778)

Total: 9 sermones españoles

<ul style="list-style-type: none"> • Procedencia 2 Sevilla 2 Valencia 4 Alcalá de Henares 1 Cádiz 	<ul style="list-style-type: none"> • Orden o congregación 2 carmelitas 2 agustinos 1 mercedario 1 desconocido 	<ul style="list-style-type: none"> • Siglos XVII: 2 XVIII: 7 	<ul style="list-style-type: none"> • Década (por fecha de predicación) Siglo XVII 50's - 1 80's - 1 Siglo XVIII 10's - 4 20's - 1 70's - 2
---	---	--	---

FILIPINAS

Nombre y número de lista	Congregación u orden	Lugar de predicación	Ciudad de impresión	Siglo (años) I=impresión / P=predicación
3.- Baltasar de Mansilla	Jesuita	Manila	Manila	XVII (I y P – 1670)
19.- Juan Antonio Cantova	Jesuita	Manila	México	XVIII (I-1728 / P-1727)
26.- Blas de Plasencia	Franciscano	Manila	Sampaloc	XVIII (I-1745 / P- 1744)

Total: 3 sermones filipinos

<ul style="list-style-type: none"> • Procedencia 3 Manila 	<ul style="list-style-type: none"> • Orden o congregación 2 jesuitas 1 franciscano 	<ul style="list-style-type: none"> • Siglos XVII: 1 XVIII: 2 	<ul style="list-style-type: none"> • Década (por fecha de predicación) Siglo XVII 70's - 1 Siglo XVIII 20's - 1 40's - 1
--	--	--	---

ANEXO III

Autor (con número por antigüedad)	Referencia bibliográfica completa	Fechas de impresión y predicación	Motivo	Lugar	Dedicado a	Predicado en	Ciudad y taller de impresión	Autoridades empleados en el sermón ⁷⁸⁶
Arce y Miranda, Andrés de (Presbítero) 30	<p><i>El injerto de la gracia, admirable por el fruto que no es suyo. Sermón alegórico panegírico del glorioso patriarca señor san Joseph, predicado en fiesta de hortelanos en la parroquia de Santa Cruz de la Puebla en su día 19 de marzo de 1749.</i></p> <p>*** El sermón josefino es parte del siguiente compendio:</p> <p><i>Sermones varios del doctor don Andrés de Arce y Miranda, colegial real de oposición en Sagrada Teología del Real y más Antiquo de San Ildefonso de México, abogado de la Real Audiencia, cura beneficiado que fue por Su Majestad de la parroquia de Santa Cruz de la Puebla de los Ángeles, examinador sinodal de su obispado, al presente canónigo magistral de su santa iglesia y obispo electo de San Juan de Puerto Rico. Tomo tercero. Dedicado al señor doctor don</i></p>	<p>***Impresión (de la obra general): 1761</p> <p>***Predicación (del sermón josefino): 19 de marzo de 1749</p>	Fiesta de San José (Festividad de los hortelanos)	Puebla de los Ángeles – Nueva España	Dedicación de la obra general a Juan José de Eguiara y Eguren	Del sermón josefino: parroquia de Santa Cruz, Puebla	México Imprenta de la Biblioteca Mexicana	<p>Hugo de San Víctor</p> <p>Virgilio</p> <p><i>Peralta</i></p> <p>Teófilo Raynaudo</p> <p>San Ambrosio</p> <p>Fray Miguel Agustín</p> <p><i>Eguiara y Eguren</i></p> <p>Ovidio</p> <p>San Bernardo</p> <p>Novato</p>

⁷⁸⁶ Consignamos en cursivas a las autoridades cuyos trabajos citados son de talante josefino, es decir, aquellos que se dedicaron *ex profeso* a la apología de san José.

	<i>Juan Joseph de Eguiara y Eguren, obispo que fue electo de la santa iglesia de Yucatán y actual dignidad maestrescuela de la de México, etcétera. Con licencia de los superiores. En la imprenta de la Biblioteca Mexicana, junto a la iglesia de las reverendísimas madres capuchinas. Año de 1761.</i>							Plinio Cornelio a Lapide Ruperto Filippo Picinelli
Cantova, Juan Antonio (S.J.) 19	<i>El inventor de la gracia. Sermón panegírico del Señor San Joseph, que en la fiesta que anualmente le celebra su Real Colegio de Manila predicó el M.R.P.M. Juan Antonio Cantova, profeso de la Compañía de Jesús, catedrático de prima de sagrada teología en su real universidad, comisario del Santo Oficio que fue en las Islas Marianas, y actual prefecto de la venerable y ejemplar Congregación de la Purísima; el día 19 de marzo de 1727 años, miércoles cuarto de cuaresma, en presencia del muy ilustre señor don Toribio Joseph Miguel de Cossio y Campa, marqués de Torrecampo, gobernador y capitán general de las Islas Filipinas, Real Audiencia, cabildo secular y observantísimas comunidades de todas las sagradas religiones. Sácalo a la luz y lo dedica al mismo real colegio, el doctor y maestro don Martín Joseph de Endaya</i>	***Impresión: 1728 ***Predicación: 19 de marzo de 1727	Fiesta de San José	Manila - Filipinas	Real Colegio de Manila	Real Colegio de Manila	México Imprenta de Joseph Bernardo de Hogal	Santo Tomás de Aquino Concilio florentino San Juan Damasceno San Pascasio Suárez San Bernardo San Ildefonso Gregorio Nacianceno Cornelio a Lapide

	<p><i>y Rayo, prebendado de la santa y metropolitana iglesia catedral de dicha ciudad de Manila, y comisario privativo del Santo Oficio de la Inquisición. Con licencia de los superiores en México, por Joseph Bernardo de Hogal, en la calle nueva. Año de 1728.</i></p>							<p>Virgilio</p> <p>Sor María de Jesús de Ágreda</p> <p><i>Isidoro de Isolano</i></p> <p>San Pedro Damiano</p> <p>Cartagena</p> <p>Graciano</p> <p>Beata Margarita</p> <p>Dionisio</p> <p>Maldonado</p> <p>Procopio</p> <p>San Ambrosio</p> <p>San Eustaquio</p> <p><i>Jean Gerson</i></p>

<p>Carrasco Moscoso, Nicolás (Presbítero)</p> <p>8</p>	<p><i>Sermón del patrocinio que contra los rayos y tempestades goza dichosa la ciudad de la Puebla en el esclarecido patriarca San Joseph. Predicólo en su parroquial iglesia el doctor don Nicolás Carrasco Moscoso, el día 23 de mayo de este presente año, último del novenario en que, por voto, celebra su anual fiesta la muy noble y muy leal ciudad de los ángeles. Sale a luz a expensas del capitán don Francisco Zatorre y Medrano, familiar del Santo Oficio de la suprema y general Inquisición, y alcalde ordinario actual de la ciudad de Zacatecas, a quien se dedica. Con licencia. En la Puebla, en la imprenta de Diego Fernández de León, impresor y mercader de libros, vive en la plaza junto a la catedral, este año de 1688.</i></p>	<p>*** Impresión: 1688</p> <p>***Predicación: 23 de mayo de 1688</p>	<p>Patrocinio contra rayos y tempestades</p>	<p>Puebla de los Ángeles – Nueva España</p>	<p>Capitán don Francisco Zatorre y Medrano</p>	<p>Parroquia de San José, Puebla</p>	<p>Puebla Imprenta de Diego Fernández de León</p>	<p>Cornelio a Lapide</p> <p>San Ruperto</p> <p>San Bernardo</p> <p>Andrés Jerosolimitano</p> <p>Alcázar</p> <p>Bustos</p> <p>Lorino</p> <p>Belarmino</p> <p>Biblia de los setenta</p> <p>Simaco y Teodosio</p> <p>Teodoreto</p> <p>Padre Villalpando</p> <p>San Isidoro de Sevilla</p>
--	--	--	--	---	--	--	---	--

								San Ambrosio <i>Isidoro de Isolano</i> San Juan Crisóstomo San Jerónimo Morales Martín del Río Lyra (Nicolás de Lira)
Delgado y Buenrostro, Antonio (Presbítero) 4	<i>Demostración alegórica del esclarecido patriarca señor San Josef y del Santísimo Sacramento, precisamente descubierto. En la majestuosa fiesta anual que le celebra el ilustrísimo cabildo eclesiástico de la Puebla de los Ángeles, en su iglesia catedral, como a su patrón y abogado, por suerte y voto escogido contra las tempestades y rayos que conturban a dicha ciudad. En cuya célebre solemnidad oró el licenciado don Antonio Delgado y Buenrostro, capellán y secretario del ilustrísimo señor obispo de la Habana, doctor don Juan García de Palacios, en 16 de septiembre de 1675, y</i>	***Impresión: 1680 ***Predicación: 16 de septiembre de 1675	Patrocinio contra tempestades y rayos	Puebla de los Ángeles - Nueva España	Cabildo eclesiástico de Puebla de los Ángeles	Catedral de Puebla	Sevilla Tomás López de Haro	Cardenal Hugo de San Caro Padre Escobar Padre Morales <i>Isidoro de Isolano</i> Batablo Padre Pineda

	<p><i>la consagra a dicho ilustrísimo cabildo eclesiástico. En Sevilla, por Tomás López de Haro. Año de 1680.</i></p>							<p>Dionisio Cartujano</p> <p>Rabí Barachi y Rabí Anam</p> <p>Orígenes</p> <p>San Juan Crisóstomo</p> <p>San Alberto</p> <p>Teodoreto</p> <p>San Isidoro de Sevilla</p> <p>San Jerónimo</p> <p>Titelmano</p> <p>San Efrén de Siria</p> <p>Luis de Maluenda</p> <p>Sanctes Pagnino</p>
--	---	--	--	--	--	--	--	--

								San Gregorio Magno San Bernardino de Siena Santo Tomás de Aquino Gislerio
Díaz Romero, Miguel (O.F.M.) 16	<i>Ornamento sacro de la santidad más elevada y vestido acendrado de la virtud más suprema. Capa de pureza virginal y manto de castísimo amor. Sermón que en la santa iglesia catedral de la Ciudad de México, en el día 26 del mes de noviembre del año pasado de 1719, en honra y gloria de los soberanos desposorios de su amo y señora, Joseph y María, discurrió y dijo el padre fray Miguel Díaz Romero, natural de la población de los Ángeles, hijo de la provincia del Santo Evangelio, ex lector de teología moral en el convento grande de nuestro padre San Francisco de dicha ciudad y su predicador conventual de número; quien con obsequiosa y rendida voluntad, lo dedica y consagra al señor don Joseph de Torres y Vergara; abogado de la Real Audiencia de esta corte de la</i>	***Impresión: 1720 ***Predicación: 26 de noviembre de 1719	Desposorios de la Virgen y san José	Ciudad de México - Nueva España	Don Joseph de Torres y Vergara	Catedral de México	México Imprenta de Francisco de Rivera Calderón	Séneca Lyra Padre Barberis Castro Vetro Haye <i>Pedro Morales</i> Santo Tomás de Aquino San Eustaquio Teofilato San Ambrosio

	<p><i>Nueva España; cura que fue por su Majestad del sagrario de la santa metropolitana iglesia; provisor y vicario general que fue de los Naturales; y hoy juez de testamentos, capellanías y obras pías; doctor en ambos derechos, civil y canónico; dos veces conciliario de la pontificia universidad y seis diputado de su real hacienda; catedrático que fue, en sustitución, de vísperas de leyes, después de instituta; propietario de vísperas de cánones y hoy jubilado en prima de leyes; Medio racionero que fue de la dicha santa iglesia, su juez hacedor reelecto, canónigo doctoral, tesorero, dignidad y hoy maestro-escuela y cancelario de la regia universidad; consultor del Santo Oficio de la Inquisición; examinador sinodal de este arzobispado y capellán de las religiosas carmelitas descalzas de señor San Joseph de México, etcétera. Sale a la luz y se imprime a expensas de un bienhechor del autor. Con licencia, en México, por Francisco de Rivera Calderón, en la calle de San Agustín, Año de 1720.</i></p>							
Díaz y Tirado, Joseph Atanasio (Presbítero)	<p><i>Sermón panegírico que en la plausible y festiva imperial coronación del santísimo patriarca Señor San Joseph, celebrada el día veinte y seis de septiembre del año de mil setecientos ochenta y ocho en la</i></p>	<p>***Impresión: 1789</p> <p>***Predicación:</p>	Coronación imperial de San José	Puebla de los Ángeles - Nueva España	Dedicado al mismo San José	Parroquia de San José	Puebla Imprenta del Real	San Jerónimo Vieyra Incógnito

33	<i>ciudad de Puebla de los Ángeles, predicó en la iglesia parroquial del mismo santísimo patriarca, el doctor don Joseph Atanasio Díaz y Tirado, cura propio de la mencionada parroquial y examinador sinodal de este obispado de la Puebla. Con las licencias necesarias. Impreso en la Oficina del Real Seminario Palafoxiano de dicha ciudad. Año de 1789.</i>	26 de septiembre de 1788					Seminario Palafoxiano	<i>Jerónimo de Écija</i> <i>Pedro de Torres</i> Santo Tomás de Aquino San Agustín Juan Zepusío San Bernardo Alberto Magno Bernardino de Bustos Suárez <i>Isidoro de Isolano</i> Avendaño
Domínguez, Juan Francisco	<i>Bienaventuranzas del santísimo patriarca señor San Joseph, esposo de la madre de Dios, padre putativo de Jesús,</i>	***Impresión y predicción:	***El impreso contiene	Ciudad de México -	Sin dedicatoria	Sagrario de la catedral	México	

(Presbítero) 34	<i>que predicó en el sagrario de esta santa iglesia catedral, su cura más antiguo don Juan Francisco Domínguez, colegial de oposición del real y más antiguo de San Ildefonso. México, en la oficina de don Mariano de Zúñiga y Ontiveros. Año de 1805.</i>	1805	ocho pláticas dedicadas a San José. Se registrará la particularidad de cada una de ellas, por separado, al final de este listado	Nueva España		metropolitana	Imprenta de Mariano de Zúñiga y Ontiveros	
Elías Caperó, Andrés (O.C.D.) 5	<i>Oración panegírica al excelso, celestial y divino patriarca San Ioseph, en idea de las siete maravillas del orbe. Díjola en el religiosísimo convento de San Ioseph de carmelitas descalzas de la ciudad de Valencia, el M.R.P.M. fray Andrés Elías Caperó, doctor en santa teología, prior del Real Convento del Carmen Observante de la misma ciudad. Asistiendo el excelentísimo señor almirante, duque de Veragua, virrey y capitán general del reino de Valencia, y a quien se dedica. Con licencia. En Valencia, por Francisco Mestre, impresor del Santo Tribunal, junto al molino de Rovella. Año de 1680.</i>	Impresión y predicación: 1680	Fiesta de San José	Valencia -España	Duque de Veragua, virrey de Valencia	Convento de San José, de carmelitas descalzas de Valencia	Valencia Imprenta de Francisco Mestre	Alonso Fernández de Madrigal (Abulense) Abraham Ortelio San Jerónimo San Bernardo Luis de Maluenda Cornelio a Lapide Séneca

								Platón
								Lorino
								Simón Mayolo
								<i>Santa Teresa de Ávila</i>
								Padre Suárez
								San Bruno
								Padre Ildefonso de Flores
								Pedro Valeriano
								Silveira
								Juan Baconio
								San Pedro Crisólogo
								Gramático cristiano
								Ildefonso de Flores

									<p>Lipomano</p> <p>San Agustín</p> <p>Beda, el venerable</p> <p>Padre Gualtero Paulo</p> <p>San Eligio</p> <p>Flavio Josefo</p> <p>Santa Gertrudis</p> <p>Ambrosio Calepino</p> <p>Ruperto</p> <p>San Ambrosio</p> <p>Martín, obispo de Barcelona</p> <p>San Hilario</p>

<p>Encarnación, Francisco de la (O.C.D.)</p> <p>11</p>	<p><i>Sermón panegírico del dignísimo esposo de María, el gran patriarca San Joseph, que predicó en la santa iglesia metropolitana de esta ciudad de México, el reverendo padre predicador fray Francisco de la Encarnación, religiosos carmelita descalzo, el día 19 de marzo de este año de 1703. Sácalo a la luz el bachiller don Simón Díaz del Castillo, presbítero y primo del autor. Dédalo al capitán don Francisco Peredo, caballero del orden militar de Calatrava. Con licencia de los superiores. En México, por Miguel de Ribera, en el Empedradillo.</i></p>	<p>***Impreso: 1703</p> <p>***Predicación: 19 de marzo de 1703</p>	<p>Festividad de San José</p>	<p>Ciudad de México - Nueva España</p>	<p>capitán don Francisco Peredo</p>	<p>Catedral metropolitana</p>	<p>México Imprenta de Miguel de Ribera</p>	<p>Andrés de Creta San Gregorio Morales San Ambrosio San Agustín Tertuliano San Drogo Ostiense Cerde Virgilio</p>
<p>Espíritu Santo, Pedro del (O.C.D.)</p> <p>15</p>	<p><i>Sermones de Jesús, María y Joseph, a que se añaden otros de N.S.M. doctora mística Santa Teresa de Jesús, y de nuestro místico padre y doctor San Juan de la Cruz, que en todos son cuarenta. Su autor el reverendo padre fray Pedro del Espíritu Santo, religioso carmelita descalzo, lector de teología expositiva, mística y escolástica, en el colegio de la Universidad de Alcalá, y prior en los conventos de Cuenca, Bolarque, Ocaña, Toledo, Murcia y Manzanares. Los saca a</i></p>	<p>***Impreso: 1717</p> <p>***Sin datos de predicación</p>	<p>***El sermonario contiene cuatro sermones dedicados a San José. Se registrará la particularidad de cada uno de ellos, por</p>	<p>Madrid - España</p>	<p>Don Juan de Goyeneche, tesorero de la reina</p>	<p>***</p>	<p>Madrid Imprenta de Blas de Villanueva</p>	

	<p><i>la luz el reverendo padre fray Francisco de la Encarnación, religioso de la misma sagrada familia. Y los dedica al señor don Juan de Goyeneche, señor de lo espiritual y temporal del lugar y pechas de Belzunce, señor de las villas de Yllana y Olmeda, y del Nuevo Bosque de Baztán, y tesorero de la reina nuestra señora, etc. La tabla de los sermones se hallará a la vuelta y al fin un índice de las cosas más notables de esta obra, y otro de los lugares de la sagrada escritura más especiales, que se explican con estilo particular para su más pronta inteligencia y aplicación. Con privilegio. En Madrid. En la imprenta de Blas de Villanueva, en la calle de los jardines, año de 1717.</i></p>		separado, al final de este listado					
<p>Esquerra de, Matías (S.J.)</p> <p>12</p>	<p><i>Sermón que en la festividad del patrocinio de San Joseph predicó el padre Matías de Esquerra de la Compañía de Jesús y su catedrático de sagrada escritura en el colegio de San Pedro y San Pablo de México. Dédalo (a) la congregación de dicho santo, fundada en la iglesia de San Gregorio de la dicha Compañía de Jesús, donde se predicó a la aras de María santísima su esposa, en su imagen lauretana, cuyo santuario se venera en la misma iglesia. Con licencia.</i></p>	<p>Impresión y predicación: 1708 (según las fechas dadas en las licencias)</p>	Patrocinio de San José	Ciudad de México - Nueva España	Congregación de San José	Colegio de San Gregorio, iglesia de la Virgen de Loreto	México Imprenta de la viuda de Miguel de Ribera	San Agustín Ruperto Pagnino

	En México, por la viuda de Miguel de Ribera, en el Empedradillo.							
Fernández de Arebalo, Lorenzo (Presbitero) 29	<p><i>El universal patrocinio de señor San Joseph para un nuevo convento, y singular paternidad para con Cristo, y la gana pierde del cielo (sic). Sermones panegíricos, que de orden del Ilmo. Sr. Arzobispo Obispo D.D. Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu, dijo el primero el día 5 de mayo de 1748, en la traslación de señoras carmelitas descalzas de su antiguo a el nuevo de la Puebla de los Ángeles, el primero día de los tres solemnes de esta celebridad</i></p> <p>(*Carece de portada. La información se obtuvo de los pareceres y de la <i>Bibliografía mexicana sobre San José</i> de Carlos Carrillo Ojeda)</p>	***Impresión 1749	Traslado de carmelitas a la fundación del convento de la Soledad, Puebla	Puebla - Nueva España	Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu, obispo de Puebla	Colegio de San Pablo, catedral de Puebla o convento de la Soledad	México Imprenta de Ribera (?)	<p>San Bernardo</p> <p>Biblia Máxima</p> <p>San Juan Crisóstomo</p> <p>San Agustín</p> <p>Séneca</p> <p>Tirino</p> <p>Cornelio a Lapide</p> <p>Santo Tomás de Villanueva</p> <p>San Jerónimo</p> <p>Sera</p> <p>Pagnino</p> <p>Brixiano</p> <p><i>Isidoro de Isolano</i></p>

								Ruperto
Folgar, Antonio Manuel de (Presbítero) 22	<i>Competencias de amor entre el Eterno Padre y san Joseph. Panegírico que en glorias de este Santísimo Patriarca, en su propio día 19 de marzo de 1734, en la iglesia del convento de las Señoras Religiosas del Dulcísimo Nombre de María y San Bernardo, de esta Imperial Ciudad de México, predicó don Antonio Manuel de Folgar, doctor en sagrada teología por esta real universidad y colegial que fue, en el real e insigne de San Ildefonso de esta corte. Quien lo dedica al ilustrísimo y excelentísimo señor doctor don Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarrieta, canónigo, dignidad de la iglesia metropolitana y patriarcal de Sevilla, sumiller de cortina de S.M. de su consejo, dignísimo arzobispo de México, virrey, gobernador y capitán general de esta Nueva España, y presidente de la Real Audiencia y chancillería que en ella reside. Diolo a la estampa don Carlos González de la Cruz, vecino de esta ciudad y notario por el Tribunal del Santo Oficio en la provincia de Tlaxcala. Con licencia, en México, en la Imprenta Real del Superior Gobierno, de doña María de Rivera, en el Empedradillo. Año de 1734 (21 pp.)</i>	***Impresión: 1734 ***Predicación: 19 de marzo de 1734	Fiesta de San José	Ciudad de México - Nueva España	Señor doctor don Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarrieta, virrey	Iglesia del convento de las Señoras Religiosas del Dulcísimo Nombre de María y San Bernardo	México Imprenta Real del Superior Gobierno, de doña María de Rivera	Curiosa y singularmente, Folgar no utiliza autoridades para apuntalar sus disquisiciones. Sólo emplea referencias bíblicas a lo largo de todo el sermón: Marcos, Juan, Mateo, Lucas, Reyes, Isaías, Salmos, Sapienciales, Génesis; además de un oficio y un himno (al parecer, cantado en las vísperas de la fiesta de San José)

Gutiérrez Dávila, Julián (C.O.) 25	<i>Deseos de San Joseph cumplidos con avérsele dedicado en la iglesia de la Congregación del Oratorio de México un altar a María santísima, nuestra señora, su purísima esposa. Sermón panegírico que en la dedicación del altar, y glorias del santísimo Patriarca, predicó en dicha iglesia el padre Julián Gutiérrez Dávila, prepósito en otro tiempo, y actual de la misma Congregación del Oratorio. Dedicase al esclarecido patriarca San Felipe Neri. Sale a luz a expensas del bachiller don Joseph López de Cuellar, capellán mayor del hospital de la Purísima Concepción de dicha ciudad. Con licencia de los superiores. En México, por Joseph Bernardo de Hogal, ministro e impresor del Real y apostólico Tribunal de la Santa Cruzada en todo este reino, año de 1740.</i>	***Impresión: 1740	Fiesta de San José y dedicación de retablo de la Asunción, en la iglesia del Oratorio	Ciudad de México - Nueva España	San Felipe Neri	Iglesia de la Congregación del Oratorio de México	México Imprenta de Joseph Bernardo de Hogal	San Jerónimo San Pedro Crisólogo San Buenaventura San Bernardino de Siena San Vicente Ferrer Cornelio a Lapide San Lorenzo Justiniano San Juan Damasceno San Bernardo Novarino
Jesús María, Nicolás de (O.C.D.)	<i>La mano de los cinco señores Jesús, María y Joseph, Joachin y Anna. Panegírico de sus patrocinos, predicado</i>	***Impresión: 1726	Culto a los Cinco Señores	Ciudad de México -	Don Joseph de Torres y Vergara	Convento de carmelitas descalzos de	México	Oliva

17	<p><i>en la dominica del de nuestra Señora a 11 de noviembre de 1725, en el convento de carmelitas descalzos de San Sebastián de México. En el solemne festivo culto que el reverendo padre fray Manuel de la Virgen, prior que fue de los conventos de Oaxaca, la Puebla y actual del de México, dedicó agradecido a los piadosos favores en la liberal mano de los cinco señores experimentados. Por el padre fray Nicolás de Jesús María, religioso carmelita descalzo, lector que fue de vísperas de sagrada teología escolástica. Sácalo a la luz el licenciado don Teodoro de Porras y Enríquez, quien lo dedica al señor doctor don Joseph de Torres y Vergara, abogado de la Real Audiencia de esta corte, catedrático jubilado de prima de leyes, en la Real Universidad y cancelario en ella; maestro-escuela, dignidad de la santa iglesia catedral, comisario apostólico, subdelegado general de la Santa Cruzada de esta Nueva España, consultor del Santo Oficio de la Inquisición de este reino, juez ordinario, visitador de capellanías y obras pías de este arzobispado, capellán del convento de señoras carmelitas descalzas de señor San Joseph de esta ciudad, etcétera. Con licencia. En México, por los herederos de la viuda de</i></p>	<p>***Predicación: 11 de noviembre de 1725</p>		Nueva España		San Sebastián de México	Imprenta de los herederos de la viuda de Miguel de Ribera	Isidoro (de Isolano o de Sevilla?) Nebrija Padre Osorio Engelgrave
----	--	--	--	-----------------	--	-------------------------------	--	---

	Miguel de Ribera, en el Empedradillo. Año de 1726							
Jesús María, Nicolás de (O.C.D.) 18	<i>Lo más de la santificación del señor San Joseph, santificado antes de nacer a los siete meses de concebido para nacer santificado y ser padre estimativo de Cristo y esposo castísimo de la reina de los ángeles. Un comparativo adorable con Jeremías, con el Bautista y con San Pablo. Sermón que en la dominica segunda de octubre, uno de los siete días en que se cantan las siete misas antes del día de Santa Teresa de Jesús, a la fiesta que con asistencia de la ilustre archicofradía del escapulario de Nuestra Señora del Carmen, en su observantísimo convento de México anualmente celebra el doctor don Juan Ignacio Castorena y Ursúa, capellán de honor y predicador de su Majestad, teólogo de la nunciatura de España, catedrático jubilado de prima de sagrada escritura en esta Real Universidad, chantre dignidad de la santa iglesia metropolitana, etcétera. Predicó el reverendo padre fray Nicolás de Jesús María, religioso carmelita descalzo, lector que fue de vísperas de sagrada teología escolástica, con las circunstancias que observa la salutación. Sácalo a la luz el licenciado don Felipe Suárez de Estrada y Villareal, colegial</i>	***Impresión: 1727 ***Predicación: Dominica segunda de octubre de 1727	Por una de las siete misas dedicadas al santo (fiesta de la santificación de San José antes de su nacimiento, promovida por Castorena y Urzúa)	Ciudad de México - Nueva España	Marqués de Valero, virrey de Nueva España	Convento de Nuestra Señora del Carmen	México Imprenta de Joseph Bernardo de Hogal	Plutarco Quintiliano Tulio Ovidio <i>Isidoro de Isolano</i> Sor María de Jesús de Ágreda Causino Lyra San Juan Crisóstomo Reynaudo Juan Echio (Johann Eck) Jacobo Cristo Politano

	<p><i>real que fue en el de San Ildefonso, cura, rector interino de la ciudad de Nuestra Señora de Zacatecas y capellán del colegio de los mil ángeles custodios de María santísima, recogimiento de doncellas, etcétera. Y lo dedica al excelentísimo señor duque de Arion, Marqués de Valero, virrey que fue de esta Nueva España del Consejo de Estado de su Majestad, sumiller de corps y presidente del Real y Supremo Consejo de las Indias, etcétera. Con licencia de los superiores. En México, por Joseph Bernardo de Hogal. En la calle Nueva. Año de 1727.</i></p>							<p>Cristóforo Cesariense</p> <p>Jean Gerson</p> <p>Fray Elías de Santa Teresa</p> <p>San Jerónimo</p> <p>Cornelio a Lapide</p> <p>San Epifanio</p> <p>Padre Suárez</p> <p>Gregorio Magno</p> <p>Santo Tomás de Aquino</p> <p>Alonso Fernández de Madrigal (Abulense)</p> <p>San Ambrosio</p>
--	---	--	--	--	--	--	--	--

								San Ignacio mártir Fray Bernardo Camargo <i>Fray Jerónimo de Écija</i>
Lino de Guzmán y Prado, Francisco (Presbítero) 28	<i>Ejemplar de prudencia e instrumento de la prudencia divina, señor San Joseph, resolviendo los impedimentos que se ofrecían a sus desposorios. Sermón predicado en el convento de señoras religiosas de Jesús María de la ciudad de Guadalajara en 3 de abril de 1749 años, por el licenciado don Francisco Lino Guzmán y Prado, comisario del Santo Oficio de la Inquisición y capellán que fue del mismo convento. Sácalo a la luz el bachiller don Diego Isidro y Acuña, quien lo dedica a la muy reverenda madre Isabel Antonia de San Joaquín, por antonomasia, la secretaria por haberlo sido cuasi desde que es religiosa de su convento de señoras dominicas de Santa María de Gracia, y hoy dignísima priora de dicho convento. Con licencia de los superiores. Impreso en México por la viuda de don Joseph Bernardo de Hogal. Año de 1749.</i>	***Impreso: 1749 ***Predicación: 3 de abril de 1749	Fiesta de los Desposorios (?)	Guadalajara - Nueva España	Isabel Antonia de San Joaquín, priora del convento de señoras dominicas de Santa María de Gracia	Convento de señoras religiosas de Jesús María	México Imprenta de la viuda de don Joseph Bernardo de Hogal	Incógnito Matute Castro Ruperto Drutmaro en Zamora Imperfecto Silveira Aristóteles Milanés Estrocio

<p>Mansilla, Antonio (O.F.M.)</p> <p>14</p>	<p><i>Padrino de este reino de la Indias, de este invicto rey de las Españas y de esta primera iglesia de las iglesias. San Ioseph, patriarca. Sermón, que en la fiesta de su patrocinio que en nombre de su Majestad hizo su virrey y capitán general, en la parroquia de los indios, sita en el patio del convento grande de N.S.P.S. Francisco de esta ciudad de México, con la asistencia de todos los tribunales de esta corte, predicó el día veinte y nueve de abril del año de mil setecientos y catorce, el reverendo padre fray Antonio Mansilla, hijo de la provincia del Santo Evangelio y su secretario, lecgtor jubilado y de teología, cualificador del Santo Oficio de este Nueva España, quien por dirección del señor Duque de Linares y su real acuerdo, se lo consagra a nuestro amadísimo rey y señor don Felipe V (que Dios guarde). Con licencia de los Superiores en México. Por los herederos de la viuda de Francisco Rodríguez Lupercio, en la puente de palacio. Año de 1714</i></p>	<p>*** Impresión: 1714</p> <p>***Predicación: 29 de abril de 1714</p>	<p>Fiesta del patrocinio josefino – Petición de una real cédula para instaurar fiesta real al patrocinio de San José</p>	<p>Ciudad de México - Nueva España</p>	<p>Felipe V</p>	<p>Parroquia de Indios del convento grande de San Francisco</p>	<p>México</p> <p>Imprenta de los herederos de la viuda de Francisco Rodríguez Lupercio</p>	<p>Hamerón</p> <p><i>Isidoro de Isolano</i></p> <p>Serafino</p> <p><i>Pedro Morales</i></p> <p>Beyerlinxe</p> <p>Pedro Damiano</p> <p>Silveira</p> <p>San Basilio</p> <p>Filón Hebreo</p> <p>Cornelio a Lapide</p> <p>Santo Tomás de Aquino</p> <p>San Buenaventura</p> <p>San Agustín</p> <p>Carnotense</p>
---	--	---	--	--	-----------------	---	--	--

									<p>Juan Damasceno</p> <p>Los Setenta</p> <p>San Justino</p> <p>Oleastro</p> <p>Cruzio (S.J.)</p> <p>Ruperto</p> <p>Ricardo</p> <p>San Bernardo</p> <p>Parafraste caldeo</p> <p>Claudio Paradino</p> <p>Agustín de Vetancourt</p> <p>San Juan Crisóstomo</p> <p>Pagnino</p>
--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

								Cayetano Lipomano Arnulfo obispo San Ambrosio Procopio San Cirilo Ariasmontano Guerrico abad Favccio Papa Martino V
Mansilla, Baltasar de (S.J.) 3	<i>Sermón del glorioso patriarca San Ioseph, esposo de María santísima, en la festividad que le dedica el muy noble e ilustre colegio de su advocación de la ciudad de Manila. Predicólo el padre Baltasar de Mansilla de la Compañía de Jesús, catedrático de filosofía de su universidad. Sácalo a la luz Mateo López Perea, su discípulo. Con licencia. En Manila, en la Compañía de Jesús. Año 1670.</i>	***Impresión y predicación: 1670	Celebración del día de San José por parte de los alumnos del colegio bajo su patrocinio	Manila - Filipinas	Sin dedicatoria	Colegio de San José de Manila	Manila Imprenta de la Compañía de Jesús	San Jerónimo San Bernardo Orígenes Imperfecto San Pedro Crisólogo

								Padre Vieira Platón San Agustín Hugo de San Víctor (?) Juan Damasceno Haymon (citado por Celada) <i>Jean Gerson</i> San Efrén Ruperto
Monterde y Antillón, Nicolás (Presbítero) 24	<i>La mayor santidad de Joseph, pensar dejar a su soberana esposa. Panegírico que a sus anuales cultos, en su convento de señoras religiosas de San Joseph de Gracia, en su propio día 19 de marzo de este año de 1736, patente el santísimo sacramento, dijo el bachiller don Nicolás de Monterde y Antillón, capellán actual del convento de Nuestra Señora de Regino Coeli, de esta ciudad de México. Sácalo a la luz don Tomás de Monterde y</i>	***Impresión: 1736 ***Predicación: 19 de marzo de 1736	Fiesta de San José	Ciudad de México - Nueva España	Santa Ana	Convento de San Joseph de Gracia	México Imprenta Real del Superior Gobierno y del Nuevo Rezado de doña María de Ribera	Cornelio a Lapide Santo Tomás de Aquino San Jerónimo San Anselmo Crisóstomo

	<i>Antillón, alcalde mayor por su Majestad de la jurisdicción de Cuautla de Amilpas. Y lo dedica a la gloriosísima madre de María santísima y abuela de Jesús, señora Santa Ana. Con licencia de los superiores. En México, en la Imprenta Real del Superior Gobierno y del Nuevo Rezado de doña María de Ribera, en el Empedradillo. Año de 1736.</i>							San Pascasio Crisólogo San Bernardino de Siena Autor imperfecto Silveira Sor María de Jesús de Ágreda
Montufar, Juan Joseph Mariano (Presbítero) 23	<i>El aumento y firmeza de la tierra, el abrigo de María, señora nuestra, el sosiego y quietud de Dios. Sermón panegírico al glorioso patriarca señor San Joseph, por el patronato de temblores, que predicó en la santa iglesia catedral metropolitana, el día 16 de octubre de 1734, el bachiller con Juan Joseph Mariano Montufar, cura y juez eclesiástico que fue del Partido de San Francisco del Mar, del obispado de Oaxaca. Con asistencia del ilustrísimo y excelentísimo señor doctor don Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, arcediano de la santa iglesia</i>	***Impresión: 1735 ***Predicación: 16 de octubre de 1734	Patronato contra temblores	Ciudad de México - Nueva España	San José	Catedral metropolitana (con la presencia del virrey Vizarrón y Eguiarreta)	México Imprenta Real del Superior Gobierno y del Nuevo Rezado de doña María de Rivera	Crisólogo Oleastro Bolaños Aristóteles San Ambrosio San Bernardo

	<i>metropolitana patriarcal de Sevilla, sumiller de cortina de Su Majestad de su consejo, dignísimo arzobispo de México, virrey, gobernador y capitán general de esta Nueva España, y presidente de su Real hacienda, etcétera. Celebridad que juró hacer anualmente esta muy ilustre ciudad de México. Sácalo a luz un afecto y lo consagra su autor al mismo santísimo Patriarca. Con licencia de los superiores, en México. En la imprenta Real del Superior Gobierno y del Nuevo Rezado de doña María de Rivera, en el Empedradillo. Año de 1735.</i>							
Muñoz de Castro, Pedro (Presbítero) 9	<i>Sermón del glorioso patriarca San Joseph, predicado en su día 19 de marzo de este año de 1696, en la feria segunda después de la dominica segunda de cuaresma, en la iglesia del hospital de Nuestra Señora de la Concepción de esta ciudad de México. Que dedica al capitán don Manuel de León, ensayador y fundidor de la Real Casa de la Moneda de este reino. Su autor, el bachiller Pedro Muñoz de Castro, presbítero de este arzobispado. Con licencia en México en la imprenta de Juan Joseph Guillena Carrascoso. Año de 1696.</i>	***Impresión: 1696 ***Predicación: 19 de marzo de 1696	Festividad de San José	Ciudad de México - Nueva España	Don Manuel de León, ensayador y fundidor de la Real Casa de la Moneda	Iglesia del Hospital de Nuestra Señora de la Concepción	México Imprenta de Juan Joseph Guillena Carrascoso	Beda, el venerable <i>Jerónimo Gracián</i> San Isidoro de Sevilla San Jerónimo San Agustín San Basilio <i>Isidoro de Isolano</i>

								<p>Juan de Solorzano</p> <p>San Juan Crisóstomo</p> <p>Santo Tomás de Aquino</p> <p>Orígenes</p> <p>Teofilacto</p> <p>Hugo (de San Víctor?)</p> <p>Salmerón</p> <p>Santa Brígida</p> <p>Morales</p> <p>San Hilario</p> <p>Cornelio a Lapide</p>
Paredes, Joseph de (S.J.)	<i>El santo de suposición. Sermón del patriarca señor San Joseph, que en su día 19 de marzo de 1749, en la santa iglesia catedral de Mérida, provincia de</i>	***Impresión: 1749 Predicación:	Fiesta de San José	Yucatán - Nueva España	Fray Francisco de San Buenaventur	Catedral de Mérida	México Imprenta del Nuevo	San Jerónimo Justiniano

27	<p><i>Yucatán, dijo el P.M. Joseph de Paredes, profeso de la Compañía de Jesús, catedrático de prima de teología en su Real Pontificia Universidad, y examinador sinodal del obispado. Dedícalo al ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Francisco de San Buenaventura Texada Diez de Velasco, dignísimo obispo de las provincias de Yucatán, Cozumel, Tabasco, Peten Ytzá, y Laguna de Términos, del consejo de su Majestad. Con licencia de los superiores. En México, en la imprenta del Nuevo Rezado, de doña María de Ribera, en el Empedradillo. Año dicho de 1749.</i></p>	19 de marzo de 1749			a Texada Diez de Velasco, obispo de Yucatán		Rezado, de doña María de Ribera	<p>Santo Tomás de Aquino</p> <p>San Bernardino</p> <p>San Buenaventura</p> <p><i>Jean Gerson</i></p> <p>San Epifanio</p> <p><i>Isidoro de Isolano</i></p> <p>Suárez</p> <p><i>Antonio de Peralta</i></p> <p>Bernardino de Bustos</p> <p>Señeri</p> <p><i>Eguiara y Eguren</i></p> <p>Pedro de Ribadeneira</p>
----	--	---------------------	--	--	---	--	---------------------------------	---

								Pedro Morales Cartagena Ricardo Laurentino Guevara Código de Edendis Decio Plutarco Palacios Pedro Blesense <i>Santa Teresa de Ávila</i> Johann Eck
Pareja, Francisco de (O.M.) 2	<i>Sermón predicado a las excelencias singulares y plausibles elogios del gloriosísimo patriarca San Ioseph, esposo de María santísimo, señora nuestra, y padre putativo de Cristo nuestro bien. En la feria cuarta de la</i>	*** Impresión: 1653 Predicación: En la feria cuarta de la	Celebración de la designación de López de Azcona como arzobispo de	Sevilla - España	Don Marcelo López de Azcona (Arzobispo electo de la	Real Convento de la Merced de Sevilla	Sevilla Imprenta de (ilegible) Machado	San Ambrosio Vuerrico Lorino

	<i>tercera dominica de cuaresma. Dijo el R.P.M.F. Francisco de Pareja, del orden de Nuestra Señora de la Merced, redención de cautivos, hijo de la provincia de México en la Nueva España. En el insigne, en todo grande y real convento de la ilustrísima ciudad de Sevilla, de la misma sagrada religión. Dédalo al ilustrísimo señor don Marcelo López de Azcona, colegial del colegio mayor de San Ildefonso de Alcalá, abad de Colonia y prior de Ronces-Valles en el reino de Navarra, arzobispo dignísimamente electo de la muy noble y leal ciudad de México. Con licencia. En Sevilla, por (ilegible) Machado, este año de 1653.</i>	tercera dominica de cuaresma	la ciudad de México		ciudad de México)			San Gregorio Taumaturgo Incógnito (Ese es el nombre designado) Basilio de Seleucia Ruperto Eusebio Cesarense San Agustín San Pedro Crisólogo <i>Isidoro de Isolano</i> San Jerónimo <i>Santa Teresa de Ávila</i>
Peralta Castañeda, Antonio de (Presbítero)	<i>Sermón del glorioso patriarca San Ioseph, esposo de la santísima virgen María, nuestra señora. Predicado en la novena annua que la santa iglesia</i>	***Impresión: 1640	Celebración del patrocinio josefino	Puebla de los Ángeles	Don Diego López de Pacheco	Catedral angelopolitana	México	San Jerónimo San Gregorio Magno

1	<p><i>catedral de Puebla de los Ángeles, dedicada a su santísimo patrono. Dedicado al excelentísimo señor don Diego López de Pacheco Cabrera y Bobadilla, marques de Villena, duque de Escalona, conde de Santisteban, marques de Moya, conde de Xiquena, señor de los estados de Alarcón, Velmonte, el castillo de Garcimuñoz, Xorquera, Seron y Tixola, Tolox y Monda, y de las villas de Xumilla, Alclá del Río Xucar, con su puerto seco, de los Alumbres y Mineros de Almazarron y Cartagena, y de la villa de Gargantalaolla, gentilhomme de la Cámara de su Majestad, y escribano mayor de privilegios y confirmaciones en los reinos de Castilla, virrey lugarteniente y capitán general de las provincias de esta Nueva España. Predícole y dedícale don Antonio de Peralta Castañeda, doctor teólogo de la Universidad de Alcalá, confesor y teólogo de cámara del ilustrísimo señor obispo de la dicha iglesia de la Puebla de los Ángeles, y calificador del Santo Oficio de los Inquisiciones de Cuenca y de estos reinos. En México, por Bernardo Calderón, mercader de libros, en la calle de San Agustín, año de 1640.</i></p>		<p>contra tempestades (rayos y tormentas)</p>	<p>- Nueva España</p>	<p>Cabrera y Bobadilla</p> <p>(Dicho personaje es el virrey marqués de Villena)</p>		<p>Imprenta de Bernardo Calderón</p>	<p>San Juan Geómetra</p> <p>Tertuliano</p> <p>Cirilo Alejandrino</p> <p>Simón Metafraste</p> <p>San Juan Crisóstomo</p> <p>Filón de Alejandría</p> <p>San Epifanio</p> <p>Teodoreto</p> <p>Venerable Gaspar Sánchez</p> <p>San Gregorio Niseno</p> <p>Haymon (d'Auxerre? Monje)</p>
---	--	--	---	-----------------------	---	--	--------------------------------------	---

								benedictino del siglo IX)
								Gregorio Nacienceno
								Cayetano
Plasencia, Blas de (O.F.M.) 26	<i>Sermón panegírico que mira al gloriosísimo patriarca Señor San Joseph, componiendo dos accidentales conciertos; el uno de júbilos y gozos, y el otro de penas y dolores. Predicado en la iglesia del Hospital del Señor San Juan de Dios de la ciudad de Manila, en presencia de Cristo sacramentado, en las cuarenta horas que se celebraron en dicha iglesia, el día 15 del mes de octubre de 1744. Por el muy reverendo padre lector fray Blas de Plasencia, predicador conventual del convento de Nuestra Señora de los Ángeles de N.S.P.S. Francisco de dicha ciudad. Con asistencia de los señores oficiales reales, a cuyas expensas se celebra dicha fiesta. Sácase a luz a costa de un devoto del castísimo esposo de María, el señor San Joseph, quien lo dedica a la reina de los ángeles, su esposa María santísima del rosario. Impreso en el convento de Nuestra Señora de Loreto en el pueblo de Sampaloc. Año de 1745.</i>	***Impresión: 1745 ***Predicación: 15 de octubre de 1744	Fiesta de los dolores y gozos de San José	Manila - Filipinas	Virgen del Rosario	Hospital de San Juan de Dios	Sampaloc Imprenta del convento de Nuestra Señora de Loreto	Lorino Leblanc San Bruno Concilio de Trento Incógnito San Juan Crisóstomo Séneca Hugo (de San Víctor?) Cornelio a Lapide San Gaudencio

									Tertuliano
									Casaneo
									Pise capuchino
									<i>Isidoro de Isolano</i>
									Salmerón
									Salbiano
									San Agustín
									San Ambrosio
									Silveira
									San Zenón de Verona
									Ruperto
									Simaco
									Gislerio
									Santo Tomás de Aquino
									Notal

Robles, Juan de (S.J.) 7	<i>Sermón del gloriosísimo patriarca, padre existimado del hijo unigénito de Dios, esposo dignísimo de la madre del eterno Verbo humanado, nuestro señor San Joseph. Predicado en su día en el Colegio del Espíritu Santo de la Compañía de Jesús de la ciudad de la Puebla de los Ángeles, este año de 1687. Díjolo el padre Juan de Robles, profeso de la misma Compañía. Y se dio a la estampa por dirección del capitán don Miguel Raboso de Guevara, alguacil mayor perpetuo de esta ciudad, que por su devoción lo dedica a María santísima dolorosa. Con licencia de los superiores. En México, por doña María de Benavides, viuda de Juan de Ribera. En el Empedradillo. Año de 1687.</i>	***Impresión: 1687 ***Predicación: 19 de marzo de 1687	Fiesta de San José	Puebla de los Ángeles - Nueva España	Patrocinado por Miguel Raboso de Guevara a devoción de María santísima dolorosa	Colegio del Espíritu Santo de la Compañía de Jesús, Puebla	México Imprenta de doña María de Benavides, viuda de Juan de Ribera	Tomás Trusio San Agustín San Zenón Alonso Fernández de Madrigal (Abulense) San Ruperto San Bernardo San Alberto Magno Simón Metafrastes San Juan Crisóstomo San Cipriano San Ambrosio Dionisio Areopagita
---	---	--	--------------------	--------------------------------------	---	--	--	--

								San Justino mártir San Bernardino de Siena San Fulgencio Santo Tomás de Aquino San Basilio el Grande
Sala, Bernardo Clemente de (O.S.A.) 32	<i>El hombre sin semejante. Elogio del patriarca San Josef, pronunciado en la iglesia auxiliar de Nuestra Señora del Rosario de la ciudad de Cádiz, por el muy reverendo padre fray Bernardo Clemente de Sala, lector actual de sagrada teología en su convento de Nuestro Padre San Agustín de la Habana. Día 26 de noviembre del año 1778. Con licencia. Impreso en Cádiz por don Manuel Espinosa de los Monteros, impresor de la Real Marina, calle de San Francisco.</i>	***Impresión: 1778 ***Predicación: 26 de noviembre del año 1778	***	Cádiz - España	Sin dedicatoria	Iglesia auxiliar de Nuestra Señora del Rosario, Cádiz	Cádiz Imprenta de don Manuel Espinosa de los Monteros	*La versión decimonónica revisada no contiene apostillas, ni notas al pie
San Gil, Joseph de (O.S.A)	<i>Sermón panegírico del glorioso Patriarca San Joseph, que en la solemne fiesta que en su día 19 de marzo de este año 1773, le consagró su ilustre esclavitud en la</i>	***Impresión: 1773 ***Predicación:	Fiesta de San José	Valencia - España	Sin dedicatoria	Casa de los RR. PP. agonizantes de esta	Valencia	San Bernardo San Agustín

31	<p><i>casa de los RR. PP. agonizantes de esta ciudad de Valencia, dijo el reverendo padre fray Joseph de San Gil, lector jubilado en sagrada teología, rector que fue del colegio de Huesca, definidor general y de provincia y actual prior en el convento de Santa Mónica, agustinos descalzos de la misma ciudad. Sale a devoción y expensas de un esclavo. En Valencia. Por Francisco Burguete, impresor del Santo Oficio, vive en la Bolsería. Año 1773.</i></p>	19 de marzo de 1773				ciudad de Valencia	Imprenta de Francisco Burguete	<p>Seneca Apolonio San Bernardino de Siena Ovidio Joan Ferrus San Jerónimo Plinio Tibúlo Crisóstomo Procopio <i>Jean Gerson</i> Marciano Capela Jenofonte Ovidio</p>
----	---	---------------------	--	--	--	--------------------	--------------------------------	--

								Santo Tomás de Aquino <i>Santa Teresa de Ávila</i>
San Miguel, José de 20	<i>Sermón de N.P. San Joseph, en la ciudad de Sevilla. Año 1730</i>	Manuscrito	Fiesta de San José	Sevilla - España	Sin dedicatoria	Catedral de Sevilla	Manuscrito	Pineda Sánchez San Ambrosio San Agustín San Jerónimo Laureto Beda, el venerable <i>Santa Teresa de Ávila</i> Acosta Cornelio a Lapide Silveira Ovidio

								Crisologo Cartujano
Sandoval, Pedro de (O.F.M.) 10	<i>Sermón panegírico del glorioso patriarca San Ioseph, desposado con María santísima, que discurrió y dijo el día de su festividad en el convento de nuestro padre San Francisco de la ciudad de la Puebla, el reverendo padre fray Pedro de Sandoval, predicador y definidor actual de la provincia del Santo Evangelio, que con rendido afecto dedica al excelentísimo y reverendísimo señor doctor don Juan de Ortega Montañés del Consejo de su Majestad, virrey, gobernador y capitán general (que ha sido) de la Nueva España y al presente señor arzobispo de la santa iglesia catedral metropolitana de México. Con licencia de los superiores. En México por doña María de Benavides, viuda de Juan de Ribera. Año de 1700.</i>	***Impresión: 1700 ***Predicación 19 de marzo de 1700	Festividad de San José	Puebla de los Ángeles - Nueva España	Juan de Ortega, virrey y arzobispo metropolitano	Convento de San Francisco, Puebla	México Imprenta de doña María de Benavides, viuda de Juan de Ribera	Ruperto San Agustín San Pascasio San Gregorio <i>Jean Gerson</i> Guevara Alonso Fernández de Madrigal (Abulense) San Bernardo Batablo
Santa Teresa, Manuel de (O.C.D.) 21	<i>El plectro más excelente de la lira más acorde. Sermón que en elogios del Gloriosísimo Patriarca Nuestro Padre Señor San Joseph, en su dominica cuarta de Cuaresma, en que cayó el año de 1730, en el insigne Colegio de Niñas</i>	***Impresión: 1731 ***Predicación:	Dominica cuarta de cuaresma (?)	Ciudad de México - Nueva España	Cristo crucificado ***Sermón realizado por encargo de la	Colegio de Niñas Nobles de la Ciudad de México	México Imprenta Real del Superior Gobierno, de	Santo Tomás de Aquino San Alberto

	<p><i>Nobles de la Ciudad de México, y fue uno de los diez que en dicho año le encomendó por elección la ilustrísima archicofradía del Santísimo Sacramento, predicó, patente la majestad de Cristo sacramentado, el padre fray Manuel de Santa Teresa, definidor de esta provincia de San Alberto de carmelitas descalzos de Nueva España. Sácalo a la luz con otro de la mística doctora Santa Teresa de Jesús, a ruegos y expensas de algunas personas afectas a su religión sagrada, y los dedica a Cristo crucificado. Con licencia en México, en la Imprenta Real del Superior Gobierno, de los herederos de la viuda de Miguel de Rivera, en el Empedradillo. Año de 1731 (18 pp.)</i></p>	<p>Dominica cuarta de cuaresma de 1730</p>			<p>archicofradía del Santísimo Sacramento</p>		<p>los herederos de la viuda de Miguel de Rivera</p>	<p>Hugo (de San Víctor?) San Isidoro Clemente Alejandrino San Dionisio Cartujano Santo Tomás de Villanueva Castillo <i>Isidoro de Isolano</i> Virgilio Hugo (de San Víctor?) San Antonino (Arzobispo de Florencia) San Agustín San Isidoro de Sevilla</p>
--	---	--	--	--	---	--	--	---

								<p>Ovidio</p> <p>Novarino</p> <p>Claudio Tiberio</p> <p><i>Jean Gerson</i></p> <p>Bernardino de Bustos</p> <p>Escobar</p> <p>Cartagena</p> <p>Fray Esteban de San Pablo</p> <p><i>Santa Teresa de Jesús</i></p>
<p>Solchaga, Juan de (O.S.A.)</p> <p>13</p>	<p><i>Gloria especial de Cristo en cuanto hombre por hijo del esclarecido patriarca señor San Joseph, que predicó en su propio día en la iglesia de San Agustín de México, el padre fray Juan de Solchaga, cualificador del Santo Oficio, prior que fue de los conventos de San Luis Potosí y Cuiyseo de la Laguna, y actual procurador general de su provincia de</i></p>	<p>***Impresión: 1710</p> <p>***Predicación: 19 de marzo de 1710</p>	<p>Festividad de San José, a costa de la congregación josefina</p>	<p>Ciudad de México - Nueva España</p>	<p>Congregación de San José</p>	<p>Iglesia de San Agustín de México</p>	<p>México</p> <p>Imprenta Nueva Plantiniana de Diego Fernández de León</p>	<p>San Isidoro Pelusiota</p> <p>Salazar</p> <p>Seneca</p> <p>Arias Montano</p>

	<i>Michoacán del orden de San Agustín. Sácalo a la luz la ilustre congregación del señor San José y afectuosa se lo consagra. Con licencia. En México, en la Imprenta Nueva Plantiniana de Diego Fernández de León. Año de 1710.</i>							Novarino San Gregorio Niseno San Buenaventura <i>Pedro Morales</i> San Agustín San Jerónimo Padre Suárez San León papa San Atanasio
Victoria Salazar, Diego de (Presbítero) 6	<i>Sermón que predicó el doctor Diego de Victoria Salazar, canónigo magistral de la santa iglesia catedral de la ciudad de la Puebla de los Ángeles, catedrático de prima de teología en los reales colegios de San Juan y San Pedro de ella, regente de sus estudios y examinador sinodal de su obispado, en la solemne y plausible fiesta que se celebró en la misma santa iglesia al patrocinio de San Joseph en la corona de España, recibéndolo y declarándolo por tutelar en todos los</i>	***Impresión y dedicación: 1680	Patrocinio carolino	Puebla de los Ángeles - Nueva España	Obispo Manuel Fernández de Santa Cruz	Catedral de Puebla de los Ángeles	México Imprenta de la viuda de Miguel de Ribera	Santo Tomás de Villanueva Casiodoro Incógnito San Bernardo Alonso Fernández de

	<p><i>dominios de ella, en obediencia de real cédula del rey don Carlos II, nuestro señor (que Dios guarde). Conságralo su rendido reconocimiento al ilustrísimo señor doctor don Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de la misma santa iglesia de la Puebla de los Ángeles del consejo de su Majestad, etcétera. México, por la viuda de Miguel de Ribera, 1680.</i></p> <p>***La versión con la que se cuenta tiene cercenada la portada y el prólogo. La información completa se obtuvo de Carlos Carrillo Ojeda. Bibliografía mexicana sobre San José (Vilasecanum, año XIV, ene-dic 1999), n. 27) p. 229</p>							<p>Madrigal (Abulense)</p> <p>Lyra (Nicolás de Lira?)</p> <p>Luis de Maluenda</p> <p>Eusebio Emiseno</p> <p>Ruperto</p> <p><i>Isidoro de Isolano</i></p> <p>Padre Mariana</p> <p>Pedro Damiano</p> <p>San Antonino</p> <p>Hugo (de San Víctor?)</p> <p>Teofilacto</p> <p>San Pedro Crisólogo</p>
--	--	--	--	--	--	--	--	--

								<i>Jean Gerson</i>
								San Epifanio
								Santo Tomás de Aquino
								San Atanasio
								Eusebio (de Cesárea?)
								San Juan Crisóstomo
								Ludovico
								Orígenes
								Teofilacto
								San Gregorio
								Bercorio
								Padre Pineda
								Fray Raimond Jordan (El sapientísimo idiota)

								San Alberto Magno
								Oleastro

Espíritu Santo, Pedro del 15	Sermones del glorioso patriarca San Joseph. Joseph esposo. Sermón XXV del glorioso patriarca San Joseph, predicado en el convento de religiosas carmelitas de Corpus Christi de la ciudad de Alcalá de Henares, patente el santísimo sacramento; el colegio mayor, y otras comunidades de la universidad	***Sin fecha de predicación	***	Alcalá de Henares - España	***Sin dedicatoria particular	Convento de religiosas carmelitas de Corpus Christi	***	Villalpando Arias Montano Tostado Laurencio Beyerline Jacobo de Bolduc Soliano Maluenda San Jerónimo Gregorio Nasianseno Alberto Magno
-------------------------------------	---	-----------------------------	-----	----------------------------	-------------------------------	---	-----	---

								Alonso Fernández de Madrigal (Abulense)
								Basilio de Seleucia
								<i>Isidoro Isolano</i>
								San Bernardino
								Pagnino
								Filón judío
								Santo Tomás de Aquino
								<i>Jean Gerson</i>
								Nicolás de Lyra
								Rabí David
								San Ambrosio

								Serario
	Joseph padre. Sermón XXVI del glorioso patriarca San Joseph, predicado en el convento de religiosas carmelitas descalzas de Alcalá de Henares, asistiendo el Colegio Mayor y sagradas religiones.	*** Sin fecha de predicación	***	Alcalá de Henares - España	***Sin dedicatoria particular	Convento de religiosas carmelitas descalzas de Alcalá de Henares	***	Ovidio Virgilio San Bernardo Luis de Maluenda Saliano San Juan Crisóstomo San Juan Damasceno Lexicon Theologicum Santo Tomás Francisco Suárez Abad Ruperto <i>Jean Gerson</i>

								San Jerónimo Cornelio a Lapide Alonso Fernández de Madrigal (Abulense) <i>Isidoro de Isolano</i> Lyra (Nicolás de Lira) San Ambrosio San Anselmo <i>Santa Teresa de Jesús</i>
	Joseph más que bienaventurado. Sermón XXVII del glorioso patriarca San Joseph, predicado en el convento de las religiosas carmelitas descalzas, sito a la puerta que llaman de los aguadores de los muros de la ciudad de Alcalá, al concurso del Colegio	*** Sin fecha de predicación (Al parecer, por lo dicho	***	Alcalá de Henares - España	***Sin dedicatoria particular	Convento de religiosas carmelitas descalzas	***	Cornelio a Lapide Adricomio

	Mayor, religiones y lo demás restante de la universidad, martes después de la dominica quinta de Cuaresma, patente el santísimo sacramento	en la salutación, se predicó el 19 de marzo)				de Alcalá de Henares		Luis de Maluenda Cayetano Lorino San Bernardo Francisco Suárez Ricardo Victorino <i>Jerónimo Gracián</i> <i>Pedro Morales</i> Celada Alonso Fernández de Madrigal (Abulense) Santo Tomás de Aquino
--	--	--	--	--	--	----------------------	--	--

								Lorino Henrico Engelgrave <i>Isidoro de Isolano</i> Ovidio San Juan Crisóstomo Orígenes
	Joseph poderoso contra el demonio. Sermón XXVIII del glorioso patriarca San Joseph, predicado en el convento de carmelitas descalzas de la ciudad de Alcalá de Henares, domingo tercero de Cuaresma, que llaman del demonio mudo, patente el santísimo sacramento.	Domingo tercero de Cuaresma (?)	***	Alcalá de Henares - España	***Sin dedicatoria particular	Convento de religiosas carmelitas descalzas de Alcalá de Henares	***	Padre Saliano Aristóteles Santo Tomás de Aquino San Jerónimo Beda, el venerable San Bernardino de Siena

								<i>Jean Gerson</i> Juan Damasceno Mártir San Ignacio Sebastián de Covarrubias Menochio Tostado Ovidio Adamancio Nicetas Séneca Cicerón
--	--	--	--	--	--	--	--	--

Domínguez, Juan Francisco 34	Plática I. De su bienaventuranza en el silencio							<i>Isidoro de Isolano</i> San Juan Crisóstomo
---	--	--	--	--	--	--	--	---

								Novarino San Gregorio
	Plática II. De la bienaventuranza del santísimo Joseph en la sabiduría							San Agustín <i>Jean Gerson</i>
	Plática III. De su bienaventuranza en ser esposo de María Santísima							Suárez <i>Padre Morales</i> <i>Gerson</i> San Bernardo
	Plática IV. De la bienaventuranza del santísimo Joseph por haber tenido por amigo y por hijo a nuestro señor Jesús							No se cita autor alguno. Sólo se alude constantemente a San Pablo
	Plática V. De la bienaventuranza de señor San Joseph por haber servido a grande señor							San Bernardo <i>Isidoro de Isolano</i>

	Plática VI. De la bienaventuranza de señor San Joseph en haber dócil siempre oído a Jesucristo							San Bernardo
	Plática VII. Bienaventuranza de señor San Joseph en ver la ruina de los enemigos de Cristo							Santo Tomás de Aquino San Jerónimo
	Plática VIII. De la bienaventuranza de señor San Joseph por haber hallado la ciencia y sabiduría							Mismo caso de la plática IV

ANEXO IV

ÉPOCA	AUTOR	#	ÉPOCA	AUTOR	#	ÉPOCA	AUTOR	#
<i>*Clásicos</i>	*Apolonio de Rodas	1		+San Ildefonso	1		×Pedro Morales	10
	*Aristóteles	3		+San Juan Damasceno	6		×Pedro de Torres	1
	*Cicerón	1		+San Juan Geómetra	1		×Santa Teresa de Ávila	7
	*Claudio Tiberio	1		+San Lorenzo Justiniano	1			
	*Decio	1		+Papa Martino V	1	◇No identificados	◇Acosta	1
	*Graciano	1		+Nicetas	1		◇Arnulfo obispo	1
	*Jenofonte	1		+Nicolás de Lira	8		◇Padre Barradas	1
	*Ovidio	9		+San Pascasio	3		◇Vercorio (Pedro?)	1
	*Platón	2		+Pedro Blesense	1		◇Bolaños	1
	*Plinio	2		+San Pedro Damían	3		◇Carnotense (Bernardo de Chartres?)	1
	*Plutarco	3		+Petrus Comestor	1		◇Castro	1
	*Quintiliano	1		+Procopio	3		◇Cayetano (Tomás?)	3
	*Séneca	7		+Fray Raimond Jordan (El sapientísimo idiota)	1		◇Celada	1
	*Simón Mayolo	1		+Ricardo de Saint-Laurent	1		◇Cerde	1
	*Tibulo	1		+Ricardo de San Víctor	1		◇Claudio Paradino	1
	*Tulio	1		+San Ruperto	14		◇Código de Edendis	1
	*Virgilio	5		+Simón Metafraste	2		◇Cristóforo Cesariense	1
				+Teofilacto	4		◇Cruzio (S.J.)	1

-Antigüedad cristiana	-Adamancio	1		+Santo Tomás de Aquino	19		◊Dionisio	1
	-San Agustín	18		+San Vicente Ferrer	1		◊San Drogo Ostiense	1
	-San Ambrosio	15					◊Drutmaro	1
	-San Atanasio	3	/Modernos	/Abraham Ortelius	1		◊Padre Escobar	2
	-Basilio de Celeusia	2		/Agustín de Vetancourt	1		◊Fray Esteban de San Pablo	1
	-San Basilio de Cesárea	3		/Ambrosio Calepino	1		◊Estrocio	1
	-Biblia Septuaginta	2		/Antonio de Nebrija	1		◊Favecio	1
	-San Cipriano	2		/Antonio Ricciardo Brixiano	1		◊Gislerio	2
	-San Cirilo de Alejandría	2		/Antonio Vieira	2		◊Gramático cristiano	1
	-Clemente de Alejandría	1		/Bartolomeo de Barberis	1		◊Guevara	2
	-San Efrén de Siria	2		/Bartolomé Casaneo	1		◊Hamerón	1
	-San Epifanio	4		/Benito Arias Montano	3		◊Haye	1
	-Eusebio de Cesarea	3		/Bernardino de Bustos	5		◊Haymon (d'Auxerre?)	2
	-Eusebio Emiseno	1		/Biblia Máxima	1		◊Hugo (de San Víctor?)	6
	-San Eustaquio	3		/Concilio de Trento	1		◊Imperfecto	3
	-Filón de Alejandría	3		/Cornelio a Lapide	12		◊Incógnito	5
	-Flavio Josefo	1		/Christiano Adricomio	1		◊Jacobo de Bolduc	1
	-San Gaudencio	1		/Diego de Avendaño	1		◊Jacobo Cristopolitano	1
	-Gregorio Nacianceno	3		/Diego del Castillo y Artiga	1		◊Joan Ferrus	1
	-San Gregorio Niseno	2		/Fray Elías de Santa Teresa	1		◊Juan Baconio	1

	-San Gregorio Taumaturgo	1		/Francisco Suárez	10		◊Juan Zepusio	1
	-San Hilario	2		/François Vatable	2		◊Laureto	1
	-San Ignacio mártir	2		/Gaspar Sánchez	1		◊Leblanc	1
	-San Isidoro Pelusiota	1		/Giovani Stefano Menochio	1		◊Maldonado	1
	-San Jerónimo	19		/Gualtero Paulo	1		◊Beata Margarita (de Saboya?)	1
	-San Juan Crisóstomo	17		/Henrico Engelgrave	2		◊Padre Mariana (Juan de?)	1
	-Justiniano	1		/Ildefonso de Flores	2		◊Matute	1
	-San Justino	2		/Jacobo Saliano	1		◊Milanés	1
	-San León Magno	1		/Jerónimo Oleastro	3		◊Notal	1
	-Marciano Capela	1		/Johann Eck	3		◊Oliva	1
	-Orígenes	5		/Juan de Cartagena	3		◊Padre Osorio	1
	-Salviano de Marsella	1		/Juan Lorino	6		◊Palacios	1
	-San Pedro Crisólogo	9		/Juan de Pineda	3		◊Parafraсте caldeo	1
	-Teodoreto	4		/Juan de Solorzano Pereira	1		◊Rabí Barachi y Rabí Anam	1
	-Teodosio	1		/Laurentio Beyerlinck	2		◊Rabí David	1
	-Tertuliano	3		/Lexicon Theologicum	1		◊Raynaudo (Teófilo)	2
	-San Zenón de Verona	2		/Lipomano	2		◊Ricardo	1
				/Ludovico Tena	1		◊Salazar	1
+Medievales	+San Alberto Magno	7		/Luigi Novarino	4		◊Padre Saliano	2
	+Alonso Fernández de Madrigal (Abulense)	10		/Luis de Alcázar	1		◊Salmerón	2
	+Andrés Jerosolimitano	2		/Luis de Maluenda	8		◊Sánchez	1
	+San Anselmo	2		/Marcelino de Pise	1		◊Sera	1

	+Antoni de Gislandis	1		/María de Jesús de Ágreda	3		◊Serafino	1
	+San Antonino de Florencia	2		/Martín del Río	1		◊Silveira (Joannis?)	6
	+Beda el Venerable	4		/Martín García Puyazuelo	1		◊Símaco (Papa?)	2
	+San Bernardino de Siena	8		/Nicolao Serario	1		◊Soliano (Jacobo?)	1
	+San Bernardo de Claraval	20		/Nicolás Causino	1		◊Tomás Trusio	1
	+Santa Brígida	1		/Pablo Señeri	1		◊Tirino	1
	+San Bruno	2		/Pedro de Ribadeneira	1		◊Titelmano (Francisco?)	1
	+San Buenaventura	4		/Pedro Valeriano	1		◊Padre Villalpando	2
	+Concilio de Florencia	1		/Roberto Belarmino	1		◊Vuerrico	1
	+Dionisio Areopagita	1		/Sanctes Pagnino	5			
	+Dionisio Cartujano	3		/Sebastián de Covarrubias	1	Añadidos finales	/Filippo Picinelli (Moderno)	1
	+Casiodoro	1		/Santo Tomás de Villanueva	3		◊Novato (No identificado)	1
	+San Eligio	1					/Miguel Agustín (Moderno)	1
	+San Fulgencio	1	×Autores josefinos	×Antonio de Peralta	2			
	+Santa Gertrudis	1		×Isidoro de Isolano	18			
	+San Gregorio Magno	8		×Jean Gerson	13			
	+Guerrico de Igny	1		×Jerónimo de Écija	2			
	+Hugo de San Caro	1		×Jerónimo Gracián	2			
	+San Isidoro de Sevilla	6		×Juan José de Eguiara y Eguren	2			

Clásicos: 17
Antigüedad cristiana: 37
Medievales: 43
Modernos: 53
Autores josefinos: 9
No identificados: 66

TOTAL: 225

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias⁷⁸⁷

Ágreda, María de Jesús de, *Mística ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia...*, Madrid, Imprenta de Bernardo de Villa-Diego, 1670.

_____, *Mística ciudad de Dios...*, segunda parte, Madrid, Imprenta de Manuel Ruíz de Murga, 1701.

Anunciación, Juan de la, *Sermonario en lengua mexicana...*, México, Imprenta de Antonio Ricardo, 1577.

Aquino, Santo Tomás de, *Suma de teología I*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.

Arbiol, Antonio, *La familia regulada...*, Madrid, Apostolado de la Prensa, 1925.

Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología, *Colegio de San Gregorio*, vol. 121, fs. 35 y 287.

Aristóteles, *Parva naturalia*, París, Imprenta de la viuda de Mauricio a Porta, 1554.

_____, *Tratados breves de historia natural*, Gredos, Madrid, 1987.

_____, *Acerca del alma*, Gredos, Madrid, 2000.

Arrazola, Lorenzo, *Enciclopedia española de derecho y administración o Nuevo Teatro Universal de la Legislación de España e Indias*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación y Jurisprudencia, 1856.

Barcia y Zambrana, Joseph de, "Sermón décimo tercio y sexto del patrocinio de señor san Joseph...", en *Despertador cristiano...*, Madrid, Imprenta de Francisco Laso, 1727, pp. 111-119.

⁷⁸⁷ Las referencias bibliográficas completas de los sermones son consignadas en el Anexo III.

Beristáin y Souza, José Mariano, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, tomos I-IV, Amecameca, Tipografía del Colegio Católico, 1883.

Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado, Juan José de Eguiara y Eguren, *Sermones varios (manuscrito)*, MS.766.

Brocaldino, Sanedrio Rifer de (pseudónimo de Andrés de Valdecebro), *El porqué de todas las cosas*, Madrid, Imprenta de Andrés García de la Iglesia, 1668.

Brun, Charles Le, *Méthode pour apprendre à dessiner les passions...*, Amsterdam, Imprenta de François van der Plaats, 1702.

“Carta de una Hermana de la Caridad”, en *La Voz de México. Diario político, religioso, científico y literario*, tomo XIII, núm. 141, México, 16-12-1882, p. 2.

Celso, *El discurso verdadero contra los cristianos*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.

Clemente Sala, Bernardo, *Sermones de varias festividades y santos...*, México, Imprenta de J.M. Lara, 1842.

Coplas humanas de los divinos celos que tuvo san José con su cara esposa, Jerez, Reimpreso por D.J. Mallen, 1837.

De Souza de Macedo, Antonio, *Eva y Ave o María triunfante, teatro de la erudición y filosofía cristiana en que se representan los dos estados del mundo: caído en Eva y levantado en Ave*, Madrid, Imprenta de la viuda de Francisco del Hierro, 1731.

Devocionario josefino 2011, México, El Propagador de la Devoción al Señor San José, 2011.

Diez Canseco, Vicente, *Diccionario biográfico universal de mujeres célebres...*, tomo III, Madrid, Imprenta de José Félix Palacios, 1845.

El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento, Madrid, Imprenta real, 1787.

Eguiara y Eguren, Juan José de, *Selectae Dissertationes Mexicanae...*, México, Imprenta de la viuda de José Bernardo de Hogal, 1746.

_____, *Caelestis Doctor. Dedicatoria de la tesis que el doctor Juan José de Eguiara y Eguren presentó en la Real y Pontificia Universidad de México, el día 16 de diciembre de 1746*, México, Imprenta de la viuda de José Bernardo de Nogal, 1746.

Faura de los Dolores, Salvador, *Epitalamio panegírico que a los sagrados desposorios...*, Murcia, Imprenta de Felipe Díaz Cayuelas, 1755.

García, Francisco y Juan Nadasio, *Devoción de San Joseph, primera y segunda parte*, Zaragoza, Imprenta de Tomás Gaspar Martínez, 1692.

Hernández, Francisco Javier, *Colección de bulas, breves y otros documentos relativos a la Iglesia de América y Filipinas*, tomo II, Bruselas, Krauz Reprint, Vaduz, 1964.

Isolano, Isidoro de, *Suma de los dones de San José*, ed. Bonifacio Llamera, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1953.

Jesús, Santa Teresa de, *Libro de la vida*, Madrid, Cátedra, 2014.

Laredo, Bernardino de, *Subida al Monte Sion...*, Medina del Campo, Imprenta de Pedro de Castro, 1542.

_____, *Tratado de san José (Josefina)*, Madrid, RIALP, 1977.

Lidón, Juan de (trad.), *Ritos y ceremonias de los hebreos confutados*, tomo II, Madrid, Imprenta de Benito Cano, 1800.

López de Andrade, Diego, *Primera parte de los tratados sobre los evangelios...*, Barcelona, Imprenta de Sebastián de Cormellas, 1622.

Lumbier, Raymundo, *Josephina carmelitana...*, Zaragoza, Imprenta de Agustín Verges, 1676.

Madre de Dios, Jerónimo Gracián de la, *Sumario de las excelencias del glorioso San Joseph, esposo de la virgen María*, Barcelona, Casa de Honofre Anglada, 1605.

Martínez de la Parra, Juan, *Luz de verdades católicas...*, Barcelona, Imprenta de Juan Solís, 1701.

Méndez Plancarte, Alfonso (ed.), *Obras completas de sor Juan Inés de la Cruz. II. Villancicos y Letras Sacras*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018.

Monroy y Silva, Cristóbal de, *Comedia famosa. Los celos de san Joseph*, Madrid, Imprenta de Antonio Sanz, 1754.

Navarro Bañuelos, Jesús María, *Diccionario de figuras retóricas*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2008.

Niseno, Diego, *Segunda parte del político cielo...*, Madrid, Imprenta de Sebastián de Cormellas, 1638.

Núñez de Miranda, Antonio, *Ejercicios espirituales de san Ignacio...*, México, Imprenta de los herederos de la viuda de Bernardo Calderón, 1695.

Orígenes, *Contra Celso*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1967.

Ormaza, Joseph de, *Grano del evangelio en la tierra virgen Cristo...*, tomo I, Madrid, Imprenta de Gabriel de León, 1667.

Pardo, Jerónimo, *Discursos evangélicos para las solemnidades principales de los santos*, Madrid, Imprenta de Juan de San Vicente, 1650.

Pastrana, Antonio Joseph de, *Empeños del poder y amor de Dios, en la admirable y prodigiosa vida del santísimo patriarca san Joseph, esposo de la madre de Dios*, Madrid, Imprenta de la viuda de Francisco Nieto, 1696.

Peralta, Antonio de, *Dissertationes Scholasticae de S. Joseph...*, México, Imprenta de José Bernardo de Hogal, 1729.

Peñafiel Contreras, Diego Matute de, *Prosapia de Cristo*, Baça, Imprenta de Martín Fernández, 1614.

Ramos, Alonso, *Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia...*, tomo I, México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 2017.

Ribadeneyra, Pedro de, *Flos sanctorum o libro de la vida de los santos*, Madrid, Imprenta de Luis Sánchez, 1616.

Sagrada Biblia en latín y español..., tomo VIII, México, Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo, 1832.

San Joseph, Pedro de, *El compadre de Cristo, padrino y protector del prelado...*, Sevilla, Imprenta castellana y latina de la viuda de Francisco Lorenzo de Hermosilla, 1729.

San Nicolás Tolentino, Gaspar de, *El hermosísimo sol de los santos y coros angélicos...*, Sevilla, Imprenta Real de la viuda de don Diego de Haro, 1754.

Santa María, Gabriel de, *Breve suma del gran fruto que se saca de la devoción del señor san Joseph*, México, Imprenta de los herederos de la viuda de Francisco Rodríguez Lupercio, 1715.

Schökel, Luis Alonso, *Biblia del peregrino*, Bilbao, Ediciones Mensajero, 1995.

Scio de San Miguel, Felipe, *La Biblia Vulgata latina traducida en español...*, tomo V, Madrid, Imprenta de la hija de Ibarra, 1808.

Sierra, Bernardo, *Ramillete de divinas flores...*, Bruselas, Imprenta de Francisco Foppens, 1670.

Silveira, Miguel de, *El Macabeo. Poema heroico*, Madrid, Imprenta de Francisco Martínez Abad, 1731.

Soto, Andrés de, *Libro de la vida y excelencias del gloriosos San Joseph...*, Bruselas, Imprenta de Jan Mommaert, 1600.

Torres, Pedro de, *Excelencias de san Joseph...*, Sevilla, Imprenta de los herederos de Tomás López de Haro, 1710.

Vetancurt, Agustín de, *Cronografía sagrada de la vida de Cristo nuestro redentor...*, México, Imprenta de María de Benavides, 1696.

Vallejo, José Ignacio, *Vida del señor san José...*, México, Imprenta de J. M. Lara, 1845.

Villegas, Alonso de, *Flos sanctorum e historia general de la vida y hecho de Jesucristo*, Toledo, Imprenta de la viuda de Juan Rodríguez, 1591.

Zarate, Francisco de, *El cordial devoto de san Joseph*, México, Imprenta de Francisco Rodríguez Lupercio, 1674.

Estudios

Alberti, Francesca, "'Divine cuckolds': Joseph and Vulcan in Renaissance Art and Literature", en Sara F. Matthews-Grieco (ed.) *Cuckoldry, Impotence and Adultery in Europe (15th-17th century)*, Farnham, Ashgate, 2014, pp. 149-182.

Alcalá, Luisa Elena, *Arte y localización de un culto global. La Virgen de Loreto en México*, Madrid, Abada Editores, 2022.

Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio, "Virtud coronada: Carlos II y la piedad de la Casa de los Austria", en Pablo Fernández Albadalejo, Virgilio Pinto Crespo y José Martínez Millán (coords.), *Política, religión e inquisición en la España moderna: homenaje a Joaquín Pérez Villanueva*, España, Universidad Autónoma de Madrid, 1996, pp. 29-57.

Andrade Campos, Alejandro Julián, *El pincel de Elías: José Joaquín Magón y la orden de Nuestra Señora del Carmen (Puebla, mediados del siglo XVIII)*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, tesis de licenciatura en Historia, 2013.

_____, *José Patriarca Universal: uso y función de las representaciones josefinas en la Puebla de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de maestría en Historia del Arte, 2016.

Arriba Cantero, Sandra de, "La imagen de San José en la Natividad: una evolución iconográfica", en Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla (coord.) *La Natividad: arte, religiosidad y tradiciones populares*, España, Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2009, pp. 499-510.

_____, "San José", en *Revista Digital de Iconografía Medieval*, núm. 10, vol. 5, España, Universidad Complutense de Madrid, 2013, pp. 57-76.

_____, *Arte e iconografía de San José en España*, España, Universidad de Valladolid, 2013.

_____, "José y Jesús: ternura paterno-filial en la iconografía josefina del barroco español", en *Revista de Estudios Josefinos*, año LXVIII, núm. 136, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 2014, pp. 153-190

Baena Zapatero, Alberto, "Las mujeres españolas y el discurso moralista en Nueva España (s. XVI-XVII)", en Jaime Contreras Contreras (ed.), *Familias, poderes, instituciones y conflictos*, España, Universidad de Murcia, 2011, pp. 93-106.

Bailón Vásquez, Fabiola, *Prostitución y lenocinio en México, siglos XIX y XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.

Balandier, Georges, *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, España, Paidós, 1994.

Balmori Cinta, Roberto, "La josefología de Juan José de Eguiara y Eguren", en Ernesto de la Torre Villar (coord.), *Juan José de Eguiara Eguren y la cultura mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, pp. 29-52.

Barriga Calle, Irma, *Patrocinio, monarquía y poder: el glorioso patriarca señor san Joseph en el Perú virreinal*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Riva Agüero, 2010.

Baxandall, Michael, *Pintura y vida cotidiana en el Renacimiento. Arte y experiencia en el Quattrocento*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1978.

_____, *Modelos de intención. Sobre la explicación histórica de los cuadros*, Madrid, Hermann Blume, 1989.

Benito Lázaro, Miguel M., "El viaje de una reina: 1679, de París a Madrid. La jornada de María Luisa de Orleans. El matrimonio francés de Carlos II", en María Victoria López Cordón y Gloria Franco Rubio (coords.), *La reina Isabel I y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*, vol. I, Madrid, Fundación Española de Historia Moderna, 2005, pp. 585-596.

Berger, Peter L., "Religión y construcción del mundo", en *Teoría social e historia. La perspectiva de la antropología social*, México, instituto Mora, 2005, pp. 107-136.

Bermejo Rubio, Fernando, *La invención de Jesús de Nazaret. Historia, ficción, historiografía*, España, Siglo XXI, 2018.

Berndt León Mariscal, Beatriz, "El alma gloriosísima del santísimo patriarca señor san José" en *Memoria del Museo Nacional de Arte*, núm. 8, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 2000, pp. 83-84.

Bidon, Danièle Alexandre, "Images du père de famille au Moyen Âge", en *Cahiers de recherches médiévales et humanistes. Journal of medieval and humanistic studies*, núm. 4, Francia, Classiques Garnier, 1997, pp. 1-19.

Bieñko de Peralta, Doris, "El *impasse* de una beatificación. El proceso de sor María de Jesús Tomellín (1597–1637), monja concepcionista poblana", en Benedetta Albani, Otto Danwerth y Thomas Duve (eds.), *Normatividades e instituciones eclesíásticas en la Nueva España, siglos XVI-XIX*, Alemania, Max Planck Institute for Legal History and Legal Theory, 2018, pp. 239-251.

Bolger Foster, Marjory, *The Iconography of St. Joseph in Netherlandish Art, 1400–1550*, E.U.A., University of Kansas, tesis doctoral, 1978.

Borders, James, "Gender, Performativity, and Allusion in Medieval Services for the Consecration of Virgins", en Jane F. Fulcher (ed.), *The Oxford Handbook of the New Cultural History of Music*, New York, Oxford University Press, 2011, pp. 23-28.

Bourdieu, Pierre, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2007.

Bosch, Esperanza, Victoria Ferrer y Margarita Gili, *Historia de la misoginia*, Barcelona, Anthropos, 1999.

Boyd-Bowman, Peter, "Los nombres de pila en México desde 1540 hasta 1950", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, El Colegio de México, núm. 1, vol. 19, 1970, pp. 12-48.

Bottereau, Georges, "Saint Joseph et les jésuites français de la seconde moitié du XVII siècle", en *Revista de Estudios Josefinos. Presencia de San José en el siglo XVII. Actas del Cuarto Simposion internacional*, año XLI, núm. 81-82, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1985, pp. 565-572.

Brown, Catherine, *Pastor and laity in the theology of Jean Gerson*, Inglaterra, Cambridge University Press, 2004.

Brown, Peter, *El cuerpo y la sociedad. Los cristianos y la renuencia sexual*, España, Muchnik Editores S.A., 1993.

_____, *El primer milenio de la cristiandad occidental*, Barcelona, Crítica, 1997.

Burin, Mabel e Irene Meler, *Varones. Género y subjetividad masculina*, Argentina, Paidós, 2000.

Büschges, Christian, "Las leyes del honor. Honor y estratificación social en el distrito de la audiencia de Quito (siglo XVIII)", en *Revista de Indias*, núm. 209, vol. LVII, España, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1997, pp. 55-84.

Calvo Portela, Juan Isaac, "Las estampas josefinas en los impresos mexicanos y poblanos del siglo XVIII", en *Pecia Complutense*, año 15, núm. 27, España, Universidad Complutense de Madrid, 2017, pp. 16-48.

Canals Vidal, Francisco, *San José en la fe de la Iglesia. Antología de textos*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2007.

Cannon, Joanna, "Kissing the Virgin's Foot: *Adoratio* Before the Madonna and Child Enacted, Depicted, Imagined", en *Studies in Iconography*, vol. 31, E.U.A., Western Michigan University-Princeton University, 2010, pp. 1-50.

Carr, Raymond (ed.), *Historia de España*, España, Quinteto, 2006.

Carrasco Sierra, José Antonio, *Matrimonio y paternidad de San José*, Valladolid, Ediciones Centro Josefino Español, 1999.

Carrillo Ojeda, Carlos, *Ensayo de una Bibliografía Mexicana sobre San José*, México, Centro de Documentación y Estudios Josefinos en México, 1995.

_____, "Bibliografía Mexicana sobre San José", en *Vilasecanum. Revista Josefina de Investigación y Análisis*, año XIV, núm. 27, México, Centro de Estudios Vilasecanos, 1999, pp. 1-291.

_____, *San José en la Internet*, México, Centro de Documentación y Estudios Josefinos en México, 2001.

_____, *Cronología Josefina Mexicana*, México, Centro de Documentación y Estudios Josefinos en México, 2003.

_____, *El Patronato de San José sobre México*, México, Centro de Documentación y Estudios Josefinos en México, 2004.

_____, *Presencia de San José en México*, México, Centro de Documentación y Estudios sobre San José, 2005.

Castaño Navarro, Ana, "Sermón y literatura. La imagen del predicador en algunos sermones de la Nueva España", en *Acta Poética*, México, UNAM, 2008, pp. 191-212.

_____, "Los 'Villancicos a San José' de Sor Juana y un sermón de Fray Diego de la Vega en el contexto de la devoción a San José en la Nueva España", en Anastasia Krutitskaya y Édgar Alejandro Calderón Alcántar (coord.), *Celebración y sonoridad en las catedrales novohispanas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Escuela Nacional de Estudios Superiores Unidad Morelia, 2017, pp. 73-98.

_____, "Un sermón de Juan José de Eguiara y Eguren sobre san José: La congregación de todos los ángeles y hombres santos excedida por san José (Manuscrito 760 de la biblioteca Nacional de México)", en *Revista (an)ecdótica*, núm. 2, vol. III, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas, 2019, pp. 95-117.

_____, "Eguiara y Eguren, Vicente López y san José: devoción personal y devoción oficial al santo en el siglo XVIII novohispano", en *Literatura mexicana*, vol. 32, núm. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas, 2021, pp. 11-38.

Castillo Hernández, Estela, "Del sermón y sus excesos: aversión a las mujeres en Nueva España del siglo XVIII", en *Dieciocho: Hispanic enlightenment*, núm.1, vol. 37, E.U.A., University of Virginia, 2014, pp. 33-62.

Cervera Entrena, José Manuel, "Proskynesis", en *Thamyris, nova series. Revista de Didáctica de Cultura Clásica, Griego y Latín*, núm. 6, España, Sociedad Española de Estudios Clásicos-Universidad de Málaga, 2015, pp. 301-320.

Charbonneau-Lassay, Louis, *El bestiario de Cristo. El simbolismo animal en la Antigüedad y en la Edad Media*, vol. II, Barcelona, José J. De Olañeta, 1997.

Chinchilla, Perla, *De la Compositio Loci a la República de las Letras. Predicación jesuita en el siglo XVII novohispano*, México, Universidad Iberoamericana, 2004.

_____, "La transmisión de la verdad divina", en Perla Chinchilla y Antonella Romano (coords.), *Escrituras de la modernidad. Los jesuitas entre cultura retórica y cultura científica*, México, Universidad Iberoamericana, 2008, pp. 354-375.

Connell, Raewyn, *Masculinidades*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género, 2015.

Coo, Josef de, "In Josephs Hosen Jhesus ghewonden wert", en *Aachener Kunstblätter*, vol. 30, Alemania, Museumverein Aachen, 1965, pp. 144-184.

_____, "Das Josefshosen-Motiv im Weihnachtslied und in der bildenden Kunst", en *Jahrbuch für Volksliedforschung*, año 11, Alemania, Zentrum für Populäre Kultur und Musik, 1966, pp. 58-89.

Corbin, Alain (dir.), *Historia del cristianismo*, España, Ariel, 2013.

Cuadriello, Jaime, "San José en tierra de gentiles: Ministro de Egipto y Virrey de las Indias", en *Memoria, Revista del Museo Nacional de Arte*, núm. 1, México, MUNAL, 1989, pp. 5-33.

_____, "Atribución disputada: ¿Quién pintó a la Virgen de Guadalupe?", en *Los discursos sobre el arte. XV Coloquio Internacional de Historia del Arte*, México, UNAM, 1995, pp. 231-257.

_____, "El Obrador Trinitario o María de Guadalupe creada en idea, imagen y materia", en *El divino pintor: la creación de María de Guadalupe en el taller celestial*, México, Museo de la Basílica de Guadalupe, 2001, pp. 61-205.

_____, *Zodiaco Mariano. 250 años de la declaración pontificia de María de Guadalupe como patrona de México*, México, Museo de la Basílica de Guadalupe-Museo Soumaya, 2004.

_____, "Muros vestidos: santos investidos, colegiales revestidos. Las antiguas pinturas de San Ildefonso", en *Antiguo Colegio de San Ildefonso*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2008, pp. 32-63.

Cuttler, Charles, *Northern Painting from Pucelle to Bruegel: Fourteenth, Fifteenth, and Sixteenth Centuries*, E.U.A., Holt, Rinehart, and Winston, 1968.

Daly, Mary, *Beyond God the Father. Toward a Philosophy of Women's Liberation*, Boston, Beacon Press, 1985.

Del Amo Horga, Luz María, "La iconografía de la Navidad. I: Ciclo de la Navidad o Encarnación", en Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla (coord.) *La Natividad: arte, religiosidad y tradiciones populares*, España, Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2009, pp. 233-252.

Destro, Adriana, "The Bitter Waters", en *The Law of Jealousy: Anthropology of Sotah*, E.U.A., Brown Judaic Studies, 2020, pp. 1-24.

Doménech García, Sergi, "Iconografía de la Mujer del Apocalipsis como imagen de la Iglesia", en Rafael García Mahiques y Vicent Francesc Zuriaga (eds.), *Imagen y cultura. La interpretación de la imágenes como Historia cultural, vol. I*, España, Biblioteca Valenciana, 2008, pp. 563-580.

_____, *La imagen de la Mujer del Apocalipsis en Nueva España y sus implicaciones culturales*, España, Universitat de Valencia, tesis doctoral, 2013.

Donet Donet, Leonardo, *Origen y difusión del tipo iconográfico de la Divina pastora*, España, Universitat de Valencia, tesis de maestría en Historia del Arte y Cultura Visual, 2013.

Drage Hale, Rosemary, "Joseph as mother: adaptation and appropriation in the construction of male virtue", in John Carmi Parsons and Bonnie Wheeler (ed.), *Medieval mothering*, New York, Garland Publishing, 1996, pp. 101-116.

Dzon, Mary, "Joseph and the Amazing Christ-Child of Late-Medieval Legend", en Albrecht Classen (ed.) *Childhood in the Middle Ages and the Renaissance. The Results of a Paradigm Shift in the History of Mentality*, Alemania, Walter de Gruyter, 2005, pp. 135-157.

Egido, Teófanos, "La devoción a san José: reliquias y leyendas", en *Revista de Estudios Josefinos*, año LXI, núm. 121, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 2007, pp. 83-104.

_____, "Los 'Zelos de San José' en el barroco español", en *Revista de Estudios Josefinos*, año LXVIII, núm. 136, Valladolid, Centro Español de investigaciones Josefinas, 2014, pp. 237-258.

Enríquez Sánchez, Antonio de Jesús, "Cuando san José encontró a Huehuetotl. La indianización de un santo entre los mazahuas del valle de Ixtlahuaca durante el siglo XVI", en María Teresa Jarquín Ortega y Gerardo González Reyes (coord.), *Santos, devociones e identidades en el centro de México, siglos XVI-XX*, Estado de México, El Colegio Mexiquense, A.C., 2018, pp. 21-62.

Espinosa Spínola, Gloria, *Arquitectura de la conversión y evangelización en la Nueva España durante el siglo XVI*, España, Universidad de Almería, 1999.

Félix Rocha, Hugo Armando, "Valladolid y Pátzcuaro: enclaves regionales de la pintura en Nueva España", en *Latin American and Latinx Visual Culture*, vol. 3, núm. 3, E.U.A., University of California Press, 2021, pp. 99-105.

Fernández Flores, Ligia, "José de Páez. Serie: La vida de la Virgen", en Clara Bargellini y Libertad Villarreal (coord.), *Vestigios. Arte virreinal de Chihuahua*, México, Secretaría de Cultura de Chihuahua, 2019, pp. 126-131.

Fischer, Stefan, *Jheronimus Bosch*, Colonia, Taschen, 2016.

Freedberg, David, *El poder de las imágenes. Estudios sobre la historia y la teoría de la respuesta*, Cátedra, Madrid, 2018.

Fusi, Juan Pablo, *Historia mínima de España*, México, El Colegio de México, 2016.

García Guinea, Miguel Ángel, "San José en la vida y en la iconografía medieval", en *revista de Estudios Josefinos*, año II, núm. 3, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1948, pp. 76-110.

_____, "La representación de san José a través de la pintura italiana", en *Revista de Estudios Josefinos*, núm. 1, año I, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1948. pp. 65-85.

García Mahiques, Rafael, "Imagen conceptual e imagen narrativa", en Rafael Zafra Molina y José Javier Azanza López (coord.), *Emblemática trascendente: hermenéutica de la imagen, iconología del texto*, España, Universidad de Navarra, 2011, pp. 65-86.

_____, "La Trinidad triábrica cristomorfa", en *Los tipos iconográficos de la tradición cristiana. 1. La Visualidad del Logos*, Madrid, Encuentro, 2015, pp. 247-297.

García Moggia, Macarena, "La historia en la ventana: configuración y representación del tiempo en la ventana albertiana", en *Alpha. Revista de Artes, Letras y Filosofía*, núm. 44, Chile, Universidad de los Lagos, 2017, pp. 197-207.

Guardño Bocanegra, Blanca Alejandra, *La anatomía de Dios. El imaginario medieval del cuerpo en los sermones novohispanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, 2013.

Garrido Bonaño, Manuel, "San José en los calendarios y martirologios hasta el siglo XV inclusive", en *Revista de Estudios Josefinos: San José en los XV primeros siglos de la Iglesia*, año XXV, núm. 49-50, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1971, pp. 600-646.

Garzón Balbuena, Elisa y Elvia Acosta Zamora, *Devociones a San José en la Puebla de los Ángeles, siglos XVII-XX*, México, Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas, A.C., México, 2018.

Gascón Uceda, María Isabel, "Honor masculino, honor femenino, honor familiar", en *Pedralbes. Revista d'Historia Moderna*, núm. 28, España, Universitat de Barcelona, 2008, pp. 635-647.

Gauthier, Roland, *Bibliographie sur saint Joseph et la sainte Famille*, Montréal, Centre de recherche et de documentation Oratoire Saint-Joseph du Mont-Royal, 1999.

Gombrich, E.H., *Nuevas visiones de viejos maestros. Estudios sobre el arte del Renacimiento*, 4, Madrid, Debate, 2000.

Gonzalbo Aizpuru, Pilar, "Con amor y reverencia. Mujeres y familias en el México colonial", en *Anuario de Historia de América Latina*, núm. 35, Alemania, Hamburg University Press, 1998, pp. 1-24.

_____, *Los muros invisibles. Las mujeres novohispanas y la imposible igualdad*, México, El Colegio de México, 2018.

González Fernández, Rafael, *Las estructuras ideológicas del Código de Justiniano*, España, Universidad de Murcia, 1997.

Gracia Rivas, Manuel, *Diccionario de términos religiosos y litúrgicos*, vol. III, Zaragoza, Centro de Estudios Borjanos-Institución Fernando el Católico, 2020.

Granados Redonda, Jonathan, *Los artistas indígenas en el taller de San José de los Naturales durante el siglo XVI*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesina de licenciatura en Historia, 2015.

Hahn, Cynthia, "'Joseph Will Perfect, Mary Enlighten and Jesus Save Thee': The Holy Family as Marriage Model in the Mérode Triptych", en *The Art Bulletin*, vol. 68, núm. 1, E.U.A., College Art Association of America, 1986, pp. 54-66.

Hernández Galicia, Óscar, "*Que es buen día en una casa cuando llora un penitente*". *Las lágrimas como motivo literario en sermones y otros textos de oratoria sagrada novohispana (siglos XVII y XVIII)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, 2009.

Hernández González, Adrián, *Religiosidad, teología y política. Catálogo comentado de sermones poblanos, 1650-1750*, Puebla, BUAP, tesis de licenciatura en Historia, 2018.

Herrán, Laurentino Ma., *San José en los poetas españoles. Pensamiento teológico*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.

Herrejón Peredo, Carlos, *Del sermón al discurso cívico: México, 1760-1834*, México, El Colegio de Michoacán-El Colegio de México, 2003.

Herrero Salgado, Félix y Miguel Ángel Núñez Beltrán, *Predicadores y sermones en España (siglos XVI-XX)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2014.

Huizinga, Johan, *El Otoño de la Edad Media. Estudios sobre las formas de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, Madrid, Alianza Editorial, 1982.

Jesús María, José de, "Política y religiosidad en el barroco español: el fracasado patronato de San José sobre España y sus dominios (1679)", en *Revista de Estudios Josefinos. San José en el siglo XVIII, Actas del Tercer Simposio Internacional (Montreal, Septiembre 1980)*, año XXXV, núms. 69-70, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1981, pp. 671-681.

_____, "San José y la antroponimia de Valladolid", en *Revista de Estudios Josefinos. Presencia de San José en el siglo XVII. Actas del Cuarto Simposio internacional*, año XLI, núm. 81-82, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1985, pp. 511-520.

_____, "El primer libro español sobre San José. La ystoria de Joseph (1502)", en *Revista de Estudios Josefinos*, año LVI, núm. 112, Valladolid, Centro Español de investigaciones Josefinas, 2002, pp. 149-295.

Johnson, Lyman L., "Dangerous words, provocative gestures, and violent acts. The disputed hierarchies of plebeian life in colonial Buenos Aires", en *The faces of honor. Sex, shame and violence in colonial Latin America*, E.U.A., University of New Mexico Press, 1998, pp. 127-151.

Kenik Mainelli, Helen, "Numbers", en Dianne Bergant (ed.), *The Collegeville Bible Commentary. Based on the New American Bible. Old Testament*, Minnesota, The Liturgical Press, 1992, pp. 144-195.

Krutitskaya, Anastasia, "Rosarios intrusos en la Nueva España: la indiscreta devoción de los fieles, amigos de novedades", en Manuel Pérez, Claudia Parodi y Jimena Rodríguez (eds.), *No sólo con las armas / Non solum armis. Cultura y poder en la Nueva España*, España, Iberoamericana-Vervuert, 2014, pp. 197-211.

Laham Cohen, Rodrigo, "El sexo como estigma: María y Jesús en la literatura judía tardoantigua", en *Anales de Filología Clásica*, vol. 2, núm. 31, Argentina, Universidad de Buenos Aires, 2018, pp. 55-64.

Lamas, Marta, "Género", en Hortensia Moreno y Eva Alcántara (coords.), *Conceptos clave de los estudios de género*, vol. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones y Estudios de Género, 2017, pp. 155-170.

Larrañeta García, Clara Eugenia, *La tradición clásica en los libretos de ópera. Artemisia II de Caria*, España, Universidad Nacional de Educación a Distancia, tesis de maestría sobre el Mundo Clásico y su Proyección en la Cultura Occidental, 2020.

Lavaure, Annik, *L'image de Joseph au Moyen Age*, Francia, Presses Universitaires de Rennes, 2013.

Lisón, Carmelo, Tolosana, *La imagen del rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias*, España, Espasa Calpe, 1991.

Llamas, Román, "San José en los predicadores españoles del siglo XVI", en *Revista de Estudios Josefinos. Segundo Simposio Internacional. San José en el Renacimiento (1450-1600)*, año XXXI, núms. 61-62, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1977, pp. 397-434.

_____, "San José en los predicadores españoles del siglo XVII", en *Revista de Estudios Josefinos: Presencia de San José en el siglo XVII*, año XLI, núms. 81-82, Valladolid, 1987, pp. 303-347; "San José en los predicadores españoles del siglo XVIII", en *Cahiers de Josephologie, V Symposium International, Saint Joseph au XVIII siecle*, vol. XXXIX, Montreal, Centre de Recherche et Documentation, Oratoire Saint Joseph, 1991, pp. 477-503.

_____, Román Llamas, "San José evangelizador de América. Tema de un sermón barroco del siglo XVII", en *Revista de Estudios Josefinos*, año XLVI, núm. 91, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1992, pp. 27-52.

_____, "San José en la predicación carmelitana de antaño", en *Revista de Estudios Josefinos*, año LXXI, núm. 141, Valladolid, 2017, pp. 63-110.

López Alcaraz, Josefa, *Los "Fabliaux"*, España, Universidad de Murcia, 1990.

López de la Torre, Carlos Fernando, "El trabajo misional de fray Pedro de Gante en los inicios de la Nueva España", en *Fronteras de la Historia*, vol. XXI, núm. 1, Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2016, pp. 90-116.

López Guzmán, Rafael, "El viaje de San José a América. Entre el patrocinio político y la actividad artesanal", en Inmaculada Rodríguez Moya, María de los Ángeles Fernández Valle,

Carme López Calderón (eds.), *Iberoamérica en perspectiva artística. Transferencias culturales y devocionales*, España, Universitat Jaume I, 2016, pp. 207-226.

Lozano Pérez, Francisco M., *El concepto del honor en el siglo XVIII español*, España, Universidad de Sevilla, 1998.

Mâle, Emile, *El arte religioso de la Contrarreforma. Estudios sobre la iconografía del final del siglo XVI y de los siglos XVII y XVIII*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2001.

Mandujano Rocha, Jorge Arturo, *"De la vejez a la juventud". La transición iconográfica y espiritual de la figura de San José. De su consideración secundaria en el contexto paleocristiano y medieval, a su reivindicación en la pintura novohispana de los siglos XVI, XVII y XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en Historia, 2014.

Martí Sánchez, José María, *Afectividad y procreación en el matrimonio canónico. La evolución de la teoría de los fines*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.

Martín, Sara, "Los estudios de la masculinidad. Una nueva mirada al hombre a partir del feminismo", en Meri Torras (ed.), *Cuerpo e identidad I*, España, Universitat Autònoma de Barcelona, 2007, pp. 89-112.

Martínez García, José Saturnino, "El habitus. Una revisión analítica", en *Revista Internacional de Sociología*, vol. 75, España, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2017, pp. 1-14.

Martínez-Gil, Fernando, "Los sermones como cauce de propaganda política: la Guerra de Sucesión", en *Obradoiro de historia moderna*, núm. 20, España, Universidade de Santiago de Compostela, 2011, pp. 303-336.

Mayer, Alicia, "De vista y de oído: la imagen y el sermón guadalupanos como creadores de un universo simbólico", en *De palabras, imágenes y símbolos. Homenaje a Pascual Buxó*, México, UNAM, 2002, pp. 185-205.

_____, *Flor de primavera mexicana. La Virgen de Guadalupe en los sermones novohispanos*, México, UNAM, 2010.

Mazín, Óscar, *El cabildo catedral de Valladolid de Michoacán*, México, El Colegio de Michoacán, 1996.

McLoughlin, Nancy, *Jean Gerson and Gender. Rhetoric and politics in fifteenth-century France*, E.U.A., Palgrave Macmillan, 2015.

McNamer, Sarah, *Affective Meditation and the Invention of Medieval Compassion*, E.U.A., University of Pennsylvania Press, 2010.

Medina Suárez, Víctor Hugo, "Cuadro del Patrocinio de San Joseph: conflictos jurisdiccionales entre el obispo y el gobernador (Yucatán, 1780-1795)", en *Temas Antropológicos. Revista Científica de Investigaciones Regionales*, núm. 2, vol. 40, México, Universidad Autónoma de Yucatán, 2018, pp. 17-40.

Meier, John P., *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. Tomo I: Las raíces del problema y de la persona*, Navarra, Editorial Verbo Divino, 2001.

Mellinkoff, Ruth, *Outcasts: Signs of Others in Northern European Art of the Late Middle Ages*, E.U.A., University of California Press, 1994.

Méndez Plancarte, Alfonso, *Poetas novohispanos. Segundo siglo (1621-1721)*, México, UNAM, 1994.

Merlo Solorio, Jorge Luis, *San José en Nueva España. La devoción josefina a través de la producción artística y literaria de los criollos novohispanos (siglos XVI-XVIII)*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, tesis de licenciatura en Etnohistoria, 2013.

_____, "La Deesis novohispana: representación de un auxilio insoslayable", en Noé Esquivel Estrada (ed.), *Pensamiento Novohispano*, núm. 14, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México-Instituto de Estudios sobre la Universidad, 2013, pp. 541-556.

_____, "Tránsito de San José: una iconografía divergente", en *Sztuka Ameryki Łacińskiej. Studia. Od sztuki naskalnej do współczesnych murali*, vol. 3, Polonia, Universidad de Lodz-Instituto Polaco de Investigación del Arte Mundial, 2013, pp. 89-106.

_____, "Con el Apocalipsis en el umbral. La glorificación de la Sagrada Familia de Gonzalo Carrasco", en *Quiroga. Revista de Patrimonio Iberoamericano*, núm. 7, España, Universidad de Granada, 2015, pp. 46-57.

_____, "Sermones de algarabía. Gestación de la identidad a los pies de san José", en *Hilda Julieta y María Alejandra Valdés García* (eds.), *Reminiscencias novohispanas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas, 2015, pp. 181-195.

_____, “Esculpido por tribulaciones y profecías asombrosas: anatomía del corazón josefino. Nueva España, s. XVIII”, en *Revista Coyuntura. Arte y literatura en el contexto latinoamericano*, núm. 2, Chile, Universidad Alberto Hurtado, 2016, pp. 11-29.

_____, “Palpitando fuerte y apasionado. Culto novohispano al corazón de San José, s. XVIII”, en *Revista de Estudios Josefinos*, año 70, núm. 140, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 2016, pp. 137-165.

_____, “Empeños de amor encarnado. Devoción al corazón de san José en el Colegio de San Gregorio de México”, en María Teresa Jarquín Ortega y Gerardo González Reyes (coords.), *Santos, devociones e identidades en el centro de México, siglos XVI-XX*, Estado de México, El Colegio Mexiquense, A.C., 2018, pp. 321-346

_____, “Labrando en casa. Reflejos de cotidianidad en el ámbito divino. El taller de Nazareth”, en Gisela von Wobeser, Carolina Aguilar García y Jorge Luis Merlo Solorio (coords.), *La función de las imágenes en el catolicismo novohispano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, pp. 85-97.

_____, “Entre paternidad y poderío. El patrocinio de san José: garante monárquico”, en Gisela von Wobeser, María Fernanda Mora Reyes y Ramón Jiménez Gómez (coords.), *Devociones religiosas en México y Perú, siglos XVI-XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 2021, pp. 181-195.

_____, “A la sombra de un marido. Propagación de ideales femeninos a través de los sermones josefinos novohispanos”, en Pamela Bastante y Alma Montero (coord.), *Revista Dieciocho: Hispanic enlightenment*, Anejo 7, E.U.A., University of Virginia, 2021, pp. 137-153.

Mocholí Martínez, María Elvira, “La Scala Salutis”, en Rafael García Mahiques (dir.), *Los tipos iconográficos de la tradición cristiana. 1. La Visualidad del Logos*, Madrid, Encuentro, 2015, pp. 512-589.

Montes González, Francisco, “La paternidad divina hecha hombre. Dos nuevas pinturas de Miguel Cabrera y Juan Patricio Morlete en Sevilla”, en *Atrio. Revista de Historia del Arte*, núms. 15-16, España, Universidad Pablo de Olavide, 2010, pp. 177-186.

Morales Prado, Wendy Lucía, *Construcción de un príncipe eclesiástico: análisis de tres sermones a las exequias de Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla (1676-1699)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de maestría en Letras Mexicanas, 2012.

_____, *Motivos y construcciones literarios en sermones funerales novohispanos del siglo XVII*, México, El Colegio de México, tesis de doctorado en Literatura Hispánica, 2019.

Moreno Gamboa, Olivia, “Disonancias entre la Inquisición de México y la Suprema. A propósito de la censura del *Ramillete de divinas flores* (1690-1711)”, en Francisco Javier Cervantes Bello y María del Pilar Martínez López-Cano (coord.), *La dimensión imperial de la Iglesia novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2016, pp. 29-52.

Morín, Alejandro, “Matar a la adúltera: el homicidio legítimo en la legislación castellana medieval”, en *Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médiévales*, núm. 24, Francia, Université Sorbonne Paris Nord, 2001. pp. 353-377.

Mues Orts, Paula, *El pintor novohispano José de Ibarra: imágenes retóricas y discursos pintados*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de doctorado en Historia del Arte, 2009.

_____, “Pintura ilustre y pincel moderno. Tradición e innovación en la Nueva España”, en *Pintado en México, 1700-1790: Pinxit Mexici*, Los Ángeles County Museum of Art-Fomento Cultural Banamex, 2017, pp. 52-75.

Muneroni, Stefano, *Hermenegildo and the Jesuits. Staging Sainthood in the Early Modern Period*, Suiza, Palgrave Macmillan, 2017.

Negredo del Cerro, Fernando, “La palabra de Dios al servicio del Rey. La legitimación de la Casa Austria en los sermones del siglo XVII”, en *Criticón*, núm. 84-85, Francia, Université de Toulouse II-Le Mirail, 2002, pp. 295-311.

Noboru Maegawa, Ioachim, *La doctrine de Jean Gerson sur Saint Joseph*, Montreal, Centre de Recherches et de Documentation Oratoire Saint-Joseph-Pontificium Athenaeum Antonianum, 1961.

Núñez Beltrán, Miguel Ángel, “Predicación e Historia. Los sermones como interpretación de los acontecimientos”, en *Criticón*, núm. 84-85, Francia, Université de Toulouse II-Le Mirail, 2002, pp. 277-293.

Onfray, Michel, “La invención de una civilización”, en *Decadencia. Vida y muerte del judeocristianismo*, Buenos Aires, Paidós, 2018.

Ortiz, Hugo Ibarra, *El paradigma sermocinal en la Nueva España, siglo XVII*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2013.

_____, “Estrategias discursivas a favor de San José en la Nueva España. Siglo XVIII”, en Rafael Castañeda García y Rosa Alicia Pérez Luque (coords.), *Entre la solemnidad y el regocijo. Fiestas devociones y religiosidad en Nueva España y el mundo hispánico*, México, El Colegio de Michoacán-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2015, pp. 79-98.

_____, *La palabra discurrida: historia de las ideas en el siglo XVIII a través de la retórica sagrada*, Zacatecas, Policromías Servicios Editoriales, 2016.

Overall, Christine, “Feminismo y ateísmo”, en Michael Martín (ed.), *Introducción al ateísmo*, España, Akal, 2010, pp. 263-280.

Palomares Ibáñez, Jesús María, “Aproximación al estudio de la literatura josefina de las principales imprentas hispanoamericanas (1600-1900)”, en *Revista de Estudios Josefinos*, año XXVIII, núm. 55, Valladolid, Centro Español de investigaciones Josefinas, 1974, pp. 53-71.

Panofsky, Erwin, *Early Netherlandish Painting: Its Origins and Character, vol. I*, E.U.A., Harvard University Press, 1953.

Pastoureau, Michel, *The devil's cloth. A history of stripes*, E.U.A., Washington Square Press, 2003.

Payan, Paul, “Ridicule ? L'image ambiguë de saint Joseph à la fin du Moyen Âge”, en *Médiévales*, núm. 39, Francia, Presses Universitaires de Vincennes, 2000, pp. 96-111.

_____, *Joseph. Une image de la paternité dans l'Occident médiéval*, Paris, Aubier, 2006.

Pérez de Salazar y Haro, Francisco, *Historia de la pintura en Puebla y otras investigaciones sobre Historia y Arte*, México, PERPAL, 1990.

Pérez, Manuel, “Doble ejemplaridad de la mujer en discursos religiosos novohispanos del siglo XVII”, en *Edad de Oro*, vol. 38, España, Universidad Autónoma de Madrid, 2019, pp. 217-233.

Pérez Hernández, Rodrigo Salomón, *La injuria: un atentado contra el honor. Nueva España, siglos XVI y XVII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en Historia, 2008.

Pimentel, Luz Aurora, "Ecfrasis y lecturas iconotextuales" en *Poligrafías. Revista de teoría literaria y literatura comparada*, núm. 4, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, pp. 205-215.

Portmann, Paul, *El Nacimiento de Cristo*, México, Editora Cultural y Educativa, 1970.

Portús, Javier, *Pintura y pensamiento en la España de Lope de Vega*, Guipúzcoa, Nerea, 1999.

Pozo, Cándido, *María, Nueva Eva*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2005.

Quasten, Johannes, *Patrología I. Hasta el Concilio de Nicea*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1968.

Ragon, Pierre, "La promoción del culto a san José en Nueva España (siglos XVII y XVIII)", en Fernando Quiles, José Jaime García Bernal y Paolo Broggio (eds.), *A la luz de Roma. Santos y santidad en el barroco iberoamericano*, vol. III, España, Enredars, 2020, pp. 399-414.

Ramírez, Hermenegildo, *La santidad de san José en los SS. Padres*, México, s/f, manuscrito del Centro de Investigación y Estudio sobre San José en México.

Rahner, Karl (dir.), *Sacramentum Mundi. Enciclopedia teológica*, tomo I-VI, Barcelona, Herder, 1978.

Ranke-Heinemann, Uta, *Eunucos por el reino de los cielos. Iglesia católica y sexualidad*, Madrid, Trotta, 2005.

Réau, Louis, *Iconografía del arte cristiano. Iconografía de los santos. De la G a la O*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1997.

Reyes Coria, Bulmaro, "Introducción", en Marco Tulio Cicerón, *De la invención retórica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997, pp. IX-LXI.

Rice, Robin Ann, "La reivindicación de san José en la modernidad temprana: los villancicos para la catedral de Puebla de sor Juana de 1690", en *Revista Chilena de Literatura*, núm. 99, Chile, Universidad de Chile, 2019, pp. 341-366.

Rípodas Ardanaz, Daisy, "Una versión literaria de *La familia regulada* de fr. Antonio Arbiol en la Córdoba finicolonial: el teatro y los diálogos de Cristóbal de Aguilar", en *Revista Teología*, núm. 57, Buenos Aires, Pontificia Universidad Católica Argentina, 1991, pp. 69-82.

Rippon, Gina, *Gender and Our Brains. How New Neuroscience Explodes the Myths of the Male and Female Minds*, New York, Pantheon Books, 2019.

Robledo Galván, Carmen de Montserrat, *Iconografía de las imágenes novohispanas de los desposorios de la Virgen*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en Historia, 2010.

Rodríguez de la Flor, Fernando, *Mundo simbólico. Poética, política y teúrgia en el Barroco hispano*, Madrid, Akal, 2012.

Rodríguez Nóbrega, Janeth, *Las imágenes expurgadas: censura del arte religioso en el periodo colonial*, España, Universidad de León, 2008.

Rosso, Nadia, "El sistema patriarcal: sus fundamentos y funcionamiento" en *El continuo de la violencia feminicida: sus raíces profundas*, ponencia presentada en *Diálogo internacional: feminicidos en América Latina*, Colombia, Fundación Mujer y Futuro, 2016, pp. 1-14.

Royo Marín, Antonio, *La Virgen María. Teología y espiritualidad marianas*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1968.

Rubial, Antonio, "Cuerpos santos, ¿gestos sexuados? Imagen y género en las representaciones de los santos en el arte virreinal", en *Destiempos. Revista de curiosidad intelectual*, núm. 22, año 4, México, Editorial Grupo Destiempos, 2009, pp. 2-20.

_____, *El paraíso de los elegidos. Una lectura de la historia cultural de Nueva España (1521-1804)*, México, Fondo de Cultura Económica-Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

_____, *La justicia de Dios. La violencia física y simbólica de los santos en la historia del cristianismo*, Ediciones de Educación y Cultura-Trama Editorial, 2011.

_____, "Patronos, clientela y patrocinios. La tipología iconográfica de la Virgen de la Misericordia y del patrocinio de san José en Nueva España", en *Anales del Instituto de*

Investigaciones Estéticas, vol. XLIII, núm. 119, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2021, pp. 169-208.

Ruíz Gomar, Rogelio, "Serie de la vida de la Virgen", en Juana Gutiérrez Haces (et. al.), *Cristóbal de Villalpando, ca. 1649-1714. Catálogo razonado*, México, Fomento Cultural Banamex, 1997, pp. 266-268.

Sacristán Ramírez, Carolina, *El entramado de la devoción: pintura, música, religiosidad femenina y el Niño Jesús pasionario en la Nueva España, 1720-1772*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis doctoral en Historia del Arte, 2018.

Sagrado Corazón, Enrique del y Pedro de la Inmaculada, "Doctrina de San Bernardo sobre San José", en *Revista de Estudios Josefinos*, año III, núm. 6, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1949, pp. 189-223.

Salazar Carreño, Robinson y Julián Andrei Velasco, "El honor mancillado. Injurias en la villa de San Gil (virreinato del Nuevo Reino de Granada) en vísperas de la independencia", en Claudia Carranza Vera y Rafael Castañeda García (coord.), *Palabras de injuria y expresiones de disenso. El lenguaje licencioso en Iberoamérica*, México, El Colegio de San Luis, 2016, pp. 247-274.

Salvador Miguel, Nicasio, "Gómez Manrique y la *Representación del nacimiento de Nuestro Señor*", en *Revista de Filología Española*, núm.1, vol. 92, España, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012, pp. 145-153.

Sánchez Lora, José Luis, "Hechura de santo: procesos y hagiografías", en Carlos Alberto González Sánchez y Enriqueta Vila Vilar (comp.) *Grafías del imaginario. Representaciones culturales en España y América (siglos XVI-XVIII)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 336-352.

Sánchez Reyes, Gabriela, "La fundación de cofradías de san José en la Nueva España", en Johannes Hattler y Germán Rovira (eds.), *Die Bedeutung des hl. Josef in der Hielgeschichte. Akten des IX Internationalen Symposions über den heiligen Josef*, vol. II, Alemania, Internationalen Mariologischen Arbeitskreises Kevelaer, 2005, pp. 739-756.

_____, "San José, esperanza de los enfermos y patrono de los moribundos; un eficaz remedio durante el tránsito de la muerte", en *Los miedos en la historia*, México, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, pp. 291-317.

_____, “Su oficio fu criarlo, sustentarlo y traerlo en brazos: reflexiones sobre la imagen de san José y el niño Jesús como ideal del amor paterno”, en *Amor e historia. La expresión de los afectos en el mundo de ayer*, México, El Colegio de México, 2013, pp. 319-341.

_____, “La dotación de misas en honor a San José del canónigo Diego de Malpartida y Zenteno en la Catedral de México, 1679-1680”, en *Cuadernos del Seminario de Música en la Nueva España y el México Independiente*, núm. 6, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, 2014, pp. 40-61.

Sanfélix Ambelda, Joan y Antonio López Amores, “Sobre la necesidad de estudiar la masculinidad(es) en tiempos de incertidumbre”, en *Asparkía. Investigació feminista*, núm. 35, España, Universitat Jaume I, 2019, pp. 220-247.

Santa Teresita, Ismael de, “La Esclavitud del Glorioso Corazón de San José y Escuela Espiritual de sus devotos en Sevilla”, en *Revista de Estudios Josefinos*, año X, núm. 19, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1956, pp. 83-112.

Santos Otero, Aurelio de, *Los evangelios apócrifos*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2003.

Saranyana, Josep Ignasi, (dir.), *Teología en América Latina, Escolástica barroca, Ilustración y preparación de la Independencia (1665-1810)*, vol. II, Madrid, Iberoamericana, 2005.

Schenone, Héctor, *Santa María: iconografía del arte colonial*, Buenos Aires, Pontificia Universidad Católica de Argentina, 2008.

Schiebinger, Londa, “Más debajo de la piel: la búsqueda científica de la diferencia sexual”, en *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*, Madrid, Cátedra, 2004, pp. 275-306.

Schütze, Sebastian, *Caravaggio. Obra completa*, Colonia, Taschen, 2015.

Schwartz, Sheila, “St. Joseph in Meister Bertram's Petri-Altar”, en *Gesta*, vol. 24, núm. 2, E.U.A., The University of Chicago Press, 1985, pp. 147-156.

Scott, Joan W., “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Marta Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Centro de Investigaciones y Estudios de Género (UNAM), 2018, pp. 269-308.

Seed, Patricia, *To love, honor, and obey in colonial Mexico*, E.U.A., Stanford University Press, 1988.

Seidl, Horst, "Sobre el alma racional en el embrión humano según Aristóteles, Alberto Magno y Tomás de Aquino", en *Espíritu. Cuadernos del Instituto Filosófico de Balmesiana*, año 44, núm. 112, España, Editorial Balmes, 1995, pp. 157-168.

Serret, Estela, "Hacia una redefinición de las identidades de género", en *GenEros, Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género*, vol. 18, núm. 9, México, Universidad de Colima, 2011, pp. 71-97.

Sheingorn, Pamela, "The maternal behavior of God: Divine Father as fantasy husband", en John Carmi Parsons and Bonnie Wheeler (ed.), *Medieval mothering*, New York, Garland Publishing, 1996, pp. 77-100.

_____, "Constructing the Patriarchal Parent: Fragments of the Biography of Joseph the Carpenter", en *Framing the Family: Narrative and Representation in the Medieval and Early Modern Periods*, E.U.A., Arizona Center for Medieval and Renaissance Studies, 2005, pp. 161-180.

Soria Gutiérrez, Alejandra, *Retórica sacra en la Nueva España: introducción a la teoría y edición anotada de tres sermones sobre Santa Teresa*, New York, Idea, 2014.

Steinberg, Leo, *La sexualidad de Cristo en el arte del Renacimiento y en el olvido moderno*, Madrid, Hermann Blume, 1989.

Stoichita, Victor I., *Cómo saborear un cuadro y otros estudios de historia del arte*, Madrid, Cátedra, 2019.

Tenorio, Martha Lilia, *Los villancicos de Sor Juana*, México, El Colegio de México, 1999.

Trottier, Aimé, "La dévotion a saint Joseph dans l'empire allemand au XVII siècle", en *Revista de Estudios Josefinos. Presencia de San José en el siglo XVII. Actas del Cuarto Simposion internacional*, año XLI, núms. 81-82, Valladolid, Centro Español de investigaciones Josefinas, 1985, pp. 549-564.

Twinam, Ann, *Vidas públicas, secretos privados. Género, honor, sexualidad e ilegitimidad en la Hispanoamérica colonial*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2009.

Undurraga Schüller, Verónica, “Cuando las afrentas se lavaban con sangre: honor, masculinidad y duelos de espadas en el siglo XVIII chileno”, en *Historia*, núm. 41, vol. I, Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2008, pp. 165-188.

_____, *Los rostros del honor. Normas culturales y estrategias de promoción social en Chile colonial, siglo XVIII*, Santiago, Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, 2012.

Urrejola Davanzo, Bernarda, *Retórica sagrada y representación de la monarquía católica en Nueva España (1621-1759)*, México, El Colegio de México, tesis doctoral en Historia, 2013.

_____, “Felipe Quinto, de austríaco a borbón, según sermones de la época (Nueva España, 1701–1747)”, en *Colonial Latin American Review*, vol. 25, núm. 4, E.U.A., Taylor and Francis Group, 2016, pp. 465-491.

_____, *El reloj del púlpito. Nueva España en el contexto de la monarquía, según sermones de la época*, México, El Colegio de México-Universidad de Chile, 2017.

Valladares Reguero, Aurelio, “Los Celos de San José: de Mira de Amescua a Cristóbal de Monroy”, en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, Alicante, 2014, s/p.

Varela, Julia, “El poder de las imágenes. Las representaciones pictóricas de la *Anunciación* y el dispositivo de feminización”, en *Materiales de sociología del arte*, Madrid, Siglo XXI, 2008, pp. 1-44.

Varela, Nuria, *Feminismo para principiantes*, México, Penguin Random House, 2020.

Vasvari, Louise O., “Joseph on the margin: The Mérode Tryptic and medieval spectacle”, en *Medievalia. A journal of medieval studies*, vol. 18, New York, Binghamton University, 1995, pp. 163-185.

Vélez Caro, Olga Consuelo, “Teología de la mujer, feminismo y género”, en *Theologica Xaveriana*, núm. 140, Bogotá, Pontificia Universidad Xaveriana, 2001, pp. 545-563.

Verd Conradi, Gabriel María “Jesús Bar-José Bar-David”, en *Revista de Estudios Josefinos*, año L, núm. 100, Valladolid, Centro Español de investigaciones Josefinas, 1996, pp. 315-325.

Villaseñor Black, Charlene, “Las imágenes milagrosas de San José en España y Sudamérica, las teorías del arte y el poder de la imagen en el siglo XVII”, *Revista de Estudios Josefinos*,

año XLVIII, núm. 95, Valladolid, Centro Español de Investigaciones Josefinas, 1994, pp. 27-46.

_____, *Creating the Cult of St. Joseph. Art and Gender in the Spanish Empire*, E.U.A., Princeton University Press, 2006.

Vincent-Cassy, Cécile, “El retrato *a lo divino*: intención y realces de una forma híbrida”, en *E-Spania: Revue électronique d'études hispaniques médiévales*, núm. 35, Francia, Université Paris-Sorbonne (Paris IV), 2020, pp. 1-30.

Vitulli, Juan, “Los mocos del predicador: cuerpo, gestualidad y auto-control en el púlpito barroco”, en *Zama*, núm. 6, Argentina, Universidad de Buenos Aires, 2014, pp. 167-182.

Vorágine, Santiago de la, *La leyenda dorada*, tomos I-II, Madrid, Alianza Editorial, 2008.

Walther, Ingo F. y Norbert Wolf, *Códices ilustres. Los manuscritos iluminados más bellos del mundo desde 400 hasta 1600*, Barcelona, Taschen, 2005.

Warner, Marina, *Alone of all her sex. The myth and the cult of the Virgin Mary*, Reino Unido, Oxford University Press, 2013.

Warren, Nancy Bradley, *Spiritual Economies. Female Monasticism in Later Medieval England*, E.U.A., University of Pennsylvania Press, 2001.

Weis, Monique, “La “Sainte Famille” inexistente? Le mariage selon le concile de Trente (1563) et à l'époque des Réformes”, en *La Sainte Famille. Sexualité, filiation et parentalité dans l'Eglise catholique*, Bélgica, Université de Bruxelles, 2017, pp. 31-40.

Williams, Anne L., “Satirizing the Sacred: Humor in Saint Joseph's. Veneration and Early Modern Art”, en *Journal of Historians of Netherlandish Art*, vol. 10, núm. 1, Holanda, Historians of Netherlandish Art, 2018, pp. 1-43.

_____, *Satire, Veneration, and St. Joseph in Art*, Holanda, Amsterdam University Press, 2019.

Wilson, Carolyn C., *St. Joseph in Italian Renaissance, Society and Art. New directions and interpretations*, Philadelphia, Saint Joseph's University Press, 2001.

Wobeser, Gisela von, *Cielo, infierno y purgatorio durante el virreinato de la Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Editorial JUS, 2011.

_____, *Apariciones de seres celestiales y demoniacos en la Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2016.

_____, *Vida de sor Juana Inés de la Cruz*, México, Academia Mexicana de la Historia-Secretaría de Educación Pública, 2021.

Wouk, Eduard H., *Frans Floris (1519/20-1570): Imagining a Northern Renaissance*, Boston, Brill, 2018.

Wray, Grady C., "Sor Juana and the *Villancicos* to San José: *Finezas*, silence, and jealousy", en *Romance Notes*, vol. 58, núm. 2, E.U.A., University of North Carolina at Chapel Hill, 2018, pp. 325-337.

Wright, Stephen, "Joseph as Mother, Jutta as Pope: Gender and Transgression in Medieval German Drama", en *Theatre Journal*, vol. 51, núm. 2, E.U.A., The Johns Hopkins University Press, 1999, pp. 149-166.

Yépez Silva, Yolanda, *Imágenes de san José como parte del discurso social, político y religioso novohispano en el siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de maestría en Historia del Arte, 2018.

Zaragoza, Verónica, "Sobre el modo de predicar según el padre José de Barcia y Zambrana", en María Isabel Terán Elizondo y Marcelino Costa Alonso (eds.), *Cultura novohispana. Estudios sobre arte, educación e historia*, México Universidad Autónoma de Zacatecas, 2006, pp. 239-249.

_____, "El sermón como fuente: una aproximación bibliográfica", en Ana María Martínez Sánchez (comp.), *Oralidad y escritura. Prácticas de la palabra: los sermones*, Argentina, Universidad Nacional de Córdoba, 2008, pp. 15-32.

_____, *Miguel Cabrera. Las tramas de la creación*, México, Museo Nacional del Virreinato, 2015.

Recursos en línea

ACI Prensa, "El Papa convoca un Año de San José: Así se puede obtener la indulgencia plenaria", [<https://www.aciprensa.com/noticias/el-papa-convoca-un-ano-de-san-jose-asi-se-puede-obtener-la-indulgencia-plenaria-92146>]

ACI Prensa “Un día como hoy hace 150 años San José fue proclamado Patrón de la Iglesia Universal”, [https://www.aciprensa.com/noticias/un-dia-como-hoy-hace-150-anos-san-jose-fue-proclamado-patron-de-la-iglesia-universal-22361?fbclid=IwAR0XDn6_bdoO45jci_XXGK_TmFkHPoJyeqjMOZ-ypwq9R0DCntB8KGV4t0Y]

Arbiol, Antonio, *La familia regulada...*, Zaragoza, Imprenta de los herederos de Manuel Román, 1715 [https://catalogo.iib.unam.mx/F/5P68QLQ2H27IJH53IFETYX3F9QLYGC3TE5B6H7N6P373REJVFH-14617?func=full-set-set&set_number=010170&set_entry=000006&format=999]

Barros Pintado, Feliciano, “Mariana de Austria”, en *Real Academia de la Historia*, [https://dbe.rah.es/biografias/11508/mariana-de-austria]

Capelli, Benedetta, “En el año de San José, el don de las Indulgencias”, [https://www.vaticannews.va/es/vaticano/news/2020-12/en-el-ano-de-san-jose-el-donde-las-indulgencias.html]

Diccionario de ciencias eclesiásticas [http://www.filosofia.org/enc/dce/e04267.htm]

El Bosco en el Museo del Prado (2019), curso en línea impartido por el Museo Nacional del Prado a través de la plataforma *Miríadax* [https://miriadax.net/web/el-bosco-en-el-museo-del-prado-2-edicion-]

Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana [http://www.filosofia.org/enc/eui/e220279.htm]

Juan Diego Cuauhtlatoatzin, [https://es.wikipedia.org/wiki/Juan_Diego_Cuauhtlatoatzin]

Juan Pablo II, *Redemptoris Custos*, [http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_15081989_redemptoris-custos.pdf]

Real Academia Española, *Diccionario de autoridades*.

Royo Marín, Antonio, *Breve idea de la teología trinitaria* [http://statveritasblog.blogspot.com/2014/06/breve-idea-de-la-teologia-trinitaria.html]

Yerena, Israel, “‘La primera tentación de Cristo’, una comedia eclipsada por los prejuicios” [https://cineoculto.com/2020/01/primera-tentacion-cristo-comedia-eclipsada-prejuicios/]